

CONDESA DE FLAVIGNY



Santa Brígida de Suecia

Su vida, sus revelaciones y su obra



- - TERCERA EDICIÓN - -

::: revisada y aumentada :::

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

con aprobación eclesiástica



EDITORIAL CUESTA VALLADOLID

SANTA BRÍGIDA DE SUECIA

CONDESA DE FLAVIGNY



Santa Brígida de Suecia

SU VIDA,

SUS REVELACIONES Y SU OBRA

Tercera edición, revisada y aumentada

Traducción española con la aprobación eclesiástica

VALLADOLID

TIPOGRAFÍA Y CASA EDITORIAL CUESTA

MACÍAS PICAVEA, 38 y 40.

1913



NIHIL OBSTAT
FR. PETRUS PIQUERO,
Censor.

IMPRIMATUR

† JOSEPH MARIA, Cardinalis de Cos,

ARCHIEP. VALLISOLETANUS.



APROBACION

He leído, por orden del R. P. Tomás Bourgeois, provincial de los dominicos de la provincia de Francia, **Santa Brígida, su vida, sus revelaciones y su obra**, por Sor Vicenta Ferrer, terciaria de la Hermandad del Convento de Santiago de París, y declaro, no haber encontrado en este hermoso trabajo, en el que la concisión se une á la elevación de pensamientos y á la nobleza del estilo, cosa alguna que no esté conforme con la fe cristiana, siendo muy capaz de edificar al lector.

París 1.º Marzo 1892.—15 Abril 1906.—15 Mayo 1910.

IMPRIMATUR

Parisiis 1 Mayo 1906.

† Fr. Card. RICHARD,
ARCH. PARIENSIS.

IMPRIMATUR

Parisiis 28 Mayo 1910.

† LEO-ADOLPFUS,
ARCH. PARIEN.

AL LECTOR

La Sra. Condesa de Flavigny, devotísima de Santa Brígida de Suecia, deseosa de extender el conocimiento de las virtudes de la Santa y de los grandes favores que el Señor la concedió, nos ha ofrecido generosamente el derecho de traducir al español, del francés, su obra **Santa Brígida de Suecia, su vida, sus revelaciones y su obra**; abundando en los mismos deseos y anhelos, que la Sra. Condesa, le hemos aceptado con inmensa gratitud, y en la traducción se ha tratado de ajustarse en lo posible al original de la erudita autora, que demuestra además de sus profundos y extensos conocimientos, que es una concienzuda y notable investigadora, y el deseo de comprobar sus afirmaciones con los numerosos documentos que ha estudiado, registrado y citado en su obra.

Esperamos confiadamente que la lectura de esta obra ha de producir abundantes frutos de feliz vida eterna.

La Editora.

PRÓLOGO

La vida de Santa Brígida fué escrita poco tiempo después de su muerte por dos de sus confesores, y después por Birger Gregorsson, Arzobispo de Upsal, contemporáneo de la Santa. En los siglos siguientes, esta vida inspiró al monje brigifino Bertold y á algunos autores piadosos edificantes trabajos. Se debe á los bolandistas, y, en nuestros días, á un protestante, M. Hammerich, biografías críticas de Santa Brígida, que han dado materia para innumerables publicaciones.

Creemos poder volver sobre asunto tratado tan diversamente. Abundan documentos nuevos ó inéditos; ha sido fácil asegurarnos de ello durante nuestro viaje á Suecia. Dos documentos casi completos de los procesos de canonización de Brígida (1) y de su hija Catalina (2) han sido publicados en parte, uno por M. Annerstedt, otro por M. Silfverstolpe. A instancias de M. Leopold Delisle, nos ha remitido estos preciosos documentos del siglo XV, M. Klemming, el sabio Bibliotecario de Stokolmo; tenemos, pues, la totalidad de los testimonios en favor de las dos Santas, y lo que es aún más importante, la primera biografía de Brígida que el bolandista Juan de Bue buscó en vano y que despreció el historiador danés.

Sí, gracias á los documentos de que acabamos de dar cuenta, somos privilegiados en lo que concierne á los antiguos, no lo somos menos en los que se refieren á trabajos actuales, gracias á tantos estudios recientes sobre Suecia en la Edad Media, en la que no aparece biógrafo alguno de la Santa. Ninguno ha resumido su doctrina, su moral y sus enseñanzas. Tal vez se nos filde de atrevidos. Agrupamos,

(1) Cod. A. 14 de la Biblioteca Real de Stokolmo, llevado á ella con los manuscritos del Monasterio de Vadstena. La publicación por M. ANNERSTEDT, Bibliotecario de la Universidad de Upsal (**Scriptores rerum Svecicarum medii aevi, Upsaliae** III, II, 1876, 188-206), de una parte de este manuscrito comprendiendo, **Vita Sanctae Birgitae**, ha sido para nosotros una fortuna; si nos quita la satisfacción de divulgar un documento inédito, nos proporciona notas muy interesantes.

(2) Este manuscrito que el P. Papebroek no había encontrado en los Dominicos de Cracovia, ha sido adquirido por M. Klemming. En la **Historiskt Bibliotek Stockholmo**, 2, 1876, 1-19). SILFVERSTOLPE ha traducido y editado fragmentos.

en efecto; los escritos de la Santa por su objeto, procurando expresar el pensamiento del texto, más bien que hacer una traducción literal de los mismos. Pero si tratamos con libertad la versión latina de las Revelaciones (1), traducimos palabra por palabra el principal de los dos manuscritos originales de Santa Brígida (2), cosa no intentada hasta ahora.

Inútil sería poner al fondo de este volumen una bibliografía y una iconografía, no se refoca lo que está hecho de mano maestra (3). El carácter edificante del libro excluye la discusión.

(1) Salvo algunas páginas tomadas en el monasterio de Vadstena y conservadas en la Biblioteca Real de Stokolmo, nada queda de los manuscritos de Brígida. Los pasajes de estos escritos puestos entre comillas en el curso de este libro, son resúmenes y no la traducción francesa del texto, retocado por sus confesores. En cuanto nos ha sido posible, huimos de la retórica latina y damos al pensamiento de la Santa su forma germánica, inspirándonos en una antigua versión sueca.

(2) Nuestra versión del sueco antiguo al moderno ha sido sometida á M. Klemming. Con una amabilidad perfecta la ha revisado antes que hiciéramos la traducción francesa.

(3) En su edición de la traducción sueca del texto de las Revelaciones (**Heliga Birgittas uppenbarelser, efter gamia handskrifter, utgifna af G. E. Klemming, Stokolm.**, 1857-1884), M. Klemming ha publicado (*V.^{ie} Bandet, bihang*, 179-264), bajo el título de **Birgitta Literatur**, una biografía de todo lo que concierne á Santa Brígida y á su hija Santa Catalina.

A este catálogo completo añadimos muy poco: algunos manuscritos ó libros mencionados en el curso de nuestras notas y las indicaciones siguientes:

I. **La profetia di Santa Brígida.** *Class. X. Cod. CCXCICIX.* bib. Saint-Marc de Venise. Inc.:

Destati fier leon al mio gran grido
Che io ho preso la spada
Per far, con quella, strada
Al mio sermone.

Este poema de cien estrofas es casi incomprensible.

II. Un libro latino en 4.^o de 35 páginas (sine titulo, anno et auctore) sobre la canonización de Santa Catalina, que nos señala el mismo M. Klemming. La última fecha de este precioso volumen es de 1490, y se supone que fué escrito poco después.

III. **Birgittinischer Calender bestehend aus himmlischen Offenbarungen der Heiligen Birgitta,** *Ursprung. verfasst für die Töchter der Heiligid Birgitta von Pater Simon Hörmann Ordensgeneral, München, 1880.*

IV. **Himmlisches Manna fur heilsbegierige Seelen. Ausdem Offenbarungen der H. Birgitta gessammelt und nach der römischen Ausgabe vom Jahre 1628 aus dem Lateinischen übersetzt von P. E. Schmöger aus der Congregation des allerheiligsten Erlösers Pustet, 1883.** Pet. in-8.^o de pp. rvi-416.

Enviamos á los eruditos á los manuscritos y á los impresos indicados en las notas; á los incrédulos á los tratados que enseñan á distinguir lo sobrenatural de perturbaciones nerviosas, y, aunque seamos tachados de pedantismo, citamos los pasajes de la Escritura en hebreo y en griego, para no suscitar debates sobre la Vulgata con los protestantes.

Manifestar, una vez más, por las Revelaciones de Santa Brígida, el amor personal de Nuestro Señor Jesucristo á toda alma, hacer comprender, por medio de esta gran Santa, el llamamiento que el Maestro hace bajo una forma particular á cada uno de nosotros, y la manera especial con que debemos responder al mismo, tal es nuestro objeto. A pesar de nuestra extrema insuficiencia, tal vez consigamos tan feliz resultado, tanta es la luz que las palabras, la obra y la historia de esta animosa hija de la Iglesia arrojan sobre la conquista de las almas por Cristo, su victorioso libertador.

EN EL QUINTO CENTENARIO DE SANTA BRÍGIDA
8 Octubre 1891.

EN LA FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ
14 Septiembre 1906.

La primera edición de este libro mereció elogios, pero también críticas. Para la revisión de nuestro trabajo, aprovechamos todos los consejos recibidos. Desde luego rectificamos, según los mejores historiadores suecos, los sumarios de su historia general, que hemos tomado de obras francesas. Luego traemos más experiencia en la elección y clasificación, según la importancia relativa de ciertos documentos. Finalmente, la amabilidad de M. Dahlgren, Director general de la Biblioteca Real de Stokolmo, nos ha permitido estudiar las obras publicadas sobre el objeto.

La serie brigítina del R. P. Cubier, de la cual nos ha comunicado M. Augusto Pecoul las piezas conservadas por los RR. PP. Jesuitas de París en su biblioteca de la calle de Sevres, y también la colección del gabinete de las estampas de la Biblioteca nacional contienen muchos grabados que no figuran entre los **Bilder** cuya descripción da M. Klemming en su *Birgitta literatur* (265-275). Ninguna de estas piezas interesa á la historia de la Santa, según nuestro punto de vista.

Aunque los trabajos genealógicos no son nuestro objeto, colocamos al fin de este volumen un cuadro de la Familia de Brígida, tomado de las investigaciones de MM. Claus Annerstedt y Hildebrand.

Damos gracias á los Presidentes de conferencias, á las revistas y á los periódicos, que en Francia y en el extranjero, hablaron de Santa Brígida, y rogamos igualmente á los monasterios brigittinos, traductores de esta biografía, que reciban nuestra respetuosa gratitud.

EN LA FIESTA DE LA BIENAVENTURADA JUANA DE ARCO
8 Mayo 1910.

Esta tercera edición sigue muy cerca á la segunda, así es que las modificaciones no pueden ser importantes, hemos, sin embargo, tenido en cuenta algunas críticas y hemos consultado obras suecas recientes, como también las piezas publicadas desde 1905 á 1909 por el Dr. Robert Geete. Indicamos no solamente la parte que toma la Abadía de Sión en el movimiento católico de su patria, sino también la toma de hábito de dos brigittinos ingleses. Señalamos igualmente la esperanza conservada por la orden de el Santísimo Salvador de entrar en la Domus Birgittae.

El libro y las notas manuscritas del Canónigo M. Loridan, vicepostulador de la causa instruida en Roma, para la beatificación de dos brigittinas francesas, nos permiten hacer conocer á estas heroicas religiosas. ¡Pueda Santa Brígida apresurar por sus oraciones la decisión de la Iglesia, y añadir así nuevas glorias á todas las de nuestro martirologio!

CAPITULO PRIMERO

1302-1328

JUVENTUD DE BRIGIDA

Sus padres, su nacimiento y primeros años.—Muerte de su madre.—Estancia de Brígida en Aspenoes.—Sus desposorios.—Su matrimonio con Ulf.—Su vida en Ulfäsa.—Ingresa en la Tercera Orden Franciscana.—Su director el Maestro Matías.

Confluit ad libros, pronaque legit eos
Scriptos sanctorum de gestis atque triumphis
Et gaudehat in hiis, ocia vana timens.

(Vita métrica. S. Birgittae).

En los comienzos del siglo XIV, se elevaba, al Este del reino de Suecia, en la provincia de Upland, el Castillo de Finsta dominando una vasta llanura, no lejos de la ciudad de Upsal. Según el uso del país, estaba construido el edificio en madera, y los troncos robustos de los pinos, cortados en las vecinas selvas, formaban los muros que sostenían una construcción tan graciosa y esbelta, como esbeltas y graciosas son las embarcaciones escandinavas. Rodeaba al castillo una fuerte muralla de bloques superpuestos y piedras antiquísimas, cubiertas de caracteres rúnicos; y eran tanto más sólidas las empalizadas y profundos los fosos, cuanto el terreno carecía por completo de natural defensa.

No era sin embargo, aquélla una triste morada; los rojos muros formaban gracioso contraste con el claro follaje de los abedules, destacándose entre las sombrías ramas de los pinos. Desde las ventanas se divisaba el lago Bjoerken, y entre dos colinas cubiertas de álamos blancos, serpenteaba el río, alegrando la campiña con su incesante murmullo, y con la animación que le prestaban los molinos puestos por él en movimiento. Ganados de todas clases recorrían los prados, y por doquiera se sentía la vida y la mano laboriosa de aquellos vasallos que, bajo la sombra protectora de la

casa señorial, cultivaban las tierras en tiempo de paz, y en el de guerra marchaban animosos á las órdenes de su señor, en busca del enemigo.

Cuando el señor de Finsta se presentaba á la cabeza de sus tropas, reconocíasele en su escudo (1), y en el penacho de plumas de pavo real que ornaban su casco, el cual haciéndole blanco de todas las miradas, y exponiéndole sin cesar al peligro, era á la vez presagio de gloriosos triunfos. Birger Persson (2), este era su nombre, pertenecía á la antigua raza de los Ængels, aliada de la casa reinante de Folkungs. Esta alianza se había estrechado más, por medio del segundo matrimonio de Birger con Ingeborga (3), hija de Benito Magnusson (4), á quien los soberanos suecos daban el nombre de

(1) Estaba adornado con dos alas de águila, entrelazadas; plumas, y una rosa que se destacaba en un campo de *sable*. **Wapenboek de 1334 á 1372 par Gelre rey de armas**. París, 1884, III, 347 á 348.—**Theatrum nobilitatis suecanæ, fabricatum J. Messenio**. *Holmiae MDCXVI*. Los genealogistas no están de acuerdo sobre el campo de armas. **Ernevinge (Genealogia Brahae. Holmiae, 1647)**, lo cree de *azur*. Nosotros somos de la opinión de **Peringskiöld (Then foersta boken af Svea och Gotha minnesmärken uti Upland.) (Stokolmo, 1710, 37)**, porque la mayor parte de las reproducciones del sello de que se servía es castellano, la favorece.

(2) Los apellidos no existían aún: se designaba á la persona, añadiendo al nombre del hijo, el de su padre con la terminación *son*; Persson significa hijo de (Peдро).

(3) El error evidente, de la bula de canonización, en la que llaman Sigrida á la madre de Brígida, proviene, de una falta del copista de la vida más antigua de la Santa: **Processus canonizationis Dominae Brigidae de Swecia. — Relatio Galhardi Episcopi Spoletaniae de examinatione facta in Montefiascone an. 1373. d. 14 decembris praesentibus domino Gomecio de Albornotio, domino Birgero de Swecia cum pluribus aliis, cum qua est conjuncta illa narratio de Birgitta, quam duo Petri confessores d. 17 decembris tradiderunt**. *Bibliothèque royale de Stokolm. Codex A. 14, fol. XXVIII-XLI*. Esta biografía que citaremos sin cesar, puesto que es el origen de las demás, ha sido publicada y anotada por el Bibliotecario de la Universidad de Upsal, M. C. ARNERSTEDT, bajo el título de: **Vita sanctae Birgittae auctoribus Petro primo confessore Vastenense et Petro priore Alvastrensi, confessoribus Birgittae**, au T. III, II, de los **Scriptores rerum Svecicarum mediæ aevi**, que ha editado. *Upsaliae, 1871-188-206*.

(4) **Chronicon de generibus et nepotibus sanctae Birgittae**, escrito en el siglo XV por Margarita Claudotter, abadesa del Convent. de **Valdstena**. Los genealogistas é historiadores modernos desearios de dar á Brígida estirpe real la hacen descender de los reyes de Suecia y Dinamarca, por Magno Minniskiöld y Benito Magnusson, el esposo de *Sigrida la Bella*, heroína de una historia curiosa. En las cronologías suponen que Magno Minniskiöld vivía en el siglo XII, dando por

prima. Más ilustre que sus antepasados, no necesitaba Birger apropiarse las hazañas de aquéllos, ni buscar esplendor en las alianzas reales: después que hubo calzado las espuelas de caballero peleando contra los paganos de Carelia, y desde 1295, venía desempeñando las funciones de Senescal (1) ó Gobernador de Tiundaland, la primera de las tres provincias de Upland.

La elección para gobernador se hacía entre los caballeros más notables por las hazañas de sus antepasados, ó por su valor y riquezas personales. Por eso, sin ser este cargo hereditario, se conservaba por lo común en unas mismas familias. El Senescal ejercía los poderes de un pequeño soberano en su provincia; la gobernaba á su antojo, y la representaba ante el soberano.

Con la autoridad que ese título le procuraba, Birger se había dedicado á revisar la obra de su primer predecesor, el poeta pagano Viger Spa, cuyas poesías sueltas (2), eran la única ley escrita de Upland (3). Con el concurso de personas ilustradas, dotó á su patria de un código, que fué adoptado por la asamblea general de la provincia.

Atravesaba Suecia entonces un período tranquilo en su historia agitada. ¿Cuál era esta historia? Se cree que el país había sido poblado varios siglos antes de la era cristiana. Hombres venidos del Sud-oeste, siguiendo las costas del Atlántico y del mar del Norte, se habian establecido en la parte meridional de la península, que tal vez contase algunos habitantes. Fundaron pequeños reinos, separa-

abuelo á Brígida, á otro Senescal ó Gobernador de la Gotia Oriental, llamado Magno padre de Benito y esposo de una dama noble, que llevaba el nombre de Sigrída. El lector á quien interesase esta cuestión, puede ver las concluyentes explicaciones dadas por C. ANNERSTEDT, notas D y E de su edición de la *Vita Sanctae Birgittae*. Los extranjeros no sólo han prodigado á la Santa las distinciones más honoríficas y más extravagantes, sino que han llegado á calificarla de Princesa y aún de Reina.

(1) Traducir *lagman*, por hombre de Ley, por juez, sería extraño y por general nos parece imperfecto, pero la lengua francesa, no tiene términos más exactos. El lector advertido de la diferencia en funciones, preferirá sin duda, no encontrar á cada paso una palabra sueca.

(2) **Wieselgren** *Sveriges Skona litteratur*. Lund, 1834. II, 70-71.—**Schöck**, *Svensk litteraturhistoria*. Stokolm, 1890. I, 143.—GEETE, *bibliografia* n.º 396, Uplandslagen.

(3) Es difícil precisar el momento exacto en que Birger tomó el título de lagman de Upland. MONTELIUS [**Sveriges historia fran äldsta tid till vara dagar af O. Montelius, H. Hildebrand**, etc., Stokolm., 1877-1881, I, 428], parece admitir que fué desde 1296. Birger en el *Diplomatarium* está calificado: «Uplandarium legifer, y «legifer Swecie supetioris», que viene á ser lo mismo.

dos por límites naturales y gobernados por jefes distintos, entre los cuales el señor de Upsal desempeñaba un papel preponderante. Al exterior fueron conocidos por sus relaciones comerciales con Roma y Bizancio antes que las correrías de los reyes del mar, ó Wikings les hubieran hecho el terror de innumerables naciones. La conversión de las dos razas al cristianismo, que ya unidas, ó ya separadas formaron el reino de Suecia y de Gotia, pudo dar fin á estas brillantes pero crueles hazañas. Su conversión fué, sin embargo muy lenta, puesto que aunque comenzó á mediados del siglo IX, es necesario llegar á los principios del XI para encontrar al primer rey que no recayó en el paganismo después de su bautismo. Este rey, Olof, pertenecía á la familia de los Yngling, en la cual las leyendas incluyen á Odín. Stenkil y su raza reemplazaron á los Yngling. Vino después la casa de Sverker de la cual proceden, por las mujeres el rey mártir San Erico y su línea. Hacia mediados del siglo XIII, en el momento en que se extinguía esta dinastía, vino el poder á manos del *gran jarl* (1) que se hubiese llamado en Francia, algunos siglos antes, el mayordomo de Palacio. Saludado por la Suecia como el primero de sus hombres de Estado este Birger-jarl supo hacer elegir rey á su hijo Valdemar, y se mostró un regente incomparable, pero no supo preparar el porvenir. Después de su muerte, sus hijos menores destronaron al mayor. Uno de ellos, Magno, se apoderó del trono y sembró en la tierra sueca un germen vivaz de discordia, asegurando á sus hijos menores, Erico y Valdemar inmensos heredamientos sin estipular que serían vasallos de su hermano Birger I. Una regencia sabia facilitó los comienzos de este rey, del cual era Senecal Birger Persson, y que tomó las riendas del gobierno á fines del año 1302 (2).

El señor de Finsta volvió de las fiestas de la coronación tranquilo y seguro, y entregóse de lleno á la administración de sus vastos dominios, secundado por su segunda mujer Ingeborga, á la que debía la felicidad del hogar y los goces de la paternidad.

En 1303 (3), tenía Birger dos hijos y dos hijas y esperaba con

(1) **Observationes nonnullae de dignitate Jarlorum in Svecia, Disseratio quam praeside H. G. Porthan publico examine submisit. E. J. Frosterus Aboae, 1798.**

(2) *Sv. hist.* I, 3-428, *passim*.

(3) Es imposible fijar con exactitud absoluta el año del nacimiento de Brígida. Seguimos el **Diarium Wázstenense ab anno 1334 ad annum 1545** (editado por E. M. FANT au T. I des *Scriptores rer. Svec.* n.º 1-224), **an 1373**.—Las **Acta sanctorum, octobris IV, Com. praev. IV, 382-383**, suponen que la Santa nació

ansiedad el nacimiento de un quinto. La causa de esta impaciencia que Birger reveló á su hermano Israel, párroco de la Catedral de Upsal (1) y al docto canónigo Andrés And (2) era el haber recibido dos avisos que consideraba venidos del cielo, y por lo tanto, como presagios de la gloria del sér desconocido al que llamaba ya su hija. El primer anuncio procedía de una religiosa bernarda (3) de Skokloster, convento restaurado por Birger, que estaba situado á la extremidad del cabo que se avanzaba en el lago Maelar entre Upsal y Stokolmo.

Al dar á Birger noticia de la peregrinación realizada por Sigrida, madre de Ingeborga, á dicho Monasterio en el mes de Septiembre, añadía, que al abandonar la capilla la noble dama, después de cumplidas sus devociones, fijando la religiosa su atención en la rica falda de seda de brillantes colores que aquélla arrastraba, juzgó que tales galas eran impropias de aquellas almas que se precian de cristianas.

Llegada la noche y estando la religiosa en oración, el Espíritu Santo que en tales momentos se dignaba á veces iluminarla, la dijo: «¿Por qué juzgas así á mi sierva? No lo harías así si supieras que de su posteridad nacerá una niña con quien yo haré alianza, y los pueblos no se cansarán de alabar en ella á una Santa». Tal fué el maravilloso relato que recogió Birger de los labios de la religiosa. Por si á ésta no hubiese dado crédito, otra visión que tuvo Ingeborga en igual época, le habría convencido de la veracidad de aquellas palabras.

Navegaban por las costas de Suecia el senescal y su mujer, con algunos miembros de la familia real. Quizá venían de Irlanda, á donde los escandinavos iban con frecuencia para visitar el sepulcro de Santa Brígida la Taumaturga (4). Cerca de la isla de Oeland se

en 1302 ó 1303. MONTELIUS, *Sv. hist.*, T. I, adopta esta última fecha añadiendo próximamente. La tradición (Cfr. **J. Messenius, Scandia illustrata, observatibus aucta a J. Peringskiöld, Stokolm.**, 1700, II, 78 et seq.), habla de 1304. La cronología de la Edad media se complica por la fecha en que cada uno de aquellos pueblos hacía comenzar el año. Para los escandinavos, ya era en Navidad, ya el 12 de Agosto.

(1) Tal vez fuera el dominico que en el siglo XIV llevó los hermanos predicadores á esta villa. Cfr. **La province de Dacia** par la **B.^{ne} de Wedel Jarlsberg**. Rome et Tournay, 1899, 84-85.

(2) Fué probablemente el redactor del Cod. de Birger. *Sv. lit.*, I, 144.

(3) O del Cister. El lector no ignorará que el primer monasterio de estas religiosas fué fundado para las mujeres, cuyos maridos se hacían monjes en Charayal.

(4) Vivió en el siglo V, y fué sin duda la Patrona de nuestra Santa.

desencadenó la tempestad, y las olas arrebataron á Ingeborga. Rápidamente, el hermano mayor del rey, aquel valiente y á la vez veapacible Erico, á quien los cortesanos comparaban con los héroes cantados por los trovadores, hendió las olas y les arrancó su presa. «Dios te ha protegido por el fruto que llevas en tu seno, dijo un ángel visible á las miradas de Ingeborga, como lo eran á los Patriarcas del Antiguo Testamento; educa á tu hija en el Santo temor de Dios» (1).

El 14 de Junio surgió un nuevo prodigio en el momento mismo en que la niña vino al mundo. Benito cura de Rasbo (2) iglesia de las cercanías de Finsta, rogaba por el feliz alumbramiento de Ingeborga. Instantáneamente se vió envuelto en una luminosa nube en la cual le apareció la Virgen Maria. De sus benditos labios oyó Benito estas palabras: Una hija ha nacido á Birger, y la voz de esa niña se dejará oír en el mundo entero» (3).

Birger impuso el nombre de Brígida, derivado del suyo (4), á aquella criatura predestinada, y acogida por él con tanto gozo. Al

(1) Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup. 1.º art. f. 100 r.—*Vita Sanctae Birgittae*, 189-190.

(2) Fué nombrado obispo de Abo, en 1321. Los historiadores que se cuidan poco de genealogías lo confunden con Hemming amigo de la Santa. Cfr. **Chronicon episcoporum Finlandensium. Script. III**, II, 138.—**Sveska kyrkans historia af Dr. H. Reuterdaahl, II. Lund.** 1850, 467.

(3) Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup. 1.º art. f. 200 v. La crítica racional, no pudiendo negar del todo profecías que considera que han tenido influencia sobre la formación intelectual y moral de Brígida (Cfr. **Studier i Valdstena Klosters, och birgittinordens historia af Torvald Höjer, Upsala**, 1905, 30), escogemos el momento de estas primeras manifestaciones sobrenaturales para decir que nuestro relato es voluntariamente sin artificio. Primero, se dirige á lectores convencidos de la posibilidad del milagro. Luego es raro que tengamos que distinguir entre historia y leyenda, porque el texto de las Revelaciones en el que tomamos mucho, es para nosotros manantial seguro en esta agiografía. Por otra parte, para que cada uno aprecie los hechos según el valor del documento que los apoya, le indicamos por bajo de la página. Relatando la vida de una Santa de la Edad media, la exponemos con toda nuestra fe. Sencilla y jovial esta fe no es fuera de razón; para las revelaciones particulares conoce la doctrina de la Iglesia, y busca no solamente las palabras que conducen alguna vez á dudar de algunos pasajes, sino también las que llevan á creer muchas revelaciones privadas con fe humana. Escribir la biografía de los más heroicos servidores de Dios esforzándose en traer á las condiciones ordinarias de la vida cristiana las manifestaciones de su vida interior, no es el método que hemos adoptado.

(4) En sueco, «*Birgitta*». Esta palabra parece derivada de la antigua raíz gótica que significa *brillante*, en inglés *bright*, y no del verbo *berga*, guardar, que se

principio parecía que Brígida sería incapaz de ejercer la misión de que se la creía investida; sus labios no balbucían una sílaba, y creíase muda, cuando, á los tres años, en un momento dado, comenzó á expresarse con inusitada facilidad en aquella lírica lengua de su patria, que parece transformar en poetas á los que la hablan (1).

Pronto empezó su educación, al lado de sus hermanos (2) aprendió Brígida á leer y á escribir. Bajo la dirección de su hermana mayor Margarita (3), se hizo hábil en el uso de la aguja y de la rueca. Mas la primera aspiración de Ingeborga no era desarrollar el talento ó habilidades de sus hijos, sino ante todo formar su conciencia. Todas las mañanas, el capellán celebraba el Santo Sacrificio de la misa en la capilla situada cerca del castillo; la familia asistía á ella, rodeada de hombres de armas, vasallos, obreros de todos los oficios y numerosos servidores. No se veían allí esclavos, porque Birger, en la convicción que llevó á cabo del código de Upland, prohibió ese vergonzoso tráfico del ser racional, diciendo que el hombre había sido rescatado ó comprado, desde el momento en que Jesucristo había sido vendido por el hombre (4).

Durante el Santo Sacrificio, daba pruebas Brígida de su ardiente devoción; seguía con piecud y alegría profundas, las ceremonias que sus amigos tachaban de muy largas. Al notar la fe de su hija, Ingeborga adelantó el tiempo de las enseñanzas religiosas, y no contenta con instruirla en los dogmas y doctrinas de la fe católica, procuró comunicarle, con sus relatos, el mayor interés por el establecimiento del cristianismo en el reino de Suecia. Muy niña aún, aprendió Brígida la historia de San Anscairo, aquel monje de la abadía francesa de Corbia (5), que después fué Arzobispo de

deriva del alemán *burg*. El monje brigitino **O. Megerle** trata esta cuestión en el prefacio de su traducción alemana de la vida de la Santa por el Rdo. Padre Binet. (*Col.* 1652 *in-12*).

(1) Proc. Can. *Dep. P. de Alv. sup.* 1.º art. f. 200 v. et 201 r.

(2) Pedro y Benito que murieron muy jóvenes.

(3) En el *Chronicón* (209). Se dice que no hay certeza de que esta hermana de Brígida haya alcanzado la edad nubil. Una nota marginal en el margen del proceso de canonización y una genealogía manuscrita de PERINGSKIÖLD aseguran que se unió en matrimonio con Nicolás Ingewaldsson. Seguro es que murió antes que sus padres, pues éstos no la mencionan en su testamento.

(4) El espíritu de la ley de Upland es común al de las de todos aquellos pueblos que los romanos llamaban bárbaros. Astolfo habla sobre el particular casi en los mismos términos.

(5) Había sido educado en Corbia. En seguida fué á Westfalia donde fundó, bajo el mismo nombre, una nueva abadía, **Kraus, Kirchengeschichte**, I, 84, 1.

Hamburgo. Se representaba en la imaginación la llegada del Apóstol á la ciudad de Upsal á donde ella iba con frecuencia. Creía que asistía á sus predicaciones, á las de sus misioneros y al asesinato de Nithard, el primero de los mismos que cayó á los golpes de los paganos (1). Antes de aprender á leer, la hija de Ingeborga sabía ya de memoria el martirologio de su patria, y aún de su casa, puede decirse, pues por las tradiciones de familia supo el parentesco que existía entre ésta y la casa de los Bonde, de la que era oriundo el rey San Erico. Gozaba Brígida al considerarse descendiente de la misma raza, y en vivir en su familiaridad cotidiana, y quizá á él debió recibir comunicación directa con el cielo antes de conocer las alegrías y tristezas de la tierra.

No contaba diez años, cuando una noche oyó Brígida que Dios la llamaba, como había llamado á tantas almas privilegiadas, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, y á ejemplo de ellas, respondió Brígida: «*Heme aquí Señor*» (2). Ya abría sus ojos á claridades más intensas de las que gozan los simples cristianos y la luz que ilumina invisiblemente á la Iglesia, parecía descender sobre ella de una manera exterior y sensible.

En el altar que Brígida tenía en su habitación, se apareció la Santísima Virgen vestida de esplendente ropaje, y llamándola á sí mostrábale una corona, diciendo: «*¿La quieres?*» La niña corrió hacia la visión, con irresistible encanto, inclinó la cabeza en señal de asentimiento y María la coronó.

La visión (3) se borró, pero Brígida sintió por mucho tiempo

(1) *Sv. hist.*, I, 361-363, II, 11.

(2) לִי כִּי קָרָאתָ לִי—I Sam. (Reg.) III, 6.

Las palabras sobrenaturales se dejan oír, ya á los sentidos externos, ya á los internos, por medio del entendimiento sin intermediario. Se las divide en auriculares, imaginarias é intelectuales. Las palabras auriculares sobrenaturales resuenan en los oídos del cuerpo; son vibraciones milagrosamente formadas en el aire, por ministerio de los ángeles. Las sobrenaturales imaginarias, llegan á la imaginación, estando el que las oye, ya despierto, ya dormido, y generalmente durante el éxtasis: lo que hacemos nosotros con la palabra para manifestar nuestro pensamiento, Dios lo opera sin ruido exterior. La palabra intelectual se hace escuchar directamente á la inteligencia, del mismo modo que los ángeles se comunican entre sí sus ideas. (Cfr. **Tratado de la Vida interior**, pequeña suma teológica ascética y mística según el espíritu y los principios de Santo Tomás de Aquino, por el R. P. Fr. Andrés María Meynard, de los hermanos predicadores; 2.^a edición Clermon-Ferrand, 1889, II, 442-449.

(3) La visión es una gracia dada gratuitamente, por medio de la cual Dios manifiesta sobrenaturalmente un objeto en realidad ó en representación. Cfr. MEYNARD, II, 390.

que en sus sienes posaba invisiblemente aquella diadema que el Señor le preparaba en el cielo. La niña refería confidencialmente á su madre los favores que de lo alto recibía, y como Ingeborga, por el conocimiento que tenía de las Sagradas Escrituras, estaba habituada á considerar como cosa posible el comercio entre los espíritus celestiales y las criaturas humanas, y como ningún necio orgullo la impedía considerar justo que su hija viese más alto y más lejos, por el contrario; en vez de mortificarla con este motivo ó imponerle silencio, se esforzaba en alimentar aquella vida interior que se adelantaba á los años, y dejaba á Brígida asistir á los sermones que predicaba el clero regular y el seglar en lengua vulgar.

En efecto, allí unían los afanes de su ardoroso celo, los hermanos predicadores, y los menores, con los benedictinos alemanes, llevados al país por San Anscario, con los misioneros ingleses de Cluny, compañeros de San Sigefrido, y en fin, con los cistercienses, que acababan de establecerse en Suecia. Durante la cuaresma de 1314, predicaba un religioso perteneciente á una de las órdenes recientemente fundadas en el país, el Prior de los franciscanos de Upsal, ó tal vez el provincial de los dominicos de Dacia, pariente de Brígida, Israel Erlandsson, hizo en Finsta el relato de la Pasión. El orador era elocuente, y aquel sermón fué para Brígida la revelación de un sentimiento desconocido para ella hasta entonces: el dolor. Pero no se detuvo á discutir este terrible misterio. Antes de haber sufrido la justa ley que aflige á los hijos de Adán después del pecado original y que permanece frecuentemente para su espíritu un insoluble enigma, antes de haber oído la sinfonía universal de quejas lanzadas al cielo, á veces mudo por la rebelión ó por la resignación, comprendió Brígida la infinita declaración de amor que hacía Cristo á la humanidad, encarnándose para vivir, sufrir y morir por ella. Su alma vió á nuestro Señor Jesucristo soportar la vida y la muerte, sin decir jamás «Basta» é inmolarse antes de pedir nada en cambio: así ella le amó.

Para este alma predestinada, no hubo ya amargura en el cáliz del dolor, pues las lágrimas que el amor tiene en cuenta; las cargas que el amor aligera, las tristezas que el amor recompensa, constituyen un sufrimiento que, más que cosa alguna terrestre, *semeja la felicidad*.

Profundamente grabadas en su memoria quedaron las palabras que acababa de escuchar; no pensó Brígida en otra cosa durante aquel día; y por la noche la fué imposible conciliar el sueño: el dulce y doloroso recuerdo de su Dios, espirando en una cruz por amor del

hombre, absorbía todas las facultades de su ser. De repente, como el apóstol en el camino de Damasco, se vió rodeada de una claridad brillantísima, y en este resplandor celestial apareció Jesucristo clavado en la cruz.

—«Mira cómo me han tratado», le dijo el Señor.

—«Oh Dulce Señor mío, ¿quién os ha puesto así?, preguntó Brígida.

—«Los que desprecian y olvidan mi amor» (1), contestó Jesús.

Desapareció la visión (2), y en el corazón de la niña quedó para siempre grabada la imagen de Jesús crucificado. Desde aquel momento siguió Brígida la vocación que la llamaba al Calvario, á donde debía llegar por una senda luminosa; y para abrazarse con la cruz, no la fué necesario pasar por las tinieblas de Gethsemani.

Desde que Brígida amó, debió sufrir no en la soledad y las angustias, sino en unión de Jesucristo. Una fiebre lenta, que no daba esperanza alguna de vida, minaba los días de su madre, Ingeborga: El cumplimiento exacto de sus deberes maternos y el dolor que le causara la pérdida de sus hijos, habían extenuado prematuramente la naturaleza de la noble y virtuosa matrona; además, las desgracias públicas, gastaban sus fuerzas.

Algún tiempo después de la coronación del rey, discordias civiles habían turbado á Suecia, en las cuales se mezclaron los extranjeros. Afligieron profundamente á la castellana de Finsta por el interés que le inspiraba su país, como por su afección á Birger. Todos buscaban el favor y la alianza del senescal de Upland, pero no le era fácil discernir su deber en las luchas fratricidas de los tres hijos de Magno, en el curso de las cuales, cayó la cabeza del antiguo Regente (3). Retirado en su castillo, cuando era compatible con su cargo, se interrogaba sobre las faltas que había podido cometer y se imponía rudas penitencias.

«Preparo mi corazón para la prueba que el Señor ha de enviarme»; decía con frecuencia á Ingeborga ¿De dónde vendría el golpe?...

Mejor que él, su valerosa mujer lo presentía, y quiso anunciárselo por sí misma.

(1) Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup. 29.º art. f. 213 r.

(2) La visión es una gracia gratuita, por la cual Dios manifiesta sobrenaturalmente al hombre, un objeto real, ó en representación. Cfr. R. P. MEYNARD, II, 390.

(3) Sv. hist 431-441.

Una mañana de Septiembre de 1314, llamó ésta á su marido y sus hijos (1). Moriré, dentro de pocos días, les dijo con tranquilidad, Dios me lo ha revelado». Y como viese que todos los circunstantes derramaban lágrimas al oír sus palabras, añadió: «¿Por qué lloráis?; deberíais más bien alegraros, al saber que Dios me llama» (2). Antes de terminar la semana, se abrían por vez postrera las puertas del castillo ante su señora, y un largo cortejo se encaminaba á la Catedral de Upsal, el talento del arquitecto Esteban de Bonneuil había reproducido en suélo escandinavo á Nuestra Señora de París. La obra no estaba terminada, pero ya se celebraban en la Catedral los oficios divinos, y en ella tenía Birger el panteón de su familia, en ese recinto dormían el sueño de la muerte algunos de sus hijos, y con ellos resucitaría Ingeborga en el último día. Después de cumplidos los piadosos deseos y mandas de la difunta, y confirmado con el suyo propio, el testamento de aquélla, debía Birger llevar á cabo un último y doloroso deber.

El castillo de Finsta, sin la presencia de su señora, no debía ser ya morada de niñas. Vióse obligado Birger á confiar sus hijas, Brígida y Catalina á los cuidados de Catalina (3), una de las hermanas de Ingeborga que, con su marido Canuto Jonsson, senescal ó gobernador de la Gotia oriental, habitaba en Aspeneas, un antiguo castillo hereditario de la casa de los Folkungs.

Dolorosa en extremo fué para Brígida la separación del hogar paterno, en el cual por todas partes miraba las huellas de una madre tan venerada y querida, y en donde le parecía ser aún dirigida y aleccionada por aquella, cuyos ejemplos y virtudes había tantas veces y tan respetuosamente admirado. Pero su padre había hablado, y Brígida obedeció, sin proferir una sola palabra.

La castellana de Aspeneas acogió á las dos niñas con aquel sentimiento de infinita ternura, que experimentan por sus sobrinas las mujeres privadas de hijos, y veló siempre sobre ellas, con la vigilancia debida á la responsabilidad que sobre ella pesaba.

Aun cuando Brígida y su hermana fueron instaladas con toda independencia, en una de las alas del castillo, su tía casi continuamente estaba á su lado.

(1) En el testamento de Birger fechado el 14 de Marzo de 1314. (*Dipl. III*, n.º 2008), no nombra más que á Israel, Brígida y Catalina.

(2) *Vita S. Birg.* 189. Un acto del 21 de Septiembre de 1314. (*Dipl. III*, número 1980), consigna en esa fecha la muerte de Ingeborga.

(3) Están en un error los historiadores que le dan el nombre de Ingrida. Cfr. *Dip. III*, n.ºs 2145, 2206, 3689.

Una noche, que creía dormidas á las dos jóvenes, encontró á Brígida, de rodillas al pie del Crucifijo, la joven velaba y oraba mientras que los demás dormían. Capricho juvenil, pensó la dama; una de tantas devociones nuevas extendidas en el pueblo, á pesar de las prohibiciones eclesiásticas; castiguémosla á fin de que no se entregue á necias prácticas. Según la costumbre de entonces, Catalina levantó sobre su sobrina una vara: pero antes de que llegase á descargar el golpe, rompióse ésta.

«¿Qué es ésto, exclamó la castellana, habrás aprendido ya, de tus doncellas algún sortilegio?».

Brígida procuró tranquilizar á su tía. «¿Pues, qué haces entonces?»—le dijo ésta.—«Alabo á Aquel que me acompaña y me protege».—«¿Quién es él?»—«El Crucificado».

Nunca una mentira había manchado los labios de Brígida, y su voz era tan franca y tan pura su mirada, que la castellana no se atrevió á contradecirla. Consultó el asunto con el santo obispo de Skara, y dócil á su consejo, abandonó á la niña á la dirección del Espíritu Santo, mereciendo recibir muy presto la recompensa de su docilidad y de su fe. Trabajaba un día con sus sobrinas en una de las habitaciones del castillo, acompañadas de sus dueñas y doncellas. Colocada cerca de la ventana en el hueco formado por el espesor del muro, Brígida bordaba unos ornamentos sagrados; y como la aguja se negase á trasladar al lienzo su idea, imploraba la niña á Jesucristo que jamás había dejado burlada su confianza. La castellana asombrada, vió de pronto, al lado de su sobrina, una hermosa Dama, que desapareció al instante, sin dejar otra huella de su paso, que las flores bordadas con rara perfección, en la labor de Brígida.—«¿Te han ayudado á bordar?» preguntó la tía, inclinándose sobre el bastidor de la sobrina.—«No señora», contestó Brígida. Ignoraba la niña el favor que de la Madre de Dios acababa de recibir, y la señora de Aspenaes no insistió más; pero se llevó consigo el bordado, que guardó cuidadosamente como preciosa reliquia. La presencia de la misteriosa desconocida, no se ocultó, sin embargo, á las miradas de algunas damas y doncellas que presentes estaban; creyeron en un milagro, y lo divulgaron. Nadie puso en duda la veracidad del hecho, porque aquella señal de las misericordias de María, afirmaba, por el contrario, las esperanzas que, de los grandes destinos de Brígida habían concebido, grandes y pequeños, señores y vasallos. Aquellas almas de fe sencilla, no ponían límites al poder infinito del Creador; ni les admiraba tampoco, que en su tiempo, el mundo de los vivos estuviese, como en los tiempos de los patriarcas y de

los apóstoles, en relaciones directas y familiares con el mundo de los espíritus.

Los favores celestiales con que Brígida era regalada no la envanecían; Dios, que tan visiblemente la amaba, la abandonó un instante á sí misma, y la hizo comprender que sola ella, nada era, y nada podía. Permitted que el demonio la tentase, y el instrumento de que se valió el Señor, no fué el seductor Satán, sino uno de aquellos monstruos con quienes los padres del desierto tuvieron que luchar, y cuya horrible figura habían tallado los escultores con profusión, en los muros de la Catedral de Upsal. Brígida había contemplado á menudo aquellas repugnantes figuras, enroscadas en los capiteles. Una mañana tuvo una visión aterradora: le parecía que cien manos infernales se tendían para asirla, y cien pies corrían precipitadamente en su seguimiento. Espantada Brígida huyó de sus compañeras, y corrió á refugiarse al pie de la cruz. Vencido el demonio, la dejó.

Sus doncellas la interrogaron acerca de su precipitada fuga, y de su agitación visible aún. «He sentido un fuerte dolor en el corazón», respondió sencillamente. Pocos días después, reveló á su tía cuanto le había pasado, y ésta le aconsejó que guardase inviolable silencio sobre sus relaciones con los seres sobrenaturales. Contaba entonces Brígida 14 años, y como empezaba á manifestarse en sociedad, no era prudente excitar la curiosidad pública, sobre tan delicado asunto. El mundo, pues, no pudo saber, sino que Brígida era bonita, alegre, inteligente, instruída según su rango, amable para con todos, generosa en el empleo de sus bienes, de su tiempo y de su corazón en favor del prójimo, y cristiana como sus santos antepasados (1).

La noble joven veía deslizarse tranquilamente sus días en el cumplimiento de sus deberes hacia Dios y hacia su prójimo, cuando una noticia inesperada la turbó: Su padre quería casarla.

Una herencia había llevado al gobernador de Upland á la Gotia oriental. Allí, en el castillo de Ulfasa (2), recibió hospitalidad de dos hermanos huérfanos, quienes le manifestaron deseo de contraer matrimonio con sus hijas; proposición que aceptó gustoso el Gobernador. Ulf y Magno (3) eran los nombres de estos suecos ilustres,

(1) *Vita S. Birg.*, 190-191.

(2) *Diplom. III*, núm. 1999. *Ulfäsa*, 15, *Jan.* 1315. *Sv. hist. II*, 11.

(3) En francés, «Lobo». Guardamos la forma sueca de este nombre, á pesar de la canonización del Santo Obispo que defendía su Ciudad contra Atila, y á pesar de la celebridad del abad de Ferrieres.

descendían de la noble raza de los Folkungs por su madre, su padre Gudmaro senescal de Nericia, contaba varias reinas entre sus antepasados. Aun cuando no tenían aún 20 años estos jóvenes eran ya gentiles hombres (1), y su elevado nacimiento y cuantiosas riquezas, les autorizaban á pretender los más altos puestos en el reino. Habiendo recibido vasta instrucción de los monjes de Cluny, conocían á fondo los principios de la fe católica y observaban la ley de Cristo con mayor fidelidad que otros señores, sus iguales. En una palabra, poseían todas aquellas prendas que de sus yernos podía exigir, un noble caballero y un fervoroso cristiano.

Birger acababa de renunciar el título y funciones de senescal de Upland (2). De regreso á Finsta, llamó á sus hijas á su lado, para participarles el porvenir que les aguardaba, y ordenarlas que preparasen el equipo de novias. Catalina obedeció gustosa, en cuanto á Brígida, hubiera preferido «mil veces la muerte» (3).

Sin embargo, no opuso resistencia á la voluntad de su padre, el cual, por otra parte, hubiera respetado la libertad de su hija, si ésta hubiese podido declarar abiertamente que Dios la llamaba al claustro; pero no estaba segura de su vocación. El servir á Dios y á los pobres en el seno de la familia, libre de toda traba, excepto el

(1) O *Vapensvenner*. Armigeri esta traducción de esta palabra, como miles lo es, al decir de los suecos, de *riddare* ó caballero. Había varias clases de *svenner*, bajo las cuales se hallaba el *hirddräng*. Eran los nobles que no pagaban más impuesto que el de sangre. Eran lo más selecto de la nobleza, cuyo origen no se determina fácilmente, pues su título no dimanaba, como en Noruega y Dinamarca, de la posesión del terreno. El nombre derivado del blasón se transmitió mucho después. Hasta el siglo XVI predominaba el de la madre, si era el más ilustre. Para facilitar el estudio de las genealogías, los historiadores han convenido en poner entre paréntesis el apelativo futuro de la familia, á continuación de los nombres de bautismo, únicos que se usaban en la Edad Media. Los hereditarios datan desde la época de Erico XIV. Cfr. **Sveriges Rikes ridderskaps och adels Wapenbok (Cedercrona)** *Stokolm*. 1746. **Sveriges medeltid. Kulturhistorisk skildring af Hans Hildebrand.** *Stokolm*, 1879-1881. I, 127, 158, 183. II, 207, 209.

(2) No se sabe la causa de haberse retirado Birger, pero puede haber sido la de los escrúpulos de conciencia. Cuando heredó de J. Ængel llevaba aún el título. En 1315 el Duque Valdemar aprueba las cuentas de sucesión y Birger es llamado «Nobilis vir», (*Dipl. III*, núm. 2014). En 3 de Julio es llamado de nuevo *lagman* (núm. 2022). En las actas siguientes (núms. 2032-2034) del mismo año, como en el contrato celebrado con Ulf y Magnus en 1316 no se le da el título. Lo que parece seguro es que en 1318 (núm. 2154) ya era designado como *f. de lagman*, Exsenescal.

(3) Proc. Canc. *Dep. Kater. sup.* 4.º art. f. 125. Brígida tenía 13 años y Catalina 12. Los documentos prueban que la Santa era la mayor, aun cuando se la nombra después de su hermana en el testamento de Birger.

yugo suave del Señor, parecía ser lo que más conviniese á su natural independencia, y á su piedad, y por el contrario, rebelándose contra la autoridad paterna, temía dejarse llevar de su propia voluntad. Su confesor la aconsejó que se sometiese á la de su padre, y el Espíritu Santo iluminándola con luz celestial, con *su unción divina* hizo su obediencia silenciosa.

Confiada en la protección del cielo, tendió Brígida á su padre una mano firme que Birger colocó en la de Ulf. Según costumbre del país, el matrimonio debía verificarse en el año mismo en que se habian celebrado los esponsales. Brígida (1) aguardó pues que Ulf viniera á buscarla. La pobre niña no se forjaba ilusiones respecto del porvenir; su corazón, por el contrario, se complacía en lo pasado, tan lleno para ella, de dulces recuerdos. Llegó en fin el día en que Ulf debía venir á buscarla, y el castillo de Finsta le abrió sus puertas. Estaban ya las mesas preparadas y adornadas de flores, cuando apareció el castellano de Ulfasa, acompañado de numeroso séquito. La familia del esposo, se presentó trayendo rehenes, ofrecía prendas de su buena fe, pedía un salvoconducto y reclamaba al castellano de Finsta la noble prometida. Birger apareció á las puertas del castillo; tomó bajo su custodia las armas de sus huéspedes; les ofreció á su vez prendas, y les invitó á tomar en su mesa el *pan* y la *sal*. Cuando se presentó Brígida en el gran salón de Finsta, al contemplarla por vez primera aquellos descendientes de Odin, notables por su vigorosa constitución y elevada estatura, creyeron ver en la joven desposada un ser extraño á su raza, y si hubiesen sido interrogados sobre la estatura de Brígida (2), habrían contestado á una voz con el poeta: «Me llega al corazón» (3). Pequeña, delicada, enteramente velada por sus cabellos de oro, Brígida doblaba su cabeza bajo la pesada corona de pedrería, que, según el uso de aquel tiempo, ceñía sus sienas. Su tez sonrosada y fina, y la

(1) La desposada salía de la casa paterna bajo la custodia de su futuro esposo, en cuya casa se verificaban las ceremonias nupciales.

(2) Un vestido de Brígida que el P. Burlamacchi vió en las clarisas de Roma, prueba que la Santa era pequeña, y confirma la tradición. **Vita de la seralica e gloriosissima sancta Brigida dal P. G. Burlamacchi**, F. Mollo, 1692, in 4.º, 337. Los hábitos para gran estatura que se enseñan en Santa Lucía in Selci (Roma) están desprovisto de autenticidad. Por otra parte, cómo creer que la terciaria franciscana llevara vestidos de seda en su peregrinación á Tierra Santa.

(3) Jaq.— «What stature is she of?
Orl.— Just as high as my heart».

expresión candorosa de su mirada, conservaban aún todo el encanto de la infancia; mientras que los labios delgados y bien delineados, y la nariz aguileña, daban á su fisonomía noble firmeza.

Preparada ya Brígida para seguir á su esposo, y cuando los sofocantes calores del mes de agosto hubieron pasado, la joven, sencillamente vestida, y montada en una jaca de la hermosa raza de Gotia, acompañada de sus doncellas, emprendió el camino. Birger cabalgaba á su lado con varias personas de su familia, y de la familia de Ulf.

Sin dificultad atravesaron el terreno que se extiende al sur de Upland; más allá del lago Maelar dejaron á Stokolmo, á la izquierda; y pasando de la Vestmannia á la Gotia oriental, alcanzaron la ribera del lago Boren, y el territorio de Aska. Allí Ulf se acercó á su desposada, y le mostró el antiguo castillo de Ulfasa, medio oculto en el espeso bosque de encinas, álamos y pinos. Por entre aquellos árboles se distinguían los estandartes de vivos colores con las armas señoriales que recordaban á Brígida las de los Folkungs, parientes del castellano (1). A la entrada del puente levadizo, la parentela de Ulf, hasta el tercer grado, parte de la nobleza de Nericia, y los vasallos del castillo, recibieron á los desposados. En presencia de todos, Birger se adelantó solemnemente hacia Ulf, y le dijo: «Te doy por esposa á mi hija, para que, adornada con las prendas del honor y la fidelidad, comparta tu lecho y tu hogar, disponga de tus llaves, y goce de la tercera parte de tus rentas, como lo mandan el rey Erico y la ley de Upland. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén».

En la capilla del castillo, los dos jóvenes se inclinaron bajo la bendición del sacerdote. «Benedicid, Señor, este anillo, decía el celebrante, y haced, que aquel que le lleve, viva en paz, según vuestra voluntad, y llegue á la vejez, llevando vuestro amor en el alma... Que vuestro Espíritu consolador, descienda sobre este anillo y haced que la que ha de llevarlo, sea revestida de fortaleza celestial, para defenderse y logre caminar siempre hacia la eterna bienaventuranza». Ulf recibió de Brígida el anillo de oro y tomando la mano derecha de Brígida, la puso en el dedo un anillo de oro enriquecido con un záfiro. La misa comenzó, y los desposados, vírgenes aún (2), fueron ligados para siempre, antes de conocer el precio de

(1) Llevaba Ulf en su escudo el león de oro sobre azul, distintivo de la casa de los Folkungs.

(2) Proc. Can. *Dep. Kater*, sup. 4.º art. f. 125 r.

la libertad, que en este momento sacrificaban, por medio del juramento de pertenecerse uno á otro. Pero un lazo sobrenatural, el amor de Jesús, unía más íntimamente sus corazones; y animados ambos de ilimitada confianza en la Providencia divina, le abandonaron su destino sin reserva. Cuando, según los antiguos usos, el sacerdote hubo bendecido la casa y el lecho nupcial, Brígida, postrada á los pies de Ulf, alcanzó de él la solemne promesa de que, á ejemplo de los primitivos cristianos, pedirían ambos al cielo la gracia de conocer claramente su verdadera vocación, antes de abrazar un estado que pusiese obstáculo á su salvación eterna.

Con modesta y grave amabilidad agasajó Brígida á sus huéspedes, sirviéndoles por sí misma, según las costumbres tradicionales, y distribuyó liberalmente á los pobres, pan, carne y vino. Despojada ya del rico cinturón bordado, distintivo de las doncellas suecas, se presentó Brígida, el día siguiente al de la boda, con traje más sencillo, aunque correspondiente á su elevado rango. La toca ajustada que la llegaba á las sienes, y ocultaba sus dorados cabellos, y la vestidura amplia y muy larga, que la prestaba un aire de singular distinción y gravedad. Cuando en la sala del banquete fué arrojada la lanza que, según la costumbre, simbolizaba el concurso que la mujer sueca debe prestar en la defensa del hogar, la delicada mano de Brígida tomó el arma con tal fuerza que pareció desafiar los peligros.

Prolongáronse por algunos días las fiestas: después de cada torneo en que Ulf había luchado con sus parientes y amigos, reparaban sus fuerzas los combatientes, con espléndidos y copiosos banquetes, animados con la presencia de músicos y bailarines. Los caballeros comían los animales de caza y las truchas del lago, en el mismo plato que sus damas; y bebían en la misma copa con ellas, el agua-miel ó cerveza del país, el kirsch y el vino alemán.

El castillo recobró al fin su ordinario silencio; los huéspedes lo abandonaron unos en pos de otros, dejando solos á los jóvenes desposados (1). No tardó Brígida en captarse la voluntad de su marido. Más animosa que él en el servicio de Dios y del prójimo, y más instruída quizá, en los medios prácticos para hacer el bien, á ella pertenecía la iniciativa en las obras de caridad en que ambos se ejercitaban. Buscaban con afán á los pobres para socorrerlos, y unían sus riquezas para levantar escuelas, reparar hospitales, fundar nuevos y edificar iglesias. A la mañana, al medio día y á la

(1) *Sver. medeltid*. Esta reconstitución de las fiestas nupciales está ajustada á los usos del tiempo y del país.

noche, unidos rezaban las horas de Nuestra Señora, y para oír la palabra de Dios, no tenían en cuenta ni la distancia, ni la fatiga. Confesaban los viernes con el mismo sacerdote; y á fin de afirmar y perfeccionar su mutuo amor en el fuego del Corazón Divino, cada domingo se acercaban á la sagrada mesa. Disimulábanse mutuamente sus defectos, porque su amor recíproco, basado en la verdad, estaba muy lejos de aquellas engañosas ilusiones que hacen un ídolo del objeto amado. Ulf aprendió de su mujer, el uso de cilicios y de los instrumentos de penitencia, familiar, después á ambos, ya sabía que no es posible conservar la pureza, sobre todo en la juventud, sin la austeridad corporal. Las relaciones de Brígida con los habitantes del cielo eran, para Ulf, motivo de gozo, pues observaba en la virtud de aquélla todos los caracteres que había admirado antes entre sus maestros los monjes benedictinos. Por otra parte, Brígida no se ocupaba en pensar en sí misma, sino para examinar su conciencia. No contemplaba si no á Jesucristo y en el prójimo consideraba solamente lo que podía imitar ó socorrer. Su misticismo, reformando su naturaleza, perfeccionaba su alma, la inclinaba á la humildad y sumisión, sin poner óbice alguno en el cumplimiento de los deberes de su estado, ora se tratase del gobierno de la casa, ora de la administración de sus bienes. A los ojos de esta noble escandinava, educada bajo el reinado de las leyes germánicas, la propiedad no era sino un feudo prestado por Dios y protegido por mandatos divinos; así pues, el dominio que ejercía sobre sus bienes, venía á ser, á su juicio, una potencia moral, que debía ser empleada en promover intereses más elevados. Si los jóvenes suecos, que en aquel tiempo iban á estudiar á la universidad de Bolonia, le hubiesen hablado alguna vez del derecho de posesión; según el código romano; de la dominación física que el hombre se arroga sobre la tierra; de la libertad que se atribuye, de gozar por su sólo interés propio, de los bienes que posee, Brígida habría quedado extrañamente sorprendida. Para ella, la propiedad suponía obligaciones, más bien que derechos; y procuraba cumplir aquéllas lo más perfectamente posible. Mandaba siempre con dulzura, pero sabía también hacerse obedecer; y al mismo tiempo que usaba de su autoridad para con las almas de quienes ante Dios era responsable, consagraba asimismo sus cuidados á la dirección del trabajo en sus numerosos servidores. Merced á sus afanes, los rosales de sus jardines eran los más floridos; y los frutos de su huerto, los más gustosos.

Había procurado también, á ejemplo de los monjes del Cister, aclimatar en Suecia, las plantas de la Europa central. Contábanse además multitud de animales de toda especie en sus corrales. Todos

pues, tenían allí cuanto habían menester; y el orden y economía que observaba, le permitían unir, á las liberalidades de la dama opulenta, la inagotable caridad de la cristiana. La ley de la hospitalidad en Ulfasa, no conocía límites; y los menesterosos eran los huéspedes favoritos de sus señores. Antes de sentarse á la mesa, Brígida servía la comida á doce pobres, con sus propias manos, y los jueves les lavaba y besaba los pies, á ejemplo del divino Maestro. Recibía siempre con igual amabilidad á los parientes de Ulf, á sus amigos, á la nobleza y al clero, á los caminantes y á los monjes mendicantes, á quienes el puente levadizo daba paso á la primera llamada. Según aquellos usos, la noble dama presentaba á sus huéspedes numerosos y exquisitos platos, servidos en fuentes de plata maciza. En cuanto á ella, habituada á la mortificación y al ayuno, que observaba siempre, no tomaba sino alimentos ordinarios, y éstos en muy corta cantidad. El rico vaso de plata delicadamente cincelado (1), que tenía delante de sí, no contenía sino un poco de agua, y el cuidado que ponía en ocultar sus penitencias, hacíanlas más meritorias á los ojos de Dios. Era afable con todos, é indulgente para con el pecador, bien que aborreciese intensamente el pecado. No admitía entre sus dueñas y doncellas, sino á las que observaban conducta irreprochable; y en el número de sus amigas, no contó jamás sino aquellas que unían al título de cristianas, una ejemplar vida, y costumbres inmaculadas. En la elección de estas confidentes de sus penas y alegrías, nunca dejó Brígida de pedir consejo á Ulf; y éste, fiel al juramento que había hecho ante Dios y sus ángeles, era guía y custodio de su mujer, en éste como en todo otro asunto.

El techo conyugal era, pues, para Brígida un asilo seguro, y su marido alejaba de ella los familiares del vicio como la hubiera guardado de las plantas venenosas ó defendido contra las bestias de presa.

En la vasta sala en que dirigía Brígida los trabajos de su servidumbre, se veía á menudo reunida con su hermana Catalina, casada con Magno de Loo, hermano de Ulf con sus dos tías maternas, las castellanas de Aspenaes y de Svanhals, y en fin, con su cuñada Catalina, mujer de Gustavo Tunesson (Sparre), todas estas nobles damas procuraban, con mayor ó menor perfección, conformar su vida con los consejos evangélicos más austeros, y sus maridos eran los primeros en elogiar este proceder.

(1) *Diar. an.* 1416. En el siglo XVI; este vaso estaba en poder del obispo de Roskilde quien lo dió al convento brigantino de Maribo.

Atraídas por la influencia del buen ejemplo, otras muchas damas de las cercanías de Ulfasa se les unieron; distinguiéndose entre ellas Ingeborga Eriksdotter, Margarita Bjelke de Broby y las hijas del senescal de la Gotia oriental, la más jóven de las cuales, Ingeborga, pasaba por una sabia. Mientras las otras damas ejecutaban trabajos de aguja para las iglesias ó los pobres, ella leía en alta voz las *Vidas y Martirios de los Santos*, los *Diálogos de San Gregorio el grande*, y el *Speculum Virginum* (1), libro muy apreciado de las mujeres devotas de entonces; ó bien leía la Sagrada Escritura, cuya traducción á la lengua sueca se debía á los monjes del Cister, hacia el año 1300. Entre todas, esta última lectura agradaba en extremo á Brígida; mas no buscaba en ella alimento á su curiosidad y á su imaginación, ni trataba de hallar en sus páginas asunto de estériles discusiones: sólo deseaba aprender en el Evangelio, la ciencia que purifica el alma y la encamina á la vida eterna.

Ulf invitaba con frecuencia á sus huéspedes á solazarse en el campo, y allí, damas y caballeros cabalgaban alegremente, ya cruzando la campiña en seguimiento de las aves, ya persiguiendo á los osos y los lobos, á las martas y los armiños. Pasaban las veladas danzando y cantando al son del laúd, ó saboreando las novelas caballerescas, que la madre política del duque Erico había traducido á la lengua sueca. Brígida asistía á todas estas diversiones con semblante risueño, pero con sola su presencia sabía impedir que la alegría degenerase en bufonada, y el torneo en sangriento combate. Asimismo procuraba diestramente dar fin al banquete antes que el exceso de la bebida hubiese dado ocasión al más leve desorden.

Recrearse en aquellas diversiones inocentes, que agradaban á su marido, era para Brígida un deber impuesto por la voluntad divina; y si estos pasatiempos mortificaban sus propias inclinaciones, bendecía la mano del Señor, que sabía presentarla la cruz, en la senda ancha y placentera por donde la hacía caminar (2).

Dos años hacía que Brígida y Ulf (3) gozaban de tan dichosa unión, formada tan solamente por el amor sobrenatural que se

(1) Es evidente que Ingeborga sabía el latín, pues el **Dialogus Peregrini et Theodorae de Speculo Virginum** no se tradujo al sueco sino hasta el siglo XV por un monje brigantino capellán del Rey Carlos VIII. Cfr. **C. Silfverstope, Klostret i Vadstena. Hist. bibliotek. I. Stokolm;** 1875-35. Le **Jungfruspegel** ha sido publicado por R. GRETE, *Stokolm*, 1897-1898.

(2) Proc. Can. f. 23 á 26.

(3) Proc. Can. art 23. f. 8. *Dep. Kater. sup. 4.º art. e.* 125.—*Vita S. Birg.* 191.

profesaban. En su comparación, ¿qué venía á ser para ellos aquella emoción terrena, aquel sentimiento natural que tiene su raíz en la hermosura física, engañosa y pasajera? El respeto mutuo espiritualizaba su amor; y extraños á toda pasión efímera, gozaban aún de la libertad de fijar ó elegir su destino definitivo. Después de invocar con insistencia el auxilio de lo alto y de haber consultado tan importante asunto con el depositario de sus conciencias, comprendieron al fin, que si el Señor no los había favorecido con una vocación más alta, debían adorar sus designios, y servirle en el santo estado del matrimonio á que eran llamados para santificarse en él, á fin de engendrar y educar generaciones de santos.

Con humildad y sencillez habían tratado de conocer la voluntad de Dios, y sencilla y humildemente se sometieron á ella.

Toda la felicidad que es dado gozar en la tierra, Brígida y Ulf la poseían. Cuando una noticia inesperada y terrible los obligó á separarse. Multiplicábase los correos por todo el país, recorriendo con inusitada velocidad las ciudades y aldeas: unos reclamaban la obediencia pública en nombre del rey Birger; otros llamaban al combate á los partidarios de los duques Erico y Valdemar, hermanos del monarca. La causa de tal conflicto era la siguiente: Atraídos artificiosamente á Nykoepping en donde el rey tenía su corte, Erico y Valdemar, habían sido sorprendidos durante su sueño, cargados de cadenas, y encarcelados; y mientras que Birger I se proclamaba dueño del reino, los amigos de sus hermanos, se preparaban á libertarlos. El padre de Brígida se distinguió por el celo que desplegabá para conseguir la libertad de los duques. Se puso, pues, en marcha con los vasallos de Valdemar, Ulf no tardó en seguirle. Sin derramar Brígida una lágrima, contempló á su esposo transformado en guerrero. En el fondo del alma conservaba una ilimitada confianza en el Dios de los ejércitos, sentimiento que comunicó á todos; pero desde el momento en que el señor de Ulfasa hubo pasado el último foso del castillo, y cuando estuvo segura de que quedaban levantados los puentes y custodiadas las murallas, encerróse en su oratorio donde permaneció toda la noche en oración. ¿Imploraba en ella la victoria para los combatientes, su feliz regreso al hogar, ó solamente la salvación de sus almas? Dios solo lo sabe. Mientras duró la ausencia de Ulf, no durmió su mujer sino al pie de la cruz; y á duras penas podían conseguir sus doncellas que tomase algún alimento (1). Pedía al Señor y á la Virgen

(1) MONTELIUS no menciona el papel que hicieron entonces Birger y Ulf. El que les asigna la leyenda es tan verosímil, que reproducimos, á título de hipótesis el

santísima, que se dignasen poner en sus labios aquellas palabras que expresasen los sentimientos mismos, con que ellos habían alabado á Dios durante su vida mortal. El cielo escuchó su demanda, y como en los días de su piadosa infancia, fué arrebatada en éxtasis; en él sus labios articulaban admirables súplicas y oraciones, en las cuales alababa y glorificaba á Dios, por todas las perfecciones de Jesús y de la Virgen, y por cada uno de los actos de su vida en el mundo. Posteriormente, siempre que rezaba dichas oraciones, se sentía embriagada de celestiales consuelos (1).

La guerra civil continuaba, sin embargo Nykoeeping se defendió mucho tiempo, y cuando los sitiadores penetraron en la plaza los duques habían muerto (2).

Los males de la patria habían amargado en extremo el corazón del señor de Finsta; la muerte prematura de los duques, y la incertidumbre que le atormentaba sobre la salvación eterna de esas almas tan queridas, le sumieron en el pesar más intenso. Los duques le habían nombrado su ejecutor testamentario, y sin perder un momento, escribió á catorce obispos, pidiéndoles se dignasen conceder indulgencias en favor de los nobles difuntos; servicio que no fué el menor, de los que les había prestado (3).

Al tener conocimiento de tan sangriento drama, supo Brígida también los peligros que amenazaban á su marido y á su padre. Magno, el hijo del rey de Suecia, ocupaba la fortaleza de Stegeborg, y alrededor de ella luchaban sus tropas con ardor contra los vengadores de Erico y de Valdemar. En su dolorosa inquietud, la castellana de Ulfasa se esforzaba por tranquilizar su alma, y mantenerla sumisa y resignada, á la voluntad divina. Por fin, Stegeborg se rindió; Magno Birgersson, fué hecho prisionero, y el poder civil vino á parar á las manos de aquel tío de Brígida, Canuto Jonsson,

relato hecho por **Afzelius (Svenska Folktes sago häfder. Stokolm, 1844, IV, 172-178)**. Añadimos, según el mismo autor, algunos hechos de la juventud de los dos esposos. El lector avisado pensará tal vez con un anciano: «la poesía es á veces más verdadera que la historia».

(1) El texto latino, **Revelationes S. Birgittae**, no fija el momento en que la santa haya formulado esas preces; pero la traducción sueca del siglo XIV, hallada y publicada por el sabio conservador de la biblioteca real de Stokolmo **G. E. Klemming** dice que fué en ausencia de su marido; ahora bien, Ulf y Brígida se separaron muy poco, posteriormente.

(2) *Sv. hist.* 442 444.

(3) Véase en las **Cantiones** publicadas por **Klemming**, 100y 102, la interesante elegía titulada: **Cantio de nece ducum Erici et Waldemari**.

que la había recibido bajo su protección en Aspenaes. El poder militar y la custodia del hijo de Erico, quedaron en las manos del senescal de la Gotia occidental Mateo Kettilmundsson.

Ejercía Birger nuevamente sus funciones de senescal. En Julio de 1319 convocó, en las praderas de Mora, una dieta, que por primera vez reunía á los representantes de la nobleza, del clero y del pueblo. Mateo se presentó ante ella, llevando en los brazos al niño de 3 años, á quien se deseaba nombrar soberano, y le colocó sobre la antigua piedra en que desde tiempo inmemorial se coronaban los reyes. El gobernador de Upland invitó á los suecos á elegir por soberano al hijo del duque Erico; la asamblea contestó con unánimes aclamaciones de asentimiento, y el tierno niño fué proclamado rey de Suecia, con el nombre de Magno II. La muerte de su abuelo materno Haquin, le había hecho poco antes, heredero del trono de Noruega.

El nuevo poder, temió á los últimos partidarios del poder caído y siguiendo las tradiciones sanguinarias de los Folkungs, hizo decapitar al joven príncipe Magno, hijo único de Birger I, á pesar de los compromisos solemnes que garantizaban al vencido de Stegeborg, la vida y la libertad. Ante tan negra traición, al ver caer la cabeza inocente de aquel príncipe de 19 años, declaró Brígida abiertamente que el partido vencedor había cometido un crimen. Las consecuencias de aquélla política de represalias no se ocultaban al buen sentido de la joven esposa, que no se dejaba arrastrar, como su padre y su tío, ni por cálculos interesados ni por el envanecimiento del triunfo.

En cuanto á Ulf, embriagado como estaba, con su felicidad presente, no se ocupaba en pedir lecciones al pasado, ni tampoco abrigaba temores para lo futuro. El nacimiento de una hija vino muy en breve á añadir á la unión de los castellanos de Ulfasa, ese grado de perfección, que presta la paternidad al matrimonio cristiano.

Sonreían los dichosos padres contemplando en esta niña á la heredera de sus buenas obras.

También los negocios temporales tomaban giro favorable para ambos esposos que se ocupaban en plantar árboles, desmontar las selvas, cultivar los campos y explotar las minas. Cabalgaban juntos á través de sus vastos dominios, inspeccionándolo todo; y si la distancia era larga, un trineo ó una barca los conducían, según las estaciones, sobre las heladas ó límpidas aguas del Boren.

Un día de otoño, encaminóse Ulf al norte del lago Krigsberg á donde un asunto de importancia le llamaba. En los momentos de regresar, la tempestad amenazaba, pero Ulf se decidió á desafiarla,

recordando que Brígida le esperaba, y se embarcó solo. Pronto, el viento comenzó á soplar con fuerza, y las olas se levantaron amenazadoras; el timón se resistió á funcionar, y una ráfaga violenta echó á pique la embarcación. Muy frecuente es el naufragio en los lagos de Suecia. Ulf iba á perecer, pero en el instante supremo, las olas, en vez de sumergirlo, le arrojaron á la orilla, perdido el conocimiento Brígida; entre tanto, oraba con todo el fervor de su alma, cerca de él: y Ulf creyó que su salvación fué un milagro. Mucho se complacía él después, al considerar que debía la vida á las oraciones de aquella á quien tanto amaba, admirando á la vez, el poder que sobre los elementos ejercía. Ulf prometió edificar una iglesia en el lugar mismo en que había sido arrojado por las olas; pero en vano recorrió en compañía de Brígida, el espeso bosque, en derredor del lago, buscando alguna señal en la tierra; nada encontraron á causa de la perfecta uniformidad del sitio. Desanimada Brígida en vista de la inutilidad de sus pesquisas, arrojando al aire una rama exclamó: «En el sitio en que caiga, brotará una encina, y allí edificaremos la iglesia». El prodigio se realizó; y poco después, el santuario de Ekeby se levantaba retratado en las cristalinas aguas del Boren. En su torre principal mandó Brígida que se edificase un oratorio, á donde iba con frecuencia á dar gracias al Señor de haber milagrosamente salvado de la muerte á su marido (1).

Levantar moradas al Hijo del hombre, que en la tierra no tuvo donde reclinar su cabeza, era para aquellos virtuosos castellanos empresa más digna de sus nobles sentimientos, que la de fabricar para sí mismos suntuoso castillo. Preciso fué, sin embargo, reconstruir Ulfasa, la residencia de madera en la que el castellano había recibido á su prometida carecía de la solidez de un edificio que construido, como se ha dicho, ha de trasmitirse de padres á hijos. Dios había bendecido de nuevo la unión de Ulf y Brígida, con dos hijos venidos al mundo después de la primogénita Marta; y era indispensable, preparar á la nueva familia habitación más cómoda y capaz. Los arquitectos llamados para la obra levantaron el plano de un Gärd con muros y fortificaciones de piedra. Ulf, ocupado en el cultivo de sus tierras, abandonó á la castellana la dirección de los trabajos; y ésta desempeñó la misión con notable habilidad y

(1) Todavía se ve la fuente en donde la santa venía á beber, y la gran piedra en que se sentaba para rezar el oficio de Nuestra Señora. En la iglesia, que fué transformada después en templo protestante, se ve aún el oratorio de la santa, y un cáliz y una patena dados por ella.

acierto. Habiendo nacido para mandar, ejercía su autoridad natural y sencillamente. Amaba, á más de esto, á su raza, con todo el corazón; y se proponía reunir en su nueva morada, todos los recuerdos de los tiempos pasados; y en cuanto al porvenir, le parecía ver á sus descendientes embellecerla más aún con numerosas prendas testimonio de su valor, y trofeos de esclarecidas victorias.

Pero la construcción y ornato de su futura habitación, llevó quizá á Brígida más allá de los límites del deber, como lo demuestra la queja expresada por el divino Maestro en aquel lenguaje íntimo y misterioso, que sólo en lo más secreto del alma se deja oír. Cerca de la gran chimenea de su cuarto, había hecho colocar Brígida un lecho suntuoso, con preciosas colgaduras, rico artesonado, y magnificas cortinas le precavían del frío. Finas sábanas de Holanda y ricas colchas forradas de pieles, cubrían el colchón de raso encarnado. Brígida contemplaba el lecho con delicia, cuando de improviso sintió dolores intolerables, y oyó una voz interior que le decía: «Yo no tuve en la cruz donde reclinar la cabeza, y tú ¿buscas comodidades y regalos?» Amargamente lloró Brígida su falta, y las lágrimas del arrepentimiento fueron un bálsamo saludable para sus dolencias físicas. Desde entonces, hasta el fin de su vida, durante el Adviento, la Cuaresma y las vigiliás de las grandes fiestas dormía en la dura tierra, levantándose luego que el primer canto del gallo la llamaba al cumplimiento del deber (1).

La esplendidez y suntuosidad eran exigencias inherentes á la elevada clase á que pertenecían; pero Ulf y su mujer habían renunciado voluntariamente á todo lujo en sus personas, para abrazar la pobreza, en cuanto su condición lo permitiese. Para lograrlo, ingresaron ambos en la orden tercera de San Francisco, fundada á petición de dos esposos cristianos, deseosos de servir á Dios lo más perfectamente que su estado lo permitiese. La regla de los terceros manda que se lleven vestidos modestos, como el *plumaje de la alondra*, y que los muebles de uso sean sencillos. No se les exige, sin embargo, que renuncien á ciertas conveniencias sociales, indispensables en las relaciones con el mundo, según el juicio de sabios y prudentes confesores.

Dos órdenes terceras, regularmente constituidas, existían entonces en Suecia: la dominicana y la franciscana. Santo Domingo de Guzmán, descendiente de la antigua nobleza española, doctor, predicador, y un genio muy intelectual, á ejemplo del Verbo

(1) Proc. Can. Dep. prioris de Alvastro; sup. 8.º art. f. 203.—Rev. Extrav. LIII.

encarnado, encaminaba á los hombres de su siglo á la verdadera luz. Frecuentemente eran herejes y convencía su inteligencia por el raciocinio antes de ganar sus corazones por la caridad. Como miembro de la iglesia docente, y descendiente de los apóstoles tomó el espíritu de sus reglas del derecho canónico. Los hombres y las mujeres que ingresaban, dirigían sus esfuerzos al conocimiento de la verdad, al apostolado sobre todo. En una palabra; darse á sí mismo á Dios, en favor del prójimo, es el punto principal á donde deben tender las aspiraciones de todo terciario dominicano.

San Francisco, diácono italiano, nacido en Asís era un poeta. Su genio residía en el ardor de su voluntad, cuyos actos se dirigían todos á Dios, por medio del amor, su lenguaje parecía una llama arrastrando á las almas en pos de sí, con una palabra, sin detenerse á persuadirlas con largos razonamientos; descendiente de los discípulos más bien que de los apóstoles limitaba su regla á las observancias monásticas. De aquí, que la vida de los terciarios franciscanos, menos mortificada en el fondo que la de los dominicos, era al exterior más ruda y más pobre, y el deber no la llevaba necesariamente á las obras apostólicas.

¿Elegió Brígida la tercera orden franciscana, impulsada tal vez por el ejemplo de su madre, y de varios miembros de la familia real de los Folkungs? ¿ó le pareció quizá, que una regla destinada á elevar y santificar la vida cristiana, sin alterar sus ordinarias condiciones, se adaptaba mejor á las obligaciones de su estado, que el estudio y el apostolado dominicano? Brígida fué siempre fervorosa terciaria no llevando á su orden esa predilección que es más fácil sentir que definir. Sin embargo, su adhesión á la orden, no le impidió el amar y favorecer á los monasterios todos que se hallaban en las cercanías de Ulfasa, y que contribuían á la gloria de Dios. No lejos, en la ciudad de Skeninge, se levantaba, en una de las fértiles llanuras que la circundaban, el convento de los Hermanos Predicadores, con el noviciado y la casa de estudios, dirigida esta última por maestros en teología, graduados en la Universidad de París, y formados por el célebre Pedro de Dacia discípulo de Alberto el Grande y de santo Tomás. Deseosa de aumentar su conocimiento de Dios con el trato de tales doctores, la santa venía á pedir á los dominicos que alumbrasen su inteligencia y que desarrollaran y disciplinaran su razón. Los hijos de san Bernardo, en vida aún del santo habíanse establecido á orillas del lago Vetter, el cual, semejante á un mar interior, extiende sus verdes y límpidas aguas por entre las cuatro provincias más bellas del reino

de Suecia. Ocultábase en el fondo del valle una de sus abadías Alvastra: á alguna distancia de estos monjes vivían también sus hermanas las religiosas bernardas de Vreta y Risaberg. De todos estos conventos eran insignes bienhechores los señores de Ulfasa.

No contentos de esta unión con el clero regular, se pusieron en relación con el seglar. Con frecuencia solían visitar al sabio obispo de Linköeping (1) y al maestro Matías depositario de sus conciencias. Era éste canónigo de la catedral, y célebre en el reino entero, por sus escritos, su elocuencia y sus virtudes; aprovechaba los ocios que las funciones de su ministerio le dejaban, en el estudio del Pentateuco. Interesábase en gran manera Brígida por estos trabajos de su director, y alcanzó del sabio canónigo que tradujese la Vulgata á la lengua sueca (2), que afirmando su fe, y alimentando su devoción constituían las delicias y encanto de su alma.

No se estableció entre Brígida y su confesor la amistad que frecuentemente une á dos santos en el tribunal de la penitencia; guardaba á pesar suyo como dama noble las tradiciones de sus antepasados, y tenía repugnancia en considerar á los plebeyos como iguales suyos, sin embargo, veneraba profundamente á los ministros del Señor. El sacramento del Orden, cuyo alto precio le revelaba la fe, daba á sus ojos tal supremacía á los sacerdotes sobre los demás hombres, que no podía considerar en ellos otra cosa, sino seres infinitamente superiores á ella. Por otra parte, más que un amigo necesitaba un maestro.

Obedecer era para Brígida un acto verdaderamente heroico, pues no juzgaba como muchas almas débiles, que el sólo hecho de descargarse de la responsabilidad de los propios actos, sea para el hombre, cumplida compensación del sacrificio. Guardaba las tradiciones de su clase, sintiendo repugnancia, á pesar de sus esfuerzos, en considerar á los vasallos iguales á ella, pero sabía inclinar la cerviz bajo el yugo y la frente ante el ministro del Señor, representante de la autoridad divina. El prudente y sabio director no tenía otro trabajo que el de guiarla en la senda por donde caminaba tan animosamente. Escudriñaba Brígida cuidadosamente su conciencia, y juzgando sus faltas á la luz de su viva fe y con la medida del amor

(1) Carlos Båth. Cfr. **Cronicon rhyt episc. Lincopen. Script. III, II, 106.**

(2) *Vita S. Birg.* 192. En sus publicaciones sobre los trabajos bíblicos en la edad media. **Svenska medeltidens Bibel arbeten** (I, 575-597), KLEMMING asegura que el canónigo de Linköeping sólo terminó el Pentateuco; SCHÜCK (*Sv. lit.* 154-155), señala de él una *Concordantia super totam Bibliam*, 3 vol. in 1º. perdida hoy, le considera como comentador y no como traductor de la Biblia que poseía Brígida.

divino, las consideraba como verdaderos crímenes, y nunca la parecían duras las austeras penitencias que su director la imponía. Este conocía el temple de aquella alma vigorosa, y con calma la miraba formarse para la virtud, en plena luz y en plena felicidad. Ya puede Dios, decía, colmar á Brígida de los goces del amor y de la maternidad, de los dones de la fortuna, y de las satisfacciones del éxito: en todo no ve ella ni ama sino á Jesucristo. Él es el manantial y el objeto de sus ternuras, el fin de sus actos, y desde el momento en que la invite á subir con él al Calvario todo lo abandonará para correr en su seguimiento exclamando como en los días de su infancia. «Héme aquí Señor, pues me has llamado».

CAPITULO II

1328-1344

BRIGIDA EN LA CORTE DE SUECIA

Muerte de Birger Persson.—Ulf, armado caballero es nombrado senescal de Nericia.—Brígida le secunda en sus trabajos.—Sus hijos.—Nicolás Hermanson, preceptor de los mayores.—Magno II llama á Brígida á Stokolmo.—Se la encarga recibir á Blanca de Dampierre en Suecia.—Sus funciones en el palacio real.—Muerte de su hijo Gudmar.—Peregrinaciones del senescal y de la senescala de Nericia.—Su regreso á Suecia.—Ulf entra en el monasterio de Alvastra y muere en él piadosamente.

Nun thet S. Birgitta drauf dichten
Wie sie mit lieb beschaidenlich
Könt Iren man vernunftiglich
Von dieser Weltt irrdischen Sachen
Adwendig und in selig machn.

(*Wolff Hiltmar*).

Parecía que Dios esperaba á que Brígida se apoyase en nuevas afecciones para privarla del protector de su juventud, y recibió el último suspiro de su padre, consolada por el amor de su marido y por la ternura de sus hijos. El anciano senescal, aprovechando los últimos días de paz que el regente hacía gozar á Suecia, había emprendido una peregrinación á Roma y á Tierra Santa, llegado á Roma recibió la absolución de manos del legado pontificio (1), quien le aseguró al mismo tiempo, ser más agradable á Dios que volviese á Finsta, á cumplir sus deberes de estado, que visitar los Santos Lugares. Birger obedeció; regresó á su patria donde vivió algunos años aun, y el 25 de Marzo de 1328, lleno de días y de méritos, entregó su alma al Criador.

Al salir su cuerpo del castillo, todas las campanas de la provincia tocaban tristemente. A la cabeza, del cortejo iba un caballero

(1) Proc. Can. *Dep. P. de Alv. sup.* 1.º art. f. 200 v.

armado de pies á cabeza, llevando el escudo y la espada del difunto; y por última vez, el clero secular y regular de la diócesis de Upsal, el pueblo y la nobleza, rendían á Birger los honores debidos á su elevado rango, y á las virtudes y méritos con que había sabido enaltecerlo. El sarcófago que guardaba sus restos era de mármol negro, adornado de bajos-relieves, en que estaban representados, él, su mujer y sus hijos; y el epitafio estaba expresado en estos términos (1).

HIC JACET
 NOBILIS MILES DOMINUS BIRGERUS PETRI FILIUS
 LEGIFER UPLANDIARIUM
 ET EJUS UXOR DOMINA INGIBURGIS
 CUM FILIIS EORUM
 QUORUM ANIMAE REQUIESCANT IN PACE
 ORATE PRO NOBIS

Los cuantiosos bienes del difunto fueron repartidos entre sus dos hijas y su hijo. Ulf y Magno respetaron los intereses de su cuñado, Israel que era aun menor de edad, y á quien pertecía de derecho el castillo; luego tomaron cada uno para sí las fincas que se hallaban más cercanas al lugar donde habitaban.

La herencia del señor de Finsta, que añadía nuevos dominios á los que ya poseían los castellanos de Ulfasa, acrecentó más y más la influencia de que gozaban ya, y muy en breve Ulf fué armado caballero. En su oratorio particular hizo, en compañía de su mujer, la velada de las armas. «Señor, decía Brígida á Jesucristo, Vos sois el divino caballero que habéis conducido á los hombres, de las tinieblas del sufrimiento á la alegría eterna, con la sangre de vuestro corazón habéis abierto las puertas del paraíso; á los que exponen su vida á fin de corregir sus faltas, desnudo, humillado y paciente habéis marchado al combate. La caballería triunfante en el ciclo ó militante en la tierra, os dice: «Marchad, señor, á nuestra cabeza» Vos, Señor habéis hecho obras grandiosas, y sufrido las más crueles y amargas penas; vuestra bandera es el amor que tenéis al hombre. Vos fuisteis el primero en seguirla, flotaba en lo

(1) Todavía se ve este sarcófago en la Catedral de Upsal. Brígida con sus hermanos y hermanas están representados en uno de los bajo-relieves. Como en la cabeza de la santa no aparece nimbo, se cree que el monumento se concluyó antes de ser aquella canonizada.

alto de la cruz, cuando dijisteis: «Consummatum est», después de haber salvado á los hombres, dejando romper vuestro corazón (1). Mientras su oración subía al trono de Dios recordaba Brígida á aquellos de sus antepasados, que habían ganado en otro tiempo las espuelas de oro ante el sepúlcro de Cristo. Su padre, privado de tan alto honor, había recibido al menos sus títulos gloriosos en la frontera pagana de su patria, combatiendo á fin de extender la fe entre las hordas orientales. Mas en aquel momento, los suecos no se armaban sino para la lucha fratricida. Todo lo que se podía esperar de un caballero era abnegación, rectitud de alma, pureza, desprendimiento, generosidad y valor. Al fijar Brígida la mirada en el nuevo caballero, comprendió que en Ulf se vería revivir el tipo del guerrero escandinavo, que sabe unir, al valor de sus abuelos, la fe y las virtudes del soldado cristiano. En efecto, Ulf estaba dotado de un alma noble y corazón generoso; había prestado juramento de fidelidad á su rey, y á la Iglesia, y de consagrarse á la defensa de los débiles y desamparados; y en fin, Brígida, sabía muy bien, que ella sola era la *dama de los pensamientos* del nuevo caballero de Cristo.

Dos años más tarde en 1330, fué elegido Ulf senescal de Nericia (2), y llamado á tomar parte del consejo Real. Brígida en seguida le apremió para que se mostrase digno de tan honroso cargo, y con este fin estudió con él la ley codificada de Birger. No pensaba Ulf, que la lectura anual de las leyes, ante la dieta provincial, fuese una simple formalidad; por el contrario, comprendía mejor la bula de Inocencio III, que imponía esta obligación á los senescales suecos, comprendía mejor que nadie, cuáles eran sus deberes para con el pueblo á quien debía su elección. Ayudado por la estudiosa Brígida se instruíó en la historia general del mundo, gracias á los manuscritos de las ricas bibliotecas cistercienses. Se instruíó, asimismo, en la historia de su país, leyendo el Cronicón, cuyos primeros cantos pasaban de mano en mano (3). Para la resolución

(1) Esta oración de la santa, tal como la insertamos, es un resumen de los fragmentos hallados por KLEMMING en una traducción sueca del siglo XIV. (*Hel-Birg. Uppenb. IV*, 142. Estos documentos en que se hallan alusiones de Brígida á su marido son anteriores á sus revelaciones: faltan en el texto latino, pero tienen un carácter absoluto de autenticidad.

(2) *Diplom. IV*, an. 1331, núm. 2838.

(3) **Gamia eller Eriks Krönikan, 1229-1319 utgifven af G. E. Klemming.** *Stokolm*, 1865. — WIESELGREN (II, 490) asigna á esta crónica la fecha de 1319. SCHÜCK (*Sv. lit.*, I, 124) supone que fué comenzado en 1313 y terminada en 1320. En

de todo negocio árduo consultaba Ulf á su mujer, en quien estaba seguro de encontrar acertado consejo, pues Brígida unía para ello, á sus propias luces, el dictamen de personas experimentadas, y sobre todo, imploraba con vehemencia las luces del Espíritu Santo. De ella aprendió Ulf á establecer conveniente armonía entre su fe y sus costumbres; á juzgar á los hombres y las cosas, no según los prejuicios dimanados de la diferencia de clases, sino según la ley divina; y probó más tarde su fidelidad á esta regla de conducta, protestando enérgicamente contra las cargas exageradas impuestas á los labradores por los pomposos viajes de los señores laicos y eclesiásticos, á los cuales el pueblo debía hospitalidad. En lugar de enorgullecerse por sus cuantiosas riquezas pensaba y examinaba delante de Dios, el uso que de ellas hacía. Si el rey le llamaba á la corte, para tomar asiento en el consejo, se presentaba en él con la magnificencia propia de su elevada posición y altos puestos, pero sin excederse en los refinamientos del lujo. Brígida se hallaba siempre á su lado, y mostraba tal habilidad é inteligencia en el gobierno, que causaba no poca admiración á los mismos consejeros reales; su virtud, cuya austeridad no aparecía al exterior, y su semblante siempre risueño, le atraían el afecto de la corte y del rey Magno; quien se complacía en recordar los lazos de afinidad que existían entre la familia de Brígida y la de los Folkungs.

En 1332 fué llamado Ulf á la asamblea convocada en Calmar, para tomar parte en las cuestiones que allí se ventilaban. Tratábase de reunir á la Suecia las provincias de Scania, de Blekingia, y otros territorios que imploraban la protección de Magno. Aquellos países habían sido vendidos por el rey de Dinamarca al duque de Holstein; y el despotismo de los nuevos señores había exasperado de tal suerte á sus habitantes, que se vengaron con el asesinato general de sus opresores; decididos á rechazar en el porvenir el yugo de que acababan de librarse, se entregaban al rey de Suecia. El nuevo soberano respetaría sus leyes é indemnizaría á los acreedores de Dinamarca. Gozosa vió Brígida á su marido y á su hermano Israel, gobernador entonces de Upland, contribuir al feliz éxito de aquellas negociaciones, declarándose protectores del embajador danés, Carlos Ericsson Röd, arzobispo

las notas del poema (**Nya Krönikans fortsättning eller Sture Krönikorna.** 1867-1868, 51-53, 283-288), se dice que se ignora el autor de las viejas crónicas; pero era, como puede verse, testigo ocular de los hechos que refiere, y Schüeck cree que fué amiga del duque Erico.

de Lund (1). Israel llevó su generosidad, hasta presentarse como fiador de una parte de la suma exigida (2).

Poco después, estos dos fieles servidores de la corona, acompañaron al rey Magno II en el viaje que realizó visitando sus estados. Era el monarca más poderoso del Norte; reinando en Suecia, Noruega y Scania, reinaba desde Sund, hasta el mar Glacial, y del Neva hasta Islandia con el título de soberano de Suecia de Noruega y de Scania, emprendiendo este viaje que solían hacer los reyes de Suecia después de su elevación al trono.

Gran interés tomaba Brígida (3), por los negocios del Estado, y con no menos ahinco se consagraba á sus deberes, sobre todo al más grato para su corazón maternal: la educación de sus hijos. Para la dirección é instrucción de los mayores, Carlos y Birger, llamó á Ulfasa á un joven de familia noble, Nicolás Hermansson (4), que estaba á punto de terminar sus estudios para recibir las ordenes sagradas. El preceptor era muy instruído y nada pedante; conocía á fondo la literatura antigua, y no descuidaba la de su país; sus versos, así en latín como en sueco, eran correctos y adornados de soltura y gentileza; hablando de las cosas de Dios sabía poner la ciencia teológica al servicio de la moral evangélica; y prefería los razonamientos sólidos y fecundos, á sútiles y estériles discusiones (5).

Carlos no era un niño que se prestase fácilmente á la buena dirección; era impetuoso, violento, caprichoso, pertinaz é incapaz por tanto de escuchar la voz de la razón y del deber; incapaz de hacerse amar, conocía el medio de agradar y de evitar justos

(1) *Primas Sueciae*; Los suecos soportaban con disgusto esta supremacía religiosa de Dinamarca. Los arzobispos de Upsal se libraron de hecho de ella, obteniendo el envío directo del palio. Desde la segunda mitad del siglo XIV eran considerados como independientes y jefes de la iglesia sueca, aunque su vecino de Lund conservaba el título de primado. El primer arzobispo de Upsal llamado *primas Suecia* en una carta del Papa fué el famoso Jöns Oxenstiern.

(2) Un documento de 22 de Agosto. (*Diplom. IV*, núm. 3078) pueba que Israel Birgersson pagó 450 marcos por la Scania: otro documento de la misma fecha le declara libre de su fianza.

(3) *L'Eriksgata*, costumbre de la monarquía electiva. No se hallan rastros antes del establecimiento de este régimen en el siglo XI, ni después de su caída en el XVI.

(4) Los suecos dan ordinariamente á este nombre su forma latina Nicolaus Hermanni, que parecerá chocante al lector.

(5) *Diar. an* 1391. — **A. O. Rhyzelius** *Episcoposcopia Sviogothica*. *Linhöping* 1752, 15. Las obras suecas de Nicolaus Hermanni han desaparecido *Sv. lit.*, I, 171.

castigos por las ocurrencias de un espíritu vivo y alegre. Devoto más bien que cristiano, expansivo en efusiones piadosas ante un Dios, del que no guardaba las leyes, era necesario para dominarle dirigirse á su sensibilidad, y obrar sobre su ternura. El instinto maternal de Brígida le hacía comprender que ese medio era peligroso por el momento, é insuficiente para lo futuro. Amargas y silenciosas lágrimas lloraba por este hijo que, sabiendo ocultar sus defectos, por medio de un exterior amable y circunspecto, había logrado alucinar á su padre á tal punto, que su cariño para con él rayaba en debilidad.

Birger, era dulce, razonable y sensato en su afán de llenar cumplidamente su tarea cotidiana, asemejábase á su padre; y nunca dió á su madre motivo alguno de queja. Otros dos hijos más jóvenes Benito y Gudmar no estaban aún al cuidado de Nicolás Hermanson, su educación se limitaba á balbucir sus oraciones en el regazo de Brígida. Marta y las dos pequeñitas, Catalina (1) é Ingeborga, permanecían también al lado de su madre; la primera, en la altivez de su carácter, ni aceptaba el yugo, ni correspondía con su docilidad y buena conducta á los cuidados de la solicitud maternal; Catalina comenzaba apenas á andar, é Ingeborga estaba en la cuna.

Mas ya por entonces la futura santidad de Catalina empezaba á delinearse: como se presentase un ama de leche extranjera á la recién nacida, ésta se resistía en sus brazos, llamóse inmediatamente á otra, y la niña se dejó tomar por ésta, sin resistencia alguna. Esta muestra de precoz discernimiento causó general admiración, sobre todo en Brígida, quien observando en lo sucesivo, atentamente á su hija, notó que instintivamente se inclinaba siempre, á los servidores de Dios y rechazaba á sus enemigos.

Muy pequeñitas aún estas niñas, acompañaban á Brígida en sus visitas á los pobres, á los que daba pan, vestidos y dotes para sus hijas. Más tarde se dirigían, también con su madre, á visitar á los enfermos y curaban sus llagas y secundaban los cuidados de su madre con gracia gozosa. Vituperaban las personas del siglo este proceder, diciendo que Brígida exponía de ese modo á sus hijas á aires malsanos y epidémicos, pero Brígida, oyendo tranquilamente estas indiscretas reflexiones, contestaba, que habiendo Dios colocado á sus hijos en una condición en la cual estaban llamados á favorecer á sus semejantes, ella deseaba enseñarles desde su tierna

(1) Ningún documento nos dice el año en que nació Catalina, pero en el proceso de canonización de la santa se lee que vino al mundo el año 1333.—**Proc. Can. B. Kater**, art. 1.º *Dep. Fr. Johannis f. 19 et Fr. Martini f. 44. v.*

infancia, á servir á Jesucristo en la persona de los pobres y de los enfermos de quienes eran tesoreros (1).

Esperaba Brígida el nacimiento de su octavo hijo, cuando por primera vez, Ulf la hizo derramar amargas lágrimas. Instaban á Ulf el rey y la nobleza de Scania, con quien aquél se había aliado en la asamblea de Calmar, á que casase á su hija Marta con un señor de aquel país llamado Sigvid Ribbing. Poco importaba á Brígida que Sigvid trajese su origen de una antigua raza, y poseyese autoridad absoluta sobre el Halland meridional; sabía ella muy bien que su hija no hallaría ni felicidad, ni consideraciones, al lado de un hombre que carecía por completo de moralidad y de nobleza de alma. Las observaciones de Brígida fueron desatendidas, para dar el triunfo al deseo secreto de Marta y á la voluntad de su padre, y los preparativos para la boda comenzaron.

En gran número acudieron los huéspedes al castillo; pero Brígida no apareció en ninguna parte; escondida en lo más secreto de su oratorio, se deshacía en llanto, cuando de repente, como Juan al encuentro de María, el niño que llevaba en su seno se estremeció, y oyó una voz que decía: «Madre mía muy amada, no me déis la muerte». Estas palabras hicieron comprender á la madre el deber que sobre ella pesaba de proteger y conservar la vida de aquel ser. «Hijo mío, le dijo, no, no te arrebataré yo la vida que de Dios has recibido». Desde aquel momento, logrando dominar su tristeza, y adornada con sus vestidos de fiesta, apareció ante los convidados de Ulfasa, no con la alegría en el rostro, sino con aquella serenidad cristiana, que es, según la Biblia, «la luz de los ojos y consuelo del corazón» (2). El alma soportó la prueba, pero la parte física quedó vivamente resentida, á tal extremo, que casi moribunda fué conducida á sus habitaciones, en medio del bullicio de las fiestas. Luchaba con la muerte, en los instantes de su alumbramiento, cuando la aparición de una hermosa dama, dejó sorprendidas á las personas allí presentes. «Yo soy María la Madre de Dios, dijo aquella Señora á la moribunda, y vengo en tu auxilio». Al decir estas palabras, hizo sobre ella la señal de la cruz. El primer grito del recién nacido, respondió á la voz de la Virgen Madre. Brígida había dado á luz una hija, y renacía ella misma á la vida (3). Cecilia fué el nombre

(1) Proc. Can. *Dep. Kater et P de Alv. sup. 20º art. f. 129 v. et 153 v.*—Proc. Can. *beatæ Kater. In 1.º art. dep. Fr. Olavi de Bringatomptom, 32. r.*

(2) מאור־עֵינַיִם יִשְׁמַח־לָב. Prov. xv, 30.

(3) *Diar. an. 1399.*—*Chronicon*, 210. La abadesa de Vadstena Margarita Clausdotter, gran dama que escribía su crónica casi un siglo después de la muerte

de esta niña que se había salvado de la muerte por un visible prodigio; y á quien su madre prodigaba especiales cuidados. Constantemente suplicaba Brígida á María que la guiase en la ardua tarea de la educación de sus hijos. Resuelta á no seguir las leyes del mundo, que en materia de educación se limitan al desarrollo de la inteligencia y al cultivo de la memoria, repetía á menudo, que Dios no se contenta con derramar sus luces en la inteligencia, sino que desea difundirlas en el corazón; por lo cual, añadía, importa como dice uno de nuestros grandes genios sobre todo formar el corazón de los niños, que desde el momento en que comienza á latir, está expuesto á inficionarse con los miasmas deletéreos que le rodean así la vigilancia de las madres debe ejercerse en seguida. Guiada por estos principios, la santa no excusaba el aviso, la reprensión y aun el castigo, cuando el caso lo exigía. Todas las noches antes de entregarse al sueño, postrábase á los pies del crucifijo, y le ofrecía sus oraciones, obras y penitencias del día, con el fin de expiar sus faltas propias y las de todos los suyos; delante de su crucifijo que parecía recordarla todas las escenas de la Pasión se la oía decir en voz baja: Señor mío Jesucristo, que jamás os hacéis sordo á los gemidos del pecador, por culpable y criminal que sea, cuando os pide el perdón de sus pecados; Dios verdadero que escuchásteis la súplica del ladrón inflamad mi corazón. Oh! María concebida sin pecado, por los dones y gracias que recibisteis en vuestra maternidad divina, concededme las que necesito para cumplir mis deberes de esposa y de madre. Angeles, santos, espíritus purísimos, por la felicidad de que gozáis habiendo sido confirmados en gracia, rogad por mí. Patriarcas y profetas, que habéis previsto el momento de vuestro rescate y libertad, por los méritos del Mesías, alcanzadme el perdón de mis pecados y el amor de Dios. Santos Apóstoles y Evangelistas, que en el Cenáculo fuisteis llenos de la

de Brígida, indudablemente no ha adoptado sin someterla á una severa crítica la historia de tales milagros. El primero difiere de lo que cuenta la leyenda popular en la cual el personaje que habla en el seno maternal es el héroe del relato. Cfr. **Las leyendas agiográficas por Hipólito Delehaye. S. J. bolandista Bruselas, 1905-59** En un cod. de la Biblioteca Real de Berlín (*Mscr. Theol. Lat. 8.º* núm. 71) escrito hacia 1470, se encuentra con fecha 13 de Marzo esta nota «Obiit venerabilis dómina Cecilia filia sancte Birgitte hec fertur quod antequam nota fuit in utero matris loquebatur». **Svenska Böner från Medeltidern utgifna af Robert Geete. Stok. 1907-1909. X.** Una tradición de la orden hace nacer á Cecilia en 1338 y el error es evidente si se admite que el alumbramiento de Brígida siguió inmediatamente al matrimonio de Marta.

virtud y dones del Espíritu Santo alcanzadme con vuestros ruegos que este divino Espíritu se apodere de mi corazón, y con su soplo divino arroje de él toda debilidad. Santos mártires y confesores, almas libertadas del purgatorio, por el gozo que experimentásteis cuando por primera vez visteis la humanidad de Cristo, poned en mi corazón el amor, que cada uno de vosotros tenía al Maestro. Trinidad santa, una grosera semejanza, la de la pólvora, ardiente, poderosa cuando se inflama, da á mi entendimiento la imperfecta imagen de vuestra Divinidad, una en tres personas. Manifestadme vuestra virtud. Mi querido Señor Jesús, el movimiento de los planetas en el cielo os ofrece admirables armonías y los seres animados, que encierra el mundo, debían rendir homenaje á vuestra humanidad redentora. Yo soy un alma rescatada por vuestra muerte. ¿Cuál será mi socorro? He pecado contra vuestros mandamientos. He merecido el infierno, en mis buenas acciones me he dejadó llevar de la vanidad y de la culpable satisfacción de mi misma. Si vuestra muerte no hubiera borrado el pecado de Adán no podría entrar en el cielo, del mismo modo sin vuestro auxilio no podré huír del infierno. Arrancad el orgullo de mi corazón, que mi codicia por los bienes terrestres se borre ante la inteligencia de vuestro servicio. Quitadme el amor humano que tengo por mi marido, por mis hijos y por mis parientes. Convertid este amor en un amor sobrenatural por las almas (1).

El Señor trató á la valiente senescala como suele hacerlo con aquellas almas predilectas, que sin reserva se abandonan en sus manos; temía ella la tentación de vanagloria y orgullo, y el Señor parece que se complacía en echar por tierra sus proyectos, y humillarla en sus empresas; se acusaba de apego á los bienes de este mundo, y se vió forzada á alejarse de su castillo y de sus tierras; amaba tiernísimamente á los suyos, y en breve se vió separada de Ulfasa, centro de sus afecciones más íntimas.

El rey Magno acababa de cumplir 20 años, y correspondiendo al deseo de sus súbditos, se casó por poder con Blanca de Dampierre, hija de Juan I Conde de Namur y de María d'Artois, segunda mujer de éste é hija de Felipe d'Artois. Antes de la venida de la joven princesa, Magno formaba su casa, y nadie le pareció más propósito para ejercer las difíciles funciones de camarera mayor que la senescala de Nericia. Amábala como una amiga, contaba con su abnegación garantizada por la anterior de Birger, y la veneraba como á una santa. Temió Brígida, si rehusaba el honroso

(1) *Uppenb.* IV, 142-144.

cargo, esquivar un deber, y aún aparecer desagradecida para con el hijo de aquel, que á Ingeborga había salvado la vida. Pero antes reflexionó, consultó, oró, y por fin aceptó la comisión, con aquella serenidad de ánimo, que mostraba en los momentos supremos ó en las arduas y graves decisiones. Sólo ella conocía la magnitud de su sacrificio, sólo ella pudo comprender el excesivo sufrimiento de conducir á sus hijas, Catalina é Ingeborga, al convento de Risaberg, para ponerlas bajo la tutela de las religiosas bernardas. Entregó después la pequeña Cecilia á los cuidados de las dominicas de Skeninge. Carlos y Birger, quedaron con su preceptor Nicolás Hermansson. Benito favorecido con la vocación religiosa fué recibido por los cistercienses de Alvastra, y Gudmar, cuya delicada salud exigía los cuidados maternos, siguió á Brígida á la corte, á fin de que recibiese la educación é instrucción propias de su elevado nacimiento, le colocó su madre en la escuela de San Nicolás dirigida por sacerdotes seculares.

Llegó por fin el momento en que Brígida debía decir adios á su amado castillo de Ulfasa, en donde el Señor le había concedido los goces más puros de este mundo, el amor en el matrimonio y la maternidad y en donde, durante diez y nueve años había sido preservada por la Providencia divina de todo pesar, que verdaderamente mereciese ese nombre; pues la parte que de los padecimientos de la humanidad le había tocado, era tan ligera, que más bien le parecía una sombra fugitiva puesta en contraste con los rayos de luz esplendorosa, que hasta entonces habían iluminado su camino. Pero preciso era abandonar aquella tierra bendita, para ir á habitar bajo el techo extranjero.

Treinta y tres años contaba entonces Brígida, y no había experimentado aún los disgustos y las luchas de la vida; por lo tanto, conservaba aún todo el vigor del alma, la plenitud de la fuerza, el desinterés y la confianza en sí misma tan común en las jóvenes. Salvo el matrimonio de su hija, cuya suerte era dudosa todavía, en todo lo demás había logrado siempre el éxito más feliz; y habiendo sido extraña á las decepciones y desengaños de la vida, se preparaba sin temor á internarse en la nueva senda, que á su paso se abría. Más aún; si hubiese ella sospechado la ingrata labor que Dios la reservaba al dejar Ulfasa, con mayor intrepidez y resolución habría emprendido la marcha. Tan ávida estaba su alma de abnegación y sacrificio.

Vivía el rey Magno en su palacio de Warberg situado en la costa del Océano; allí esperaba á la joven reina con toda su corte, y en el otoño de 1335 recibió Brígida á aquella niña transportada

á tierra extranjera en el momento de llegar á la edad en que la Iglesia permite el matrimonio de la mujer, y acogióla, más bien como aya, que como camarera mayor de palacio. En su recíproco aislamiento estas dos mujeres tenían necesidad una de la otra; la joven deseaba unirse á Brígida con el lazo de sólida amistad, y aquélla, madre, privada de sus hijos, adoptó cariñosamente á esta niña separada de la suya.

La joven reina festejada en Warberg, aclamada en todo el trayecto de su viaje desde las playas del Océano hasta las del Báltico, llegó por fin á Stokolmo, donde iba á ser coronada con su esposo. Encantada quedó al ver por vez primera esta ciudad enteramente nueva entonces. En efecto la fundación de Stokolmo databa de un siglo apenas; pero había ya alcanzado notable preponderancia entre las demás ciudades del reino, para erigirse en capital del reino, á causa de su aventajada posición. Situada en el punto mismo en que la larga serie de lagos se pone en comunicación con el mar Báltico, la nueva ciudad podía muy fácilmente mantener relaciones entre el interior del reino y los países extranjeros. Era al mismo tiempo una ciudad fuerte de primer orden, protegida de un lado por las aguas del mar, y del otro por las de los lagos. A pesar de ser tan nueva la ciudad de Stokolmo, rivalizaba con la de Upsal por el número, belleza y esplendidez de sus monumentos.

Sus torres, puentes, conventos, iglesias y el palacio real, eran prueba evidente de la actividad de sus habitantes deseosos de engrandecerla; y no era difícil prever que Stokolmo estaba llamada á ser el centro intelectual de todo el país. Ya entonces se complacían los suecos en mostrar los manuscritos patrios, latinos y alemanes, que Magno trataba de recoger á toda costa.

Las justas ó torneos celebrados en honor de la joven reina, no hubieran sido indignos por su esplendidez de la corte de su primo el rey de Francia, ó de su tío el fastuoso Roberto de Nápoles.

En medio de estos placeres procuraba Brígida conocer á fondo á los nuevos soberanos, de quienes dependía la grandeza y prosperidad de Suecia. Pronto descubrió que Magno había heredado el carácter frívolo y crédulo de su madre la reina Ingeborga, y que al arrebatarse la muerte á Mateo Kettilmundsson, había privado al joven de un guía seguro y de un prudente consejero. Desprovisto de opiniones propias, débil de carácter, incapaz de gobernarse á sí mismo, se mantenía más por costumbre, que por conciencia, en el camino del deber por donde en su niñez había sido conducido. Necesario era pues, que el rey buscara un nuevo conductor y guía,

y que éste fuese tal, que reemplazase dignamente al experimentado regente y sabio mentor. Blanca de Dampierre unía á la audacia proverbial de su familia paterna, un carácter falaz y maneras insidiosas. Brígida, que así lo comprendió, previendo el dominio que había de ejercer la reina sobre su débil marido, se consagró á la educación moral de aquélla. Sangre de santos corría por las venas de ambos esposos; pero también llevaban en sí aquellos gérmenes del mal, que ciertas razas como las de los Folkungs y los Valois, dejan en herencia á sus descendientes, en consecuencia, la lucha entre el bien y el mal, en cierto modo más visible que en el común de los cristianos. Tan pronto eran levantados hacia lo infinito por los arranques del corazón, como subyugados por aquellos deseos culpables con que se sentían encadenados. Habló Brígida de las cosas divinas, como ella sabía hacerlo; y si no consiguió dar otra dirección moral á la reina, logró sí complacerla y excitar su interés. La bella y robusta hija de Flandes contemplaba con sorpresa á esta mujer rubia y pequeña, que los hielos del Norte guardaban resplandeciente su juventud á pesar de sus treinta años cumplidos.

Con su rico vestido de brocado, manto de púrpura, toca cubierta de pedrerías, cinturón de plata y resplandeciente collar (1), y pequeños zapatos bordados, le parecía ver en Brígida á la reina de las hadas en su fantástico reino.

Añádase á esto que los murmullos, que á los oídos de la princesa llegaban, sobre la austera virtud de Brígida, y los favores singulares, que del cielo recibía, excitaban grandemente su curiosidad de niña. Se decía que los espléndidos trajes de la dama de palacio cubrían de continuo rudos cilicios, que su cuerpo, aunque débil, era sometido á los rigores del ayuno y la abstinencia, y llevaba en sí las señales de sangrientas disciplinas, que para castigar la más leve palabra de maledicencia ó de orgullo, aquella boca delicada masticaba durante un día entero raíces amargas de genciana, que por una gracia especial de lo alto Brígida percibía con el olfato la corrupción de los pecadores (2). En fin estas visiones, que todos contaban, ¿debían creerse? ¿y los milagros? ¿Había salvado al senescal de las

(1) Cerca de algunas reliquias de la santa se guarda en la catedral de Upsal un velo cubierto de pedrerías, un delantal, un estuche y un ovillo. Cuando se hizo el inventario de las riquezas existentes en la casa de Brígida en Roma, se inscribió allí un cinturón de plata, que la santa había usado.

(2) Proc. de Can. *Dep. Alv. sup.* 36° art. f. 227 r. La acción que el pecado ejerce en los seres de la creación es, á veces percibido sensiblemente por las almas puras.

aguas del Boren? ¿Debía su vida y la de la pequeña Cecilia á la intervención sobrenatural de la Virgen Santísima? Pero la hora fijada por Dios para dar á conocer la santidad de su sierva en la corte de Stokolmo no había llegado; y sólo permitió á Blanca el convenirse de que los ojos de Brígida clavados á menudo sobre ella con solicitud é interés veían cosas ocultas é ignoradas de los demás.

La reina había llevado consigo un precioso cofrecillo con varias reliquias, y entre ellas un fragmento del cuerpo de San Luis, su santo tío. Sus criados habían dejado negligentemente olvidado el cofrecillo en una oscura galería por donde Brígida vino á pasar. De pronto vió ésta que del cofrecillo se escapaban brillantísimos rayos de luz, y oyó que una voz, la misma que tantas veces había escuchado en su juventud, le dirigía estas palabras: «Mira de que manera es despreciado en la tierra el tesoro de Dios, que tan honrado es en el cielo». Prosternóse Brígida ante los restos del último héroe de las cruzadas, y apresuróse á colocar las reliquias sobre un altar. Cuando la reina tuvo noticia de que su dama descubría los restos de los santos á favor de las luces celestiales, la juzgó más digna que ella de poseer ese tesoro, y la obligó á aceptarlo (1).

La santa sin embargo veía fallida su esperanza de hacer el bien en la corte, único fin que la había impulsado á abandonar su casa y los seres más queridos de su corazón. Era ciertamente apreciada del rey y la reina, los cuales le dieron pública muestra de su afecto, pidiéndole sirviese de madrina á su primogénito el príncipe Erico nacido en 1337; más aun, segura estaba Brígida de que, si se hubiese prestado á los caprichos de los reales consortes, hubieran hecho de ella una favorita poderosa; pero sus consejos frecuentemente pedidos y recibidos amablemente no eran jamás seguidos. Los jóvenes soberanos tan voluntariosos como ligeros no querían comprender la conveniencia necesaria, que debe existir, entre las costumbres del cristiano y los dogmas del cristianismo. Magno II había trocado sus antiguos consejeros por un enjambre de cortesanos jóvenes, que no poseían más título á los favores de su soberano, que el arte de lisonjearle. Blanca, reina, esposa y madre antes de los quince años, sólo pensaba en el lujo y en las fiestas. Ambos esposos derrochaban el tesoro real, creyéndose á ello autorizados en vista del desorden antiguo ya, con que en la corte se administraban las rentas del estado. Magno, que antes había abolido la esclavitud y eximido á sus súbditos de cargas onerosas, les agobiaba ahora con excesivos impuestos, y en 1339 pidió

(1) Proc. Can. Dep. P de Alv. sup. 32 art. f. 221 r.

al Papa Benedicto XII confirmase en favor suyo y de su posteridad la posesión de la Scania, país que el regente había comprado á Dinamarca siete años antes: al mismo tiempo rehusaba pagar el tributo estipulado, y veía tranquilamente marchar prisioneros á Copenhague á aquellos súbditos fieles, que habían salido fiadores de la palabra real.

Brígida, que los vió partir al destierro en medio de los festines y juegos de palacio, deseó asimismo alejarse de la corte por algún tiempo. No era su intento vituperar públicamente á los príncipes, cuya conducta deploraba en su interior; mucho menos átraerse con su alejamiento de la corte las alabanzas de los enemigos del rey; pero cansada al fin de gastar sus energías en estériles esfuerzos se resistía á prestar el apoyo de su nombre sin mancha á aquella corte, de la cual parecía huír la virtud.

Muy en breve halló Brígida razón legítima para alcanzar el permiso de retirarse; y fué ésta un pesar tan amargo, que naturalmente provocó justificada sospecha. Creíase, pues, que Brígida, privada de acción para con sus reales parientes, se había interpuesto entre éstos y la Justicia divina, ofreciéndose como víctima expiatoria. Unida estrechamente estaba Brígida con su hijo Gudmar, con quien le ligaba aquel lazo fortísimo, que une á las madres con el más débil de sus hijos, cuando de repente, Dios, en sus inexcrutables juicios llamó á Sí al joven escolar. Sin rebelarse contra la voluntad divina levantó Brígida los ojos al cielo bañados en lágrimas, buscando al ser querido en donde esperaba hallarle un día. Tomó en seguida la resolución de sepultar su dolor, sus inquietudes y decepciones en uno de aquellos santuarios, en donde los santos poderosos nos alcanzan, si no la felicidad cumplida, el valor necesario para sobrellevar los desencantos de la vida.

Entre todos los santos del Norte, aquel que con Erico, rey de Suecia parecía estar encargado de proteger las tierras escandinavas, era San Olaf II de Noruega. Este santo príncipe, á quien los noruegos reconocidos habían proclamado *rey perpetuo* de su patria, había alcanzado el título glorioso de mártir de Jesucristo en la batalla de Stiklastad. En la catedral levantada por él en Trondhjem (1) se reunían alrededor de las reliquias del santo los fieles de todos los estados escandinavos (2).

(1) Esta ciudad se llamaba entonces Nidaros, nombre que conservó mucho tiempo.

(2) P. A. Munch. *Det norske Folks Historie*. Kristiania 1853. II, 811 III, 1019.

A aquel santuario se dirigieron pues Brígida y su esposo, llevando caballos, literas, numerosos servidores, y todo el equipaje correspondiente á su elevada posición. Muchas veces sin embargo por espíritu de mortificación caminaban á pie, y de este modo recorrieron en treinta y cinco días el camino, que conduce de Stokolmo á Trondhjem, camino muy propio de peregrinos, sin contar con los ataques de bandidos, era largo, pesado y con frecuencia, peligroso. El país de Suecia presenta en efecto en una vasta extensión de terreno el mismo aspecto, los mismos lagos y ondulaciones; pero á medida que se adelanta hacia Noruega, el espectáculo cambia. Tan pronto se encuentran altas rocas cortadas á pico, de donde se precipitan espumosas cascadas; tan pronto profundísimos barrancos formados por los torrentes. Necesario era pues un valor extraordinario para no desaminarse y retroceder ante los obstáculos; pero Brígida, en vez de temerlos, se complacía en vencer las dificultades. A la cabeza siempre de la pequeña caravana subía las montañas y atravesaba aquellos bosques vírgenes, cuyos seculares pinos parecían haber nacido con el mundo, y que habían de llegar á presenciar su fin. Sobre troncos de árboles echados de un lado al otro de aquellos abismos á guisa de puentes franqueaban caudalosos é invisibles ríos, que tan sólo por el ruido de sus impetuosas corrientes revelaban á los caminantes su existencia. Comunicaba Brígida su intrepidez á los menos valientes, y á los más cobardes su energía. En efecto, ¿no se camina por la gloria de Dios, cuando el viaje no tiene otro objeto que el de venerar á los santos? Por fin, desde la cima de un precipicio divisó Brígida las casas de madera de Trondhjem; más lejos el Fjor extendía sus brazos cautivos entre una cadena de montañas, que parecían separarle del Océano.

En 1328, las llamas destruyeron la catedral, ó mejor dicho, el grupo de tres iglesias espléndidas, una de las cuales encerraba el sepulcro venerando de San Olaf. No había sido aun reparado el desastre, cuando Brígida llegó á prosternarse ante la urna del santo rey de Noruega (1).

Bajo las elevadas bóvedas del santuario la parecía oír á esta hija de los Vikings los cantos guerreros, que en otro tiempo habían excitado á los cristianos á vencer ó morir. La daga la traía la memoria del héroe, y repetía con la Iglesia las alabanzas al mártir.

(1) Varias restauraciones ha sufrido el templo; y hoy es imposible formarse idea de lo que era en el siglo XIV. Cuando en 1541, los luteranos abrieron el sepulcro del mártir, hallaron su cuerpo en estado de perfecta conservación. Veinte y siete años más tarde las reliquias fueron sustraídas al culto de los fieles.

Los intereses de la patria habían llevado allí á la noble sueca, y fueron el objeto principal de sus vehementes súplicas, en las que incluía siempre al rey Magno pariente y sucesor del mártir.

Brígida regresó á Stokolmo con la conciencia de haber cumplido un deber. No habiendo aun renunciado su cargo, y deseando cumplir hasta el último instante sus obligaciones, siguió á la corte á Akersborg, residencia favorita del Rey, al oeste de Stokolmo, en las montañas de Arboga.

Convenciábase Brígida más y más de la inutilidad de su presencia en la corte; los reales consortes se excitaban mutuamente al goce de locas alegrías, y no vivían sino para el placer. Mas el alejamiento de Stokolmo presentaba serias y graves dificultades. Primeramente, abandonar á los soberanos, que habian perdido ya el apoyo de una multitud de hombres de bien, era cerrarse las puertas de la regia morada, en donde algún día podría lograr penetrarse el arrepentimiento. Ulf, por otra parte, no había cesado en el cargo de senescal de Nericia; si por esta retirada llegase á perder el favor real, sería menos apto para proteger su provincia contra las exacciones del pródigo Magno. Discutida la cuestión comprendieron que sin perjudicar á sus deberes podían abandonar la corte por algún tiempo con pretexto de emprender, á ejemplo de sus antepasados, lejanas peregrinaciones. Los reyes concedieron la licencia con tanta mayor voluntad, cuanto que la presencia de estos prudentes consejeros había llegado á ser para ellos un tanto embarazosa, ya que apreciándolos y no queriendo contristarlos, tampoco se hallaban en ánimo de seguir sus consejos.

La devoción de Brígida por la santa sede, y su entusiasmo por todo lo que le recordaba las cruzadas, la habrían llevado á Roma y á Jerusalén; pero no convenía á sus intereses particulares el ponerse á tal distancia de sus vasallos; y resolvió dirigirse á Santiago de Compostela. Ambos esposos convinieron en observar durante la peregrinación las leyes de la austeridad y penitencia, y juraron seguir desde entonces para siempre ciertos consejos de perfección evangélica, y sobre todo el no amarse en la tierra, sino con aquel amor celestial é imperecedero, que va más allá de la tumba (1). Convinieron asimismo, en que sus alimentos serían frugales, y que sufrirían el tormento de la sed en memoria de la

(2) La vida de la santa (192 y 193) dice «Redierunt ambo in patriam qui mutuam inter se tenentes continentiam statuerunt intrare monasterium»; pero en su deposición (*sup.* 23º *art. f.* 212 *r.*) el prior de Alvastra añade hablando de la influencia de Brígida sobre Ulf. «ad castitatem eum adduxit et sic vixerunt per plures annos».

que el Señor padeció en la cruz. En cuanto al vestido, eligieron el propio de los peregrinos, ya que fuera de su patria, no estaban obligados á aparecer con el lujo, que su posición reclamaba, y con el bordón en la mano irían de uno á otro santuario.

Partieron en el otoño de 1341 (1) acompañados de una piadosa falange de fieles de ambos sexos, seglares, eclesiásticos, monjes (2), hermanos mendicantes de diversas órdenes y prelados seculares. A fin de ponerse bajo la protección del primer misionero de su país (3), se detuvieron en un cabo del lago Mælár, y entraron en la iglesia del venerable mártir Botvid, que en el siglo XI había fecundado con su sangre generosa la tierra sueca. Brígida meditaba ante las reliquias de su compatriota, cuando de repente perdió el sentimiento de las cosas exteriores, y en una especie de éxtasis vió al bienaventurado, que la dijo: «Te he alcanzado en unión de otros santos la gracia de ver y de oír las cosas espirituales: el Espíritu del Señor inflamará tu alma» (4).

La primera estación de los peregrinos fué Colonia ante la urna de los reyes Magos; luego Aquisgran, y sin poder averiguar qué camino siguieron, se les encuentra en Tarascón, en donde veneraron las reliquias de santa Marta. Bajo el ardiente sol de Provenza subieron la montaña del Santo Bálsamo, y penetraron en la gruta de santa María Magdalena. «Jesús, lejos de despreciar á los pecadores, ha amado á la Magdalena tanto como á Juan Bautista, pensaba Brígida, y para corresponder á tanto amor, Magdalena se ha lavado con sus lágrimas; se ha vestido de buenas obras, y ha sido transformada por medio de la paciencia, el trabajo, el

Esto hace suponer que los esposos se ajustaron durante la peregrinación á una costumbre de aquel tiempo, y confirmaron esta costumbre por el voto de que hacen mención los confesores.

(1) El *Diplomatarium* (IV, núms. 3412, 3519), publica documentos de 13 de Febrero de 1339 y 20 de Septiembre de 1340 firmados por Ulf; entonces estaba aun en Ulfasa. Desde 22 de Mayo de 1341 á 19 de Marzo de 1343 no se descubre rastro de su presencia en Suecia.

(2) El P. BURLAMACCHI y H. HILDEBRAND aseguran que el prior de Alvastra hizo la peregrinación de Compostela: esto lo contradice el proceso de canonización (*Dep. P. Alv. sup. 13º art. f. 202 v.*)

(3) *Sv. hist. I*, 365.

(4) *Rev. extrav. LXXII. — Vita S. Birg.* 194. Un error de ciertas ediciones de las *Revelaciones* refiere esta aparición á época posterior. El texto confirmado por la vida de la santa dice: «Quarto anno ante mortem viri, sanctus quidam etc.», y la versión equivocada «Quarto anno ante mortem, vir sanctus».

amor y la santidad á tal punto, que los demonios no se atrevían á mirarla» (1).

El lugar de tan admirable penitencia era sagrado (2), y los peregrinos permanecieron largo tiempo postrados en aquella tierra bendita. Como en el santuario de san Olaf encontraron allí la orden floreciente de hermanos predicadores. El prior del convento de San Maximino invitó á los peregrinos á visitar la basílica levantada por los condes de Provenza.

El edificio no estaba concluído; el arquitecto deseaba inundar de luz las tres largas naves y hacer del templo digno relicario de tan gran santa (1). Los peregrinos se embarcaron en Marsella, y llegaron á aquellas costas españolas, que sus antepasados los Vikings devastaron en otros tiempos, y con el bordón en la mano llegaron á Compostela.

Animada de los sentimientos de devoción con que había venerado las reliquias que en su camino hallara, Brígida deseaba ardientemente encontrarse en este santuario, en donde fué introducida por los caballeros de Santiago. La vocación de estos religiosos seglares, monástica por los votos; militar por el juramento, correspondía al ideal de vida, que la santa había soñado para sus hijos. Allí suplicó instantemente á Santiago el Mayor, que tantas veces se había aparecido á los españoles para defenderlos contra los moros, que protegiese á la cristiandad, y despertase entre los fieles la voluntad de conquistar el sepulcro de Cristo; y confió en fin al santo apóstol, sus tristezas y sus goces, sus temores y sus esperanzas, ya que mirándolo todo en Jesucristo, podía él alcanzarle la gracia de obrar siempre y únicamente según los intereses eternos.

Antes que los peregrinos abandonasen el santuario de Compostela, Dios prometió que uno de ellos en alto grado contemplativo recibiese del cielo luces especiales sobre los destinos de Brígida. Los suecos habían salido de la capilla subterránea en la que la luz

(1) *Rev. IV*, 108 y 109.—*VI* 22 y 119. Citamos aquí las pocas palabras que con relación á Santa María Magdalena se encuentran en las Revelaciones.

(2) La estancia de los santos en Provenza, la autenticidad de sus reliquias son cuestiones en las cuales no tenemos que tomar partido. Todos estaban de acuerdo para creer en ellas en el siglo XIV. Se encontrarán las razones para el parecer contrario en **Los fastos episcopales de la antigua Galia por el abate Duchesne**. *París*, 1894, I, x, 310-344.

(3) **Monuments inédits sur l'apostolat de Sainte Marie-Madeleine en Provence etc par Faillon**. *París*. 1848, in 4.º I, 691, 692, 944.—**Le couvent royal de Saint-Maximin par l'abbé Albanes**. *Draguignan*, 1880.—*Bulletin de la Societé d'etudes scientifiques de Draguignan*, XII, 1878-1879.

de los cirios se reflejaba en las innumerables pedrerías con que están cubiertos el altar y las estatuas. A los pies del santo apóstol quedaba postrado Dom. Svenung, monje cisterciense, á quien minaba un mal crónico. La palidez del monje y su blanca vestidura se confundían con los muros del templo á tal punto, que sus compañeros hasta no notaron su permanencia en la capilla. Sólo estaba el monje, y sumergido en elevada oración, cuando de improviso se le presentó la imagen de Brígida rodeada de claridad brillante y coronada con siete diademas. De pronto desapareció el sol como en los eclipses, y una voz del cielo hirió los oídos del monje, y le explicó la visión: «El sol significa al rey Magno, quien después de brillar con vivos resplandores, caerá en el oprobio y desprecio de los hombres. Las diademas que viste en la frente de Brígida, son figura de las gracias sextuples, que el Señor le ha de conceder. Y como prueba de la verdad de esta visión, serás tú curado del mal que te aqueja, y volverás á tu monasterio donde ocuparás un alto puesto (1). El cisterciense se levantó de su oración enteramente curado, lleno de salud (2). La visión, que no trató de ocultar, sorprendió poco á sus compañeros acostumbrados á ver á los hijos de San Bernardo en comunicación directa con el cielo, acrecentó el respeto general hacia Brígida.

De regreso á su patria los viajeros atravesaron el reino de Francia. Sin duda la guerra de cien años, que llenaba los caminos de tropas armadas, les impidió la peregrinación á Montmartre; pues sólo se les vuelve á encontrar en Arras (3), en donde Ulf cayó enfermo. Hospedáronse los peregrinos en la calle de los Lombardos, en un barrio pópulo de la ciudad; pero la hospitalidad francesa no consintió que el senescal de Nericia permaneciese en una posada, y uno de los canónigos de la catedral, perteneciente á la familia de los Bazentin llevó al enfermo á su casa (4).

(1) *Rev. VI*, 36.

(2) Fr. Svenung, que con Fr. Guido confesó á Brígida durante su peregrinación, contó estos detalles al prior de Alvastra. Svenung llegó á ser abad de Warnhem. (*Proc. Can. Dép. P. de Alv. sup.* 13^o y 22, *art. f.* 203, 211, *r. y v.*)

(3) En 1341, dice la vida de la santa, 193 sin razón, pues, los bólandistas citan el año 1339.

(4) En la colina de Baudimont, en una casa que el rey de Francia, Luis XI quiso ocupar, en 1477. Carta de Monseñor DERAMECOURT, entonces vic. gen. de Arras, 28 Octubre. 1895.—**Memorias manuscritas de la diócesis de Arras por el P. Ignace. Las calles de Arras por d'Hericourt y Godin, Arras, 1886, I, 174.** Aunque estos autores cometan errores respecto á la estancia de santa Brígida.

Lejos de su familia, y en un país extranjero, cuya lengua ignoraba, sufrió Brígida aquellas angustias del alma, que se sienten y que la palabra no acierta á expresar. A la cabecera de su esposo, á quien amaba con aquel amor fuerte y tierno, que permanece el mismo, así en las adversas como en las circunstancias prósperas de la vida, seguía con inquietud la marcha de la enfermedad. Al médico sucedió el sacerdote, y el obispo de Tournay quiso prestar al extranjero los consuelos de la religión. Al contacto del óleo santo aquellos ojos, que no tenían que acusarse de soberbias miradas se bajaron dulcemente. La unción sagrada tocó aquellos labios exentos de mentira, y bajo el signo de la cruz se cerraron. Las manos, que no permanecieron nunca ociosamente cruzadas, quedaron en pleno reposo. Los pies, que habían corrido siempre por la senda del bien, se detuvieron. El corazón, que no había concebido sentimientos de iniquidad, quedó perfectamente sosegado y tranquilo. «Que vuestra voluntad sea la mía, Padre mío, y mi Dios», repetía el agonizante.

Pero á pesar de su humilde sumisión, las brillantes miradas del enfermo buscaban la patria. ¿Sería posible que no volviese á verla? ¿Dejaría abandonada á su santa esposa en tierra extranjera? ¿No se le concedería el consuelo de bendecir á sus hijos, y sobre todo, de expiar sus pecados? Este último pensamiento dominaba á los demás, y del fondo del alma suplicaba Ulf al Señor, le prolongase la vida, prometiendo que emplearía los años de gracia que pedía, en servir santamente á Dios en un monasterio. Abandonaría el siglo, los honores mundanos y los goces de la familia, para prepararse debidamente á la separación suprema, ante la cual hallábase torturado su corazón y aterrorizada su alma.

Deshacíase Brígida en lágrimas y súplicas; y especialmente invocaba en favor de su esposo, á los santos venerados en Francia. Uno de ellos la escuchó y se la apareció: «Soy Dionisio el apóstol de las Galias, venido de Roma para predicar el Evangelio en estos países, y te digo que Dios te ha elegido para que le des á conocer en todo el mundo». El patrón de París señaló después á Brígida el camino de las dos ciudades, que tan de corazón deseaba ella conocer Roma y Jerusalén, anunciándole que las vería antes de morir. La Virgen Inmaculada se dignó igualmente hacerse visible á la afligida y hablarla: «Visitarás los lugares en que he vivido,

en su ciudad, y que el Archivero del Paso de Calais nos haya puesto en guardia contra ellos, creemos, sin poder afirmarlo, que son exactos tocante á los detalles topográficos.

y tu espíritu contemplará á mi Hijo en su Humanidad; entonces sabrás lo que tu Redentor padeció en la cruz.

En fin, más allá de la Jerusalén terrestre, señalábale san Dionisio la Jerusalén celestial, fin supremo de todas las peregrinaciones. «El Señor te ha puesto bajo mi especial protección, declaró á la contemplativa el apóstol, y para darte de ello una prueba, te prometo que tu marido se curará» (1).

Restablecióse Ulf, y fiel á su palabra, llamó á la puerta del monasterio de Santa María de Alvastra. Postrado ante el abad pidió su admisión, y los monjes recibieron gustosos á este cristiano lleno de temor de Dios.

Pero antes de que el gobernador pudiese dar al mundo un adios definitivo, debía, como hombre de estado y padre de familia poner en orden sus asuntos temporales. Resistíanse los electores de Nericia, y aun el rey mismo, á ver alejarse de la corte á un magistrado tan instruído en las leyes del país, y de proverbial integridad. Su hijo Carlos, que según el deseo de todos, debía suceder en el cargo á su padre, era muy joven con respecto á los años, y más aún en la manera de proceder. En efecto, Ulf no había secundado la firmeza de Brígida en la educación de este hijo, cuyas locuras no aceptaban otro freno que el raro despertar de una conciencia formada por su madre. Por fin el gobernador asistió al consejo celebrado en 1343; entregó después su provincia al rey, y en buen orden sus cuentas (2).

La determinación de Ulf era como el primer paso de Brígida hacia el claustro. De ordinario á ella pertenecía la iniciativa de sus decisiones. En esta ocasión la santa más bien respetó que provocó la resolución de Ulf. Sometióse pues sencillamente, y esperando en cuánto á sí misma la manifestación de la voluntad divina, procedió con su esposo al arreglo de sus negocios particulares. Antes de ingresar en la tercera orden de san Francisco, habían hecho testamento; pero después de su fecha, la familia había aumentado; una hija casada y dos hijos casados también (3) debían percibir la legítima, que de derecho les correspondía. Preciso era además asegurar el porvenir de Ingeborga, Benito y

(1) *Rev. IV, 21.—Extrav. XCII.—Vita S. Birg., 193-194.*

(2) En el mes de Marzo de 1343 Ulf desempeñaba aun las funciones de su cargo. El 18 de Noviembre era signatario de un convenio entre Magno II y el rey de Dinamarca, Valdemar. (*Diplom. V, núm. 3689 y 3743*).

(3) Carlos se había casado con la hija del caballero Gisla, y Birger con la del caballero Glysing.

Cecilia, la primera se hallaba como novicia en el convento de Risaberg (1), asimismo se trató de colocar á Catalina, cuya mano había ya pedido el Señor de Eggertsnaes, Edgard de Kyrn (2), aliado de la casa real. El valor de Edgard y su noble continente le habían conquistado los favores de la corte, y su virtud austera le había hecho triunfar de las seducciones de Stokolmo (3). Se le juzgó digno de Catalina, y el matrimonio fué resuelto y celebrado.

Las puertas del claustro se abrieron por fin para dar entrada á Ulf, que al abandonar el mundo ofrecía á Dios un corazón destrozado por el sacrificio de las afecciones del hogar. Su salud declinaba, y de día en día se le vió debilitar, y tres años después de su milagrosa curación cayó postrado en el lecho para no levantarse más (4). En aquella hora suprema fué investido del hábito blanco de los monjes del Cister, y en presencia de la familia militante de la orden el prior de Alvastra recibió sus votos (5), antes que san Benito, san Bernardo y san Roberto le recibiesen en el cielo. El enfermo llamó á su lado á su amada Brígida. Abandonarla era el mayor sacrificio que pudo ofrecer á Dios; y antes de dejarlo todo, para ella reservó la última mirada en los umbrales de la muerte, dió gracias á la que le había guiado, sostenido y encantado su vida. Sacando de su dedo un anillo, se le ofreció, rogándole no le olvidase nunca. Veintiocho años antes de conocerse, habían cambiado el anillo nupcial, y ahora que estaban unidos con tan fuerte lazo de amor, este anillo era símbolo del que los había de unir por toda la eternidad. Era el 12 de Febrero de 1344.

(1) Ingeborga recibió en dote una finca al entrar en el convento. (*Diplom. V, an. 1341 núm. 3558.*)

(2) Admitimos la ortografía del nombre de Kyrn tal como figura en el *Diplomatarium (VII, an. 1316, núm. 2060)* y el proceso de canonización de Catalina. Esta santa declarando en el proceso de su madre (*Sup. 29 art. f. 132*) y hablando de su marido, le llama «consanguineus regis ipsius regni». Un contrato de 22 de Agosto de 1344 (*Diplom. V, núm. 3822*), prueba que el casamiento tuvo lugar antes de esta época.

(3) Los placeres de esta corte tan disoluta (*Sv. lit., I, 160*) se describen en las crónicas; la historia conserva un detalle propio para demostrar cuál era su fausto; Magno pagó por uno de sus caballos de batalla 8 marcos de plata, más de 33.000 francos. (*Sv. hist. I, 486*).

(4) *Vita S. Bríg. p. 194.*

(5) En su declaración en el proceso de Brígida el prior de Alvastra, después de hablar de la promesa de Ulf, añade: In proposito ipso mortuus est in monasterio, presente isto teste». Henriquez se engaña, cuando en el Menologe de Citeaux inscribe al B. Ulf de Ulfasa como *Monachus Alvastrae*.

No se renovaron en honor de Ulf Gudmarsson los pomposos funerales hechos á su suegro. Era un humilde monje cisterciense; pero hablando de él sus hermanos, le llamaban el *bienaventurado Ulf*, título, que valía incomparablemente más que ningún otro (1).

Bien experimentó Brígida que el último lazo, que la unía con el pasado, estaba roto; y el amor, que había sido el encanto de su juventud y el gozo de su edad madura, la atraía hacia el otro mundo. Dejar el siglo; dirigir sus pasos hacia el cielo, hacia el amor infinito, fuente y raíz de todos los amores, era ir al encuentro de su esposo. La viuda, que en espíritu vivía ya en el claustro aun al lado de su marido, dirigió sus miradas á los diversos monasterios existentes en su hermoso país. Su unión íntima con Jesucristo, absorbía no sólo los afectos naturales, sino también los sobrenaturales, y no experimentaba el deseo de pasar de la tercera orden de san Francisco á la orden completa, como se pasa de la juventud á la virilidad (2), y no se llegó á las puertas de las pobres clarisas. Tampoco le pareció ser llamada á la comunidad de sus amigas las valerosas dominicas ó de las eruditas bernardas.

Ningún instituto la atraía, y á veces la parecía que estaba destinada, á fundar una nueva orden. Sólo la obediencia podía guiarla en este caso, y por lo tanto se abandonó de lleno en las manos del maestro Matías resuelta á hacer cuanto Dios por medio de su ministro le ordenase. Mas aquí la esperaba otra prueba: el director nada le ordenaba, dejándola por días y meses en el tormento de la incertidumbre. Bien comprendió entonces que por el momento Dios no le mandaba otra cosa, sino permanecer como estaba, bajo la dependencia exterior del convento de Alvastra, en donde durante la enfermedad de Ulf, por tolerancia del abad y caridad del prior, y contra la costumbre severa, que aleja á las mujeres de los monasterios de los monjes, le había sido permitido permanecer acompañada de una doncella (3).

Esta vida de expectativa, y la falta absoluta de ocupación precisa, en una posición falsa á los ojos de los hombres, eran duras para el carácter ardiente y activo de Brígida; pero como no sean seguras ni estables las resoluciones tomadas á raíz de los grandes

(1) La piedra sepulcral de Ulf fué transportada de las ruinas de Alvastra al museo real de Stokolmo, en 1826.

(2) *Lacordaire*, Vida santo Domingo, c. XVI.

(3) (*Vita S. Bir.* 194).—Proc. Can. *Dep. P. de Alvaastro sup.* 34º art. f. 133. v.

dolores, reflexionaba Brígida entre tanto, y oraba sin cesar por el esposo que acababa de abandonarla para siempre, mereciendo por su humilde sumisión una gracia, cuya dulzura no se puede expresar: el alma de Ulf se presentó á sus ojos.

A pesar de sus virtudes y mortificaciones el senescal de Nericia expiaba en el purgatorio la falta de energía con su hijo Carlos y algunos otros pecados. «Fuí insensato, decía gimiendo, cuando juzgaba simples boberías las verdaderas faltas de mi hijo, y me complacía en sus locuras». Se acusaba también el difunto de haber perjudicado con sus negligencias á sus acreedores, al rey por ligereza y al prójimo por falta de misericordia. Lo que abogaba en su favor ante el tribunal de Cristo, era la justicia con que había obrado como magistrado, su caridad con los pobres, su probidad en los negocios y cargos públicos, el firme propósito que había tenido de enmendarse de sus faltas y la práctica de las castas virtudes, que de su santa esposa había aprendido.

Pedía asimismo que se ofreciese por él el santo sacrificio; que se distribuyesen entre los pobres los caballos y todos los objetos de lujo, que habían cautivado su voluntad en este mundo; y en cuanto á los bienes, que había poseído, bien podían sus hijos conservarlos con entera seguridad de conciencia; pues nunca, ni en hecho ni en deseo, había adquirido nada injustamente.

Aquel á quien tan tiernamente amara Brígida en la tierra, pedíale alivio en sus padecimientos; y él halló el auxilio que esperaba. Brígida poseía, pobre criatura de un día, aquel poderoso recurso, que inclina siempre á la justicia divina á la clemencia, el don de sí misma á Dios. Echó pues por completo sus propias expiaciones en la balanza misteriosa en que eran pesados los méritos y faltas de su llorado esposo. La Iglesia triunfante, la Madre de Cristo, la sangre del Redentor hablaron por ella.

El peso de su amor, este peso admirable que arrastra los mundos aplacó al Juez celeste. Dejóse ver de nuevo Ulf, dando las gracias (1) á su generosa libertadora, que satisfaciendo por él la deuda contraída con la justicia eterna, había removido el último obstáculo entre él y el cielo. En el cielo la esperaba; allí la recibiría, y sus almas permanecerían eternamente unidas con aquella intimidad perfecta, en comparación de la cual, la unión terrestre no es sino una sombra.

(1) *Rev. extrav. LVI.*

CAPITULO III

1344-1345

RELACIONES SOBRENATURALES DE BRÍGIDA

El monasterio de Albastra.—Primera estancia que hace Brígida en él.—Gracias excepcionales que allí recibe la santa de Dios.—Revelaciones sobre la Santísima Trinidad, los ángeles, los demonios, los elegidos y las almas del purgatorio.—Ordenála el Señor volver á la corte.

Post mortem viri penitus
Sponso Christo subiecta

(*Nic. Hermarini*)

El monasterio de Alvastra morada por entonces de Brígida, era un retiro que elevaba el alma hacia el Criador. Habíanlo construido los hijos de san Bernardo en la solitaria pendiente del monte Omberg para que los separara del gran lago Vetter y para defenderlos contra los vientos glaciales; y en el lado de la montaña que mira al Mediodía, cultivaban las plantas originarias de la Europa meridional, delante se extendía una fértil llanura. Las aguas del Vetter y de otro lago y los frondosos bosques de hayas y de abetos daban al paisaje encantador aspecto. Brígida quiso vivir sola y silenciosa bajo la carga que Dios la imponía (1).

La tierra desaparecía de su vista. Sus pasiones estaban dominadas, la fiereza y altivez de su alma vencidas. Sin embargo lejos de que el abatimiento la tuviese postrada en la inacción, procuraba que la prueba produjese en su alma verdaderos frutos de santidad. Una vocación nueva de Dios la llamaba al grupo protegido y penitente, que la Iglesia coloca inmediatamente después de sus vírgenes y por encima de sus santas mujeres, y comprendía Brígida que su viudez constituía no sólo un doloroso pesar, sino un nuevo estado. Consideraba ya fijo su destino y estable su suerte; y el divino Maestro le daba á comprender, que el mérito no lo da el estado sea de

(1) יֵשֶׁב בְּדֵד וְיִדְעַם כִּי גִטְלָא עֲלוּי. Threni III, 28.

virginidad, viudez ó matrimonio, sino la felicidad y rectitud de intención con que cada cual llena los deberes del que ha abrazado (1). Las aspiraciones de su juventud al más perfecto de los tres dejaban en Brígida como un vago pesar. Su fidelidad á la gracia del sacramento del matrimonio la valió un favor, que sigue de ordinario al desprendimiento de los bienes terrestres, el don de contemplación.

En esta alma prevenida desde la infancia con gracias particulares la contemplación no siguió la marcha progresiva que comienza en el recogimiento, y atraviesa diversos estados hasta alcanzar la unión perfecta.

Un día, estando Brígida en oración, su alma, como desprendida de las cosas exteriores se abismó en el seno de Dios. Gozaba de las dulzuras del éxtasis (2), vió nubes luminosas, de las que salía una voz: «Mujer, escúchame», le decía. Más humilde que en los tiempos de su juventud, porque comprendía mejor su nada, la piadosa viuda guardó silencio. ¿Quién era ella para que Dios le hiciese oír la voz, que con su poder crió el universo? Temiendo más bien, fuese ésta una de aquellas visiones imaginarias, que no sobrepujan el poder diabólico (3), se dirigió en el acto á su confesor, recibió la absolución y buscó el socorro de Cristo en la eucaristía. Algunos días más tarde se repitió la visión, y á esta llamada que la santa consideraba aún como una tentación, apeló al mismo remedio. Una tercera vez resonó la voz divina: Mujer escúchame. «Yo soy el criador de todas las cosas. Sabe pues, que no te engaño, y que mis palabras no son dirigidas á tí sola sino á todos los cristianos. Busca al maestro Matías, que conoce las Sagradas Escrituras, desde la primera hasta la última palabra: él puede resolver el conflicto entre el espíritu de verdad y el espíritu de mentira (4), porque ha experimentado la lucha entre ambos, y con mi auxilio ha salido vencedor.

(1) Proc. Can. *Dep. P. Alvastro sup.* 18 Ctr. *Extrav. XCVI.*

(2) La unión extática es una elevación sobrenatural del alma hacia los bienes celestiales, unión que suspende la acción ordinaria de los sentidos, y cuyo principio es el Espíritu Santo. *Cfr. S. Thom. I, 2^{da} q. III, art. 5 y q. CLXXV, art. 1, 2^{da} 2^{da} y CLXXX, art. 2, 3, 7.* Las visiones de Brígida durante su infancia no suponen el éxtasis.

(3) *Cfr. S. Thom. I. q. CXIV, art. 4.*

(4) El discernimiento de espíritus es el conocimiento de los pensamientos del corazón, comunicado por Dios á sus siervos para confirmar la doctrina de la fe. O en otras palabras: es un movimiento particular del Espíritu Santo, que nos hace apreciar en su justo valor á las personas y los fenómenos.

Revélele de mi parte lo que te digo. Tú serás mi esposa (1); verás las cosas espirituales y penetrarás las celestiales; mi espíritu permanecerá contigo hasta la muerte. El que te habla es el Verbo, nacido de la Virgen; el mismo que ha padecido y muerto por la salvación de las almas; el mismo que resucitado subió á los cielos (2).

Brígida quedó abismada y confundida. ¿Sería posible que el Señor escogiese por esposa á una pobre viuda, libertada apenas de los lazos del mundo, en el momento mismo en que poblaban su iglesia numerosos doctores, vírgenes, apóstoles y mártires más dignos mil veces que ella de las preferencias del Altísimo, más animosos para secundar la obra de la Redención? La lectura de la Biblia había presentado más de una vez á Brígida, aquella palabra de ternura infinita, «esposa mía», que Jesucristo dirige al alma fiel, la había tomado de los labios del profeta Oseas (3), y de las cartas de san Pablo á los corintios (4), y tenía por cierta aquella alianza misteriosa y espiritual, que une con Dios á las almas que le están consagradas por el bautismo; que han sido vivificadas por la eucaristía, y después de la muerte unidas eternamente con El en el seno de la gloria (5). Pero en esto era cuestión de un favor especial, de una

(1) El Señor preparaba á Brígida á la unión perfecta y consumada por medio del rapto sublime de los esposales espirituales, que dispone, al alma para contraer la alianza con Dios. (Cfr. **Vallgornera. Mystica Theol.** q. IV, disp. II, 1091). «Para que tenga ánimo de juntarse con tan gran Señor». **Santa Teresa, Castillo interior, Moradas sextas.**

(2) *Vita S. Birg.* 193-195 *Rev. extrav.* XLVII y XLVIII. Según un término de el derecho canónico se da el nombre de *Extravagantes* á dichas revelaciones, porque el asunto que tratan ño forma cuerpo con los otros ocho libros. En ellas se dice, que la visión de Brígida tuvo lugar *transactis aliquibus annis post mortem mariti*, y que Pedro de Alvastra fué, *in 30 annis usque ad mortem ipsius Birgiete el Scriptor*, de las revelaciones. Según esto sería el año 1343. Pero el prior de Alvastra (Proc. Can. *Sup.* 29º *art f.* 213 *v.*) asegura que la santa manifestó sus primeras revelaciones en 1346. El último confesor de Brígida, Alfonso de Vadaterria, en la *Epistola solitarii ad reges*, que sirve de prólogo al libro VIII de las Revelaciones, dice: *Tunc... maritus migravit ad Dominum. Ipsa Christo se totaliter tradidit, qui eam illico in sponsam*, etc. El *Diarium* dice que fué en 1344; y esta fecha, considerando los hechos en particular, nos parece la verdadera. Cfr. ANNERSTEDT, *nota K.* de la *Vita S. Brig.* 194.

(3) וְאִרְשָׁמֶיךָ לִי רֵעִים. Oseas, II, 21.

(4) Ἡμετέρα γυνή γὰρ ὑμῶν; ἐν τῷ ἀνθρώπῳ. II Cor. XI, 2.

(5) «Verum inter te, ó anima mea, et Deum matrimonium» dice santo Tomás. (*Obusc.* LXI, 13), «quod in baptismo initiatum, in bona vita ratum, in patria fuerit consummatum».

manifestación sensible, brillante, de la gracia, que el Verbo concede á ciertas almas privilegiadas. Sus conferencias con el maestro Matías, los libros místicos, y la ciencia infusa que poseía, le revelaban que se trataba de aquella unión perfecta y consumada de la inteligencia y de la voluntad humanas con la divinidad, en el acto más elevado de la contemplación. De este acto, lo sabía ella, se deriva cierta unión estable y permanente; y no ignoraba que á falta de un término para explicarlos, la teología mística da el nombre de *matrimonio espiritual* (1) á aquel acto y á esta unión.

Dócil á la voz del Espíritu Santo, manifestó Brígida á su confesor las comunicaciones sobrenaturales que recibía, sin atreverse á decidir si aquellas palabras perceptibles al espíritu, y no á los oídos corporales, venían de Dios ó del diablo. A su ciencia de doctor en teología el maestro Matías unía las inspiraciones, que iluminan la letra de la ley; y como todos aquellos á quienes Dios destina á la dirección de las almas, había sufrido cruelmente y por largo tiempo en todo su ser. Bien podía, pues, asegurarse que la fe, además de ser un don de Dios, era en él una virtud en cierto modo adquirida; de tal modo había luchado para conservarla contra la falsa ciencia del mundo, las rebeliones de su propio orgullo, y las sugerencias del demonio. No había que temer, por tanto en él, ni ignorancia ni falta de discernimiento. Escuchó la relación de Brígida, y sabiendo que era ésta incapaz de engañar, y que su imaginación no se hallaba turbada, comprendió que esos éxtasis eran un reposo mezclado de acción, y no un desfallecimiento corporal, resultado de largos ayunos y vigiliias. Reconociendo en la visión (2) de su penitente un fenómeno sobrenatural, el prudente director no admitió ni por un momento la idea de una ilusión diabólica. A pesar

(1) He aquí la definición de san Juan de la Cruz: «El matrimonio espiritual es el beso del alma á Dios, donde no la desprecia ni se le atreve ninguno: porque en este estado, ni demonio, ni carne, ni mundo, ni apetitos molestan... En este estado de matrimonio espiritual, con gran facilidad y frecuencia, descubre el Esposo al alma sus maravillosos secretos como á su fiel consorte, porque el verdadero y entero amor no sabe tener nada encubierto al que ama». Declaración del *Cántico espiritual*, XXII.

(2) La visión es una gracia, *gratis data*, es decir, que participa de la naturaleza de aquellas gracias que son dadas, más bien en provecho de otro, que en el de aquel que las recibe. Por medio de la visión manifiesta Dios sobrenaturalmente un objeto en realidad ó en representación. Las hay de tres clases, á saber; las *corpóreas*, las *imaginarias* y las *intelectuales*, que se dirigen, ó á los sentidos externos, ó á la imaginación, ó directamente á la inteligencia.

del poder concedido á los demonios para probar á los justos, la sabiduría eterna no podía engañar á una alma, que tan sólo buscaba la verdad, obediente, pobre, casta, y en tal manera, humilde, que los favores divinos, en vez de despertar en ella pensamientos de orgullo, la llenaban de terror. Con palabras llenas de autoridad, desvaneció las dudas de Brigida, que gastaban sus fuerzas, y la mandó creer en la realidad de sus comunicaciones con el Verbo.

La distancia que separaba á Linkoepping de Alvastra, no permitía frecuentes conferencias con el maestro Matías; en consecuencia, que Brigida se confesaba diariamente con el maestro Pedro de Skeninge (1), hombre de una virtud igual á su ciencia teológica; se acercaba á la santa mesa, cuantas veces éste se lo autorizaba. Fiel asimismo á las órdenes de este confesor, y á la dirección del subprior de Alvastra, Pedro Olafsson, entregóse Brigida á las más duras penitencias externas é internas, á fin de alcanzar la perfección de la caridad por la perfección del sacrificio.

No se contentó ya con las austeridades hasta allí ejercitadas: los cilicios despedazaban sus carnes, haciendo que cada uno de sus movimientos fuese un tormento nuevo. En los días señalados por la Iglesia y por la regla de la orden tercera ayunaba á pan y agua, experimentando frecuentemente todas las rebeliones del apetito. Representábasele los delicados platos de que en otro tiempo había gustado en Ulfasa, y esto, con tal tenacidad, que casi no podía pensar en otra cosa: la naturaleza pretendía reivindicar sus derechos, precipitando á Brigida en el vergonzoso vicio de la gula (2), y todos los esfuerzos fueron vanos para rechazar la tentación, hasta el día en que Dios, escuchando sus ruegos, la libertó de ella, sin que la santa sucumbiera. Los viernes bebía hiel, y dejaba caer sobre sus carnes la cera derretida de los cirios, que ardían en el tabernáculo; y ávida de sufrimientos ensanchaba con mano valiente sus quemaduras y sus llagas.

Los vestidos más ordinarios y bastos reemplazaron á los adornos de otros tiempos; no llevándolos sino de lana, y privándose para siempre del lino, considerado en su patria como artículo de lujo. Asistía al canto de las horas canónicas en la capilla del monasterio, donde se la veía día y noche prosternada al pie del altar; y si el rigor del frío la obligaba á refugiarse en el *aestuarium* (3),

(1) Proc. Can. *Dep. P. de Alvastra. sup.* 29º art. f. 214 r.

(2) *Vita S. Bir.* 199-204.

(3) Proc. Can. *Dep. Kater, supra* 10º art. f. 126 v. *Dep. P. Alvastra sup.* 4º art. f. 201 v. et *sup.* 10º art. f. 203 r.

allí rezaba el Salterio. Muy frecuentemente tomaba su corto descanso sobre el pavimento de piedra y con los brazos en cruz, «Mi corazón arde en mi pecho; en mis pensamientos se ha encendido el fuego» (1), respondía la santa, á los que se maravillaban de que pudiese desafiar así los rigores del helado invierno. Los directores de Brígida comprendían, sin embargo, que la mortificación y penitencia eran en sus manos, una disciplina de que podían usar, siguiendo las leyes de la prudencia; y después de haber dejado á Brígida abismarse en los goces del sacrificio, obligáronla á tomar ciertos alivios, que fueron más duros aún para la generosidad de su amor. La privación del agua á que se había sujetado para acompañar á Jesús moribundo en su sed le produjo una extinción de voz casi total. Matías la obligó á minorar aquellos rigores, y sintiéndolo Brígida, Jesús mismo iluminó su conciencia, y la prohibió parecerse á los fariseos (2). Poco después, habiendo caído enferma, la ordenaron los médicos reemplazar sus acostumbradas abluciones frías por baños calientes. Rebelde hubiera sido en otro tiempo ante tal delicadeza, la que ahora obedecía sin réplica; pero toda resistencia había desaparecido en su alma. Hablad, decía á su confesor, y obedeceré sin remordimientos. Soy feliz en hacer lo que se me manda por amor de Aquel, que obedeció á su Padre hasta la muerte (3).

A las penitencias corporales en que Brígida tanto se complacía, porque procuran la libertad del alma; al sacrificio de aquellas que se le prohibían, unía ella la inmolación absoluta de su voluntad. Aunque de hecho poseía muy grandes riquezas, por no estar aún liquidadas las cuentas de la sucesión de Ulf, ni terminado el repartimiento de sus propios bienes entre sus hijos y los pobres (4), no disponía de un óbolo siquiera por su propia voluntad: sus limosnas estaban como sus mortificaciones sujetas á la obediencia; y debía así mismo dar cuenta exacta de su oración y de sus consuelos ó desolaciones. Si el orgullo que la dominó en su juventud, se despertaba en su alma, al punto rechazaba al demonio diciendo: «Sin el auxilio de Dios no tendría ni aún la facultad de pensar».—¿Por qué

(1) Ps. xxxviii (Hebr. xxxix), v. 4 חֲסֵרְבִי בְקוֹבֵי בְחַגְוֵי תַבְעֵי־אֵשׁ.

(2) *Rdv.* VI, 13 et 91.—*Extrav.* CXI.

(4) *Rev.* VI, 49.—*Extrav.* LX, LXI. *Vita S. Birg.* 200 et 201.

(3) Página 198 de la vida de Brígida por sus confesores. En ella leemos: *Mortuo marito, statim distribuit omnia bona sua inter filios et pauperes*. Pero se trata de una decisión y no de un hecho: el *Diplomatarium* (VI, núm. 4350) publicó con fecha 21 de Julio de 1348 un documento en el cual aparece Brígida como propietaria.

replicaba el demonio, por qué te alejas de la soberbia tu nodriza? Y sin tener tiempo para pronunciar una sola palabra, oía Brígida la voz de un ángel, que respondía al demonio: «La esposa sigue á su Señor según el poder, que se le ha dado». En efecto, la santa no fijaba ya su atención sino en Jesucristo y en el reino de Dios (1).

Pero tantas privaciones debían ser coronadas con un supremo sacrificio. Apreciaba en extremo Brígida el anillo, que de Ulf había recibido; era necesario romper este último lazo, tal vez el más fuerte; pues su amor se ligaba á la pequeña cosa, que sus manos podían estrechar una vez muerto Ulf. Brígida no vaciló, y desprendióse del ídolo; entre las murmuraciones de los insensatos, cuyo número, según la Biblia, es infinito, contentándose con responder, que aquella joya la había tenido hasta entonces asida á la tierra, y que en adelante quería carecer de anillo, como carecía de esposo terrenal (2).

Los diálogos entre la santa y aquél, que es uno en divinidad con el Padre y el Espíritu Santo, fueron desde este tiempo muy frecuentes; no eran como en los días de su infancia ó de su juventud llamamientos rápidos del Señor, ó tan sólo el paso del poder divino, que se manifestaba extraordinariamente en su alma: era un estado, en que el Señor aparecía á su sierva, no en sueños, sino durante la vigilia, como se había manifestado en otro tiempo á Moisés (3). Yo soy tu Dios, «decía el Señor á Brígida», y quiero comunicarme contigo sin parábolas ni enigmas. La voz, que desde la zarza ardiendo habló á Moisés, es la que te habla; la misma, que escuchó Juan en las riberas del Jordán, y Pedro en el Tabor. Moisés se cubría el rostro al escucharla; pero tú no lo hagas; porque he abierto tus ojos espirituales, á fin de que veas lo que es del Espíritu; y tus oídos interiores para que comprendas lo que es el Espíritu. El te enseñará á ver, á oír y á comprender; á comprender mis palabras, á ver las figuras que he de mostrarte, y á sentir su acción con piadosa alegría. Te mostraré la efigie de mi cuerpo mortal, semejante á lo que él fué antes y después de la Pasión; te mostraré también la efigie de ese cuerpo glorioso, que María Magdalena, Pedro, y otros han visto después de la resurrección. Tu

(1) *Rev. VI, 27. Extrav. LXXII.*—Proc. Can. *Dep. P. de Alvastró sup. 16 art. f. 206 r.*

(2) Proc. Can. *Dep. P. de Alvastró sup. 5º art. f. 202 v.*

(3) Es decir, en una contemplación eminente y familiar, que debe tener lugar propio inmediatamente después de la visión de la esencia divina. MEYNARD, II, 92.

«corazón será mi corazón. Honra á mi Padre, ámame, obedece á mi »Espíritu, venera á mi Madre y á todos mis santos» (1). Extasiada Brígida miraba con los ojos del alma la visión celestial, y escuchaba con los oídos espirituales las revelaciones divinas (2), sintiendo que su corazón latía con más violencia bajo la acción del Espíritu Santo. Buscando un sentimiento humano comparable á esta impresión, no encontraba otro, que la alegría de sus primeras esperanzas de maternidad (3).

Aunque la santa fué llamada á gozar la vista de Dios hasta cierto punto, como estaba retenida por los lazos corporales, no podía apoderarse como un puro espíritu de lo que el cielo la manifestaba. Así que el Señor se lo explicó, sus visiones eran una sombra de la realidad. Cuando asistía al mismo tiempo á lo que pasaba en el paraíso, en el purgatorio y en el infierno, nunca vió delante de sí miembro alguno de la Iglesia triunfante, purgante, ni condenado alguno; porque ningnna parte de su ser era transportada á aquellos mundos; su alma, elevada hacia las cosas sobrenaturales, y su cuerpo en la misma actitud en que se hallaba cuando le cogía el éxtasis, permanecían unidos en la tierra, mientras el Espíritu Santo le mostraba lo invisible (4).

«Señor, exclamaba entonces Brígida, ¿cómo os dignáis permanecer unido á una miserable viuda?»

«Si te he elegido, decía Jesucristo, no es porque seas superior en méritos á mis amigos, ni puedas ser comparada con ellos; sino porque Yo lo he querido así. Humíllate y aflígete solamente por tus pecados.

(1) *Rev.* II, 10.—VI, 29.

(2) Es decir, la manifestación sobrenatural de una verdad oculta ó de un secreto divino, hecha por Dios para el bien general de la Iglesia ó utilidad particular de aquellos, que son favorecidos por ella. Las revelaciones se cumplen sea por medio de visiones, de palabras ó de instintos sobrenaturales. Las revelaciones son alguna vez visiones: estas no son revelaciones sino descubren cosas ocultas, presentes ó pasadas. MEYNARD. II, 461.

(3) *Rev.* VI, 88.—*Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup.* 15° art. f. 204 v.

(4) La teofanía es un hecho incontestable: el antiguo y el nuevo Testamento nos las presentan en gran número; muy auténticas, especialmente las que hallamos en las vidas de los santos ¿Esas apariciones son *personales*, ó bien Dios manifiesta su presencia por ministerio de los ángeles? La opinión común de la Iglesia es favorable á lo segundo. (Cfr. P. MEYNARD II. 395-396). Brígida no se explica sobre el particular: sin embargo parece admitir las apariciones personales de Nuestro Señor, las cuales son muy posibles después de la Encarnación. (*Rev.* I, 8. II, 10.

Desde el principio de su unión sobrenatural, el Esposo reprendía á la esposa sus perplejidades.

«¿Por qué temes al oír mis palabras, le decía? ¿por qué te preguntas con ansiedad si vienen del buen espíritu ó del malo? ¿Te he ordenado algo que tu conciencia pueda reprobear, ó sea contrario á la razón?»

«Señor, he hecho mal, lo confieso», exclamaba Brígida.

«¿Qué te he ordenado, sino que honres á Dios, y creas que nada existe sin El, y que ames con moderación este mundo hecho para el hombre? El espíritu de las tinieblas te enseñaría lo contrario. Examina tu conciencia, ábrela á los ángeles; pero no pongas en duda el don, que posees, el cual no es otro que el Espíritu de Dios. Por permisión mía el demonio puede probar á mis siervos; pero nunca ejercerá su dominio en las almas que crean en Mí, y que me hayan consagrado su amor. ¿Cómo será posible por otra parte confundir la acción del Espíritu de luz con la del espíritu de tinieblas? El Espíritu increado no da lugar en el alma á otro amor, sino al de aquel en el cual van á absorberse todos los amores; y nadie puede tener idea de la dulzura, pureza y santos ardores, que aquél deja en el corazón, sino quien ha tenido la dicha de experimentarlos. El espíritu creado, por el contrario, enciende en el alma los malos deseos de que él mismo está animado; la sumerge consigo en la amargura; la representa como nada los goces futuros, como vanidad los bienes eternos, y la ahoga por fin en la impureza, en cuyo vicio halla él sus complacencias. El Espíritu Santo, al contrario, hace ver la vanidad del mundo en tal grado, que el hombre quisiera verse libre de todo lo que en la tierra pudiese mancharle para volar hacia Mí. En la tierra sólo ve á su prójimo para amarle, á sus enemigos para compadecerlos, sus propias tribulaciones para sobrellevarlas, y por este medio gloriase en aquel que las envía; todo goce terrestre le parece vil; y carga pesada todo honor mundano. Una fuerza extraordinaria le anima de tal manera, que ni la adversidad le abate, ni la prosperidad le enerva; ve á su alrededor disipadas las tinieblas con la luz esplendorosa de la fe; posee su alma á Dios, y esta posesión divina le hace ver más y más que sin El, ella sería nada».

Después de haber probado á su sierva, que su alma estaba iluminada con la luz del Espíritu Santo, el maestro divino la obligó á comprobar su fidelidad al llamamiento divino.

—«¿Quieres ser rica ó pobre?» la preguntó.

—«Pobre, Señor, contestó Brígida, porque las riquezas me impiden entregarme á vuestro servicio».

—«¿Qué prefieres, los goces tal como los has conocido, ó los del espíritu, que ahora posees?»

—«Me avergüenzo de los pasados goces, respondía ella: y antes que experimentarlos de nuevo, quisiera más bien morir. No cabe comparación entre ellós y el goce del espíritu».

De este modo convencíase más y más con cada una de sus respuestas, de lo muy adelante que iba ya en el camino, que conduce al grado supremo de la perfección.

Según las tradiciones de la teología mística,¹ el matrimonio espiritual de Brígida se había realizado con el Verbo, aquella de las tres personas divinas, que la Encarnación ha acercado más á la humanidad (1). A veces Jesucristo renovaba en favor de su esposa los goces misteriosos de su primera unión.

«Esposa mía, le decía entonces, para prepararte al matrimonio espiritual, por cuyo medio halla Dios tan suave alegría en el alma casta, no dejes que la tuya se aleje de mi amor por el apego á la familia ó á los bienes terrenos. Castiga en tu cuerpo aquellos miembros, que me han ofendido; porque mi misericordia no puede estar en pugna con mi justicia. Vive sumisa á los demás, á menos que su voluntad sea contraria á la razón ó á lo que se refiera á la salvación de tu alma. Abandóname tu libre albedrío sin reserva alguna á ejemplo de mi madre; sé humilde, porque esta virtud es condición necesaria para la unión espiritual. Mi gracia hará que tu alma florezca y fructifique. Muchas almas te deberán la vida; pero te conviene trabajar juntamente conmigo, si quieres descansar luego en mis brazos. Yo, que siendo verdadero Dios y verdadero hombre, soy inmolado todos los días bajo las especies sacramentales, derramo mi espíritu en el tuyo, y te revelo mis secretos. ¿Qué podrás temer? ¿Qué te faltará, si en tí reside el soberano bien? Te hiciste acreedora á que yo tuviese cuidado de tí, cuando, al perder á tu esposo terreno, abandonaste tu voluntad. Amo tu alma con amor infinito; y antes que perderla, me dejaría crucificar de nuevo, si esto fuese posible. Te amo, como un padre ama á su hijo; como el esposo ama á su esposa. El amo dice al servidor, yo te vestiré y alimentaré, y tu trabajarás razonablemente. El padre dice á su hijo, todo cuanto poseo, te pertenece. El esposo dice á la esposa, mi descanso es tu descanso, y mi consuelo el tuyo. Y la esposa responde; así como vivo del fruto de tu trabajo, así vivo también del calor de tu pecho; tus palabras derraman el consuelo en mí

(1) Cfr. *S. Thom. p. III, q. III, art. 8.*

»corazón; y si me fuese necesario separarme de tí, preferiría la muerte (1).

Brígida manifestaba su reconocimiento al Verbo por medio de oraciones tan humildes, como encendidas en el fuego de la caridad: «Os doy gracias por vuestra misericordia, que sobrepuja á lo que ella decía podía esperar. Vos adormecéis mi cuerpo en el reposo espiritual, no en el sueño corporal, y despertáis mi alma para que entienda, sienta y viva espiritualmente. ¡Oh Señor y Dios mío; cuán dulces á mi boca son vuestras palabras! Ellas, al mismo tiempo que me sacian, excitan en mi alma nueva hambre de escucharlas, porque mi amor hacia Vos, es cada vez más ardiente».

A esta nueva esposa descubría Jesús magníficas moradas bajo una forma comprensible á los sentidos. En ellas hallaba su alma alimento sobrenatural y vestidos místicos y brillantes, símbolos de la vestidura nupcial, que la esperaba en el cielo.

«Teme el debilitar en tí el impulso de mi gracia, le decía el Maestro; pues quiero que tu alma vibre al soplo divino, como el instrumento bajo los dedos del artista. Levántate con la aurora para entregarte al servicio del Señor, y al llegar la noche descansa en la contemplación».

En el seno del mundo sobrenatural, en el cual por sus continuos éxtasis vivía Brígida, no sólo contemplaba al Verbo, sino también al Padre y al Espíritu Santo. Este la instruía. El Criador la reconocía como esposa de Cristo. A veces las tres divinas personas le aparecían juntas, y la hablaban. Rodeábanla á veces los habitantes de la corte celestial, haciendo homenaje al Eterno. Nuestro Señor interrogaba á los ángeles de la luz, á la Virgen Santísima, á los apóstoles y aun á los mismos demonios, diciendo... ¿Qué es lo que la tierra merece?—«Digna es de ser consumida por el fuego», respondían los ángeles. Pero el amor de Jesucristo, templando la severidad de esta sentencia, prometía misericordia al arrepentimiento.

Cuando la vidente llevada más allá de los límites de la inteligencia humana, suplicaba al Altísimo, se dignase guiarla, era la Virgen la que la instruía por medio de algunas preguntas dirigidas al Señor en un lenguaje comprensible á la criatura humana. Luego atrayendo á Brígida bajo los pliegues de su simbólico manto, «ven, hija mía, le decía, escóndete bajo el manto de mi

(1) No comprendemos cómo ha podido asegurar **Fr. Hammerich** que estas palabras fueron dirigidas por Brígida á Ulf, su marido. (**Den hellige Birgitta. og Kirken i Norden. Kjaebenhavn, 1863, 53-55**).

humildad, él protege de las injurias y de los oprobios del mundo, que no son más que viento. El defiende de la helada devoradora, es decir de los amores egoístas y pasajeros prontos á fundirse como la nieve. En fin mi manto abriga contra las lluvias y los vapores de la tierra, por los cuales se ha de entender, la sed de las riquezas, de los placeres y de las comodidades».

Brígida sentía entonces, que de María emanaba la misericordia, como el calor emana del sol. Otras veces le era dado contemplar á la Iglesia militante atacada por los impíos, y á la Madre de misericordia invitar á los habitantes de la tierra á dirigir sus miradas al cielo; María suplicaba como Madre, y enseñaba como Maestra... Si el pecador arrepentido volvía al camino, María no miraba ya en esa alma las ofensas pasadas, sino su buena voluntad presente. «No hay lodazal del cual María no pueda sacar á los desgraciados, ni lepra que no cure».

Oía también que Jesucristo llamaba á su Madre «princesa victoriosa de los demonios», «reina de los ángeles», «consuelo de las almas del purgatorio», «felicidad de los peregrinos en la tierra» y «gozo de los elegidos». A la vista de la extática los espíritus bienaventurados rodeaban á su reina; y como en los días de Job, los demonios comparecían ante la presencia del Eterno. «Estos en la creación de los cuales Dios ha manifestado el grado supremo de su poder, y ha querido que fuesen diez veces más numerosos de lo que serán todas las generaciones humanas», se manifestaban á Brígida, mas no bajo la forma de espíritus puros, *formae subsistentes* (1).

La vista de los ángeles era capaz de hacerla morir de gozo; la de los demonios de despedazarla de dolor. Contemplaba á los primeros revestidos de cuerpo humano, como en otro tiempo aparecieron y conversaron con la Virgen y las santas mujeres; á los segundos en figura de hombres horribles, de animales fantásticos ó inmundos, y á veces, de cadáveres; no porque dejasen de ser inmortales, sino para significar que sin cesar están muriendo en medio de una vida de eterno penar (2).

(1) *S. Thom, I, q. L, art. 1, 2, 5.*

(2) Las apariciones de la Virgen son generalmente impersonales. Dios se sirve entonces del ministerio de los ángeles para presentar á María entre los hombres. Los ángeles y los santos pueden aparecer también, y lo hacen ordinariamente bajo una forma humana. Estos cuerpos toman milagrosamente ciertas formas exteriores, se mueven, y sin embargo no están vivificados ni por los ángeles ni por los santos,

Aun la naturaleza misma de los ángeles era revelada á la vidente; comprendía que aquellos espíritus desde su creación vieron á la plena luz de su conciencia, quien era Dios. Unos amándole, permanecieron sumisos á la voluntad divina. Otros envanecidos con su propia hermosura, cediendo sin lucha al primer pensamiento malo, envidiosos de la gloria del Señor, celosos de su poder pretendieron arrebatárselos, rebelándose contra El. Habiendo pecado por su sola voluntad, sin que nadie los hubiese arrastrado al mal, para ellos no puede haber redención.

Entre la multitud de ángeles, que alababan á Dios y le daban gracias por haberlos criado, le alababan por conservar la creación, y también le daban gracias por revelarles el pasado, el presente y el porvenir en el coro celeste, que celebra la Encarnación del Verbo, pidiendo que la caridad divina no abandone al hombre, vió Brígida un día á su angel custodio.

He conducido aquí á la que confiasteis á mi cuidado, dijo al Señor este espíritu de luz, ahora os la devuelvo». Pero Jesús encomendó de nuevo su esposa á los cuidados del angel, y le preguntó: «¿Cuál es la voluntad de esta mujer?»—«Señor, respondió el angel, no tiene otra que la vuestra».

«Esto busco yo; esto quiero, y es lo que más me agrada en mis criaturas», continuó diciendo el Señor, y en seguida manifestó al angel las tres clases de misericordia, que usa para con los hombres: Por medio de la primera concede en este mundo las dotes de la inteligencia, las satisfacciones de la voluntad, y las alegrías del corazón á aquellos en quienes halla algunas obras buenas mezcladas con grandes crímenes. Por medio de la segunda hiere en el cuerpo á los que son fieles, en pena de sus pecados, mientras que, desde esta vida hace que sus almas encerradas en esos cuerpos pacientes tengan un gusto anticipado de la bienaventuranza eterna. Por medio de la tercera aflige el ser todo entero, para que el alma, al llegar á los umbrales de la eternidad, se halle plenamente purificada.

El angel custodio, sin consultar la voluntad de Brígida, pidió en su nombre aquellas penas, que atormentan el cuerpo y el alma al

como el alma vivifica al cuerpo. Lo mismo debe entenderse de las almas del purgatorio. Es un hecho incontestable, que con licencia de Dios los ángeles malos se nos manifiestan ordinariamente bajo formas inmundas y espantosas; mas también á veces se transforman como si fueran ángeles de luz. Las apariciones de los condenados son también posibles, sin embargo, á causa del terror que infunden en el alma, son muy raras. Cfr. P. MEYNARD. II, 400-402.

mismo tiempo, y dejan que sólo subsista en nosotros el amor divino.

Aunque el padre de la mentira no sea capaz de enseñar á nadie cosa alguna, quiso el Señor que en el curso de sus visiones la extática conversase con el espíritu del mal. Desde el momento de su caída, la memoria de lucifer se halló envuelta en densas tinieblas; no se acuerda ya ni de la bondad de Dios, ni de la que reside en el corazón de las criaturas; y sí, de las iniquidades humanas, cuyo registro lleva: el bien, la justicia, no les ve ya en plena luz, sino en las oscuridades de su conciencia, del mismo modo que un hombre encerrado en oscuro calabozo sabría lo que contiene una carta, que leyó antes de ser aprisionado, y tiene aun en su poder, sin que le sea dado leerla de nuevo. Sin embargo la naturaleza del demonio no ha cambiado en cuanto á sus conocimientos naturales. «No ignoraba el lazo, que unía á la santa viuda con su Redentor, y hubo de confesarle, que ningún poder tenía sobre ella. El corazón de Cristo, cuya misericordia infinita no pueden los hombres comprender, se descubrió entonces á Brígida, para hacerla adivinar insondables secretos de su amor.

«¿Por qué preguntó el Salvador á lucifer, por qué no pides misericordia?»

—«Preferiría yo padecer más aun de lo que padezco, antes que implorar tu perdón, jamás doblaré la rodilla delante de tí», contestó el angel caído, dando una idea con estas palabras, de su aversión hacia Dios y de aquella fuerza continua y repelente que le aleja de El.

Después de estas revelaciones referentes á los espíritus, quiso el Señor mostrar á Brígida lo que es la humanidad desde su origen hasta el término de su existencia, y el terrible juicio que á todos nos espera. Primeramente, contempló al Todopoderoso criando al hombre, dotado de libre albedrío y destinado á poblar el cielo, para reemplazar en él á los ángeles caídos. Esta nueva criatura debería reproducirse merced á una unión casta, que el amor divino haría fecunda; mas el demonio la tentó, poniéndole delante un destino superior á su vocación. Sin rivalidad con el eterno poder, sin odio á Dios, el hombre y la mujer cayeron, alejándose de su criador, sin la misericordia de Dios no hubieran podido engendrar y concebir hijos después de su caída. Privada del cielo por el pecado; salvada del infierno por el arrepentimiento, su raza permanecía en la tierra, sumida en el dolor, satanás la arrastraba á dudar de las palabras del Eterno; á desesperar de su propia salvación; Abrahám, Moisés y las profecías mesiánicas vinieron á reanimar la fe en los

decaídos corazones. Pretendió entonces el tentador probar á la humanidad, que la ley divina no era tolerable, y que las esperanzas de redención eran engañosas, y en el momento mismo en que el hombre iba quizá á sacudir el yugo divino, apareció en la tierra el Salvador. No se confesó por esto vencido el enemigo de la naturaleza humana; y mientras él se empeña en inspirar á los hombres el olvido de los beneficios de la redención, Dios le presentó adversarios; eran los amigos del crucificado, en cuyo número se contaba Brígida.

La contemplativa, no ignoraba nada de los destinos de la humanidad, Dios la hizo ver un alma, á quien los espíritus de tinieblas presentaban ante el soberano Juez. «Este hombre, decían los demonios, es, respecto de nosotros, inferior, superior é igual. Es inferior por el disimulo é hipocresía, bajezas á que no está sujeta nuestra naturaleza; es igual por el orgullo, la avaricia y la envidia, vicios, que fueron causa de nuestra caída; es en fin superior á nosotros por su carácter sacerdotal, sin temblar ha tenido en sus indignas manos, y ha recibido en su corrompido corazón el cuerpo y la sangre de Jesucristo».

El angel custodio de aquella alma, nada podía alegar en su defensa; y para instrucción de Brígida quiso el Señor que el alma hablase por sí misma. «Mi voluntad, dijo ella, fué la de pecar hasta el último instante de mi vida». — «Tu misma conciencia te condena, replicó el Juez, ¿cuál debe ser tu castigo?» — «El más duro, y el más amargo», exclamó el indigno sacerdote. En el acto las potestades infernales le arrastraron consigo á las moradas del eterno llanto.

En otra visión, vió el alma de un noble caballero, á quien ella conocía. Había muerto el desgraciado, blasfemando el nombre de Dios y profiriendo injurias contra los santos.

¿Por qué la muerte ha cortado tu existencia? decía el Juez al alma. — «Porque no he querido amaros. Mas, decidme, ¿cuando terminará mi suplicio?»

— «No tendrá fin jamás», respondió el Juez, y vuelto hacia los elegidos, añadió: «Aunque todas las estrellas y los planetas se convirtieran en lenguas, que intercediesen por esta alma, y todos los santos me suplicasen, no tendría misericordia de ella; porque la justicia exige que sea condenada».

El alma desapareció; pero al mismo tiempo en medio de los demonios, la extática distinguió otra. «Esta alma, nos es semejante decían los espíritus infernales, dirigiéndose al Señor; pues reconociendo como nosotras que sois el soberano bien, se ha alejado de Vos». El angel custodio del alma dijo á su vez: He permanecido

constantemente á su lado desde el momento de su entrada en el mundo. Hipócrita fué su vida, y supersticiosa siempre su devoción. Ha recibido de Vos infinitamente más, de lo que ella os ha dado. Le concedisteis salud, hijos hermosos, riquezas; alejásteis de ella todo padecimiento, y así habéis recompensado al céntuplo el poco bien, que hizo en su vida. «Jesucristo interrogó al alma directamente; ésta respondió blasfemando: «A fin de no daros, en cuanto es de mi parte, consuelo alguno, exclamó, prefiero las penas del infierno á los goces del cielo. Os aborrezco á tal punto, que serán mis tormentos menos crueles, sabiendo que de mí no recibiréis jamás ningún motivo de alegría». «¡Oh! Juez eterno, dijo el demonio acercándose; esta alma es igual á mí; mandad que me pertenezca».—«Si llegases á humillarte respondió el Redentor á satán, yo te daría la gloria; y si este hombre, en el último instante de su vida hubiese implorado mi perdón con voluntad de convertirse, no estaría ahora en tus manos. Aun ahora mismo, las pocas buenas obras, que hizo en su vida, le defienden contra tu maldad; y no podrás, merced á ellas, atormentarle en el grado que quisieras. Mi corazón desborda de amor por el hombre, y si fuese posible, sufriría de nuevo el suplicio de la cruz por cada uno de los demonios y de las almas condenadas, hasta que no quedase una sola en el infierno.

Reanimado su espíritu ante tal exceso de misericordia, se atrevió Brígida á confesar al Señor que su alma se sentía consternada, al sólo pensamiento de las penas eternas; y brotó entonces de su corazón aquella terrible pregunta, dirigida á la providencia divina, por la humanidad entera, desde el pecado del paraíso: «¿Cómo dijo á Jesús, castigáis eternamente á los que no pueden continuar pecando durante la eternidad?—«Soy la verdad y la justicia; escudriño los corazones y las voluntades, y doy á cada uno según sus obras, respondió el maestro. Mis caminos y mis juicios son inaccesibles á las inteligencias humanas. Aquellos que hubieren deseado vivir siempre, para pecar siempre, no pueden ser admitidos, al goce eterno. Sabe, que Yo jamás hago justicia, sin que vaya acompañada de la misericordia; y uso de ésta aún en favor de los condenados; porque el hombre es mi hermano, desde que me revestí de su humanidad, y como hermano le juzgo. Su propia conciencia es, la que determina el castigo, que debe sufrir, contentándome Yo con decirle: «He padecido en tu lugar y recibido el castigo del pecado, que por tí sólo, jamás hubieras logrado expiar; te he preparado el camino; te he manifestado mi amor; y tú has huído de Mí; acreedor eres á mi justicia, ya que has despreciado mi misericordia; sin

embargo, si me fuese posible morir de nuevo por tí, lo preferiría, antes que castigarte».

Brígida imploraba sin cesar la misericordia divina en favor de los agonizantes; y el Señor, para animar su fe, hacía que viese á las almas, cuando habían pasado ya los umbrales de la eternidad, como en otro tiempo le había permitido contemplar la de Ulf. Veíalas pues libres del infierno, salvadas para siempre, merced al acto de contrición sincera, que sus labios helados por la muerte habían expresado; y sobre todo al propósito firme de enmendarse, que sus corazones, como postrer sentimiento, habían hecho. Contemplábalas en el momento de penetrar en el purgatorio; para purificarse por medio de tormentos tan crueles, que exceden cuanto el pensamiento humano puede abarcar; allí vió que cada pecado se pagaba con una pena particular; con tanta mayor severidad, cuanto menos habían sufrido las tribulaciones de aquí abajo. Obligadas estaban aquellas almas á escuchar tristes lamentos, á contemplar miserias; á experimentar dolores; hasta que la Madre de misericordia acudiese á dulcificar sus padecimientos. A la intercesión poderosa de María, á la de los santos, se unían los méritos de la Iglesia militante; los herederos escrupulosos restituían los bienes mal adquiridos; los amigos fieles de aquellas almas cumplían actos expiatorios; sus oraciones, sus limosnas llevaban á las almas las indulgencias concedidas por los soberanos pontífices; el santo sacrificio de la misa esparcía sobre estos desterrados la sangre de Jesucristo. Llevados así por el amor de los vivientes y de los elegidos, ofrecidos por la Virgen Inmaculada subían á las claridades de la aurora celeste. Las voces, que salían del purgatorio, llenaban de dulce consuelo el corazón de la vidente:

«Señor Jesucristo, decían aquellas almas cautivas, conceded á los vivos vuestro amor, ya que les habéis dado tan maravilloso poder espiritual; recompensad sus oraciones y sacrificios».—«Señor y Dios nuestro exclamaban las almas libertadas, pagad centuplicadas á esos seres las obras de caridad, por las cuales gozamos de la eterna luz en la visión de vuestra faz divina» (1)

(1) Cfr. *Rev.* I. 1, 2, 3, 4, 5, 7, 8, 9, 16, 20, 22, 23, 28, 30, 33, 34, 36, 38, 39, 42, 45, 47, 49, 50, 52, 54.—II. 2, 10, 11, 16, 17, 18, 19, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 33, 52.—III. 10, 20, 30.—IV. 7, 10, 11, 23, 29, 34, 63, 67, 74, 77, 82, 87, 92, 93, 98, 100, 106, 110, 123, 134, 138.—VI. 2, 10, 13, 14, 17, 21, 28, 30, 31, 38, 39, 42, 53, 56, 62, 75, 85, 88, 117.—*Extrav.* L, LVII, LXXII, LXXIV.—*Proc. Can. Dep. Kater, sup. 31º art. f. 134 r. y v.* La hija de la santa cita á una noble dama, Margarita de

Un mes (1) después de su llegada al monasterio de Alvastra, rogando Brígida por la hermana de Ulf, Catalina, que acababa de fallecer, vió pasar á esta alma por las penas del purgatorio. La muerta prometió á su cuñada Brígida alcanzarle la inteligencia de las cosas espirituales; y le anunció después, que viajaría hasta lejanas tierras, y moriría en Roma; recomendándole muy especialmente la práctica de la humildad. Desapareció, y más tarde volvió para exponer á Brígida los tormentos que padecía, por haberse entregado al goce de las riquezas, y pidiendo misas por su alma; pedía á la santa que ofreciese en su nombre cálices de oro, que recibiendo en sí la sangre del Redentor, la derramasen sobre su alma. La venerable viuda oró; pidió oraciones en favor de la difunta, y se despojó de las últimas joyas, que le quedaban, para convertirlas en vasos sagrados. El alma de su cuñada apareció de nuevo: «Estoy gozando ya de Aquel á quien ama mi corazón; y le pertenezco, dijo misteriosamente Catalina. Obedece al Maestro, y tendrás tu lugar entre los más grandes de nosotros» (2).

Brígida había adquirido ya una idea sobre el infierno y el purgatorio; y para que la tuviese también sobre los elegidos, la Santísima Virgen puso delante de sus ojos á Ingeborga. «¿Amas á tu hija?», preguntó la Madre de Dios á esta otra madre tan tierna en un tiempo para con sus hijos.—«Señora, respondió la bienaventurada, la amo; pero vos sabéis bajo qué condición: si ella ama á Dios, tendrá mi cariño; si no le ama, yo no puedo menos de aborrecerla» (3).

Con aquella sencillez, que había llegado á ser en ella como una segunda naturaleza, arrodillóse Brígida una mañana á los pies del subprior de Alvastra, diciéndole: «He aquí las órdenes del Señor: Recoged hermano Pedro las revelaciones, que el Verbo os dirige por boca de una mujer; ellas han de romper las cadenas de algunos cautivos del demonio; traducidlas al latín, y por cada palabra escrita tendréis, no oro, ni plata, sino un tesoro incorruptible».

Vourvourk, que obtuvo revelaciones de Brígida acerca de los muertos de su familia.—*S. Thom.* III, q. VIII, art. 9, q. LXII, art. 1, q. LXIII, art. 2, 5, 6, q. LXIV, art. 1, 3, q. LXXX, art. 4, q. CVII, art. 4, q. CXII, art. 2, 1^a 2^{da}, q. XIII, art. 6, q. CLXXV, art. 2, q. III, q. IV, art. 1, q. VI, art. 2, q. XVIII, art. 4, q. XLVI, art. 1, q. LXXXIX, art. 6. *Suppl.* q. XCIX, art. 7.

(1) Le *Diplomatarium* V. año 1344, núm. 3778, prueba que Catalina vivía aún el 1.º de Mayo. Como lo hemos dicho, el no comenzar el año al mismo tiempo en las diversas provincias del país, explica esas aparentes contradicciones. *V. S. Brig.* 197.

(2) *Vita S. Birg.* 198.

(3) *Chronicon*, 209.

El monje no respondió: creía en las revelaciones sobrenaturales de la santa; pero quizás no se juzgaba digno de manifestarlas á los cristianos; y después de maduro examen, se decidió á desechar la petición; pero en el mismo instante Pedro Olafsson sintió debilitarse sus fuerzas, y como un cuerpo, á quien le falta vida, cayó sobre las losas del pavimento. Conservaba sin embargo el conocimiento; vió á los monjes, que estaban orando en el coro, acercarse á él, tomarle en sus brazos, y llevarle al lecho. «¿De dónde procedía este extraño padecimiento?» «¿Sería, acaso, el castigo de mi resistencia á las órdenes del cielo?» «¡Señor y Dios mío; si así es, perdonadme!, dijo el monje, escribiré cuanto vuestra sierva me dicte». «Tan pronto como el subprior hubo resignado su voluntad en la de Dios, sintióse curado, y se puso á la disposición de Brígida. Esta sobrenaturalmente iluminada tenía ya noticia, así de la resistencia, como del castigo del cisterciense; y para darle una prueba sensible de la verdad del mandato divino, le curó también en el acto de los intolerables dolores de cabeza, que le atormentaban desde su juventud, y le transmitió las nuevas palabras del Verbo». «Comunicálo todo al monje Pedro, decía el Señor; éste tendrá colaboradores en la obra; entre ellos, Matías, que es considerado como doctor de la ley. Y para que no crea que tus palabras proceden del maligno espíritu, Yo probaré con los hechos que son verdaderas». Desde este día, Pedro Olafsson, á quien Brígida tomó por director según la orden divina, escribía después de cada visión, lo que la extática le dictaba, traduciendo en seguida al latín las revelaciones (1).

Con atención prolija meditaban las palabras de su hija espiritual el monje cisterciense y el canónigo de Linkoepping, viendo cada vez más claramente, que las lecciones dadas á ésta por el cielo eran tan útiles para la teología dogmática como á la teología moral. Distinguía ella en sus visiones las corporales de las intelectuales; los directores veían en ellas, el oficio distinto, ya de la inteligencia, ya de los sentidos, según lo enseña Santo Tomás de Aquino (2). Comprendieron, que Dios había elegido á esta mujer,

(1) *Rev. extrav. XLVIII, CIX.*—Proc. Can. *Dep. P. de Alv. sup. 29º art. f. 214 r. y sup. 34 art. f. 224 r.*

(2) *Cfr. S. Thom. 2da 2da q. CLXXV. art. 3, 4.*—He aquí los tres ejemplos principales de los tres grados de visión reconocidos por la teología: 1.º La visión de Baltasar, quien con sus propios ojos distinguió los caracteres trazados en el muro. 2.º La de Isaias contemplando en espíritu al Señor, sentado en elevado trono ó la de san Juan en el Apocalipsis. 3.º La de san Pablo arrebatado hasta el tercer cielo, y mirando á Dios, como le contemplan los elegidos.

para continuar en el seno de la Iglesia la gracia de las revelaciones privadas; y si no juzgaban éstas como infalibles, admitían, que con prestarles asentimiento hacían un acto meritorio; y se regocijaron cuando Brígida les declaró por orden de Dios, que los manuscritos de Pedro Olafsson debían ser examinados por el arzobispo de Upsal y dos obispos de gran virtud, antes que ella los presentase al soberano pontífice.

Conformes estuvieron los tres prelados con el parecer del subprior de Alvastra y del canónigo de Linköeping. El pensamiento de un fraude no se les pasó por la imaginación. Tampoco pensaron fuesen simples sueños, sabiendo que la santa aseguraba, al relatar sus visiones, que en aquellos momentos no dormía, sino que velaba; y esto con grande insistencia; á tal punto, que el traductor se vió obligado á suprimir tales palabras, como repeticiones inútiles (1).

Reconocidas como sobrenaturales dichas visiones, admitieron también los examinadores con el maestro Matías, que no procedían del espíritu de tinieblas, porque no se puede creer que satán encienda en el alma el fuego de la caridad, y concorra con ella, á dar gloria á Dios. El docto teólogo demostró además, que si el espíritu malo toma el aspecto de angel de luz, es á fin de precipitar á los hombres en los vicios, que preparan su muerte eterna; que la influencia del demonio produce en las almas la vanagloria, las hace pusilánimes en la defensa de la justicia, atiza el falso celo, y las induce á juzgar severamente al prójimo. ¡Qué contraste con el retrato, que Matías hacía de Brígida! Constante en la humildad, indiferente á su propia gloria, serena según el ejemplo de Jesucristo por su unión con la voluntad del padre, viuda, penitente, pobre, desprendida de todo, salvo del honor de Dios, y de la satisfacción en aliviar las necesidades del prójimo, mansa y humilde para con todos los que la despreciaban, la santa les parecía uno de esos seres privilegiados, á quienes el Redentor se digna mostrarse bajo la misma forma, con que apareció en la tierra.

«Esta aparición del Verbo encarnado sorprende en verdad,» decía el canónigo de Linköeping, porque el corazón humano abarca

(1) Autógrafo publicado por M. KLEMMING. (*Uppen, IV, 177*) con el texto latino de las Revelaciones IV, 49. El Prior de Alvastra da los detalles siguientes: *Proc. Cam. Dep. P. de Alv. sup. 15º art. f. 204 r. y v.* Recibía, dice, las revelaciones divinas no dormida sino despierta, durante la oración. Después añade estas precisas palabras: «Corpore manente vivo, sensibus rapta et alienata a sensibus sui corporis, in extasi, in visione supernaturali et intellectuali». Interrogada por él, Brígida había declarado que estas visiones eran intelectuales.

»muy poco, cuando se trata de comprender un prodigio semejante, »así sucedió en la resurrección de Cristo; mas al manifestarse á »Brígida, el Señor quiso dar una prueba más de su misericordia en »favor de este mundo envejecido é inclinado á la desesperación». El sabio doctor prueba en seguida, que nada en los escritos de la santa es contrario á la verdad ó á la doctrina católica, de tal manera que rechazar tales relaciones, sería rechazar la misericordia divina (1). El arzobispo de Upsal y sus sufragáneos fueron los primeros en pronunciar el elogio, que frecuentemente se dirige á la piadosa viuda: «Todo cuanto has dicho es verdad; nada hay que reprender en tus discursos; eres una mujer santa y temerosa de Dios» (2).

La aprobación de los prelados no sorprendió á Brígida. ¿No era acaso la palabra de Dios la que aprobaron? Y en cuanto á los pensamientos de orgullo, ni siquiera se le ocurrían. Su vida entera se apoyaba en el corazón del Verbo; pensando únicamente en Él, se olvidaba de sí misma.

Una alegría más pura que todas las de su juventud trasformaba su duelo, sin destruirle. Su amor hacia Ulf no se borraba; muy al contrario. Cuando el Señor quería hacerla comprender las más conmovedoras manifestaciones de la ternura divina, comparábalas siempre con el amor del esposo hacia la esposa amante y fiel; y la viuda encontraba al que por tanto tiempo había llorado, en el corazón amantísimo de Jesús, que nos hace presentes todos nuestros amores verdaderos. Voluntariamente se hubiera encerrado para siempre en un monasterio, observando una vida, que tan penosa se la había presentado en otro tiempo; pero no le fué permitido reposar en Dios, como tampoco se la había permitido antes el alimentar en su corazón el amor á las criaturas. En la contemplación de la santa Trinidad, en las revelaciones de Jesucristo; en sus conversaciones con la Virgen Madre, los ángeles y los bienaventurados, hallaba esfuerzo y aliento para salir de sí misma y trabajar en bien del prójimo. Un día sin previo anuncio el Maestro divino la sacó de las dulzuras de la soledad, ordenándola volviere á la corte del rey Magno, ya no como camarera mayor, ni como amiga ó pariente, sino con el carácter de consejera, casi de profetisa.

(1) **Prologus in lib. Revelationum coelestium, beatae memoriae Dominæ Brigittæ de Suetia, divinitus sibi factarum, editus per venerabilem virum magistrum Matthiam de Suetia.** Este prólogo está á la cabeza de todas las ediciones de las Revelaciones.

(2) Judith. VIII, 28-29.

Brígida experimentó un dolor profundo, y todo su ser protestó contra su nueva misión. Al solo pensamiento de haber de descubrir al mundo el secreto de sus relaciones con Dios, revelábanse en ella los instintos de cristiana y de castellana feudal. ¿Por qué había ella de abandonar su dulce morada, el apacible retiro á cuya sombra ocultaba su duelo, para ir á mezclarse en negocios ajenos? ¿Con qué autoridad levantaría la voz para vituperar el vicio y exhortar á los otros á la virtud? Se creía ella aun necesitada de aprenderlo todo, y espantábase su humildad ante el mandamiento de enseñar á los demás. Pero el Maestro le mandaba obedecer á ciegas.

«¿Qué debo decir al rey? exclamó entonces:

—«Preséntate á Magno, le respondió el Verbo, y yo mismo hablaré por tu boca» (1).

(1) *Vita S. Bir.* 198.—Proc. Can. *Dep. P. de Alvastra sup.* 15º art. f. 205 y *sup.* 29º art. f. 213.

CAPITULO IV

1345-1346

REVELACIONES AL REY MAGNO II Y AL CLERO

DE SUECIA

Vuelve Brígida á la corte de Stokolmo.—Sus profecías.—Sus consejos á Magno II.—Sus relaciones con los obispos y sacerdotes.—Conferencias con los hermanos predicadores.—Muerte de Benito hijo de la santa.—Segunda estancia de la santa en el monasterio de Alvastra.—Influencia que ésta ejerce sobre los monjes cistercienses.

Tu noua lux ecclesie,
esto nutrix,
esto nutrix,

Brev. Birg. K. ij.

La entrada de Brígida en el palacio de Stokolmo fué un espectáculo extraordinario para los cortesanos, que asistían de cerca á aquellos monarcas. Bajo el tosco sayal gris y el ancho velo de las viudas reconocieron á aquella misma dama, que en otro tiempo habían contemplado ricamente engalanada en traje de corte. Sus facciones envejecidas por los sufrimientos, les parecían más nobles aún; pero al mismo tiempo, ¡qué cambio se había operado en ella desde el día en que en el goce del amor correspondido y de la maternidad dichosa, se había presentado allí mismo, impulsada por el deseo de hacer bien; confiada en sus esfuerzos, y casi segura de un éxito feliz! Comprendía Brígida, ahora mejor que nunca, que la oración y el sacrificio silencioso de sí mismo son más poderosos que todas las humanas energías. Sin embargo por orden de Dios le fué preciso entregarse á la acción, y por decirlo así levantar el velo, que ocultaba los secretos de su alma. La obediencia era penosa en extremo; pero no vaciló en cumplirla.

Al rey y la reina, que la recibieron cortesmente, á los grandes del reino, que se agrupaban á su alrededor, les anunció Brígida,

que la cólera divina les amenazaba con temibles castigos. Sin previa reflexión, sin pensarlo siquiera, unía á las exhortaciones las profecías; sus palabras eran elocuentes; sus predicciones temibles. «He visto, dijo un día, que el sol y la luna brillaban en un cielo revuelto; su luz esclarecía el espacio más allá del firmamento; un terrible dragón atravesó el cielo, arrebatando á los dos astros su poder y su esplendor; al momento el sol palideció, y la luna se ocultó detrás del horizonte. Vi entonces una multitud innumerable de reptiles y serpientes, que devoraban la superficie de la tierra y mataban á los hombres, hiriéndoles con la cola; por fin el sol se oscureció enteramente, y la luna desapareció por completo» (1).

Nadie comprendió el sentido de esta profecía, que en la forma recordaba las de Ezequiel y del Apocalipsis; pero como la fe reinaba aun en los espíritus, aunque no se manifestase en los actos, la corte experimentó profundo malestar, y no hubo quien no se considerase juzgado y condenado.

No era necesaria, bien lo sabemos, la intervención sobrenatural para que Brígida conociese el estado de su patria. Su hermano Israel, senescal de Upland, formaba parte del consejo de regencia, que había gobernado á Suecia durante un viaje del monarca, y no se le ocultaba el desorden financiero, causado por el lujo insensato de la real casa, y la prodigalidad de la reina para con sus hermanos (2). Muchas veces había lamentado Brígida con el llanto en los ojos el fausto y los placeres, que constituían la vida de los jóvenes soberanos; tanto más, cuanto que su hijo Carlos participaba de los mismos gustos y se entregaba á esa vida con todo el ardor de su fogoso temperamento. Birger, segundo hijo de la santa, permanecía al lado del rey, obligado por el cargo, que en la corte desempeñaba, y deploraba asimismo la debilidad de su soberano, que dócil á la lisonja parecía cómplice, más bien que autor del mal, que en nombre suyo se llevaba á cabo. Pero en los designios de la providencia esta misma debilidad del monarca, fué el auxiliar más poderoso para la misión de Brígida.

Veíase Magno agobiado con multitud de dificultades, obra de sus favoritos, que siendo causa principal del desorden, eran á la vez impotentes para remediarle, y la santa fué pronto una confidente y una consejera. En sus conferencias con la santa llegó Magno á confesar que si los labradores rehusaban el trabajo, dejando los

(1) *Rev. VIII*, 31.

(2) *CROONENDAEL, op. cit.*, 508.

campos sin cultivo, era porque el fisco devoraba sus salarios. Brígida le hizo ver cuán injusto era el transformar en impuestos regulares las contribuciones exigidas en momentos alictivos; y cuán criminal era la falsificación de la moneda. Le acusó en nombre de Cristo, usando las palabras mismas de Jesús, de conducirse como un villano, despojando á los viajeros, á mano armada, y permitiendo arrebatar á los náufragos en las costas de Suecia los restos del naufragio (1).

¡Qué crueldad impía, añadir aflicción á aflicción! Por fin alcanzó del rey, que eximiese de la contribución territorial por diez años á todo aquel, que tomando el arado cultivase el suelo natal. Gracias á sus maneras dulces é insinuantes había conservado el rey alguna popularidad; y con el fin de calmar á sus súbditos, consintió en reconocer franca y públicamente sus errores.

Había logrado la santa, que el monarca diese un paso siquiera hacia el bien, y procuraba con grande ahinco que no abandonase el camino comenzado. Inducido por su carácter frívolo y caprichoso deseaba Magno sustraerse á las leyes de la etiqueta, considerándolas como pesado yugo; pero Brígida, de parte de Dios mismo, le obligó á respetarlas como un freno contra su ligereza y veleidad. Siempre que debía éste asistir á alguna fiesta solemne de la Iglesia, ó administrar justicia, ó crear nuevos caballeros, forzábale la santa á comparecer ante sus súbditos, rodeado de la majestad real, á fin de huír con cuidado de modas extranjeras é inconvenientes. Tampoco aprobaba Brígida que el rey se sentase sólo á la mesa; deseaba por el contrario, que aprovechase el tiempo de las comidas en conferenciar con sus consejeros sobre el bien del Estado; quería también, que antes de entregarse al sueño, fortaleciese un tanto su espíritu y su carácter, leyendo las biografías de los políticos más eminentes; y por último le aconsejaba, que administrase la justicia con equidad y clemencia, y que vigilase sus tribunales. «El juez íntegro, decía, debe escuchar, discernir, informarse convenientemente, evitar los plazos dilatorios; carear á los testigos, pesarlo todo con prudencia. No debe dejarse doblegar por súplicas, ni por dádivas, ni por persona alguna, procurando en fin que su voluntad vaya en todo conforme con la verdad.

En cuanto á aquellos que debían ejercer el poder, deseaba Brígida que fuesen elegidos entre los más desinteresados, dando la preferencia para los principales cargos del Estado á los que estuviesen mejor instruídos en las obligaciones, que éstos les imponen,

(1) *Rev. VIII, 6.*

ó á los descendientes de aquéllos, que se hubiesen señalado en el servicio de la patria (1).

El conocimiento, que de la corte había adquirido, hubiera bastado á Brígida para dictar tan prudentes consejos; pero dimanaban éstos de una fuente sobrenatural. Según la divina promesa, Jesucristo mismo hablaba al rey por medio de su sierva, cuyas palabras confirmadas por milagros, obraron la conversión de algunos pecadores.

Entre los amigos más estimados del rey estaba un pariente de Brígida, Magno de Eka. Este caballero, rico, de buena figura, unido á una mujer á quien tiernamente amaba, y padre de hermosos hijos, se entregaba por completo á los goces de la vida, perdiendo poco á poco el gusto por los bienes eternos. La austera profetisa le mandó llamar: «Pronto verás morir á tu mujer y á tus hijos, le dijo; en cuanto á tí, serás sacerdote y prior de un monasterio. «Ya sabía Brígida que el alma á quien hería con tales golpes, estaba dispuesta á recibirlos: el joven cortesano se sometió á los decretos divinos, y esperó en la penitencia los dolorosos golpes, que debían reanimar su energía; por de pronto habíase trocado ya en otro hombre (2).

El yerno de Brígida tenía un compañero de armas, capitán de las tropas del castillo de Falkenberg, que se hallaba moribundo no lejos de la corte. Tres días había permanecido el prior de Alvastra, tratando inútilmente de hacer que se confesase el enfermo; con el falso pretexto de que había recibido la absolución de sus pecados, de lo cual estaba muy lejos, rechazaba todo auxilio religioso. En este momento supremo intervino Brígida; habíasele mostrado en una visión que el capitán estaba poseído de siete demonios, y descubrió en seguida al enfermo varios secretos de su alma, que había tratado de ocultar. El moribundo echó mano entonces de otros argumentos: ¿Acaso no había ofendido á Dios tanto, y tan gravemente, que le era imposible esperar el perdón?... Mas de pronto, las lágrimas interrumpieron su discurso; el arrepentimiento penetró en su alma, y recibió en fin los sacramentos en los transportes de la devoción más tierna. «¿Qué causa ha movido á Dios á compadecerse de semejante hombre?», decían el rey y los cortesanos. Brígida pudo darles satisfactoria respuesta: el Señor le había revelado, que á pesar de su poca fe y falta de virtud, este pecador inveterado conservó siempre en el alma un sentimiento de compasión filial

(1) *Rec. IV*, 102.—*VIII*, 3, 4, 18.

(2) *Diar. an.* 1400.—**Gesammelte Nachrichten über die einst bestandenen Klöster vom Orden der hl. Birgitta.** München. 1888, 34.

hacia los dolores de la Virgen, y esta madre de bondad había ofrecido á su hijo este débil mérito, y la infinita misericordia del Salvador se dignó aceptarle (1).

Pero entre los muchos triunfos de la santa, los que impresionaron más vivamente la imaginación de Magno, fueron los que obtuvo en las guaridas mismas del vicio. Allí exhortaba Brígida á bien morir; y lo que es más difícil aún, tratándose de criaturas envilecidas y abyectas: las enseñaba á bien vivir. Una de ellas, joven hermosa, *pecadora en la ciudad*, siguió un día á la sierva de Cristo, como Magdalena había seguido al Maestro. La luz divina, penetrando en el alma de la joven, le había mostrado los encantos del verdadero amor, y se consagró á él. Esta resurrección moral fué un testimonio, tanto más brillante, en favor del apostolado de la santa, cuanto la penitente, conocida en toda la corte, había aparecido antes más escandalosa y culpable (2).

El cambio que se notaba en las costumbres del rey; el celo que éste mostraba en la administración de justicia, el orden, que había comenzado á establecer en la hacienda pública, todas estas reformas exasperaron los ánimos de muchos, y hubieran sido para Brígida, motivo de contradicción, si Magno, dominado como estaba, por la feliz influencia que sobre él ejercía la santa no hubiese manifestado, que estaba pronto á defender á su nueva consejera.

Hallábase el rey en uno de sus castillos, cuando se presentó en la corte un individuo, recaudador de contribuciones, que acababa de ser destituido de su cargo por malversaciones. Este hombre, considerando á Brígida, como causa principal de su desgracia, se atrevió á maltratarla. El rey le expulsó en el acto, y los cortesanos juzgaron el negocio diversamente: los que veían amenazados sus intereses censuraban al rey; los demás aprobaron su conducta; pero todos sin excepción, quedaron sobrecogidos de terror, al saber que tres días después de haber dejado este infeliz el castillo, no respirando en su corazón sino venganza y odio, le había sobrevenido la muerte súbitamente. Antes de espirar sin embargo, habiendo reconocido sus yerros, declaró que la muerte violenta era un justo castigo (3).

(1) *Rev. VI*, 97. — *Diplom. V*, año 1344, núm. 3721. — *Proc. Can. Dep. P. de Alv.* 34° art. f. 226, v., 227. r.

(2) *Rev. VI*, 15. — *Proc. Can. Dep. P. de Alv.* 31° art. f. 229 r.

(3) *Proc. Can. Dep. P. Alv.* 19° art. f. 207 r. y v. Bajo la fe de una nota marginal en esta hoja del proceso, se ha supuesto que se trataba de Carlos Näskonungsson.

En medio de esta lucha emprendida por la santa en defensa de aquel desgraciado pueblo, la intervención providencial vino más de una vez á afirmar al monarca, en sus proyectos de reforma. Encontrábase éste en las riberas del lago Hielmar, y allí supo que el empleado del fisco era un sacerdote indigno de la confianza real, Jesucristo mismo, así lo había revelado á Brígida: «Cuando se prepara este hombre para celebrar el santo sacrificio, decía el Verbo, los demonios le acompañan; al cubrir sus hombros con el amito, tales tinieblas ofuscan su alma que no piensa cuán pura debe ser para subir á mi altar; al ponerse el alba, la dureza de su corazón, invade todo su ser; la estola es para este infeliz, como el yugo de satanás; al tomar el manipulo encuentra pesadas las obras que se hacen por Dios; el cingulo une su voluntad con la de Lucifer. Cuando dice el «Confiteor», le responden los demonios: «Testigos somos de que su confesión es la de Judas. En el momento de la consagración los espíritus infernales huyen; pero su alma permanece muerta á mis ojos. Sin embargo, mi amor hacia el hombre es tal, que si clamase á Mí, pidiendo misericordia, le perdonaría».

Refirió Brígida al culpable, las palabras del Redentor, y procuró que renunciase el cargo, origen y causa principal de sus desórdenes; pero mirando que sus consejos nada aprovechaban, procuró alcanzar del rey, que en adelante no diese empleos en el fisco, sino á los seglares. Magno accedió, y al salir de Oerebro, encontröse Brígida al oficial del fisco destituido. «¿Qué habéis ganado, privándome de mis honores?», la dijo con dureza.—«No he tenido otro fin en ello, contestó la santa, que la salvación de vuestra alma».—«Pues dejadme cruzar este mundo, como pueda, dijo el infeliz; en cuanto á mi alma, ya procurará recrearse en el otro».—«Si no cambiáis de vida, replicó Brígida, los juicios de Dios os condenarán, no lo dudéis, á un castigo y á una muerte desastrosa».

Algunos caballeros se interpusieron. Brígida continuó su camino, y el pecador no se enmendó, fué arrojado de su parroquia; privado de las funciones sacerdotales; y el fin predicho por la santa fué tan terrible, que llenó de consternación al rey y á todo el pueblo. El sacerdote indigno, presenciaba un día la fundición de una campana; de pronto, el metal en fusión rompió el molde, y el infeliz quedó sumergido en un mar de fuego (1).

Hemos encontrado (*Diplom. VI*) piezas firmadas por este caballero, con fechas posteriores al viaje de Brígida á Roma.

(1) *Rev. VI, 9.*—*Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup. 29º art. f. 217 r.*

Los miembros más notables del episcopado sueco volvían sus ojos hacia Brígida: ésta perseguía con su celo á los que se alejaban del Señor. Sus primeras revelaciones la habían dado á conocer al arzobispo de Upsal, quien consagrado por completo á los deberes de su cargo, cuyos honores no ambicionaba; celoso por el bien de las almas, á quienes iba á buscar hasta la Laponia, dedicábase sin tregua á la defensa de los intereses políticos y religiosos de su patria, secundando así la acción de la santa. Sus sufragáneos le imitaban. La ciencia sobrenatural de Brígida fué milagrosamente revelada á uno de ellos, el obispo de Abo, que llamado á la corte, para el arreglo de algunos asuntos de su diócesis tuvo ocasión de tratar más de cerca á la santa. Un día, sentados ambos á la mesa real, deploraba el obispo, allá en lo interior de su alma, que Brígida no observase, como en los días de su juventud, la ley del ayuno. Comprendió ésta con luz divina el pensamiento del prelado; manifestóse así; le exhortó al propio tiempo á moderar sus propias penitencias, en atención á sus apostólicas tareas, y le transmitió los avisos y promesas que para él había recibido del cielo (1).

Los otros prelados del reino mantenían relaciones con Brígida, aunque antes no la hubieran tratado.

Merced á la influencia y consejos de la santa, los obispos de Linkoepping y de Vexioe se mostraban dignos del episcopado, en el cual habían ingresado sin las virtudes propias de tal estado. El obispo de Strengnaes iba muy adelante en la vía de la perfección; y en cuanto á los de Vesterás y Skara, ocupados en trabajar por sus intereses materiales y en luchar contra el clero de sus respectivas diócesis, no pensaban en ponerse bajo la dirección de mano tan firme, como la de Brígida.

Un día ordenó el Señor á su humilde sierva, que hablase á los «ángeles» de las siete iglesias de Suecia, como en otro tiempo san Juan había hablado con los «ángeles» de las siete iglesias de Asia. La extática contempló á aquellos en una visión, no como el apóstol, bajo el símbolo de otras tantas estrellas, sino en forma de animales fantásticos. La primera visión figuraba á Tomás de Malstad, obispo de Vexioe, á quien el orgullo de su raza no dejaba ir adelante en la senda del bien. La segunda representaba al obispo de Linkoepping, casto; pero demasiado altivo para gloriarse de ser siervo del Crucificado. En la sexta vió al docto y humilde arzobispo de Upsal, y

(1) *Vita S. Birg.* 199.—Proc. Can. Dep. P. Alv. sup. 30º art. 1. 218 v.—Rev. VI, 87.—Extrav. LXXIX, CIV.

en la séptima al obispo de Abo, antiguo amigo de la santa. Respecto de los otros, las luces que recibió, serían igualmente claras; pero no quiso dejar ver sobre que recaían graves tachas.

Instruida en esta visión y más aún en sus conversaciones sobrenaturales con Jesús y su madre, Brígida se dirigió sin temor á los obispos de esas iglesias, para revelarles cuanto acerca de ellos sabía. «El sacerdocio no es un empleo, que se ha de ambicionar por los honores que le son inherentes», decía la santa, hablando con aquellos que imbuidos en el espíritu del siglo, buscan afanosos el oro, los honores y las dignidades eclesiásticas «él continuaba, es por el contrario, una carga, que si no se lleva dignamente en la tierra, abrumará en la otra vida por toda la eternidad». Trazaba luego á los prelados una regla que abrazaba todas las acciones del día, y que tenía por objeto conservar en sus almas, lo que la santa llamaba el «*vigor sacerdotal*». El obispo, les decía también, es el *vigía* puesto por el mismo Dios en su iglesia para velar sobre las almas. Debe pues cubrirlas con el manto de su caridad y atraerlas con sus bondadosas palabras. Por la salvación de esas almas debe estar pronto á sufrirlo todo: las tribulaciones de la vida y de la muerte. Llegará tal vez el fin de su carrera de una manera vulgar á los ojos de los hombres; pero al presentarse en las puertas de la eternidad para recibir la recompensa debida á sus trabajos, los ángeles, los santos y el Salvador mismo, saldrán á su encuentro» (1). Ni aún los simples clérigos dejaban de ser para ella, objeto de la solicitud más viva.

Trazó para los párrocos un reglamento de vida lleno de sabiduría. Si les hablaba sobre todo de lo espiritual, de los méritos que podían atesorar, aun cuando los feligreses no correspondiesen á sus solicitudes y cuidados, no olvidaba tampoco, la administración de los bienes temporales. Pagar las deudas, era á su juicio un deber absoluto; á tal punto, que no debía tratarse de socorrer las necesidades de los pobres, antes de satisfacer á los acreedores.

Pero lo que Brígida no se cansaba de repetir al clero, era la familiaridad y confianza con que Jesucristo honra á sus ministros. Los sacerdotes, decía la santa, hacen lo que ni á los ángeles, ni á

(1) *Rev.* III, 1, 2, 3, 4, 10, 13, 19.—IV, 97, 125, 126.—VI, 22, 53.—*Extrov.* LXXIX.—*Sv. hist.* II, 14.—*Hist. metrop. eccles. Upsal.*—**Chronicon de archiepiscopis Upsaliensibus.**—**Chr. episc. Finlandensium.**—**Continuatio Chronici episc. Wexionensium.**—*Chr. rhythmicum episc. Lincopensium.*—**Chr. episcoporum Arosiensium.**—**Chr. rhyt. episc. Scarensium.**—*Script.* III, II, 49, 50, 109, 101, 133, 131, 106 124, 118. RHYZELIUS *op. cit.* 331.

los profetas de la antigua ley, les fué permitido jamás (1). Su palabra llama al Redentor bajo las especies sacramentales. Mas ¡cosa incomprensible!, algunos hay que cobardemente le hacen traición en el momento en que Él se entrega indefenso. Su traición es la más páfida porque están unidos á Cristo por indisoluble lazo de amor.

Con el entusiasmo consiguiente á la inspiración divina proclamaba la santa las gracias infinitas, que el ministro del altar recibe en la celebración de los divinos misterios. El sacerdote por indigno que fuese de la consideración de los hombres, y de la misericordia de Dios; aun suponiendo que hubiese perdido la fe; desde que pronuncia las palabras: *Hoc est enim Corpus meum* (2), destruye el poder que sobre él tenían los demonios, y recobrando el libre ejercicio de su voluntad, puede siempre que no conserve afecto al pecado, presentar confiadamente á su Redentor el dolor de sus culpas, seguro de que será misericordiosamente aceptado. Por desgracia para muchos sacerdotes el Dios de los altares es como un ídolo con que explotan la piedad de los fieles. Recordaba también la santa al clero sueco, que la castidad es inseparable de los ministros de Dios, como lo fué de los apóstoles; y probaba que sus malos ejemplos traían consigo la pérdida de las almas: «Dios os ha constituido medianeros entre Él y la criatura. Tenéis en las manos las llaves del cielo para abrirle á las almas, y vosotros le cerráis, esparciendo el mal en lugar del bien».

Terrible, fulminante, como lo será la sentencia contra los malos en el último día, fué la amenaza, que de los labios del Juez supremo escuchó Brígida en uno de sus éxtasis. «¡Malditos sean esos sacerdotes infieles, decía el Verbo, maldito sea el pan que alimenta esos cuerpos destinados á arder en las llamas del infierno! ¡Maldito el momento en que comenzaron á vivir! ¡Desgraciados mil veces!, porque nadie en la eternidad deberá padecer como ellos! La Iglesia se aleja de Cristo y sin los ruegos de mi madre, no habrá para ella misericordia».

(1) Cfr. *S. Thom. III. q. LXIV, art. 7.*

(2) Cfr. *S. Thom. p. III, q. LXXXII, art. 6.*—En aquel tiempo en que las costumbres del clero no eran lo que debía ser, no se cansa Brígida de repetir que los vicios del ministro del altar, no son obstáculo para la consagración de las sagradas especies. Recordamos á los lectores que tal vez se escandalicen por los discursos de la santa, ó mas bien por los vicios que los motivaron, que el clero salido de una nación no se escapa ni al atavismo ni al medio, y que no existía entonces la preparación procurada después por los seminarios. El conjunto de seglares suecos en el siglo XIV era aun más culpable que la masa del clero.

Entre esas revelaciones, que no se referían á persona alguna en particular, recibió Brígida otras especiales sobre ciertas almas á quienes el Señor distinguía en su adorable ternurà. Un día entró la santa en la casa de un eclesiástico, cuya vida era un verdadero escándalo para la ciudad de Stokolmo. «Cristo me ha revelado, le dijo, que os apartáis de su amor para entregaros al amor del mundo. ¿Creéis que se puede ofender á Dios? He asistido en espíritu al tribunal en donde vuestra alma ha sido juzgada. Allí, satanás alegaba los derechos que sobre ella tiene, mientras la Madre de misericordia imploraba su salvación. ¡Arrepentíos!»

El culpable contestó con desdén, y Brígida sin intimidarse le refirió que había visto en espíritu la condenación de un canónigo.

Era éste de ilustre nacimiento, y había abrazado el matrimonio valiéndose de una falsa dispensa. No reveló la santa su nombre, sino solamente la sentencia contra él fulminada. ¡Infeliz!, más le valiera no haber nacido, decía Dios Padre; Jesucristo miraba con dolor, que su muerte y pasión no hubiesen logrado el rescate de aquel pecador; y el Espíritu Santo declaraba no haber hallado entrada en el corazón del rebelde. Luego confundidas en una sola las voces de las tres divinas personas, fulminaron la sentencia final: *«aquella alma no era digna del cielo»*. La madre de misericordia guardó silencio, alejéronse los elegidos, y las almas del purgatorio rechazaron al condenado, que desapareció blasfemando. La vista del abandono final en que queda la criatura después de la última sentencia, después de haber sido en el curso de su vida amparada constantemente por Dios, y defendida contra los ataques de satán hasta el momento de su eterna condenación, era muy propia para conmover el ánimo y llenarlo de terror; pero así la declaración de la extática, como sus caritativas exhortaciones, fueron impotentes contra la obstinación del inveterado pecador. Este infeliz murió en breve víctima de un rayo, que cayendo sobre él, consumió su cuerpo, mientras Brígida arrebatada en éxtasis escuchaba al alma del culpable juzgarse por sí misma, y declararse merecedora del fuego eterno.

Hubiera desanimado á Brígida en el cumplimiento de su misión sagrada el terrible espectáculo de las dos sentencias que acababa de presenciar, si el Señor no le hubiese dirigido otras palabras de amor y de infinita ternura para el clero. «Venid conmigo, decía el Buen Pastor á sus ministros y á los cristianos de buena voluntad; curemos, defendamos á las ovejas, que á costa de tantos dolores he llevado en los hombros. Escuchad, amigos míos: amo yo tan tiernamente á mis ovejas, que antes de consentir en perderlas,

estaría pronto á rescatarlas de nuevo, una á una, al mismo precio que por todas pagué en la cruz. De todo corazón clamo á mis amigos, diciendo: Ayudadme en la obra; y para llevarla á cabo no temáis perder las fuerzas, ni otros bienes temporales, recordando lo que Yo mismo he padecido llevado de mi infinito amor á las almas. He tolerado toda clase de injurias y de oprobios por el triunfo de la verdad, y prontos debéis estar vosotros también, á dar testimonio de Mí por medio de las humillaciones y de los desprecios. Iré delante de los que conmigo trabajen en el cuidado de mis ovejas; los ayudaré, y Yo mismo me daré á ellos, como salario y recompensa» (1).

Peró más aún que á los sacerdotes, sentíase Brígida atraída hacia las órdenes religiosas. Comprendiendo cada vez mejor que Dios la favorecía con tan sublime vocación, impulsábale una fuerza misteriosa á hablar de Jesucristo, y á confiar las revelaciones, que del cielo recibía, á aquellos amigos íntimos del maestro divino. Cuando en un claustro era necesario reanimar á las almas desfallecidas ó evitar alguna caída, acudíase á la santa. No parece sin embargo, que haya desempeñado esos caritativos oficios en favor de los hermanos menores, temiendo quizá la humilde terciaria franciscana no ser «profeta en su patria». Pero se dirigió á la orden de santo Domingo, la más influyente entonces en Suecia, y estrechó sus relaciones con los conventos de Stokolmo, Skokloster, Skara, Skeninge y Calmar. Extendíase su acción hasta los grupos esparcidos en las verdes islas del Mælar; á las lejanas fundaciones de Visby, de Arno, y de Abo, y á los dominicos noruegos y daneses; pero sus relaciones más íntimas fueron con dos casas principales: la de Skara y el gran convento de Sigtuna, fundado en vida del santo patriarca, y puesto por la autoridad real bajo la protección del hermano de Brígida, Israel gobernador de Upland (2).

En el convento de Skara la hija de san Francisco encontró la pobreza, que no conoce otro negocio, que el de las almas. Las celdas en que los religiosos consagraban al Señor la noche, después de emplear el día en servicio del prójimo; la sala de capitulo en donde sus faltas eran perdonadas; el refectorio, en el cual la abstinencia era de regla, y el ayuno una santa costumbre; el claustro que aún en aquel clima respiraba el perfume del árbol de santo Domingo,

(1) *Rev. I*, 28, 47, 48, 49, 59.—*II*, 2.—*IV*, 41, 43, 58, 59, 61; 62, 63, 65, 80, 132, 133, 134, 135.—*VI*, 26, 29.

(2) *Díplom. V*, año 1344, núm. 3798.

toda la casa en fin presentaba el aspecto de la más austera desnudez. La iglesia, por el contrario ofrecía al Dios de la majestad una morada en que la arquitectura interpretaba en cierto modo el espíritu de la orden; y en la cual el genio y el capricho del artista habían impreso el sello dominicano. Levantábanse majestuosas las esbeltas ojivas; y las numerosas columnas formaban un bosque, en el que reinaban majestuosamente el orden y la armonía. Poblada estaba de los numerosos santos, que en el período de un siglo había dado á la iglesia la familia dominicana. Conocíalos Brígida muy bien, por haber leído sus vidas, y escuchado, más de una vez, el panegírico de sus esclarecidas virtudes; y en cuanto á su glorioso fundador, la misma Reina del Cielo se dignó repetir á la santa, lo que sobre la muerte del bienaventurado se refiere:

«Domingo consideró siempre á mi Hijo como á su maestro, decía la Virgen, y á mí me amó más que á su corazón. La regla que escribió, tiene por objeto combatir los tres vicios que á Dios más desagradan: el orgullo, la avaricia y la concupiscencia. El signo espiritual que imprimió en el brazo izquierdo de sus hermanos, es una cruz mística de color rojo destinada á recordarles la Pasión de Cristo, y la obligación que tienen de predicar el Evangelio; en sus labios ha puesto la verdad con el precepto de amarla. Y cuando la hora llegó, en que Domingo debía recibir su recompensa; cuando Jesús le significó que iba á llamarle, el moribundo volviendo hacia mí los ojos, exclamó: María, reina del cielo, á quien Dios mismo ha elegido para unir su Divinidad con su santa Humanidad, sois la Virgen y la Madre por excelencia, el Todopoderoso ha nacido de Vos. Escuchad pues á quien os implora, sabiendo que sois todopoderosa. Adoptad á los hermanos, que he cobijado, que vuestro amplio manto los proteja. Gobernadlos y abrazadlos de manera que el antiguo enemigo no tenga poder alguno sobre ellos. No permitáis que el demonio arranque la nueva viña plantada por la mano de vuestro Hijo divino. He orado noche y día por estas almas á fin de atraerlas al servicio del Señor. Ahora os las entrego; recibid á mis hijos, guiadlos y enseñadlos como una Madre».

Antes de abismarse para siempre en la morada del eterno gozo, recibió Domingo amorosa respuesta. Sirviéndose de los mismos simbolos usados por el moribundo, le dijo María: «Domingo, siervo mío, ya que tú me has amado más que á tí mismo, yo extenderé mi manto y defenderé y protegeré á tus hijos. Todos los que perseveraren en la fiel observancia de tu Regla, serán salvos. Este manto es símbolo de mi misericordia, que jamás niego á los que me imploran».

Esta protección de la Madre de Dios, se dirigía muy especialmente al convento de Skara; así lo experimentaba la santa siempre que en él penetraba. Allí se edificaba su piedad, admirando las grandes virtudes del prior. Algot padecía hacia tres años mal de piedra. Sus ojos gastados por las vigiliass no veían ya: sólo subsistía en su ser la voluntad para sufrir. Un día, en el momento en que hablaba con Brígida, le vino el deseo de alcanzar alguna tregua en sus padecimientos, y rogó á la santa, se la alcanzase con sus ruegos. «Algot es una estrella resplandeciente, respondió el Señor á su sierva, y no conviene que la salud del cuerpo empañe el brillo de su alma, pronto terminará el combate y será coronado». Después movido á compasión, añadió el Maestro: «Mas para probar la verdad de mis palabras, dulcificaré los sufrimientos de Algot, haciendo crecer á su amor hacia mí». El religioso sintió entonces, que el padecimiento físico minoraba, en tanto que su alma se enardecía más y más en el amor del Señor Jesús, hasta el momento en que la muerte puso fin á las torturas del cuerpo, y cortó las ataduras que aprisionaban el alma. Brígida oró cerca de él y arrebatada en éxtasis, vió al bienaventurado hermano subir al Cielo, semejante á un astro luminoso en el momento de aparecer en el horizonte. «Mira, dijo el Señor á su sierva: esta alma, durante su vida, brilló con el resplandor de sus virtudes, y se consumió amándome. Ha pasado el purgatorio en la prisión de su cuerpo; ahora vive en mí, y yo en ella, para su eterno gozo (1).

Los hermanos de Sigtuna no vivían bajo una dirección tan santa, ni en un espíritu tan conforme á la regla, como los de Skara. Desde 1265, el pontífice había concedido á los Dominicos la facultad de tener bienes y el *Gran Convento*, cuyo prior fué frecuentemente vicario provincial de Suecia, se enriqueció notablemente por medio de sucesivas donaciones, hasta el punto de no conocer la pobreza. La parte del edificio habitada por los religiosos, estaba muy lejos de ser la morada *humilde y modesta* que ordenan las constituciones. La iglesia no era como la de Skara, una manifestación de fe visible y tangible de la orden hacia Dios.

Fastuosa, banal, respiraba un lujo que atraía las miradas y turbaba la oración. Sus bóvedas inmensas, sus vastísimas naves,

(1) *Rev. VI*, 31, 35.—*Vita S. Birg.* 195.—*Proc. Can. Dep. P. de Alv.* 29° *art. f.* 214 *v.* Algot no pertenecía á la orden de san Francisco, según aseguran Wadding y los autores modernos. Los confesores de la santa dicen que fué prior del convento de hermanos predicadores, y el P. de Alvastra asegura en su deposición, que el mismo provincial de los dominicos le refirió la historia de Algot.

le daban el aspecto de una extensa soledad, que á penas podían llenar los fieles, que en multitud acudían atraídos, no por apóstoles dignos de predicar el Evangelio y de hacer practicar la moral, sino por ceremonias pomposas y el refinamiento del canto, en el cual el artista buscaba más bien su propia gloria, que la de Dios; y por los sermones, en que brillaba, no la unción de la gracia, sino la profana erudición. Por todo esto reprendía Brígida á los hermanos predicadores, y añadía: «La madre de Dios me ha revelado, que en este vasto templo, ve cuerpos, pero no corazones; que menos numerosas son las almas que mira cobijadas bajo su anchuroso manto, que aquellas que hubieran podido cubrirse con el estrecho escapulario de Domingo». Para darse á comprender mejor la excelsa protectora de la orden, usó de una parábola: «Mira, le dijo, este valle, en él pacen las ovejas de Domingo. De pronto son atacadas por un ladrón, y el santo acude en su auxilio». «Ese rebaño es mío, dice Domingo, yo mismo le he alimentado, conducido y enseñado». El ladrón le responde: «Tú guiabas á tus ovejas, según la voluntad divina, y yo les he enseñado á no amar otra voluntad que la suya. Con mayor facilidad se inclinan á mis lisonjeras palabras que á las exhortaciones de tu bondadosa austeridad. Dóciles á mi voz, van en busca del pasto que yo les ofrezco. De su libre voluntad me han elegido, y por tanto las considero como ovejas mías». «Al contrario, mira la señal que yo mismo he grabado en ellas, replicó el santo». «Reconoce más bien la mía», dijo satanás. Y Domingo á penas lograba hallar su cruz roja en el corazón de algunas ovejas. «No quieren ya cifrar su felicidad en una vida pobre y casta; por eso el cazador las herirá con su flecha, y los pastos saludables se darán tan sólo á las que permaneciesen fieles; ¡Oh! amados míos, exclamaba entonces el santo fundador, tened presente que vuestra humildad será recompensada con los honores celestiales; vuestra pobreza con eternas riquezas; vuestra castidad con la posesión de Dios; y el desprecio en que tengáis al mundo con la vida bienaventurada». Pero ¡ay! muy pocas almas escuchan á Domingo y consienten en no poseer sino lo que la regla permite. El demonio está allí con oro, voluptuosidades, y los goces del tiempo presente, tiente, arrastra.

Mira, continuaba diciendo la Virgen Santísima, mira cuán pocos son entre los hijos de mi amado siervo Domingo, los que observan la regla; menos aún los que desean seguir las huellas de su glorioso padre; y muchos sí, los que cierran los oídos á la voz de mi Hijo, que en su misericordia les dice sin cesar. «Venid á Mí, y yo os aliviaré, dándome á vosotros».

De lo general pasaba la santa á algunos casos particulares. Refirió también que había asistido en espíritu al juicio y condenación de un religioso dominico, sin revelar su nombre. Este miserable estaba sumido en la vergüenza y en los males del infierno, en lugar de participar con Algot. Había sido precipitado á aquel lugar de tinieblas y dolor por siete demonios que le habían inspirado la soberbia, la ambición, la insubordinación, la gula, la vanagloria, el espíritu de propiedad y el desprecio de la religión. Bajo el imperio de esos espíritus malignos había vivido.

Reveló asimismo Brígida la suerte de un hermano, que había muerto del modo más extraño: Tres años hacía que le atormentaba dolorosa enfermedad: y mientras sus carnes corrompidas caían á pedazos, el paciente enfermo no cesaba de exclamar: Señor Jesús, tened piedad de mí». Ya próximo á dar el último suspiro, repetía estas otras palabras: «Deseo...», articulaban sus labios, «deseo... deseo, ven mi deseo». Se le preguntó qué deseaba, y respondió: «A Dios... me regocijo de tal modo en el deseo de verle, que si para ello me fuese necesario vivir cien años sufriendo las torturas de esta enfermedad, viviría contento». A la media noche, en un arranque de gozo, el alma del Hermano abandonó su cuerpo. «Hija mía dijo el Señor á su sierva, los grandes, los señores, no quieren hacerse pequeños y venir á Mí, pero yo llamo á los pobres de espíritu y á los de alma sencilla. Este hermano en su pobreza y sencillez ha hallado una sabiduría superior á la de Salomón, riquezas que no acabarán nunca; una corona, que será cada vez más rica y gloriosa en la eternidad bienaventurada. Df al hermano, que asistió en su enfermedad á este siervo mío, que en premio de sus caritativos servicios, ha merecido adquirir la fortaleza de espíritu y morir gozosamente» (1).

Los hermanos predicadores constituídos frecuentemente por los soberanos pontífices, en reformadores de otras órdenes religiosas se rindieron á la voz de la humilde terciaria franciscana. Dócil á sus consejos, el prior restituyó en el convento la observancia de la regla y la vida común. El provincial, hermano Katilmund, fué el primero en volver sobre sus pasos; no le agradaba aquel hábito «ni demasiado fino, ni muy basto», mostrado por María á su sierva en sus apariciones sobrenaturales; despojóse sin embargo de los ricos vestidos, que, á pesar de su voto de pobreza llevaba, y en adelante no admitió más adorno, que el escapulario, ni otros

(1) *Rev. III*, 14, 15, 16, 17, 18.—*VI*, 35.

lenitivos al rigor de las primitivas constituciones, que los permitidos por el Papa, y sin cesar pedía á la estática, luz y consejo.

«Vuestra voluntad no está bastante unida á la de Cristo, le dijo ella. La Madre de misericordia atendiendo á vuestro peligro, os ha despojado de los bienes de fortuna, de la salud, de la inteligencia, con el fin de que vuestra sumisión os haga digno de las riquezas eternas del eterno vigor y de la visión de Dios.

Vuestras oraciones piden lo que el Señor os quita, y que por desgracia vuestra habíais obtenido. Abandonaos, por el contrario al Verbo Encarnado y no deseéis otra cosa. La obediencia de Katilmond fué tan completa, y su penitencia tan sincera que le merecieron la gracia de una admirable visión: A la claridad de celestiales resplandores apercibió á la Reformadora de su convento; fuego salía de los labios de Brígida, fuego que despedía sus llamas, hacia el Norte, el Sur, el Oriente y el Occidente; todo el vasto campo, que la familia dominicana regaba con sus sudores y con su sangre (1), y fecundaba los trabajos de los Predicadores.

Entre los religiosos los había incrédulos á las revelaciones de la santa, y rebeldes á sus consejos se observó que perecieron miserablemente. Castigo de Dios, ó coincidencia, esas muertes trágicas impresionaron los espíritus y acrecentaron el prestigio, que, por sus virtudes la venerable viuda se había conquistado.

Los dominicos siguieron las inspiraciones de Brígida, respecto de un asunto que vivamente se había discutido en los capítulos generales: se trataba de la elevación de los miembros de la orden al episcopado.

Desde su fundación el monasterio de Sigtuna había sido un seminario de prelados. Su primer prior, el hermano Juan, había ocupado sucesivamente las sillas episcopales de Abo y de Upsal; un provincial de Dacia, pariente de Brígida y Arzobispo de Upsal acababa de morir en olor de santidad, y por segunda vez era ocupada por un dominico la silla episcopal de Vestorás.

Esta participación de los honores de la Iglesia, no había sido aprobado por los primeros padres de la orden. Según la opinión del bienaventurado Jourdain de Saxe, valía más enterrar á un religioso que verlo elevado á la dignidad episcopal; y ni él ni sus sucesores permitieron jamás á los dominicos, aceptarla por elección del capítulo, sino por voluntad expresa del Soberano Pontífice. Aun en este caso el religioso, una vez consagrado obispo, era considerado

(1) *Rev. IV, 30.*—*Proc. Can. Dep. Kater. sup. 31º art. f. 134, v.*

como un extraño, respecto de su familia religiosa, y sólo como una gracia concedida en el capítulo general podía tener entrada en el interior del claustro.

Sobre tan delicado punto, transmitió la santa á los hermanos predicadores las enseñanzas, que la Reina del cielo había querido darla: «Los que desean el episcopado, impulsados por el espíritu del mundo, no están dentro de la regla de santo Domingo; los que le aceptan por un motivo razonable, no están excluidos, y si como el bienaventurado Agustín, añaden á las cargas del episcopado la austeridad de la regla, se hacen acreedores á una doble recompensa. Pero por desgracia muchos de los religiosos elevados á esa dignidad olvidan el claustro y sus leyes, no por las fatigas y trabajos del pastor, sino por los honores inherentes á sus elevadas funciones».

Para definir mejor su pensamiento, la Santísima Virgen presentaba á la extática dos obispos de la orden; uno de ellos había aceptado la dignidad llevado del deseo del mando y de los honores; y bajo un exterior pobre y humilde ocultaba su avaricia, quería que se le tuviese por santo; el otro adquiría grandes riquezas y las distribuía con mano liberal, esperando que se celebrara su misericordia y su caridad. Ambos dominicos, uno viejo y otro joven eran seres ficticios, eran prelados contemporáneos. El más culpable recibió con desdén los consejos de Brígida, y se asegura que murió en el momento, en que la santa arrebatada en éxtasis, escuchaba fulminar su sentencia de condenación por la Justicia eterna. ¿Quién era ese desdichado? ¿Vivía en Noruega, en Dinamarca ó en algún otro país recorrido por la santa en otros tiempos? Nada se sabe; sólo se tienen pruebas de que no residía en Suecia. Por aquella época el único prelado perteneciente á la orden dominicana, era el obispo de Vesterås, y ninguno de sus contemporáneos pudo ver en él al culpable designado por la santa, puesto que permaneció mucho tiempo aún, al frente de su diócesis (1).

Mientras tanto recibió Brígida un mensaje de Pedro de Alafsson, que la llamaba al monasterio de Alvastra. Apresuróse la santa á emprender el camino, creyendo que iba de nuevo á gozar de la deliciosa paz en su celda solitaria; pero lo que allí la esperaba era la cruz. Su hijo Benito estudiaba entre los escolares del convento;

(1) *Rev.* III, 3, 15, 16.—*Chr. episc. Finland et Arosien chr. de arch. Upsal. Script.* III, núms. 133, 124, 48, 100.—*Diplom.* V, núms. 4002, 4003, 4010.—**Ericus Benzelius. Bonum. veter. eccles. Sveogoticae**, 1709, III, 40.—*Quetit et Echard.* I, 25, 26.

y según la antigua costumbre benedictina, había vestido desde su entrada el hábito de la orden. Ninguna obligación le imponía tan piadosa ceremonia; y sin embargo Benito, al parecer no debía dejar nunca el hábito cisterciense; por su piedad, su mortificación y caridad era un verdadero hijo de san Bernardo; pero la muerte parecía querer arrebatárle en la flor de sus años, y no se veía otro medio de salvarle que las oraciones de Brígida escuchadas muchas veces por el Cielo. Cuando la pobre viuda contempló á su hijo torturado por la enfermedad, conturbóse su espíritu: «¿Por qué, pensaba ella, este inocente, puro como el día en que fué regenerado por el bautismo, padece tan cruelmente?» y el problema del dolor, el más temible de cuantos Dios presenta al hombre, y que éste no resolverá jamás con sus propias luces, se presentó á sus ojos: «Si Benito no se había hecho acreedor á castigo alguno del cielo, ¿expiaba acaso los pecados de su raza?» Atormentada por este temor, la afligida madre se golpeaba el pecho, ofreciéndose en lugar de su hijo, como víctima expiatoria. De repente vió delante de sí á satanás en forma visible. «Mujer, le dijo el maligno espíritu, ¿por qué te expones á perder la vista á fuerza de llorar? ¿Crees que el agua sube al cielo?» Brígida volvió las espaldas al seductor, y redobló sus oraciones. En ellas le fué dado contemplar á Jesucristo. «Muy en breve pondré término á los padecimientos de este niño, que serán eternamente recompensados, dijo el Señor á su sierva. Llamabas antes á tu hijo el *bendecido por Dios*, llámale ahora el *hijo de tus oraciones*». Una dulce armonía vino á llenar la celda del niño, y á mecer sus males el eco de los cantos celestiales; sintió caer sobre él la sombra de la eterna paz; y desde ese instante todo padecimiento desapareció. Cinco días después sin lucha y sin angustias durmióse en los brazos de su madre, despertó en los de la Madre de Dios (1). Brígida cerró dulcemente aquellos ojos, cuya mirada había contemplado, aquella boca cuyas primeras palabras fueron para ella; y no murmuró. Los arrebatos de Carlos, su hijo mayor, le causaban dolores peores, separaciones más completas, que los dolores y separaciones que causaba la muerte.

La santa permaneció aún en el monasterio, según el mandato, que del Señor había recibido, no á despecho de la regla benedictina, sino merced á una excepción favorable de los decretos de la Providencia. ¿No se lee en el antiguo testamento, que muchas veces la necesidad se ha sobrepuesto á la ley? ¿No se sabe que David

(1) *Vita S. Birg.*, p. 194.

satisfizo su hambre con los panes de proposición? Sin embargo, aun cuando el sub-prior Pedro y los compañeros de Brígida en la peregrinación á Compostela consideraban la presencia de la santa allí, como un motivo de edificación, era para otros ocasión de escándalo. Mientras creyeron que la santa viuda, enjugadas las primeras lágrimas, se alejaría de la tumba de su marido, nadie dijo una palabra; pero al verla instalada bajo la protección de la abadía, estallaron los murmullos. «Esta mujer está loca», exclamaba Don Pablo expresando con su propio pensamiento el de otros religiosos. «Bendito sea Don Pablo», dijo Brígida, al saberlo. Me conoce bien. Sí, loca he sido, amando al mundo más que á Dios: pedidle que ruegue por mí, ahora que únicamente deseo amar al Señor, y no agradar sino á Él». Desengañados con tan profunda humildad comprendieron los monjes, que si la reclusa de Alvastra estaba loca, su locura era la de la cruz predicada por el Apóstol; la virtud de Brígida bastaba para que la tolerasen. El Señor por otra parte exigía no que su esposa fuese tolerada, sino venerada.

Había en el monasterio de Alvastra un santo hombre, don Gerekin, cuyas relaciones sobrenaturales con la Virgen Madre y los santos ángeles eran notorias, asegurábase además, que la sagrada hostia se animaba en sus manos. Lloraba ante el Santísimo Sacramento, de que, á despecho de los antiguos usos se tolerase la presencia de una mujer en el recinto del monasterio. «Brígida es la sierva muy amada del Señor, le dijeron los ángeles; ha venido á recoger en el convento, y al abrigo de las montañas, algunas flores, que llevadas más allá de los mares, servirán de remedio á los pueblos». Estas palabras que daban á las flores del monte Omber un perfume místico destinado á divulgar el espíritu de san Bernardo, preocupaban á don Gerekin cuando apercibió á la piadosa viuda en la capilla. El éxtasis la sostenía elevada en el aire en el centro de la bella nave romana, millares de rayos luminosos brotaban de sus labios entreabiertos. Palabras de sabiduría salen de la boca de esta mujer, decían los ángeles y en señal de ser verdaderas, sabe, que ella ha de anunciarte la hora de tu muerte, de esa muerte que tanto deseas, y que te librárá de presenciar los males, que han de caer sobre esta casa». Al salir del rapto, anunció Brígida á Gerekin que la suprema Libertadora le esperaba. El venerable anciano sin vacilar llamó á su vez á tres de sus hermanos. Pedro, Alaf y Tordo: «Venid, apresuráos hermanos míos», decía, y éstos llamados á vivir eternamente, le siguieron gozosos á la celestial patria.

Brígida leía también en el interior de las almas de los cistercienses que atravesaban el coro de la iglesia y mirando con dolor que

los votos religiosos no eran igualmente observados por todos los monjes, y si los padecimientos del cuerpo, las dudas del espíritu ó desfallecimiento del alma, asaltaban á los menos animosos, les animaba á pedirle socorro.

Largos años hacía que el hermano Nicolás se resistía á creer en la presencia real de Jesucristo en la eucaristía, no admitiendo tampoco los celestiales favores prodigados á la Santísima Virgen. Hablóle Brígida de Dios vivo con palabras de fuego, y ciertamente nadie mejor que ella podía hacerlo desde que, el día de Pentecostés habia visto la hostia bajo la forma de un cordero rodeado de llamas de aquel fuego divino, cuyo foco es tan solo el Espíritu Santo. Después de referir esta visión al incrédulo, le dijo que habia visto también á Cristo resucitado en el momento de la elevación de la hostia, escuchando al mismo tiempo estas palabras: «Yo os bendigo creyentes; y seré juez de los que no creen». Gracias á estas revelaciones y razonamientos el monje recobró la fe, y murió poco después en los sentimientos de la caridad más viva. Brígida alcanzó además en la noche de Navidad la curación de un monje enfermo en gran manera abatido, por verse privado del consuelo de observar sus reglas. En cuanto á las gracias concedidas por medio de sus visitas á los enfermos, no era posible enumerarlas. El hermano Pedro, portero del convento, habia alcanzado un alto grado de virtud. Candorosamente preguntó á la santa, si sería mejor padecer por Jesucristo ó morirse á fin de unirse con Él. Brígida le predijo que aquella noche misma le llamaría la Sabiduría eterna á este lego; y en efecto, murió el hermano esa misma noche, al día siguiente estaba la santa á la cabecera de otro lego, cuya agonía se prolongaba indefinidamente, vió que la misericordia divina prolongaba la lucha á fin de que el pecador se convirtiera y le hizo confesar faltas que ocultaba hacía mucho tiempo. Expiró exclamando: ¡Benedictus Deus qui ti misit ad me! Un monje anciano acababa sus días como un hereje. Diez y ocho años habia permanecido lejos de su convento, y habia tenido una fe vacilante y falseada. El terror lo llevaba á negar que habia infierno. é incapaz de concebir las visiones de las almas privilegiadas aseguraba que Dios no hablaba á los vivientes, y que los hombre no le veían hasta el fin del mundo.

Brígida le presentó argumento, que el cisterciense escuchó con agrado, ella le probó la omnipotencia divina, y con valentía le habló de la muerte. Abundantes lágrimas inundaron el rostro del anciano; desaparecieron las tinieblas con que el orgullo habia envuelto á su alma. Cuando el sacerdote le llevó los últimos sacramentos,

reunió á todos sus hermanos y les dijo antes de morir: «Dios se ha apiadado de mí, ha recibido mi contrición, rogad por mí, creo todo lo que enseña nuestra santa madre la Iglesia» (1).

Por este mismo tiempo murió un gran señor, y fué enterrado en la capilla de Alvastra. Majestuosas ceremonias habían realzado las exequias celebradas ante aquel cuerpo gastado en servicio del mundo. Poco antes de terminarse el oficio supo Brígida por revelación sobrenatural, que el hombre á quien se concedían los sufragios solemnes de la iglesia, había muerto excomulgado. Sabíalo el prior, pero llevado del interés infringía las leyes eclesiásticas, por lo cual decía el Verbo mostrando gran severidad: «El prior peca contra Dios Padre, que prohíbe honrar al rico, tan sólo por sus tesoros; peca contra el Espíritu Santo, quien uniendo entre sí los corazones de los fieles, no consiente se entierre entre éstos á un impío; y en fin, me desprecia á Mí, rindiendo honores á un hombre que ha sido condenado por la Iglesia. Con la muerte castigaré muy pronto á este indigno religioso; y la primera fosa que se abra después de la del excomulgado, sera para él».

Impulsada por la caridad, refirió la santa al prior, ésta y otras visiones, que referentes al mismo asunto había tenido. Arrepintióse el culpable, y cuatro días después de su último pecado, dejaba la tierra, poseído de aquellos sentimientos, para los cuales el Redentor promete el perdón (2).

Don Pedro fué entonces nombrado prior de Alvastra. Sin hablar de los cambios causados por las miserias, debilidades y consiguientes reformas llevadas á cabo en la regla de san Benito, refirió Brígida las revelaciones de la Santísima Virgen; sobre el primer fundador y patriarca de los monjes de Occidente: «El santo abad Benito, decía la Reina del Cielo, habría podido santificarse en el mundo; pero el Señor le llamó á lo alto de la montaña, á fin de excitar con su ejemplo á la perfección, á otros hombres. Para que fuese padre y maestro, la Providencia le dió numerosos compañeros á quienes dió una regla que les guiase, según la jerarquía á que cada uno era llamado: confesor, eremita, doctor, etc., de suerte que muchos de ellos llegaron á ser tan santos y perfectos, como su padre. Al presente se juzga en decadencia á la orden de san Benito: su luz, su calor, su perfume se pierden entre los vapores de la molicie y de la ambición; sus antorchas dispersas, están al

(1) *Rev. IV*, 121.—*VI*, 86.—*Extrav. LV*.—*V. S. Birg.* 194.—*Proc. Can. Dep. P. de Alv.* 17º art. 206.

(2) *Rev. I*, 13.—*IV*, 14, 23.—*Vita S. Birg.* 197-201.

parecer apagadas; pero si se reuniesen, recobrarían al momento su antiguo ardor (1).

Uniendo la profecía á la exhortación, anunciaba Brígida á los monjes de Alvastra, que arrebatada en éxtasis había visto en lo futuro la muerte de treinta y tres de ellos. Partirán, el Señor los ha designado ya; los sencillos y limpios de corazón volarán al cielo en forma de blancas palomas; otros menos perfectos pasarán por el purgatorio (2).

El monasterio aceptó la sentencia divina todos los monjes esperaban el llamamiento supremo, agrupados bajo el estandarte de la cruz, á fin de que los elegidos por la muerte estuviesen prontos para salirle al encuentro, cuando llegase la hora anunciada por la santa.

Brígida preparaba asimismo, para el viaje á la eternidad á los soberanos, á la corte, y al clero de Suecia, por sus revelaciones, y al ver realizarse en muy breve plazo la profecía referente á los cistercienses, y abrirse á la vez treinta y tres fosas, cada uno repasaba en su corazón los consejos y advertencias que de los labios de la profetisa habían oído.

(1) *Rev. III*, 20, 21. Parece que algunas de dichas palabras se refieren á las divisiones llevadas á cabo en la familia benedictina.

(2) *Rev. VI*, 113.

CAPITULO V

1346

BRÍGIDA FUNDADORA DE LA ORDEN DEL SALVADOR

Revela Cristo á Brígida la regla de una nueva orden.—Donativos ofrecidos por el rey y por la reina para la erección de un monasterio en Valdstena.— Visita la santa sus dominios por última vez.— El libro de las preguntas.

... non solum appelleris
sponsa mea, sed tu eris
mater Watztenensium.

(Oracio de S. Bríg., VIª pars.)

Brígida no buscaba ya su camino: ¿qué necesidad tenía de ello? El Señor mismo era su guía; y así como los Apóstoles caminaban en pos del Maestro sin preguntar á donde los conducía, así también marchaba ella por el sendero de la vida, sin otro fin que el cielo.

Estaba en el monasterio de Alvastra ante el Santísimo Sacramento como si formara parte de una orden contemplativa. Durante su oración, una luz la deslumbró y se la aparecieron dos seres de rara beldad: eran el Salvador y la Virgen, no tales como están en la gloria, si no tales como cuando vivían. «Tenía yo, dijo el Señor, viñas que me daban muy buen vino; esas viñas eran las órdenes religiosas, pero ya no producen fruto, y quiero plantar otras nuevas. Tú cogerás las cepas, mi amigo el prior de Alvastra, las plantará, y mi gracia hará que fructifiquen. Enviaré á esas viñas fieles custodios, que las defiendan, y las cercaré con el muro de mi amor. Tú, que has de llevar las cepas, se animosa, perseverante, fiel y previsora para que el demonio no te engañe, ámame, huye de la vanidad; conserva puros el alma y el cuerpo, y conságralos á mi gloria; obra siempre de acuerdo con la conciencia, y si caes, levántate al momento. Ven á Mí sin tener en cuenta las murmuraciones del mundo y de los suyos. Cuando yo esté unido contigo,

y tú me ames perfectamente, todo lo que está fuera de mí te será amargo».

El campo de trabajo que Dios había preparado á Brígida, extendiase ante ella. Era el suelo virgen de su patria. En honor de Cristo y de su Madre iba á crear un instituto sueco; la orden del Salvador destinada á salvar á los pueblos escandinavos, que luego se esparcería por el mundo entero para extender el Reino de Dios. Salvo algunas leyes generales y otros puntos menos importantes, confiados al criterio del prior de Alvastra, al que el Señor llamaba su amigo, el Divino Maestro llevado de su solicitud por el nuevo instituto, se dignó dictar por sí mismo las constituciones. No se valía para ello de la secreta inspiración de su Espíritu, como lo había hecho con los fundadores de otras órdenes; comunicaba sus voluntades á la santa por medio de revelaciones, que iban directamente á su inteligencia y no sucesivamente, sino de una manera instantánea (1); porque no existe sucesión alguna en aquellos actos puramente intelectuales, en que el alma percibe independientemente de los lazos, que la unen con el cuerpo. De una sola mirada abrazaba la estática las cuestiones de que el Verbo la hablaba. «El fervor de mi corazón era tal, decía la santa, que me parecía iba á estallar de gozo». Este sentimiento duró en su alma todo el tiempo gastado en redactar con Don Pedro las *Reglas de la Orden del Salvador*. Según el mandato divino, el prior de Alvastra debía escribir los diversos artículos en latín sin añadir ni quitar nada á las comunicaciones de Cristo que su hija espiritual le repetía.

Las constituciones de esa orden, fundada sobre todo para religiosas (2) contenían los siguientes puntos importantes: Cada monasterio estará consagrado á la Madre de Dios. Morarán en claustros separados hombres y mujeres (3), que deberán ser todos ó célibes ó viudos. Ambos conventos elegirán á la Abadesa, previo el consentimiento del Obispo; prefiriendo para tal cargo á la que sea virgen; aunque ese requisito no sea obligatorio. Entre los monjes regidos por un confesor general ó prior, la Abadesa ocupará el mismo lugar que tenía la madre de Dios entre los Apóstoles y

(1) Cum Deus aliquid revelat, escribe el cardenal Bona, non loquitur humano verbo unum verbum post aliud proferens, sed plures simul sententias brevi momento promit. *De disc. spir.* 17.

(2) *Hanc religionem ad honorem amantissimae matris meae, per mulieres primum et principaliter statuere volo*, dijo Cristo, Cap. I, noxae Regulae.

(3) La regla dice: *claustrum* para las religiosas, y *curia* para los religiosos.

discípulos. Amonestará, explicará la regla y tendrá á su cargo los intereses temporales del monasterio. Todos la obedecerán, excepto en lo tocante á dirección y disciplina espiritual.

Al presentarse los sujetos se tratará de averiguar si vienen tan sólo por verse libres de las adversidades del siglo ó huyendo de sus acreedores. No se exigirá dote; pero se admitirán los dones voluntarios. El noviciado será de un año (1). No será permitido á las hermanas pronunciar los votos antes de los diez y ocho años cumplidos, ni á los religiosos antes de los veinticinco. El hábito de las hermanas será de sayal gris; el de invierno forrado con tela común, pliegues de tela rodearán el rostro (2), el velo negro se sujetará con una especie de corona formada con tiras blancas de tela cruzándose en ángulo recto en la parte superior de la cabeza, las cuales en sus extremidades y punto de encuentro, llevan un pedazo de paño rojo para simular las cinco llagas del Señor. Este distintivo blanco y rojo, lo llevan también con algunas modificaciones los sacerdotes, diáconos y hermanos legos, que estarán así

(1) Se brota explícitamente de las religiosas é implícitamente los religiosos. «Si qua ad religionem suscipi rogaverit, nunquam ante unum annum integrum recipiatur, sed dicatur ei primo: Revertere ad nos post tres menses, ad interim deliberabis de te. Cumque statuto tempore redierit, inquirat Abbatissa quo desiderio petitionem... dicatur ei... Revertere ergo ad nos post aliquos menses... Revertente ergo illa... omnia si se servitutam promiserit, tunc circa finem anni, omnis congregatio consentiet in eam... Et tunc in fine anni, quando recipitur utraque pars renunciet anno probationis, qui consuevit fieri in aliis religionibus infra monasterium». *Regula sancti Salvatoris*, c. x. Parece seguro que varias brigittinas inglesas que profesaban con la Abadía de Sión en 142 pasaron el año de noviciado con sus familias. **The orde of saint Saviour in England in the reigns of Henry IV, and Henry V.** *Poor Souls' Friend XVI*, 332. Dom. Hamilton O. S. B. (Verch. xvi del final) asegura que B. Reynolds estuvo en Cambridge durante su noviciado (1512-1513). Sin embargo como la antigua traducción sueca omite la frase «Et tunc in fine anni, quando recipietur utraque etc.», es permitido suponer que este punto de la regla no fué observado habitualmente en Vadstena, tres siglos más tarde de la versión francesa **Constitutions ou regles de sainte Brigitte.** *Douay* 1634, este pasaje fué anotado de este modo: «Según el derecho canónico no se puede prescindir del año de prueba: por consiguiente se debe cumplir el Concilio de Trento.

(2) El conjunto del tocado se asemeja al de las demás religiosas, compuesto de toca, capillo y venda; el velo cae sobre la frente. No se hace mención de escapulario alguno. **Hist des ordres monastiques religienses et militaires d' Hélyot.** París, 1715, IV, pl. 6-10, da una imagen de hábito brigítimo para sacerdotes, diáconos y legos: la lámina 11 representa, un poco modificado el de los españoles.

mismo vestidos de sayal gris, y tonsurados. Las religiosas de coro pueden ser sesenta en cada monasterio. En los conventos de religiosos habrá trece sacerdotes en honor de los Apóstoles, entre los cuales se cuenta á san Pablo, dos diáconos y dos subdiáconos, en memoria de los cuatro doctores de la Iglesia latina, y ocho hermanos legos. Los postulantes reemplazarán á los religiosos que fallezcan.

A ejemplo de la Virgen María, las hermanas se emplearán durante el día en oración mental y vocal, y en el trabajo así material como intelectual. No despreciarán su cuerpo, atendiendo á él según la propia expresión de la regla: como si se tratase de un *animal enfermo*. Comulgarán los días de fiesta y los sábados de cada semana con la autorización del confesor. El Santísimo Sacramento estará siempre en el altar, siendo permitido á las hermanas tomarle y llevarle á las enfermas, para que mirándole, santamente se regocijen (1). Ninguna, ni aun la Abadesa, irá al locutorio sin verdadera necesidad; ninguna estará ociosa. Los monjes celebrarán el santo Sacrificio, y recitarán el breviario todos los días. Los domingos y días festivos predicarán en lengua vulgar sobre algún pasaje del Evangelio; y se consagrarán al estudio sin descanso.

Las hermanas no saldrán de la clausura, sino cuando vayan á fundar nuevas casas. Los hermanos podrán salir, ya sea para atender á los negocios temporales, ya para trabajar en la conversión de los herejes é idólatras, ó bien cuando sean llamados por el obispo diocesano. La comunidad femenina, aunque sujeta en lo espiritual á los monjes, no tendrá con ellos más relaciones, que las necesarias para recibir los sacramentos.

Las darán por el turno lo que necesiten, y no se les admitirá en la clausura, sino para administrar á las enfermas los Sacramentos y en el entierro de las hermanas. La humildad reinará en el monasterio. El abandono en las manos de Dios será completo, y se procurará trabajar solo por Él en espíritu del más puro amor; se

(1) Sacramentum corporis mei super altarem suum jugiter positem habeant, in vase decenti saphirico, vel crystallino, ut me quotidie speculantur sub aliena forma ferventius desiderent donec rerum veritate satientur. Quando aliqua soror tali gravatur infirmitate, quod propter rejectionem, sumere sacramentum corporis mei non valet, aut ne nocte moriatur sine viatico, permitto ego, Deus omnium, ut ab Abbatisa, vel cui ipsa jusserit... portetur vas sacramenti ad affirmam ostendendo non tangendo corpus meum. *Rev. extrav. XXXVII.*—Nos han manifestado que las brigittinas alemanas no observaban esta parte de las reglas.

guardará de la pobreza individual, ni aun la Abadesa podrá permitirse la posesión de la cosa más mínima como propia, pues «*la propiedad es á la condenación eterna, lo que la chispa al incendio*». Además de los ayunos y abstinencias de la Iglesia, la regla prescribe el miércoles abstinencia; el sábado ayuno mitigado, y el viernes ayuno riguroso, además de otras abstinencias y otros ayunos en el curso del año. Siendo la salud necesaria, preciso es tener cuidado de conservarla por medio de baños y la suficiente alimentación.

Cada monasterio estará bajo la protección del Rey del Estado en que se halle y sujeto á la jurisdicción del Ordinario. El obispo de la diócesis será considerado como padre, censor y juez de la comunidad; el papa como su tutor y aun su defensor, cuando el caso lo pida. No se procederá á fundación alguna; sin expreso consentimiento de la santa Sede (1).

Cuado Brígida y el prior de Alvastra hubieron terminado la redacción de la regla; presentáronla, antes de pedir al papa su aprobación, al maestro Matías, á uno de los abades más ilustrados de la orden del cister, al arzobispo de Upsal y á tres de sus sufragáneos. No se tenía la censura de Roma, por no contener la regla nada que fuese nuevo en la Iglesia de Dios; pues los conventos de ambos sexos existían ya desde el tiempo de San Basilio, y se perpetuaban en la orden de san Benito (2). Los religiosos y religiosas del nuevo Instituto, tomaron el ceremonial de los benedictinos; su canto debía ser humilde y sencillo como el de los cartujos (3); debían entregarse al estudio como los hijos é hijas de san Bernardo y tomar del corazón de santo Domingo y san Francisco, el celo para la predicación.

(1) *Rev.* 638, 651. — *Extr.* IV, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XX, XXI, XXXIII, XXXV, XXXVI, XXXVIII, XL, XLV, XLVI. — Todos los historiadores dicen, que en Alvastra dictó Cristo las constituciones de su orden. Sólo damos aquí algunas ideas generales tocante á la nueva familia religiosa, sin hacer distinción entre lo que hemos tomado de la regla, y lo que, siendo complemento de ésta, se halla en las Revelaciones. Pasamos también en silencio las ceremonias de toma de hábito y profesión, (véase cap. xv, *init.*), las particularidades del hábito, etc.

(2) Las abadesas de Fontevault gobernaban en lo temporal del doble convento lo mismo que las de esta nueva orden; pero el haberse sometido éstas á los obispos, que por derecho son visitadores de los conventos, dió por resultado que los monjes del Salvador fuesen más independientes de la cruz abadial, de lo que lo eran los hijos de san Roberto.

(3) No conoció Brígida á los cartujos, sino de paso, en sus viajes. Su primer convento en Suecia data de 1496.

El Verbo, para quien Brigida era un instrumento nuevo destinado á revelar cosas nuevas (1), exigía que su sierva fuese, según expresión de san Pablo, el *tipo* (2) de su familia religiosa.

Era natural que los prelados encargados de examinar las constituciones, esperasen hallar en ellas, el sello particular de la fundadora, y su esperanza no quedó frustrada. En cuanto á su esencia, los tres votos religiosos no se diferenciaban de los de las otras órdenes; pero en cada una tienen un carácter propio y notable diferencia de intensidad. La atenta lectura de la regla hizo comprender á los examinadores, que la pobreza del nuevo instituto sería tan completa, como suele ser la que ejercitan y enseñan aquellos que, habiendo sido en el mundo grandes señores, se despojan al fin de todo, con admirable generosidad (3).

Al estudiar las observancias, previeron claramente los examinadores, que la Iglesia no podría menos de alabar aquella tan «perfecta constitución de la clausura» (4); y comprendieron en fin que en los futuros conventos reinaría aquella atmósfera de cultura y de honor caballeresco, en la cual había pasados sus años juveniles la ilustre fundadora.

Muy bien sabía la santa, por la historia de las instituciones monásticas, que pedían á la Iglesia más bien el derecho de subsistir que el de nacer. Creyóse por tanto, autorizada á fundar un monasterio, que debía ser al mismo tiempo, su último asilo, y la cuna de su familia espiritual. La largueza de sus limosnas había abierto grandes brechas en su cuantiosa fortuna; y por otra parte, los derechos que á sus hijos asistían sobre la herencia materna eran muy sagrados, para que Brigida pensase en contar sólo con sus recursos para la costosa obra del monasterio. Dirigióse pues, á Magno, diciéndole de parte de Jesucristo: «Si edificáis un monasterio

(1) *Rev. extrav.* XLVI.

(2) *Cfr.* I, *Thess.* I, 7. «Ὅστε γενέσθαι ἡμῶς τύπος πάντων τοῖς πιστεύουσιν».

(3) Habituada Brígida á las costumbres benedictinas, y como terciaria de san Francisco, estableció un término medio entre el derecho de propiedad, instituido en los conventos de san Benito, y la pobreza franciscana, que obliga no sólo al individuo, sino á la comunidad entera. Mostrábase austera la santa respecto de la pobreza individual; deseaba también límites estrechos para las posesiones de cada convento.

(4) **Analeota juris pontificii**, 5.^a *Ser.* 1861.—Los votos SOLEMNES EN LOS MONASTERIOS DE RELIGIOSAS. **Regle de sainte Brigitte**, X, 545. Los mismos monjes, por lo menos en Inglaterra, hablaban al público detras de la reja del locutorio. **The order of Saint-Saviour in England under the Tudors**. P. S. F. XVI, 63.

con el fin de expiar vuestros pecados, lograréis vos y vuestros colaboradores, acrecentamiento en el amor divino; si lo rehusáis, recibiréis el castigo de la justicia eterna» (1). El Salvador mismo señaló el sitio para la fundación: la villa de Vadstena, que formaba parte de los dominios de Brígida.

Los soberanos profesaban á su ilustre prima un afecto mezclado de temor; esta profetisa, pensaban, podía favorecerlos; pero también perjudicarlos ante Dios y ante los hombres. Era también muy propio del carácter débil de Magno y de la veleidad de Blanca, amar y seguir á dos señores á la vez: Hacer un uso piadoso de alguna parte de sus bienes, tranquilizaba su conciencia; nunca se había ofrecido ocasión tan propicia para ejercitar su generosidad.

Hasta entonces los monasterios escandinavos habían sido fundados por extranjeros. Les animaba un espíritu, que no era el del país; inspiraba los estudios superiores, que sólo sabían dirigir los monjes, y la literatura, sobre la que reinaban todo poderosos. Tomar suecas y noruegos de condiciones diversas para reclutar una orden nacional: implantar esta orden en lo más hondo del suelo natal, y extender sus raíces en la sociedad gracias á confraternidades seglares, pareció á los soberanos una obra política al mismo tiempo que cristiana. Respondieron pues á la petición de su prima por el regalo en uno de sus dominios situado en Vadstena (2), á orillas del lago Vetter, y de seis mil marcos de plata, con el fin de que inmediatamente se procediese á poner la primera piedra del convento (3).

En el momento de firmar la escritura de donación, vió Brígida ante el trono de Dios á la Virgen inmaculada, Lucifer estaba

(1) *Rev. extrav.* LXXIV.

(2) La etimología de este nombre viene, según se cree, de *vât, vatten*, (agua). Parece también que antes de la introducción del cristianismo, se encontraba en aquel sitio, un castillo llamado de «Susemborg». El rey Valdemaro, ó sus antepasados, habían levantado otro; pero en tiempo de Magno II, no quedaban sino algunas ruinas. Vadstena era simplemente uno de los dominios de la corona, situado en el punto en que los viajeros se embarcaban para atravesar el Vetter, y pasar de la Gothia oriental á la occidental. (*Sv. hist.* II, 77, 78).

(3) En retorno de tales favores, pedían los soberanos, en dos testamentos sucesivos, uno del 1.º de Mayo de 1346, y otro del 15 de Julio de 1347. (*Diplom.* V, núms. 4062 y 4200), ser enterrados en la capilla del monasterio. Haquin, rey de Noruega, confirmó esta cláusula del testamento de sus padres; pero circunstancias particulares le impidieron enterrar en Vadstena los restos de sus progenitores.

también allí, alegando sus derechos sobre aquellas tierras. «Estos dominios me pertenecen, decía el espíritu infernal, señalando la derrumbada fortaleza de Susemborg y las ruinas del castillo elevado en otro tiempo por los Folkungs, los que esto edificaron eran amigos míos; aquí siguieron obedientes mis leyes, aquí oprimieron y castigaron á sus vasallos sin piedad; entre aquellos tiranos había yo establecido mi morada». María probaba que, habiendo cambiado el corazón de los habitantes, podían cambiar de dueño: en lugar de gemidos, subirían en adelante alabanzas al Señor; y en vez de hacerse acreedores á las venganzas del Omnipotente, los suecos atraerían sin cesar para sí y para su patria las bendiciones de Dios, desarmando su justa cólera encendida contra el desventurado reino. María no rogó en vano. La sentencia divina condenó al demonio, y éste abandonó las riberas del Vetter, en donde la Madre de Misericordia estableció su imperio. Y así como las murallas de Jericó vinieron abajo ante el Arca de la Alianza, del mismo modo aquel alcázar levantado por el orgullo de los magnates á costa del sudor y de las lágrimas del pobre, iba á desaparecer para ceder el puesto á habitación de los humildes hijos de Jesucristo (1).

A fin de cortar todo lazo con el mundo y remover los obstáculos, que á su entrada en el claustro pudiesen presentarse, quiso Brígida visitar por última vez sus tierras y poner orden en sus negocios temporales (2); pero las divisiones anteriores, los dones y préstamos gratuitos, que por consejo del Señor sacaba de los sobrantes (3) en diversas ocasiones, hacían difícil y complicada la liquidación. Sus directores por otra parte la animaban tanto más á emprender el viaje, cuanto mejor conocían la indiferencia de la santa; con respecto á los bienes de fortuna. Poco antes había llegado un mensajero enviado de Fundia, anunciando á la ilustre reclusa que sus cosechas y aun sus mismas fincas habían sido devoradas por el fuego. «Bendito sea el Señor, que se digna darme el justo salario, respondió la santa sin turbarse. Muchas veces he abusado de las gracias divinas, y no he sido agradecida al Dispensador de todo bien. No he orado bastante por los que me legaron esas riquezas. Bendito sea por haberme privado de

(1) *Rev. Extrav. XXIV, XXV.*

(2) Los documentos prueban que Brígida no había cesado de manejar sus intereses. El 22 de Agosto de 1344, consta que firmó en Linkoeeping una letra de cambio en favor del capítulo de la Catedral. (*Diplom. V, 3822*).

(3) *Rev. Extrav. LXXXVIII.*

ellas». Preguntándole el maestro Pedro, si verdaderamente tenía esos sentimientos en el corazón, respondió: «Verdadera y sinceramente deseo ser pobre; quisiera verme en la necesidad de mendigar el pan por el amor de Dios; mas pronto llegará el día, en que me será forzoso abandonarlo todo. Bueno será y meritorio ante Dios, que me desprenda de ello anticipadamente» (1).

Partió Brígida de Alvastra, acompañada de algunos amigos, entre quienes se hallaban el sacerdote Pedro, y el capellán Magno de Motala. Cada paso, de la antigua senescala por aquellas mismas provincias, en las cuales tanto habia trabajado en otro tiempo, fué señalado por un beneficio de orden superior. Desde que se habia privado de la libre disposición de sus bienes, derramaba á manos llenas las riquezas espirituales de la Providencia. A ejemplo de su divino Esposo pasaba haciendo bien á sus semejantes; consolaba á los afligidos, curaba á los enfermos, libertaba á los posesos del yugo del demonio, porque Dios estaba con ella (2).

La comitiva avanzaba lentamente en aquel terreno escabroso; pero generalmente viajaban por los ríos, de los muchos que en el país atraviesan el suelo, y enlazan sus innumerables lagos. Una vez embarcados los viajeros en elegante y graciosa nave, como lo eran las escandinavas de aquella época, bogaban á velas desplegadas, ó navegaban al remo, si el viento era contrario. Una noche abordaron á cierta isla, en la que la santa poseía dominios; los moradores, entregados al sueño, no se apercibieron de la llegada de los forasteros, y éstos viéronse obligados á permanecer expuestos al frío glacial durante la noche entera. Tiritaban los compañeros de Brígida, envueltos en gruesas pieles, mientras la santa no tenía otro abrigo que su túnica de sayal; mas el Señor remedió la necesidad de su sierva, por medio de celestial arrobamiento. En él, le mostró la vanidad de aquellos que procuran calentarse y adornarse con trajes de abrigo, sin pensar que todo calor y toda belleza viene de Dios. «Si pusiesen en Mí su confianza, decía Jesucristo, les daría el calor del cuerpo y el del alma. Aparecerían entonces, espléndidamente ataviados delante de mis santos; mas por el contrario aparecen deformes á los ojos de los bienaventurados, porque no contentos con poseer lo necesario, prefieren las criaturas, al Criador» (3).

(1) Proc. Can. Dep. P. de Alvastra 19° ar., f. 208 r.

(2) Proc. Can. Dep. Alvastra, 34° 35° arts. f. 223 r. y 225 r. «Ὁς διήλθεν εὐεργετῶν καὶ ἰώμενος πάντας τοὺς καταδυναστευομένους ὑπὸ τοῦ διαβόλου, ὅτι ὁ Θεὸς ἦν μετ' αὐτοῦ».

(3) Rev. VI, 84.

En las dificultades y peligros la santa se convertía en una providencia. Atravesaban los viajeros bosques vírgenes, infestados de animales salvajes, y á veces de ladrones, cuando Magno de Motala se vió acometido de dolores tan intensos, que inspiraban á sus compañeros serios temores de un fatal desenlace. ¿Qué partido tomar en tan aflictivas circunstancias? Hacer alto en paraje tan peligroso; seguir adelante, todo era expuesto. Llegóse Brígida al enfermo, y poniéndole las manos en la cabeza, le sanó en el acto, ordenándole tomar su cabalgadura (1). Siguiendo por entre las altas rocas, las corrientes del Gotha, llegaron á la embocadura del río. Allí uno de los antiguos vasallos de Brígida detuvo á su señora, lamentándose de no poder casar á su hija por falta de dote. «Cuenta el dinero que tienes en la bolsa, dijo aquélla á su mayordomo, y entrega la tercera parte á este hombre: haremos feliz á esta joven, que rogará por nosotros».

Perfilábase allá á lo lejos el campanario Laedoes, puerto habitado casi en su totalidad, por mercaderes. Divulgóse en el acto la llegada de la noble dama, y el día siguiente al rayar el alba, cuando Brígida se dirigía al templo, vió agrupada á la puerta de la hostelería una multitud de personas de todas condiciones: la mayor parte pobres. Mandó Brígida se les diese limosna; mas el mayordomo protestó, diciendo: «¿Queréis, señora, reduciros á la mendicidad?»— «Demos lo que tengamos, replicó ésta; servimos á un Señor bueno y liberal, y yo pertenezco por completo á los pobres, que en su indigencia no cuentan más que conmigo: me abandono por completo á la voluntad divina». Continuando su camino, llegó á la iglesia de san Pedro, y adoró al Señor, postrada ante el tabernáculo.— «Tú eres la esposa fiel, que olvidada de todo, tan sólo busca á su celestial Esposo», la dijo Dios presente en la eucaristía. «Por eso, añadió, Él tendrá cuidado de tí y de los tuyos. Ten por cierto que así como el amor me llevó al seno de la virgen, así también la caridad del hombre me lleva á su alma».

El mayordomo era indigno, de la confianza de su señora; lo conoció ésta; y el Señor la reprendió su falta de vigilancia. «Te cómplices, le dijo, en ver á tu alrededor rostros alegres y contentos, y temiendo desagradarles, no reprendes á tus amigos. Acuérdate que no basta para ser perfecto, el corregirse el hombre á sí mismo; preciso es hacer que aquéllos que de nosotros dependen, sigan nuestro ejemplo. Al mismo tiempo le reveló el Señor los vicios

(1) Proc. Can. Dep. P. de Alvastra 34° art. f. 133

ocultos del servidor infiel. Brígida desde aquel instante, valiéndose de oraciones, consejos, amenazas; pero el desventurado rechazó los esfuerzos de la divina misericordia, y la muerte le arrebató súbitamente. «Murió solo, sin consuelo alguno. «El demonio decía el pueblo, ha usado de sus antiguos derechos sobre esa alma, que estaba entregada á él, por medio de un pacto» (1).

Como la desaparición de la idolatría era muy reciente en aquellas tierras, sus habitantes creían aún en la presencia habitual del demonio, sea que realmente se dejase ver, por permisión divina, ó que invisiblemente les atormentase. Por consejo de Brígida, el prior de Alvastra reunió en la iglesia á los campesinos. «No hay, les dijo, sino un solo Dios en tres personas. Todas las cosas han sido hechas por Él, y sin su permiso el demonio no podrá arrancar ni una hoja siquiera, de la menuda yerba que pisáis. Pero como amáis á las criaturas más que á Dios, por eso permite a Satanás que tome posesión de vuestras almas y hacer prosperar vuestros asuntos temporales.

Creed en Dios; dejad de ofrecer á los ídolos las primicias de vuestros ganados; no digáis en los acontecimientos prósperos, «lo quiso la fortuna» sino: «Dios lo ha permitido». No afirméis que en el altar se inmola un poco de pan; sino creed firmemente que allí está realmente el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Creed en la eficacia de los sacramentos, y el demonio huirá lejos de vosotros».

Los sencillos campesinos respondieron á una voz: «Creemos en Dios; prometemos la emienda». Desde entonces dejaron de escucharse en el país los oráculos del demonio (2).

Lo mismo que los apóstoles, dominaba Brígida á los espíritus infernales, libertando á los posesos del imperio de satanás. Entre ellos se hallaba un monje, un sacerdote, y una mujer. Semejantes prodigios de los que sus compañeros habían sido testigos ya en Alvastra (3), les llenaba de confianza en ella, y la animaban á pedir al cielo luces especiales sobre la acción del demonio en las almas. El Señor se dignó mostrar á su sierva, tres distintas clases

(1) *Rev.* VI, 76.—*Extrav.* LXX.—*Proc. Can. Dep. P. de Alvastra* 20° *art.*, f. 210 *r.*

(2) *Rev.* VI, 78.—*Proc. Can. Dep. P. Alvastra* 17°, 29° y 35° *arts.* f. 215, *r.* f. 225, *r.* f. 226, *v.* Algunos autores han creído sin fundamento, que este hecho se verificó en Italia, cerca de Ortona. Mas esto no es creíble, pues D. Pedro no hubiera logrado darse á entender en una lengua extraña.

(3) *Proc. Can. Dep. Prior de Alv.* 34° *art.* f. 223, *v.* 224, *r.*

de energúmenos. Los primeros ven al demonio apoderarse de sus cuerpos, y por medio de éstos atar ó aprisionar sus espíritus; los segundos, más desgraciados sienten al infierno turbar su conciencia. Unos y otros no son culpables, por tales padecimientos aumentarán su corona. Los terceros, por un acto de libre albedrío entregan su alma al demonio, el cual puede penetrar en ella contra su voluntad, merecen pues ser castigados. Para dar mayor fuerza á sus enseñanzas, el Verbo designaba algunos de estos desdichados, contemporáneos y conocidos de la estática. Preguntando ésta cuál sea la causa de las posesiones diabólicas, Él la designó entre las principales los pecados de los padres y los insondables designios de la Providencia. Supo además; los medios más poderosos contra esa tan temible desgracia, son la oración, las obras expiatorias, y los exorcismos; las almas viriles luchan victoriosamente contra el demonio, sin ser nunca vencidas. En cuanto á los espíritus malignos, son expulsados fácilmente aquellos que, ejerciendo su acción sobre los sentidos, incitan á los cuerpos al mal. Más refractarios son los que turban la conciencia é inspiran tedio, disgusto y fastidio de la vida. La resistencia, en fin, de satanás es terribleísima, cuando se trata de arrancarle aquellos energúmenos de cuyo ser se había hecho dueño en absoluto.

Durante el viaje libertó la santa á alguno de esos desdichados: en Vexioe, delante del obispo Tomás de Malstad; en Linkoeeping, bajo la paternal mirada del maestro Matías, que había presenciado en otro tiempo la libertad de un célebre predicador. En estas ocasiones, procuraba la santa que el prior de Alvastra estuviese presente; y á menudo bastaba que éste exorcisase á los demonios en nombre de su hija espiritual, para vencer la potencia infernal. Mas en éstos casos notábase que la santa entraba personalmente en lucha con satán. A veces los energúmenos se echaban sobre ella con intención de matarla; los que estaban á su lado trataban de parar el golpe, y en realidad las oraciones de la misma Brígida eran su escudo; las armas caían á tierra, y los infelices posesos, arrodillándose ante la santa, imploraban su perdón. En otra ocasión, los demonios se apoderaron de la cabalgadura de Brígida, sin que ésta diese la menor muestra de sorpresa, pues no ignoraba que los espíritus infernales, pueden entrar en los cuerpos de los animales. En Upland, no lejos de la morada de un energúmeno, á quien iba á librar de las obsesiones diabólicas, estuvo á punto de perder la vida, á consecuencia de una caída del caballo. En sus coloquios con los bienaventurados, era donde Brígida buscaba auxilio y defensa contra las astucias satánicas.

Quiso la santa pasar la fiesta de la Purificación en Skara, en donde se veneraban las reliquias del obispo de aquella diócesis, el venerable Brynolf, al que había conocido. Arrebatada en éxtasis ante aquellas reliquias, vió al santo prelado ante el trono de Cristo. La Virgen-Madre, allí presente, manifestó á Brígida su desagrado por el abandono en que estaban los restos de su siervo. «El pueblo de Skara, dijo Jesús á su Madre, se ha hecho indigno de poseer tal tesoro. Ese cuerpo tan puro debe retirarse del fango que le rodea». Refirió Brígida la visión, á la cual se dió crédito, por la confianza que á todos inspiraba; más aún al saber que, gracias á sus luces sobrenaturales, acababa la santa de descubrir algunas partículas de la verdadera cruz. Inmediatamente comenzaron las gestiones para la canonización del venerable obispo (1).

Antes de volver al monasterio de Alvastra, detúvose Brígida en la villa de Linköping, á donde la llamaba el maestro Matias porque un monje, con sofisticos argumentos, atacaba por aquella época, las revelaciones de la santa, sembrando inquietud y temores en el ánimo del sabio y piadoso doctor. Traquilizó Brígida, y predijo á su adversario el castigo, que no tardó en caer sobre él. No fué ésta la sola ocasión en que la hija espiritual leyó el alma de su director como en un libro abierto.

Predicaba una vez Matias en la catedral, sobre la visión beatífica, tal como ha sido definida por Benedicto XII. De repente fué interrumpido por las blasfemias de uno de los oyentes, y muy turbado abandonó el púlpito. Acudió Brígida en el acto, y en nombre del Verbo, confirmó aquella doctrina con nuevos y sólidos argumentos, exhortando al orador á proseguir su discurso. Este convencido entonces de la superioridad de la ciencia infusa sobre la adquirida, se apresuró en adelante, á asociar á la santa en sus trabajos.

Con el comentario sobre el Apocalipsis había dado fin el maestro Matias, á su exposición sobre la sagrada Escritura. Sin embargo algunas dudas le asaltaban aún, sobre la autenticidad de esta parte del Nuevo Testamento; tan poco comprendía la significación de aquellos «siete truenos» de que allí se habla; y por último, hubiera querido saber con firmeza, la época en que debía nacer el Anticristo. Por revelación divina supo Brígida, que san Juan evangelista es el verdadero y único autor de esas profecías, que tienen por objeto

(1) *Rev. I*, 16, 32.—*II*, 31.—*III*, 30.—*VI*, 3, 80, 81.—*Extr. LI, CVI, CVIII*.—*Proc. Can. Dep. Magno Petri*.—*Kater* 35º art. 113, 136, 196.—*Dep. P. de Alvastra* 29º, 32º, 35º, arts. 221, 225.

preparar el ánimo de los cristianos para las desgracias de los últimos tiempos. El trueno significa las amenazas de los perseguidores de la Iglesia. La imagen era suficiente para inspirar temor ¿qué sería si el apóstol hubiese presentado la realidad, tal como será? A las enseñanzas tocante al Apocalipsis, el Señor añadía estas terribles palabras: «Durante la vida de los que hoy existen caerán sobre la Iglesia tales truenos, tales relámpagos, que muchos desearán la muerte, y ésta huirá de ellos». La respuesta á la tercera pregunta parecía menos clara: debían nacer varios anticristos. Más tarde, la santa debía dar á conocer á su director, cuál es el mencionado en el Apocalipsis. Prodigia al mismo tiempo el Verbo, palabras de elogio sobre los escritos del maestro Matías, declarándolos exentos de toda herejía é inspirados por el Espíritu Santo (1).

En estas relaciones de mútua confianza entre la santa y su director, no es posible distinguir quién es el maestro y quién el discípulo, pues comparados los escritos de una y de otro se notan con sorpresa, maravillosos puntos de contacto entre ciertos pasajes de las revelaciones de Brígida y la introducción puesta por Matías al frente de sus comentarios Bíblicos.

Cuando el prudente director vió á Brígida, antes desconfiada de sus luces sobrenaturales, acudir luego á ellas sin temor, quiso convencerse por sí mismo, de que el orgullo, aun sobrenatural estaba, por decirlo así, aniquilando en esta alma privilegiada. Desde la cátedra sagrada hizo el elogio de su penitente; ensalzó las luces y gracias con que Dios la favorecía y las heroicas virtudes que la adornaban; y concluyó llamándola «*nueva luz de la Iglesia*».

Acercóse la aludida al predicador, tan pronto como el oficio hubo terminado. «Padre mío, le dijo, os suplico que no hagáis mención de mí... ¿qué soy yo delante de Dios, sino una hormiga? Cuando un gran Señor envía á sus amigos por mensajero, á un hombre pobre y vil, ¿á quién, decidme, se tributan honores, al Señor ó al enviado?»

—«No os sorprendan mis palabras, hija mía, replicó el canónigo; preciso es despertar en las almas el deseo de la perfección, por medio del ejemplo de varones virtuosos y mujeres santas»— «Mi barca, respondió Brígida, va bogando aún en el mar proceloso del mundo, y necesito más bien, que otros pidan por mí. Acabo de emprender el viaje; esperemos que éste llegue á su término, para juzgar si soy digna ó no de alabanza» (2).

(1) *Rev. VI*, 67, 75, 89, 90, 110.

(2) *Proc. Can. Dep. P. de Alvastra*. 17º art. 205.

Al hallarse de nuevo en su silencioso retiro de Alvastra, la fundadora de la orden del Salvador no pensó ya sino en preparar la habitación para su futura familia, y con este motivo iba frecuentemente á Vadstena. Durante el invierno, las aguas heladas del lago le ofrecían camino más directo en algunos trayectos; y en la primavera, cuando las límpidas ondas del Vatter se agitan inquietas, los campesinos acudían asombrados á presenciar un estupendo prodigio: el temible lago maldito por los marineros parecía sostener como dócil esclavo á Brígida sobre su movible superficie. A cada instante se temía verla desaparecer sumergida en las aguas; pero su fe la mantenía firme; y caminando segura sobre el líquido elemento, alcanzaba tranquilamente, la opuesta orilla.

Mas no siempre caminaba la santa sobre las aguas. Cuando iba acompañada del prior de Alvastra ó de otras personas, cuya presencia le era necesaria en la obra del monasterio, seguía otra senda accesible á los simples mortales.

Otras veces absorbida por la vida activa para los fines que perseguía, lanzaba su caballo por los bosques, por los prados llenos de animales, ó á las márgenes de los lagos, cuyas olas reflejan también el cielo, que parece, le hacen descender al seno de las tierras suecas. Su mirada fija sobre los objetos á que se proponía llegar, no seguía los juegos del sol septentrional con la superficie líquida, tan pronto rosa como la aurora, tan pronto azul á la luz del mediodía y muchas veces de fuego á los ardores del sol poniente.

En Ulfasa durante las tardes claras del verano del norte, mientras que la luz del día velada de las primeras sombras transparentes de la noche deja adicionar horizontes y crea profundidades, mientras que todos los seres animados se duermen, la castellana no consideraba terminada su tarea, y no abandonaba su trabajo. Al principio de su estancia en el convento de los cistercienses, Brígida no miraba más adelante, trataba de buscar las huellas del pasado, el camino que la había llevado á Alvastra. Ahora, recogida en el presente, indiferente á toda acción humana, admiraba esta contemplativa la obra del Todopoderoso.

Los astros, las nubes, las montañas, los valles, los torrentes, las plantas, las flores, los animales personificaban para ella los sentimientos del corazón humano, la lucha del bien y del mal. Eran figuras sensibles de la justicia ó de la bondad divina. Del mismo modo que en sus coloquios sobrenaturales Cristo se servía del mundo visible para hacerla concebir el invisible, se remontaba

Brigida de la creación al Criador, á fin de comprenderle mejor y hacérselo comprender á sus compañeros (1).

Hacia el fin del estío del año 1346, dirigióse Brigida á Vadstena con numeroso acompañamiento. Esperábanla allí los obreros para la colocación de la primera piedra del convento. En tiempos pasados, había alimentado ya la esperanza de fundar en aquel sitio juntamente con Ulf un monasterio; y aun en su testamento había legado aquél una suma para dicho objeto. (2) En la actualidad no se trataba como entonces, de establecer allí una congregación sino una institución religiosa sueca; una nueva familia, cuya madre sería Brigida. ¡Con qué transportes de gozo prorrumpía ésta en alabanzas y acciones de gracias! De improviso, en medio del camino, la frase no terminada expiró en sus labios, y el caballo que montaba, corrió á la ventura; acudió en el acto un criado, y tomando las riendas de la cabalgadura, que su señora había abandonado, continuó guiándola á través de las cabañas de los pescadores, y franqueando las ruinas del viejo castillo, hasta llegar á la hostelería mas de una hora había durado el éxtasis de Brigida. En vano el maestro Pedro había llamado repetidas veces; al fin volviendo á su estado normal exclamó: «Me habéis privado de una conversación celestial; el Señor respondía á mis preguntas, como en otro tiempo á las de su amigo Job (3).

¿Qué había contemplado Brigida? Había visto, primero una misteriosa escala, que partiendo de la tierra, llegaba hasta el trono de Dios. Allí se encontraba al lado de su Hijo santísimo la Virgen madre acompañada de innumerables ángeles y santos. A los pies del trono distinguió á un religioso sueco, á quien hasta entonces había juzgado Brigida muy inteligente en las cosas de Dios y versado en la ciencia teológica; pero en la visión aparecía á sus ojos, más bien demonio que monje (4). Orgullosa y astuta tuvo la

(1) *Rev.* I, 1, 9, 21, 22.—II, 2, 13, 15, 17, 22, 28, 29.—III, 9, 14, 15, 30, 31.—IV, 12, 14, 16, 21, 22, 25, 41, 67, 68, 69, 81, 112, 114.—VI, 32, 35, 44, 45. *Extrav.* XCI.

(2) Una carta del 1.º de Mayo de 1375 (Riksarkiver RAP n.º 1148), publicada por M. Hojer (*Stud.* 33), prueba, que antes de morir, había dado Ulf dos terrenos para el futuro convento de Valdstena. Ese documento confirma una expresión vaga de Catalina sobre ese punto, que se halla en el proceso de canonización.

(3) *Rev. Prol. libri quaest* 361.—*Vita S. Birg.* 197.—*Proc. Can. Dep. Kater.* 29º *art. f.* 132, *r.*

(4) El prior de Alvastra en su deposición (3.º art. 228); dice: «Ese religioso vive aún». Quizá sea el monje agustino, cuyo juicio futuro describe la santa en el libro IV, cap. 102, de sus Revelaciones.

audacia de dirigir al Juez eterno diez y seis preguntas, y diez y seis veces, la eterna Sabiduría se dignó contestar. He aquí el diálogo entre el Juez eterno y el temerario monje:

I. *El monje.*—¿Por qué me habéis dotado de sentidos si no me es permitido satisfacerlos á mi antojo?

El Juez.—Los sentidos no son instrumentos para el placer del hombre; se le han concedido para que tan sólo se sirva de ellos en bien de su alma.

II. *El monje.*—¿Por qué no le está permitido enorgullecerse ya que vuestra Pasión ha expiado y borrado sus culpas?—¿Por qué le está vedado vengarse, gozar ó entregarse al descanso, etc.?

El Juez.—El orgullo aleja al hombre del cielo; la humildad le acerca.—El hombre no debe servirse ni de su cuerpo, ni de los bienes temporales, sino como medios para alcanzar los bienes eternos.—El asiento de la justicia no es la venganza sino la caridad.—No debe entregarse al descanso necesario á la debilidad humana sino cuando la penitencia ha domado convenientemente los requerimientos de la carne.

III *El monje.*—¿Por qué nuestra carne siente apetitos, que no le es permitido satisfacer?—¿Por qué se nos ofrecen los alimentos si no nos es permitido hartarnos de ellos? ¿El instinto de reproducción debe ser combatido?—¿Para qué se nos ha concedido el libre albedrío, si en muchas cosas no podemos hacer uso de él?—¿De qué nos sirve tener corazón capaz de sentir si se nos manda reprimir su amor para lo que nos causa goces?

El Juez.—El hombre ha sido dotado de inteligencia para que sepa gobernar sus sentidos en la senda, que conduce á la vida, y contenerlos en la pendiente, que lleva á la muerte.—El alimento moderado sostiene las fuerzas; tomado con exceso, las agota.—El uso racional del libre albedrío consiste tan sólo en la renuncia de la propia voluntad, para someterla á la divina.—La unión del hombre y de la mujer, sólo tiene por objeto la transmisión legítima de la vida.—El corazón humano ha sido criado para contener en sí la Divinidad, y en Mí solo debe cifrar sus delicias.

IV. *El monje.*—¿Por qué tengo que buscar la sabiduría divina, cuando tengo sabiduría humana?—¿Por qué no he de complacerme en la prosperidad, y sí regocijarme en la mortificación de la carne?—¿Qué tengo de temer, siendo fuerte para defenderme, y por qué he de someter mi voluntad, siendo dueño de ella?

El Juez.—El sabio á los ojos del mundo, es ciego delante de Dios, por lo cual, debe buscar humildemente la sabiduría divina.—Los honores del siglo llevan al hombre á su perdición eterna, sino

procura acompañarlos con oración y compunción. Por el contrario, la enfermedad y la mortificación de la carne, le conducen á la eterna felicidad.—La fuerza humana es nula ante la fuerza divina.—El libre albedrío sin guía, es para el hombre, un manantial de pecados.

V. *El monje*.—¿Con qué fin fueron creados los insectos, y los animales feroces?—¿Por qué nos afligen las enfermedades, los tribunales inicuos, y el terror de la muerte?

El Juez.—Desde la desobediencia primera, en que el hombre se reveló contra Dios, me sirvo de los animales para castigar á los malos, probar á los buenos, é inspirar á todos sentimientos de humildad.—La enfermedad castiga el cuerpo, á fin de conservarlo casto y de reducirle á la paciencia. La iniquidad de los jueces está tolerada por el progreso de los justos. A la hora de la muerte, es equitativo que el hombre ve pues, que por sufrimientos expiatorios.

VI. *El monje*.—¿Por qué razón, entre los niños, unos mueren antes de nacer, y otros son favorecidos con la gracia del bautismo?—¿Por qué la adversidad del justo, y la prosperidad del impío, los azotes y desgracias que afligen á la humanidad, cómo la peste, el hambre, la muerte repentina y el asesinato?

El Juez.—Muere el niño antes de nacer, sea á causa de los pecados de sus padres, ó por disposición de mi justicia; mas aunque no le sea dado gozar de la visión beatífica, uso con él de misericordia (1).—Los justos deben mirar las tribulaciones de la vida, como bienes verdaderos; si las llevan con paciencia; aunque de pronto no comprendan sus saludables efectos, los verán más tarde.—Libro muchas veces al impío de la tribulación, porque ésta no sería sino un medio de acrecentar su maldad.—Los hombres están sujetos al hambre y á la peste, para que, si no confiesan al Señor en la prosperidad, lo hagan en la adversidad.—Si los mortales supiesen el instante en que han de morir, servirían á Dios por temor, y no por amor. Por otra parte ¿no es equitativo que la criatura, sea tocada de incertidumbre; puesto que se ha alejado de la certidumbre? En cuanto á los asesinados, son permitidos para prueba de los justos, ó para la condenación que merecen los servidores de satanás.

VII. *El monje*.—¿Qué razón hay para que haya en el mundo unas cosas buenas y bellas, y otras desagradables y viles?—¿Por qué yo, siendo rico y de sangre noble, no debo seguir los juicios y deseos

(1) Son estos niños, seres caídos, más bien que atormentados, y según una admirable expresión de la santa «están más cerca de la misericordia de Dios, que de su justicia». (Lacordaire, 65.^a Conf.^a de N.-D.)

del mundo, y elevarme á una esfera superior á aquélla en que se encuentra el vulgo?—¿Por qué no he de preferirme á los demás si á ello tengo derecho; ni he de procurar la gloria, que merezco, ni pedir retribución por los favores y servicios, que he prestado á otros?

El Juez.—Los bienes de este mundo no aprovechan sino á los que saben despreciarlos.—Todo hombre ha sido concebido en la iniquidad. Su voluntad no puede cambiar la sangre de que nace. Si el de noble linaje es superior al plebeyo tema que el juicio supremo no sea tanto más riguroso para el que ha recibido más.—Después de cubiertas las propias necesidades, no se nos conceden las riquezas, sino para socorrer al necesitado.—Enorgullecerse de lo que sólo en depósito poseemos, es una usurpación; y procurar la propia gloria es un engaño, porque sólo Dios, fuente de toda bondad, es bueno por esencia.—Aquél que exige recompensa por los actos de caridad en favor del prójimo, renuncia á la recompensa eterna.

VIII. *El monje.*—¿Por qué permitís el culto de los ídolos, y no manifestáis al hombre vuestra gloria, para que más os alabe y os desee? ¿Por qué no concedéis á los mortales, que vean á los ángeles, á los santos y á los demonios, ni les reveláis los bienes eternos? Eso los llevaría á obrar bien.

El Juez.—Aniquilar los ídolos y el culto, que se les rinde, sería atentar contra la libertad del hombre, y un acto ajeno de mi justicia.—El hombre moriría ciertamente de gozo, si me dejase Yo ver de él en el resplandor de mí gloria.—Los santos no se manifiestan á los mortales sino cubiertos como de un velo, porque así lo exige la miseria humana; de otro modo la hermosura de los bienaventurados haría que el hombre olvidase el culto que debe á Dios, Si, por otra parte, se les descubriese el infierno con todos sus horrores, el sentimiento de temor amortiguaría en sus almas el fuego de la caridad; en una palabra, si se les hiciese patente la vida futura, ¿en dónde estaría el mérito de la fe, y de las obras inspiradas por el amor?

IX. *El monje.*—¿Cómo se explica la desigualdad en los dones divinos?—¿Por qué María ha sido preferida entre todas las demás criaturas?—¿Por qué el ángel, espíritu puro vive en la alegría, en goce sempiterno, mientras que el hombre, cubierto con la envoltura de tierra, pasa la vida sufriendo?—¿Por qué los brutos carecen del don de la razón, concedido á la raza de Adán, y la vida de que gozan los animales no ha sido dada á las criaturas insensibles?—¿Por qué, á la luz del día sucede la oscuridad de la noche?

El Jue.—La presciencia divina no es causa de la pérdida de los hombres.—Nadie es semejante á María, en gloria, porque ninguna criatura la ha igualado en amor.—La rebelión de algunos espíritus creados antes de los tiempos, introdujo el mal en la creación (1).—Entre los ángeles, aquellos que cayeron en pecado de soberbia, no por haber sido incitados al mal, sino arrastrados á él por el desorden de su propia voluntad, son castigados sin remisión; los que se conservaron humildes y sumisos gozan de Dios, en la estabilidad la cual por medio de un acto irrevocable tienen asegurada para siempre.—Los padecimientos impuestos al hombre mientras permanece bajo la envoltura corporal producen en él sentimientos de humildad, y le ayudan á merecer la gloria eterna.—Los animales carecen de razón, para que el hombre consiga dominarlos.—Todo ser que vive y ha de morir, se mueve siempre que no halle obstáculo para ello.—En cuanto á la materia inanimada, si gozase de movimiento voluntario, se rebelaría contra el hombre.—La noche invita al descanso, sin el cual el alma infatigable destrozaría al cuerpo.—La luz simboliza el día eterno de los elegidos, y es para el hombre, alivio en sus penas. Así como su pecado le priva de las claridades del paraíso, así también, las tinieblas de la tierra le recuerdan la culpa original.

X. *El monje.*—¿Por qué vuestra divinidad quiso vestirse de la naturaleza humana?—¿Por qué puede contener y no puede ser contenida?—¿Por qué no habéis querido nacer en el momento de ser concebido, ó aparecer en el mundo, en edad madura?—¿Por qué ya que fuisteis concebido sin pecado, habéis querido ser circuncidado y bautizado?

El Jue.—La redención debía ser adecuada á la culpa.—Perdida para la naturaleza humana la vida sobrenatural, le fué restituída por la caridad divina, la cual hizo que Dios fuese visible al hombre, sellando por medio del amor su reconciliación con él.—Determiné revestirme de la humanidad, según las leyes naturales, porque de otro modo se habría tenido mi cuerpo por un fantasma; y quise crecer como los demás niños, porque de lo contrario habría inspirado el temor, y no la caridad en el corazón del

(1) No quiere dar á entender la santa por estas palabras, que los ángeles sean coeternos á la Santísima Trinidad, sino, según la opinión de la mayor parte de los teólogos, que fueron criados antes que el mundo en que habitamos. Santo Tomás sin embargo parece que opina diferentemente, aunque no de una manera absoluta (*1.ª, quest. LXI, art. 3.º*). He aquí su conclusión: «Cum angell ad aniversi perfectionem creati fuerint, probabilius est illos fuisse a Deo creatos cum ipso universo, quam ante».

hombre.—Aunque tan solo por mi Madre perteneciese Yo á la raza de Adán, quise someterme á la circuncisión, porque de lo contrario me habrían acusado los hombres, de que ordenaba lo que no cumplía.—En cuanto á mi bautismo, además de la razón dicha, sirve de ejemplo al hombre, y le enseña que así como el cielo fué abierto en aquel momento solemne, así se abrirá para él por medio de este sacramento.

XI. *El monje.*—¿Por qué no habéis manifestado la divinidad juntamente con la humanidad?—¿Por qué no habéis revelado vuestra doctrina en una sola vez, ni consumado la obra de la redención en una hora, ni manifestado vuestro poder en el instante mismo de morir?

El Jues.—A la vista de mi divinidad, el hombre había quedado anonadado y aniquilado por el gozo.—Mi palabra: «Non videbit me homo et vivit» debía ser verdad.—Ni á los mismos Profetas fué concedido contemplar la naturaleza divina; para manifestarme al hombre, he tomado su propia forma.—El manjar de la divina palabra no era posible que se distribuyese en una sola vez, porque es tan necesario á las necesidades sucesivas, del alma, como lo es para las del cuerpo el pan cotidiano.—Aunque para Mi no existe el tiempo, he ordenado cierta sucesión de períodos determinados en mi vida terrestre, como quise hacerlo también en la creación del mundo.—Durante mi permanencia en la tierra, se acercaban á Mí, así los creyentes como los incrédulos: á los primeros enseñaba con ejemplos; y toleraba á los segundos, cuanto lo permitía mi justicia.—Si me hubiese manifestado al hombre en un instante, me habría éste seguido, más por el temor, que por el amor, y el misterio de la redención no se hubiera realizado.—Según estaba anunciado por los profetas, mi Cuerpo inocente era semejante al cuerpo, que pecó en Adán, á fin de que fuese igual á los que venía á rescatar, y que pudiese trabajar desde la mañana hasta la noche, y de año en año, hasta mi muerte.—En mi última hora no he manifestado mi poder porque debían cumplirse las profecías, y para dejar á los hombres, ejemplo de paciencia.—Abandonando la cruz no hubiera convertido á los impíos, los cuales, si se indignaban cuando me veían curar á los enfermos y resucitar á los muertos, habrían atribuido á la magia ese prodigio.

XII. *El monje.*—¿Por qué quisisteis nacer de madre Virgen, y no habéis manifestado con signo alguno exterior, la virginidad de vuestra Madre?—¿Por qué no habéis dado á conocer vuestro nacimiento, sino á muy pocos?—¿Por qué huisteis á Egipto y permitisteis la degollación de los inocentes?—¿Cómo toleráis la

blasfemia y permitís muchas veces que la mentira triunfe de la verdad?

El Juez.—Quise nacer de una Virgen, porque la virginidad es lo más puro que hay sobre la tierra.—El milagro que probase la virginidad de mi Madre, no hubiera convencido á los incrédulos, que rechazan las predicciones de los profetas y al testimonio de Joseph.—Para confundir la soberbia humana, quise que mi Madre no fuese conocida, y que el signo característico de mi nacimiento fuese la humildad.—He ocultado el tiempo de mi entrada en el mundo, para que ni el demonio ni los hombres tuviesen conocimiento de él, antes del momento fijado desde la eternidad.—La huída á Egipto fué una manifestación de mi debilidad como hombre, y enseña á los mortales á huir de la persecución, cuando así lo exige la gloria de Dios.—La degollación de los inocentes fué figura de mi pasión, y al mismo tiempo revela el misterio del llamamiento divino.—Tolero la blasfemia, porque siempre doy tiempo al pecador para que se convierta.—El hombre es el que prefiriendo lo falso á lo verdadero, hace reinan la mentira.

XIII. *El monje.*—¿Por qué ¡oh Juez eterno!, concedéis vuestra gracia á unos pecadores, mientras la retiráis á otros?—¿Por qué á unas almas las colmáis de gracias durante su infancia, y se las rehusáis en la vejez?—¿Por qué la desigualdad en las pruebas, en las dotes de inteligencia y corazón y demás dones con que favorecéis á la criatura humana?—¿Por qué llamáis á unos á vuestro servicio al principio de su carrera, y á otros al fin de ella?

El Juez.—Ansioso de libertad el hombre debe conocer que todo le viene de Dios; por eso la gracia tan pronto se le concede, como se le rehusa.—Previendo la fidelidad con que me han de servir, concedo á ciertos niños las luces y gracias necesarias.—Mirando también la resistencia é infidelidad de muchos viejos, aunque por otra parte hayan sido fervorosos en sus primeros años, les retiro mis gracias, para no aumentar su deuda.—El impío casi nunca soporta los padecimientos sin murmurar, si escapa en este mundo es de temer que no sea condenado en el otro.—La inteligencia y el entendimiento no son nada comparados al espíritu de conducta.—Todas las criaturas racionales sin excepción, poseen el conocimiento necesario para alcanzar su fin último.—A veces, una luz no muy viva, es preferible á otra más intensa que aquélla deslumbraría el espíritu y le llevaría á la duda.—Los que abusan del don precioso de la razón se hacen acreedores al castigo. Escribir bien, hablar bien, vanidad es, si no se vive bien. La medida de las gracias divinas corresponde al uso, que el hombre hace de

su libre albedrío. La prosperidad de los malos es una prueba de la paciencia de Dios, así como las adversidades de los justos son testimonio de la inquietud de la inestabilidad de las cosas terrestres.—El momento de la vocación de todo hombre es aquél en que oye mejor el llamamiento divino.

XIV. *El monje.*—¿Por qué los animales padecen, si no han de gozar después de esta vida; y nacen en el dolor, sin hallarse en pecado?—¿Por qué el hombre al nacer cuando aún no conoce el mal, lleva en sí la responsabilidad del pecado de su padre?—¿Por qué lo imprevisto á veces está en desacuerdo con la previsión?—¿Por qué la muerte del impío es a veces gloriosa á los ojos del mundo, é infame ó desastrosa la del justo?

El Juez.—Los animales nacen en el dolor y viven en el trabajo como el hombre, á causa del desorden introducido en la creación, por el pecado original. El hombre, como causa de los padecimientos de los animales, debe compadecerlos.—Además los animales también á veces padecen por la intemperancia de su naturaleza, á veces para mitigar su fiereza.—El niño lleva en sí el pecado de su padre, porque la pureza no es herencia de los seres creados, pero el bautismo rompe las cadenas, y deja libre al cristiano.—Todo hombre posee la plena libertad de seguir ó no los funestos ejemplos, cuya consecuencia es transmitir el castigo de generación en generación; pero gracias á la Redención cada persona es responsable tan solo de sus propios actos.—Dios oculta á los hombres sus designios á fin de que el temor acompañe siempre al amor.—A menudo la recompensa terrestre precede al castigo enviado de lo alto, y el castigo temporal á la recompensa eterna.—El demonio puede rodear de gloria vana los últimos instantes de sus servidores; y no es raro que los justos lleguen al Cielo por el camino de la confusión é ignominia.—No pretendáis sondear mis designios, porque muchos queriendo comprenderlos con el auxilio de la sola razón han perdido la virtud de la esperanza.

XV. *El monje.*—¿Por qué habéis creado las cosas inútiles?—¿Cómo no habéis determinado que las almas sean visibles?—¿Por qué á menudo os hacéis sordo á los ruegos de vuestros amigos?—¿Por qué el hombre no posee la libertad de hacer todo el mal que desea?—¿Cuál es la causa de que caigan sobre nosotros ciertos males, que no hemos merecido?—¿Cómo se explica, que aquellas almas en quienes reside el Espíritu Santo, conserven la libertad de pecar?—¿Por qué el demonio tienta siempre á unos y á otros nunca?

El Juez.—Nada hay inútil en la creación; pero á causa del pecado

original, el hombre no ve las cosas como ellas son.—Como un niño que siempre hubiese vivido en las tinieblas, no podría formarse idea de la luz, así el hombre desde el primer pecado es incapaz por sí mismo de comprender las claridades ó luces de lo alto.—El alma es infinitamente superior al cuerpo, para que pueda ser vista con los ojos corporales.—Dios no escucha siempre los ruegos de sus amigos, porque sólo Él sabe en donde está el verdadero bien, y lo que conviene ó no á sus criaturas.—La Justicia divina sustrae por algún tiempo á los impíos, del poder del demonio, empeñándose en alejarlos del mal; y les pone delante el ejemplo de los justos, cuando por medio de la prueba son impulsados á ciertas acciones heroicas.—Pasando por la tentación, comprende el alma fiel la eficacia de la gracia divina, que sin el esfuerzo personal no lograría salvarla.—El alma inspirada por el Espíritu Santo conserva, por el libre albedrío la facultad de pecar. Si se aleja de Dios, también Dios se alejará de ella.—El demonio es, verdugo de los justos, concurre, sin embargo, al acrecentamiento de su gloria eterna. Es asimismo, verdugo de los malos, á quienes atormenta desde esta vida. Su acción permanece en los secretos de la Providencia.

XVI. *El monje.*—¿Cómo se entiende que el día del juicio tendréis las ovejas á la derecha y los machos cabríos á la izquierda?—¿Por qué, siendo Vos igual á Dios, está escrito que no conocéis, como tampoco los ángeles, el momento del juicio?—¿Por qué no hay entera conformidad en los escritos de los cuatro evangelistas, habiendo sido inspirados todos por el Espíritu Santo? ¿Qué causa tuvisteis para diferir por tantos siglos vuestra encarnación? ¿Por qué habiendo enseñado que una sola alma vale más que el mundo entero, no enviáis á todas partes vuestros predicadores?

El Juez.—La diestra y la siniestra de Dios, no se entienden sino en sentido espiritual, y significan la luz y las tinieblas; la posesión del bien supremo, y la privación de todo bien.—Las ovejas y los machos cabríos simbolizan la inocencia y el pecado.—He ignorado el momento del juicio, no en cuanto Dios (1), sino en cuanto hombre, con respecto á la ciencia humana; pero no á la divina y eterna.—El Espíritu Santo obra é inspira de diversas maneras.—La verdad se encuentra toda en los cuatro evangelios, pero unos contienen la letra, y otros el espíritu de mi doctrina.—La encarnación del Verbo se cumplió en el tiempo más oportuno; cuando la

(1) Dominus noster Jesus Christus, magister nobis missus est, etiam filium hominis dixit nescire illum diem, quia in magisterio ejus non erat, ut per eum sciretur a nobis. *S. Aug.* Concio I^{ma} de prima parte ps. XXXVI.

ley natural había suficientemente manifestado la inclinación de la humanidad al bien, y la ley escrita había demostrado al hombre, cuán profundo es el abismo de la miseria humana. Criado á imagen de la divinidad, el hombre es la criatura más noble que hay en la tierra; si abusa no obstante de su razón y de los dones con que le he favorecido, dejaré de usar con él de misericordia, y experimentará los efectos de mi justicia, por haberse hecho indigno de escuchar la voz, que le llamaba á la senda de la salvación, y no cargo á mis servidores de trabajos inútiles.

Habiendo respondido el Juez á tan reiteradas preguntas, quiso á su vez interrogar al monje, que despreciando la verdad, hablaba como un fariseo, no con el fin de ser enseñado, sino instigado por su malicia: «Si posees la inteligencia del bien y del mal, le dijo el Redentor, ¿por qué pues prefieres los bienes perecederos á los eternos?—«Porque los sentidos me arrastran, respondió el monje, y se hacen superiores á la voz de la razón».—Al fin de tu vida, manifestó el Salvador, verás lo que valen, tu elocuencia vana y los favores del siglo. ¡Cuán feliz serías si fueras fiel á los deberes de tu profesión!

Estas palabras fueron las últimas, que escuchó la extática: el Juez y el monje desaparecieron. En el curso de la visión notó la vidente que Dios, el Verbo y la Virgen trataron de aclararla lo que escuchaba; el Juez eterno la hacía observar que contestaba por medio de parábolas, aquellas preguntas cuya respuesta es incomprendible al hombre antes de su muerte. Exhortábala también el Verbo á elevar la mente y el corazón hacia el mundo invisible, para encenderse en deseos de llegar á él. «Tu corazón, le decía, estaba en otro tiempo como un acero frío, del cuala penas se escapaba alguna chispa de amor. Mas el dolor de perder tu marido avivó la llama de mi caridad. Poniendo tu voluntad en mis manos, te mereció la gracia de no poner ya tu deseo, ni cifrar tu felicidad en cosa criada, sino en Mí. Me buscaste en la penitencia y en la dirección de mis ministros, guiada por tu maestro (1), cuya ciencia humilde y segura ofrece contraste absoluto con la vana curiosidad del monje, que acabas de escuchar. Ahora te revelo mis secretos; en adelante Yo mismo apagaré tu sed; avivaré la llama del amor en tu corazón, y te enseñaré cómo has de instruir á los hombres».

Los discursos que acababa la extática de escuchar, no con el oído corporal, el cual percibe las palabras sucesivamente, sino de

(1) Matías.

un golpe, como la mirada abraza en conjunto varios objetos (1), referíanse, aunque sin orden ni método, à las diversas cuestiones que agitan el espíritu, turban la razón, y torturan el corazón del hombre. Jamás olvidó Brígida el diálogo del Juez y del monje; escribió después en el monasterio de Alvastra, en aquella lengua, no menos rica y variada que los matizados celajes del hermoso cielo de Suecia. Don Pedro tradujo al latín el manuscrito (2), y con el título de: «*Liber quæstionum*», lo envió á los obispos del reino. Asombrados quedaron éstos, al ver que la fundadora de la nueva orden nacional disertaba en teología, como pocos doctores en la ciencia sagrada.

(1) Los fragmentos autógrafos de las obras de Brígida publicados por KLEMMING (*Uppenb. VI*, 177-186) muestran la superioridad literaria del texto sobre la traducción.

(2) El prior de Alvastra (*Proc. Can. Dep. sup.* 30° *art. f.* 228 *v.*) dice que ha escrito esta revelación bajo el dictado de Brígida: tal vez le ayudó Pedro de Skeninge.

I. *Quintus liber Revelationum*, 362-409. En sus notas explicativas sobre el texto latino del libro de las cuestiones el obispo Gonsalve Durante prueba el acuerdo de la santa con los padres, los doctores y los teólogos. (Ver ch. XVI, *in med.*)

CAPITULO VI

1346-1349

PREDICA BRIGIDA LA PENITENCIA

Carta de la santa al Papa Clemente VI.—El rey Magno la llama á la corte y es allí perseguida.—Guerras contra los rusos.—Profecías de la santa.— Su tercera estancia en el monasterio.

Sancta Birgitta lefde än tha
Med henne lät gnd honom (*) förstaa
Huru han sik skulle regera.
Han ville en resa till ryztlandh fara
Jomfru Maria loth honom aathvara
Ath vildem lydha honom radha.

Rimkrönikan.

La regla del instituto del Salvador estaba escrita y aprobada por los obispos suecos; asegurado estaba también el dote para sesenta religiosas y veinticinco monjes en el monasterio de Vadstena (1), cuya primera piedra había puesto la misma santa. Veíase ésta consagrada á Dios, y se complacía en pensar que en aquellos lugares, testigos de su vida, esperaría la beatitud eterna del alma; allí sin duda, resucitaría su cuerpo á la voz de Cristo. Pasaba las noches en velar y orar, sabiendo que nuestro sueño es muy diferente del que tenía el primer hombre antes de su caída tendía á sustraerse de él. Cerca de Jesús sacramentado escuchaba á la noche revelar el conocimiento del Eterno (2). Gozaba su alma de apacible soledad lejos de todo comercio externo y libre del trato

(*) *Magnus*.

(1) Proc. Can. *Dep. P. de Alv. sup. 20º art., f. 209* y *Alf. ep. Gién. sup. 20º art., f. 153, v.*

(2) לִיְהוָה לְלִילָה יִחְיֶה-יָעֵת Ps. xviii (Heb. xix), 3.

con los mundanos, cuyos amores, aspiraciones y deseos se fijaban en objetos tan diferentes del que ella iba buscando. Sostenida, alentada y consolada por sus dulces conversaciones con los habitantes del cielo, en donde moraba con todos sus afectos, creíase ya en el momento de entregarse al deseado reposo en el monasterio de Vadstena. Pero Jesús, que muchas veces se complace en privar á sus escogidos del consuelo y descanso apetecidos, la condujo de nuevo al campo de la acción y del sacrificio. «Tu regla, la dijo el Maestro en el transcurso del año 1346, está escrita; las flores y las hojas han brotado ya; el fruto vendrá (1) más tarde, y desprendiéndose por sí solo de la planta, será recogido el grano. Ahora ve á Roma; allí están las calles pavimentadas de oro y teñidas con la sangre de los Mártires; allí el tesoro de las indulgencias, que con sus méritos han legado los santos, facilita el camino del Paraíso» (2).

En el momento pues en que el dolor, la fundación de la nueva orden y las solicitudes maternas arraigaron á Brígida al suelo natal, le era forzoso abandonarle. Aceptó, no obstante sin turbación alguna, la separación de cuanto amaba. El viaje á Roma, tan deseado de su corazón en otro tiempo, le era impuesto, no pareciéndole ahora una alegría, sino una penitencia. Adorando los designios de la Providencia, obedeció, y en recompensa de su humildad concedióle el Señor que hablase en su nombre, como ninguna mujer hasta entonces había hablado en el seno de la Iglesia.

«Escribe de mi parte al Papa Clemente (3) lo que yo te dicte, le dijo el Verbo». La santa escribió lo que sigue: «Yo, Jesucristo,

(1) Proc. Can. Dep. P. de Alvastra, 5º art., f. 202 r.

(2) Rev. extrav. VIII, 41.—Vita S. Birg. 202. La versión latina expresaría con más elegancia el pensamiento de Brígida, si el traductor se acordase de los bellos versos:

*Ere atque argento sternunt iter omne viarum
Largifica stipe ditantes: ninguntque rosarum
Floribus, umbrantes Matrem comitumque catervas.*

Lucretii lib. II.

Hemos separado en dos partes distintas la relación de las *Revelaciones extravagantes*, Catalina de Suecia. (Proc. Can. Dep. sup: 32º art., f. 135) y Magnus Persson (Dep. sup. 29º art. f. 102) aseguran que Brígida tuvo en Roma la revelación concerniente al papa y al emperador.

(3) VI de este nombre. Elevado al trono pontificio el 7 de Mayo de 1342. Pertenecía á la familia de Beaufort.

te he exaltado y colmado de honores. Levántate, y ve á poner paz á los reyes de Francia y de Inglaterra, son fieras peligrosas que devoran las almas. Dirígete luego á Italia, para contemplar allí los lugares regados con la sangre de mis santos. Si predicas mi palabra, y anuncias el año de salud (1), y el amor de Dios, te daré una recompensa eterna. Acuérdate que has seguido tu voluntad, en oposición con tu deber, has provocado mi cólera, y yo he sido paciente para contigo. Ahora mi tiempo se acerca; y tus días pronto terminarán. Te pediré cuenta de tus negligencias y de tu audacia; si no obedeces perderás los dones espirituales que te han elevado al puesto que ocupas. La prueba, no sólo afligirá tu alma, sino que servirá de tormento al cuerpo. No podrá tu lengua expresar el pensamiento, sino trabajosamente; y tu nombre, que ha resonado con gloria en el mundo entero, será execrable á mis ojos y á los de mis santos. Por mi voluntad has ascendido al más alto grado de la jerarquía eclesiástica; y te pediré cuenta de no haberte hecho digno de tan elevado puesto. Examinaré tu cobardía para negociar la paz, tu parcialidad en favor de uno de los partidos. Tendré presente que bajo tu reinado dominaban la ambición y la avaricia en la Iglesia de Dios. Hubieras podido reformar y mejorar muchas cosas; pero no has querido. Antes de que llegue tu última hora procura pues expiar tus faltas con obras de celo. Si quieres saber de qué espíritu proceden estas palabras, sabe que no te es desconocida la que las escribe, en ella he manifestado mi omnipotencia, tú conoces también el reino en el cual he obrado prodigios. Tu propia conciencia te dirá seguramente, que mis consejos están dictados por la razón; y por la caridad mis exhortaciones. Si yo no te hubiera esperado misericordiosamente, habrías descendido más bajo que ninguno de tus predecesores. Escudriña atentamente tu conciencia, y confiesa que te digo la verdad» (2).

Por más que las palabras del Señor sorprendiesen á Brígida, no por eso se referían á cosas por ella ignoradas. Sus relaciones con el alto clero de la península escandinava, y su trato íntimo con la corte de Stokolmo la habían dado á conocer la historia de la Iglesia y de las naciones europeas; sabía muy bien el mal incalculable causado por Clemente V á la cristiandad por haber rehusado habitar en la ciudad de los Apóstoles. El sucesor de san Pedro, obispo de Roma se había colocado, por su residencia

(1) El jubileo.

(2) *Rev. VI*, 63.

en Avignon, bajo la dependencia del rey de Francia. Veía ella con tristeza que Juan XXII, Benedicto XII, y Clemente VI, sucediéndose en el trono pontificio, habían preferido la patria de la tierra á la espiritual. Palpaba con dolor las perturbaciones, que el alejamiento de los papas de la ciudad de Roma causaba en el mundo cristiano. El vicario de Cristo era en cierta manera prisionero del monarca francés cuya influencia se extendía sobre Avignon como una sombra; veía que la autoridad pontificia no era respetada, que la mediación del papa entre los príncipes enemigos no conservaba fuerza alguna, y que las guerras y los desórdenes se multiplicaban á la faz de Europa.

Brígida miraba con interés todas estas luchas; pero había una que ocupaba más su atención.

La guerra entre Inglaterra y Francia, de que hablaba Cristo al Papa Clemente VI, un tío de la reina Blanca, Roberto d'Artois había desempeñado un papel muy principal desde el principio de las hostilidades, circunstancia que excitaba en gran manera la atención de la santa, cuando estaba en Stokolmo seguía con atención las vicisitudes de los partidos. Con la esperanza de recobrar bienes, que disputaba á su tía Mahant, Roberto había defendido primeramente los derechos de Felipe IV; á la sucesion de Carlos IV, fundados en el modo de heredar la corona, que pasaba exclusivamente de varón á varón; pero el nuevo rey, habiéndole hecho perder su predecesor Roberto, por vengarse, fué á Inglaterra é incitó á Eduardo III á pretender injustamente el trono de Francia. Brígida con la Iglesia y con todos aquellos á quienes el interés no cegaba, desaprobó la traición del príncipe, cometida el año mismo del matrimonio de Blanca de Dampierre, su sobrina, con el rey de Suecia. Instigado Roberto por el rencor y la venganza, había provocado una guerra sangrienta, en la cual tomaron parte gran número de extranjeros en uno y otro campo. Después del desastre sufrido por los franceses en l'Ecluse, esperaba Brígida el restablecimiento de la paz; mas no fué así, las hostilidades se recrudecieron, por el contrario, con motivo de la sucesión de Breñaña. Por su natural y su educación inclinábase Brígida más á la causa de Felipe de Valois, el rey de la nobleza, que á la de Eduardo III, cuyo ejército se componía por completo de plebeyos, y que se aliaba con los cerveceros de Gand; pero ante todo, ansiaba la paz; y creyó satisfacer al fin sus aspiraciones, después de la muerte de Roberto d'Artois ante los muros de Vannes. A la voz de Clemente VI, ambos partidos habían depuesto las armas; una bula pontificia, considerada como prenda de la paz, fijaba el

período de los grandes jubileos que en adelante debían celebrarse cada cincuenta años, y convocaba á los fieles á la ciudad de Roma para el año de 1350, esperándose asimismo la pronta venida del papa á la ciudad de san Pedro; pero supo la santa con dolor la ruptura de la paz, y que el papa Clemente VI continuaba en Avignon, corte de la cual hubieran huído los primeros cristianos como de un lugar de escándalo.

La carta de que hemos hablado, dirigida al papa, fué dictada por el mismo Cristo, en los momentos en que la batalla de Crecy cubria de luto á la nación francesa, y á las órdenes de caballería en toda Europa. Pedro de Alvastra la tradujo al latín, y encargado de ponerla en manos del pontífice, partió para Avignon en compañía de Hemming obispo de Abo, llevando ambos embajadores las instrucciones, que para ellos había recibido Brígida del cielo. Según éstas, la misión espiritual pertenecía al monje cisterciense; la negociación política al prelado. Las siguientes palabras, que María dirigió á la extática, diéronle á entender que se trataba de una victoria difícil de alcanzarse, y en la cual estaba altamente empeñada la gloria divina. «Aun cuando el mismo Lucifer ocupara la Sede pontificia, las voluntades de mi Hijo se cumplirán» (1).

El papa Clemente VI era un gran señor; sus cualidades como sus defectos, provenían más bien de su condición que de su posición elevada. Recibió á los mensajeros como un príncipe que conocía á fondo sus dominios y los intereses todos de la cristiandad. Algunos años antes había escrito á Magno II una carta llena de solicitud paternal, en favor de los débiles que sufrían la opresión de aquel Monarca; había recibido también la visita de algunos miembros del clero escandinavo (2), que le habían dado noticia de las revelaciones de la noble viuda. Tomó el pergamino, y rompiendo el sello (3), leyó la carta en presencia de los mensajeros. Aquel mismo papa que con tal severidad castigaba los más leves errores dogmáticos, recibió, no sólo sin airarse, sino con humildad los consejos que en materia de disciplina salían de los labios de una mujer ignorante. Hizo más todavía: manifestando particular deferencia á los deseos de Brígida, encargó á Hemming,

(1) *Rev. VI*, 34.

(2) *Diplom. V*, n.º 3719. Este volumen contiene numerosas cartas del papa Clemente VI.

(3) Después de la muerte de Ulf había adoptado Brígida otro escudo, añadiendo al león de oro de los Folkungs, la cruz, la corona de espinas, y las cinco llagas del Redentor. Las abadesas brígidas se sirven aún de un sello semejante.

la difícil misión de negociar la paz entre los reyes de Francia é Inglaterra.

Obedeció el obispo de Abo, mas no tuvo en su empresa resultado feliz; y sumido en penoso desaliento figurábase que Brígida le había impuesto un destierro y trabajos sin fruto. Sobrenaturalmente había sabido Brígida el triste resultado de la misión de Hemming y su tristeza y participando del privilegio concedido á los bienaventurados, encontrábase al mismo tiempo en Suecia y delante de él. ¿Por qué os turbáis?, le dijo, pronto volveréis á la patria en donde lograréis copioso fruto, trabajando en el bien espiritual de las almas. Sabed que las desgracias de aquellos á quienes fuisteis enviado, están muy lejos de terminar; y sus corazones sordos hasta ahora á la voz de Dios, sufrirán amarga tortura hasta que se humillen».

No ignoraba Hemming que san Francisco de Asís y otros siervos de Dios dotados del mismo privilegio de bilocación, habíanse trasladado á lejanos sitios, para llevar el consuelo á sus hermanos en tiempos de prueba (1). Dió crédito pues á las palabras que escuchaba, y obedeció en todo las órdenes del vicario de Cristo (2).

Entre tanto algunos mensajeros habían llegado á Alvastra, portadores de reales órdenes. Magno II acababa de regresar de un largo viaje efectuado en sus estados de Islandia, Noruega y Finlandia; y deseaba ver á su prima en la corte muy pronto. El prior del monasterio se encargó de entregar á Brígida el mensaje real; y aproximándose al altar ante el cual oraba la santa, la llamó, mas no obtuvo respuesta, porque la vidente no gozaba en aquel instante del uso de sus sentidos. En fin, saliendo del raptó, aseguróle Brígida haberle oído, sin que le fuese dado responderle (3). En el acto ordenó el prior la partida de su hija espiritual.

(1) «Las apariciones corpóreas de personas vivas se verifican, ó por traslación, ó por bilocación; esta última puede explicarse de dos maneras: la primera, admitida en las escuelas aristotélica y tomista rechaza la bilocación propiamente dicha, y explica el hecho de la doble y simultánea presencia por una representación angélica en uno de los dos lugares en cuestión. La segunda manera de explicar la bilocación, admitida por los partidarios de Scot y de la teoría de Leibnitz sobre la extensión de los cuerpos, consiste en admitir sencillamente, que un cuerpo esté real y simultáneamente presente en uno y otro lugar». MEYNARD, II, 403, 404.

(2) Proc. Can. *Dep. P. de Alvt sup.* 28º art., f. 214. No comprendemos porque Alfonso de Jaén da á esta embajada la fecha de 1378.

(3) El éxtasis impide á menudo el ejercicio de algunos órganos, dejando al mismo tiempo, que los demás funcionen libremente.

Renunciando á su peregrinación á Roma, aceptó Brígida los nuevos decretos de la Providencia, porque desde mucho tiempo atrás había entregado á Dios su voluntad toda. «Así como las criaturas inanimadas é irracionales, decía, se mueven según la orden del Creador, así también los seres dotados de razón deben someterle su libre albedrío, sopena de abusar de él». Tomar pues la ruta de Roma ó de Stokolmo, le era indiferente, con tal de caminar siempre por la senda de la obediencia.

Hasta llegar á la corte, no conoció Brígida por completo los designios de Magno. Meditaba éste una expedición contra los paganos de Esthoma y de Livonia que hostilizaban á los finlandeses, y apelaba para el buen resultado de su empresa á las luces é influencia religiosa de su prima. No ignoraba ésta, que el rey se hallaba hundido de nuevo en el atoladero mismo de que ella le había sacado el año anterior; y sospechó al instante la culpable política, que esa guerra ocultaba. Expiraba entonces la tregua de diez años concluída entre Suecia y Rusia. El príncipe arruinado é impopular, iba á aparentar una cruzada contra los cismáticos, con el fin de apoderarse de las limosnas destinadas á Tierra Santa, logrando al mismo tiempo enriquecerse, despojando á los rusos. Pretendía por último alejar de su capital á los nobles, que trataban de oprimir el reino, después de haberse servido de estos mismos para oprimir al pueblo. Magno pues demandaba las oraciones de Brígida, no sus consejos; pero ésta transmitió al rey de la tierra las palabras del rey de los reyes. Sin ordenar la guerra, el Señor la aconsejaba bajo ciertas condiciones: el príncipe debía ante todo, consultar con su conciencia, para ver si guiado sólo por el amor de Cristo, marchaba contra los rusos; debía también prepararse al combate, domando la carne por el ayuno y el trabajo, y dirigiendo su alma á las virtudes. De otro modo, ¿cómo pretendía abrir el Cielo á los demás, sino comenzaba por corregir sus propios defectos? El ejército que llevase al combate, debía componerse en su totalidad, de individuos suecos, que serían alistados voluntariamente, antes de abandonar sus estados el monarca debía visitarlos para asegurarse de la equidad de los jueces, de la administración de las rentas públicas y exhortar á todos al bien, por su ejemplo (1).

Quando hubo dado cuenta al rey de la referida revelación, quiso Brígida retirarse; pero un sentimiento de caridad la detuvo. Aunque Magno se hallase ya en aquella edad, en que el hombre ni

(1) *Rev. VIII*, 6, 39.

experimenta los efectos de la ignorancia de los primeros años, ni las vacilaciones de la vejez, era, sin embargo, el juguete de sus propios caprichos y de las voluntades ajenas, dando oídos á todos los pareceres. ¿Llegaría Brígida á lograr que la voz de Dios prevaleciese? Por inspiración del Espíritu Santo, trató con su real primo las cuestiones más importantes, entre las cuales ocupaban el primer lugar, la penuria en que se hallaba el tesoro público. Magno incapaz de reflexionar, parecía resuelto á llenar sus arcas por medio de vergonzosas negociaciones, y su prudente consejera se esforzaba en obrar sobre su corazón. «He aquí á mis hijos, le dijo señalando á Carlos y á Birger, enviados como rehenes á los acreedores de la Corona, mientras os es dado satisfacer la deuda, en lugar de ofender á Dios y atraer sobre vuestra persona sus castigos oprimiendo á vuestros súbditos» (1).

El hermano de Brígida se había presentado ya como fiador en Dinamarca; y en cuanto á la santa, no ignoraba el sacrificio, que exigía de sus hijos, ya que tan generosa oferta habría de atraerles quizá la ruina y la pérdida de la libertad. Mas la crisis financiera era tal, que la cuantiosa fortuna de aquellos, sólo aparecía como una gota de agua en el inmenso océano de sus deudas, y el monarca, por lo tanto, no aceptó el acto de noble desinterés, del cual no esperaba beneficio alguno.

Ese día mismo, arrebatada en éxtasis, recogía Brígida de los labios de Cristo las siguientes palabras: «El amor de un solo hombre puede salvar su patria, y las faltas de un solo hombre pueden también arruinar los imperios. Si el rey desea prosperar, que cumpla las promesas que me tiene hechas; que guarde á los otros reyes la fe que les ha jurado; que no apele á nuevas exacciones, á nuevas sutilezas. Vale más soportar la adversidad en este mundo, que pecar voluntariamente contra Mí y contra su alma» (2).

La santa dió parte al rey de las palabras, que el Señor le dirigía procurando hacerle comprender la unión tan íntima que existe entre un monarca y sus súbditos, y á qué punto ante la justicia eterna los méritos de la cabeza ceden en provecho de los miembros; Luego añadió: cuatro generaciones de reyes han gobernado el país. La Justicia divina, ha usado de clemencia con la primera en vista de algunas buenas obras y aun de sus iniquidades, porque oprimiendo al pueblo era el instrumento de la cólera divina.

(1) *Vita S. Birg.* 199.—*Proc. Can. Dep. Alf Ob. de Jaen*, 20º art. f. 153 v.

(2) *Rev. extrav.* LXXIII.

La misericordia de Dios humilló á la segunda, perdida por sus desarreglos y crímenes, antes de que hubiera debido dar sus cuentas. La tercera recibió también su castigo, cuando daba rienda suelta á su apetito de ambición y egoísmo á fin de librarla del castigo eterno. A la cuarta, en fin, injusta, ambiciosa y soberbia, la convida el Redentor con la misericordia y el perdón; si no oye los avisos de Dios, vendrá á ser, tarde ó temprano, un ejemplar de la Justicia divina. Jesucristo se digna favorecer á Magno, dándole el dulce nombre de hijo; mas éste no debe por ello entregarse á una presuntuosa confianza; y por otra parte la resistencia á la acción paternal de Dios, le haría indigno de sus benéficos efectos» (1).

En su inconcebible ligereza el joven soberano no era capaz de comprender ni las lecciones de la sabiduría divina, ni los consejos de la prudencia humana. Espantado del lenguaje profético de su prima, acudió para penetrar en lo futuro á los adivinos y hechiceras, cuyas predicciones lisonjeaban por lo menos sus esperanzas. Brígida intervino de nuevo: «esos oráculos, dijo al príncipe, vienen del infierno, el demonio aunque caído es capaz todavía de predicar lo cierto; pero se engaña frecuentemente, y cuando nos comunica su ciencia, es siempre al precio con que la pagaron nuestros primeros padres. Importa pues, huir de las hechicerías y de sus engaños con presteza» (2).

Nada sin embargo consiguió Brígida de parte del monarca; esperaba conseguir más de la reina, y la dijo: «desde vuestra infancia fuisteis trasplantada á tierra extranjera, á fin de que diéseis en ella ópimos frutos; y vos habéis preferido el mundo á Dios; por eso la influencia, que vuestros hijos ejerzan sobre sus súbditos, será funesta». A estas palabras de su venerable prima contestó Blanca, confesando ingénuamente sus yerros. Habíase dejado llevar en efecto del orgullo y de los arrebatos de su ardiente imaginación á todos los extremos. No cumplía los preceptos divinos, y á pesar del decaimiento de su voluntad, pretendía observar los consejos evangélicos más austeros. Dábase á mortificaciones más ostentosas que eficaces, hacía votos imprudentes antes incumplidos que hechos entre una mezcla extravagante de ceremonias religiosas y fiestas mundanas en las que se complacían ciertos viciosos.

(1) *Rev. VIII*, 49.

(2) *Rev. VI*, 82.

Después del nacimiento de sus hijos el rey y la reina se habían empeñado en practicar los consejos del Apóstol á los perfectos esposos cristianos. Infieles á su promesa, intentaban renovarle, ahora que dos hijas completaban la familia real, Brígida les manifestó que para seguir tal vía, era necesario ser llamada á ella por Dios, y sin vacilar reprendió á sus primos. «Obedeced á las leyes del matrimonio, acordaos de que el hombre no debe separar lo que Dios ha unido. El matrimonio es indisoluble. Si alguna vez los cuerpos se separan, es porque se han unido más fuertemente las almas, y las ha enlazado con un ardiente amor espiritual. Vosotros no estáis llamados á este estado espiritual. Sin caridad, en un momento de fervor indiscreto habéis hecho un voto falto de razón é imprudente; á vos señora, añadía la santa, os movió el miedo de los sufrimientos de la maternidad. Temed sucumbir al mal, cesad de aspirar á una perfección para la cual no estáis hechos; la humildad, la compasión hacia los desgraciados, son las virtudes, que os convienen. No busquéis otras ni penséis tampoco que haya pecado en retractarse con prudencia de lo que, inconsideradamente se haya prometido (1).

Brígida había visto lo que inspiraba á los dos esposos, e hipócrita y peligroso deseo de alejarse uno de otro: había notado la presencia en palacio de un cortesano joven, inteligente y de arrogante figura. Llamábase Benito de Algotsson, y recientemente había sido enviado á la corte de Suecia por su padre aliado de los Folkungs (2). Brígida adivinaba en él la ambición de que habla san Gregorio, humilde mientras busca el poder, descarada cuando lo ha conseguido. Suave de condición y de modales, poco á poco ejercitaba su imperio sobre el rey y su seducción sobre la reina. Se hubiera dicho que Brígida oía ya al favorito alabarse de ser el árbitro de sus voluntades, y al pueblo decía por lo bajo: «La

(1) *Rev. VIII*, 11, 12.

(2) Algunos historiadores pretenden que Benito Algotsson era de humilde linaje; pero lo cierto es que pertenecía á una familia emparentada con la casa reinante de Dinamarca, y llevaba en su escudo, el león de los Folkungs. La cuestión es oscura. **Stephen, Den Heliga Birgittas Uppenbarelser, Stokolm.** (déc. 1909) 289, 294, lo demuestra en un comentario interesante. Sin embargo las cosas se simplifican algo, si no se hace intervenir á la madre del favorito, la cual M. Stephen reconoce que tuvo parte en la elevación de su hija en el texto siguiente: «Iste servus diaboli fuit dominus Benedictus Algotsson, quem rex exaltavit in ducem contra deum et matrem ejus, contra statuta regni et consiliarios regni». Según nuestra opinión el viejo comendador no se refiere á la madre de Benito sino á la madre de Dios, cuyos consejos había menospreciado Magno.

pareja real adquiere por una complacencia recíproca la más vergonzosa libertad.

La vidente parecía leer los vicios de esta corte, en las crónicas futuras, manchando los labios y el pensamiento de los cristianos (1)

A pesar de su juicio sobre situación tan peligrosa, Brígida permaneció en la corte. La diplomacia de los soberanos y la funesta habilidad del favorito estaban muy lejos de separarse de una mujer estimada y venerada en todo el reino, y se ciñeron por lo pronto, á observar para con ella cierta conducta, en la cual el respeto aparente era el velo que ocultaba la ironía. Cuando el rey y los cortesanos envueltos en gruesas pieles conversaban en torno de la reina y de sus damas, burlábanse de las profecías de la santa, juzgándola hechicera, imprudente ó loca, y festejaban su llegada, con ruidosas carcajadas dando la señal Magno, que decía á Carlos y á Birger, que se estremecía de indignación. «Vamos á ver lo que ha soñado nuestra buena prima» (2). Al encontrarla en los jardines de palacio, preguntábanla en tono burlesco: «¿Hará buen tiempo hoy, tía? ¿Lloverá mañana?» A estas infantiles maldades Erico añadía una injuria. Repitiendo las pérfidas calumnias de ciertos cortesanos, la preguntó un día: «¿Tus hijos serán reyes muy pronto? ¿Nos quitarán pronto el trono?»

Bien sabía Brígida que aquellas palabras no salían espontáneamente de los labios del joven, y que no eran sino el eco de las que á su alrededor escuchaba. Contemplóle unos instantes, con compasión: «Si no te portas mejor, le dijo, nunca serás rey, ni vivirás mucho tiempo. No te verás en tu posteridad, tu madre no recibirá de tí alegría alguna; y al morir no dejarás en pos de tí, grato recuerdo. Humíllate, pues, y procura alcanzar la misericordia de Dios». El joven Erico bajó la cabeza, y se retiró, con el alma trastornada (3).

Dócil á la voz del Espíritu Santo, Brígida hizo extensivos sus consejos á los cortesanos. «No pensáis, les decía, sino en atesorar

(1) **Olaï Petri, Svenska Chronica. Script. I, II, 268.**—MUNCH, II, 251.—La historia contemporánea trata de rehabilitar al favorito. (Cfr. *Sv. hist. II, 23, 24*). Parece perfectamente designado en las Revelaciones para que el pensamiento de los cronistas arrastre al de los biógrafos de Brígida. Las crónicas reflejan la opinión, mientras que ningún documento absuelve á Benito Algotsson.

(2) Proc. Can. *Dep. Kater. 19º art.*, 128.

(3) Proc. Can. *P. de Alv. 29º art.*, f. 215 v. *Sup. 29º*. Es evidente que en error de copia seguido por los historiadores de la santa sustituye el nombre de Haquin al de Erico. El texto de la deposición del Prior de Alvastra dice: «Ex verbis domine

riquezas para vosotros y vuestros hijos, á los cuales inspiráis con el ejemplo, los mismos sentimientos de codicia. Si tuvieseis tal dominio, insinúa la madre al hijo, serías semejante á tu padre, les inspiráis la ambición de los honores, les persuadís á sacrificar todo, fortuna, fuerzas, salud para adquirir renombre. Les enseñáis que la humanidad es un oprobio; y el buscar los bienes de arriba, una locura. En consecuencia, esos niños, esos jóvenes, oprimen al débil, ultrajan ó quitan la vida á sus enemigos, que lo son todos los poderosos. Crece su audacia con el éxito, y llegan luego á atacar á la Iglesia misma, olvidando entre tanto el fin supremo en cuanto á su salud, no les importa disfrazando el dogma de la predestinación, pretende que la presciencia divina ha fijado su suerte eterna; pero el castigo del Cielo caerá desde en vida, sobre el reino de Suecia. ¡Arrepentíos! ¡Enmendad vuestra conducta! (1).

Cuando la santa veía en torno de los soberanos aquellos trajes de corte, que llamaban *de locura* aquellos escotes exagerados de las damas, á los cuales hacían alusión los predicadores llamándolas *ventanas del infierno*, cuando observaba la confusión de vestidos en los dos sexos, condenada por la Iglesia, divulgaba las lecciones recibidas del cielo á este objeto. «Despojaos, decía, de esos adornos suntuosos; que los hombres no se vistan como las mujeres ni los bufones: dejad vuestro cuerpo como Dios lo ha criado; que las mujeres no se adornen indecorosamente, para despertar malos pensamientos y deseos culpables. Expiad vuestros pecados de avaricia por medio de la caridad, derramando con alegría abundantes limosnas; vuestras impurezas por la oración; expiad los pecados de gula, con la abstinencia; y los pecados de orgullo con actos de humildad. Ordenen los obispos solemnes cultos en honor de la adorable Trinidad y asistan los fieles á ellos. En el espacio de mil años el Señor, no se ha mostrado tan irritado contra el mundo como lo está ahora».

Procuraba Brígida esclarecer con ejemplos sus exhortaciones, á fin de que fuesen mejor comprendidas, y sin revelar los nombres, hizo patente la acción divina, respecto de tres suecos. Parece, sin embargo, que los cortesanos comprendieron de quién se les

Brigide misericors factus est, et non diu vivens decassit sine generatione et sine regno, ut predictum fuit ei a domina Brigida». En el tiempo en que Don Pedro se expresaba así, vivían el rey Haquín y su hijo Olaf. Erico por el contrario había muerto sin reinar y sin descendencia.

(1) *Rev. VI*, 27, 28.

hablaba. «El primero de ellos, decía Brígida, se negaba á servir á Dios; éste será privado de los goces eternos, aunque gozará todos los bienes terrenales. El segundo será afligido por enfermedades, mas éstas le salvarán del abismo hacia el que corría. El tercero hubiera aceptado gustoso todos los tormentos antes que consentir en el pecado; y será purificado por medio de padecimientos físicos y morales, antes de ir á anegarse para siempre en las inmortales delicias.

Ante la misión apostólica de la santa, el clero se dividió en dos partidos: aquellos, que contemporizando con los vicios de la corte, pretendían amalgamar los preceptos de la moral evangélica con las máximas del mundo, se declararon en lucha páfida contra Brígida; pero lucha sorda, oculta, bajo las apariencias de celo por el bien, sentimiento que se manifestó por vez primera en uno de los sermones predicados en la capilla real. Ante un auditorio que participaba secretamente de su opinión, cierto monje valiéndose de su elocuencia, expresó el temor de que Brígida fuese, como ciertos padres del desierto, engañados por satán. Dulce, sencilla, modesta, como convenía á la esposa del Verbo, la aludida bajó la cabeza. El Maestro divino se le apareció en aquel momento. «Este habla según se lo inspira la pasión, y no según lo exige su deber: nunca mis amigos, si son humildes, han sido engañados, y sólo serán víctimas del demonio los que enorgullecidos de su virtud, rehusan obedecer. El hombre, que se gloria de su sabiduría, comparecerá ante la mía, y comprenderá que para ser justo se requiere que la conciencia pura vaya acompañada de verdadera humildad, porque la virtud no consiste en palabras sublimes». La extática dejó que los cortesanos aplaudiesen el sarcasmo del predicador, y no reveló sino á sus confesores, las celestiales enseñanzas (1).

Cuando en la ciudad se divulgó el incidente de la capilla real, creyeronse todos autorizados para injuriar impunemente á Brígida. Un joven, indigno sobrino del santo obispo Brynolf, quiso vengarse de la noble dama, por influencia de la cual había perdido su crédito en la corte. Espió el momento en que pasase la santa debajo de sus ventanas, y tuvo la osadía de inundarla de agua helada. «¡Dios sea bendito por haberme enviado tan buena mortificación!», exclamó alegremente Brígida; y volviéndose á Canuto, añadió: «no quiera Dios que recibas el castigo de lo alto». Sacudió luego su túnica de sayal, y prosiguió su camino, con dirección

(1) *Rev. I*, 36.—*IV*, 91, 92, 134.—*VIII*, 57.—*Extrav. LXXIV*.

á la Catedral para asistir á los oficios. El Señor presente en el altar, la dijo: «El hombre que te ha insultado, está ávido de sangre pero que no se descuide: ¿quién puede asegurarle que no morirá bañado en la suya propia?» Brígida siempre pronta á volver bien por mal, envió á su hermano Israel, para advertir á Canuto del peligro, que le amenazaba. «No me intimidan esos sueños, contestó el gran señor, Dios es misericordioso, y no condena á nadie». Sin embargo, pocos días después, una simple hemorragia nasal le arrebató la vida, que tanto amaba. Mala reputación tenía este hombre entre el pueblo de Skara, el cual se apresuró á retirar del sepulcro de familia las venerandas reliquias de san Brynolf, cuando fueron depositados en aquel sitio los restos del sobrino (1).

Los calores del estío alejaron de Stokolmo á la corte, para llevarla á los frescos y risueños bosques que rodean á Arboga. Allí, en espléndidos festines, se reunía toda la nobleza de Vestemánia. El concurso era numeroso en esos banquetes, y el favorito aprovechó la circunstancia para poner en ridículo á la santa y arrebatarle el prestigio que en la corte gozaba. En medio del banquete, uno de los convidados fingió estar ébrio, y volviéndose á Brígida, «Mujer, la dijo, ayunáis mucho, y soñáis en demasía. Preciso es, pues, comer, beber y dormir más, á nadie haréis creer que Dios abandonará sus servidores del claustro para conversar con los orgullosos del siglo: estaría como loco para dar fe á vuestros discursos».

Estas palabras hallaron eco entre los enemigos de Brígida; y no pocos había entre los cortesanos, que hubieran querido verla desaparecer, si hubiesen osado atentar contra la vida de una persona que tan alta posición ocupaba en la corte, pero no la faltaban defensores; el impetuoso Carlos desenvainó la espada; Israel y Birger con otros caballeros habíanse apoderado ya del pretendido ébrio, cuando Brígida los detuvo. «Pongo á Dios por testigo, exclamó, de que por su amor prefiero estos insultos y desprecios á la corona real». Luego añadió con tristeza: «Dejadle hablar; el Señor ha puesto hoy á este hombre en mi camino para castigarme. Me he dejado llevar en otro tiempo de la vanagloria, he ultrajado el Santo Nombre de Dios y esos ultrajes son justos y merecidos (2).

(1) *Rev. IV*, 122.—*Proc. Can. P. de Alv.* 19^o art., f. 207, r. El nombre de Canuto Folkasson ha sido añadido al margen de esta página del proceso.—*Vita S. Brynolfi*, III, n, 117.

(2) *Rev. IV*, 113.—*Proc. Can. Dep. P. de Alv.* 19^o art., f. 207 v.

Este individuo, instrumento de las venganzas de Benito Algots-son contra la santa, era el señor de Hammerstad (1), el cual si bien se había dejado llevar de la violencia de la pasión contra su ilustre parienta, lo sentía después en el fondo de su alma, era porque la mayor parte de los convidados condenaban la actitud de Brígida; su santidad era apreciada cuando atraía el respeto de los hombres, asustaba ahora que hacía temer la desgracia real. Sus parientes la acusaban de entregarse á la fantasía de una imaginación sobre-estimada por sus austeridades: los insensatos llegaban hasta aconsejarla que se volviese á casar. Entonces fué cuando la viuda de Ulf, sufrió en su aislamiento.

En el monasterio de Alvastra estaba al abrigo de los vanos juicios del siglo; pero ahora, lanzada de nuevo en el mundo, obligada á defender sus actos, echaba de menos, á pesar de su intrepidez el apoyo, que en otro tiempo había encontrado en el compañero de su vida, el cual compartía con ella el peso de la carga, que al presente llevaba ella sola, como el Cirineo había ayudado á Nuestro Señor, Ulf la habría ayudado: pero Ulf había desaparecido, y con él todo auxilio humano. Sentíase Brígida abrumada por tan importunos pensamientos, hasta que el Maestro divino le recordó la paciencia de que Él mismo le había dado ejemplo en el pretorio y en el calvario, y desde aquel instante nada la turbó ya.

Los amigos de la santa, representábanle como una temeridad, el que se entregase á tales austeridades, que helaban de espanto el corazón. «Vuestra naturaleza débil y enferma, le decían, no podrán resistirlas». A lo cual contestaba ella sencillamente: «No me detendré en el camino comenzado, sino cuando no pueda más: ni por vosotros me he internado en él, ni por vosotros lo dejaré. He prometido sufrir las censuras; pedid á Dios tan sólo la perseverancia en mi propósito. Los sacerdotes indignos, los orgullosos, los incrédulos, la atacaron, por el sacrificio culpable, según ellos, de sus riquezas, de sus honores y de sus fuerzas. ¿No tenía deberes sagrados hacia sus hijos? Crearse otros nuevos deberes ¿no era afectación y locura? Brígida les dejó hablar, y continuó haciendo lo que la voluntad de Dios le pedía.

A medida que los preparativos de guerra adelantaban, procuraba Magno tratar á su prima con más cortesía, y mayores muestras de afecto. Con el fin de eximirse de las dificultades del gobierno, resolvió ponerse al frente de la expedición, y dejar establecido

(1) Nicolás Ingewaldsson, tal vez cuñado de la santa.

un consejo de regencia, en el cual el gobernador de Upland ocuparía un puesto preponderante. Este, sin embargo, pensaba de otro modo, y prefería partir á la cruzada, á permanecer al frente de una situación tan precaria respecto de la cuestión financiera. Acudió el rey á Brígida, solicitando su mediación en el asunto, y ésta hizo ver á su hermano Israel, que en obsequio de los intereses del reino debía permanecer en Suecia.

En lo más fuerte de la discusión entre Magno y el gobernador reveló Brígida ciertas palabras de la Madre de Dios, que disiparon por completo las dudas de Israel. ¿Qué sería del reino, decía la Virgen á la estática, si los que aman la justicia y pueden ejercerla, rehusan trabajar por amor de Cristo? Los ciudadanos influyentes y virtuosos, deben llevar las cargas del estado, hacer el bien, ser útiles á los demás. De lo contrario, la nación sueca no sería sino, una cueva de ladrones y de tiranos en la que los impíos arrollarán á los justos. Si mi siervo Israel acepta la dignidad de regente, la verdad estará en sus labios, y la espada de la justicia en sus manos no hará elección de personas, ni contará ni con sus parientes, ni con sus amigos. Más tarde verá cumplido su deseo. Se dirá de él: «Este hombre ha combatido gloriosamente en lejanas tierras, ha honrado á la Madre de su Dios, se ha mostrado fiel siervo de su Dios». Yo le conduciré á mí por otro camino (1). El gobernador se sometió á la voluntad divina, y se ofreció sin condición alguna, á las órdenes del monarca.

Magno, para dar á la guerra, que declaraba á los rusos, un carácter religioso, envió á la ciudad auseática de Novgorod, este singular mensaje: «Enviad á vuestros teólogos, y yo enviare á los míos, para que discutan sobre materias de fe. Si vuestra religión es la verdadera, yo la abrazaré; si por el contrario lo es la mía, os uniréis á nosotros; y en caso de resistencia, marcharé contra esa nación con todas mis fuerzas.

El gran príncipe de Rusia, Simeón Ivanovitch no quiso mezclarse en este asunto. Las autoridades, religiosa y civil de Novgorod, aunque algo sorprendidas del inusitado fervor teológico del rey sueco, le manifestaron que debía dirigir su proposición al patriarca de Constantinopla, cuyas doctrinas seguían. «No queremos, decían, disputar contigo: si en algo te hemos ofendido, apelamos á un congreso». La respuesta de Magno fué la declaración de la guerra (2).

(1) *Rev.* VI, 95.—*Sv. hist.* II, 12.

(2) **Sotchinenia Sergieia Solovieva. Istorija Rossi s drevnieichix vremen.** Moskva, 1858, III, 322.

No vió Brígida con buenos ojos aquel ejército reunido bajo el estandarte de la cruz. La exención de contribuciones en favor de los que tomasen las armas, atrajo á multitud de campesinos que vinieron á engrosar las filas; y aunque algunos suecos y noruegos, engañados por las apariencias, creyesen tomar parte en una campaña útil á su fe y á su patria, la mayoría de soldados voluntarios componíase de advenedizos y aventureros daneses y alemanes, que sin estar unidos entre sí, ni con los primeros, por ningún lazo común, formaban en conjunto, más bien que un ejército, una reunión de hombres de toda nación. Ahora bien, ¿la animosa y valiente caballería escandinava lograría conducir á la victoria á aquella horda extraña? ¿Quién podría afirmarlo? Pero aunque esos combatientes improvisados llegasen á vislumbrar el triunfo, ¿sería éste duradero?, ¿continuarían luchando hasta el fin?, ¿ó bien, extraños á la disciplina y privados de energía moral, no correrían inconscientes á una derrota segura?

Sin embargo, siguiendo la orden expresa del Señor, esforzábese Brígida por animar al combate á tan extraños cruzados, y á su mismo capitán. Habló ante todo á los hospitalarios de san Juan, monjes guerreros de la orden benedictina, los cuales, á los tres votos de religión, añadían el de estar prontos siempre á derramar su sangre en defensa de los intereses de Cristo. Aunque en aquella época, los hospitalarios no gozasen en Suecia, de la misma reputación que en el siglo precedente, debían no obstante marchar á la vanguardia, en unión de sus hermanos los caballeros Porta-espadas y los Teutónicos. Por todas partes, y sobre todo en los sitios más peligrosos, debían hallarse estos caballeros ostentando sus mantos rojos adornados con la cruz de Malta.

«El Señor me ha revelado, les escribió Brígida, que os ama en particular, sobre las otras órdenes religiosas, porque habéis jurado derramar vuestra sangre, por la suya divina. Ha formado de vosotros un haz; en otro tiempo, vuestro solo nombre era una dignidad; vuestro hábito, el signo exterior del abatimiento de la propia voluntad, y de vuestros juramentos en obsequio de la fe; os sostenía contra vuestra debilidad el voto de obediencia; tratábais de purificaros por la observancia de la regla, y el ejercicio de la caridad; no confiábais en vosotros mismos, sino en la Misericordia divina; no seguís ya á Cristo vuestro maestro, á este caballero generoso que allá en Jerusalén peleó contra el enemigo en tan rudo combate; no sabéis ya sacrificar la vida en defensa de la verdad y la justicia, la inmoláis en aras de la ambición, presentándoos al frente del ejército en guerras, que no tienen otra causa

sino el orgullo, y exponéis vuestras almas á la perdición eterna, sin alcanzar más salario que vanas palabras» (1).

La noticia de estas revelaciones voló muy en breve entre las filas de los caballeros con las siguientes palabras, salidas así mismo, de los divinos labios: «*Soy Yo, Jesucristo, quien habla; Yo, verdadero Dios y verdadero Hombre, uno y eterno con el Padre y el Espíritu Santo*».

«En otro tiempo, añadía la santa á los caballeros, el Señor se complacía en vuestra vida; llenos de fe en la presencia real de Jesucristo en la sagrada eucaristía; renunciábais á los bienes, á los honores del mundo, y á la voluntad propia. Porta-espadas de Dios, á ejemplo de san Jorge, vuestras armas eran la mortificación de la carne, y la contrición del corazón; la armadura de la caridad y la justicia os escudaba. Ahora, marcháis á la apostasía; pasáis al campo de sataná, y no creyendo ya en el auxilio de lo alto, ponéis vuestra confianza en la nobleza de la sangre y en el esfuerzo personal».

Mas como las lecciones abstractas no penetran en todas las inteligencias, trató Brígida de dirigirse á la imaginación, por medio de figuras. Revelaba sus visiones, y de ese modo hizo que esos caballeros asistiesen en cierta manera al juicio supremo de dos hermanos suyos, fiel uno á sus deberes, y traidor el otro á sus juramentos. Este que había trocado la milicia de Cristo por la de Lucifer, creía ver en el fondo del infierno en donde se hallaba el mismo ejército en cuyas filas había combatido en el mundo, á medida que cada condenado entra, se injerta con los demás. Dios y sus santos volvían el rostro para no mirarle. En cambio la Santísima Trinidad llama al caballero humilde y fiel dormido en los brazos de la muerte, con estas palabras: «Ven á tu Criador y Señor, le dijo Dios Padre, ven á recibir la herencia eterna, debida á tu obediencia». «Te reconozco por hermano mío, continuó Jesucristo, me has ofrecido vida por vida». «Oh mi generoso defensor de mis derechos, añadió el Espíritu Santo, ven á recibir el descanso eterno con el que encontrarás alivio en las fatigas de tu cuerpo, que mis consuelos borren los sufrimientos de tu inteligencia, que es don de Mí, y te daré mis consuelos divinos y recompense tu

(1) REUTERDAHL, *op. cit.* II, 497, 496. Estas revelaciones de Brígida hicieron suponer que había fundado una orden militar. **Hermant, Histoire des ordres militaires.** (XLI. 293), dice que se instituyó en 1366 y da sus constituciones. **Schoonebech** (II, 47) añade el ceremonial de la recepción. **HELYOT**, (IV. 46) hace justicia á estas novelas.

caridad». Cinco legiones de ángeles rodeaban á esta alma bienaventurada, que exclamaba: «Bendito sea el momento en que vine al mundo». ¡Si... bendito sea, digamos nosotros también, pues la gloria celestial es la herencia de esta alma, que posee ya la felicidad verdadera, y gozará para siempre de todo aquello que pudiera desear!

Mientras tanto hacíase Magno más y más sordo á las palabras de la extática. Sin embargo una vez más le repitió Brígida las palabras, que con relación á él, habían salido de los labios de Cristo y de su Madre. «El rey, decía el Verbo, es un niño; confía más en sí mismo que en Mí. Cree que su fuerza está en el número de los mercenarios y extranjeros, que tiene bajo su mando, y en el dinero de que se apodera; pero ni siquiera sospecha el hambre, la miseria, las angustias que afligen á su numeroso ejército. La victoria la alcanzan unos cuantos hombres humildes de corazón y animados de grandísima confianza en Dios. Nadie vencerá sin mi permiso. Si Magno gobernase por medio de jueces íntegros, si aliviase las necesidades del pobre, si honrase á mi Madre invocándola por medio de su oficio, si construyese el monasterio de Vadstena, si procurase, más bien convertir, que despojar á los infieles, y estuviese pronto á sacrificar su vida por la honra de Dios, en una palabra, si se preparase á la muerte por medio de la contrición de sus pecados y la reforma de sus costumbres, el Señor protegería su ejército». La Madre de Dios añadía: «Si Magno cumple las obligaciones, que tiene para conmigo. Yo no me separaré de él; pero si me abandona, se verá abandonado por Mí. A la escogida legión, que sea juzgada digna de ostentar la cruz, le ofrece Cristo dos banderas: las de la justicia y la misericordia; esta última cobijará á los paganos, que se hallen dispuestos á pelear por la paz. Magno les propondrá el bautismo y la libertad; sabios clérigos, monjes fieles á sus votos y celosos obispos, les instruirán y edificarán una iglesia. Permanecerán sacerdotes entre ellos y en el caso de que estos servidores de Jesucristo muriesen antes de haber establecido su reino, la buena voluntad les asegurará el éxito. Los que combatan bajo el estandarte de la justicia pelearán hasta el fin, y no retrocederán ante el enemigo. Antes de arrojarse á una empresa, es necesario estar seguro de sus fuerzas. ¡Felices mil veces, los que sucumban, peleando por Dios!; recibirán por recompensa, el ciento por uno; pues el Señor á quien sirven, no deja sin premio, ni siquiera un pensamiento fugitivo de amor» (1).

(1) *Rev.* I, 5, 6 —II, 7 á 13.—III, 13.—IV, 89, 95.—VI, 26, 41, 43.—VIII, 2, 32, 33, 40, 43, 45, 46.—*Extr.* LXXIII.—*Sv. hist.* I, 459.

El rey sordo siempre á los avisos del cielo, atacó como un loco á los rusos; puso sitio á la ciudad de Noeteborg; la tomó cogiendo multitud de prisioneros y dando libertad con rescate á los que consintieron en ser bautizados y se llevó á los demás.

Burlábase de las profecías de Brígida, cuando una partida de rusos cayó sobre él, matándole quinientos soldados, sin perder más que tres de los suyos. Entonces declaró Magno que estaba cansado de la guerra. La toma de Noeteborg era de suma importancia, á causa de la posición estratégica de dicha ciudad. Aporreado el rey de este punto, le hubiera sido muy fácil cortar las comunicaciones entre el Neva y Novgorod, y arruinar, por consiguiente, el comercio de aquella república; pero abandonó su conquista al cuidado de una guarnición insuficiente, que el enemigo hizo pedazos en Febrero de 1349 (1).

De su expedición, el rey no había sacado más fruto, que aumentar sus deudas, ni otra gloria que una vergonzosa retirada. No tardó Brígida en declararle de parte de Cristo, que sus soldados habían sucumbido, porque no habían sido conducidos á la cruzada, sino á la conquista material de tierras rusas y con tono severo le repitió las palabras, que de los labios de la Virgen, había escuchado. «El demonio, decía la reina del cielo, ha conducido al rey al combate; y pensando éste que los amigos de Cristo no saben pelear, se ha rodeado de hombres impíos, juzgándolos como mejores militares. En su mano estuvo la conversión de los cismáticos, á quienes por medio del convencimiento hubiera debido atraer á la fe. Muy cerca tenía á los hijos de Domingo, de Francisco y de Bernardo, tan doctos, tan virtuosos; y en vez de enviar á éstos á las tierras, que yo deseaba darle, ha presentado á los rusos un clero ignorante y ambicioso. Por última vez me dirijo á Magno diciéndole: «Hijo mío, vuélvete á mí, y yo vendré á tí».

Muy poco impresionaron al rey las revelaciones de la santa, porque en su imaginación soñaba nuevos combates. Mas hubiéronse de tornar en breve, aquellas revelaciones, en terribles y siniestras amenazas. «El príncipe por quien tú ruegas, decía el apóstol san Juan á Brígida, es un hombre egoísta, derrochador de sus riquezas; es el peor de los traidores; pues ha usado de doblez con su pueblo, y ha causado su desgracia, exaltando á los impíos; es el peor ladrón, porque tomando los bienes que la Providencia le ha confiado, se sirve de ellos, para contrariar los designios

(1) La cronología de varios historiadores varía próximamente en un año: hemos escogido la que nos parece más exacta. *Sv. hist.* I, 459.

de Dios. Que imite al hijo pródigo; que venga á su Padre; que se arroje á los pies del Crucificado». Al mismo tiempo, decía Cristo: «Los demonios pretenden establecer aquí su reinado, y encendiendo en las almas el fuego de la gula y de la ambición, se hacen dueños de ellas, en tanto que se apoderan de los cuerpos, para sumergirlos en el más nauseabundo de los mismos vicios que causaron la ruina de la Sodoma y de Gomorra. Conmoveré, pues, este suelo; afligiré con tribulaciones á sus habitantes hasta que imploren mi perdón. Haré alarde de mi grandeza y majestad, y no perdonaré ni al rico ni al pobre, ni al joven ni al viejo; todos serán juzgados según sus obras, y morirán en su pecado. Haré que mi arado penetre en la tierra pesadamente, desarraigando así el rastrojo, como los corpulentos árboles. Las casas quedarán desiertas; los pueblos diezmados. Caerán en fin sobre él las aves de rapiña, y se cebarán con sus despojos.

Brígida vió que el Señor descargaba sobre la tierra su brazo vengador. La peste negra, que de Oriente á Occidente, y de Norte á Sur, segaba hombres, como si fuesen maduras espigas, caminaba á grandes pasos hacia Suecia. En vano suplicaba la santa al Redentor se dignase anunciar á los pueblos el peligro que les amenazaba, porque en términos que recuerdan la parábola del rico avariento, le fué respondido: «No ignoran los hombres las profecías del Antiguo Testamento, ni los Evangelios del Nuevo, ni la doctrina de los doctores; y poseen, además, los dones de la razón y de la inteligencia. Ni tú, ni ninguno de mis siervos, lograréis ser escuchados por muy alto que habléis». Luego añadió el Señor: «No será objeto de veneración la memoria de Magno, como lo es la de mi siervo Olaf; ni será coronado en la eternidad como mi amigo Erico; ni hará penitencia, como David, y las manos que se emplean en hacer el mal, no lograrán, como las de Salomón, levantarme un templo; y tú conocerás más tarde, aquí ó en el otro mundo, á aquel que ha de edificar el monasterio de mi nueva orden» (1).

La revelación divina no dejaba la menor duda: un terrible azote iba á caer sobre aquella nación, barriendo todo á su paso hasta que la primera piedra del futuro convento de Vadstena, fuese colocada. En él se cifraban las últimas esperanzas terrestres de Brígida, la cual se apresuró á dar noticia á su pueblo y á su rey, de los terribles castigos, que la divina justicia les tenía preparados, y se alejó de la corte. Había cumplido allí la misión que

(1) *Rev. IV, 1, 37. — VI, 80. — VIII, 47. — Extrav. XXVII, LXXIV, LXXVII.*

del cielo recibiera, predicando la penitencia; mas no logró ver ni un solo rayo de arrepentimiento, en el corazón de la Suecia culpable. Con voluntad enérgica tomó sobre sí los pecados del pueblo; y agobiada con tan pesada carga tornó á encerrarse en su amada soledad de Alvastra, para ofrecerse, como víctima expiatoria, de su patria.

CAPITULO VII

1349-1350

EL JUBILEO DE 1350

Bula de 18 de Agosto de 1349.—Vacilaciones y luchas de Brígida, de abandonar á sus hijos.—Visión celestial.—Se pone en camino con dirección á Roma.—Stralsund.—Mayingen.—Milán y san Ambrosio.—Cuarto.—Génova.—Ostia.—Llegada á Roma.—Misión de Brígida en la Iglesia de Dios.—El palacio del cardenal de Beaufort.—Apertura del jubileo.—Aprende Brígida la lengua latina.—Sus cartas al vicario apostólico y al cardenal legado.

Natos, Deus quot donavit, tam sincere educavit,
quos perdoctos informavit vita, fide, moribus.
Deum fortiter amare, matrem Christi honorare,
sanctos omnes collaudare, votis et operibus.

(Or. de S. Birg. II, pars.)

En el mes de Agosto de 1349 llegó á Suecia, y se publicó en todas las parroquias, una bula de Clemente VI, anunciando el jubileo de 1350, y llamando á los fieles á la ciudad de Roma. Turbóse Brígida ante tal invitación; y en vano buscó algún impedimento legítimo, que la eximiese de acudir al llamamiento del pastor supremo de la Iglesia. Comprendía por una parte, que así para fundar por sí sola el monasterio de Vadstena, como para encaminar á los suecos por la vía de la penitencia, era ella impotente; y en tal caso su permanencia en la corte no presentaba utilidad alguna. ¿No podía ser el puesto á que la llamaba Jesucristo? mas su voluntad oponía á ello tenaz resistencia. Veía por otra parte su patria despoblada por la peste; desolada por la guerra civil y extranjera ¿qué sería de sus hijos, ausentándose ella?.... No los volvería á ver. Si escapaban del contagio, quizá no conservarían la vida del cuerpo, sino para perder la del alma: los vicios de la corte, la violencia y las injusticias, que agitaban el

reino, pondrían tal vez en peligro su eterna salvación.... Jóvenes y ricos, serían fácilmente seducidos y tentados aún más que otros.... en tan crítica situación, ¿los dejaría huérfanos?.... Abru-
mada con tantos y tales pensamientos, sacaba como última con-
clusión, que el partir en estos momentos, era una deserción (1).

La suerte de cada uno de los hijos de Brígida era tan diferente, como sus caracteres. Marta, la mayor, había hallado en su unión con Sigvid Ribbing, honores y riquezas; pero al mismo tiempo, la fuerza moral, la virtud, la caridad, se habían debilitado notablemente en su alma. En los dominios de Falkenberg, Sigvid, revestido con el carácter de gobernador del Halland meridional, guiado siempre por su insaciable ambición, esforzábese, por cuantos medios estaban á su alcance, en crearse un reino independiente. ¡Cuántas veces había pronunciado Brígida el nombre de Sigvid en sus elevadas cuanto humildes oraciones, y pedido su conversión á la Madre de las misericordias! Había contemplado á su yerno más de una vez, tal como aparecía ante la justicia eterna; cargada su conciencia de calumnias, robos y asesinatos; voluptuoso, orgulloso con sus vicios y lleno de deseos culpables y de iniquidades. La Virgen María recordaba al Juez supremo, en descargo del desventurado Sigvid, la educación enteramente profana que había recibido, los deseos que á veces se habían despertado en su alma, de vivir bien y alcanzar su salvación eterna. El omnipotente ruego de María fué escuchado; y el Señor envió á Sigvid nuevas luces, nuevos auxilios celestiales. Ayudado de los consejos de Brígida, imploró con visibles muestras de arrepentimiento, el perdón de sus pecados, en el tribunal de la Penitencia; recibió el pan de los ángeles, y formó firme propósito de vivir en adelante como verdadero cristiano. Sin embargo vió Brígida que no había triunfado enteramente su yerno, de las malignas seducciones. «Abusáis de la gracia, le repetía, y vuestra infidelidad será rigurosamente castigada». Hacíase sordo Sigvid á tan prudentes exhortaciones, y el Señor, lamentando la desventura de Sigvid, dijo á la santa: «Mi justicia le castigará, abreviaré sus días, y su posteridad se extinguirá pronto; otros disiparán los bienes por él adquiridos, y será condenado, como hijo rebelde» (2).

(1) Proc. Can. Dep. P. de Alvastra, 20^o art., f. 209 v. 210 r.

(2) Rev. VI, 23, 24, 25.—Diplom. IV. an. 1336, n.º 3254.—Munch, II, 234, 262, 265. Los hijos de Sigvid no dejaron sucesión, y los dos últimos yástagos de aquella rama, fueron degollados, siendo aún muy niños, por orden de Cristián II.

En 1346 el castillo Falkenberg fué tomado por asalto y destruído; Sigvid murió en breve. No humilló Marta la cerviz bajo la mano del Señor. El estado de modesta viudez no se avenía con sus ambiciosas aspiraciones, y prefirió acrecentar sus riquezas y el prestigio, que gozaba en la corte, por medio de nueva alianza, dando su mano a Canuto Algotsson, hermano del favorito. El extremado apego á los bienes terrenos, de que Marta daba prueba, ¿era consecuencia de la educación que había recibido? Así lo temía Brígida. «En mi juventud, decía ella, hablando con la Madre de Dios, creí deber imitar á mis padres, que siendo como eran, virtuosos, no se consideraron obligados á renunciar la posesión de sus bienes; mi madre competía por el contrario, con los principales señores del reino; vestía suntuosamente; tenía numerosa servidumbre y nos educaba brillantemente. Guiada por tales principios he enseñado lo mismo á mis hijas; las enseñaba á conservar su rango en medio del lujo; pensaba que heredarían mi fortuna y que nacerían rodeados de honores y de respeto (1).

Había llegado sin embargo el momento en que la santa viuda vió muy claro, que no cabe orgullo legítimo en una criatura cuyo principio es la nada; y deseaba á todo trance convertir á Marta y conducirla al abandono de lo que pasa, y al amor del solo bien que pueda llenar el corazón Jesús nuestro Señor.

Volvió Brígida los ojos hacia su hijo Carlos, y sus inquietudes maternas eran más serias aún. Nombrado gobernador de Nericia, el joven cortesano huía del cumplimiento de aquellos mismos deberes, que su padre tan dignamente había cumplido (2); se hizo armar caballero, antes de haber mostrado, fuera del estrecho campo de los torneos, su valor. Semejante ligereza inquietó por extremo el corazón de Brígida; pues tenía conocimiento más completo de los deberes del caballero, cuanto el Maestro mismo la había instruído en ellos. «El caballero fiel al espíritu de su orden, decía el Señor, se obliga á llevar una vida más dura que la del claustro, porque el caballero pelea al mismo tiempo contra sus pasiones y contra los enemigos exteriores, mientras el monje no combate sino consigo mismo. El caballero duerme sobre las armas, el monje en un jergón.

(1) *Rev. VI*, 52.

(2) *Eq. auratus* 1347. Es probable que Carlos sucediera inmediatamente á su padre, en el cargo de gobernador; se sabe que lo ejercía en 1348. *Scrip. III*, II, 211. Lo que muestra la situación importante de Carlos entre la aristocracia, entre los consejeros de la corona. H. HILDEBRAND (*Se. hist.* II, 33) dice que era senescal de Nericia desde 1352.

El caballero expone su cuerpo á la muerte violenta; el monje sólo tiene que domar su propio cuerpo por medio de la penitencia».

Mientras duró el velar de las armas y la recepción de Carlos en la orden de caballería, permaneció su madre abismada en la oración, y allí recibió de la Santísima Trinidad la explicación de tan bellas ceremonias (1). Entre tanto, el nuevo caballero, comprendiendo apenas el sentido de aquéllas, no rindió á Dios y á la Iglesia sino un homenaje vano de respeto. Si concedía á la viuda desamparada y al huérfano oprimido, cuando se le presentaban, el auxilio, que un hombre cualquiera, si es noble y leal, no rehusa nunca, en cambio jamás iba en su busca para prestarles apoyo y sostener sus derechos. Carlos no experimentaba amor alguno profundo.

Habíase unido en matrimonio con Catalina, hija del noble Gitzla (Sparre) estrechando así la alianza formada entre su padre y la familia real de los Bonde; pero rota por la muerte esta primera unión, pasó Carlos á segundas nupcias, eligiendo una princesa de Noruega, llamada Gitzla, joven muy bella, inteligente, virtuosa y digna, como se esperaba, de reemplazar á Brígida en el castillo de Ulfasa. Mas ni la primera ni la segunda esposa habían logrado dominar el carácter ligero é inconstante de Carlos, que consagraba su vida á locos amores. Iluminada con celestiales luces leía la santa en la conciencia de su hijo: «Ve, le dijo un día, ve en busca del ministro de Dios, y confésale el pecado mortal que acabas de cometer». Rebelóse Carlos y negó la falta. Irguióse entonces la noble viuda, más majestuosa é imponente bajo la grosera túnica de sayal, que cubierta con los ricos trajes de corte de otros tiempos, y fijó sobre su hijo una mirada. Recordó éste la que Jesús dirigió á Pedro inmediatamente después de la negación del Apóstol, y convencido de mentira humillóse y obedeció. Háblale inculcado su madre la piadosa costumbre de ayunar todos los años la víspera de san Juan Bautista, práctica que observó

(1) *Rev. III, 27.*—II, 13.—En su interesante obra sobre las costumbres suecas en la edad media, (*Sver. medeltid*, II, 174) H. HILDEBRAND prueba que el ceremonial de los pueblos del Norte para la recepción de los caballeros no era el mismo, que se observaba en los países meridionales, y hace una curiosa comparación entre aquel ceremonial y las Revelaciones: declara que las alegorías místicas de la santa indican un decaimiento del espíritu caballeresco; León Gautier (*La Chevalerie*) hacen observar una serie de coincidencias entre la disminución de este espíritu y el desarrollo dado á los ritos litúrgicos por el ceremonial; pero sus dos puntos de vista son diferentes.

Carlos, aun en los festines de la corte. Sólo una vez olvidó la vigilia de 24 de Junio. Derramó Brígida esta noche abundante llanto para conmover al precursor, el cual se la apareció, le secó sus lágrimas, las cuales la aseguró rescataban la negligencia del culpable.

Cierto que las pasiones arrastraban al joven por la ancha y resbaladiza senda del placer; mas también lo es, que en el fondo del alma conservaba aún cierta rectitud, que le llevaba á ruborizarse ante la falta cometida. Creía firmemente en el advenimiento de Cristo en el último día del mundo, para juzgar á los vivos y á los muertos; y esperaba ver allí al lado del juez eterno á la única dama, á quien jamás había olvidado, y cuyo amor había inculcado Brígida en su corazón de niño: á la Virgen Inmaculada. A Ella acudía siempre que se despertaba en su alma el deseo de mejorar de vida. Más que su propia gloria amaba Carlos la gloria de María; honrábala con especial culto, y ponía á los pies de esta Madre amorosa sus resoluciones muchas veces impotentes y sus estériles promesas. Brígida recogía este débil homenaje, añadía al mismo sus tesoros de amor, de virtud, de penitencia, de obras fecundas, y ofrecía todo á la gran consoladora de las angustias maternas.

En el curso de una de aquellas momentáneas conversiones de Carlos, contemplóle Brígida arrebatada en éxtasis á la luz de divinos resplandores. Le vió enfermo en el alma y sin armas para emprender el combate espiritual; el Santo Precursor, inclinándose á él, le cubrió con la vestidura mística de los caballeros dignos de tan noble título, inspirándole el arrepentimiento de sus faltas y el amor de su Criador y Señor. Ofrecióle, á su vez, el apóstol san Pedro, una armadura en que se significaban la renuncia de la voluntad propia, y el espíritu de sacrificio. El apóstol de las gentes le cubrió el pecho con la coraza de la caridad; y por fin la Virgen sin mancha llegándose á su caballero, puso en sus manos las armas, que debía esgrimir en defensa de la justicia y para la conquista del supremo bien y colocó en su cabeza el casco simbólico de la obediencia. En presencia de los confesores y de los Mártires, entregó asimismo al nuevo soldado un escudo cubierto con la sangre divina derramada en la cruz, el cual defendería su corazón, contra los amores culpables. Dióle también la espada de la confianza en Dios, en la buena y la mala fortuna exquisitamente templada, para vencer cuanto se opone á la justicia, y le vistió el manto de la pureza y de la caridad, que cubre la multitud de los pecados. No lejos del joven, se veía un

caballo enjaezado, símbolo del bautismo, de la redención, y de los dones del Espíritu Santo, que al mismo tiempo que conducen al hombre al combate, le dan la victoria. Carlos pues era visiblemente protegido de lo alto (1). Su madre esperó de esta conversión más que de las anteriores, y comprendiendo cuanta necesidad tenía su hijo de los consejos maternos, resolvió no abandonarle.

En cuanto á Birger, experimentaba su madre inquietudes de orden enteramente diverso. No se trataba de despertar el arrepentimiento en aquella alma, ni devolverla á Dios, sino de defender su inocencia y castidad, y proteger la dignidad y nobleza de aquel corazón, en que la virtud tenía su trono. En medio de la corrompida corte de Stokolmo había logrado Birger imponer respeto. Todos en la corte admiraban al austero joven, que en valor é inteligencia no tenía rival. Pero esas mismas cualidades excepcionales; su manera de pensar y de vivir, le condenaban á un aislamiento de alma y de corazón difícil de tolerar en la edad de los fogosos entusiasmos y de los deseos arrebatados. Era Brígida su confidente: si ésta se alejase ¿á quién volvería el joven los ojos en las horas de angustia ó abatimiento? Pregunta era ésta á la cual no podía dar Brígida satisfactoria respuesta.

Otro ser existía que no formaba con la santa sino una sola persona; era ésta su segunda hija. Ni la larga estancia de Catalina en el convento de Raisaberg, en donde fué educada, ni su matrimonio habían podido separar estos dos corazones, que en el de Jesús estaban estrechamente unidos. La recíproca ternura de su amor tenía el sello de lo infinito; sello que no se encuentra jamás en los amores que tienen su raíz sólo en la tierra. La diversidad de natural y de vocación en ambas formaba maravilloso contraste. Comparándolas, podría decirse con el poeta.

O matre pulchra filia pulchrior!

Su belleza era también distinta: encantaba Brígida á cuantos la contemplaban, por su agraciado y delicado porte, en tanto que Catalina se distinguía por su elevada estatura, su aire majestuoso, y la regularidad de sus facciones. El rostro sereno y á la vez enérgico de la madre, contrastaba con la móvil fisonomía de la hija, en la cual se reflejaba la lucha continua, que en aquella

(1) Proc. Can. *Dep. Kater* 29º art., f. 131 v.—*Rev.* II, 13.—IV, 73, 74. Estas dos últimas revelaciones son un poco posteriores á las otras. Hemos reunido todo lo que se refiere á Carlos como caballero.

alma existía entre el afecto á las criaturas, y el amor del soberano bien.

El Señor no se había revelado á Catalina, como á su madre, en manera extraordinaria; ni había tomado posesión de sus facultades por medio del éxtasis y las visiones, sólo había visto al demonio. Cuanto hacía en servicio de Dios era á costa de penoso esfuerzo; en tanto que Brígida era llevada al Criador por impulso espontáneo. En Catalina dominaba el temor instintivo á las afecciones terrestres, el trabajo de un ser que se fortifica contra sí misma y contra las tentaciones de su naturaleza, á ejemplo de Brígida acompañaba sus oraciones con rudas penitencias, pero si la madre encontraba en ellas un atractivo, la hija buscaba en las mismas un baluarte para su debilidad. Al meditar la Pasión del Redentor, uníase ciertamente Catalina á los padecimientos del Dios hecho Hombre; mas no era arrebatada como Brígida, por un impulso de amor hasta la cima del Calvario. Manteníase por el contrario trémula de emoción al pie de la Montaña sagrada, acompañando al Maestro en sus agonías de Getsemaní.

Para no olvidar en medio de los goces engañosos del tiempo los verdaderos de la eternidad, había persuadido Catalina á su marido, que viviesen como hermanos, hasta el momento dichoso en que celebrasen las eternas nupcias. Por eso, en el castillo de Eggertsnaes, rodeado de bosques casi desiertos, Edgardo y Catalina llevaban la vida del claustro con su paz, su regularidad, sus profundas ternuras y sus altas aspiraciones. Juntos rezaban el oficio de la virgen, asistían al santo sacrificio, y hacían oración; juntos también socorrian al pobre y al afligido sin pretender para sí el reconocimiento, que sólo á Dios se debe. Por la noche ofrecíanse ambos en un solo sacrificio al Dios Hombre, muerto por amor de las almas. Vigilias, oración perseverante, cilicios, disciplinas, todo les parecía poco, con tal de llegar al perfecto despojo y á la propia renuncia de sí mismos, pues no ignoraban que la continua mortificación es el medio por donde llegamos á despreciar lo terreno, considerándolo como fugitiva sombra. La raíz de su recíproco amor no estaba en la tierra: había que buscarla más alto. Por eso se amaban sin desconfianzas, sin temores, sin aquel fastidio y desilusión, que suelen causar en el alma las criaturas, cuando no se las ve perfeccionarse sino se supiese que Dios acabará la obra á su imagen y semejanza. Al más leve deseo de la esposa tan amada sacrificaba Edgard voluntariamente los suyos. De ello había dado no pocas pruebas; pero entre todas, se refería el siguiente episodio con admiración general.

Era el principio del otoño jugueteaba la brisa entre las hojas y las flores del espeso bosque, y los perros seguidos de los cazadores se lanzaban un día persiguiendo á un ciervo. De repente cesaron los perros de ladrar, y detuviéronse los caballeros; el animal había desaparecido. En un claro del bosque en donde penetraban los rayos del sol, apercibió Edgard á Catalina, mostrándole el ciervo refugiado bajo su manto. Como en los días de la inocencia en el Paraíso terrenal, y como en los de san Francisco y de sus compañeros, el animal pedía auxilio y socorro á un ser puro, á quien no había tocado la corrupción de la culpa. «Conceded la libertad de mi cautivo», gritó Catalina con la sonrisa en los labios. El ciervo huyó, y ninguno de los cazadores pensó en perseguirle; que así trataban todos de evitar el disgusto más leve á la bondadosa castellana.

Mas por otra parte la vida claustral que en Eggertsnaes se llevaba, no era del agrado de muchos; y si algunos vasallos procuraban servir á Dios á ejemplo de Edgardo; y no pocas mujeres renunciaban á los adornos, á las fiestas y al espíritu del mundo, para mejor imitar á Catalina, otros escuderos y otras doncellas, que habían gustado las delicias de la corte, lamentaban su destierro en la soledad del campo, abrigando la esperanza de lograr algún día lo que tanto anhelaban, respirar de nuevo el aire de la corte y tomar parte en sus fiestas. Por fin creyeron ver logrado su deseo con la llegada del gobernador de Nericia, y de la princesa Gitzla. Apenas había franqueado Carlos el puente levadizo, cuando el aspecto del castillo y de sus habitantes le dió á conocer las austeridades allí practicadas. A la aurora del día siguiente se presentó á sus hermanos sin anunciarse, y al verlos vestidos de sayal y acostados en tierra, no escatimó ni los sarcasmos ni los vanos consejos. «Tal manera de vivir, decía el cortesano de Magno á los jóvenes esposos, es, no sólo supersticiosa, sino insensata. Tal escena hubiera divertido á Edgardo y Catalina si Carlos no se hubiera marchado en seguida. El gobernador (1) no temía para sí el contagio de tales ejemplos; pero deseaba preservar de él á la princesa Gitzla. Veía con ceño la influencia, que

(1) Proc. Can. b. Catalina, *Dep. Johan y Marg. Clausdotter* 2º art., f. 20 v. y 50 v.—**Vita siue legēda et miraculis dñe Katerine sancte memorie filie sote Brigitte de regne Suecie** 245-246. Para esta vida de Catalina por Ulf, monje de Valdstena, citaremos la edición de M. C. Annerstedt publicada en el T. III, II, des *Script.* 244-263.—Ver cap. xv, al final.

sobre ésta ejercía Catalina, las buenas obras y peregrinaciones, que juntas emprendían, y sobre todo, la sencillez de sus trajes.

En efecto, un viaje que hicieron juntas á Calmar, había dejado en la vida de Gitzla indeleble recuerdo. En un santuario de los más venerados de aquella ciudad, creyó Gitzla que la Santísima Virgen le echaba en cara su lujo en los vestidos, tan diferente de la sencillez que observaba la castellana de Eggertsnaes. Decidióse pues no sin grandes repugnancias naturales á romper esos lazos, que con el mundo la unían; mas no sintiendo en sí la fuerza necesaria para caminar sola en esa nueva senda, ni para renovar á cada instante el sacrificio de su libertad, quiso sujetarse á una regla, ingresando en la cofradía de las Hermanas de la Penitencia. Pidió luego á los hermanos predicadores de Calmar, el cinto de la Orden Tercera, símbolo visible del lazo eterno, que debía de unirla á las falanges de Santos Mártires, Virgenes, Doctores y Confesores de la religión Dominicana. Bien comprendió Gitzla que la humilde correa era para ella, como «el cingulo de la justicia y pureza; que en adelante sus afecciones terrestres, debían ser santificadas por el amor divino, y sujetar sus inclinaciones con el yugo de la razón, y bajo el imperio de la voluntad». El acto de profesión en la referida orden tercera, cuya fórmula había pronunciado solemnemente, y que Dios y sus ángeles habían ratificado, no espantó á la piadosa joven. Habiale prometido santo Domingo velar sobre ella, los Mártires de la orden, lavar su alma en la sangre, que por Cristo habían derramado, los doctores y demás santos de la religión Dominicana, ofreciéronle á su vez defenderla de las dudas contra la fe, y enseñarla á vivir en el ejercicio de la paciencia, y á morir en la paz y gozo del Espíritu Santo (1).

Carlos ridiculizó pronto estas devociones y decidió abandonarla en su solitario castillo sin amor, sin estado, sin hijos, sin deberes y sin alegrías, y se admiraba que en dicha vida en que todo está vacío, privación y abandono se hiciera cerca del claustro. Pero que hubiera sido la existencia de Gitzla en un hogar en que no lucía llama alguna. Debía quedar aniquilada bajo su pesada corona de oro en el seno de una perezosa tristeza y contemplar en un sueño doloroso la imagen de hijos deseados, que no nacerían. «Ved á esas necias beatas (2), decía el elegante caballero cuando

(1) *Ceremonial de la toma de hábito y de la profesión. (Manual de los hermanos y hermanas de la Tercera Orden)*. París, 1873, 419-437.

(2) *Vita S. Kater.* 247.—**Om S. Katharina af Sverige** efter c. 58 på Kong. Bibliotheket. SFSS. 7. 1865, 525, 526. (Trad. de la *Vita S. Kather.* par Ulf.)

pasaban Catalina y Gitzla, todo el pueblo se burla de ellas». Salía Brígida siempre á la defensa de la joven, y gracias á la movilidad del carácter de Carlos, presagiaba que la paz, si bien momentánea, se restablecía en breve: después de su partida los lazos que unían á sus hijos ¿no se romperían para siempre?

La venerable viuda tenía que sostener también á Ingeborga en su vida monástica. La orden del cister se había relajado algo. El deseo de adquirir más recursos para sus limosnas había llevado á las abadesas á olvidar la regla de san Bernardo; las simples religiosas poseían bienes en particular; el hábito, el alimento y las conversaciones no eran lo que convenia á las esposas de Cristo. Ingeborga, cuya delicada salud exigía ciertas dispensas en la observancia de la regla, veía en ello motivo legítimo para llevar en el convento de Risaberg una vida muelle y estéril. Mientras Brígida permaneciese en Suecia, la joven no corría peligro, porque así ésta como la abadesa y ciertas religiosas escuchaban sus consejos siempre.

En cuanto á Cecilia, su porvenir parecía muy incierto, había entrado contra su gusto en el convento de Skeninge; las hijas de santo Domingo dudaban sobre su vocación; posible era pues que volviese al siglo, y en tal caso, ¿quién sino su madre debía acogerla?

El Señor en tanto no demostraba claramente á Brígida su voluntad, ni los confesores indicaban tampoco lo que debía hacerse respecto del viaje á Roma. La santa esperó, no sin que mil pensamientos importunos, vacilaciones é inquietudes agitasen su alma; cuando una singular visión atrajo sus miradas: vino á derramar la luz en su espíritu, y á infundir la paz en su torturado corazón. Vió unos carbones encendidos, cuya llama era sofocada por la maleza, y un joven que allí estaba haciendo grandes esfuerzos para avivar el fuego. «¿Por qué te afanas tanto?», le preguntó Brígida.—«Porque deseo que la llama del amor maternal se avive en tu corazón, y le abrase», respondió el desconocido.—«¿Quién eres tú?»—«Soy un traficante de almas». Al instante conoció Brígida al pérfido seductor descubriendo asimismo sus depravados designios que oponía resistencia al Señor. «¿Quién soy yo, decía, para proteger á mis hijos? sin el auxilio de lo alto nada puedo en su favor: mientras que si yo les falto, el Señor se encargará de conservarlos, dirigirlos y salvar sus almas». Por otra parte, la virgen María habíale prometido adoptarlos por hijos (1). Dió parte

(1) *Rev. VI*, 98, 99. — *Extrav. LXVIII, XCV.*—*Proc. Cañ. Dep. P. de Alv. sup. 5º art., f. 202 r.*—La mayor parte de los autores dicen que Brígida recibió la orden

así de la visión como de la resolución que acababa de tomar, á su confesor; convocó á sus capellanes Gudmaro y Magno de Motala, á su amiga de infancia, la mujer de Nicolás Dannaes, que deseaban acompañarla, y á algunos criados; y habiendo solicitado la bendición del prior de Alvastra, partió.

Las murmuraciones del mundo no faltaron á la venerable viuda; muchos juzgaban maliciosamente que iba á Roma en busca de nuevas emociones, de un campo de acción más vasto, y de nuevo y más lisonjero auditorio; pero el Señor quiso que una voz autorizada protestase contra tales suposiciones, y defendiese á la santa: una religiosa Bernarda, respetada por su virtud en todo el país, llamó al locutorio á dos obispos, al prior de Alvastra, y al maestro Pedro, para decirles: «Brígida es en el mundo despreciada; pero será honrada en el cielo; las generaciones futuras proclamarán sus glorias. Animadla á perseverar en los ejercicios de su santa vida» (1). Al paso de los viajeros todas las personas piadosas sentían la ausencia de Brígida: «El ángel custodio del reino, decían, ha emprendido el vuelo y va á una tierra extranjera, dejándonos abandonados á la cólera divina».

Los peregrinos, que se dirigían al sepulcro de los santos apóstoles, generalmente tomaban el camino del Mediodía. Embarcados en el mar Báltico, se dirigían á Lübeck, y luego por Eisenach, Augsbourg, Insprück, Verona, Bolonia, Florencia y Siena, llegaban á Roma. Sea que con motivo de la peste no hubiesen podido seguir el mismo itinerario, sea que la santa hubiese deseado repetir sus visitas á algunos sitios determinados, los viajeros no siguieron el camino acostumbrado, y desembarcaron en el hermoso puerto de Stralsund. Al salir de aquella ciudad libre,

del cielo para dirigirse á Roma, en 1346. Sin embargo en el proceso de canonización (*Attestationes trium seniorum monachorum Alvastrensiu[m] an. 1377, coram Walde-maro Episc. Ottoniensi, Vastenis reddittas, etc., f. 26 r.*), aseguran los cistercienses que su venerable amiga permaneció cuatro años en Alvastra después de la muerte de Ulf. Un acta de venta contratada entre Brígida y los dominicos de Skeninge fechada en 29 de Julio de 1348 (*Diplom. VI, n.º 4350*), prueba que en dicha fecha estaba en Suecia. Á estos testimonios podía añadirse el de Alfonso de Jaén, el cual en sus comentarios sobre la elección de Urbano VI, declara que Brígida llegó á Roma á fines de 1349; se podrían también recordar los términos del pasaporte (*Cod. 86 de la bibliot. de Upsal*), que dicen que llegó á la tumba de los apóstoles «anno videlicet proximo jubileo» y otras muchas pruebas. En cuanto al error de los historiadores, que dicen que acompañaron á Brígida varios de sus hijos, está refutado por todos los documentos antiguos.

(1) *Vita S. Birg.* 195. Proc. Can. Dep. P. Alvastra sup. 22º art. f. 211 r.

cuyo soberano ficticio era el duque de Pomerania, tomaron la misma ruta, que con Ulf había seguido Brígida ocho años antes. A pesar de verse rodeada de tan fieles amigos y compatriotas pensaba en sus hijos y se afligía por la soledad de su corazón. El maestro prometió darla una compañera de destierro, capaz de comprender su maravillosa vida, y de tomar parte en los padecimientos voluntarios de la santa y en sus goces sobrenaturales. No nombraba á esta amiga, pero el corazón maternal de Brígida adivinó lo que Dios entonces la ocultaba.

Caminando á caballo y aun á pie muchas veces, atravesaron rápidamente la Alemania. A su paso se abrían las puertas de los conventos; bajábanse los puentes levadizos de los castillos; y si era necesario pedían hospitalidad en las poblaciones pequeñas. En vano trataba Brígida de ocultar su ilustre nombre, porque sus liberalidades lo revelaban.

En Suabia, no lejos de Mayingen, se hallaba una fuente cristalina, en la cual desde los tiempos más remotos, hacían alto los viajeros para dar de beber á sus caballerías, acampaban luego en las vecinas campiñas, y antes de partir, dejaban alguna retribución á los habitantes del pueblo. Brígida hizo más. Mandó llamar á los ancianos del país, representantes de la autoridad, y entregándoles el precio de dicho terreno, hizo donación de éste á los pobres, para que edificasen allí sus chozas.

En Milán detúvose Brígida ante las reliquias de san Ambrosio; había leído en las obras de san Paulino de Nola, que el gran doctor elevado milagrosamente á la sede episcopal, era, según opinión del emperador Teodosio, el único prelado de aquel tiempo, digno de ese título. Gracias á las enseñanzas sobrenaturales de la Reina del cielo, supo además la santa, con qué heroísmo había cumplido Ambrosio los deberes de su estado; y llena de confianza en su poderosa protección, le encomendó la Iglesia y el clero de su siglo. Dejóse ver el glorioso Pontífice, y declaró, que desde lo alto del cielo, velaba sobre su diócesis y deseaba que Brígida fuese su intérprete, para con Juan Visconti, sucesor del santo. Era este un príncipe más célebre por sus talentos militares, que por sus virtudes eclesiásticas. Así se explican las siguientes palabras, que referentes á dicho personaje, pronunció el bienaventurado Ambrosio: «El obispo, decía, que abandona su diócesis, es semejante al esposo infiel; pues abandona á la Iglesia de Dios, á la cual había prometido y consagrado su amor, y todo lo sacrifica, hasta su alma, por seguir la vida del siglo. Si el mundo hubiese de durar siempre, ningún deseo tendría de los gozos eternos esta alma ingrata y material.

Muy pocas obras buenas puede alegar en su abono, y aún esas han tenido por móvil, no la caridad, sino el temor del Infierno».

El santo, en fin, exhortaba á Brígida á avivar en su corazón el celo de la salvación de las almas, y á transmitir sus palabras al arzobispo. Obedeció la santa pero sin obtener resultado alguno, á pesar del apoyo de un teólogo á quien había dado á conocer la revelación (1).

Dios pedía sin embargo á la santa el tributo, que exige siempre, por el rescate de las almas: el sacrificio. La piadosa Emborga, desde que se unió á los peregrinos, comenzó á experimentar en el alma y en el cuerpo incesantes torturas. Se había creído con el derecho y la libertad necesaria, para alejarse de la casa conyugal, en donde comprendía que era un estorbo, y en donde su presencia turbaba la mentida felicidad de sus habitantes, sin lograr el remedio deseado. Mas luego asaltóle el temor de que su ausencia favoreciese al desorden en aquel hogar. Estas penas del alma, unidas á las fatigas de un viaje tan largo, alteraron en extremo su ya quebrantada salud. Consultó Brígida al cielo sobre la situación de su amiga, y el maestro la respondió: «Haré que el camino de esta mujer sea corto, y cuando su cuerpo gastado esté á punto de sucumbir, inundaré su alma de inefables dulzuras». Luego recordando á la santa la aversión con que Nicolás Daunaes miraba á esta desventurada criatura, con quien indisolublemente estaba unido, añadió el Salvador: «El deseo de su marido se cumplirá en breve». En efecto, cuando los peregrinos se preparaban á salir de Milán, el Señor juzgó que era llegado el tiempo de premiar los padecimientos de Emborga y la llamó para Sí.

Muy dolorosa prueba fué para Brígida la separación de esta amiga de su juventud, su muerte lejos de la patria, y dejar sus restos en tierra extranjera; pero el Señor la consoló por medio de una visión. Vió en ella al demonio, lamentándose de haber perdido para siempre el alma de Emborga. «La he purificado Yo mismo por medio del dolor, respondió el Juez eterno á sataná, ahora la poseo y la glorifico (2). En el día del Juicio, los ojos de esta mujer, que no vieron en la tierra, sino indiferencia y desdén cuando buscaba afecto y consuelo, mirarán los ojos de Jesús, llenos de ternura infinita y el amor divino secará para siempre sus lágrimas» (3).

(1) *Rev. III*, 5, 6, 7.—*Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup.* 13º art., f. 125.

(2) *Rev. extr. CI*.—*Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup.* 29º art., f. 215 v.

(3) *Apoc. xxi*, 4. *Καὶ ἐξελίψει ὁ Θεὸς πᾶν ἄκρυσον ἀπὸ τῶν ὀφθαλμῶν αὐτῶν.*

Consumado el sacrificio, prosiguió Brígida su camino con dirección á Pavía, deseando venerar allí las reliquias de san Agustín, antes de atravesar las fértiles llanuras lombardas y los pintorescos Apeninos. Mas ni en aquella tierra exuberante, rica, y de variado aspecto, ni en aquel sol esplendente lograba hallar la viajera escandinava los encantos que le ofrecía la naturaleza del norte (1) envuelta en misteriosas brumas. Echaba de menos los inmensos bosques, los grandes lagos, y sobre todo el cielo de Suecia con sus tenues y suaves resplandores.

Cerca de Génova, los viajeros se detuvieron en el pueblecillo de Cuarto, situado sobre una de las montañas, que adelantándose hacia el mar, rodean el puerto. Algunas chozas cercanas á una ermita, en la que se conservaba cierta pintura célebre de Cristo en la cruz (2), abrieron sus puertas á los viajeros, que hallaron en ellas el modesto albergue propio de los peregrinos. Llena su alma de la más tierna devoción pasó Brígida los días y las noches ante la santa imagen en oración y en éxtasis. Pensaba poco en la vieja ciudad de Génova. Dios no la había dado la misión de reconciliar á los que en pos con el Dux que acababan de desterrar.

No recibió revelación acerca de las guerras entre Génova y Venecia; y no teniendo motivo razonable para visitar los suntuosos palacios de los Doria y de los Fieschi, nada la llamaba el magnífico puerto de Génova de donde salían por entonces tan grandiosas expediciones hacia lejanas tierras. No pensaban los viajeros detenerse en Cuarto, sino por breve tiempo; mas tuvieron que prolongar allí su permanencia, esperando el restablecimiento de uno de los peregrinos que había caído enfermo.

Desde Génova hasta Roma no dejaron huella alguna de su paso: probable es que hiciesen el viaje en una barca hasta Ostia, el puerto de la *gran ciudad*, en las cercanías de Roma se encontraron con multitud de peregrinos, que acudían antes de las fiestas de Navidad deseosos de asistir á la apertura del jubileo (2). Caballeros y nobles damas cabalgaban en medio de monjes, clérigos, comerciantes, aldeanos y aventureros. Para unos era éste un viaje cómodo y fácil; otros lo llevaban á cabo entre grandes fatigas; pero todos iban desafiando á un enemigo terrible: la peste negra, que

(1) El R. P. Burlamacci visitó aquella ermita, en derredor de la cual se levantó después un monasterio.

(2) Los romanos comenzaban el año en Navidad. Se dice en el proceso de canonización (*Deq. dni. Laurentii de Egidiis sup. 5º art., f. 170 v.*) que Brígida se hallaba entonces en Roma.

por entonces cubría de cadáveres la Europa entera. Aquellas personas de condiciones diversas y de países diferentes, atraídas por el mismo objeto, la tumba de los apóstoles, estaban animadas de sentimientos diversos: uno repasaba la larga serie de sus pecados; otro se reconocía culpable de uno sólo. Un arranque de fervor impulsaba al inocente á ir delante del criminal en la vía de la expiación. Oraban todos á una voz y cada uno en su propia lengua. A veces estos seres extraños entre sí, pero estrechamente unidos por el lazo de una misma fe, juntaban sus voces para elevar al cielo armoniosos himnos en el idioma de la Iglesia. De pronto divisó Brígida la antigua ciudad de los mártires, y cayendo de hinojos se unió al grito unánime que de todos los pechos se escapaba: «*Sancte Petre, Sancte Paule, misericordia*», como un gemido de la humanidad culpable hacia el cielo clemente.

La fe, la esperanza, el amor embriagaban el alma de Brígida, cuando por vez primera penetró en la antigua basilica de Constantino. Las piedras, las inscripciones, las columnas de granito y de mármol recordaban el circo de Nerón, en donde millares de cristianos habían derramado su sangre. La multitud de peregrinos lo llenaba todo; bulliciosa á veces, y á veces recogida, agolpábase en torno de las reliquias de san Pedro, á tal punto, que largo tiempo hubo de esperar Brígida antes de llegar á la capilla subterránea, en donde los peregrinos, siguiendo antigua y piadosa costumbre, dirigían sus peticiones al príncipe de los apóstoles, por medio de una abertura practicada en las losas de su sepulcro.

El tiempo que debía durar la peregrinación según el plazo de antemano fijado, iba á terminar, y Brígida se lamentaba de tener que abandonar la ciudad eterna, sin recibir la bendición del sucesor de Pedro. Lloraba Roma en efecto la ausencia de su obispo, y la Iglesia parecía abandonada de su pastor. De pronto le asaltó un deseo vehementísimo de procurar la vuelta del pontífice á su ciudad episcopal, y comprendió en aquel momento, que tal era la misión á que el cielo la tenía destinada; y que para llevarla á cabo la había el Señor alejado de la patria y de sus afecciones. Espantábase no obstante su insuficiencia é indignidad y rogó instantemente al apóstol san Pedro, le alcanzase esfuerzo y aliento sobrenaturales, para superar los más invencibles obstáculos terrestres. Pidió sobre todo, el don de la memoria que deja subsistir en la inteligencia (1) una sola idea, la de cumplir la tarea impuesta por Dios.

(1) Cf. *S. Thom. I. q. LXXIV, art. 7 et q. XCIII, art. 7.*

«Me pides el don de la memoria, le contestó el apóstol; pero, ¿no sabes cuán débil fué la mía? Juré una vez permanecer fiel al Maestro y morir con él y por él, y luego le negué con falso juramento. Por beneficio y gracia especial del mismo Jesús reconocí en breve mi extrema debilidad, me arrojé en los brazos de la Verdad eterna, la cual imprimiendo su nombre en mi memoria, no la olvidé más, ni en presencia de los tiranos, ni en medio de los suplicios, ni ante la misma muerte. Pide, pues el don de la memoria al único que puede concedértela. Yo te ayudaré con mis ruegos».

Después como si quisiera confortar á la santa con la esperanza añadió: «En esta misma ciudad escucharás un día estas palabras: «*Viva el sucesor de Pedro*; y verás aquí al papa con tus propios ojos».

Alejóse Brígida del templo llena de gozo y gratitud, porque una voz interior le decía que el éxito más feliz había de coronar sus esfuerzos. No esperaba su tarea, la empezaba; iba á trabajar por la Iglesia y á exaltarla, volviendo el papa á la ciudad de Roma, á donde le llamaban su dignidad y su deber.

La antigua dama de la corte de Stokolmo, había sido recomendada á la curia romana, que para alojarla la ofrecía el palacio de Hugo de Beaufort (1), palacio que se apoyaba en la basílica levantada por los primitivos cristianos en honor del diácono-mártir san Lorenzo. Brígida entró en seguida en la iglesia; el santo Levita, que se cuenta en el número de patronos de Suecia, se le apareció acompañando á Jesús y á su madre. Venían á recordarle, en el momento mismo en que se extendía á su vista el campo en donde debía trabajar, que en el servicio del Crucificado, toda obra empieza, prosigue y termina por el sacrificio, cuya forma exterior es la penitencia (2).

La penitencia era en efecto el carácter propio del *Jubileo de remisión*, concedido por Clemente VI; y Roma debía humillarse más aún que el resto del mundo, porque llevaba en sí las señales visibles de la cólera divina. Por todas partes se veían las huellas de bárbaras devastaciones y de sangrientas guerras civiles apenas apaciguadas por el interés de conservar la paz durante el jubileo.

El eco resonaba aún con aquellos gritos tan á menudo escuchados en la ciudad: Orsini y Colonna y otros. En aquellos momentos,

(1) Hermano de Clemente VI.

(2) Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup. 32º art. f. 220.—Rev. I, 23. R. II, 26. R. IV, 5.

el «oso» y la «columna», emblemas de aquellas dos facciones enemigas ondeaban juntas en las alturas del Capitolio; pero flotando reunidos parecían provocarse mutuamente á futuros combates.

Para la ilustre sueca, hija de una nación nueva en donde todo hablaba del porvenir, y no se manifestaba el pasado sino en las toscas construcciones ciclópeas y en las misteriosas inscripciones rúnicas, la decadencia de la capital del mundo cristiano era un enigma. Lo que se le refería respecto de aquel gobierno (1) en que la soberanía pontificia no era sino una sombra de poder; lo que supo en cuanto á la tiranía ejercida por dos partidos, que se odiaban mutuamente, la sorprendió mucho más. No podía concebir la existencia de un régimen de gobierno, más complicado que el de dos senadores rivales; expuestos continuamente á los ataques del pueblo, y sostenidos tan sólo por extranjeros mercenarios. En Suecia la guerra era ciertamente brutal, pero menos complicada; el poder militar residía en las manos del rey, y éste era secundado por sus caballeros; el pueblo sin abandonar el carácter, que representaba en las asambleas electivas y legislativas, no pensaba en apropiarse la autoridad soberana. Por eso cuando los romanos refirieron á la noble sueca la novelesca historia de Rienzi, es decir, la usurpación del supremo poder por el hijo de un tabernero, y la influencia que había alcanzado aquél sobre todas las clases de la sociedad, creyó escuchar una monstruosa leyenda. Esta mujer, que tan candorosamente se creía formada de una arcilla distinta de la que compone el cuerpo del plebeyo porque se sentía llamada á cargas más onerosas y á mayores sacrificios que sus vasallos; no comprendía cómo los romanos de noble sangre se hubiesen entregado en manos de aquel tribuno impelidos por el temor ó llevados por la ambición más ciega y rastrera.

Rienzi expiaba en aquellos momentos su loco orgullo en los calabozos de Avignon; Clemente VI pensaba fulminar contra él la pena de muerte, acto que Brígida juzgaba como de justicia.

Llegó entre tanto la víspera de Navidad, y las cuatro basílicas mayores situadas en los cuatro extremos de la Ciudad Eterna abrieron sus puertas á los peregrinos, que de todas partes acudían. En vano buscaba Brígida al augusto pontífice que ofrecía esta fiesta de reconciliación á la cristiandad á la que hubiera debido decir: «El Espíritu del Señor está sobre mí.... Me ha unguido para

(1) Dar una idea general sobre aquel gobierno sin cesar modificado ó trastornado, sería imposible. (Véase «Histoire de la Ville de Rome», par Gregorovius).

que predique á los mansos y humildes la buena nueva.... Me ha enviado á curar los corazones heridos, á anunciar la libertad á los cautivos; á hacer que los que se hallan aherrojados entre tinieblas, vuelvan á ver la luz, á proclamar en fin el año de perdón» (1). No obstante, el papa Clemente VI sordo á los consejos, que la santa le dirigiera en 1346, no se hallaba en Roma.

Ponzio Perotti, vicario pontificio, abrió las puertas de la basílica de san Pedro. Desde aquel momento desapareció para Brígida todo lo terreno, para no pensar sino en el Dios sacrificado y muerto por ella, que desde lo alto de la cruz la tendía los brazos.

Más cercana á Dios por su mística unión con Él, victima expiatoria y voluntaria por los pecados de la Iglesia, elegida por el Altísimo para predicar al papa la vuelta á Roma, la santa oró con todo el fervor de su alma, durante el trayecto de once millas, recorrido por los peregrinos en sus visitas á las cuatro basílicas *intra muros* (2). En el exceso de su caridad rogaba intensamente á María, diciendo: «Proteged, Madre clementísima, decía Brígida á María santísima, á esta noble ciudad. Se me asegura que cada día del año puede celebrarse en ella la fiesta de siete mil mártires, y yo creo que sus venerados restos yacen olvidados en iglesias arruinadas, ó entregados en manos de sacerdotes de malas costumbres y sin devoción. Y aunque no por esto la gloria accidental de esos bienaventurados padece detrimento, sacad del olvido sus reliquias, despertad la piedad de este pueblo».

La Reina de los Mártires apareció á Brígida mostrándole bajo el símbolo de un vasto campo cubierto de espigas maduras los innumerables cristianos, que á ejemplo de san Pedro padecieron en Roma, y hubieran deseado dar su vida, no una sola vez, sino tantas cuantas eran las almas que anhelaban salvar. Los ecos de las ruinas por donde pasaba recordaban á Brígida las lamentaciones del profeta. «¡Ay! de tí Roma, ¡ay! de tí, tus murallas han sido destruidas; tus puertas derribadas; tus altares desolados».

Triste y desoladora era ya la visión cuando el Señor quiso presentar á la extática el contraste entre la antigua ciudad de los papas y la ciudad actual, abandonada por el sucesor de Pedro. Hizolo por medio de otro campo ó místico jardín, donde se ostentaban multitud de flores. Allí se veían las rosas encarnadas, emblema de los Mártires; los graciosos lirios, que simbolizaban á

(1) *Isaias* LXI, 1, 2.—*Luc.* XVIII, 19.

(2) San Pedro, san Juan de Letrán, santa María la Mayor y la santa Cruz de Jerusalén.

los confesores; las doradas espigas, imagen de los penitentes. «En aquellos tiempos, decía el Maestro, la justicia reinaba en Roma; hoy, esta ciudad, objeto de mi predilección, ha llegado á ser la escoria del mundo. Los guardadores de sus puertas se han vendido. De los Sacramentos de la Iglesia se hace indigno tráfico». Casi desfallecía Brígida ante tal espectáculo. «Sin embargo, añadió el Salvador, tengo aún amigos fieles en Roma, es necesario ayudarlos, clamarán al cielo pidiendo misericordia y la alcanzarán».

Al salir del éxtasis, comprendió la santa, que para reanimar la fe, para poner en contacto á aquellas almas con los amigos de Cristo, era preciso sacrificarse en aras de la caridad. Marchó en consecuencia á reunirse con los peregrinos, exhortólos al arrepentimiento, y comenzó con grande ahinco á socorrer á los pobres y enfermos en sus necesidades, aconsejando á los ricos ejercitasen su caridad en alivio de los piadosos forasteros.

La afluencia de peregrinos era tal, que no bastaban para hospedar á todos, ni los conventos, ni las casas de las cofradías, ni los palacios de los potentados, ni las buhardillas de los pobres, ni la caridad del clero que con una mano repartía lo que recibiera con la otra. Encontrábanse por la noche multitud de hombres, mujeres y niños, agrupados en derredor de inmensas hogueras, tratando de desafiar los rigores de un invierno excepcionalmente frío. Cuando entre esos grupos oía la santa hablar la lengua de su patria, acudía en el acto, con el fin de explicar á sus conciudadanos, como el jubileo limpia el alma de toda mancha, mucho mejor de lo que ellos hubiesen osado imaginar. Veíanse con frecuencia apoyadas sus enseñanzas con milagros á semejanza de los que obraban los apóstoles: curaba á los enfermos, tan sólo presentándoles algún objeto bendito, ó simplemente imponiéndoles las manos.

Una de esas curaciones fué obrada en presencia de numerosos testigos: salía Brígida de la iglesia de santa Práxedes, en donde cerca de la columna de la flagelación, había venerado el santo sudario expuesto allí, al culto de los fieles; bajaba la pendiente del Esquilino, acompañada de un caballero compatriota suyo, cuando éste llamó su atención hacia una pobre mujer de Noruega, que en aquel momento era víctima de una terrible crisis epiléptica, corrió á ella la santa, y levantándola con sus propias manos, la hizo sobre el pecho la señal de la cruz, librándola para siempre de su incurable enfermedad (1).

(1) *Rev. III, 27.—IV, 81.—VI, 102.—Proc. Can. Dep. Kater, sup. 34° art., f. 136 v.*

El vicario pontificio había nombrado al maestro Pedro, confesor de los peregrinos escandinavos. Ninguno de ellos ignoraba la presencia en Roma de su santa compatriota, y cuando creían ser tratados con demasiada severidad en el tribunal de la penitencia, acudían á Brígida en busca de consuelo.

Entre los peregrinos se encontraba un cortesano sueco, á quien el maestro Pedro, creyó deber negarle absolución de sus vergonzosos pecados. Como requisito indispensable exigiale la reforma completa en su manera de vivir; el penitente acudió en el acto á Brígida en busca de consejo, y ésta, compadecida de su situación, consultó el caso con el celestial maestro. Manifestóla el Señor, que excepto los pecadores castigados con censuras públicas y los criminales notorios, los cuales debían ser juzgados por los obispos, permitía á Pedro Olafsson absolver de sus faltas á los culpables, humildes y contritos; prometiéndole inspirarle por medio de una voz secreta las circunstancias en que debía abstenerse de pronunciar las palabras sacramentales.

Poco después tropezó el confesor con otra dificultad al parecer invencible. Veía á sus pies un penitente filandés cuya lengua no conocía; y no sabiendo qué partido tomar, acudió á Brígida. «Basta la buena voluntad del penitente, contestó ésta (1); de parte de Dios. Cuando ese hombre regrese á su patria, deberá someter el caso á su director espiritual; pero si la muerte le sorprende en el camino, el Redentor le dirá como al buen ladrón: «Hoy serás conmigo en el paraíso».

Los pecadores, los enfermos, los pobres, en una palabra, todos los que gemían bajo el peso de las miserias de la vida, buscaban en la santa consuelo y alivio. Aquella casa hospitalaria estaba ciertamente mal amueblada y escasamente provista de lo necesario; mas el dispensador de todo bien conservaba en ella con el espíritu de pobreza, el sentimiento de humilde gratitud hacia Aquél que no niega á ninguna de sus criaturas el pan de cada día. En los más mínimos objetos, en los alimentos más sencillos veía la santa simbolizados los dones invisibles que Dios proporciona al alma. Antes de servirse de ellos, recitaba Brígida en alta voz las oraciones, que de los divinos labios del maestro había aprendido. La regla bajo la cual vivía sujeta, era un freno para su carácter altivo é independiente. Levantábase en todo tiempo á las cuatro; se confesaba, asistía al santo Sacrificio luego á los sagrados Oficios

(1) Se ha preguntado si Brígida sabía filandés y la curiosidad no ha sido resuelta. (Cf. GEETE *bibliogr.* 306).

en san Pedro ó en alguna otra basílica; comulgaba los domingos y en muchas fiestas. A las nueve se reunían todos en el refectorio para tomar en silencio su frugal comida, contentándose con los alimentos más ordinarios é indispensables para conservar la vida. Antes de levantarse de la mesa, daba gracias con los demás y frecuentemente se confesaba por segunda vez. Hasta la hora de vísperas se ocupaba en la oración y en aquellos trabajos manuales que no impiden la unión del alma con Dios. Aunque por orden expresa de su confesor tuviese aún numerosos servidores, con gran gozo de su alma se ocupaba en los trabajos más humildes: remendaba toda la ropa, aun la de sus doncellas; y luego, confundida con los mendigos, iba pidiendo limosna á las puertas de los monasterios. Por la noche se dirigía á alguna de las basílicas y allí rezaba vísperas y completas. Según el tiempo, cenaban ó tomaban la colación todos reunidos, y sólo se permitían después conversaciones breves sobre asuntos piadosos, hasta las ocho, hora en que se retiraban á descansar.

Entonces comenzaban para la santa las horas de los dulces coloquios y las celestiales visiones. Todo en la vida de esta santa mujer estaba reglamentado por el maestro Pedro: oraciones, pensamientos, palabras, salidas y limosnas. Sin su permiso, ni levantaba los ojos esta mujer enérgica y llena de espontaneidad é iniciativas. Cuando había faltado en algo, se postraba de rodillas para pedir perdón, y cuando el maestro Pedro exigía de ella alguna penitencia particular, obedecía entonces con la mayor diligencia (1). Su obediencia era tanto más pronta, cuanto lo que se le ordenaba le era más penoso, deseando probar al Señor su docilidad humilde y candorosa, inclinando la cerviz bajo la mano de los diversos confesores que la providencia le deparaba. Un nuevo y doloroso sacrificio le exigió el Señor por entonces. Oraba un día, ante la tumba de los santos apóstoles. Arrebatada en éxtasis, vió entrar en la mansión de gloria, y unirse indefinidamente con la Verdad eterna, al maestro Matías, su primer director en las vías del espíritu, y oyó las dulcísimas voces angélicas, celebrar el triunfo del insigne teólogo. Confió Brigida su dolor mezclado de gozo á aquellos de entre sus compatriotas, que contaba en el número de sus amigos más íntimos. No pasó mucho tiempo, sin

(1) *Rev. II, 27.—IV, 94, 115.—VI, 71, 114, 115.—Extrav. LXV.—Proc. Can. Dep. Magni Petri. sup. 18º art. f. 106 v. y 107 r. Kater. sup. 15º, 16º, 17º y 18º, art. f. 127, 128. Laur. de Egidiis sup. 4º y 5º art. f. 149 r. y v. Alf. ep. Gien. sup. 12º, 15º, 17º, 18 art. f. 149 v.*

que los mensajeros enviados de Suecia, confirmasen la verdad de la visión (1).

Quiso también el Señor imponer á su sierva una tarea que jamás había ella imaginado: la de estudiar bajo la dirección del maestro Pedro la lengua latina, propia de la Iglesia, esparcida por toda la cristiandad é indispensable á la que en breve debía revelar las enseñanzas del Verbo á gentes de diversos países.

A pesar de sus cuarenta y cinco años, se dedicó como un estudiante á declinar nombres y á familiarizarse con nuevos términos, y mientras los demás peregrinos visitaban los santuarios, viviendo por la fe con los mártires, permanecía ella encerrada en su habitación con la gramática en la mano. Si se quejaba al Señor ó á la Virgen de tan enojosa tarea no era escuchada, se la obligaba á entregarse más de lleno á estudios que habrían sido el encanto de su juventud pero que la parecían áridos en la plenitud de su vida é inteligencia (2).

El maestro aplaudía sus progresos: la daba á traducir sobre todo motivos de oración. ¿Qué significa, la preguntó un día, «*melius est promerere quam promereri?*» «Más vale merecer que obtener» respondió la santa, á la que esta moral era familiar. Poco á poco habló correctamente latín *congrue* como decían sus amigos (3); pudo leer el texto de la Vulgata, las obras de los Padres de la Iglesia latina y los libros de mística. Un opúsculo de san Bernardo intitulado: «*Liber de modo vivendi*» (4), no le abandonó jamás, y

(1) *Rev. I, 3 et Declaratio.*

(2) *Rev. VI, 105.*—*Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup. 38º art. f. 227 v.*—En la vida de Brígida escrita por sus confesores se dice: «*Egressa de patria preceptum est sibi divinitus in visione... addiscere grammaticam ubi beata Agnes data est sibi in solacium, el Magister Petrus... in magistrum... tantum autem proficit in scientia grammaticali quod scivit pro parte legere, intelligere et proferre sermonem latinum.*»

(3) *Rev. IV, 74.*—*Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup. 38º art. f. 227 v.*

(4) Este manuscrito se halla archivado con el siguiente título: «*Cod. Teol. 8, en la biblioteca Upsal, tiene 13 c. 1/2 de alto y 9 de ancho y contiene 131 hojas encuadernadas en pergamino; la escritura es de la primera mitad del siglo XIV: en la hoja 3.ª se lee: «Aqst. libro ordeno san Bernardo á cuestion de una suya hermana aloor de Jhesu Christo». Prueban que el copista era español, porque es fácil reconstruirlas así: «Aquesto libro ordenó san Bernardo á cuestion de una suya hermana á laude de Jesus Christo». La portada lleva la inscripción siguiente: «Hunc librum qui intytulatur doctrina Bernardi ad sororem portavit beatar mater nostra sancta Birgitta continue in sino suo; ideo inter reliquias suas servandas». Llevado á Upsal con otros objetos de Valdstena, no aparece este volumen, no está reseñado por letras y números como*

vino á ser el complemento de lo que había aprendido entre los cistercienses de Alvastra.

Muchas veces también le fué dado contemplar los ricos manuscritos de las bibliotecas romanas; y si en sus años juveniles hubiera pasado largas horas estudiando aquellos pergaminos de amplias letras engastadas en miniaturas, al presente todo lo que no la llevaba directamente á Dios, le era pesado. ¿Qué eran para ella la ciencia y la sabiduría humana comparadas con las lecciones que del Verbo recibía? ¿Qué, la Teología dogmática, moral y mística, ante la voz de la Verdad eterna? No ignoraba ciertamente el maestro Pedro, que la ciencia adquirida está muy por debajo de la infusa; no ignoraba tampoco que el amor, así en la vida espiritual como en la terrestre, no se ha de medir por el conocimiento que de él se tenga. Sin embargo, comprendía que en los designios del Omnipotente estaba, que Brígida siguiese el camino trillado, para el cual la razón guiada de la fe se dirige á Dios. En el momento mismo en que acababa ella de dejar su patria, su clero y su familia para tratar con personas desconocidas y en país extranjero, parecía necesario que poseyese el criterio necesario para combatir á sus detractores, y evitar que atribuyesen á ignorancia ó candor ciertos pasajes de sus escritos. Preciso era también que contase con los suficientes conocimientos para poder comprobar la traducción del manuscrito á la lengua latina, hecha por sus confesores con lo que éstos hubiesen escrito bajo el dictado de la misma santa. Por lo demás el maestro divino quería para su sierva algo más que los conocimientos puramente humanos: la Virgen María, reina de los dolores, la advirtió que el latín del maestro Pedro no era enteramente correcto; y la más célebre entre las vírgenes romanas, Inés, una de las primeras esposas del Señor se la apareció para amaestrarla en la lengua universal de los cristianos.

Algunas semanas bastaron á Brígida para llegar á hacerse comprender en aquel idioma, logrando así hablar de los asuntos é

los manuscritos que habían pertenecido al monasterio; los monjes considerándolo una reliquia, no lo conservaban en la biblioteca, sino en la sacristía. Debemos estas noticias á M. C. Annerstedt, Bibliotecario de Upsal (Carta de 5 de Junio de 1888). Los consejos de san Bernardo á su hermana han sido impresos muchas veces bajo el título: **Liber de modo bene vivendi scriptus ad sororem**, y en particular con la Patrología de Migne (CLXX, 1199-1306). El manuscrito de Upsal habla en favor de la autenticidad de esta obra puesto algunas veces en duda, la palabra *ordeno* conviene mejor á una compilación que á una obra original.

intereses de la Iglesia con algunos de los más notables personajes de Roma, entre ellos, el vicario pontificio, y el cardenal legado, encargado de asistir á los peregrinos durante el jubileo.

El representante de Clemente VI, Ponzio Perrotti, obispo de Orvieto, no dió crédito á las palabras de Brígida. Jesucristo dijo á su sierva: «Las cosas de la tierra impiden á este prelado contemplar las del cielo. Como si fuese un ser irracional, se deja coger en el lazo y seducir con el cebo de las riquezas, que la muerte no tardará mucho en arrebatarle» (1).

En cuanto al cardenal Annibaldo Gaetani, dirigióle Brígida con el fin de ganar su confianza una extensa carta, en que le hablaba de sus revelaciones, y del examen y aprobación de que sus escritos habían sido objeto. Dábale parte de una visión aterradora, y decíale que había recibido en ella la misión de hablarle en nombre de la Virgen, la que veía con desagrado el ningún empeño que aquél mostraba en la restauración de la Iglesia viviente de Cristo, comparada por la madre de Dios á un santuario arruinado, y le amenazaba una muerte próxima. Jesucristo por su parte encargó á la vidente, transmitiese al cardenal la siguiente profecía, cuyo sentido no tuvo interpretación durante el jubileo: «Antes de morir muchos de los que ahora viven, verán el sol dividido y oscurecidas las estrellas. La prudencia se tornará en locura. A los humildes esconderá el fuego debajo de la tierra, y los audaces prevalecerán. Que los prudentes comprendan é interpreten mis enseñanzas» (2).

Annibaldo, con el auxilio de la gracia comprendió é interpretó tan terrible revelación; en cuanto á la profecía, cerrando los ojos á su verdadero sentido, continuó dejándose arrastrar por su amor á las riquezas y á los honores, que le llevaron á su perdición (3).

El dictado de *Simia*, mono, que Brígida le daba en sus cartas, pinta en un solo rasgo al cardenal legado; muy pequeño, con los ojos vizcos, se rodeaba de un lujo real y trataba de imponerse por la dignidad del talante.

Muy en breve llegó el prelado á ser objeto de las burlas populares y de envenenados pasquines con motivo de haber ordenado

(1) *Rev. extr. LXIII, CII, CXIII.*

(2) Consideranse estas palabras, como una profecía concerniente al gran cisma de Occidente; y son complemento de la revelación hecha por Brígida tres años antes. (Véase el cap. V).

(3) *Rev. III, 10, 11, 12. — VI, 78.*—Una parte de esta revelación se halla repetida en el Libro III de las Revelaciones, cap. 10.

que se acortase el plazo de quince días, prescrito para cada peregrino para la visita de las iglesias, en vista de la aglomeración de éstos, reduciéndole en veinticuatro horas. Un incidente ridículo, la presencia de algunos camellos en los jardines del Vaticano fué la señal primera del motín. El pueblo rodeó el palacio de Nicolás III, verdadera obra de arte; y contra las torres y elevados muros cayeron algunos proyectiles más pesados aún que las sarcásticas canciones. El cardenal contestó al ataque con el castigo y disminuyó en ocho días la duración del jubileo; con esto los romanos sufrían grandes pérdidas en sus intereses materiales y los cristianos en los espirituales. Las hostilidades de una y otra parte, tomaron incremento, el cardenal las desafió, y una mañana al entrar el prelado en la basílica de san Pablo en solemne procesión, una flecha atravesó el sombrero rojo del purpurado. Buscóse por todas partes al culpable, intérprete del odio popular, y jamás se logró encontrarle.

Juzgó Annibaldo que tales escándalos pedían severos castigos. Fulminó, y puso la ciudad en entredicho durante ocho días. Acudían los peregrinos al tribunal de la Penitencia, y no hallaban ni quien les absolviese de sus culpas, ni quien les repartiese el pan de los ángeles. Levantáronse de nuevo los romanos, y huyó el cardenal; dirigióse á Nápoles, mas en el camino murió, víctima del veneno. El obispo de Orvieto fué á su vez arrojado de Roma, y murió poco después en Avignon, no sin lamentarse de las riquezas que habían sido el encanto de su vida (1).

El papa Clemente VI, cuya ausencia de Roma era la causa principal de tales desórdenes, no experimentaba por el momento la justicia de Dios. Pero como antes de terminarse el jubileo había visto Brígida cumplirse las restantes profecías con tanta exactitud y sobrecogida de pavor, esperó la ejecución de las amenazas del cielo contra el orgulloso pontífice.

(1) Proc. Can. *Dep. P. de Alv.*, sup. 29º art., f. 226 r.—*Rev. extrav. CII.*

CAPITULO VIII

1350-1351

APOSTOLADO DE BRIGIDA Y DE SU HIJA CATALINA EN ROMA

Estancia de Brígida en el monasterio de los benedictinos de Farfa.—Reúnesele allí su hija Catalina.—Muere el marido de ésta.—Vida de las santas en Roma.—Personas de todos estados y condiciones acuden á las santas en busca de consejo.—Acción diversa, que ambas ejercen sobre las almas.

Brigida sancta, o degna Principessa
Hor ti rallegra di questa Bambina
Di te uscita o magna Profetessa.

(*Laude della B. V. Chaterina. Ms. del vxº secolo.*)

A la primera noticia del entredicho millares de extranjeros salieron de Roma. Alejóse también Brígida por orden del maestro divino para ir, como en otro tiempo los apóstoles, á la conquista de las almas. Enviábala el Señor al monasterio benedictino de Farfa, revelándola que allí encontraría «habitación preparada». Anunció Brígida su próxima partida á sus compañeros; y todos, con excepción del maestro Pedro, la siguieron. Atravesaron los viajeros la comarca Sabina bajo los ardorosos rayos del sol de Julio, no moderados por sombra alguna. Después de caminar todo el día, hicieron alto en las márgenes del Farfa frente á un inmenso castillo rodeado de suntuosas dependencias.

No ignoraba Brígida que la orden á la cual pertenecía dicho monasterio, había dado á la Iglesia veinte y cuatro papas, centenares de cardenales; millares de obispos é innumerables religiosos, entre los que se contaba una multitud de santos: pero sabía asimismo cuánto era el daño, que ocasionaba el favor de los hombres y la abundancia de los bienes terrenos á la proverbial virtud de los *monjes negros*. Siguiendo las instrucciones precisas que de lo

alto recibiera, llamó á las puertas del convento, pidiendo hospitalidad. Su renombre la precedía, y fué mal recibida: los penitentes no eran honrados en Farfa. El hermano portero rehusaba admitirla; por fin después de mil astucias, se dignó alojarla en una misera cabaña, que ofrecía el más extraño contraste con la abadía. Los perros y los halcones del abad tenían mejor albergue que la gran señora de la corte sueca.

Era sin embargo aquél, el «aposento de salvación», que el rey celestial ofrecía á su esposa. Llena de piedad por los benedictinos, Brígida aceptó el sacrificio en expiación, decía, de sus goces y de su orgullo. De la vida de aquellos monjes era prueba la suntuosidad del monasterio, y Brígida juzgó inoportuno predicarlos la reforma; en lugar de lamentarlas ¿no les harían más culpables las advertencias? No fué del agrado del Señor tal pensamiento. «¿Acaso, dijo á su sierva, los apóstoles convirtieron á todos los hombres? Salvaron sin embargo á muchos, y ellos mismos y adquirieron méritos por medio de su predicación». He aquí lo que debía decir á sus huéspedes: «El Señor ha apartado sus ojos de esta casa, porque los moradores se glorían aquí de sus pecados, y trabajan mutuamente en su perdición. Sin embargo la Virgen misericordiosa mueve á piedad el corazón de su Hijo, cuya clemencia desea salvar á aquellos pocos, que han permanecido fieles, y volver á buen camino á los culpables. Humilláos pues, acudid á la divina misericordia pronta siempre á perdonaros. De lo contrario seréis castigados como usurpadores del hábito religioso, que lleváis sin el deseo y voluntad de vivir bien».

Obligado por las reiteradas demandas de la ilustre Dama el Abad le otorgó al fin la audiencia deseada. Llamábase éste D. Arnoldo, y aunque hacía poco que tenía tal cargo administraba los bienes del monasterio desde quince años atrás. Procedente de Cluny no había llevado consigo ni el espíritu de reforma ni las puras costumbres de Pedro el Venerable. Rara vez celebraba el santo sacrificio de la misa, y en traje seglar corría sin descanso en pos de los honores, las riquezas y el placer. Habíale Dios destinado para ser ángel de luz; había apostatado, como Lucifer.

Avisada Brígida en sus arrobamientos de la conducta observada por D. Arnoldo: «Señor Abad, le dijo, en vez de ser un dechado de virtud para vuestros monjes sois piedra de escándalo, presentáis idas cortesananas. Vuestros hijos, hijos de vergüenza crecen á vuestro lado; debiendo ser el tesorero de los pobres, disipáis fuera del claustro las limosnas que les pertenecen. No esperéis regresar á Francia, y sabed que si prontamente no os arrepentís,

el Juez eterno os privará de toda dignidad; no habrá religioso que quiera conservar con vos relaciones, y seréis excluido del reino celestial» (1). D. Arnaldo escuchó los avisos que el Señor le daba por boca de su sierva, y un soplo purificador pasó por la abadía de Farfa.

En aquellos momentos parece que quiso Dios prestar á Brígida inesperado auxilio, presentando ante los benedictinos á una virgen iluminada con la gracia divina: la hermosa castellana de Eggertsnaes, Catalina, á quien todos creían en su patria, presentóse de improviso á las puertas del convento.

Fué acogida con solicitud por D. Arnaldo (2) y con una alegría emocionante por Brígida que daba gracias á Dios por haberla enviado la compañera de alma y de trabajos que la había prometido en Stralsund. Tan pronto como la santa juzgó terminada su misión en Farfa, decidió dirigirse con su hija á Roma. El entredicho había cesado; los extranjeros entraban de nuevo en la ciudad, y el maestro Pedro continuó desempeñando sus funciones de confesor. Cuando caminaban hacia la ciudad eterna, refirió Catalina á su madre el principio de su peregrinación. Al ver alejarse á su madre desde las costas de la patria, apoderóse de su corazón una tristeza invencible, que le fué imposible ocultar á su marido, declarándole que se sentía vivamente atraída hacia Roma, por un deseo más poderoso que su voluntad, más fuerte que los lazos estrechísimos que la unían á su hogar y á su patria. El intenso amor que Edgardo profesaba á su esposa, le había impulsado á renunciar al mundo, á lo honores y aun á los goces de la paternidad; y se resignó sin murmurar á poder ver á Catalina á su lado. El deber por un lado, y por otro la enfermedad que minaba su juvenil existencia, le retenían en Suecia; pero su amada era libre por su parte, para emprender la deseada peregrinación; porque él no sólo la aprobaba, sino que sus bendiciones y solicitudes, la seguirían por dondequiera que fuese.

(1) *Rev.* III, 22.—VI, 5, 7, 8.—*Extrav.* XCVII, CV.—*Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup.* 18° art., f. 219 v. 220 r.

(2) Difícil es asegurar cuál haya sido la suerte de Don Arnaldo. Las crónicas benedictinas dicen poco de este sujeto. Una frase, que el prior de Alvastra estampó al redactar la revelación CV. (*Extrav.*), parece dar á entender que el abad de Farfa murió impenitente, y que es el mismo pecador mencionado en la declaración añadida al capítulo 22 del libro III, de las Revelaciones. Por otra parte el monje Birginito Ulf, dice en la vida de Catalina, que esta santa fué muy bien recibida por Don Arnaldo á causa del afecto, que profesaba á Brígida, «por cuyas santas exhortaciones se había convertido y mudado de vida».

Por estos mismos días, un mensajero del gobernador de Nericia llegó á Eggertsnaes, portador de unas cartas, que yá por error, ya calculadamente, fueron entregadas á Catalina. Eran éstas de Carlos dirigidas á Edgardo, en las cuales vituperaba abiertamente el designio de su hermana que pensaba combatir con todas sus fuerzas. El viaje, añadía, de una hermosa dama de dieciocho años á través de Europa era una locura tal, que si Edgardo consentía en él, la mataría. La joven castellana selló de nuevo el pliego, enviándolo en el acto á su tío Israel, cuya autoridad era indiscutible en la familia. Leyó las cartas el fervoroso cristiano, y al punto determinó proteger cuanto pudiese el viaje de su sobrina.

La voluntad del gobernador de Upland prevaleció, y en consecuencia partió Catalina acompañada de dos damas de honor, de otras damas nobles, sus amigas, entre ellas Ingeborga (1), de Gustavo Tunesson (2), su tío paterno por su primera mujer (3), y cuñado de Edgardo por la segunda (4). Con tal escolta nada impedía el viaje de Catalina á Italia. Los deseos de la joven estaban cumplidos, y sin embargo, aunque no participaba de los lúgubres presentimientos de Edgardo, experimentó en el alma dolor profundo, cuando embarcada en la nave que se dirigía á Lübeck, le fué preciso separarse de aquel á quien tan tiernamente amaba. Edgardo por su parte, no esperaba verla en este mundo. El trayecto por mar fué peligroso y el viaje, á través de los países alemanes erizado de dificultades. Llegada en fin á Roma pensaba Catalina que iba á arrojarle en el acto en brazos de su madre; mas ésta no estaba allí; y aún debieron pasar ocho días antes de que le fuese dado encontrar en el Vaticano al maestro Pedro, que debía ser su guía (5).

Muy en breve quiso el Señor probar á la joven, que los amores terrestres son en el alma fuente perenne de intranquilidad y turbación. Tan luego como hubo pasado el jubileo, despertóse en su alma el deseo de regresar á su patria con el mismo ardor é impaciencia con que había anhelado salir de ella; pero Brígida fué avisada sobrenaturalmente de que aquel proyecto no entraba en los

(1) Este noble señor está calificado de *Riskermarsken*, ó condestable en las declaraciones de las revelaciones por **Olof Dalin** (*Svearikes Historia Stokolmo*, 1750, II, 499). Esta opinión no se apoya en ningún documento contemporáneo.

(2) Catalina Gudmarsdotter.

(3) Mechtilde Lyddersdotter.

(4) Proc. Can. *Dep. Cat. sup.* 31° art., f. 134 r.

(5) *V. Catár.* 248.—*Om. S. Catar.* 527, 533, 534.

designios de la divina providencia. Vió en espíritu á su yerno Edgardo en los umbrales de la eternidad; al mismo tiempo declaraba el Verbo, que en adelante, sólo El sería el compañero y guía de Catalina, y que á El solo tocaba determinar el momento que habia de volver á su patria y abandonarla de nuevo para el complemento de la obra que la tenía destinada.

La santa, compadecida de su hija estuvo á punto de decir al divino Maestro, con el bienaventurado Suso, que la manera con que aquí trata á sus amigos, no era para acrecentar su número. Sin embargo, declaró á su hija en nombre de Dios, que debía permanecer en Roma, ocultándole, no obstante, la desgracia que le amenazaba.

Ya por entonces, los peregrinos escandinavos se preparaban á regresar á la patria, y Catalina se lanzaba con el pensamiento á la tierra natal; á sus grandes bosques, hacia su querido hogar, hacia aquél á quien amaba con ternura más intensa que la del amor filial. Detenida sin embargo por orden celeste, se contentó con pasear sus tristes miradas por el horizonte; dirigiéndose luego al campo de Fliore. No veía ya en Roma la sangre de los mártires, no oía salir ya de sus santuarios la voz de los santos, la luz del mediodía no la alumbraba, el sol no la calentaba, dejaba caer miradas veladas sobre esta tierra extranjera y se esforzaba en no oír las palabras que llegaban á sus oídos. Poco á poco apresuró el paso y dejó atrás á su madre. Al final del trayecto, con el rostro transfigurado, radiante con el goce severo del sacrificio, pasa revista á todo lo que dejaba por el invencible amor al Eterno: amor, riquezas, honores, amigos, parientes, patria y su joven esposo, declarando en fin que se quedaba en Roma.

Los peregrinos suecos regresaron pues sin la castellana de Eggertsnaes (1). Ingeborga asimismo se negó á partir por no separarse de Brígida, en cuyo trato íntimo habia vivido (2). En

(1) En su deposición en el proceso de Catalina Fray Clemente Persson asegura que el regreso de los peregrinos suecos no se efectuó sino después de la muerte de Edgardo; pero dicha suposición es inverosímil. Sin embargo, tal vez se refiera á algunos de ellos. Si el documento mencionado por STEFFEN, *op. cit.*, 58, n., concierne, como juzga, al tío de Catalina, este señor vivía en 1354. Sería entonces necesario admitir que permaneció en Roma ó que volvió á ella. Sabemos que murió allí, pero ignoramos la fecha de su muerte.

(2) Aquel cuñado de la santa, que según se dijo, la injurió en un banquete, habia muerto ya en la ciudad de Roma, durante el Jubileo, arrepentido y absuelto. *Rev. VI*, 113.

cuanto á Gustavo, no sin gran sentimiento se alejaba de Roma. Las exhortaciones de la santa habían convertido á aquel hombre habituado á la guerra, y menos esforzado contra sí mismo, que contra los enemigos de Suecia, consideraba con terror las tentaciones que en la patria le esperaban. En Roma había tratado de expiar sus faltas, y temía volver á ellas, al encontrarse de nuevo en la corte de Magno. «Antes quisiera renunciar á mi patria para siempre, que ofender á Dios en ella», exclamaba, anteponiendo la muerte al pecado. Escuchó benigno el Señor tan generoso deseo, y recompensó una resolución tan sincera. Cerca aún del sepulcro de los santos apóstoles, en Montefiascone cayó enfermo Gustavo, y recibidos los santos sacramentos, durmió en el Señor. La Madre de Dios reveló á Brígida, que el íntimo y verdadero arrepentimiento de sus culpas, había dejado enteramente purificada el alma de Gustavo.

Indeleble recuerdo dejaron en el corazón de su ilustre compatriota los peregrinos suecos, al regresar á su tierra. A tres de ellos con sus exhortaciones había logrado alejarlos de la senda del vicio, y apagar en sus almas la sed de los placeres y de los honores (1). Pero Birger, recaudador del fisco, á quien creyó Brígida haber convertido cuatro años antes, abandonó la ciudad de Roma más depravado que á su llegada. Al principio del jubileo, habiase presentado en el palacio de Beaufort para dirigir á Brígida esta pregunta impertinente: ¿cuál es el espíritu, que os mueve, el de Dios ó el de satanás? La santa, se echó atrás sintiendo el olor fétido que para ella exhalaban los pecadores, le contestó, la corrupción de vuestra alma es tal, que el hedor nauseabundo, que despide es intolerable. Alejóse éste muy irritado; se confesó sin embargo y logró ser admitido en la colonia escandinava. La Madre de Dios advirtió á Brígida, que el lobo se hallaba entre las ovejas, Birger no tenía las disposiciones debidas, para aprovecharse de la gracia del jubileo. «No basta confesar los pecados, decía la Reina del cielo, preciso es corregirse, reconciliarse con aquellos á quienes se ha ofendido, restituir los bienes mal adquiridos y someterse á la voluntad divina. Sólo á ese precio se concede la gracia del jubileo. Lisonjearse de alcanzar el perdón sin abandonar las riquezas habidas injustamente, sin huir de las vanidades del siglo, ni del lujo, que enerva el alma, ni de los afectos desarreglados del corazón, sería locura». Inútilmente, pues, había tratado Brígida

(1) *Rev.* VI, 34, 81. — VI, 20.

de convertir á este hombre, y al despedirse de él, presintió ya sus futuras recaídas, y su muerte, en estado de impenitencia (1).

El fin del jubileo entregó la ciudad de Roma á la anarquía: los nuevos senadores no gozaban de autoridad alguna; los romanos guiados por Savelli arrojaron de ella al vicario pontificio; la nobleza entregada á los mercenarios alemanes, á quienes había dado su confianza, no se regía por otra ley, que por la del capricho. Como en las calles no se hallase seguridad, prohibió Brígida á su hija, cuya hermosura cautivaba todas las miradas, que saliese del palacio de Beaufort. Aprisionada ésta en casa; aislada, solitaria, hundióse su alma en profunda tristeza. «Mis hermanos y hermanas, decía, sirven á Dios en Suecia; y yo, mientras tanto, ¿qué hago aquí? Mejor fuera morir, que llevar una vida tan inútil para el cuerpo y para el alma»..... Recordaba tristemente sus obras de celo, y á los desgraciados á quienes allá en la siempre amada patria aliviaba con la limosna espiritual y material; y parecíale escuchar las voces con que aquéllos la llamaban en su auxilio. La acción exterior, esta ilusión juvenil la atraía. No comprendía entonces, que un solo acto de abandono completo en la voluntad de Dios, la entrega total de nosotros mismos en sus manos, así en lo presente como en lo futuro, es más meritorio y eficaz, ante los divinos ojos, que largos siglos pasados en las obras exteriores. Menos enérgica que su madre, era por lo tanto menos flexible. No se inclinaba bajo la mano de su director; como un árbol lleno de savia, que crece y se desarrolla en la forma con que se le dobla; se inclinaba y se levantaba como débil caña; el espíritu de obediencia la retenía en Roma, pero que fué bastante poderoso para mantenerla entre los muros de su celda.

Una mañana del mes de Enero en tanto que Brígida se hallaba ocupada en asuntos de importancia, dirigióse la joven hacia las catacumbas de san Calixto, en compañía de otras personas, para venerar las reliquias de san Sebastián. La hermosura de Catalina se atraía las miradas de cuantos á su lado pasaban. Uno de éstos, rico y noble señor, determinó apoderarse de la joven; iba ya á hacerlo, cuando un ciervo, atravesando velozmente por el campo, atrajo hacia sí las miradas del osado conde y de sus hombres de armas, y esta nueva presa les hizo abandonar la primera. Avisada Brígida en una visión de lo que pasaba, recibió á su hija á las puertas de su palacio, diciendo: «Sea bendito el ciervo, que

(1) *Rev. I, 32.—IV, 16.—Extrav. LXXXI.—Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup. 36º art., f. 227 r.—Vita S. Birg. 203.*

enviado de Dios te ha libertado hoy de tu enemigo» (1). El terror de Catalina fué indecible, y llegó á su colmo, cuando algunos días después, en lo más avanzado de la noche, se vió amenazada de igual peligro. Entonces, sin consultar á su madre, ni pedir consejo á su director, fué á pedir hospitalidad á las clarisas del monasterio de san Lorenzo «in Panisperna», en el Viriminal, donde la salmodia franciscana sustituía á los gritos de pane y perna de otros días durante las fiestas de Júpiter (2).

Aquellas religiosas claustradas no pudieron conservar en el convento á una mujer que pertenecía al siglo por los lazos del matrimonio. Volvió Catalina al palacio de Beaufort, indignada contra los encantos de su belleza, que eran para ella un continuo peligro y para los demás motivo de tentación. Preparó, con yerbas venenosas una mixtura, que puesta en el rostro, debía marchitar la frescura de la tez, y alterar la regularidad de las facciones. Brígida y el maestro Pedro, la prohibieron pretender enmendar la obra del Criador, la joven no replicó; pero conociendo el camino que conducía á una gruta solitaria, en donde estaría al abrigo de toda mirada, allí se dirigió con resolución de llevar á cabo su obra destructora. En el momento mismo en que iba á ejecutarla, una piedra desprendida de la roca vino á hacer pedazos la redoma que contenía el veneno, derribando por tierra á la bella penitente, é hiriéndola en la frente. No le fué posible desconocer la intervención providencial, y se sometió á la voluntad divina tan visiblemente manifestada. A pesar de la cicatriz que aquella herida la ocasionó, y que no se la borró jamás, no la recordó que ningún sacrificio iguala al de la propia voluntad. Lejos de someterse á lo que el Señor quería de ella, languidecía y se dejaba morir. Los médicos no daban esperanza alguna de vida; mas el Señor dijo á Brígida: «Si tu hija permanece en Roma vivirá». Solemnemente prometió Catalina hacer lo que el maestro divino mandaba, y en el acto quedó curada. No obstante la salud sólo la aprovechó para seguir luchando contra el beneplácito del Omnipotente, al cual no se resignaba sino á viva fuerza. El aire del destierro la ahogaba oprimiendo su espíritu. Algunas veces echaba de menos la fiebre que gasta las fuerzas y apaga los deseos.

(1) Proc. Can. *Dep. Fr. Papuzera sup.* 29º art., f. 190 v.—*Om S. Kat.* 537, 538. Como recuerdo de esta aventura y de la casa de Eggertsnæs, se pinta á veces á la santa con un ciervo á sus pies.

(2) Otros autores hacen derivar este nombre del prefecto Perpenna Quadratus.

Una tarde al volver de vísperas, hallió Brígida á la joven sumida en crueles sentimientos. Parecíala la vida como una carga pesadísima y no veía á su Redentor dispuesto á llevar la cruz con que la cargaba y se preguntaba si no volvería á Suecia.

—«¿Qué tienes?», preguntó su madre.

Catalina guardó silencio, insistiendo Brígida, la desgraciada no pudo sino articular:

—«Me es imposible responder».

Brígida que como su divino maestro sabía esperar, se retiró. Un sueño benéfico vino á calmar la sobreexcitación moral de la joven; parecíale estar envuelta en llamas, sin lograr, aunque lo intentaba, huir del peligro. La Virgen Santísima se la presentó en aquel momento. «¡Ayudadme, Madre mía!», exclamó Catalina. María se alejó diciendo: «¿Cómo podré ayudarte á cumplir la voluntad de mi Hijo, cuando tan sólo quieres regresar á la patria? Eres infiel á las promesas que has hecho á tu Criador y Señor». —«¡Madre mía!, replicó Catalina, yo os prometí hacer cuanto me ordenéis». —«Obedece pues á tu Madre y á tu confesor», respondió la Consoladora de los afligidos.

Despertó Catalina, y apresuróse á confiar á su madre cuanto en sus sueños la había pasado, asegurándola que desde aquel instante prefería el destierro á la patria y que sería fiel á su resolución hasta la muerte. En un éxtasis fué revelado á Brígida el destino de su hija. «La virgen Catalina, decía el Verbo, es viuda ahora, quiero que permanezca á tu lado, y yo mismo la guardaré.

El Viernes Santo, el día en que por excelencia recuerdan los cristianos el infinito amor del Redentor, tuvo noticia Catalina de aquella revelación. Edgardo había muerto, y desde ese momento, la suerte de la que tanto le amó estaba decidida (1). Pero ni el pensamiento de que veía todo en la eterna verdad, que la esperaba en el seno de las claridades sin sombras, el amante del amor reservado á las ternuras á las que nada precedero deshoja eran bastantes á dulcificar la amargura que la causara el no haber sido depositaria de la última mirada, de la sonrisa postrera de su amado. Ni las promesas del Salvador, ni la esperanza que Jesucristo la auxiliaría llegaban á su corazón. Olvidada que de su miseria Dios podía hacer brotar una alegría intensa, ignorada de los felices de este mundo; no sentía más que el padecimiento presente y como nuestro Señor en Jethsemaní, oía resonar en el seno

(1) Proc. Can. Dep. Kaler. sup. 29º art., f. 132 v.

de las tinieblas el llamamiento á padecimientos futuros. La humanidad de Cristo la asustaba, nada la distraía y sentía á su alma triste hasta la muerte (1). Su espíritu se cerraba á las esperanzas de su vocación, al conocimiento de la infinita herencia de gloria que la pertenecía. «¿Qué sería de mi hija en esta agonía si Dios la abandonaba?», se decía Brígida. «¿Abdicaría su vida para huir del tormento de vivir?» La fe preservaba á Catalina del suicidio; pero no se sentía arrullada por la voz enervante que rebaja al hombre al nivel de los mármoles destinados á perecer, que enseña á irse aniquilando para ofrecer menos presa, y que conduce al abismo insondable de una eternidad sin amor?

Acudió Brígida en auxilio de su hija, no con palabras tan sólo sino también con el ejemplo de su virtud sólida y varonil. Aquella suerte de indiferencia hizo que Catalina fuera dócil á los ejemplos; el instinto más bien que un acto de voluntad la hizo seguir los de su madre; y luego en la mortificación exterior logró encontrar un lenitivo para las tristezas del corazón. Pronto motivos mejores animaban sus penitencias la era dulce, aunque ella muriese de dolor, calmar los de otros y que sus austeridades tuvieran gracia suficiente para aliviar los tormentos del purgatorio. A ejemplo de san Luis, rey de Francia, no se contentaba Catalina con desgarrar sus carnes con sangrientas disciplinas; arrojábase también á los pies del confesor, diciendo: «Castígame, heridme, hasta que la sangre brote de mis venas, para que ésta, unida á la del Redentor, expie mis pecados y rescate á las almas». Por fin llegó el día en que, serena y gozosa, exclamó: «Mi corazón ha recobrado la tranquilidad, he hallado la paz; el tentador ha huído».

Madre é hija pasaban gran parte de la noche, en la iglesia prosternadas ante el tabernáculo del Dios vivo con tierna solicitud, expiaba la hija la hora en que se dormía su madre sobre el suelo para arroparla con su manto; durante el día, visitaban y asistían á los pobres enfermos, penetrando á veces hasta la morada de los leprosos. Las lágrimas, que Catalina había derramado, dejaron en su mirada un sello particular de suavidad y dulzura, por medio de las cuales consolaba y alentaba á las almas afligidas y probadas, diciéndolas, á ejemplo de los apóstoles: «Sé lo que padecéis, porque en mí misma he experimentado el dolor» (2).

(1) Καὶ ἤρξατο ἐκλιμβεῖσθαι καὶ ἀδημονεῖν.—Καὶ λέγει αὐτοῖς, Περίλυπός ἐστιν ἡ ψυχὴ μου ἕως θανάτου. *Marc. xiv, 33-34.*

(2) *Act. xiv, 15.* Ἡμεῖς ὁμοπάθεις ἐσμὲν ὑμῖν.

Sea que la santísima virgen quisiese enseñar á Brígida á humillarse ante su hija; sea que quisiese recordarle que la verdadera virtud no se funda en los favores extraordinarios del cielo, sino en el completo abandono del alma á la voluntad de Dios, lo cierto es que una mañana le dirigió estas extrañas palabras: «Tu hija prefiere el sayal á las ricas telas; va á rehusar su traje; aconsejando á Edgardo que la unión de ambos fuese virginal, se ha inmolado en aras de su amor á Jesús; y separándose del esposo terreno á quien tanto amaba, se ha sacrificado. Ha renunciado también á la compañía de sus hermanos y hermanas, á quienes ahora favorece poderosamente con sus fervorosas oraciones; ha alcanzado en fin el perdón de todos sus pecados, y si persevera en sus santos propósitos, en cambio de los bienes terrenos, tendrá en herencia las delicias del cielo».

Catalina echó á un lado su abatimiento y fué la primera discípula de su madre; ésta procuró llevarla á la santidad, según el gusto y beneplácito divino. Pero ante todo la obligó á reflexionar seriamente por última vez, sobre su vocación. Varios caballeros romanos seducidos por la incomparable hermosura de la joven sueca solicitaban su mano. Exhortábala su madre á fijar la atención sobre aquellas palabras, que de nuevo la llamaban á los goces del matrimonio y de la maternidad; los papeles se habían trocado, siendo la misma Catalina quien se ocultaba en lo más secreto de su morada, y Brígida, quien se esforzaba por presentar su hija en público. Antes de salir, ésta obligaba á Brígida á responder de la seguridad de los caminos, y ni la costumbre del cruzar el puente de Saint-Ange no familiarizó á Catalina con la ostensible admiración de sus tropas agrupadas alrededor de la mole de Adriano. Tenía poca lástima de aquellos soldados cuando Brígida predijo que extranjeros (1) les arrojarían del castillo. Los días de fiesta, que reunían á los fieles en los santuarios, eran para Catalina días de temor. El 10 de Agosto, rehusó salir á la Basílica de san Lorenzo, fuera de muros: Sabía que sus salidas eran expiadas por uno de los Orsinis de Roma, pretendiente de su mano. En el espacio desierto que rodea la iglesia ¿no trataría de robarla? Brígida no hizo caso de estos temores, «Dios y san Lorenzo nos defenderán», contestó á su hija llevándola consigo.

(1) *Rev. VI*, 118, 120.—*Extrav. LXIX*.—*Vita Kater.* 255.—*Proc. Can. Dep. Fr. de Papuzera sup.* 29º art., f. 191 r. y *Al f. ep. Gien. sup.* 23º art., f. 154 v. Los mercenarios bretones llamados á Roma en 1375 por Gregorio ocuparon el fuerte, después de haber expulsado á la guarnición.

Pronto vió ésta realizados sus temores. Durante la noche el caballero seguro de que Catalina pasaría por aquel lugar, diseminó á sus soldados mercenarios aquí y allá, por los campos cubiertos de viñas, entre la ciudad y la basílica, con el intento de apoderarse de la hermosa viuda, á su paso por aquel punto. Nadie se atrevería á criticarle. Las devotas mujeres pasaron recogidas en su oración sin sospechar el inminente peligro que corrían; llegaron al santuario, y emplearon allí largas horas en oración. Mientras tanto los criados del conde cansados de esperar, preguntaban á éste hasta cuando debían permanecer en acecho, pues ya el sol estaba sobre el horizonte; el caballero contestó que esperaba hasta la aurora. Era que como los ímpios de que habla la escritura sagrada, había sido castigado con la ceguera corporal, y en medio del día, andaba á tientas, como si fuese media noche. Informado de su ilusión (1), recordó entonces que algunos perseguidores de las vírgenes cristianas habían recibido igual castigo; y arrepentido y confuso, guiado por sus soldados, se encaminó á la basílica, y arrodillado al lado de las santas, imploró humildemente misericordia.

Pagar con beneficios el agravio, fué para aquellas mujeres, dulce consuelo; los ojos del ciego se abrieron; pero sus miradas no eran las mismas, y bien podía exclamar con el poeta:

...Fa gentil ció ch'ella mira...
 E cui saluta fa tremar lo còre.
 Sicché, bassando il viso, tuto smuore,
 E d'ogni suo difetto allor sospira (2).

Los religiosos, que guardaban las reliquias de san Lorenzo, ejercían también la hospitalidad en favor de los peregrinos. De ellos supo el conde, que el mártir Lorenzo se dejaba ver de Brígida, en estos lugares, revelándole el estado en que se hallaban las almas de los pecadores. Pero más aún que la relación de estas maravillas, el milagro, de que él mismo acababa de ser objeto, hizo del apuesto caballero, el discípulo dócil de la santa, y el celoso defensor de Catalina (3).

La libertad de la joven estaba al abrigo de toda violencia, merced á la valiente espada del noble señor; y gracias á él también las dos ilustres damas fueron en breve introducidas en el círculo de la no menos ilustre, altiva y dilatada familia de los fieros Orsini.

(1) *Job*. v, 14. : יוֹכָיִם וּפְגַשׁוּ-הַשֶּׁךְ וּכְלִילָה יִמְשְׁשׁוּ בַצְהָרִים.

(2) DANTE, *Vita nuova*, XXI.

(3) *Rev. I*, 23.—*VI*, 19.—*Om. S. Kater.* 539, 541.

El conde Latino, jefe de esta familia, que reinaba como señor del Campo di Fiore; era entonces víctima de una fiebre maligna. Las oraciones de su mujer Gorizia movieron á piedad el corazón de Brígida, la cual, acercóse al lecho del enfermo, y le dijo en voz baja: «El Señor no quiere todavía sacaros de este mundo». Al oír estas palabras, sintióse aquél completamente curado. Otros varios miembros de la misma familia buscaron la amistad de Brígida. Nicolás Orsini conde de Nola, napolitano que había acudido á Roma para las fiestas del jubileo, con su mujer Gorizia de Sabran y su prima Selena, prolongaba su estancia en dicha ciudad. Contaba el conde tan sólo 20 años, y á pesar de su amistad íntima con Bocaccio, conservaba intactas sus ideas religiosas, y sus costumbres cristianas. De su trato con Brígida tomaban nuevas fuerzas así él como aquellas damas para resistir á las seducciones, que en la corte de Juana la reina les esperaban (1).

Aprovecharon también los Orsini el ascendiente de Brígida, para suplicarle, pusiese término al escándalo causado en la ciudad, por uno de sus parientes, que retenía en su poder ciertos bienes mal adquiridos. La santa escribió al barón en los siguientes términos: «Señor, por medio de estas líneas, os advierto del peligro á que exponéis el alma; no la perdáis por cosas percederas y devolved lo que injustamente habéis tomado. Dios me es testigo, de que no escribo esto por mí misma, pues no os conozco. Pero una persona que velaba y no dormía, oyó, estando en oración, estas palabras, de la boca de un ángel: *Ursa*, ¡qué audacia contra Dios y su justicia! La voluntad ha vencido en vos á la conciencia: allá en el juicio de Dios, se callará la voz de la conciencia, os juzgará según las leyes de la equidad y la más estricta justicia» (2).

Entre aquellas ilustres damas, asemejábase Catalina á una de esas estatuas veladas, que el arte antiguo ha legado á los palacios romanos. Mientras la virtud de Brígida se manifestaba en sus palabras y acciones, la de su hija se revelaba tan sólo en su actitud, en su silencioso recogimiento, en cierta gracia milagrosa, que descendía sobre ella de lo alto, como luz destinada á iluminar á cuantos contemplaban á la joven. Nadie ponía ya en duda que Dios no la llamaba á otro estado, y por eso nadie tampoco pensó

(1) Proc. Can. Dep. Lat. Orsini sup. 34° art., f. 148 r.—Test. Nicolai, Conde de Nola, sup. 30° art., f. 92. r. y v.—**C.º** Pompeo Litta famiglie celebri italiane. Milano, 1844, VII, XI, XX.

(2) Rev. VI, 46.—«*Ursa*», quiere decir osa. Esta es la etimología del nombre «Orsini». En el blasón de la familia figura este animal.

en aspirar á su mano, por más que su presencia fuese el encanto de cuantos la trataban, á tal punto, que muchos apresurábanse á acompañarla en sus peregrinaciones y á veces en sus paseos.

La joven no dejaba ni los velos, ni el traje de duelo, aunque las damas romanas se presentasen magníficamente ataviadas. No había logrado Brígida con todas sus exhortaciones, obligarlas á moderar tan llamativo lujo, hasta que un milagro vino á echarles en cara su vanidad. El sol había desaparecido, en todos los templos, las campanas del Ave-María parecía que lloraban al día moribundo. En esta hora que, según el poeta hace enternecer el corazón, las italianas llevaban á la princesa sueca fuera de Roma, pasando bajo unas vides enredadas en las ramas de un olmo, quisieron coger algunos racimos, y como Catalina por su elevada estatura sobresalía sobre sus compañeras, éstas la rogaron que alcanzára aquellos frutos que no estaban á su alcance. La joven se levantó sobre la punta de los pies y arrancó los racimos. De pronto se la vió transfigurada; vestida de púrpura, y cubierta de piedras preciosas de fulgor tal, y de tan vivos resplandores, que iluminando el crepúsculo, disiparon las sombras de la tarde. «Virgen santa, exclamaron, qué adornos». En seguida se aperci-bieron que por efecto de su omnipotencia, el Señor, revestía á Catalina del mismo modo, que el sol viste con los colores del prisma las yerbas cuajadas de rocío.

No fué éste el solo milagro con que Jesucristo quiso glorificar á la terciaria franciscana (1) y premiar su desasimiento de las cosas de la tierra. Cayó enferma Catalina, y uno de los Orsini, atormentado con crueles angustias en el alma, se empeñó en hablar á la paciente: Vacilaban las doncellas, no queriendo, ni contristar al caballero, ni permitir que viese á su señora, en el miserable jergón que le servía de lecho, ni la pobre manta remendada con que se cubría. Hubo, en fin, de penetrar el conde con su escolta en la habitación, y halló á la joven reclinada en lecho suntuoso, cubierto de seda y oro. «Cosa extraña, pensó él, estas señoras son pobres ¿por qué no venden estas joyas de arte para cubrir sus necesidades?» En aquel momento las maravillas del arte se desvanecían á sus ojos dejando patente la realidad, y el poderoso señor hubo de reconocer, que los dones sobrenaturales, ni se compran, ni se venden (2).

(1) Según una tradición Catalina formaba parte de la orden tercera de san Francisco, pero ignoramos cuándo ingresó en ella.

(2) Proc. Can. b. Kater. *Dep. Fray Johan*, 3º y 9º, *arts.*, f. 21 r. y v. 22 r. et 30 r. — *Om. S. Kater.* 547, 550.

Muy en breve los amigos y aliados de los condes de Orsini, no tardaron de formar alrededor de las dos santas, un grupo de deseos y esfuerzos, al cual una santa mujer, Francisca de Papuzeri, daba el ejemplo de vida cristiana y mortificada (1). Mas entre la flor de aquella aristocracia romana, las costumbres no correspondían á la fe que profesaban. Veía Brígida la flojedad, la ambición, la hipocresía y otras pasiones que se ocultaban en el fondo de esas almas, y se propuso atacarlas con animosa y santa osadía, diciendo: «Vosotros, nacidos de noble extirpe, humilláos ante el acatamiento de la soberana Majestad, si le invocáis sin caridad, vuestras oraciones serán de abominación. La Providencia ha escogido los padres de que precedéis: sois de la misma naturaleza que vuestros prójimos, aunque de condición más alta. Mortificad el cuerpo, por medio de la abstinencia; pero que ésta sea prudente y discreta; para que, dando muerte al pecado, deje intacto el vigor del espíritu. No aspiréis á aquello para lo que no sois llamados. Dios os permite el uso de las riquezas, de los honores y del matrimonio, según lo ordenado por las leyes divinas. Purificad vuestras almas por medio de la frecuente confesión y comunión. El cuerpo sagrado de Cristo, es alimento y medicina: los sentidos no lo perciben, pero concíbele el espíritu. Tomad asiento en la escuela del Señor, en la que se alcanzan luces especiales. San Juan y san Pablo han aprendido allí cosas, que ignoraban Salomón y Aristóteles. Con la palabra *amor*, se aprende todo: á vivir y á morir. Os gloriáis de llevar el título de caballeros, y combatís á la retaguardia. Muy locos sois cuando decís: «*Bástame alcanzar el último lugar del paraíso; no quiero aspirar á mayor perfección*». Pues qué ¿hay algo imperfecto en el cielo? Todo el que se salva debe haber sido purificado, ó por la penitencia, ó por las llamas del purgatorio. Preparémonos á morir como Cristo, inocentes, pacientes y conformes (2).

Dos ejemplos vinieron á acrecentar la confianza que inspiraba Brígida á cuantos la trataban, y á probar la verdad de sus revelaciones respecto del estado de las almas. A una dama de distinción, que le pedía el auxilio de sus oraciones, contestó la santa: «Veo que sois inclinada á la maledicencia, coqueta, vanidosa, avara, y que estáis tan enamorada de la belleza de la criatura, cuanto indiferente por la hermosura infinita del Criador». Esta señora aterrada de verse como en un espejo, declaró que oía estas verdades

(1) Proc. Can. Kater. Dep. Francisca Papuzeri sup. art., 3º f. 188 r.

(2) Rev. passim.

por primera vez y se resolvió á reformar su vida. A uno de sus amigos, miembro de la familia de Orsini, repetía sin cesar estas palabras: «Sabad, que la muerte os sorprenderá, en medio de las diversiones del mundo». No dió crédito el joven á lo que escuchaba; más una noche, al entrar en su casa, después de haber cenado con sus compañeros de placer, acercáronse algunos individuos, y arrojándose sobre él, le asesinaron (1).

El campo de acción de Brígida, se ensanchaba más y más; y aunque manifestó repugnancia por enseñar á gentes de diferente estado del suyo, su Maestro hizo cesar esta repugnancia, probándola que el don de sabiduría, con que el cielo la había favorecido, no era para ella sola, sino que debía hacer partícipes á todos, sin distinción de personas. Desde entonces, se consagró á enseñar á cuantos ponía la Providencia en su camino.

Las personas, puestas por Dios en la escuela de Brígida se dividían en tres grupos; al primero pertenecían aquellas que reconociendo la omnipotencia divina, no pedían sin embargo al cielo sino los bienes de la tierra, y Dios escuchando su petición, concedíales lo que querían, premiando así sus pequeñas y débiles virtudes, y privándolas de la herencia eterna. Las del segundo grupo, inclinábanse al yugo de la ley divina, mas no por motivos de caridad, sino por temor del castigo. Las del tercero, prendados del amor divino trabajaban sólo por Dios, usando de los bienes temporales con moderación, y se entregaban más y más al Crucificado. Por eso cuando la muerte los llamaba, acudían por un camino corto y suave. Brígida, sin embargo no estaba destinada á evangelizar á este grupo, sino á los dos primeros. «Ve, le dijo la Virgen, trabaja y persevera, pues no se hace en un día la obra de Dios».

Nunca se fiaba Brígida en sus consejos y exhortaciones de sus propias luces; y cuando impulsados por alguna turbación de conciencia ó por el deseo de conocer la voluntad de Dios, acudían á ella, respondía siempre: «Rectificad la intención; orad como Nuestro Señor nos ha enseñado, diciéndole; *hágase Señor tu voluntad, y no la mía*», y yo os prometo, que aunque pecadora é indigna, reflexionaré, y haré cuanto esté de mi parte para ayudaros». Pasados algunos días, ó unos instantes, si el caso era urgente, llamaba á las personas que le habían consultado, y levantando al cielo las manos, los decía: «He aquí, lo que el Señor os dice, por los labios de esta indigna pecadora». Acto continuo, les comunica-

(1) *Rev. IV, 85.—Extrav. LXXV.*

ba las decisiones ó avisos que las necesidades de cada una exigían. Cuando la santa estaba enferma, ó la persona hacía la consulta por escrito, el maestro Pedro escribía la respuesta dictada por la santa, enviándola en seguida á su destino. A unos trazábales Brígida el reglamento de vida que debían observar; exhortaba á otras á la perseverancia en el bien. Varios pecadores se convirtieron tan sólo con leer las cartas, que la santa les dirigía; y no pocos energúmenos fueron libertados por ella del yugo de satanás.

No se detenía Brígida, queriendo averiguar cuál fuese el resultado de sus oraciones, y de sus actos en favor del prójimo: repetía sencillamente las enseñanzas y avisos que de lo alto recibía. En cuanto á la doctrina y á la moral, pocas cosas decía, que antes no hubiesen enseñado los padres y doctores de la iglesia; pero el fuego con que se expresaba, no tenía igual, hablando de la justicia ó de la misericordia divina, de los dones del Espíritu Santo, del amor de Jesús á los hombres. Maravillosamente se explicaba también, de qué manera el Señor toma posesión de la inteligencia humana, cuando ésta sinceramente le busca, con deseo de encontrarle, y ayudaba poderosamente esta misma inteligencia en sus oyentes, la originalidad en sus expresiones, y la abundancia de imágenes de que se servía (1).

Un año sólo había pasado Brígida en Roma, y ya se dejaba sentir su benéfica influencia en todos los grados de la escala moral y social. Las almas débiles, que no saben resistir á la tentación, y aquéllas á quienes la pobreza precipita en el vicio, eran objeto de su singular predilección. Ocupábase en recoger á las infelices criaturas, que venden su honor para procurarse el pan de cada día; y por medio de la señal de la cruz arrojaba al demonio, entregando esas almas regeneradas en manos de la Madre de las misericordias. Lavadas con sus propias lágrimas, brillaban de nuevo en ellas las virtudes con el amor santo y verdadero; y guiadas siempre por Brígida, dirigíanse ó al claustro, ó á la familia. Comunicaba á los esposos cristianos, las largas enseñanzas, que en sus éxtasis recibía del cielo, sobre el sacramento del matrimonio. Exaltaba entonces la Misericordia divina, que santificando la unión conyugal, aseguraba el porvenir de la raza humana, de la cual había de nacer el Redentor.—«El temor y el amor de Dios, el deseo de obedecerle deben conducir al matrimonio decía; pero con frecuencia no es así, y sólo

(1) *Rev. y Extrav. passim.*—Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup. art., 34°—*Vita S. Birg.* 196.

van llevados por la ambición, la voluptuosidad, el orgullo personal, el vano deseo de perpetuar su raza. Por eso no hallan allí á Dios Padre, lazo divino que unió santamente á Adán y Eva, ni la caridad del Hijo, ni las gracias y unción del Espíritu Santo. El amor de esos consortes perece con la carne que roerán los gusanos en el sepulcro, mientras el que de Dios procede, vive eternamente».

Cuando el Señor pedía á las viudas el sacrificio, que ha de santificar su estado, procuraba Brígida prepararlas á él, disponiendo sus corazones. Unas mostrábanse rebeldes á sus enseñanzas, y se perdían; las humildes y sencillas, salían muy bien enseñadas de su escuela. «Tenéis afecto al pecado, dijo Brígida después de un éxtasis, á una señora noble, que le pedía consejo; pero gracias á la intercesión del apóstol san Pedro, no halláis para ello, ni tiempo ni ocasión; pues la Madre de Dios os protege. Haced penitencia; despojáos de los vanos adornos». La matrona romana obedeció, y el apóstol preguntóle por medio de Brígida, si quería ser hija suya. «Con todo mi corazón», respondió la viuda. Desde ese día los padecimientos físicos fueron su tortura continua; y cuando la muerte llegó, el príncipe de los apóstoles se acercó al lecho acompañado de este otro Pedro que la iglesia y los dominicos llaman el mártir, precediendo á la virgen. La agonizante les contemplaba, transfigurado el rostro por la alegría: «¡Bendito sea Dios!», exclamaba en el colmo de la felicidad, «llevadme, llevadme».

Otra viuda sueca, quien no había podido regresar á la patria después del jubileo, yacía clavada en el lecho. Allí la visitaba Brígida con frecuencia. Un día exclamó sonriendo la enferma: «Dicen que en Roma hallamos todos la remisión de las penas; pero veo que lo contrario no es imposible á Dios; pues yo, lejos de verme libre de ellas, aquí las he encontrado». Mucho agradó á Brígida la aceptación gozosa del padecer, y previendo la muerte próxima de la enferma, y sabiendo también por inspiración divina que la penitencia no había borrado del todo sus pecados, la hizo ganar indulgencias; logrando, de tal modo hacerla digna de entrar en el paraíso, y tuvo el gozo de contemplarla allí cerca de Cristo, un momento después de haber cerrado los ojos.

A las vírgenes consagradas á Dios, la humilde Brígida dirigía nuevos consejos; si embargo algunas de éstas poco dispuestas á su vocación las instruía acerca de las pruebas que experimenta en el matrimonio el que no está destinado al mismo, demostrando que sólo los milagros de la misericordia celeste, pueden salvar las almas infieles á su juramento de amor á Jesucristo. Brígida no señalaba la manera de practicar la penitencia; ni de trabajar, ni de

vivir, ni de prepararse á la muerte, y nadie podía objetarla que aunque rica de dones y de privilegios extraordinarios, la fuese fácil la santidad; y todos sabían muy bien, que debían imitar á su conductora, no en sus actos internos ó externos, sino en el abandono sin límites, á la impulsión divina (1).

Todas las almas ejercitadas en la virtud ó dotadas de vigor en el alma para sacudir el yugo del pecado, aprovechaban la dirección de Brígida, ayudaba á los justos á caminar hacia Dios; convertía á los culpables; mas su poder no llegó jamás á curar á los enfermos del espíritu ó del corazón.

Catalina, sin embargo, que poseía ya el latín (2), y se iba familiarizando con el italiano, abría las puertas de su celda á toda persona deseosa de instruirse en las verdades y promesas de la fe. Acogía igualmente á la ignorancia del espíritu, y la ignorancia del corazón, para las que no hay otros remedios, que los divinos. A su alrededor se agrupaban las almas enfermas, heridas y medio muertas. «*Tibi derelictus est pauper*», la decían con la liturgia, los que veían su puerta asediada por aquellos mendigos tan necesitados de fe, de buena voluntad, de esperanza y de amor; por aquellos seres desgraciados, indiferentes á goces de la tierra é incapaces de comprender los de la eternidad, Brígida permanecía muda. Ante tales desalientos, frutos amargos del dolor que encerraban algunos gérmenes de incredulidad. Nada, ni en las gracias, que abundantemente recibía (3); ni en su contacto con las almas, ni en sus revelaciones sobrenaturales, familiarizaba con aquella prueba indefinible, en que el alma cree no poder en este mundo otra cosa, sino sufrir sin esperanza, sin caridad, y casi sin fe, y en que la voluntad se siente inclinada siempre á desfallecer.

¿Qué pueden, en esos corazones tenebrosos, las enseñanzas de la prudencia y sabiduría cristianas? ¿Qué puede exigirse á las almas, que yacen sumidas en tal postración?

Catalina, ni enseñaba ni pedía; consolaba y daba. Derramaba sobre los míseros pecadores las lágrimas de su oración como las derramadas por Jesucristo en el jardín de los Olivos. La dulce virgen tenía el don de curar las llagas del alma; los infortunados (4) lo conocían que les aplicaba lo que de su madre mamaba: «El soberano remedio del Supremo Médico»: el amor. Ofrecíase, en fin, sin cesar

(1) *Rev. IV*, 53.—*VI*, 20, 109, 119, 121.

(2) *Proc. Can. B. Cat. Dep. Fr. Olavi*, art. 2º f. 32 r.

(3) *Cor. XII*, 4.—*S. Thom.* 1ª, 2ª, q. CXI, art. 4.

(4) *Rev. VI*, 48.

para expiar las faltas de sus protegidos. En su nombre aceptaba las disposiciones de la voluntad divina contra la cual, aquéllos se habían rebelado; ofrecía por ellos sus penitencias; y en unión con Jesús los rescataba. Aquellas almas enfermas, levantábanse al fin, y echaban á andar, recibiendo así el fruto de la prueba á que habían sido sometidas. Por medio de la humillación pasada, concedíaseles la virtud de la humildad, y luego en el momento fijado por el Señor, comenzaban á correr velozmente por la senda de los divinos preceptos (1).

♦ De este modo madre é hija se ayudaban mutuamente en sus respectivos apostolados de índole enteramente diversa. A semejanza del buen pastor, Catalina buscaba á las ovejas débiles, heridas ó enfermas, pudiendo decir con el profeta: «Las llevaré en mis hombros, sin que ellas mismas lo sospechen; las libraré de las ataduras de Adán para atarlas de nuevo con los lazos de la caridad» (2). Mientras tanto Brígida en los arranques de su entusiasmo arrastraba á las almas, no en los brazos como Catalina, sino en pos de sí, siempre hacia lo alto, sin descansar, hasta la cima del Calvario. «¡Contemplad, les decía, contemplad el amor de vuestro Dios! Si necesario fuese, padecería aún por cada uno de vosotros, lo que ha padecido por todos los hombres. ¿No corresponderéis con amor á tanto amor?» Y allí, al pie de la cruz, era preciso, ó abandonar á la mujer heroica, ó lanzarse en su seguimiento, para gozar, y sufrir, vivir y morir en el corazón mismo del Salvador.

(1) Salmo cxviii.—(Heb. cxix), 32. : דרך-טעותיך ארוץ כי תרחיב לבי :

(2) קחם על-זרועותיו ולא ידעו כי רפאתום: בהבלו אדם אמשכם

Hosea, xi, 3, 4. בעֲבֹתֹת אֲהַבֶּה

CAPITULO IX

1351-1364

POLITICA DE LA SANTA

Motines en Roma.—Muerte de Clemente VI.—Advenimiento de Inocencio VI.—Revelaciones de la santa sobre estos papas.—Francisca de Papuzeri hace donación á Brígida de su propio palacio.—Pobreza de la colonia escandinava.—Profecías de Brígida respecto de la guerra de los cien años.—Consejos que da á la nobleza sueca.—Deposición de Magno II.—Le sucede Alberto I.

O Birgitta...
confecisti
plebi tristi
emplastrum penitencie,
dum scripsisti
verba Christi.

Brev. birg. K. ij.

Mientras que Brígida y Catalina se afanaban por dar nueva vida á las almas, y mantenerlas en las esferas de la gracia y de la caridad, eran testigos de la guerra civil encendida entre el pueblo, representante de los municipios latinos, y los nobles, émulos de los señores feudales alemanes (1). El 26 de diciembre de 1351 acudió al capitolio la multitud, y en presencia del pueblo, dueño ya del poder, el vicario pontificio confirió á Cerroni la autoridad de senador. La rivalidad de los Orsini y de los Colonna había sido la causa del triunfo popular; Brígida lo sabía muy bien, y quizá á ella se debía en parte la reconciliación de ambos partidos. Lo cierto es que Bertoldo Orsini y Esteban Colonna, uniendo sus

(1) En aquella época en que la historia de Róma no ofrece nada saliente, se enlazaron hechos múltiples. No es este sitio para un resumen histórico general, y limitamos nuestra relación á aquellos episodios en los que Brígida tomó parte.

esfuerzos, consiguieron recobrar el gobierno; pero inútilmente, porque el papa Clemente VI, soberano de Roma, cansado de ver ambos partidos disputarse continuamente el poder, y cuidarse menos del bien público que de sus intereses particulares, no reconoció la elección de los dos barones y les obligó á salir de Roma desterrados, lo cual dió por resultado que las conmociones públicas tomaran nuevo incremento.

Durante ese período de anarquía, el Señor dijo á la santa: «Permanece en Roma hasta que aquí mismo veas al papa y al emperador. Cuando esto suceda, dirás á ambos en mi nombre las palabras que Yo te inspiraré» (1). La santa confió esta revelación al maestro Pedro y á otras personas competentes, entre ellas á dos cardenales, Angel de Grimoard y Reinaldo Orsini. La sorpresa de éstos al oír tales palabras llegó á su colmo, pues no olvidaban las encendidas y antiguas querellas entre la santa sede y el imperio, y las luchas que el emperador Luis de Baviera, elegido irregularmente, había sostenido con los papas Juan XXII y Benedicto XII, por haberse negado éstos á reconocer como legítima su elección. Recordaban además que el soberano alemán, rebelándose contra la excomunión que sobre él pesaba, se había atrevido á nombrar un antipapa con residencia en el Vaticano. Es verdad que esos escándalos parecían terminados, porque, después de la sumisión de dicho antipapa, los electores del imperio habían elegido en 1347 á un candidato aprobado por la santa sede; éste era Carlos, rey de Bohemia. El recién elegido había jurado no entrar en la ciudad eterna, sino para recibir la corona imperial, y Clemente VI no parecía dispuesto á dirigirse á Roma para consagrar á Carlos IV ante la tumba de los apóstoles.

No consiguieron esas dudas sugeridas por la razón humana, conmover el corazón de Brígida. Sabía ella muy bien, que Dios gobierna el mundo según los designios ocultos de su providencia, y luces proféticas continuaban iluminando su espíritu.

El 2 de diciembre de 1352, un rayo que cayó en el campanario de la basílica de san Pedro, fundió las campanas. Este acontecimiento fué comentado por el pueblo, que veía en él un presagio de la muerte próxima del papa, entonces peligrosamente enfermo

(1) *Rev. extrav. VIII*. Muchos historiadores engañados por cierta confusión en las palabras, de que adolece la relación del prior de Alvastra, (*Proc. Can. Dep. sup. 29º art. f. 226 r.*), aseguran que esta profecía tuvo lugar en Suecia; pero este error ha sido refutado por las deposiciones de Magno Persson y de Catalina. (*Dep. sup. 29º y 32, art. f. 110 y 135 v.*)

en su residencia de Avignon. Brígida interrogó al maestro divino sobre este asunto, y el Señor la recordó el duelo de que se había cubierto la creación entera, mientras se verificaba el drama del calvario, y la recordó que algunas veces las fuerzas naturales son instrumentos y mensajeros del cielo. Refiriéndose al estado de los ánimos en Roma, añadió el maestro: «El pueblo celebra con entusiasmo la noticia del fallecimiento del pontífice. ¿Por qué no le desean más bien una vida larga y feliz? Fácil era comprenderlo: Clemente VI hubiera debido exhortar á los pueblos á convertirse, y lejos de eso atrayéndolos á su corte de Avignon, en donde el lujo era, si cabe, más fastuoso que el de Salomón. Allí les arrasaba á su pérdida por medio del oro y los funestos ejemplos. El momento de la cólera divina ha llegado: juzgaré al papa que ha dispersado al rebaño de Pedro. Sin embargo, si se vuelve á Mí, iré Yo mismo á su encuentro como un padre tiernísimo».

Brígida procuró que muchas almas orasen, y ella misma se deshizo en ruegos, hasta lograr que la justicia divina se inclinase hacia la misericordia. El soberano pontífice recibió el sacramento que borra los pecados, antes de exhalar el último aliento (1).

Los franceses compatriotas de Clemente VI exaltaban sus virtudes; los italianos le reprochaban sus vicios (2), y los cardenales le dieron un sucesor en la persona de Esteban de Alvret, que tomó el nombre de Inocencio VI. «El papa Inocencio; decía Cristo á su sierva en el momento de ser éste elevado á la Sede pontificia, está dotado de un carácter mejor templado que el de su predecesor; pero á causa de la malicia de los hombres pronto dejará esta tierra. Su buena voluntad suplirá las obras buenas y será recompensado. Si tuviese noticia de las revelaciones con que te he favorecido, crecería ciertamente en virtud y en méritos; y aún aquellos que sean portadores de tus escritos, y los pongan en manos del pontífice, alcanzarán aumento de gozo en la otra vida».

(1) *Rev. VI*, 96. En las ediciones anteriores, habíamos supuesto que el pontífice, á que se refiere la revelación 144, l. IV, era Clemente IV. Aunque la Iglesia admita la posibilidad de una expiación para los santos que canonicen, no nos parecía probable que fuese Urbano V, el papa visto por Brígida en el purgatorio. Una lectura más atenta del texto nos lleva á reconocer la precisión de la crítica que **M. E. Gardner: Saint Catherine of Siena, London, 1907, 79, n. 3**, nos dirige con tal motivo. Rectificamos pues nuestro error. Ver ch. xi, *in fine*.

(2) BALUZE I, 300. *Tertia Vita Clementis VI.—Geschichte der Päpste seit dem Ausgang des Mittelalters von Dr Ludwig Pastor. Freiburg. 1886, I, 1-77.*

Vivamente deseaba Brígida enviar á Inocencio VI los pergaminos en que el maestro Pedro había escrito traducidas al latín, dichas revelaciones; pero en Avignon se veía con malos ojos todo lo que de Roma procedía, y las hojas no llegaron á manos del papa, quien sin duda las hubiera acogido favorablemente. Anhelaba el pontífice reformas al clero; trataba de abolir la pluralidad de los beneficios; preparaba su regreso á Roma, y al propio tiempo nombró como su legado en Italia, á un hombre muy capaz de poner de nuevo, bajo la autoridad pontificia, á todos los estados de la Iglesia; este hombre era el cardenal Alborno. La paz, sin embargo; no se estableció tan pronto en la ciudad eterna, en la que Bertoldo Orsini y Esteban Colonna mantenían su poder. Brígida multiplicaba sus oraciones en favor de los romanos, oyendo en sus éxtasis, terribles palabras: «Roma, decía el Señor, es un campo, en el cual crece la mala yerba, será arrasada; el hierro escardará la tierra, y el arado la removerá y el fuego la purificará, pues ese pueblo ha echado en olvido la dolorosa muerte que por él padeció, y el beneficio de la redención. Verdad es que algunos amigos de Dios oran en el retiro; pero la multitud, mancomunada con el demonio, desprecia á su Criador y Señor, abandona el sacramento de la eucaristía, y olvida á los santos. Y no contemplará la soberana hermosura».

Las revelaciones de Brígida divulgadas por sus discípulos fueron conocidas de un gran número de ciudadanos romanos, muy pocos sin embargo se movieron á expiar sus pecados, por medio de la penitencia. Los castigos del cielo se multiplicaban; á las discordias civiles se unieron otros azotes; el hambre y la rebelión contra los senadores. Trabóse al fin el combate; unos gritaban: «*Popolo*», otros «*Orsini*» y «*Colonna*». Apenas Baroncelli fué elegido tribuno, cuando echó abajo á la nobleza. No lejos del Campo di Fiore, Bertoldo Orsini murió apedreado; luego por uno de esos movimientos populares, que á veces, la voluntad de un solo hombre dirige, la multitud amotinada se encaminó al palacio de Beaufort.

El populacho desconfiaba de la colonia extranjera, cuyo establecimiento en Roma había excitado su curiosidad; no ignoraba tampoco, la amistad de Brígida con la familia Orsini, ni sus amenazas proféticas; y creíala en su ignorancia, compatriota de los mercenarios alemanes, tan odiosos á los romanos. A los gritos de: «¡Loca!» «¡Hechicera!», la noble viuda se acercó al balcón, y al verla, uno propuso quemarla viva.

La sangre que corría por las venas de Brígida, la impulsaba á desafiar el peligro, y la descendiente de los Vikings se hubiera considerado dichosa, muriendo como una heroína. Contando con el

auxilio de lo alto, ambicionaba el martirio, y deseaba ardientemente ofrecer por los pecados de aquel pueblo sus padecimientos y su vida. Pero veíase rodeada de caballeros, que llegado el caso, hubieran salido á su defensa valerosamente; en su casa además hospedaba sacerdotes, mujeres y enfermos. Púsose en oración para pedir consejo al Señor. «¿Debería inclinar la cerviz y alejarse por algún tiempo?» El Señor no exigía de su sierva semejante humillación. «Permanece aquí, le dijo, poco importa que se trame tu muerte: mi poder pondrá freno á la malicia de tus enemigos; si los míos me clavaron en la cruz, no lo hicieron sino porque Yo se lo permití». La santísima Virgen añadió: «Cantad juntos el *Ave maris stella*, todos los días, y yo os libraré de todo peligro» (1).

Albornoz restableció por fin el orden. Fijó su residencia en Montefiascone, única ciudad de los Estados pontificios, que había permanecido fiel al papa Inocencio VI, y los romanos cansados del gobierno de Barocelli, echaron abajo, al tribuno, y el famoso Rienzi volvió á Roma. Brígida no tenía con el cardenal relaciones de amistad personales, y guardó silencio durante los referidos acontecimientos. En otro tiempo, cuando desde Suecia escribió al papa Clemente VI, como en su lugar se dijo, representábale lo extenso de la misión que del cielo había ella recibido; ahora en Roma estudiaba y consideraba punto por punto, esa misión, y la cumplía fielmente, como un instrumento dócil en la mano de Dios, teniendo por único blanco, la reforma de la iglesia; y como la perseguía por un solo medio, el regreso del papa á la ciudad eterna y supo esperar.

El nuevo estado de cosas que el gobierno de Rienzi creó en la ciudad, exigió un cambio en la vida de los escandinavos; pues el cardenal de Beaufort pensó volver á Italia, y escribió á la santa para manifestarle, que no le era posible cederle por más tiempo su palacio. En extremo se hubiera complacido la santa en su pobreza, que la hacía más semejante á Aquél que por amor nuestro no tuvo donde reclinar su cabeza, si sólo ella hubiese debido sufrir los rigores de la indigencia; pero tenía que proteger á su hija que se hallaba sin protección desde la caída de los Orsini. Profundamente apenada ésta, deshaciase en lágrimas, mientras el Maestro divino, sin conceder un rayo de esperanza, dejaba correr las lágrimas de sus siervas, ordenándoles tan sólo, que tratasen de procurarse un

(1) *Rev. IV*, 10, 57, 136. En recuerdo de esta promesa de la Virgen María, el himno, «*Ave maris stella*» se reza diariamente en la Orden de Santa Brígida.—*Extrav. VIII*.

albergue. El cardenal concedía un mes de plazo, y entretanto, recorría Brígida las calles, y llamaba á todas las puertas; nadie quería hospedar á esas gentes extranjeras, cuya pobreza era notoria, y á quienes el pueblo aborrecía. Llegó por fin el momento supremo, sin que la santa hubiese encontrado un lugar de refugio para su hija, ni una celda para recogerse ella misma; viéndose en la triste necesidad de hospedarse en uno de tantos asilos públicos, que la liberalidad de la santa sede ofrecía á los peregrinos. Catalina aceptaba la prueba con humilde resignación, mientras su madre elevaba los ojos al cielo, de donde esperaba socorro. El esposo celestial se dejó ver, diciendo: «He permitido esta prueba, para que experimentando en tí misma los padecimientos de los pobres peregrinos extranjeros, tengas compasión de ellos. No salgas de la casa, porque nadie te inquietará más». En el momento en que Brígida participaba llena de gozo, á sus compatriotas, la divina promesa, llegó un mensaje de Avignon, autorizando á los huéspedes á permanecer por todo el tiempo que quisiesen, en el palacio de Hugo de Beaufort (1).

Francisca de Papuzeri, una de las más dignas émulas de Brígida, había participado del dolor de la prueba, sin poder remediarla; más no bien había pasado la tormenta, cuando dueña de una módica fortuna por muerte de su esposo, se apresuró á ofrecer á su venerable amiga, su palacio, no reservándose sino algunas habitaciones para vivir, deseosa de enterarse por sí misma, de las necesidades de la colonia escandinava y ver de remediarlas. Era éste un pequeño edificio de piedra, de una construcción original, y situado en la región de Arénula, cerca del Campo di Fiore y del Tiber. Tenía la fachada principal en la vía Régula, paralela al río. Cinco columnas, restos de antiguos templos paganos adornaban la entrada, la cual estaba resguardada por una de esas elevadas y esbeltas torres, en las que se ocultaban los hombres de armas en los siglos de la edad media. Vastos jardines protegidos por una *turicella*, recreaban la vista, con sus cipreses y pinos, azares y mirtos. Poco más lejos arrastrábanse por el suelo algunas viñas. Plácido silencio reinaba en aquel arrabal de Roma apenas poblado. Si los recursos pecuniarios no le hubiesen faltado, allí habría vivido Brígida tranquila; pero los recursos de Francisca eran poca cosa; y los de sus huéspedes se habían agotado por los gastos de su resi-

(1) *Rev. extrav.* cvii. Al final del siglo XV se destruyó el palacio y la iglesia de san Lorenzo, para construir el palacio del Rosario, hoy *palazzo della cancelleria*. La iglesia fué reconstruída bajo la misma denominación. **Svenska Minnen och Märken i Rom af C. Bildt.** *Stokholm.* 1900, 4.

dencia en Italia (1). Angustiada Brígida ante tan apremiante situación, llamó en su auxilio á la reina del cielo. «Procura amar á Dios más y más, respondió la virgen. Si abandonas á la Providencia divina el cuidado y solicitud del mañana, arderá en tu alma el fuego de la caridad».

—«Mas el alimento del alma no sostiene el cuerpo», contestó esta mujer dotada de un espíritu eminentemente práctico.

—«Vende ó empeña los objetos inútiles», dijo María.

—«No poseemos, repuso Brígida, sino un solo vestido cada uno, algunos utensilios de cocina, los libros de los sacerdotes y sus ornamentos. ¿Puedo trabajar para vivir?»

—«¿Qué haces durante el día?», preguntó la Virgen.

—«Estudio la gramática latina, leo y oro».

—«No debes dejar esas ocupaciones, ni trocar el trabajo intelectual por el manual».

—¿Qué debo hacer, pues?, dijo la santa, ¿pediré dinero prestado?»

—«Sí, contestó María, siempre que estés segura de poder pagarlo, si no, mejor es quedarte un día sin comer».

—«¿Y qué comeremos mañana?»

—«Pide limosna, en nombre de Jesucristo», respondió la Virgen María.

Brígida no vaciló: reunióse á los pobres mendigos que recibían limosna en el convento de las clarisas; mas no bastaba ésta para mantener á los numerosos parientes, amigos y criados que constituían lo que llamaba su *familia*. Preciso fué por lo tanto, pedir dinero prestado al comenzar el invierno y los acreedores se apresuraron á reclamar lo que se les debía. La noble dama poco habituada á los rigores de la indigencia sufría en gran manera ante tan aflictiva situación, y se quejó de ello al Señor, que le ordenó que se obligase al reembolso ocho días después de la Epifanía; y precisamente al espirar el plazo llegaron de Suecia algunos mensajeros, portadores de ciertas sumas enviadas á Brígida. Estos primeros recursos venidos de la lejana patria fueron á parar bien pronto á manos de los prestamistas, y no pasó mucho tiempo, sin tener que recurrir á nuevo préstamo. Al dirigirse para ello, al caballero romano Alamavo, fijó la santa el plazo en que debía pagarle, y éste se cumplía en los días de Pentecostés. Durante los oficios de esa fiesta, cuando rogaba Brígida al Dispensador de todo bien, diese alguna garantía

(1) Proc. Can. De. P. de Alv. sup. 32º art. f. 221 r. y Fr. Papuzera sup. 24º art. f. 189 v.—Den sv. Kol. i Rom. 211-215.

á su palabra, uno de sus antiguos acreedores suecos le entregó una suma considerable (1).

Catalina por su parte oraba sin cesar, pidiendo al Padre celestial el pan de cada día. Una vez que en la basílica de san Pedro oyendo misa en el altar de san Juan, una mujer vestida con el hábito dominico vino á arrodillarse á su lado.—«Querida señora, dijo la desconocida, rogad por Gitzla». Sorprendióse Catalina al oír el nombre de su cuñada, y preguntó á la mujer:—«¿De dónde venís?»—«De Suecia, respondió ésta; debo participar á mis compatriotas el fin prematuro de Gitzla». Quiso Catalina llevar á la terciaria al palacio Papuzeri.—«No puedo, replicó ésta, pero rogad por Gitzla, y sabed que Dios va á socorrer en breve la miseria que hoy os aflige. Dentro de pocos días recibiréis la corona de oro, que vuestra cuñada os ha dejado en su testamento. No os olvidéis de su alma». La dominica desapareció, dejando á Catalina perpleja. ¿Con quién acababa de hablar? ¿Sería esta mujer algún fantasma? Las personas que la acompañaban habían oído el diálogo, sin ver á la desconocida. Interrogada por su hija, contestó al punto Brígida: «Era el alma de Gitzla que nos pide oraciones». Algunas semanas más tarde un vasallo de Eggertsnaes (2) llegaba precipitadamente á Roma, anunciando á la viuda de su señor la muerte de la princesa Gitzla y entregando á aquélla la preciosa corona. Vendióse la valiosa joya, y por este medio la suerte de la colonia escandinava se aseguró por un año al menos (3). Era patente que Gitzla fiel á su vocación de terciaria, quiso favorecer á las siervas de Cristo, á fin de que pudiesen entregarse, con toda libertad y sosiego á los trabajos de su espiritual y grandiosa misión.

Entre tanto, acababa Albornoz de reconquistar los estados de la Iglesia. Roma se preparaba á recibir á Inocencio VI, y Brígida mirando los actos y costumbres del pontífice en conformidad con las indicaciones del Verbo, esperaba verle muy pronto en la cátedra de san Pedro. Sin embargo, los achaques de la vejez y las enfermedades retenían al pontífice aun bajo el hermoso cielo de Aviñón, con no poco sentimiento de la vidente, á quien declaraba el Señor

(1) *Rev. VI*, 46.—*Extrav. CIII*.—*Proc. Can. Dep. Franc. de Pap. y P. de Alvastra sup.* 29º, *art. f.* 190 *r.* y *art.* 226 *r.* y *Dnæ Goltitæ ux. Lat. de Ursinis sup.* 18º *art. f.* 193 *r.*

(2) Ingevaldo Amundsson, que con el tiempo vino á ser hermano converso en el monasterio de Vadstena. *Diario an.* 1391.

(3) *Proc. Can. b. Katerine. Dep. Marq. Clausd. in art.* 30º *f.* 57.

que la suerte buena ó mala de los reinos no es otra sino la que éstos merecen.

Manifestación patente de esta notoria verdad, fueron para Brígida, las vicisitudes de la guerra de cien años. En una visión vió á la Virgen inmaculada, patrona de Francia, acompañada de san Dionisio y de todos los santos que, en el suelo francés han de resucitar en el último día. Todos rogaban por la hija primogénita de la Iglesia.

La extática veía también á los reyes de Inglaterra y de Francia peleando, representados por dos animales de diferentes especies; la voz de ambos era terrible, el ardor con que combatían, espantoso parecía que mutuamente querían arrancarse el corazón (1).

No se ocultaban á los ojos de Brígida, ni la avaricia del rey de Inglaterra, ni la ambición ilimitada del hijo de Felipe VI, ni la falta de caridad para con sus prójimos de aquel príncipe Juan llamado «el Bueno» tan sólo por su bravura, y porque en tiempos belicosos, la intrepidez se confunde con la virtud. La extática penetraba también en el interior de aquella multitud de hombres, y descubría el móvil que les impulsaba á marchar en pos de sus soberanos. La muerte diezmaba los ejércitos. Los que en cumplimiento de su deber habían combatido, entraban á participar de la gloria de los justos; los que por el contrario lo habían hecho únicamente movidos de su propio interés, caían en el abismo infernal. La santa escuchó asimismo elevarse tres voces á la Virgen santísima: «Si yo tuviera lo que me pertenece, decía el infortunado Juan II desde su encierro de la torre de Londres, no trataría de arrebatarse los bienes ajenos, al verme amenazado de perder cuanto poseo». Y en medio de siniestros terrores el príncipe francés, se volvía hacia la patrona de su reino exclamando: «María madre de Dios, rogad por mí». Por su parte el rey Eduardo, decía entre gemidos: «Cansado estoy de combatir, ¿por qué no procuraré conservar mi posición primera?» (2). E imploraba á la Virgen también en el

(1) Algunos autores consideran esta revelación de Brígida, como una relación de la batalla de Poitiers. Advertiremos de paso que uno de los primeros grabados en que aparece el fusil de piedra se encuentra en la edición princeps de las obras de la santa.

(2) «El rey Eduardo de Inglaterra y su hueste fueron á Chartres donde descargó una gran tempestad en la que murieron muchos ingleses... Así también, lo mismo había sucedido á Rou, rey en parte de Dinamarca, 1.º duque de Normandía su antecesor... por lo cual el dicho Eduardo considerando que en otro tiempo los enemigos que guarnecieron los dominios de de Ntra. Sra. en Chartres habían recibido tormento, se partió lo más pronto que pudo del país **Chronique des quatre premiers**

devoto santuario de nuestra señora de Chartres que muy cerca del campamento inglés se elevaba. Al ruego de los soberanos, ó que imploraban la paz, se unía la voz del pueblo. La tercera voz salía del corazón de los elegidos. «No lloramos, decían, á los muertos, ni la miseria en que yacen los vivos: lloramos por las almas de los que desfallecen y se pierden». La madre de misericordia todopoderosa, imploró gracia para los reinos de Francia y de Inglaterra, víctimas de la miseria y de todos los azotes que la guerra trae consigo. «Los perdonaré por vuestro amor, dijo el Señor á su madre. Unanse esos reyes entre sí, levanten los impuestos que tan injustamente pesan sobre sus vasallos, procuren extender la fe en sus reinos, amen y protejan á las almas, y bajo tales condiciones gozarán de paz completa y durable. Si Juan II se obstina en su rebeldía, acabará su vida en el dolor; dejará su reino sumergido en un mar de tribulaciones, y su raza se extinguirá de modo tan vergonzoso, que sorprenderá al mundo. En cuanto al reino de Francia, si se humilla, si reconoce al heredero legítimo de la corona, gozará también de dicha y de paz».

En el tratado de Brétigny firmado inmediatamente después del voto hecho por Eduardo III, á nuestra señora de Chartres, creyó encontrar Brigida la respuesta de la misericordia divina á las súplicas de los reyes y de los pueblos. Ni unos ni otros sin embargo cambiaron de conducta. Las partidas de mercenarios alemanes, que la guerra de cien años esparció por el continente europeo, devastaron y arruinaron las ciudades y aldeas, dando remate á la obra destructora de las tropas beligerantes. La muerte «*dolorosa*» anunciada por el Verbo, hirió á Juan II en el destierro y vino á ser para este desgraciado monarca el colmo de los castigos temporales. Más allá de la tumba, á la luz de la eternidad, descorrido el velo del porvenir, pudo contemplar á los últimos vástagos de la dinastía de los Valois, con sus vicios, sus crímenes, como también el fin desastroso de Enrique III bajo el puñal de un asesino (1).

Valois, 1327-1393, publicada por **Siméon Luce**, *Paris*, 1872, 114-115. «Y entonces vi al rey de Inglaterra ir devotamente á la iglesia de Ntra. Sra. de Chartres y prometió como dijo, y confesó después, que acordaría la paz». **Chroniques de Froissart**. Ed. **Siméon Luce**, *Paris*, 1876, VI, 5.

(1) HÖFFLER en su obra citada p. 53, aplica la profecía del libro IV, c. 105, á Eduardo III. El príncipe Negro murió después de los asesinatos de Simoges; su padre se extinguió ignominiosamente; Ricardo II, hijo de aquél y nieto de éste, fué destronado y ejecutado después.

La colonia sueca reunida en el palacio Papuzeri cantaba una noche como de costumbre el himno «*Ave maris stella*», cuando el prior de los cistercienses de Alvastra llamó á la puerta. Pedro Olafsson (1), había emprendido en efecto la peregrinación á la tumba de los apóstoles, y llegaba en aquel momento, rendido de cansancio y yerto de frío. «Ni había dado sino los primeros pasos en los estados pontificios, cuando me ví asaltado por los ladrones y despojado de mis vestidos», dijo el prior; y Brígida, á quien Dios había dado á conocer milagrosamente el suceso, le contestó en el acto: «Y cuando se disputaban entre sí vuestra túnica, vos les habéis entregado también la capa, haciendo oración por ellos».

Pedro de Olafsson dió á la santa largas explicaciones sobre los sucesos, que los peregrinos escandinavos le habían referido respecto á su amada patria, y el mismo Verbo le había comunicado en sus revelaciones. Los castigos que Brígida anunciara en otro tiempo, afligían á los pueblos de Suecia y de Noruega, desde 1350. La peste había entrado de modo misterioso y terrible en un navío que, según decían los campesinos bogaba á la ventura, había naufragado no lejos de Bergen; á bordo yacían algunos cadáveres, y el rico cargamento estaba en poder de los pescadores de las costas. Aquel navío, al parecer, había traído los gérmenes de la epidemia, y ésta se extendió de tal modo, que desaparecieron bajo el azote parroquias enteras; los cuerpos permanecían insepultos y la tierra privada de seres vivientes se cubrió de yerba, como en los primeros días de la creación. El saqueo de los náufragos, era la causa de tan terrible azote. ¿Era así castigada la inicua costumbre de apoderarse de los bienes ajenos, abuso que en otro tiempo había echado en cara la santa á sus compatriotas? (2). Nadie pensó en ello, y nadie tampoco aceptó la prueba y el rey mismo llegó hasta dar á sus vasallos el triste ejemplo de desafiar la cólera divina.

Lejos de procurar el bien de su pueblo por una prudente y justa administración, Magno echaba mano de peligrosos expedientes. Valiase de la actividad de sus súbditos para llenar sus arcas por

(1) Estaba en correspondencia con los santos, como lo prueba su carta á Catalina: «Nyligen utfaren till Rom.» recientemente partida para Roma. Este documento (Riksar. A, 26) está indicado en la *bibliog.* de GEETE, n.º 668.

(2) La historia (*Sver. hist. I*, 459) dice simplemente que la peste fué llevada por un navío inglés; las crónicas añaden los acontecimientos que aquí referimos, los cuales manifiestan la oportunidad de ciertas revelaciones de la santa.

medio de la guerra; y con pretexto de una campaña en defensa de los cristianos de Ingria y de Carelia, víctimas por entonces de los rusos se apoderaba de los diezmos destinados por el papa á favor de los cruzados.

Embarcóse, en el otoño de 1350; en su ausencia, la reina Blanca y Nicolás de Turesson, regentes del Reino, convocaron á una asamblea en Joenköeping, de la nobleza y del clero. Comprometiéronse bajo pena de excomuni6n á devolver el año siguiente al legado pontificio, los subsidios de Tierra Santa que de éste habían recibido (1). La guerra aprobada por el soberano pontífice, podía muy bien convertirse en una cruzada. Brígida en tales circunstancias se mezcló de nuevo en los negocios públicos; escribió á los prelados reunidos bajo la presidencia del arzobispo de Upsal, y en particular á Hemming obispo de Abo, el más cercano al teatro de la guerra, para excitarlos á ocuparse con celoso ardor en la conversi6n de los rusos. Empleaba para ello las palabras mismas de Cristo con el fin de manifestar al clero, cuáles eran las intenciones de aquellos nuevos cruzados, á quienes guiaban más la ambici6n, la crueldad y otros vicios, que la fe y la caridad. Dirigíase principalmente á Hemming, para recordarle que, habiendo puesto el arado en la tierra de Finlandia, debía labrarla con el concurso del papa Clemente VI.

Muy diverso era el plan de Magno: deseando á toda costa apoderarse de aquel dinero, olvidaba en su loco empeño el negocio único y principal: la salvaci6n de las almas. No contento con los recursos que el papa le había cedido, exigi6le además la mitad de un impuesto sobre las rentas eclesiásticas, y tan injustamente lo llevaba á cabo, que el obispo Hemming se vió en la necesidad de oponerse á tales vejaciones (2). Supo Brígida un día que aquel obispo estaba encarcelado, y que algunos caballeros, indignos de las espuelas de oro se habían prestado á defender la violencia contra el derecho, y al instante predijo á uno de ellos el castigo mortal, que muy en breve debía caer sobre él.

El pueblo veía á Magno entre sus dos genios: el bueno y el malo; éste era el favorito Benito de Algotsson; aquél Israel, el hermano de Brígida. La marcha de los acontecimientos explicaba la partida de este último para la guerra; pues no siéndole permitido ejercer el cargo sin herir su conciencia, lo había renunciado. Dirigió entonces su mirada al campo de batalla, en donde podía dar

(1) *Sær. hist.* II, 17, 19.

(2) *Rev. I*, 17.—IV, 103, 104, 105.—VIII, 6, 55.—*Extrav. LI*, LXXIII.

vuelo y alimento á su patriotismo, y sacrificarse por Dios en una lucha, cuyo mérito dependía tan sólo de los sentimientos particulares de cada soldado. Sin averiguar si Magno llevaba la cruz con las aspiraciones de un verdadero cruzado, ateniase á las bulas pontificias, según las cuales, los que sucumbiesen en la campaña serían acreedores á las indulgencias concedidas á los cruzados, que morían en el campo de batalla ante la ciudad de Jerusalén. Participaba Brígida de esa obra apostólica con sus exhortaciones y penitencias; y sus oraciones, al paso que, impetraron para su hermano Israel una gracia insigne, le merecieron á ella misma la de ofrecer al Señor un doloroso sacrificio; en el año siguiente de 1351, un mensajero cubierto de luto llegó, anunciando á la santa la muerte de Israel. Después de haber contribuido al feliz resultado de los primeros encuentros, y sufrido después con la derrota del ejército, se dirigía juntamente con el rey, desde Finlandia á Sivonia, deteniéndose en Riga vencido por la enfermedad. Apenado de no morir en defensa de la fe, bajo el yelmo y la coraza el valeroso cristiano, quiso al menos, rendir el último aliento, á los pies de su dama. Venerábase en la catedral de Riga una antigua imagen de María; allí se hizo llevar, y poniendo á la virgen su anillo la dijo: «Sois mi dama; y sabéis cuanto os he amado siempre; apelo á vuestro mismo testimonio. Por eso abandono ahora mi alma á vuestro cuidado y maternal clemencia». Allí mismo, después de recibir el santo viático, abandonó este mundo (1). Poco después su viuda hizo abrir el sepulcro de Birger Persson, para reunir las cenizas del hijo y del padre hasta el día en que juntas resurgieran para glorificar al Eterno. «Vale más morir en la guerra, que presenciar los males del pueblo y sus santos», tal era la exclamación de las almas rectas y sinceras, en presencia de los acontecimientos, posteriores á la muerte de Israel.

Magno estaba ya de regreso en Stokolmo; y Benito de Algotsson lucía las espuelas de caballero, ganadas después de una expedición terminada con la fuga y la bancarrota. Valiéndose de la omnipotente influencia que sobre el rey ejercía, obligó á éste á romper la alianza con la orden de los caballeros Teutónicos y de la Hansa, provechosas ambas y útiles al reino; y le persuadía que alistase

(1) Israel vivía aún en 1349, como lo prueba el acta de venta publicada por el *Diplomatorium*. Una carta del rey Magno dirigida á la viuda de Israel en 1352, prueba además, que por ese tiempo, no existía ya Israel. Es fácil pues desmentir lo que aseguran antiguas crónicas, que Israel rehusó al trono de Suecia, por el año de 1363. Cf. *Sver. hist.* II, 13, 14.

bajo condiciones onerosas al príncipe Luis de Namur, hermano de la reina. Dejó también al soberano, comprometerse más y más en sus relaciones con el conde de Holstein acreedor de la corona, y le aconsejó adoptarse por vasallo al duque de Mecklemburgo, aliado secreto de Dinamarca. En recompensa de tantos males acumulados sobre el reino, el favorito alcanzó, contra la voluntad del real consejo, los ducados de Finlandia y de Halland, que le ponían al nivel de los príncipes de la sangre real, en un país en donde la nobleza no lleva títulos hereditarios (1).

Dios sin embargo se dignó iluminar por medio de Brígida la senda tenebrosa, en la cual caminaba Magno; y la vidente comunicó al soberano, los consejos que para él había recibido de la Sabiduría eterna. «Buscáis, le escribía, la amistad del zorro (el duque de Mecklemburgo) y él, siguiendo los instintos de aquel animal, se hace el muerto para engañar á las aves, y al fin las desplumará. Cuando este personaje se haya hecho dueño de una parte del territorio, querrá aumentar su fortuna, y sembrará la discordia en Suecia, donde los indígenas, no se avienen con los extranjeros. Si avanza arruinará el país. Pagadle lo que de derecho le pertenece en calidad de dote (2). Esa raza no es aceptada á los ojos del Señor; y su noble origen se perderá en las sombras de su fin» (3).

Con respecto á la actitud del soberano frente á frente del indigno favorito, la santa se expresaba con más viveza: «Es vergonzoso poner á un servidor, y un servidor del diablo en el lugar del Señor; obedecerle es aun más vergonzoso, porque es una vergüenza espiritual. Si no atajáis á este hombre, decía, hasta ponerle en la clase de súbdito; si no le despojáis de los bienes que ha tomado á la corona, recibiréis, tarde ó temprano el castigo merecido. Pensadlo bien; porque seréis responsable de los pecados de este hombre, que se burla de Dios. Si por el

(1) REUTERDAHL, *op. cit.* I, 117.—SOLOVIEU, *op. cit.* III, 324.—M. HILDEBRAD, *Sver. medeltid*, II, 26.—*Sver. hist.* II, 24, 25. Este último historiador, benévolo para el favorito, no justificó su inexplicable fortuna. Benito Algotsson era valiente porque parece (synes) que había recibido las espuelas de oro en la guerra: su poder simultáneo en Halland, Scania y Finlandia prueba que merecía la confianza real. Brígida asigna una causa para tales efectos. Si esta mujer de espíritu filosófico y cultivado tiene en cuenta la opinión pública ¿es necesario desechar enteramente esta opinión, sobre todo cuando nada se opone contra ella?

(2) Se trata de la dote de Eufemia, hermana del rey Magno.

(3) *Rev. VIII*, 17.

contrario, lo castigáis ahora, os libraréis, y á él también, de los suplicios (1) eternos.

Los esfuerzos de Brígida fueron vanos; el favorito triunfó, y el rey hizo más; llevó á cabo un proyecto que Brígida había vituperado: la división de Suecia y Noruega entre sus hijos Erico y Haquín. Magno hubiera debido hacer frente á los noruegos descontentos por la adquisición de Scania, ó bien atraerse su afecto, permaneciendo largas temporadas en su país. No optó por ninguno de esos medios, y prefirió el desmembramiento, colocando en el trono hereditario de Noruega, á uno de sus hijos bajo su regencia sin escuchar á Brígida, que le reprochaba que se dejaba guiar por su capricho hasta en el desmembramiento de sus Estados. ¿No abandonaba así el porvenir de su hijo mayor á las eventualidades de una elección futura de los suecos? «Si no anuláis ese acto, le decía Brígida, el reino dejará de ser uno; las desgracias que pesen sobre él engendrarán la discordia; la tristeza y el dolor serán el patrimonio de esos príncipes, según las palabras de la Escritura: Potentes transmigrabunt a sedibus suis, et qui ambulabunt in terris elevabuntur» (2). El rey, lejos de apartarse del abismo, cayó en él diez años más tarde. En 1355 Flanquin tomó posesión del trono de Noruega, mientras Erico no era sino un simple *Junker*, de la corte de Stokolmo, á quien eclipsaba el favorito.

La *amarga tristeza* profetizada por la santa invadió el alma del príncipe. Este vino á ser el jefe de la nobleza descontenta por los privilegios concedidos al válido Benito Algotsson; y

(1) *Rev. VIII*, 21.—La santa parece anunciar con estas palabras, la demanda que la asamblea de Joenkoeeping debía dirigir al rey, en 1359, y aconsejarle con anticipación, le hiciese justicia.

(2) *Rev. IV*, 3.—La superioridad del trono hereditario sobre el electivo era una verdad incontestable en aquella época. Un libro tan célebre en Suecia, como lo fueron en el resto de Europa las obras de santo Tomás, el del abad benedictino, Engilberto, «*De Regimine principum*», lo prueba. H. Hildebrand, con el fin de excusar la conducta de Magno, (*Sver. medeltid. II*, 6, III), ataca á la santa, procurando ponerla en contradicción, consigo misma, y con este fin asegura, cosa incomprensible para el lector francés, que guiada Brígida por sus tendencias aristocráticas, debía preferir el trono electivo al hereditario. Asegura luego, que no teniendo el rey otro hijo varón, además de Haquín, sino Erico, éste debía ser indudablemente rey de Suecia. Ante tal aserción, hay que preguntar porqué los electores no habían de reunir las dos coronas en Haquín como lo hicieron con Magno. En fin hay también que interrogar al sabio archivero si en serio se da importancia al vano título de rey de Noruega, acordado á Erico en algunas oraciones públicas.

cuando su matrimonio con Beatriz de Brandeburgo, sobrina del rey de Dinamarca, Valdemaro, éste fué un consejero hábil y un aliado. La guerra civil estalló, y el padre y el hijo se declararon adversarios. El senescal de Nericia, Carlos Ulfsson, y el nuevo senescal de Upland, Carlos Tofta, tomaron partido contra Magno. Tofta era, por su mujer Elena Israëlsdotter, sobrino de Brígida. ¿Pretendían hacer triunfar á la aristocracia á costa del poder real? Nadie podía asegurarlo; lo cierto es que se contaban entre los miembros del partido beligerante. Esas luchas entre compatriotas exponían á la nación á peligros más graves y terribles que las desgracias mismas inherentes á una guerra extranjera.

En esas circunstancias el cocinero de la colonia escandinava repitiendo ciertas palabras de algunos peregrinos, anunció la muerte del gobernador de Nericia, muerto ignominiosamente porque había sido ahorcado. El primer movimiento de Brígida al recibir tan terrible noticia, fué á arrojarle á los pies de la Madre de misericordia. Pareciale ver á su hijo implorando socorro. «Sabrás en tiempo oportuno, le dijo la Virgen, si ese caballero vive ó muere. Entre tanto, preciso es pedir al Señor, que su vida sea mejor de lo que ha sido hasta aquí».

El cocinero se había permitido una mentira cruel y ofensiva, cosa que la santa supo inmediatamente después. Perdonó al desgraciado, y como éste muriese en breve, procuró sacarle del purgatorio, en donde Brígida le vió entrar en el momento de su muerte (1).

Cualquiera que fuese la opinión de Brígida sobre esta guerra entre Magno y Erico, no parece haberse apresurado á aconsejar en este punto á los gobernadores de Nericia y de Upland, por la razon quizá de no conocer lo bastante á Carlos Tofta, marido de su sobrina Elena Israëlsdotter, ó, porque la conducta de su hijo Carlos en esta época era refractaria á la influencia materna. El gobernador de Nericia, no tomó el camino de Rusia, sino en 1350 (2). Su vida por entonces se deslizaba en la pendiente del placer. Habiendo quedado viudo por segunda vez á la muerte de Gitzla, se casó con Catalina Glysingdotter. Dos hijos vinieron á alegrar en breve el hogar; pero los goces por largo tiempo esperados

(1) *Rev. VI, 73.—Extrav. CXII.*

(2) Carlos volvió á tomar en esta época la administración de sus bienes, que hasta entonces habían estado en manos de su fiel criado Linivardo Holmgerson; y después de la primera campaña no volvió á tomar las armas.

de la paternidad, no fueron bastantes para retener al cortesano de Magno en el seno de la familia, hacia la cual mostraba cierta indiferencia. Habiendo enfermado el primogénito, la madre dió parte de ello á Brígida. «Todo lo alcanzáis de Dios, escribía Catalina á su suegra sin conocerla; mi hijo está para morir; os ruego que lo curéis. «La contestación de Brígida, con la promesa de hacer lo que se la pedía, no había llegado aún á Ulfasa, cuando el niño había recobrado la salud lejos de la mirada paternal (1).

Carlos estaba por entonces ocupado en otros negocios: había sacado del convento á la más joven de sus hermanas para casarla con un cortesano. Profundo dolor causó á Brígida la noticia. Creía en Cecilia vocación religiosa, y temía que la hubiera sido infiel. En cuanto al senescal de Nericia no admitía disculpas su conducta.

Más tarde se evidenció que lejos de romper las rejas de la clausura, Carlos las halló abiertas; las dominicas no esperaban hacer de Cecilia una religiosa.

Lloraba aún la madre acerca de la suerte de Cecilia y Carlos cuando vino á acrecentar su dolor la muerte de Ingeborga, hermana de éstos. Esta fervorosa hija de san Bernardo había llevado al fondo del claustro el recuerdo de todos los seres que amaba, y á quienes tenía sin cesar presentes á los pies de Jesús. Este auxilio iba á faltar á la familia de sus dos hijos, la muerte era la que parecía á Brígida la menos apartada de ella; al saber el matrimonio de Cecilia, inclinó la cabeza y al saber la muerte prematura de Ingeborga exclamó: «Bendito seáis, Señor. Habéis llamado á mi hija antes de que el mundo la envolviese en sus redes». Luego se encerró en su oratorio llorando tan amargamente, que sus sollozos eran escuchados desde fuera. Por fin el Señor la atrajo á sí por medio del éxtasis.

—«Mujer, ¿por qué lloras? le dijo. Aunque todo lo sé, quiero que tú me lo digas.

—«Dios mío, contestó la animosa cristiana, no lloro la muerte de mi hija, sino haberle inspirado muchas veces, sentimientos de orgullo.

—«La madre que se aflige al ver á sus hijos ofender á Dios, esa es verdadera madre por la caridad y por las lágrimas; la que no procura que las costumbres de sus hijos sean lo que deben ser, y si de que éstos gocen de la estimación del mundo, esa no es madre,

(1) Proc. Can. *Dep. Katarinæ uxoris Karoli*, f. 27. *Dep. P. de Alv. sup.* 29º art. f. 226 v.

sino madrastra. Tu amor y buena voluntad van á alcanzar para Ingeborga la entrada en la gloria».

En recompensa de las lágrimas que derramaba Brígida, impulsada por la gracia y no por la naturaleza, el Señor se dignó consolarla del pesar causado en su corazón por el matrimonio de Cecilia.—«Me habías dado á tu hija, dijo, y Yo la he colocado allí donde yo quiero. Ciertamente, la virginidad hace al hombre semejante al ángel; pero si esta virtud no reside en el alma, sino sólo en el cuerpo, no es verdadera; en este caso el matrimonio casto le es superior. Una piadosa y virtuosa casada puede amar más á Dios, que algunas vírgenes. No exijas que Cecilia pase más allá del grado de virtud á que la llamo.

La mirada de la madre buscaba á la hija allá lejos en la patria de ambas. El Señor quiso que los ojos de Brígida distinguieran al propio tiempo, al rey Magno, viendo al Señor de las tierras escandinavas indigno de su alta misión, y á su mujer que llenaba bien la suya, Dios mostraba á su sierva la joven recién casada en vía de salvación y al rey cercado por todas partes de peligros. Se había visto libre del primer azote; la peste; y ahora se hallaba amenazado por sus propios súbditos rebelados contra él. Dos partidos se forman y el Todopoderoso reservará sus bendiciones para los que humildes implorasen misericordia (1).

Contemplaba á la vez, realizada la predicción que en otro tiempo hizo á Magno, con respecto á los príncipes sus hijos; y también que los primeros en hacerle traición, eran aquellos mismos soberanos, cuya alianza le había aconsejado rehusar. Punto por punto veía en fin cumplirse todas sus profecías. El Maestro se dignó explicarle el espectáculo que, arrebatada en éxtasis once años antes había contemplado.—«¿Recuerdas, esposa mía, dijo el Señor, aquel cielo revuelto que te mostré en Stokolmo? Este cielo era el reino de Suecia; debería permanecer sereno y tranquilo, y sin embargo está agitado por la tempestad de las tribulaciones, de las exacciones y de las emanadas iniquidades. El rey y la reina brillaban como el sol y la luna de ese cielo, y aparecen ahora tan negros como carbones apagados. ¿Por qué admirarse de ello, sabiendo el cambio efectuado en sus voluntades y costumbres? Para oprimir á mis siervos han elevado á un hombre, que pertenece á la raza de las víboras; pero la caída del dragón será más rápida que su elevación al poder; mis amigos triunfarán, y se podrá decir entonces; las tinieblas que

(1) *Rev. IV, 71.—Extrav. XCVIII.*

hoy rodean á Magno, son tanto más densas cuanto fueron más brillantes los rayos de su pasado esplendor.

En público y en privado era sostenido Erico por la aristocracia, el clero, el duque de Mecklemburgo y el rey de Dinamarca; el hijo en fin venció al padre. Un pacto de que el castellano de Ulfasa era uno de los signatarios, desterró al favorito y á sus partidarios; dicho pacto concedía al joven príncipe llevar juntamente con Magno II el título de rey de Suecia, y le otorgaba la posesión de las tierras situadas al Sur del reino. La guerra cesó entonces, dejando al duque de Mecklemburgo con las manos llenas, y á Magno frente á frente de una grave dificultad: el cumplimiento de las promesas hechas á la santa sede por la asamblea de Joenkeoping. Después de tantas conferencias, plazos y exhortaciones, la paciencia del papa Inocencio VI se agotó, y el 30 de Mayo de 1358 fulminó sentencia de excomunión contra el rey de Suecia. Fiel á su antigua costumbre Magno vaciló entre someterse ó declararse rebelde; alcanzó del clero la gracia de permitirle su presencia en los oficios de la Iglesia, mientras pedía á Roma, la suspensión de la sentencia (1).

Iluminada Brígida sobrenaturalmente, escribió en el acto al rey y á la reina, aconsejándoles se encaminasen primeramente á Aviñón y luego á Roma. No era un viaje de recreo al que los invitaba, sino una peregrinación ofrecida en expiación de lo pasado. Preparóse á ella Magno por medio de la recepción de los santos sacramentos; dispuso que su séquito fuese poco numeroso; evitando así mismo la ostentación y el fausto durante el trayecto; deseaba vivamente alcanzar del papa el perdón de sus pecados, sabiendo que cuando éstos han alcanzado el último grado de malicia, no pueden ser absueltos sino por aquél que ha recibido el supremo poder de perdonar. «Si el rey sigue los consejos divinos, el Dios de los ejércitos le defenderá, y le conducirá al santo sepulcro; el dispensador de todo bien satisfará la deuda real; y tendrá en cuenta cada uno de los pasos dados por su amor; en cambio, Magno se acusará ante el Pontífice humildemente, con sinceridad, y corazón contrito, diciendo: He sido públicamente perjuro, he cargado á mis súbditos con impuestos injustos; he promovido á los beneficios eclesiásticos á clérigos, he perseguido á los obispos; infringido las leyes del reino y de la Iglesia. Levantad la sentencia que pesa sobre mí.

Regenerado por esta confesión preferirá el reposo en Dios al acrecentamiento de su patrimonio. El objeto de su amor será la

(1) *Sver. hist.* II, 19, 35.

humanidad; su campo de batalla Jerusalén, y su más ardiente deseo el llegar á reconquistarla».

«Si os rebeláis contra el Todopoderoso, decía la santa, al fin de la revelación, los que ahora os lisonjean, os abandonarán después; vuestro reino será dividido, y vuestros días abreviados».

La reina Blanca cómplice de los pecados de Magno, debía ser también su compañera en la expiación. «No olvidéis, le escribía Brígida, que dos potencias se disputan vuestra alma. El Espíritu Santo os dice: «las riquezas son pesadas, y aun del último óbolo hay que dar cuenta. El honor mundano es un soplo; los goces del cuerpo pasarán como sueño; y luego será preciso sufrir el juicio de Aquél que no perdona más fácilmente á la señora, que á la sirviente; y sabe que la reina está formada de la misma arcilla que sus súbditos». —El espíritu del mal responde: «Dios es bueno, y se deja aplacar; conservad audazmente vuestras riquezas; conquistáos amigos; habéis venido al mundo para recibir los homenajes de los demás; sin dinero seríais sierva de vuestros criados; el pobre carece de consuelos en este mundo; conservad el cetro; es duro domar la carne». —Vuestro ángel custodio, proseguía Brígida, os muestra el cielo, y el camino que lleva á Dios. El espíritu de tinieblas multiplica sus malas inspiraciones. El ángel del Señor os dice: Si permanecéis en vuestra patria, seréis dominada por el orgullo, y no os será posible renunciar al lujo, que aumenta las cargas y los padecimientos del pueblo. Alejaos, pues; procurad ganar las indulgencias que satisfacen las deudas del alma; mortificad el cuerpo con los trabajos de la peregrinación». A estas razones el diablo opone nuevos argumentos: Las peregrinaciones, según él, son propias para los espíritus ligeros é inconstantes; fuera de vuestro país seréis despojada de los bienes que ahora poseéis; reducida á cautividad, y quizá deshonrada. El Espíritu Santo, responde, en fin, probando con el ejemplo de santa Isabel de Hungría, que en medio de la pobreza pueden hallarse goces, que no se conocen en el trono; que entre las cadenas de oscura prisión puede disfrutarse una felicidad mayor de la que procede del uso de la libertad y que no hay deshonor si la voluntad no capitula.

Esta voluntad á que apelaba Brígida permaneció inclinada al mal: La santa, vivamente impulsada por el Espíritu de Dios, multiplicó en vano sus instancias, haciendo ver á la reina cuán rápida era la corriente que la llevaba al mal, y cuán breve el tiempo que la separaba de la eternidad. Magno y Blanca permanecieron pues en sus estados siendo como los artífices del mal. Cuando por la influencia del legado, el papa suspendió la

sentencia de excomuni3n, perdi3 Brígida toda esperanza de ser escuchada; su silencio fué tanto más triste, cuanto que conocía que Magno obraba de mala fe.

El rey, decía la Madre del Verbo, es ciego, sordo, mudo y paralítico, cuando se trata de las cosas de Dios, es un leproso espiritual, cuya presencia debe esquivarse.

La paz entre Magno y Erico no duró un año. Al reanudarse las hostilidades, los monarcas llevaron á su hijo menor á Dinamarca; entregáronse en las manos del más pérfido de sus enemigos, desposaron á su hijo Haquín con Margarita, hija de Valdemaro; en fin, ayudado por los daneses, se hicieron señores de sus súbditos rebeldes. «El hombre que tenéis por consejero, es un lobo, escribía Brígida á Magno. No hará otra cosa, sino engañaros y devorar vuestros tesoros. No le déis ni un palmo de tierra, ni dinero, ni soldados. Es ambicioso y engañador. Si ponéis en él vuestra confianza, Jesucristo lo reprobará, y desempeñaréis un papel ridículo ante los suecos. «Mirad, dirán ellos, un asno coronado, y no un rey; y es de temer que lleguéis á pasar por el dolor de perder el reino».

A la reina Blanca hablaba Brígida en estos términos: «Deseáis tener nietos de la sangre de ese lobo; pero sabedlo, no os regocijaréis en esa posteridad. La simiente no echará profundas raíces, vuestros súbditos no se alegrarán en vuestro heredero, porque el rey ha cometido una injusticia, privando de sus derechos al hijo mayor: ¿Qué alianza es la que deseáis? La de una raza condenada por la Iglesia. Despreciando las condiciones impuestas al matrimonio cristiano, elegís á una niña que no ha llegado á la edad núbil, y que ignora los compromisos á que se obliga. Tal matrimonio es un juego de muñecos, y al llevarlo á cabo, no buscáis la gloria de Dios, sino la temporal. Sobre la nueva reina, hija de padres reprobados por la Iglesia, ¿no recaerán los efectos de la cólera divina?; pero ningún fruto de salud para el pueblo germinará de esa sangre» (1).

Mientras que los mensajeros portadores de esas revelaciones llegaban á Suecia, representábanse á Brígida en la imaginación, los cuadros más extraños. Veía cinco reyes, bajo la figura de animales. El primero, infiel á las promesas hechas en su juventud era un asno coronado, con corazón de liebre; el segundo lobo insaciable, estaba como ciego. No le era permitido ver su

(1) Olaf, hijo de Margarita murió joven sin posteridad; y la unión de Calmar fué para Suecia y Noruega causa de innumerables desgracias.

próxima ruína; el tercero semejante á un águila fiera y altiva, no mostraba sino desprecio, respecto de los demás; el cuarto representado por un carnero, se precipitaba sobre los reinos castigados por la justicia divina, haciendo de ellos su presa; el quinto yacía en tierra como un cordero dispuesto para ser degollado. No estaba exento de manchas, y su muerte debía ser causa de grandes desgracias. Eran estos símbolos de los cinco personajes cuya ambición desolaba á la península escandinava, á saber: Magno, Valdemaro, Alberto de Mecklemburgo, Haquín y Erico. Brígida no lo ha revelado. Poco después aparecía en aquel mundo sobrenatural el sexto rey: «Este príncipe, decía Cristo, deshonrará la patria de los santos, y atraerá sobre el pueblo, la cólera divina; la verdad y el honor desaparecerán hasta el advenimiento de otro rey, que dará voluntariamente su vida por la justicia. El Señor no mostró á Brígida, quién era este último soberano (1).

Las promesas de un porvenir mejor fueron impotentes para consolar á la santa del pesar que le causaban las recientes noticias de la patria. Después de haberse reconciliado Magno y Erico, invitólos á su mesa la reina, con la princesa Beatriz. El banquete fué espléndido; la reina llenaba por sí misma las copas. De repente Beatriz se desmaya, y pocos momentos después, era cadáver. Al mismo tiempo Erico luchando con las agonías de la muerte, expira acriminando á su madre. ¿Habría llegado la perversidad de Blanca hasta vengarse del hijo, que había desterrado al favorito? Pregunta era ésta que se hacían los cortesanos. El pueblo vió en estos muertos un crimen, y muy en breve los pescadores, en sus poéticos cantares, lamentaban la trágica muerte del príncipe Erico, mientras los campesinos se sublevaban contra sus soberanos. Benito Algotsson considerado como cómplice de Blanca fué asesinado, según se aseguraba, por los parientes mismos de su mujer. Se decía también, entre el pueblo, que el alma del príncipe Erico había solicitado de Brígida el socorro de sus oraciones para verse libre de las penas del purgatorio (2). Por poco fundamento que estos rumores tuviesen, pronto se extendieron, multiplicando por todas partes los enemigos del rey y de la reina.

(1) *Rev. I*, 17.—*III*, 31 (*Reprod. VIII*, 24).—*IV*, 48, 55.—*VIII*, 9, 14, 16, 20, 31, 52, 53, 54, 56.—*Extrav. XLIII, LXXVIII, XCIII*.

(2) *Com. Hist. Script. III*, 16-20. No se halla confirmado este punto, en ninguna de las revelaciones de la santa, aunque se haga mención de él, en otros escritos. El envenenamiento del príncipe Erico, es, según los antiguos cronistas, un hecho

El país en tanto se veía asolado de nuevo, por la guerra civil. Magno buscó apoyo en el pueblo contra la nobleza, y á este fin convocó la primera de las dietas generales establecidas para ventilar los asuntos del país. La asamblea no tuvo efecto; y mientras el duque de Mecklemburgo desempeñaba, según las palabras de Brígida, el papel del «zorro» en el gallinero, Valdemaro aquel «lobo insaciable» de las revelaciones arrebataba al soberano sueco, á aquel «asno coronado, con corazón de liebre», Scania, Halland, y Blekingia.

«Juguete es el imbécil Magno de la ambición de Alberto y de Valdemaro», gritaba el pueblo, al distinguir á su soberano. A estas exclamaciones burlescas, unía Brígida palabras más graves. «Ciertos hombres llegados de Oriente, decía, han poblado la Suecia; otros venidos de Occidente ocuparon el país de Dinamarca; ambos tenían por límites ó frontera, las aguas (1). No pudo Magno desmembrar sus estados; tan sólo en caso de muy urgente necesidad le era permitido empeñar algunas de sus tierras, por el período de tiempo que pudiera durar su vida; y su sucesor elegido por el pueblo era el que debía redimirlas, pagando al acreedor de la corona. El que se apodera, usando de violencia, de los territorios ajenos, tiene sobre ellos el mismo derecho, que el que puede presentar sobre sus miembros, aquél á quien se le ha amputado un miembro. El Señor declara á Magno, que si abandona una parte de su reino, perderá el poder, y acabará su carrera en la ignominia y la prisión» (2).

Escribía Brígida con tanto mayor calor, cuanto que durante su oración, veía cómo los espíritus bueno y malo se disputaban la persona de Magno. El demonio parecía salir victorioso, y sin

cierto; y para los historiadores modernos, una leyenda. En cuanto á Benito Algots-son, dice HILDEBRAND (*Sver. hist. II*, 45) sencillamente, que fué asesinado por algunos grandes señores (Stormännenn) suecos.

(1) Estas nociones etnográficas son las mismas que poseían todos los contemporáneos de la santa. Aún los escritores sagrados en ciertos puntos participaban de la ciencia propia de su siglo cuyas ideas expresaban, sin hacerlas objeto de enseñanza.

(2) *Rev. VI*, 3.—*VI*, 64. Brígida admite los límites antiguos y racionales; esto explica porqué juzga que Valdemaro pudo reconocer la venta de Scania, Bliklinguia, Lister y Hven á Suecia, mientras que niega á Magno el derecho de renunciar á estas provincias. Parece no haber tenido correspondencia con su hijo Carlos que fué enviado á Lübeck, en Agosto de 1361 en compañía de otros señores, entre ellos Nicolás Hermansson, á fin de estipular un tratado entre Suecia y la Hansa. HILDEBRAND (*Sver. hist. II*, 50, 51), acusa á estos embajadores de alta traición por haber extralimitado sus poderes cediendo territorios á las villas auseáticas.

embargo la batalla había quedado indecisa. El maestro declaró á su sierva, que aquellas profecías puestas en sus labios no debían discutirse con las luces solas de la razón, y que su cumplimiento podía ser diferido, y aun anulado por la penitencia del rey. La madre de misericordia había alcanzado una prórroga, y desarrollaba á los ojos de Brígida un cuadro, que recuerda las visiones de Ezequiel y de san Juan.

En lo más alto del cielo, veía la extática una especie de atril formado de rayos luminosos, entre los cuales se veían los diferentes colores del prisma, reflejados de tal manera unos y otros, que todos aparecían en cada rayo. El atril sostenía un libro, en el que las palabras eran vivas, y no escritas. Un ángel y un demonio aparecían delante del atril, á la izquierda un rey muerto con todas las señales de los réprobos; á la derecha otro rey, debía sufrir suplicios del purgatorio; entre ambos, otro tercero vivo aún como encerrado en un globo de cristal, sobre el cual estaba suspendida una espada. El ángel y el demonio se disputaban el derecho de romper el globo, que oscilaba sin cesar, inclinándose, ya al bien, ya al mal, como para mostrar la inconstancia del rey durante su vida mortal. El cristal simbolizaba esta vida, y la espada su término amenazador. Una voz celestial, dió á entender á Brígida, que aquello era una figura, y que los tres reyes representaban el alma de Magno en sus diversos estados. Más allá del tiempo, en el seno de la eternidad resonó el juicio fulminado contra el primer rey: éste había despreciado los avisos de su conciencia y los medios que la misericordia divina le ofrecía para salvarse, perseverando en el mal. El demonio le acusaba; el ángel no podía defenderle; suena la hora fatal de la muerte del desventurado, ha sido á los ojos del mundo, plácida y feliz: se ha dormido para siempre con el cetro en la mano, pero cae en poder de sataná. «¡Ay de mí, exclama, he sido infiel al Sacramento del bautismo y del matrimonio, y á los deberes impuestos por la unción real, ahora voy á participar de la horrible desesperación de los demonios á tomar parte en sus placeres y á poner mi orgullo á los pies de Lucifer».

El condenado cede el puesto al segundo rey, á quien también acompaña un ángel y un demonio. El espíritu de tinieblas expone al Juez eterno los pecados del difunto, el ángel, su arrepentimiento. «Aunque el cielo estuviese cerrado para mí, desearía sin embargo servir al Señor». Tal había sido el último pensamiento de esta alma. La justicia increpó entonces al demonio diciendo: «El resplandor de que esta alma se halla circundada, la oculta

á tus ojos». Luego dirigiéndose al ángel: «Su impureza te impide tocarla. Tú, su tentador, asistirás á su purificación; y tú su ángel custodio, la consolarás y acompañarás hasta su entrada en la gloria. Ahora; mira á tu ángel, y aprovéchate de los méritos de Jesucristo y de las súplicas de su Madre y de la santa Iglesia».

Para que comprendas lo que ves, dijo el Verbo á Brígida, todo lo he velado, con la semejanza de las cosas materiales. Recuerda, que los espíritus ni tienen miembros, ni hablan. El atril que viste, representa á la Santísima Trinidad distinta, como los colores del prisma, y una como el rayo de luz; el libro es emblema de la Justicia eterna y de la eterna Sabiduría, que hablan al hombre, por medio del Verbo encarnado. El favor de esta visión lo debes á mi Madre, y es testimonio de mi clemencia para con los suecos». Magno leyó la revelación; pero no quiso reconocerse en ella. Más tarde esta misma visión, que con intervalo de algunos años, había contemplado Brígida dos veces, se le representó de nuevo en otra forma: en el sol, símbolo del Juez supremo, brillaban las palabras: *Autoridad, Verdad, Justicia*. La Autoridad, declaraba que habiendo criado todas las cosas, ella sola tenía el derecho de juzgarlo todo; la Verdad alegaba el mismo derecho, por haber determinado todo en orden á la creación. Antes de fulminar la sentencia, recordaba la Justicia, las enseñanzas dadas á Magno, con respecto á sus deberes. —«Escucha, ¡oh Juez!, exclamó satán. Dócil á mi inspiración, el rey amó á uno de sus súbditos más que á sí mismo, y á causa de éste aborreció á su propio hijo. He procurado también instigarle á cometer todo género de injusticias, de exacciones y á ceder las posesiones de la corona al soberano de otro país».

Brígida vió en el momento á la pobre alma despojada de las gracias divinas hundirse en el abismo del mal.

El cuadro tomó entonces mayores proporciones; al juicio de Magno siguió otro más extenso. La Autoridad, la Verdad y la Justicia unieron sus voces: «Callad, cielos y planetas, decían, y vosotros espíritus del mal, escuchad el juicio de ciertos reyes». Entonces los ojos intelectuales de la extática se abrieron; y vió que no estaba rodeada de cuerpos, sino de espíritus. En una luz brillantísima aparecieron los santos de la antigua Ley; los apóstoles sentados en tronos; cerca de éstos los mártires. El universo entero parecía elevarse hasta los cielos, para humillarse allí ante su Creador y Señor. En presencia de todas esas generaciones de hombres, un sacerdote celebraba el santo Sacrificio de la misa. En el momento de la consagración entonaron los astros

una suave melodía. Todos los seres colocados del lado de la luz se inclinaban ante la hostia santa, en la que aparecía la santísima Trinidad, en el seno de las tinieblas, los demonios mostraban espanto y horror. Toda la corte celestial se reunió allí. Los lamentos de los oprimidos salían de la tierra y se elevaban como una sola voz, diciendo: «Juzgad á nuestros soberanos, oh Juez equitativo, que tienen en poco el sacrificar nuestras vidas en aras de su orgullo». Un siniestro clamor salió entonces del infierno: «Juzgad á nuestros reyes y señores feudales, gritaban los condenados, que han velado menos sobre nuestras almas, que sobre sus perros». Del purgatorio subía un gemido: los malos ejemplos dados por los monarcas y señores, acrecentaban las penas de aquel lugar de expiación; los santos rogaban al Señor, que castigase á los culpables; la Virgen María intercedía por ellos: el Cordero sin mancha inmolado sobre el altar se dirigió á Magno, echándole en cara su falta de caridad, le privaba de las gracias de que había abusado y las hacía pasar á un monarca futuro.

La visión se borró; Brígida debía darla á conocer; pero el Señor no la manifestó, si los reyes acusados por sus súbditos estaban vivos ó muertos; si se convertirían y si pertenecían á las generaciones presentes ó futuras. Sin ser nombrado, estaba Magno representado allí de una manera precisa (1). ¿Cómo recibió éste el aviso de su prima?, nos lo dicen las siguientes palabras que la Virgen dirigió poco después á la santa, con orden de comunicarlas á los grandes señores suecos por escrito: «La divina justicia ha determinado quitar el gobierno al rey y á su posteridad. Discutid vosotros secretamente, y ocultad á los impíos vuestros designios; obrad en vista de la gloria divina; devolved á la corona las tierras que se la han arrebatado. Uno de vosotros,

(1) *Rev. VIII*, 47, 48, 56. M. Steffen, *op. cit.*, 295, declara inadmisibile la interpretación que hemos dado al c. 48º del libro VIII de las Revelaciones. No concibe que tres reyes, uno en el infierno, otro en el purgatorio y otro en la tierra, puedan figurar un solo hombre visto á la vez en dos estados diferentes después de la muerte y guardando al mismo tiempo el aspecto de un ser viviente, libre, capaz entre dos destinos opuestos. A través de estas páginas de un simbolismo y de un misticismo admirables, hemos intentado comprender la visión de Brígida, conforme al orden habitual de sus pensamientos, que están lejos de sufrir influencia de preocupaciones subjetivas. M. Steffen cree que su compatriota habla como política y animada por las pasiones de los partidos. Según él, los tres reyes son: Erico XII en el purgatorio; en la tierra, el padre de este príncipe Magno II y en el infierno Magno Ladulås, abuelo de Erico.

intérprete de todos, diréis al rey, bajo secreto de confesión, lo siguiente: «Tenéis mal renombre; se os acusa de cometer los mismos crímenes que atrajeron el castigo á Sodoma; y vuestra conducta justifica la acusación. Se duda de la pureza de vuestra fe; habéis osado penetrar en el sagrado recinto, en el tiempo en que estábais separado de la comunión de los fieles; habéis sido ladrón, apoderándoos de los bienes de la corona; entregando en manos de su más cruel enemigo, á vuestros súbditos, á vuestro mismo hijo Erico, y aún el país de Scania. Si estáis dispuesto á trabajar por recobrar esas tierras, nosotros coadyuvaremos á la empresa; de lo contrario, se os obligará á abdicar la corona en vuestro hijo Haquín, el cual se comprometerá bajo juramento á reconquistar esas provincias, á mirar por el bien de sus súbditos con amor, á mantener á sus soldados; y á gobernar con justicia. Si no accedéis á nuestra demanda, el Todopoderoso elegirá un rey mejor que vos».—Si por ventura Magno se mostrase rebelde á esas exhortaciones, proseguía la Virgen, haréis pública esta demanda, declarando abiertamente, que no estáis dispuestos ya á servir á un hereje, á un traidor. Magno entonces abandonará el reino, y ninguno de vosotros se considerará obligado á seguirle. Si Haquín sigue las huellas de su padre, todos le abandonarán. Reuniréis en torno de la piedra de Mora á los electores mismos, que cuarenta y cuatro años antes, han aclamado á Magno; elegiréis un rey (1) que sea capaz de pelear en defensa de su pueblo, y le suministraréis dinero y soldados; en cuanto al valor y la audacia, la Madre de Dios se lo concederá, protegiéndole, si es bueno; en caso contrario, desaparecerá en breve (2).

Brígida envió esta revelación á Stokolmo, pero sin pretender tomar parte activa en los asuntos entre Magno y Haquín; sin emitir su opinión sobre la elevación del rey de Noruega al trono de Suecia; sin vituperar tampoco la conducta del joven príncipe, que

(1) Según STEFFEN, *op. cit.*, 61; 76, 77; 287, 289. Este rey sería el nieto de Brígida, Karl Karlsson. A pesar de la manera ingeniosa con que está presentada la hipótesis, no la juzgamos fundada. Ningún documento la apoya: por otra parte nada más contrario al pensamiento de la santa que creía llamado su nieto al sacerdocio.

(2) Esta revelación (*Extrav. LXXX*) se encuentra en la biblioteca real de Stokolmo, escrita en lengua sueca, de la mano misma de la santa. Es la continuación de otro fragmento de las revelaciones (L. VIII, c. 56). El nombre de Magno, no está mencionado allí; pero este príncipe está designado claramente siempre que se dice: «el rey».

sin hacer caso de su promesa de matrimonio con Margarita de Dinamarca contraía otros compromisos con Elisabeth, hermana del duque Enrique de Holstein. Cuando en 1363 se volvió de nuevo á la primera, desposándose con ella, la santa ignoró los acontecimientos trágicos, que tuvieron lugar durante las fiestas nupciales, pero tuvo que conocer las consecuencias. Blanca y algunos caballeros de su séquito, entre los cuales se hallaba el marido de Cecilia, murieron tan rápidamente que el vulgo creyó que les habían envenenado. Magno atacado del mismo mal, sólo debió la vida á los cuidados de un hábil médico llamado Lars Sunasson, á quien recompensó concediéndole la mano de Cecilia (1).

El primer matrimonio de ésta como hemos visto, había conturbado la conciencia de Brígida; el segundo la hirió en su dignidad. La elevación de Marta al cargo de camarera mayor de palacio y aya de los príncipes en la corte de Noruega, estuvo lejos de consolarla. El carácter altivo de ésta no era á propósito para formar el corazón de los niños. Con la vara en la mano trataba Marta á la princesita y á su propia hija Ingegerda Knutsdotter. Rebelábase Margarita y no cedía sino á la fuerza; é Ingegerda aprendió á fingir, no á obedecer.

Serios peligros amenazaban á Magno y á Haquín, mientras que permanecía bajo tutela de aquella reina de once años. Los caballeros encargados de acompañar hasta la corte á Elisabeth (2), la joven á quien el príncipe había repudiado, se unieron al duque de Holstein, para vengar el ultraje hecho á la hermana de éste (3). La nobleza toda estaba también indignada con motivo de la cesión de la Scania, el Halland, y la Blekingia, y Dinamarca se unió á ellos.

Los hechos más recientes de los cuales el prior de Alvastra había dado noticia á la colonia escandinava, eran muy graves en concepto de Brígida, porque sus revelaciones estaban conformes con el partido, que en aquel país se acababa de tomar. Algunos nobles señores, entre quienes se contaban los senescales de Upland

(1) La historia nada dice respecto de la manera trágica con que murieron esas personas; y dejamos la responsabilidad de dicha apreciación al arzobispo de Upsal. **Historia Svetiæ et Gothiæ, Joannis Magni Gothi.** Imp. Romæ, 1554, in *Ædibus S. Birgittæ*, XX, 669.—MUNCH, *op. cit.* I, 738.—*Sver. hist.* II, 49.

(2) *Sver. hist.* II, 54.

(3) La princesa Elisabeth tomó el velo en un convento de Alemania. Algunos autores dicen que en Vadstena; pero el error es evidente, pues este monasterio no estaba fundado en esa época.

y de Nericia, sobrino uno y otro hijo de la santa, y el antiguo preceptor de sus hijos, Nicolás Hermansson, obispo entonces de Linköeping, se proponían, según aseguraba don Pedro, ofrecer la corona al hijo mayor del duque de Mecklemburgo, que por su madre era sobrino de Magno.

La recta razón, las tradiciones del feudalismo, y las luces sobrenaturales probaban á la santa, que ni las leyes suecas, ni el principio monárquico serían violados por la deposición de Magno. «La sumisión al soberano, y aun las leyes humanas, pensaba Brígida, son una consecuencia de la degradación del hombre, que habiéndose negado á obedecer á Dios, se ve obligado á someterse á uno de sus semejantes» (1), en tanto que la autoridad de éste conserva el carácter de la autoridad divina de donde dimana; si ésta degenera en tiranía, si el rey es convencido de herejía, si desconoce en absoluto los intereses morales y materiales del pueblo, debe ser depuesto (2). Según la santa, no era Magno un rey autócrata, sino un mandatario, del cual debía perder el poder en el caso en que fuera indigno para ejercerlo.

Los hombres del norte que nunca habían conocido el servilismo de las razas meridionales ante los Césares, no introducían en la monarquía esta especie de culto, que los soberanos de Constantinopla obtenían del Bajo-Imperio, y la casa de Suabia de los alemanes. Como los escandinavos que no habían frecuentado las Universidades de París ó de Bolonia, Brígida ignoraba el derecho romano, al que designaba bajo el término vago de «Ley del emperador». Si los legistas, esta plaga de la edad media, hubiesen comentado ante ella la célebre máxima «Quod placuit principi, legis habet vigorem», ella se hubiera rebelado ante el ataque de tal doctrina á aquel de quien procede la Ley, la cual es en esencia un reglamento conforme á la razón eterna y no un decreto arbitrario.

Por eso, sin sorprenderse ni inmutarse supo Brígida la caída de Magno II y la elección al trono de Alberto I, nombrado por la asamblea del pueblo el 24 de febrero de 1364 (3).

(1) *Rev. VIII*, 3.

(2) Cfr. *S. Thom. Opusc. XVI. Tractatus de rege et regno ad regem. Cípri I*, 6.

(3) Muy mal juzgan á Magno los antiguos cronistas, los modernos historiadores, y aún la misma Brígida en sus revelaciones. Prescindiendo de sus luces proféticas, la noble dama sueca, merced á los dones naturales de que estaba dotada, y á la cultura propia de su elevada condición, podía juzgar con exactitud la conducta del rey su pariente, y los acontecimientos de su reinado, especialmente aquéllos en que ella misma había tomado parte. La clara inteligencia y sobre todo la santidad de

Gracias á una flota alemana que vino en su auxilio, el hijo del duque de Mecklemburgo se instaló en el palacio de Stokolmo; luchó con sus rivales. Todos los partidos fundaban sus esperanzas en las revelaciones de Brígida. Para unos Alberto I era el soberano á quien Cristo y la Virgen habían prometido su protección; según otros este monarca era el retoño del lobo y de la víbora, el último descendiente de una raza maldita de Dios. Los electores de buena fe estaban conformes en reconocer que Alberto no reunía las condiciones de elegibilidad exigidas por la ley y anunciadas en las revelaciones de Brígida, puesto que no había nacido en el reino.

La santa dejó decir y dejó también á sus hijos dividirse, formando dos partidos: el de Folkungs y de Mecklemburgo, cuyas rivalidades devastaban la Suecia. Guardó silencio, porque lo que hubiera podido escribir no era ignorado de la mayoría de sus compatriotas. Su política era la de la edad media y la resumida en un libro para los escandinavos con principios idénticos á los de santo Tomás de Aquino. Brígida ignoraba la evolución de las ideas de la sociedad en esta época, el movimiento favorable á la igualdad de los hombres, el cual, se asegura, que arrastraba á Magno y á algunos espíritus inquietos. Si hubiera tenido conocimiento de esto, no hubiera visto en estas teorías, sino un llamamiento á la confusión de clases, hecho para rebajar el nivel moral de todas. Por el espacio de trece años había dado noticia al papa, á los romanos, á los reyes de Francia y de Inglaterra, al soberano de su país, y á sus compatriotas, de las enseñanzas que de Dios había recibido, y esa política de todos tiempos y países, era asimismo compatible con todas las formas razonables de gobierno: era, en fin, la política por excelencia de la justicia y de la caridad.

Brígida excluyen toda sospecha de parcialidad, de su parte, y justifican nuestra confianza en cuanto á la veracidad de sus apreciaciones. Se alegan sin embargo, en favor de Magno algunos documentos, que justifican sus intenciones, si no los hechos, en la historia más moderna de Suecia, escrita por varios autores.

CAPITULO X

1364-1367

PEREGRINACIONES DE BRIGIDA Y CATALINA EN ITALIA

Fervorosas oraciones de las santas en los santuarios de Roma.—Reciben noticia de la cautividad del rey Magno.—Sus peregrinaciones á Asís, Ortona, el monte Gárgano, Manfredonia, Barletta, Bari, Benevento y Nápoles donde predice Brígida la muerte de Nicolás Acciajuoli.—El regreso de las santas á Roma.—Señala por la curación milagrosa de Gentile Orsini.

Loca sanctorum adjit
quam plurima dum vixit;
totum iter quod transiit,
Christus ei predixit.

(*Nicolaus Hermanni*).

Catorce años hacía ya que Brígida y Catalina vivían en Roma. Nadie veía el motivo de tan largo destierro, porque su sola causa era la voluntad de Dios manifestada á Brígida. «Lo que estas piadosas mujeres hacen aquí, se decía lo harían mejor en su propio país». No comprendían los que así hablaban, que la atmósfera de Roma impregnada de recuerdos y tradiciones apostólicas favorecía la preparación misteriosa de aquellas almas para la importante misión del regreso del papa á la ciudad eterna, una por sus profecías y consejos y la otra por su voluntaria inmolación. Cada día comprendían mejor entre las ruinas de tantas grandezas humanas, que han desaparecido como sombras fugitivas, el ideal impecadero, por el cual los mártires han dado con su sangre glorioso testimonio. Alimentaban su devoción con las frecuentes visitas á los santuarios de la santa ciudad; pero en las conversaciones con el cielo, que allí tenían, cada una de las santas usaba diferente lenguaje. Tomaba Catalina de la Escritura, alguna oración digna de ser escuchada por los primeros santos de la Iglesia sin recibir gracias sensibles. Brígida, por el contrario, era al instante

arrebatada en éxtasis, los textos sagrados caían de sus manos, contemplaba á los elegidos; conversaba con ellos y cerca de sus reliquias se consideraba como un viajero en las puertas de la patria, Los apóstoles mismos le comunicaban sus comentarios sobre la Biblia, «más luminosos que el sol y más fecundos que la simiente».

No tenían itinerario fijo para sus visitas diarias á las iglesias de Roma. Desde la partida de los papas, á las catacumbas, excepto las grutas vaticanas, no acudían los fieles. Brígida conocía su riqueza por revelación. Esta tierra en la que los restos de los mártires yacían, esperando la resurrección de la carne exhalaba para la sierva de Dios perfume bastante poderoso, para confortar á los débiles y curar á los pecadores (1); así es que recorría alegremente con su hija la Roma subterránea.

Al salir de las catacumbas, visitaban las siete basílicas, en donde Brígida alcanzaba gracias milagrosas, que varias veces llamaron la atención de los hombres. Santa María la Mayor parecía su santuario predilecto, después la admirable reliquia traída de Palestina por santa Elena la atraía á santa Cruz de Jerusalén. Caminaba la santa una tarde por las calles, formando parte de cierta devota procesión. De pronto apareció inundada de luz á los ojos de los peregrinos, entre quienes se hallaba el Conde de Nola; y todos, al terminarse aquel ejercicio, fueron siguiendo á la venerable viuda hasta su morada.

No se apercibió la santa de ello, porque su conversación con el otro mundo absorbía por completo sus facultades y entraron hasta su celda dos ermitaños de san Agustín; de los labios de la extática se escapaban palabras inflamadas de amor divino. De repente extinguieron los rayos luminosos que la circundaban; cesó de hablar, y los hermanos no vieron ya, sino una mujer anciana, pálida, y envuelta en pobre manto de sayal.

Otras veces llegaba la santa á las puertas de san Juan de Letrán escoltada por multitud de seres desgraciados. Como los apóstoles á las puertas del templo de Jerusalén, curaba Brígida á los enfermos, y aun á veces ejercía en cierto modo, la justicia. «¿Por qué has arrebatado ese niño á sus padres?», preguntaba Brígida al salir de Misa, á un viejo mendigo y quiso coger al ser enfermizo que él tenía de la mano. El superticioso italiano, creyendo que la santa había leído su crimen en su conciencia, no respondió y huyó con su presa; pero fué en breve detenido, y confesó que habia robado al niño en el Gheto. El pueblo reunido en la plaza y testigo

(1) *Rev. IV*, 1.107.—*IV*, 112.

de la escena, se apoderó de la criatura, entregándola en manos de Brígida. Toda la ciudad conocía ya á la santa, venerándola como taumaturga, desde el día en que, durante el curso del jubileo, se la vió elevarse por los aires en la iglesia de san Juan de Letrán, en presencia de los fieles allí reunidos.

Participaba Brígida en efecto del privilegio concedido á muchos santos durante su vida mortal: atravesaba el espacio con la agilidad de los cuerpos resucitados. Más de una vez se la vió en Roma caminar, sin tocar la tierra con los pies, como se la había visto en Suecia andar sobre las aguas del lago Vetter. Un viernes recorría devotamente el camino de la cruz en el Coliseo. No pensaba, ni en los esplendores de la Roma antigua, ni en las devastaciones causadas por un reciente temblor de tierra; su mirada interior y su pensamiento estaban fijos en una consoladora visión. Contemplaba en ella á los Mártires, cuya sangre había regado aquel suelo; encendíase en su corazón el generoso ardor de aquellos valerosos atletas de la fe, y envidiaba sus gloriosas muertes. Enajenada su alma, quiso seguirles en su vuelo hacia las regiones celestiales, y arrastró consigo el cuerpo, hendiendo los aires merced al soplo divino, como la nave hiende las olas impulsada por el viento. Un religioso muy estimado, Juan de Pornacio, que acababa de llegar á Roma, fué el primero en apercibirse del prodigio, llamando sobre él la atención de la multitud, la que prorrumpió en alegres exclamaciones. Pero Brígida se había elevado mucho para oirlas. La multitud sin embargo no asistía á un espectáculo nuevo. «Otras veces, decían á Juan Pornacio, hemos visto á esta santa mujer, ser llevada así por los aires de la iglesia de san Juan á la basílica Vaticana y de ésta á san Pablo extramuros (1). Ella comparte nuestras devociones. El culto que rinde al santo Precursor y á los dos grandes apóstoles, se lo recompensan éstos con esas gracias extraordinarias».

La basílica de san Pablo era uno de los santuarios predilectos de la sierva de Dios, desde 1350. Allí se dirigía, formando parte de las procesiones, ó bien recorría sola aquel trayecto que san Pedro y san Pablo habían seguido, antes de separarse para ser martirizados. Por el camino iba Brígida repasando en su interior las semejanzas y diferencias del carácter propio de ambos apóstoles, tal como el Maestro mismo se lo había mostrado.

(1) Proc. Can. *Dep. Ingeburgis* f. 25 r., *Joh. de Pornacio* f. 79 r., *Fr. Aug. de Yspania herm. de Montecorvo* f. 79 v. et 80 r., *Fr. And. de Luca* f. 83 r. et 86 v., *Alf. ep. Gien. sup. 37º art.*, f. 160 r. *Dni Cec. Nicolai Leonis*, f. 187 v.

Pablo, virgen y defensor de la fe, jamás contempló con los ojos corporales al Verbo encarnado, ni escuchó con los oídos externos sus divinas lecciones. Le contempló y comprendió sus palabras en una visión espiritual. El amor hizo de él un apóstol, cuya dignidad es reconocida y celebrada en toda la Iglesia. Pedro ligado con los lazos del matrimonio, antes de ser llamado por el Maestro; instruido por el Señor mismo con celestiales enseñanzas, fué el apóstol de la fe y de la doctrina. Ambos llevaron el desasimiento de los bienes de este mundo hasta mendigar el pan cotidiano; ambos fueron investidos del poder de derramar por doquiera la gracia divina, y de obrar milagros; ambos también vivieron por las almas, y por ellas murieron. Su martirio asimismo, fué diferente en el fondo y en la forma. El apóstol que había vivido antes bajo el yugo del matrimonio, y fué después cabeza de la Iglesia, padeció ignominiosos suplicios, en conformidad con la pasión del Redentor. El apóstol virgen y militante cayó bajo el filo de la espada, como el soldado en el campo del honor. En la tumba descansaba Pedro en su misma ciudad episcopal; y Pablo en los confines de la solitaria y silenciosa campiña romana.

La basílica levantada sobre el sepulcro del apóstol de las gentes constaba de cinco naves sostenidas por columnas, que habían pertenecido á templos paganos. Allí, en una capilla retirada permanecía Brígida prosternada ante la imagen del Crucificado, obra del famoso escultor romano, Pedro Cavallini. En la figura de Cristo, de tamaño natural, se manifiesta la divinidad á través del cuerpo agonizante. Tiene cerrados los labios, y los párpados caídos velan la última mirada, la cabeza inclinada y ceñida con sangrienta corona, y en la llaga del costado se ve el Corazón del amante divino, atravesado de parte á parte. Ante tal espectáculo quedaba Brígida extasiada; veía á Jesucristo arrimarse, hablaba con él y desde el principio del jubileo, empezó á correr el rumor de que el Crucifijo de san Pablo hablaba á la venerable extranjera (1). El clero se erigió en defensor de esta leyenda, y ésta llegó en breve hasta las altas clases de la sociedad, por medio de los religiosos benedictinos, encargados de la basílica, y á quienes Brígida había

(1) *Rev.* II, 7, 14.—III, 19, 27.—IV, 5, 18.—*Extrav.* XXXIV, La inscripción:

Pendentis pendente Dei verba accipit aure,
Accipit at verbum corde Birgitta Deum,

Anno jubilei M.DCL

colocada en la basílica, el año del jubileo de 1650, recuerda ese prodigio.

hecho volver á la fiel observancia de la regla (1). Los franciscanos á su vez se complacían en referir al pueblo un hecho que recordaba los coloquios de su patriarca con el divino Crucificado, y continuaba en su orden la tradición de tal favor por esta hermana terciaria.

Con frecuencia también oraba Brígida en el convento de Ara Celi, situado en el Capitolio. La nueva escalera que daba acceso á la iglesia, era el único monumento que los papas habían levantado en Roma, durante su permanencia en Francia; y los romanos acariciaban la ilusión de ver un día subir por esas gradas al piadoso y sabio benedictino, Guillermo Grimoard de Grisac que con el nombre de Urbano V ocupaba la sede pontificia desde el año de 1362. En el hospicio de san Blas la ilustre terciaria franciscana hallaba también á su familia religiosa; mas no era el trato con los Menores lo que ella buscaba en aquellos santuarios, sino el recuerdo de su fundador. La iglesia de san Francisco en Ripa encerraba en su recinto una celda habitada en otro tiempo por el santo. El 4 de Octubre de 1364, oraba allí Brígida, cuando vió delante de sí al caballero de la *dama la Pobreza*. «Ven á comer y á beber conmigo á mi cãlda», dijo el santo del cielo á la santa de la tierra. Supuso Brígida que se la invitaba á la peregrinación de Asís y se preparó durante más de un año para ir á pedir el *Gran perdón*.

Los suecos que habitaban el palacio Papuzeri, se unieron á Brígida y á Catalina. Eran aquellos el maestro Pedro de Ske-ninge, Ingeborga y dos doncellas de servicio, llegados los cuatro á Italia con una ú otra de las santas, un huésped menos antiguo Magno de Eka, llegado hacia 1355, después de la muerte de su mujer y de sus hijos (2), el prior de Alvastra, y por último el obispo de Vexioe, quien al comenzar la primavera de 1365, se había presentado en Roma acompañado de Cristina de Tofta, madre del senescal de Upland (3).

Las nuevas que aquel prelado, la ilustre dama, y la numerosa comitiva de ambos, comunicaron á las santas sobre el estado actual de Suecia, eran de naturaleza tal, que sólo del cielo esperaban el remedio. Desde la elevación al trono de Alberto I, la lucha de Magno y Haquín contra el nuevo rey no había cesado un momento en la provincia de Gothia, única que les había

(1) *Rev. IV*, 102.—*VI*, 18.

(2) Brígida había profetizado estas desgracias.—*Proc. Can. Dep. Magni Petri Sup.* 15° *art. f.* 106 v.

(3) *Rev. III*, 12.

permanecido fiel. Mientras aquel soberano visitaba sus estados, los Folkungs atacaron al senescal de Upland, entonces mariscal del reino. Acudió Alberto I, gobernador de Stokolmo, con toda presteza; libróse la batalla entre Enkoeping y Tillinge, en la cual Magno fué hecho prisionero y Haquin salió gravemente herido. Poco después el rey de Noruega, imposibilitado de continuar la guerra consintió en firmar un tratado dejando á Magno prisionero en una de las torres del castillo de Stokolmo (1).

También había predicho Brigida el desmembramiento del reino y la reclusión de su primo. ¿El tiempo de la humillación no sería para Magno el del arrepentimiento? Ya que nada podía esperar, ni de sí mismo ni de los otros, ¿aprendería á esperar en Dios? Con el curso de sus conversaciones con Cristo se proponían este cuadro. Si Magno aceptaba el beneficio de la prueba, la pérdida del trono podía preservarle de la desgracia eterna. Desde ese momento el primero á quien pensó encomendar á san Francisco en su próxima peregrinación de Asís, fué el prisionero de Stokolmo.

Hacia el fin de julio (2) habiendo sabido los romanos que Brigida abandonaría en breve la ciudad, corrieron á agruparse á las puertas de su casa. Entre la multitud se hallaba una noble dama, Margarita de Barthi, á quien Brígida no había tratado hasta entonces; mirábala no obstante con simpatía á causa del ancho velo

(1) *His. Suec.* II, 65.

(2) Es difícil señalar la fecha precisa de los primeros viajes de Brígida á Italia. Los historiadores antiguos se contradicen en este punto y dejan á un lado la cronología. Los archiveros no tienen en cuenta las tradiciones ni el encadenamiento de los hechos, y sólo se fijan en los documentos, cuyas fechas no son infalibles por la sencilla razón de que el año no comienza en la misma época en todos los países. La deposición de Catalina en el proceso de su madre, nos hubiera dado seguramente esa fecha, si una mano temeraria no hubiese raspado unas cifras para sustituirlas por otras. La tinta más fresca, no solamente que la del manuscrito, sino que la de las notas marginales, prueba una intervención relativamente reciente. En el art. 33 f. 136 r., dice Catalina: «Deum prima vice fuit ad Napolim... A. D., 1370». Según el parecer de M. Depres, bibliotecario del departamento de manuscritos de la Biblioteca nacional de París, se ha reemplazado la fecha de 1365 que se lee aún al trasluz por la de 1370. Nos apoyamos en esta indicación, por la deposición de Margarita de Barthi que designa el mes de Julio de 1365, como la época en que conversó con Brígida en Roma, por el testimonio del sabio jesuita Beutillo que señala la estancia de la santa en Bari entre 1364 y 1367 (**Historia dell' illus. conf. di Christo san Nicolo, composta dal P. A. Béatillo, Napoli e Palermo, 1641, III, 151**), y en fin por la autoridad de **Marino Palmieri (Muratori Script. rer. Ital. XVIII, 1228 et seg.)** el cual nos señala á Brígida en Nápoles en 1366.

de viuda que la cubría. El señor de Barthe había perecido en una de tantas riñas como se suscitaban entre la nobleza romana. Los asesinos eran perseguidos por la familia de Margarita, y ésta acobardada por la desgracia, temía que sus hijos tendrían el mismo fin que su padre. «Mañana antes de las tres, vos y vuestros hijos estaréis reconciliados con vuestros enemigos», dijo la vidente á la desolada viuda. La predicción se cumplió al pie de la letra (1).

Con el bordón en la mano y en el pecho la pequeña cruz de madera que tenía siempre á la vista durante su oración, salió Brígida por la puerta del Própulo á la cabeza de los peregrinos. Los guió á través de la inmensa campiña animada por rebaños salvajes. Estas extensiones fuertemente iluminadas en las que ni la hoz ni el arado tienen empleo; estos desiertos en que el agua silenciosa y lenta de los arroyos se abre un lecho á la sombra de orquídeas de embriagadores perfumes, estas majestuosas ruinas cuya historia la era poco familiar, estos paisajes que toman su encanto del pasado, á un no sé qué de recuerdos y de ensueños, más bien que á la naturaleza no llamaban la atención de la sueca. Los reconoció sin hablar á sus compañeros de la creación ni del Creador.

Bien sea en las gargantas de la Somma ó en los bosques de verdes encinas y pinos que forman el principio del ancho valle de Asís, sorprendió una tempestad á los peregrinos, obligándolos á guarecerse en una choza abandonada; mas con espanto de todos, presentáronse nuevos huéspedes. Eran éstos, bandidos de los muchos que infestaban el país en busca de algún botín. Encendieron fuego y cuando al resplandor de las llamas se apercibieron de la hermosura de Catalina, determinaron apoderarse de su persona. La joven, comprendiendo el peligro, clamó de todo corazón al Todopoderoso, suplicándole enviase en su auxilio algún ángel que la protegiese. En el instante mismo en que aquellos hombres desalmados se le acercaban dejáronse oír voces y un ejército invisible que parecía avanzar les puso en fuga.

Al despuntar el día pusieron en marcha los peregrinos, y á pocos pasos halláronse de nuevo en presencia de los bandidos, que avergonzados de su medrosa fuga, esperaban realizar su depravado intento, ocultos detrás de los árboles que sombreaban el camino. Creíanse ya dueños de la bellísima sueca; mas el Señor renovó el prodigio que algunos años antes había obrado, para defenderla, librándola de las manos del caballero Orsini. Lo mismo que el noble romano, en las viñas de la Vía Apia, los malhechores se vieron de

(1) Pro Can. *Dep. Marg. Brache de Arenula*, f. 235 r.

pronto privados de la vista; y mientras andaban á tientas en pleno día (1), los suecos pasaron, y al finalizar el día dieron vista á la pequeña ciudad de Asís, objeto de su viaje. El valle del Tíber, por donde caminaban, se iba cubriendo con las sombras de la tarde, mientras la alta torre de la iglesia y la pesada masa del Monasterio de los menores eran acariciados por los últimos rayos del sol poniente. Los peregrinos quisieron antes de todo, orar ante las reliquias de san Francisco.

Jamás habían visto Brígida y Catalina un edificio semejante al triple santuario de Asís. En el fondo de una oscura gruta tallada en la roca, descansa el fiel caballero de su *Dama*, la *Pobreza*. La iglesia media rebajada, austera como el hábito franciscano, domina el sepulcro; la iglesia superior se levanta bajo el luminoso cielo, esbelta en sus formas y ostentando los colores místicos de la inocencia y el martirio, en la blancura de la piedra y en lo rojo del ladrillo. De Sena y de Pisa vinieron Guido y Ciunta para representar en los muros la santidad dulce y sencilla, y los actos heroicos del Pobrecito de Asís. Cimabue y Giotto continuaron la obra. En los frescos se mira al rico negociante de Asís uniéndose con vínculo eterno, á las tres virtudes del claustro. Su Dama la Pobreza, está simbolizada por una mujer pisando unas zarzas floridas, emblema de las punzantes riquezas de este mundo. Aquí se detuvo Brígida como subyugada, para rendir homenaje de alabanzas ante sus compañeros, al desasimiento perfecto de los bienes percederos, tal como lo enseña el celestial Maestro. De la iglesia pasaron las santas al convento. Allí les esperaba triste y dolorosa impresión: de la casa misma del Pobrecito de Asís había tomado posesión el espíritu del siglo. El segundo general de los menores, Elías de Cortona introdujo la relajación de la observancia en la familia franciscana, y los conventuales fracción de los menores, haciendo

(1) Este episodio, haciendo creer á STEFFEN que era entonces Catalina muy joven, critica la fecha de 1365 que asignamos á la peregrinación de Asís. Le diremos que á los treinta y dos años la joven estaba en el apogeo de su belleza, y que su timidez no era cuestión de años sino de temperamento. Para M. Steffen las palabras: «*Proponeus tunc Romam redire*» (Rev. VII, 3) prueban que las santas volvieron después á Roma después de salir de Asís ¿Sigue siempre su ejecución á mi proyecto? Nuestro itinerario de los viajes de Brígida no es inatacables (ver dos notas antes); no lo hemos fijado, sin embargo sino de después de innumerables indecisiones, retoques y correcciones, apoyándonos no solamente en documentos que precisan las líneas principales, sino también en la concordancia de pequeños hechos esparcidos en infinidad de documentos.

gala de sus riquezas, habitaban allí en vastos apartamentos. Elevó Brígida sus ruegos á lo alto, pidiendo remedio eficaz á tal desorden y el Maestro se contentó con señalar el mal. «Mi siervo Francisco, decía el Señor, trocó por la penitencia las delicias del siglo, y pasó su vida entregado á la contemplación de mis obras, mis preceptos y mi amor. Hoy, sus hijos se entregan á los cuidados y placeres del mundo, despreciando la pobreza tan amada de su Padre».

No ignoraba la santa que las infidelidades á la regla traían consigo una reacción tan peligrosa como el mismo mal. La molición de los conventuales era combatida por la orgullosa austeridad de los espirituales. Contra toda razón éstos llevaban hasta el absurdo las tendencias de su fundador y el papa mismo no podía hacerles cambiar de conducta. Brígida apremiada por el Espíritu Santo había confortado á algunos, cuando su general en 1349 había vuelto á la obediencia de la santa sede, había declarado á estos franciscanos que su adversario Juan XXII, cuya elección combatían, era el legítimo sucesor de san Pedro. Con singular precisión defendía contra ellos la bula de 1318, que condenaba sus errores sobre diversos puntos de doctrina, en particular sobre el sacramento del Orden. Afirmaba con autoridad que las órdenes conferidas por Juan XXII eran válidas, que el soberano Juan castigaría como herejes á los adversarios de este papa y á los detractores de los elevados por su mano al sacerdocio. Los Fraticellos, grupo exagerado de los Espirituales, atacaba la célebre decretal de Juan XXII, *Super proprio Christi*. Brígida les recordaba que Jesucristo había poseído algo en la tierra: la túnica tejida por la Virgen y echada á la suerte entre los soldados ¿no era un bien propio del Hijo de María?

En el sacro convento oyó discutir todo, hasta las gracias concedidas por Dios á san Francisco.

Algunos eruditos se atrevieron á declarar, que la indulgencia de la Porciúncula tan célebre en toda la Cristiandad, era una ficción; y á este propósito decían: «O Francisco ha sido juguete de su propia fantasía, ó esa visión, que no mencionan los contemporáneos, es una fábula». Tales palabras provocaban la duda, y llenaban de turbación á los peregrinos suecos, al punto de seguir sin entusiasmo á la multitud, que el primero de Agosto se encaminaba á la capilla. A la entrada del santuario fué Brígida arrebatada en éxtasis. «He concedido por amor, lo que por amor se me ha pedido», le dijo el Maestro. La tradición era pues, verdadera. En gran manera se sorprendió la Santa, al saber que el Papa había restringido la indulgencia, que el Todopoderoso concediera al bienaventurado Francisco para todos los

días del año. Anunció el Pontífice que en adelante, sólo se ganaría dicha indulgencia el día de san Pedro Advíncula. El señor se dignó recordar á su sierva, que á causa de la malicia humana, los Papas se ven á veces obligados á restringir, y aún á suprimir ciertas gracias espirituales.

Los cinco días consagrados á la peregrinación de Asís pasaron rápidamente. Postróse Brígida por última vez ante el sepulcro del glorioso Patriarca para dirigirle su última oración, y el santo, la dirigió estas palabras: «La celda, á la cual te he llamado, no es la de mi casa de Asís, sino la celda interior y mística, en donde he practicado la obediencia. Allí tomaba mi alimento, que consistía en atraer al prójimo al servicio de su Dios y Señor; allí apagaba la sed, al contemplar el celo, con que se consagraban al bien espiritual de las almas, aquellos á quienes yo había ganado para Dios; y ese celo, fruto del amor que ardía en sus almas; y ese amor, que tan estrechamente les unía conmigo, no tenía otros lazos sino los de la santa pobreza. Entra, hija mía en esa celda; participa de ese manjar y de esa bebida, y tu alma quedará saciada durante toda la eternidad (1). Alejose Brígida meditando esas palabras; y al paso que saboreaba los frutos de su piadosa peregrinación, resolvió continuarla, previo el permiso de sus confesores, y así lo anunció á sus compañeros.

Dirigiéronse al antiguo puesto de Ortona, en donde estaban hacia próximamente un siglo las reliquias del Apóstol santo Tomás, traídas de Mesopotania después de la ruina de Edesa.

Brígida invocaba con confianza al Discípulo generoso entre todos, que había propuesto el primero morir con Jesús y que, á pesar de las tinieblas en su espíritu, había permanecido fiel al Maestro. Llamaba á su duda una duda piadosa; enseñaba á las almas turbadas á volverse si está convertido, segura que Jesucristo las haría tocar algún día en sus dedos la gloriosa cicatriz de sus llagas. La tumba del santo se hallaba en tal estado de abandono que casi llegó á dudar Brígida de la autenticidad de las reliquias. El cuerpo del Apóstol estaba allí; el Verbo lo

(1) *Rev. IV, 76.—VI, 59.—VII, 3, 7, 8.—Extrav. XC.—Proc. Can. Depos. Alfonso, obispo de Jaén, 31º art., f. 156.* Reunimos todo lo que se refiere á la orden de san Francisco y á ciertos puntos de vista de la pobreza; pero advertimos al lector que la revelación referente á los decretales de Juan XXII fué transmitida por Brígida á Fr. Pedro de Transtévère dos días antes de la salida de la colonia escandinava á Jerusalén.

declaró á la santa, diciendo: «Permanece Tomás privado de culto, porque los soberanos del país tienen ojos, y no ven como dice la Escritura. ¿Salió Brígida á la defensa de los príncipes napolitanos?» Pues qué, dijo. ¿no han levantado iglesias y derramado limosnas con mano liberal? «Después oyó al Maestro, revelando á su sierva cuán odiosas eran á sus ojos las alianzas contraídas en la casa de Nápoles contra los estatutos de los Padres de la Iglesia. Cierto que esas uniones fueron más tarde aprobadas por la Iglesia; pero no por eso dejaban de ser culpables los contrayentes ante el tribunal de Dios, pues su voluntad no era recta (1).

El monte Gárgano célebre desde el siglo VIII por la aparición allí de san Miguel Arcángel, fué á donde se encaminaron los peregrinos. Las ondas del Adriático los llevaron hasta el pie de la montaña, á la cual subieron entre los corpulentos árboles y las plantas meridionales, que bajo aquel sol ardiente se desarrollan. A medida que Brígida se acercaba á la cima, sentíase rodeada de ángeles, y escuchaba sus cantos. «Bendito seáis, Señor, decían, porque nos habéis criado para ser mensajeros vuestros y para consuelo del hombre, cuya custodia nos habéis confiado, sin privarnos, no obstante de vuestra vista. En este sitio habéis querido manifestar la dignidad á que nos habéis elevado, para provocar en el hombre la confianza que debe tener en vuestro auxilio. Hoy se desprecia este santuario, y los habitantes del país nos abandonan por seguir al demonio».

Gran compasión experimentó Brígida por aquellas almas, que son rebeldes á los cuidados y enseñanzas de sus ángeles custodios; y rogando al Señor por ellos, escuchó estas palabras: «No comprenderán su rebeldía, sino cuando reciban el castigo». Habiendo implorado la protección del santo arcángel, que ante el tribunal del Juez eterno ha de presentar nuestras almas, al juicio; dirigiéronse los viajeros á Manfredonia.

Según costumbre de los peregrinos de aquel tiempo iban todos á pie, mientras el obispo de Vexioe caminaba á caballo. Sea movido por el orgullo propio de su raza, ó por inclinación al regalo, ó bien por falta de salud, lo cierto es que había preferido la cabalgadura al bordón del peregrino. En una de las escarpadas

(1) Teniendo por base la ambición, multiplicábanse las alianzas entre consanguíneos en la familia d'Anjou, entonces reinante. Las palabras del Señor hacen alusión sin duda á las tres alianzas de Juana: la primera con su primo, Andrés de Hungría; la segunda, con otro primo, Luis de Tarento, y la tercera con el rey titular de Mallorca, también pariente suyo.

pendientes el animal dió en tierra con el jinete, Tomás de Malsta quien con dos costillas rotas fué transportado con no poca dificultad á la vecina ciudad, que Manfredo había edificado no lejos de la antigua Siponte.

Con mayor interés contempló Brígida la parte antigua de la ciudad, sabía muy bien que allí, los restos de numerosos mártires de la fe permanecían confundidos entre los escombros, y recordaba que el Señor le había anunciado en otra ocasión la destrucción de Siponte que era el castigo de sus iniquidades. Sin embargo, las gracias concedidas por los soberanos pontífices á sus santuarios, no le habían sido retiradas, á pesar del aniquilamiento de las cosas visibles, y todos los que acudían á buscarlas en espíritu de fe é impulsados por la caridad, hallábanlas eficaces y abundantes.

Mientras tanto el obispo de Vexioe sufría los resultados de su caída á tal punto que se veía imposibilitado de continuar el viaje. Sus compañeros debían ponerse en camino muy de mañana, para no caer en manos de los corsarios que infestaban la costa. El prelado no se atrevía á tomar sobre sí la responsabilidad de retardar la salida de los peregrinos, pero temía quedarse solo en Manfredonia. El mismo día de la partida antes de amanecer mandó llamar á Brígida. «Por amor de Dios, la dijo, poned las manos sobre mi costado, y cesaré de sufrir. La santa dueña siempre de sí misma contestó: ¡Ay de mí!, ¿quién soy yo para pretenderlo? Roguemos sin embargo al Señor, que si es su voluntad, recompensará nuestra fe». Arrodillóse allí mismo, y terminada su oración, puso las manos sobre el costado del enfermo, diciendo: «Nuestro Señor Jesucristo os cure». Sintióse el enfermo instantáneamente curado, se levantó y se pusieron todos en marcha (1).

Pocas horas después entraban en la pequeña ciudad de Barleta, y no teniendo allí relaciones amistosas con nadie, se dirigieron á la hostelería. De pronto, un espantoso tumulto interrumpió su sueño. Gritos de muerte resonaban por todas las calles. El populacho amotinado amenazaba entregarse á la matanza y al pillaje. Invocó Brígida al Señor, y en medio de su oración asistió en espíritu á otra lucha más encarnizada aún y más aterradora: la de los ángeles y los demonios, disputándose las almas de los combatientes. Temerosa y compadecida, rogaba la santa en alta voz: «Poned paz» y al terminar su oración, reinaba en todas partes profundo silencio: el motín había cesado (2).

(1) *Rev. III, 12.—IV, 114, 125, 131.—VII, 4.*

(2) *Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup. 34º art., f. 224 v.*

Los peregrinos tomaron entonces el camino con dirección á Bari. Semejante á una galera, cuya popa señalase la tierra, dirigiendo la proa hacia la isla de Candía, levantábase la ciudad en las riberas del Adriático, y en derredor del templo consagrado á su glorioso obispo Nicolás. El ducado de Lorena había disputado antes á los italianos, el derecho de honrar á su santo patrón; pero los soberanos rivalizaban entre sí con repetidas muestras de su magnánima generosidad, y la basilica llegó á ser en breve digno relicario del cuerpo que encerraba. Allí oró Brígida con tal entusiasmo, que su oración obtuvo la gracia de contemplar al santo glorioso, y vió el aceite sagrado que mana de sus benditos huesos, como prueba de la gracia derramada con profusión en su persona y recompensa de su humildad y pureza de vida (1).

El Prior del capítulo de san Nicolás, Mariano Vulcano (2) hospedó en su casa á los peregrinos. Era éste un gran señor, joven, rico, y más solícito por satisfacer sus propios intereses y su vanidad, que de amar á Dios y gobernar debidamente á sus numerosos canónigos. Comunicóle la santa algunas revelaciones, que referentes á él, había recibido de lo alto. El prior, conmovido y asombrado quiso detener á los peregrinos; pero el tiempo de que el obispo de Vexioe podía disponer era limitado, y á otros santuarios los llamaba su devoción. Preciso fué pues, abandonar las costas del Adriático, para llegar por la Vía Apia al valle, que entre las elevadas montañas encierra á la ciudad de Benevento. Allí se guardaban las reliquias del único apóstol á quien el Maestro buscó entre los poderosos de la tierra; san Bartolomé. Y allí también volvió á sentir el prelado sueco, que la mano del Señor pesaba sobre él. Los facultativos declararon que el paciente adolecía del mal de piedra. Sus dolores eran tan intolerables, que se vió obligado á acudir de nuevo á una mujer que distaba mucho de poseer las ciencias naturales. «Amad á Dios, le dijo ésta, y Él os devolverá la salud». Tomás Malstad comprendía que la plenitud de la ley es el amor: se curó y se levantó del lecho, sano, humilde y reconocido (3).

Día memorable fué para los peregrinos aquel en que por vez

(1) *Rev. VI*, 103.—P. BEATILLO, *op. cit.*, 510.

(2) El P. Beatillo (*op. cit.* 632) llama á este prior Marino Vulcano. En los documentos napolitanos, la transposición de *b* y *v* es frecuente. Marino murió en 1395 después de haber recibido de Urbano VI el capelo de cardenal. Algunos autores han hecho de él el «prior de la isla Vulcano» error evidente, siendo una isla desierta.

(3) *Rev. III*, 33.—*IV*, 104.—*Proc. Can. Dep. P. Alv.* 34° *art.*, 133.

primera apareció á su vista la ciudad de Nápoles, término de su viaje. El menos poeta, el menos letrado de ellos se sentía atraído por esta Partenope, tan amada y alabada. Distinguían regocijados entre las azuladas ondas del golfo, la roca de Capriz y los contornos del Vesubio, era como una transfiguración de los *jords* de Noruega. La naturaleza les parecía más risueña, más fecunda y variada que la de su patria; pero á la vez echaban de menos aquel encanto misterioso, que en las tierras del norte lleva el alma hacia un más allá y la convida á soñar con lo infinito.

Desde Nola los peregrinos contaron con un nuevo compañero, Nicolás Orsini, el amigo de Brígida, quien no contento con haberla recibido en su ciudad natal, deseaba ofrecerle hospitalidad en su hermoso palacio de Nápoles (1); mas vió frustrado su deseo, porque Jaquelina Acciajuoli, hermana del gran senescal de la reina, y mujer del señor de Buondelmonte, había anticipado su amistosa invitación. En aquel centro, alejados al parecer de la corte por la austeridad de costumbres que en él reinaba, y muy cercano á ella por la categoría de sus habitantes, supo Brígida la historia de los príncipes, á quienes el Maestro se refiriera en la revelación con que la favoreció en Ortona.

Supo Brígida que Juana I había perdido el más precioso tesoro de la mujer en este mundo; la reputación. En el extranjero se le atribuía el asesinato de su primer marido Andrés de Hungría; y si bien el testimonio unánime de sus súbditos, y el juicio del papa Clemente VI había proclamado la inocencia de la *dulce reina*, seguía siendo ésta vivamente acriminada. Su capellán Petrarca, no la defendía contra Boccacio testigo de la muerte del rey, y entre los enemigos de la Iglesia se dejaba decir que la belleza de Juana y la cesión interesada de Aviñon al papa no habían dejado de tener influencia en las decisiones de la corte pontificia.

La viudez grave y severa hubiera sin duda impuesto silencio á las lenguas maldicientes; pero la hermosa reina no contaba sino dieciocho años, y tenía por lo tanto poca afición al retiro y sin esperar la dispensa de Roma, contrajo segundas nupcias con su primo Luis de Tarento, acusado de complicidad en el asesinato del príncipe húngaro (2).

(1) LITTA, VII, 1, *op. cit.*

(2) Uno de los últimos historiadores de Juana, **Saint-Clair Baddeley, Queen Joana of Naples**, London, 1893, trata, en un volumen entero, de hacer patente la rehabilitación de la reina, cargando la responsabilidad del asesinato sobre Carlos de

A la muerte de su segundo marido y á pesar de los sinsabores que ambas uniones le causaran, quiso Juana pedir aún á la tierra una brizna de felicidad, por medio de su tercer matrimonio con otro de sus parientes, Jacobo de Aragón, rey titular de Mallorca, el príncipe más hermoso de su época. Tampoco en esta ocasión esperó Juana la autorización de la santa sede.

Tales eran las faltas de Juana, y en Nápoles comprendió Brígida lo que á este propósito le había comunicado el Verbo en otra ocasión.

Quiso la reina ver y hablar á la santa, impulsada quizá por los sentimientos de fe viva, que de su abuela había recibido, y esos sentimientos nobles despertábanse en el corazón de la princesa, tan pronto como cesaba á su alrededor la voz de los lisonjeros, y dentro de sí misma el tumultuoso rugir de las pasiones. La santa viuda dióle consejos, que fueron al parecer comprendidos, y rogó al cielo por aquella alma rodeada de todos los encantos que puede ofrecer el mundo y en la que luchaban de un lado las virtudes más generosas y de otro los sentidos no acostumbrado á freno alguno. La corte toda siguió el ejemplo de la soberana y los grandes señores napolitanos dejando el muelle reposo, salían de sus soberbios palacios para confundirse con los pobres y enfermos, que á las puertas de Brígida, se agrupaban.

Entre esos nobles señores distinguió la santa á un joven estudiante de la Universidad de Bolonia, próximo pariente de la condesa de Nola, llamado Eleazar de Sabrán. Descendía, lo mismo que Brígida, de una raza de valientes, y como ella, también podía aprender la ciencia de los santos, entre los miembros de su familia. Su tío Eleazar era generalmente venerado por su santidad y la Iglesia se preparaba á canonizarle. La leyenda de su tía Delfina, esposa de Eleazar, hacía palpar los corazones mejor que los cantos del «*guy saber*» y en fin, uno de sus primos ocupaba dignamente el trono pontificio con el nombre de Urbano V.

El estudiante había conocido á Brígida, casualmente, en la casa de un enfermo, á quien ambos visitaban; y con juvenil sencillez habíase acercado á la santa, solicitando el auxilio de sus oraciones

Durazzo. Nada ha conseguido el inteligente defensor, porque hallar pruebas suficientes para justificar ó condenar á Juana, de una manera cierta, es cosa imposible. Apoyándose en Villani, al cual en general niega autoridad, Saint-Clair (64) retrasa la fecha del segundo matrimonio de la reina llevándola al 20 de Abril de 1347, es decir, después de la dispensa, cosa muy discutible y contradicha por los mejores historiadores.

y de sus consejos. Sabiendo que lograría conferencia con ésta en el palacio Buondelmonti, dirigióse allí ansioso de confiarle los contradictorios sentimientos que en su alma bullían. Por una parte era atraído hacia los goces de la tierra; mas al verse en compañía de los dichosos del siglo, llenábase su corazón de indecible tristeza no le era dado alegrarse con sus amigos, ni experimentaba dulce consuelo, sino enjugando las lágrimas de los desgraciados. No le concedió Brígida la anhelada audiencia; pero envióle un pliego cerrado. Desde que la santa hubo visto al joven por vez primera, comprendió que aquellas perturbaciones é inquietudes, que ahogaban su corazón, eran las que preceden siempre á los más generosos sacrificios, y cuyo resultado es la paz del alma. Mejor que el adolescente mismo, comprendía Brígida los secretos de su vida, y bajo la inspiración de María le escribía.

«Señor: lo que ante todo debéis hacer es, velar sobre vuestro cuerpo, que es morada del alma, y defender ésta con todas las fuerzas de vuestra voluntad, porque muy diversas voces llegan á vuestros oídos; unos os dicen: quedáos en el mundo, uníos á una mujer bella, noble y rica; transmitid á la posteridad lo que en herencia habéis recibido de vuestros antepasados; así escaparéis á las tribulaciones de la carne... Otros por el contrario, os repiten «abrazad el sacerdocio, si así lo deseáis, mas procurad también dedicaros á las artes liberales; y ya por medio de personas influyentes, ya derramando dones, tratad de obtener los beneficios eclesiásticos. Los honores serán el premio de la ciencia que hayáis adquirido; las riquezas os proporcionarán amigos y servidores».

«Así os hablan, Señor, continuaba Brígida; mas vos responderéis á los primeros, que estáis resuelto á abandonarlo, á perderlo todo, por conservar el don de la castidad; á los segundos diréis, que si os hiciéseis doctor en artes, no os valdríais de ese título, sino para defender la fe católica y combatir el error. En cuanto á las dignidades eclesiásticas, añadiréis, será lo que Dios quiera; si las alcanzo procuraré emplearlas en la gloria de Dios y en el bien del prójimo. Seguramente el amor de las criaturas tratará de arrojar de vuestro corazón el amor de Jesucristo; pero entonces, más que nunca lo levantaréis á lo alto, diciendo: Señor, prefiero la muerte al pecado; y pronto estoy á sacrificaros vida, riquezas y honores y hasta las estimaciones de mis prójimos. Os guardaréis de escuchar las armonías demasiado tiernas y las sentimentales canciones, privándoos asimismo de aquellas lecturas, que despertando en el alma pensamientos de la tierra, nos alejan de Cristo. No pongáis los ojos en las riquezas,

bajo cualquier forma que se os presenten y decid por adelantado: si luego á poseerlas las relegaré á lugar en que estén al abrigo de herrumbre y de ladrones. Después de haber prescindido de lo supérfluo, contentáos con lo estrictamente necesario para conservar la salud del cuerpo, en servicio del Señor. Por este medio llegaréis á conseguir las cuatro principales bienaventuranzas que en la eternidad os esperan. Allí poseeréis á Dios sin reserva y para siempre; se regalarán vuestros oídos escuchando las armonías angélicas; os ocuparéis sin cesar en alabar al Altísimo, y en fin, os uniréis á los Espíritus puros y á los elegidos».

Escribió esta carta Brígida con motivo de los consejos secretos que daban á Elzear amigos que tenían influencia sobre él. Unos querían que se casase, otros que se dedicara al sacerdocio y la santa le proporcionó argumentos contra unos y otros.

Desde aquel día comenzó Brígida á dirigir al joven, procurando formarle una conciencia recta; y probándole que sondeaba su conciencia, hasta sus más remotos pliegues y le trataba con la ternura de una madre. Leía y releía el estudiante la carta de la santa, prenda tangible de su unión espiritual con ella. Mas una noche con gran sorpresa y desagrado halló que la carta había desaparecido, y confió en el acto su pena al maestro Pedro. Mostróse éste duro y severo, imponiendo al joven dura penitencia; mas dióle al fin una copia del precioso documento (1).

Eleazar de Sabrán entró animosamente en la vía del sacerdocio. Buriáronse de él los poetas, los trovadores y los cortesanos de la reina; pero defendiéronle con no menos viveza los jurisconsultos que constituían entonces el más bello ornamento de la sociedad napolitana, en unión de los personajes más notables del clero y de las religiones.

Un año había pasado ya desde que los peregrinos escandinavos habían salido de Roma. El obispo de Vexioe, á quien llamaban los intereses de su diócesis, pedía con urgencia el regreso, cuando la realización de una profecía de la santa, dió á conocer en todo el país el don que de lo alto había recibido. Al salir Brígida de la oración se dirigió en busca de Jaquelina Buondelmonti, para decirle: «Los días del gran senescal están contados».

(1) *Rev. VII, 5.*—*Proc. Can. Dep. Eleaz Card. Teat. sup. 30º art. f. 103—Dep. Cat. y Alf. Ob. Gien. sup. 30º art., 132, 156 y 227 v.*—**Légende de Delphine de Signe** *Bib. nat. de Paris, nº 1816, Réserve.*—**Discorsi delle famiglie nobili del regno di Napoli del Sig. Carlo de Lellis.** *Napoli, 1654, 157, 164.*

La noble dama, que profesaba á su hermano tierno afecto, corrió en su busca; no hallándole en su casa, dirigióse al palacio real (1). Allí estaba Nicolás Acciajuoli sin novedad alguna, tratando con la reina los negocios del estado. Satisfecha y contenta volvió á casa la hermana. El senescal contaba á penas cincuenta y seis años de edad, lleno de salud y de fuerzas; sin embargo antes de terminarse el día sintióse gravemente enfermo. Quiso Brígida asistirle, y estando aquella misma noche cerca del lecho del enfermo, fué arrebatada en éxtasis. Vió en él un campo vastísimo, y allí el Juez supremo en figura de astro refulgente; á su lado estaba la Virgen y á su alrededor esplendentes multitudes en las que cada unidad parecía ocupar el sitio que la correspondía; resonaban los himnos angélicos. El acusado apareció ante el tribunal, bajo la forma de un ser viviente. Como en las escenas de la Biblia, el demonio se mezclaba con los hijos de Dios. «Juez equitativo, decía satanás bajo la figura de un etiope, este hombre está tocando el término de su existencia; dejadme atormentar su cuerpo y su alma, antes de que la muerte los separe». En este momento, el ángel custodio bajo la forma de un guerrero, declaró que no tenía lugar el juicio porque la misericordia divina acompañaba á esa alma hasta los confines de la vida. Trabóse entonces empeñada lucha entre las potencias del bien y del mal. Alegaba el demonio, que no la caridad sino el temor había sido el móvil de las buenas obras de aquel hombre; y si muchas veces en su vida se había acercado al sacramento de la penitencia, nunca había llevado á él verdadera contrición. Innumerables, como las chispas que se escapan de un fuego vivo, acudieron los demonios, diciendo: «entregadnos al culpable». La respuesta fué el silencio más profundo y misterioso, oyéronse sonidos semejantes á los de la trompeta, ángeles buenos y demonios, murmura en fin una voz dulce: «Escuchad á la madre de Dios». Separando los pliegues de su manto, dejó ver un templo en cuyo recinto oraban los monjes y los amigos del acusado, juntos repetían: «Piedad misericordioso Señor». La fe verdadera transporta las montañas, exclamó la reina del cielo. Este hombre ha implorado en favor suyo los ruegos de los creyentes; las súplicas de éstos le alcanzarán el dolor perfecto de sus pecados. Yo, como Refugio que soy de los pecadores, uniré mis peticiones á las de tantas almas que en el cielo y en la tierra se interesan por esta alma ante el trono de la Divinidad». En cuanto á vosotros demonios respetad

(1) *Descrizione della città di Napoli del D. Giuseppe Sigismondo Napolitano, 1788. II, 326.*

la justicia del Juez. «Vuestras oraciones, vociferaron los demonios, inclinan el corazón de vuestro Hijo á la misericordia y al amor». Una voz suavísima se escuchó entonces: «Este hombre, decía, se convertirá antes de morir; pero expiará sus pecados con los que sufren las más terribles penas en el purgatorio». En ese instante apareció á los ojos de Brígida, un abismo, donde las almas padecían cruelísimos tormentos á vista de los demonios; y otro en el cual la única pena consistía en la separación ó alejamiento de Dios. El hombre cuyo suplicio contemplaba la santa, era castigado en los miembros mismos de que se había servido para ofender á Dios. «¡Ay de mí, decía el desgraciado, no he amado como debía, al Criador, de quien todo lo he recibido! ¡Ay de mí, que no he temido como debía á la justicia eterna. Ay de mí que he buscado la voluptuosidad. Ay de mí que he deseado las riquezas del siglo y los honores. Ay de mí que os he conocido, Luis y Juana».

El difunto rey Luis de Tarento y la actual reina Juana pesaban sobre el destino de este pecador que por interés propio, y no del Reino, había favorecido la alianza de aquellos soberanos contra los decretos de la Iglesia (1), y hubiéranse prolongado sus penas hasta el fin del mundo, si un santo, de quien el senescal había sido devoto no se hubiese presentado á la santa. Dejóse ver el glorioso mártir san Lorenzo y declaró á Brígida, que si algunas almas generosas procurasen expiar los pecados del moribundo, y alcanzarle de la santa sede su perdón, sería libertado de la cárcel tenebrosa, que debía recibirle, al salir de este mundo, y colocado en un lugar de refrigerio.

«Un solo» *Parternóster* «basta muchas veces para sacar á una alma de ese abismo profundo», decían los bienaventurados que se agrupaban en torno de Lorenzo. ¡Bendito sea mil veces, quien en este mundo procura libertar á las almas del Purgatorio, con oraciones, padecimientos y buenas obras», decía el ángel custodio de Acciajuoli (2).

La santa reveló á don Pedro la visión, quien la escribió y remitió á la familia del senescal (3), en el momento en que éste

(1) El texto latino de la revelación: «qui non minus quadam consanguinitate conjuncti erant quam si fuissent ambo de proxima parentela», parece sobrentender no solamente el parentesco, sino un impedimento mayor que, según el derecho canónico, es obstáculo para el matrimonio.

(2) *Rev. IV*, 7, 8, 9.

(3) *Proc. Can. Dep. Cat. y P. de Alvastra sup*, 36º *art. f.* 135 y 221 *v.*—MURATORI, XIII, 1228.

expiraba (1), en los brazos de Brígida, que arrojaba en la balanza de la eterna justicia sus oraciones, sus lágrimas sus penitencias y su amor.

Acciajuoli duerme el sueño de la paz, en la Cartuja de Florencia fundada por él.

Los peregrinos permanecieron algunos días más en Nápoles; y recibida la bendición del nuevo arzobispo, el francés Bernardo Bosques (2), se embarcaron con dirección á Ostia.

Una profecía había señalado la partida de Brígida, y un milagro festejó su regreso á la ciudad Eterna. En el momento de llegar, la condesa de Orsini envió á llamar á la santa á toda prisa porque el más pequeño de sus hijos, gentil niño de doce años, se estaba muriendo devorado por la fiebre, y los médicos habían perdido toda esperanza. Sólo porque el conde Latino estaba ausente por intereses de la santa sede, la desgraciada madre aún luchaba. Entró Brígida al aposento del enfermo, acompañada de Catalina, de Francisca de Papuzeri y de algunos amigos. «Basta que pongáis las manos sobre mi hijo, dijo la condesa, para que sane». La sierva de Dios quiso quedar sola en la habitación, y pegando su rostro al del niño cubierto ya con la palidez de la muerte, le dijo varias veces: «Duerme, Lello, duerme» hasta que el niño quedó sumergido en plácido y profundo sueño y Brígida, mirando acercarse á la apenada madre, le dijo sencillamente. «Vuestro hijo no morirá». Cuando éste despertó, se hallaba completamente sano (3).

Dos años habían pasado desde que Brígida y sus piadosos compañeros habían salido de Roma y en el año de 1367 volvían á entrar en la ciudad de los mártires. Cansados de esperarlos, habían partido ya los suecos, que con el Obispo de Vexioe, y la madre del gobernador de Upland habían venido. Contristó esta noticia á Tomás de Malstad por que sus diocesanos no viéndole volver con sus compañeros de viaje, estarían inquietos;

(1) Acciajuoli murió el 8 de Noviembre de 1366, según su historiador Mateo Palmieri (*op. et loc. cit.*)

(2) **Antistitum pr. Neapolitanæ Ecclesiæ catalogus, auct. B. Chioccarello.** Neap. 1643t 234.

(3) Proc. Can. Dep. sup. 34º art., *Gol. ux. Lat. de Urs., Lat. de Urs., Magni Petri, Alf. ep. Gien., Fr. Papuzeræ*, f. 134 v. y 147 r y v. El conde Litta (VII, xi) cree que este milagro tuvo lugar en el año 1372 en favor de Gentil, hijo de Nicolás Orsini, conde de Nola. Los errores de persona y de fecha del célebre genealogista son evidentes, porque en su deposición el conde Latino Orsini dice que su hijo fué curado en Agosto de 1367.

pero Brígida, calmando sus inquietudes, como antes había aliviado sus padecimientos físicos, le dijo. «Partiréis el último, y llegaréis el primero, teniendo el gozo de presentar al gobernador de Upland, á su madre sana y salva». Luego, deseando que el prelado apartase la vista de las cosas terrenas y la elevase al cielo, añadió: «Buscáis las comodidades del cuerpo, y los honores mundanos, olvidando las promesas, que á la Reina del cielo hicisteis en la cima del Monte Gárgano. La Virgen no os cumplirá las suyas, si vos no sois fiel á las vuestras». Romped pues todo lazo con el pecado para que María os reciba en vuestra última hora. El obispo tomó el camino de su diócesis, llegando allá, según la profecía de la santa, antes de aquellos que en el regreso le habían precedido.

Repasaba la santa en su corazón las luces y avisos que desde la gran Revelación de 1346, recibía con relación al episcopado sueco. Varios de aquellos obispos estaban ya en la eternidad; en 1351, llamó Dios al arzobispo de Upsal, y no fué testigo de los futuros males que á la Religión y á la Patria amenazaban. Su primer sucesor fué aquel obispo de Linkoepping, cuya marcha ascendente hacia el bien y á las dignidades eclesiásticas, había la santa profetizado. Durante su estancia en Nápoles vió ésta el alma del nuevo Primado en el instante de salir de este mundo. Apenas le tocaron las llamas del purgatorio antes de penetrar en la morada de la eterna luz. Supo también la santa, al llegar á Roma, la muerte del obispo de Abo, muerte preciosa á los ojos de Dios, como es la de los santos, y tal, como Brígida se la había anunciado, veinte años antes. Lleno de vida y en perfecta salud haciendo oración ante el tabernáculo, consumose la unión suprema con su Dios de esta alma bienaventurada (1).

Plácidas y consoladoras eran aquellas visiones, en las cuales veía la extática, vivos é inundados de luz y de gozo, los que el mundo llamaba muertos. En otras ocasiones, sin embargo, vió las almas de otros prelados, cuyos nombres no juzgó lícito revelar. En uno de ellos los suecos reconocían al nuevo obispo en Linkoepping. Contra la voluntad de los canónigos el rey Alberto I le había sustituido al elegido por aquéllos, Nicolás Hermansson, y la santa exhortaba á este alemán que considerase la manera con que tomaba posesión de la silla. «Venid á Roma para expiar vuestras faltas, sin lo cual la Madre de Dios me advierte que caeréis como Joab y no alcanzaréis la verdad sino sufriendo castigo de vuestro Juez». Ciertos prelados devorados de codicias insaciables,

(1) *Rev III*, 12, 13.—*IV*, 125, 130.

de ambiciones infinitas aparecían en estas visiones de Brígida. En favor de éstos y de los intereses de la Patria multiplicaba Brígida sus oraciones en los santuarios de Roma, y sobre todo ante las reliquias de la gloriosa mártir santa Inés, que la honraba frecuentemente con sus apariciones. La última palabra de Brígida al partir de Roma revelaba la esperanza de una viuda. El acto que señalaba su regreso consolaba á una madre; la primera plegaria salida de sus labios era en favor de sus compatriotas.

Las circunstancias fortuítas que hasta allí la habían impulsado á hablar, á orar y á obrar, parecían ir de concierto con sus inclinaciones naturales. Encerraba sin embargo el corazón de Brígida un amor superior á todos los demás; el amor de la santa Iglesia. Sin duda en el curso de sus peregrinaciones rogaba por el alma de Ulf, siempre viva en su corazón; por sus ocho hijos; por su patria, el clero, el pueblo y la orden religiosa que se proponía fundar; pero ante todo y sobre todo oraba y vivía, por la misión especial que del Señor había recibido; y así en los santuarios de Roma, como en los de Asís, Ortona, Monte Gárgano, Bari, Benevento y Nápoles, pedía especialmente al cielo la reforma de la cristiandad, por medio del restablecimiento de la santa sede en la ciudad de Roma.

CAPITULO XI

1367-1371

VUELTA DEL PAPA A LA CIUDAD DE ROMA

Asiste Brígida á la entrada triunfal en Roma del papa Urbano V.—Sus revelaciones con respecto al soberano Pontífice y al emperador Carlos IV.—Presenta al papa á sus hijos Carlos y Birger.—Peregrinaciones de la colonia escandinava, á Ortona monte Gárgano, Bári Amalti y Salaerno.—El Rosario de santa Brígida.—El Oficio y la Regla de la Orden del Salvador.—Bula de aprobación concedida por Urbano V.—Alfonso de Vadaterra, último confesor de la santa.—Profetiza la santa la muerte de Urbano V.—Sus cartas á Gregorio XI, sucesor de Urbano, predice el restablecimiento de la santa Sede en el Vaticano.

Totumque mundum in admirationem traxerit,
Quod Deus uni mulieri;
Cui alioquin in ecclesia tacendum erat,
Tanta in Ecclesia eloquenda secreta revelarit.

Ap. Od. Raynaldum.

El 16 de Octubre de 1367 prosternóse Brígida á los pies del divino Maestro con alegría en el corazón y alabanza en los labios; Urbano V entraba por fin en Roma.

Desde el año precedente había declarado el pontífice que hacia la próxima Pascua saldría de Aviñón. Con el pensamiento seguía la santa paso á paso el itinerario del papa, hasta llegar á la corte pontificia el embarque del espléndido cortejo primero en el Rodam y después en Marsella: Veía en su imaginación las galeras de Nápoles, Venecia, Génova y Pisa, transformando el mar en una ciudad flotante, bogando apaciblemente en pos de la estela que iba señalando el paso de la barca de Pedro. Veía también al pontífice celebrando su primera misa en Italia, á la orilla del mar, al aire libre, y á la multitud innumerable de fieles, inclinarse ante el Jerarca supremo de la Iglesia, para recibir su bendición.

Sin embargo, como si vacilara aún, el papa se detiene á las puertas de la ciudad santa. ¿Cree acaso con sus compatriotas que la tierra italiana es la tierra de los muertos? Siente conmovido su espíritu al ver morir ante los muros de Roma, como Moisés ante la tierra de Promisión, al mismo que sacaba del cautiverio al papado, al insigne y benemérito gran cardenal Alborno¿ La sierva de Dios lo ignoraba, sin embargo ruega para que los fuertes perseveren y los débiles se fortifiquen, Urbano V prosigue su marcha, y llega á Roma, entre el repique de las campanas y los cánticos sagrados que por todas partes resuenan; la Villa eterna se anima. Más de dos mil obispos, abades y priores, rodean el estandarte de la Iglesia; once cardenales franceses siguen resignados al caballo blanco de Urbano V, guiado por los príncipes italianos; la basilica Vaticana abre sus puertas, y por todas partes se levanta el grito «*Evviva il Papa*». La promesa hecha por san Pedro en 1350 se realiza, y una voz celestial canta á los oídos de Brígida: «He aquí al vicario de Cristo, que viene en nombre del Señor, á restablecer la santa sede en la ciudad del príncipe de los Apóstoles» (1). Al escuchar tales palabras, sale Brígida con presteza de su oratorio, y ve que «las serpientes se habían convertido en corderos, y los leones en palomas», Urbano V dió la bendición *Urbi et Orbi*.

Mientras Brígida se prosternaba ante el jefe supremo de la Iglesia para recibir esa bendición, que traspasa los montes y los mares y escuchaba aquella voz acatada por millones de hijos sumisos, sentía que las palabras del pontífice caían como benéfica lluvia, sobre su lejana patria, sobre sus hijos, sus amigos, su rey y sobre el terreno, en el cual se había de levantar el futuro monasterio de Vadstena.

Por invitación del poncífice, ó por propia iniciativa, Brígida se presenta presurosa en el Vaticano y trató con Urbano V los grandes intereses de la Iglesia.

La visión en la cual milagrosamente se le había anunciado la entrada del papa en Roma, la refirió en estos términos: «Una persona que velaba, y no dormía (hablaba la santa de sí misma) vió en espíritu, que se encontraba en un palacio y delante de un astro de gran magnitud. Delante del astro estaban colocados como dos púlpitos uno á la derecha y otro á la izquierda: entre los dos y el Sol había un espacio; del Sol salían como dos rayos dirigidos uno al púlpito de la derecha y otro al de la izquierda. Una voz

(1) *Rev. IV*, 5.

empezó á hablar en este último. Aunque en él no se viera á nadie, se oía sin embargo la voz: decía al Sol «Salve Rey eterno, tú eres Creador, Redentor y Juez justísimo, nada hay oculto para Ti, todo lo conoces, pero (yo hablo) para la persona que con mi permiso escucha hablar y responder (1). La voz dijo, Maestro-tu Vicario que está en tú lugar ha trasladado la santa sede á la antigua ciudad de Roma, en la que descansan los cuerpos de los primeros papas, los de Pedro, de Pablo y de tantos elegidos, de Dios; del púlpito de la derecha respondía así una voz. La vuelta á Roma del pontífice es agradable á Dios, que aborrece la decadencia y corrupción que reinan en su Iglesia, cuyas puertas se inclinan más de lo que debían á la tierra. Los goznes (2) de las puertas están ya derechos como puedan estar y nada encorvados. El pavimento está lleno de agujeros sin fondo. Caen del techo gotas de azufre inflamadas y ardientes. Esparcen un olor desagradable. Los muros ofrecen aspecto tan horrible, como si estuvieran enlucidos en sangre corrompida. Cuando hubo hablado de esta suerte, la voz de la izquierda, dijo á la que acababa de hablaros. Explica lo que has dicho y lo que significa espiritualmente lo que has expresado bajo forma material. La voz de la mano derecha respondió: La santa Iglesia es la sociedad de los cristianos, el papa está comparado á las puertas; los cardenales á los goznes y los demás clérigos seculares al pavimento; las órdenes religiosas que debían ajustarse á sus reglas al techo; los seglares cristianos, son los muros. El papa, si quiere, podrá renovar la Iglesia, y devolverle su primitiva hermosura. Para ello comenzará reformándose á sí mismo. Averiguará luego si existe, en favor de la sede apostólica, alguna contribución ó renta injusta, para compensar en el acto á la persona ó personas perjudicadas. Examinará después su propia casa, los muebles, oro, plata, vestidos, etc., tomando de ello lo necesario, y despojándose de lo superfluo, conservado por orgullo socorriendo con ello á los necesitados. Le estará permitido si lo juzga necesario, tener un ejército de soldados mercenarios; no para defensa de su persona, que está en manos de Dios, sino para reprimir á los súbditos-desleales. Que el papa eleve sin cesar sus afectos y deseos hacia lo alto, apartándolos de lo terreno y caduco, para vivir con el espíritu en la feliz y eterna morada. Entonces será

(1) Hemos puesto el texto de la santa traducido literalmente.

(2) El texto latino dice tan pronto *uncini*, del verbo encorbar como *cardines*, goznes. Brígida no emplea sino una sola palabra *kroka*, que traducimos siempre por goznes.

cuando las puertas de la Iglesia estarán cerradas para las cosas terrenales; entonces también lo que ahora es imperfecto, será remediado y reglamentado con discreción. Observará el papa una prudente abstinencia, y procurará amar á sus súbditos con el amor que de Dios procede, haciendo que los cardenales dejen los caminos del orgullo, la ambición y la avaricia, por donde andan, y vuelvan á la senda de la humildad y el desprendimiento de los bienes de la tierra; pero todo con las palabras suaves y benignas que Dios le inspire, hasta lograr que renuncien á la simonía y á las costumbres mundanas. En cuanto á los obispos y el clero secular, su avaricia es tal, que nada es capaz de satisfacer su orgullo, ni de apartarlos de su vida impura. Esta es la que despide aquel humo de abominable hedor (1) que viste. Si el papa quiere mejorar tal situación, aconseje á los obispos y eclesiásticos, que usen de las cosas terrenas según los avisos que para su propia conducta ha recibido. Les exhortará á velar sobre la conducta de sus inferiores, y privará de prebendas á los que se negasen á reformar sus costumbres; es más agradable á Dios, que no se diga una misa, que dejar á manos prostituídas manejar su cuerpo bendito.

La simonía debe ser destruída y perseguida, cuanto sea posible: Haciendo lo dicho, el papa podrá renovar el pavimento de su Iglesia. Los que han abandonado el mundo y se han comprometido á una regla de obediencia, se comparan al techo; del mismo modo que estos proporcionan abrigo contra la humedad y mal tiempo, los regulares debían defender á la cristiandad de la cólera de Dios, por medio de su humildad, su abstinencia, sus oraciones y su santidad; por el contrario, este tipo maldito, excita ahora la cólera celeste; han abandonado la humildad y son el mismo orgullo; han despreciado los comienzos y el modo de vivir de sus buenos patriarcas, así el demonio ha inflamado sus corazones, con su fuego figurado por el del azufre ardiente. Este fuego no procede solamente del orgullo, sino también de otros muchos pecados y de costumbres impuras que, siguiendo el símil, se pueden comparar al alquitrán y á la pez; su ejemplo ha llevado á muchos á la condenación eterna. En manos del papa está el renovarlo todo y aún mejorarlo» (2).

(1) El texto dice *höra* (oir), pero por consejo de M. Klemming suponemos que hay una falta de redacción y traducimos como si dijera *lukta*.

(2) Ya se ha dicho en otra parte, que ese documento escrito por la santa, se conserva en la biblioteca real de Stokolmo. Es el capítulo 49, I-IV, ha sido publicado por KLEMMING (*Uppenb. IV* 177-181), de la traducción latina de las Revelaciones.

No era ésta la primera vez que Urbano V escuchaba tal lenguaje. Antes del restablecimiento en Roma de la santa sede, había escrito Brígida una carta á uno de los prelados más influyentes de la corte de Aviñón, concebida en estos términos:

«Reverendísimo Señor: Os ruego procuréis que el papa tenga noticia del triste estado de la ciudad de Roma. Decidle que los edificios que encierran las reliquias de los mártires, están casi destruidos, y son profanados por los hombres y aún por los animales. No pocos abusos inspirados por el demonio, han reemplazado á las constituciones de los papas, inspiradas directamente por el Espíritu Santo. Los clérigos de conducta irreprochable, han debido ceder el puesto á los seglares. Obligados éstos á renunciar el matrimonio para obtener las prebendas, se lanzan abiertamente á conducta reprensible. Verdaderos mediadores del diablo, los sacerdotes les imitan. No se avergüenzan de tener queridas y tienen á gloria sus hijos naturales. Los monjes que en otro tiempo se ocupaban día y noche en cantar las divinas alabanzas, rara vez asisten hoy al coro; y á menudo ni se celebra la Misa de comunidad, ni se observa la vida conventual. Los abades habitan en castillos situados en el campo; los simples religiosos, viven en la ciudad en casas particulares, y no ocultan paternidades criminales, llevan el hábito según la forma del traje seglar, y ocultando el escapulario, como si de él se avergonzasen, ostentan las armas, de que van provistos. ¡Qué contraste entre éstos y los santos, sus antepasados!, los cuales, aborreciendo el orgullo, las riquezas y la concupiscencia de la carne, abrazábanse con la humildad, la pobreza y la castidad. Las reglas, que bajo la inspiración del Espíritu Santo, escribieron los gloriosísimos patriarcas Agustín, Benito, Francisco y Domingo, no son ya observadas; y así los religiosos como los penitenciarios, absuelven al pecador de sus pecados á precio de dinero, y descaradamente hacen gala de las riquezas mal adquiridas. ¿Se ha olvidado por ventura, que la Iglesia ordena la recepción de los sacramentos de la penitencia y Comunión, por lo menos una vez al año; que se case el que no esté llamado al celibato, que se observe el ayuno en los días determinados; que se guarden los domingos y días festivos, y que no se negocie por medio de la usura? Ahora bien, hay centenares de adultos que mueren en Roma, sin haber recibido los Sacramentos; hombres casados abandonan á sus esposas legítimas, las reemplazan por queridas ó reunen á unas y otras bajo el mismo techo, no se preocupan del ayuno en la cuaresma, y otrós ayunan exteriormente, y á solas comen cuanto quieren; los ricos obligan á sus

criados á trabajar los días de fiesta, y se entregan á la usura con más ardor aún que los judíos. No se tienen ya en cuenta los castigos de la Iglesia, ó penitencias canónicas; los que están excluidos de la comunión de los fieles, se atreven á asistir á los divinos oficios; y cuando mueren son enterrados en lugar sagrado, siempre que los sacerdotes reciban por ello algún estipendio. La fe católica, Señor, desaparecerá en breve, si no hay un hombre que, animado del verdadero espíritu de fe y de caridad para con Dios y el prójimo, procure abolir tales abusos».

Este hombre, el pontífice, el libertador de las almas, esperado por tanto tiempo, estaba ya en Roma. Continuó Brigida confiando al papa las palabras que de Jesucristo recibía, con relación á la Iglesia militante. Según ellas, el Omnipotente miraba con caridad infinita, no ya sólo á los católicos, sino aún á los infieles, judíos y herejes, que animados de buena voluntad, forman parte, no del cuerpo de la Iglesia, pero que pueden formarla de su alma.

A todos y cada uno quería el Señor que su sierva llevase la palabra divina. «Mis revelaciones, decía Brigida, no son misteriosas ni están como encubiertas con un velo, á semejanza de las de san Juan y san Pablo, todos pueden comprenderlas».

Poco después decía la vidente al papa, que la humanidad se la había manifestado bajo la forma de cinco personas: La primera de esas personas, representaba al clero, que debiera en toda ocasión y tiempo imitar la pobreza de los apóstoles. En época no determinada, un papa, que el Señor en la visión no quiso nombrar, sería el asesino de las almas confiadas á sus cuidados, á quienes quitará la vida por medio de sus malos ejemplos, entregándolas al demonio, de cuyas garras el Señor las había arrancado. Por eso el trono de este pastor deberá hundirse en el abismo; y sus malvados consejeros arderán para siempre en las devoradoras llamas de un fuego inextinguible (1). Veía también Brigida con frecuencia á los miembros del clero ante el tribunal de Dios. Un cardenal fué entregado al demonio, en castigo de sus concupiscencias (2). Un

(1) *Rev. III, 26—IV, 33. — VI, 77, 83.* Generalmente se reconoce en este retrato, al papa Clemente VI; pero bien puede no ser absoluta la alusión, y que en estas palabras deba entenderse un reproche general, en el cual pudiera tener alguna parte Urbano VI.

(2) H. BAUDRILLAET, comparará esta revelación (*VI, 70*) á la carta satírica escrita á Clemente VI en nombre de los diablos. Se podrían citar las citas de escritos de Brigida, que se parece en la idea y en la forma á las críticas hechas en esta época al clero regular y seglar.

arzobispo era condenado por haber aconsejado el matrimonio de los sacerdotes, que el papa no podía permitir, sin incurrir en su condenación. Más tarde vió á cierto prelado hipócrita como un cuerpo en putrefacción. De los obispos que no residen en sus diócesis, decía la santa: «Son como animales cubiertos con los ornamentos sagrados», escribía al gobernador de la Marca de Ancona. El Señor se quejaba, asimismo de que los párrocos se sirvan de sus funciones sagradas, como medio de tráfico lucrativo. Así se lo previno al soberano pontífice y le señaló la miseria moral de los monjes: éstos buscan los bienes temporales, no para ejercer la caridad, sino para satisfacer sus pasiones; se entregan al estudio, pero sin querer observar disciplina alguna, y pierden el tiempo en la discusión de vanas sutilezas. Los doctores trabajan únicamente por adquirir renombre, sin atender á que la ciencia teológica, tiene por objeto excitar en nosotros la caridad, y aumentarla por medio del conocimiento de Dios. Preciso es, pues, que el clero sea fiel á la voz que le llama volverse á su Criador y Redentor.

La segunda persona que se presentó á los ojos de Brígida, simbolizaba á los seglares que no van por el camino del deber; que después de haber jurado servir á Dios, le olvidan como si no existiese; tienen á Cristo por insensato, y como locura el amor que le llevó á la cruz para abrirles las puertas de la eterna vida, no temen ya los rayos que contra ellos fulmina la Iglesia, confiando tan sólo en sus riquezas y ya que se han amado á sí mismo y despreciado á Dios, caerán para siempre en los abismos infernales.

La tercera persona era el pueblo judío, del cual descendió la madre del Redentor, y que crucificó al Mesías, no queriendo reconocerle por tal, los judíos pues no verán á Jesucristo en su gloria; el terror de sus conciencias les iluminará.

La cuarta persona era imagen de los paganos, quienes, aunque criados y rescatados por Dios, están ciegos, y su falta de buena voluntad, los tiene como aprisionados en su ignorancia: verán la luz en el último día, sin poder gozar de ella.

La quinta persona, en fin, simbolizaba la ternura de Cristo para con sus amigos. En la tierra sufren estos siervos fieles, dura cautividad: predicán y se les impone silencio, hacen bien á sus prójimos, y se les persigue; pero todo obstáculo desaparecerá en fin ante su ardoroso celo. El Señor los bendecirá, los honrará y multiplicará su número.

Urbano V no despreció tales avisos. Como sabio, austero, y piadoso, trató de reprimir desde luego los abusos que deshonoraban á la Iglesia. La simonía fué perseguida y condenada tan enérgicamente,

que no se atrevió á parecer más en la corte pontificia, y pronto llegó el momento en que el papa comenzó á reinar sólo en Roma, porque el pueblo agobiado con el peso de una autoridad que no sabía ejercer, habíase al fin sometido; la nobleza se apresuró también á aceptar una soberanía legítima y sagrada, que tan por encima estaba del poder de la democracia; los barones que se habían alejado, volvieron á Roma, y la santa pudo asegurar á su amigo el conde Latino, que el pontífice francés, era tan piadoso como el papa Nicolás III, gloria de la casa Orsini, y que el primer cuidado de Urbano V se dirigía á procurar el engrandecimiento y esplendor de la Iglesia. Hacía observar que antes que el Vaticano, restauraba los santuarios. Por otra parte el emperador Carlos IV de Alemania, ratificaba todas las donaciones hechas anteriormente de la parte del santo imperio en favor de los sucesores de Pedro.

Por este tiempo organizóse una liga que tenía por objeto la defensa del papado, contra su más terrible enemigo, Visconti, señor de Milán, y la llegada á Roma de los soberanos nominales de Tierra Santa, la reina de Nápoles, heredera de Juan de Briune, y el rey de Chipre, Pedro de Lusignan, despertó en los corazones la risueña esperanza de que el papa predicaría la cruzada.

El día por el cual suspiraba Brígida, hacía más de quince años, llegó en fin: el emperador y el papa se encontraron en Roma, y con indecible consuelo pudo contemplar la santa al Poder emanado de la voluntad humana inclinarse ante la potestad divinamente otorgada al Vicario de Cristo. La mañana del 31 de Octubre con numeroso cortejo, se dirigieron ambos á la Basílica de san Pedro. Urbano V, montaba una jaca blanca, cuyas bridas llevaban el emperador, y el duque de Saboya, fidelísimo siervo de la Iglesia. Apeóse el pontífice á la puerta del templo, donde en medio de inmensa muchedumbre celebró el santo sacrificio, ayudado por el emperador. Este había recibido en Viterbo un pliego escrito de mano de Brígida recomendando á Su Majestad cuatro hijas del Cielo, la Humildad, la Caridad, la Abstinencia y la Abnegación, virtudes que la voluptuosidad había desterrado de sus imperiales dominios, y trocado por el Orgullo, el Placer, el Lujo, y la simonía. Trasmitía luego al soberano alemán las cortas palabras del Señor dirigidas al emperador alemán: «Yo soy la Luz que ilumina el mundo, y se ha hecho visible por medio de mi Humanidad. Te he establecido en la tierra como una antorcha destinada á iluminar á los hombres. He revelado á una mujer éstas mis palabras de justicia y de misericordia; considéralas y repásalas en tu corazón. Sabe que Yo mismo he dictado á la que te escribe, la regla

de una orden religiosa en honor de mi Madre. Lee esa regla, y procura que sea aprobada por mi vicario en la tierra. Antes la he aprobado Yo ante todos los bienaventurados (1).

En presencia de varios soberanos temporales y de los príncipes de la Iglesia, presentó Brígida al Sumo pontífice la *Regula Sancti Salvatoris*, solicitando su examen y aprobación. Respondió Urbano (2) que sólo en un concilio general podía alcanzar lo que deseaba. La razón era, que el cuarto concilio de Letrán (3) y el último de Lyon, (4) por cuyas leyes se regía la Iglesia, habían prohibido fundar nuevas órdenes religiosas sino se adaptaban á alguna de las existentes. Por este motivo aconsejóle el pontífice que adoptase la regla de san Agustín, que era lo que convenía más á sus aspiraciones.

El emperador alemán por su parte contentóse con dar á la santa sólo respuestas evasivas, y poco después abandonó la ciudad de Roma. El emperador y la santa se desmostraban bajo aspectos muy distintos. No sorprendió á nadie esa actitud de Carlos: ésta personificaba la fe vigorosa, la caballeresca poesía del feudalismo, aquél llamaba la atención de sus contemporáneos por su política acomodaticia y sus ideas nuevas. Brígida vivía en el pasado; Carlos, en el porvenir; pero ambos veían el presente (5) á través de muy distinto prisma.

Entre tanto una nueva peregrinación sueca llegó á Roma deseosa de venerar las reliquias de los príncipes de los Apóstoles. A su cabeza venían el obispo de Vexioe, la anciana gobernadora Cristina, y los dos hijos de la santa, Carlos y Birger que por primera vez venían á Roma. Recibir la bendición del papa parecía una tradición de su raza, y aprovechaban la circunstancia de que nada les retenía en Suecia; Carlos ni amaba á su mujer ni era amado por ella; Birger había perdido la suya; y los hijos de ambos

(1) *Rev.* I, 23, 24, 28, 41, 55, 56.—III, 8, 24, 28, 33.—IV, 22, 45, 116.—VI, 15, 68, 70, 72, 73, 77, 101.—VII, 10, 29, 30.—VIII, 51.

(2) HOJER (*Stud.* 60) cita las líneas siguientes de un manuscrito del siglo XV (RIKSARKIVET. A, 25 f. 178) sobre los orígenes de la regla: papa cum cardinalibus tunc presentibus, non posse se sine consensu generalis concilii aliquam de nouo regulam confirmare respondit, suadens tamen atque consulens, ut regulam B. Augustini, quæ modo sibi reuelato cenformior videretur, assumeret.

(3) Año 1215, canon 13.

(4) Año 1274, canon 23.

(5) **Geschichte Kaiser Karls IV und seiner Zeit von D^r C. Weruuski.** Innsbruck, 1880-1886.

quedaban bajo la tutela de su abuelo materno, que gozaba en la corte de grande autoridad. En cuanto á los intereses de la patria, considerábanse ambos impotentes para defenderla. El senescal de Nericia había sido privado de sus funciones, y estaba entonces encargado de reclutar gente para la formación de un ejército; mas considerando tal empleo poco honroso, cuando se relaciona con la guerra civil (1), se apresuró más que Birger en trocar la espada por el bordón del peregrino (2). El obispo de Vexioe, Tomás de Malstad, llevaba á la corte de Roma varias peticiones en favor de su diócesis, la viuda de Ulf venía á la ciudad santa con el piadoso objeto de atesorar gracias, indulgencias y méritos en favor de su llorado esposo; como en todas las alegrías humanas, la reunión de la familia de Brígida, separada hacía veinte años no estuvo exenta de amargura de la vista penetrante y nunca engañadora de la madre; había descubierto en el hijo mayor, el germen de una enfermedad de pecho. Abrazóle Brígida con ternura, y el contacto del corazón materno curó á Carlos. Catalina, testigo del milagro, lo refirió en seguida á los romanos que sobre ello la interrogaban (3). La dama de Tobta no pidió un milagro sino oraciones. Durante su primera peregrinación á Roma, Brígida en éxtasis hubo de presenciar el juicio de Ulf. Representósele el alma bajo la forma de un corazón que temblaba. La caridad del acusado cubría, es verdad, la iniquidad de sus obras; pero las faltas debían ser expiadas. El caballero fué condenado á padecer hasta el día del juicio las penas que purifican. La Madre de misericordia y los santos á quienes aquél había honrado mientras vivía, interpusieron sus ruegos y alcanzaron la mitigación de la sentencia. El Juez eterno declaró á la vidente que abreviaría el tiempo de la expiación, mediante la devolución de los bienes injustamente adquiridos por el difunto; y en atención á las oraciones, limosnas y otras buenas obras que fuesen ofrecidas con tal intención. Había cumplido la

(1) **Bidrag till Skandinaviens historia ur utlandska arkiver samlade, och utgifna af C. G. Styffe.** *Stokolmo*, 1859, I 118. 121.

(2) Los documentos antiguos difieren en cuanto á la época, en que se efectuó el viaje, pero comparándolos con los actos públicos firmados por ambos hermanos, se deduce que en dos ocasiones estuvieron en Roma: la primera; en 1367; y la segunda en 1370. STEFFEN, *op cit.* no admite más que una peregrinación á Roma de los hijos de Brígida. A pesar de esto guardamos nuestro modo de ver, impuesto por la Cronología de los acontecimientos en que tomaron parte Carlos y Brígida, ya en Suecia, ya en Italia.

(3) Proc. Can. *Dep. cec. Nicolay f.* 187 v.

dama con toda fidelidad, cuanto la extática le indicara entonces. Pero ahora deseaba saber algo más, con referencia á aquella alma tan llorada. Pronto fué dado á Brígida satisfacer tan justo deseo. En otra visión contempló al caballero ante el supremo tribunal: «Lágrimas de amor se han derramado por esta alma en mi presencia, dijo el Maestro. Ahora va por fin á gozar del descanso eterno y del soberano gozo, incomprendible para todo mortal». En aquel instante elevóse el alma por el espacio, como un astro resplandeciente, y al mismo tiempo de los labios divinos, brotaron estas severas palabras: «El tiempo de mi justicia se acerca; los progenitores de este muerto se enorgullecen, y serán castigados».

La noble viuda había en fin libertado á aquella alma querida; y cantando su *Nunc dimittis*. Y ofreció la vida por salvar la de sus hijos, á quienes vió Brígida amenazados de la cólera divina, en medio de la guerra civil que assolaba el reino de Suecia. Lo cierto es que la dama murió en la ciudad eterna, y que fué enterrada allí entre los gloriosos mártires de Jesucristo (1).

Urbano V, recibió en audiencia particular á Brígida, á sus hijos, y á los demás peregrinos. Asemajábase Birger en el traje y en el porte marcial á uno de aquellos hombres de armas, tan celebrados en las antiguas leyendas del Norte; ostentaba Carlos el lujo fastuoso que los suecos tomaron de los alemanes. Sobre la cota de malla llevaba un cinturón de plata maciza; y cubría sus hombros un manto adornado con armiño y cubierto de bordados y piedras preciosas. El austero pontífice, fijando la mirada en ambos caballeros, exclamó, dirigiéndose á Birger: «Sois digno hijo de tal madre»; y vos, dijo á Carlos, sois un hijo del siglo».

La santa prosternada á los pies del sucesor de san Pedro. «Conceded á mis hijos, le dijo, el perdón de sus faltas». Sonrióse el papa, y señalando el rico cinturón de Carlos, contestó con amable ironía: «¿Será penitencia suficiente para expiarlos el llevar esos vestidos tan pesados?» Levantó Brígida los ojos y repuso modestamente: «Santísimo padre: libertad á mi hijo del peso de sus pecados, y yo me encargo de quitarle el de sus vestidos (2).

A esta entrevista no sucedieron otras, según los deseos de Brígida, porque Urbano V, sintiendo invencible aversión por la ciudad de Roma, abandonó en breve su palacio del Vaticano, y fué á residir, tan pronto en Viterbo, como en el sombrío castillo de Montefiascone, que semejante á una prisión, se levantaba cerca

(1) *Rev. III*, 12.—*VI*, 39.

(2) *Proc. Can. Dep. b. Catar. f. 63 r. y v.*—*Chron. 221.*—*Sver. hist. II*, 83.

del risueño lago Bolsena. La fiebre abrasaba la sangre del pontífice y soñaba con su palacio de Aviñón, que acabaría ver construido. Comprendió Brígida que no lograría en tal momento lo que tanto anhelaba, la aprobación de la regla del Salvador; y sin desmayar esperó tranquila el momento de Dios, antes del cual, por más que el hombre trabaje y se agite, nada consigue.

Dejóse ver el Maestro divino, y dirigió á su sierva estas palabras: «Te he ordenado unas veces esperar, y otras obrar; hoy te envío al sepulcro de mi apóstol Andrés». Quiso la santa excusarse, manifestando su vejez, achaques, y falta de recursos pecuniarios, El Maestro prometió proveer á todo (1).

El anuncio de una peregrinación á Amalfi fué alegremente acogido por la piadosa familia. Los tres hijos de Brígida, el obispo Vexioe, el prior de Alvastra, Magno de Etká, Maestro Pedro y otros aún estaban prontos á partir. Era emprender un verdadero viaje, graves enfermedades reinaban en la parte occidental de la península, tendrían que pasar las playas del Adriático antes que las del mar de Sicilia, singular camino para visitar los alrededores de Nápoles.

Alcanzaron los peregrinos un salvo-conducto de la santa Sede para atravesar la Puilla, en donde combatían el conde de Bari y Juana I de Nápoles. Con la remisión de sus pecados y la indulgencia plenaria *in articulo mortis*, Urbano V concedió á la santa el privilegio de oír la Misa celebrada en altar portátil, así como los demás peregrinos, y en cualquier sitio en que se encontrasen, aún en aquellos que estuvieran en entredicho (2). Determinaron los peregrinos también rezar el rosario de nuestra Señora, al ir caminando (3).

La costumbre extendida por todas partes de llevar cuenta de las oraciones rezadas por medio de bolas ó discos ensartados, data de los primeros tiempos de la Iglesia. En aquella época no había para esto regla general, y cada cual rezaba el rosario á su manera. El que lleva el nombre de Brígida, consistía en rezar sesenta y tres Avemarias en honor de los sesenta y tres años, que según la tradición, vivió la Virgen en la tierra: siete Paternóster en memoria de los siete dolores y gozos de la Madre de Dios, y al fin

(1) *Rev. VI*, 107.

(2) Los documentos que atestiguan esa concesión se hallan en el Bulario romano, y en algunas otras obras.

(3) Asegura Berthold, que Brígida curó á un enfermo, dándole algunas cuentas del rosario que usaba para rezar. (*Acta SS.*, 514).

seis Credos (1). O en otras palabras: seis dieces; al principio de cada uno, un Paternóster, y al fin un Credo. Terminado todo con un Paternóster y tres Avemarias.

Al comenzar el adviento partieron los peregrinos. Perpleja se hallaba la santa con respecto á los ayunos de este tiempo: aquejábale una enfermedad del hígado, y pocos de sus compañeros de viaje gozaban de completa salud. Temía asimismo Brígida hallar dificultades para proveerse durante el camino de pescado. ¿Debían caer enfermos ó escandalizar al prójimo, y preguntó al Señor con su habitual confianza lo que debiera hacer. La respuesta del Maestro fué como siempre benigna. A semejanza de lo que recomienda á sus siervos en el Evangelio, exhortóla á no seguir el ejemplo de los fariseos; y según las circunstancias en que se encontrase, tomar para su alimento todo aquello que considerase necesario para sostener las fuerzas.

El extraño itinerario impuesto en aquella ocasión á los peregrinos con motivo de la epidemia reinante, permitió á los suecos detenerse en Ortona, en donde muchos de ellos habían estado ya con Brígida en 1365. Impacientes por llegar, quisieron, á pesar del consejo de los guías apresurar el viaje y ganar un día; pero cuando llegaron á los muros de la ciudad, hallaron cerradas las puertas y

(1) En nuestra primera edición hemos hablado del rosario que Brígida «compuso y propagaba», según dicen, la **Racolta**, publicación oficial de la Congregación de Indulgencias, y otros autores. Después de haber leído el estudio del R. P. Thurston, S. J., titulado: [**Te so-called Bridgettine Rosary**], no nos atrevemos á afirmar que Brígida haya rezado alguna vez el rosario que lleva su nombre. El documento más antiguo sobre el particular, es un decreto de la sagrada Congregación de Indulgencias del año 1714, que contiene un breve de León X, y otro de Clemente X, concediendo una indulgencia plenaria á todos los que, en el espacio de un año hubieren rezado cada día, al menos cinco decenas de las seis de que consta este rosario. No ha podido averiguarse hasta hoy, qué relación puede haber entre la santa, y el rosario que lleva su nombre, el cual no menciona ninguno de los historiadores antiguos. Entre las hipótesis del P. Thurston, nos parecen más probables las siguientes: 1.^a que el rosario de santa Brígida lleva este nombre, por el privilegio de que gozaban los religiosos brigitinos de enriquecer los rosarios con especiales indulgencias; 2.^a que se llama de santa Brígida este rosario, por constar de sesenta y tres Avemarias, número de años que, según las revelaciones VI y VII, hechas á Brígida por la misma Virgen María, pasó la madre de Dios en la tierra; distinguiéndolo así del de los franciscanos, que consta de setenta y dos Avemarias, en honra de los setenta y dos años, que según la tradición recibida en la orden franciscana, vivió María en este mundo. Por lo demás, véase lo que dice el P. Beringer en su libro: **Indulgentiarum natura et ususearum** sobre las indulgencias concedidas á dicho rosario.

tuvieron que pasar la noche entera á la intemperie. Brígida la consagró toda á la oración. Al despertar la aurora, díjole el Señor, que la castigaba por el afán de hacer su voluntad: «Entra ahora y mi siervo Tomás te dará lo que deseas»; luego, estando ya ante las reliquias del santo, añadió el Verbo: «He aquí el tesoro que buscas». El apóstol mismo, que apareció en forma corporal, dijo á su vez: «Voy á darte lo que por largo tiempo has deseado». En ese instante todos los que rodeaban la urna, fueron testigos de un estupendo milagro: el cofre que encerraba las reliquias del santo, se abrió por sí solo, y un fragmento de éstas vino á parar, sin saber cómo, á las manos de Brígida, quien desde su primera estancia en Ortona había pedido la gracia, que hoy en la segunda conseguía (1).

Fueron los peregrinos como presentándose al santuario de los santos ángeles y dirigieron en seguida á Bari. El obispo Bartolomé Carrafa que veneraba á Brígida, recordando las apariciones con que san Nicolás la había favorecido, ofreció su palacio á los peregrinos. Estos lograron al fin su piadoso deseo de observar el ayuno y la abstinencia, porque la pesca en aquellas costas era abundante.

La estancia en Bari fué corta: el Señor mandaba que los viajeros pasasen en Nápoles las próximas fiestas de Navidad. Siguiendo las costas del Adriático, llegaron á la ciudad que guarda las reliquias del apóstol san Mateo; Brígida se arrodilló delante de la urna: «Sois, dijo á Mateo, excelente cambista: habeis trocado los bienes perecederos por los eternos y como precio de vos mismo, habeis recibido á Dios. El apóstol era visible á la santa. Loado sea el Señor, por haberte inspirado el saludarme con esas palabras». Para instruir á los cristianos, desarrolló el pensamiento de Brígida. «Al ejercer mi cargo en servicio del Estado, añadío, procuré hacerlo siempre con equidad; y luego, al primer llamamiento del Maestro, como yo no buscaba más que á Dios, le seguí al instante. Nada fueron desde entonces para mí las riquezas y los honores: mi alma no respiraba más que gratitud y amor. He referido lo que ví y oí durante la Pasión del Señor, no para gloria y honra mía, sino para honra y alabanza del Maestro, y para bien de las almas. Hoy los hombres quieren desprestigiar mis escritos, pretendiendo hallar contradicciones en ellos; y en vez de conformar su vida con

(1) Proc. Can Dep. P. Alvastra sup. 19^a art. f. 208. r. y v.—Rev. VII, 4.—*Extrav. XCIX.*

los preceptos evangélicos, gastan el tiempo en triviales disputas sobre los escritos evangélicos».

Antes de abandonar aquel santuario, recibió Brígida nueva luz para comprender una visión, con que algunos años antes había sido favorecida, y cuyo sentido no había logrado penetrar del todo. Jesucristo la había designado en aquella ocasión un grupo de sus siervos, á quienes había destinado para que trabajasen en la conversión de las almas: los que vivían en el siglo, aunque se entregaban de corazón al apostolado, pero sus fuerzas, su espíritu y su tiempo, los consagraban á otros objetos, que á la salud de las almas. Los religiosos ofrecían sus obediencias además de su corazón, mas su ardoroso celo no era el sacrificio de ellos en favor del prójimo; otros en fin, aunque en reducido número, consagrábanse por completo al bien de las almas, aunque para ello debieran desafiar la muerte. Estos son los verdaderos campeones de la Religión y de la fe. Penetró entonces la santa los sentimientos de estos últimos, que antes sólo había adivinado; porque el Verbo la hizo probar el amor, que sin esperanza de recompensa se inmola por seres que están en peligro de condenarse: Sintió con intensidad extraña la fuerza del ejemplo silencioso, de palabras persuasivas en que la inteligencia humana no toma parte; del perdón de las injurias, de la oración y del holocausto. San Esteban acompañaba al apóstol, y ambos le enseñaron que para salvar á las almas, es preciso saber orar, exhortar, sufrir y morir por ellas.

Todavía resonaba en los oídos de Brígida el eco de aquellas palabras, cuando se puso de nuevo en camino con sus compañeros, hacia la ciudad de Amalfi. En medio de los encantos de aquella rica y embalsamada naturaleza, regocijada con el murmullo de las aguas, que eran para el espíritu como las sonrisas del cielo, decía el Verbo á su esposa: «Cierra los ojos á todas estas pasajeras maravillas, para abrirlos á lo invisible, á lo infinito, mil veces más bello y deseable» (1).

Los viajeros visitaron la ciudad de Amalfi hacia el fin del adviento. La antigua rival de Venecia se hallaba notablemente decaída; sin embargo, la iglesia en donde desde 1208 descansaba el cuerpo del apóstol san Andrés, ostentaba aún esplendidos mosaicos. ¿Escuchó Brígida como otras personas á aquellos venerados huesos saludar á la santa cruz? Nada se sabe. Aseguróle el Verbo que en el sepulcro de su amado apóstol, hallaban gracia los justos y los

(1) *Rev. III, 1.—IV, 2, 129.*

pecadores. «No se avergonzó de mi cruz, decía el Maestro, sino que la llevó alegremente; por eso escucho con benignidad sus ruegos» (1).

Parece que á las puertas de Amalfi Carlos y Birger se separaron de su madre, para regresar á su patria, con el obispo de Vexioe y el prior de Alvastra, lo cierto es que no llegaron á Nápoles. Mientras que esta parte de los peregrinos se dirigían hacia el norte, Brígida y sus compañeros recibían de nuevo hospedaje en el palacio Buon-delmonti, Jacobina recordaba el poder sobrenatural de la noble extranjera, la presentó á su hijo Esaú casi moribundo. La santa le curó en el acto, haciendo sobre él la señal de la cruz (2). Después de adorar el santo Pesebre, emprendieron los peregrinos el regreso á Roma.

En otras circunstancias no habría pasado Brígida segunda vez por el Monte-Casino sin detenerse, para venerar en la célebre Abadía las reliquias de san Benito; pero en aquella época, la casa benedictina cuya reforma meditaba el pontífice, se asemejaba más bien, á una guarida de ladrones. Dejándola pues á un lado, y siguiendo el camino por tierra, llegaron los peregrinos á la pequeña ciudad de Sermonetto, en donde el cura don Sancho Citroli les ofreció hospitalidad. Estaba por entonces esta parte de la campiña romana, inficionada de epidemia. Una de las doncellas de Brígida, la robusta Catalina, fué atacada de la fiebre. La escasez de recursos pecuniarios no permitía á los peregrinos detenerse más tiempo en Sermonetto, y en tal conflicto rogaron á la santa, y ordenóle en nombre de la obediencia el maestro Pedro, que curase á la enferma. Prosternada en tierra con los brazos en cruz, oró Brígida largo tiempo, luego dijo á Catalina: «levántate». La doncella se levantó curada (3).

En la primavera de 1370 entraban de nuevo los peregrinos en la ciudad de Roma. Allí esperaba á la santa una impresión dolorosa:

(1) *Rev.* VI, 107.—**Istoria dell'entica repubblica d'Amalfi di F. Pansa.** Napoli, 1724 I, 2, 173.

(2) *Proc. Can. Dep. Magn., Petr. Cat. sup.* 34° art. f. 136 v. *P. de Alv. sup.* 19° art. f. 20 8v.—*Alf. de Vad. art.* 34°, 159. Brígida hizo este milagro en 1370 y no en 1372 como dicen la mayor parte de los historiadores, puesto que Alfonso de Valdstena que iba en el último viaje, no fué testigo del mismo, así lo dice.

(3) *Proc. Can. Dep. Cat. sup.* 34° art. f. 136 r. En sus respectivas deposiciones, el obispo de Jaén y el prior de Alvastra declaran, haber sabido por la misma doncella, el milagro de Sermonetto: fué pues en 1370 y no en la época del primer viaje de Brígida á la Tierra Santa, del cual formaron parte Alfonso de Vadaterra y el Cisterciense.

Urbano V pensaba abandonar su ciudad episcopal por la anhelada patria. Cuando la santa volvió á ver al pontífice, le vió rodeado de multitud de fieles, que le seguían desde el palacio del Vaticano á la basílica de san Juan de Letrán. En aquel templo iba á efectuarse la exaltación de las reliquias de san Pedro y san Pablo, las cuales durante largo tiempo habian permanecido ocultas en las catacumbas. No lejos de la venerable viuda marchaba el prior de san Nicolás, á quien Brígida habia convertido en Bari. Suplicóle éste le declarase si las reliquias objeto de aquella ceremonia eran auténticas. Respondió la santa afirmativamente, añadiendo que mientras plugo al Señor privar á esos restos sagrados del culto y veneración de los fieles, no podían haber recibido sepultura más digna, que en la compañía de los santos mártires y bajo la custodia de las celestiales milicias (1). La multitud penetró en la iglesia, el pontífice expuso los relicarios en el altar, en los que brillaban las flores de lis formadas de magníficas pedrerías, regalo de Carlos V rey de Francia, y los romanos postrados de hinojos recibieron por última vez la bendición papal.

El siguiente día 17 de Abril Urbano V se alejaba del Vaticano con dirección á Viterbo, ordenando que la cancillería se preparase á partir en breve. Todos comprendieron entonces, que el papa abandonaba definitivamente el puesto en donde la Providencia le colocara.

En el año de 1346 habia recibido Brígida de lo alto la misión de preparar la vuelta de la santa sede á la ciudad eterna: la misión estaba cumplida. Mas ahora que la voluntad del papa se rebelaba al parecer contra la de Dios, ¿qué debía hacer la santa? Pidió luces al cielo, y las recibió abundantísimas; pero al mismo tiempo, quiso el Señor probar la fe de su sierva, y moderar el ardor de su impetuosa naturaleza; pues bien hubiera querido ella correr en pos del pontífice, y cerrarle el camino de Aviñón, aunque para conseguirlo, hubiese de morir á los pies pontificios. Jesucristo nada la dijo acerca de las inquietudes que llenaban su alma. Mensaje muy diferente fué el que la mandó transmitir á su Vicario.

Hallábase el papa en el castillo de Montefiascone; allá se dirigió Brígida, y pidió audiencia, para decir al pontífice: «Esto ha dicho el Señor á su sierva: Dirígete al papa; es bueno y te-

(1) *Rev. IV*, 107.—El prior de san Nicolás, Marino Vulcano siguió siempre con fidelidad las enseñanzas de la santa. Treinta años después de su conversión murió en Roma, escuchando que le llamaba una voz celestial, tal vez la de su bienaventurada amiga.

meroso de Dios, y podría ser un instrumento útil, si no se dejase dominar por las solicitudes terrenas. Dile estas palabras: El tiempo que tenéis delante es corto; por lo tanto, atended á la salud de las almas que se os han confiado. Os he presentado una regla dictada por Dios para la nueva orden que ha de fundarse en Vadstena. Jesucristo quiere que la confirméis. Como dote espiritual concederéis al monasterio las mismas indulgencias y privilegios de que goza el santuario de san Pedro ad Vincula».

Desde el año de 1368, había presentado Brígida al soberano pontífice el directorio para el oficio que debían rezar los futuros religiosos; el plan de la abadía de Vadstena, y las constituciones de la orden del Salvador. Estas no corregidas, pero sí aumentadas, según las enseñanzas sucesivas del Verbo. En 1370, con la presencia simultánea en Roma del obispo de Vexioe, del prior de Alvastra, y del maestro Pedro de Skeninge, pudo contar la santa con los tres testigos suecos que había menester para satisfacer las exigencias de la curia romana.

Viviendo Brígida en el palacio del cardenal de Beaufort, había recibido del cielo, el texto de las lecciones de Maitines, diferente según los días, y apropiado al rezo de las religiosas que debían cantar las horas de la Santísima Virgen. «Te enviaré mi ángel, decía el Maestro, y él te mostrará las lecciones que es mi voluntad se digan en el monasterio: escribe lo que él te dictare».

El oratorio de Brígida comunicábase por medio de una ventana con la iglesia de san Lorenzo in Dámaso. Sentada al pie de dicha ventana y con la pluma en la mano esperaba la santa al ángel del Señor, que aparecía en forma humana, todos los días. Dictaba el espíritu celestial en lengua sueca y vuelto siempre hacia el tabernáculo. Escribía la santa de una escritura, recta, amplia é irregular (1) algunas páginas que por la noche entre-

(1) M. C. Bildt (**Hur Sta Biggita skref. Ord. och. Bild.** 1896. 9-416) no es de nuestra opinión; después de decir que Brígida no usaba papel rayado, añade: escribía muy derecho, con una magnífica letra. Hemos comunicado un fac-simil á R. de Salberg, que aprecia la gratología del modo siguiente. Los trozos en relieve, la claridad, los espacios entre líneas anuncian un cerebro maravillosamente organizado. La dirección vertical de las letras es índice de una rara sangre fría, de una gran posesión de sí misma, ejercitada á costa de la ternura del corazón. La voluntad es fuerte en razón de esta calma señora de sí misma. Nada de impulsos, sino gran continuidad. Una prudencia llena de reserva y aun de impenetrabilidad. El orgullo es poco aparente pero existe. Poca materialidad, pero una ausencia de idealidad, que extraña en naturaleza tan superior (3 Noviembre 1905).

gaba á su director. A veces esperaba en vano al celestial mensajero; y en tales ocasiones, decía por la noche al maestro Pedro: «Nada he podido hacer hoy, porque el ángel del Señor no ha venido».

El enviado de Dios concluyó al fin su obra, que lleva el nombre de «Sermo Angelicus». Está dividida en veintiuna lecciones, para los siete días de la semana. Las tres del domingo, son un comentario del amor con que desde toda la eternidad, las tres divinas Personas favorecieron á la Santísima Virgen María, tan amada de Dios como no lo es ni lo será criatura alguna. Las lecciones del lunes contienen una meditación sobre la necesidad del libre albedrío, concedido á los ángeles y á los hombres, y sobre el conocimiento que aquellos espíritus celestiales tuvieron de la virgen con superior á todos por el grado de su sumisión á la voluntad de su Dios. El martes, recuerdan el gozo de que fué inundada el alma de Adán, al conocer por presciencia el nacimiento de María y del Redentor, y los sentimientos que experimentaron los patriarcas y profetas, que esperaban ardentemente la aparición en el mundo de la madre de Dios. El miércoles describen dichas lecciones la unión santísima de san Joaquín y de santa Ana; la profunda humildad de María, superior á toda inteligencia creada, su belleza que regocijó al cielo y á la tierra. El jueves recuerdan el uso que hacía la virgen de su voluntad unida siempre á la de Dios, para bien de las almas, y traen asimismo á la memoria, que María fué la única criatura de la raza de Adán, que no experimentó jamás inclinación alguna al pecado. El viernes, las referidas lecciones, son una repetición de las profecías sobre la pasión de Cristo, las cuales nadie comprendió, como la Virgen Madre. En cada una de las miradas que á Jesús dirigía su Madre dulcísima, representábasele el Calvario, y veía anticipadamente, que todos, excepto Ella, habían de dudar de la resurrección de su Hijo. El sábado, presentan á la consideración, el empleo que hizo la Virgen de sus fuerzas, para ganar las almas á Dios. Ella instruía á los apóstoles y á los doctores, explicándoles racionalmente y según la revelación, lo que ellos ignoraban, respecto de la vida del Verbo en este mundo. Como María llevara en sí misma los dolores de la pasión de su Hijo, animaba también á los mártires á sufrir por Cristo los tormentos y la muerte. Su vida fué el dechado de las vírgenes; las viudas aprendieron de Ella á desprenderse de su más caro amor; en fin, contemplando la caridad de María, sentían los esposos acrecentarse su recíproca ternura.

Terminado esto, dijo el ángel á Brígida: «He aquí, tejida por mis manos, la vestidura de la reina del cielo: á tí toca conservarla» (1), esto es, redactarla. El prior de Alvastra tradujo al latín el manuscrito de Brígida; Pedro de Skeninge (2) arregló las lecciones y salmos de maitines y los cánticos del oficio, añadiendo más de veintinueve himnos (3) apropiados para el *Officium beatae Mariae Virginis*, completados ó compuestos por él. Adoptó el canto sin instrumentos, usado antiguamente en la Iglesia, por ser grave; pues había dicho el Verbo á la Fundadora: «No deja de haber pecado en el alma de la persona que canta, cuando ésta se complace más en la melodía que en las palabras dirigidas á Dios, y busca en el canto, más la propia gloria que la divina. Abominable es esto á los ojos de Dios (4).

Juntamente con el oficio (5), que variaba cada día de la semana, y debía ser de obligación para las religiosas, el maestro Pedro

(1) *Rev. IV*, 137.—*Regula Salvatoris XXI*, 638-651.—PROLOGUS IN SERMONE ANGELICUM.—SERMO ANGELICUS DE EXCELLENTIA B. MARIAE VIRGINIS QUEM IPSE ANGELUS DICTAVIT 652 673. Un texto sueco manuscrito de este documento, escrito en 1385 por Fr. Jordán, fué comprendido en un cambio hecho en el segundo imperio entre la Biblioteca de París y la de Stokolmo. KLEMMING lo ha editado en el tomo IV en la edición sueca de las Revelaciones, pp. 215-266.

(2) El escritor WEIBULL [*En vigtig handskrift till Birgitta Litteraturen. Hist. Tidskr.* 7. 1887, 88-89] ha pretendido probar, sin fundamento alguno, que la santa compuso todo el oficio; pero esta opinión ha sido refutada por M. SCHÜCK [*Den nyfunna Birgittahandskriften. Samlaren* 8, 1887, 158-175].

(3) Estos himnos fueron publicados por M. KLEMMING en las *Piae Cantiones*, Stokolmo 1886, según un cód. de la bib. univ. d'Upsal.—GEETE [*Jungfru Marie örtagård*, S.FS.S 673 30, Stokolmo, 1865. H. 109, LXXIV, n. 1.] cree que la secuencia **Tota pulcha es, amica regis angelorum** podría atribuirse al maestro Pedro.

(4) El **Cantus sororum**, ó **Rituale**, ó **Celeste viridarium beatae Virginis Mariae**, fué retocado, sin duda, después de la muerte del maestro Pedro por el prior de Alvastra y por otros religiosos. GEETE [*op. cit.* H. 109, 209-267] lo ha publicado, según un códice de la biblioteca universitaria de Upsal, coleccionado con otros escritos antiguos, y ha unido la traducción sueca que hizo en el siglo XIV Nicolás Ragvaldsson. **Jamfru Maria Yrtegardher** [Bib. Stokolm. A. 12]. Un magistral prólogo reseña todas las noticias cronológicas, bibliográficas y críticas acerca de este objeto.

(5) **Breviarium sororum ac sanctimonialium Sacri Ordinis Divae Birgittae, Horarum Deiparae Virgini dedicatarum.** *Campis*, 1544.—*Genua*, 1570.—*Atrebat*, MDCX.—*Coloniae*, M.DC.XCVII.—**Breviarum sacrarum Virg. Ord. SS. Salvatoris vulgo S. Birgittae, Landshuti**, M.DC.XCVII. Reimpreso con la reproducción de los antiguos grabados para la abadía de Sión. *Desclée*, MCMVIII. Una renovación necesaria del calendario fué autorizada por el

compuso para uso de los monjes, un nuevo breviario tan poco diferente del romano, que los sacerdotes que imperaban una orden podían conservar los libros de su diócesis. Los religiosos debían recitar las horas canónicas, y las religiosas cantar el oficio de la Virgen alternativamente, á fin de que se elevasen al cielo sin interrupción las divinas alabanzas. En la consecución de dicha obra, no cesaba la Virgen Santísima de animar al maestro Pedro por medio de Brígida, para que éste la llevase á feliz término. El estilo del escritor carecía ciertamente de galanura y de vigor; pero la reina de los doctores prefería este lenguaje sencillo, inspirado por el amor, al latín puro de los sabios sin fe. Así lo manifestó cuando el trabajo estuvo terminado, ordenando que así la regla como el oficio, inspirados ambos por el Espíritu Santo, fuesen presentados al obispo de Abo, y depositado el manuscrito en el monasterio de Alvastra, hasta que el de Vadstena estuviere construído. No faltaba ya sino la aprobación de Urbano V.

Durante las guerras civiles provocadas y sostenidas por la

obispo de Plimoth. Desde 1746 los briguitinos polacos habían hecho reimprimir su oficio en Lublin. Estos difieren sobre todo del **Cantus** en que omiten el propio de algunas fiestas. La abadía de Sión y la biblioteca de san Juan, colegio de Cambridge posee manuscritos del breviario que se remontan al siglo XIV, la biblioteca de la Trinidad, Colegio de Dublín, es aun más rico, porque su escrito del breviario, escrito á principios del siglo XV contiene el misal con el canto llano del oficio y de las misas. En 1864 la biblioteca de Stokolmo compró al convento de Altomünster un breviario manuscrito de 1631. Cfr. GEETE *op. cit.* LXXX, n. 1. LXXXIV. El oficio y los cantos del maestro Pedro se usan aún en la orden. Hemos comunicado el Antifonario de Altomünster á Dom. Pothier de Solesmes, cuya autoridad es soberana en tales materias. He aquí lo que nos dice: «El texto de este Antifonario está formado ya á la liturgia romana, ya á las liturgias de la edad media. De todos modos, varias partes parecen haber sido compuestas expresamente para la orden, pero al gusto de la edad media y más particularmente al de los siglos XIII y XIV. En cuanto á los trozos tomados á otras liturgias algunos han sido modificados para que puedan aplicarse á la santísima Virgen, porque el conjunto del oficio es en honor de María y se refiere á sus misterios. Las antifonas tomadas á la liturgia romana ó á los usos de la edad media llevan la melodía tradicional, la de los manuscritos. Las compuestas más recientemente tienen el sello de la época, es decir, en estilo gregoriano, pero más trabajado que el puro. Los himnos son aires antiguos, aun en uso en la liturgia actual. Ciertas variantes propias del antifonario de santa Brígida, son muy curiosas. Es de notar en él el uso de *Benedicamus fercis*, como también los laudes, especialmente en el *Salve Regina*.—En un artículo de la *Tribune de Saint-Gervais* (Octubre 1903) titulado **El canto de las Brigidas, Dom. Gatard** O. S. B. analiza no solamente el antifonario, sino también el misal de la orden haciendo resaltar la belleza de esta canto llano y sus relaciones con el cisterciense.

desobediencia de Magno II, á los consejos que de la santa recibiera, el antiguo y vetusto palacio real que habría podido transformarse en el monasterio de Vadstena, había sido completamente derruido. No se abandonó, no obstante, la idea de edificar ese santuario nacional, y en 1367. Alberto I, conformándose con los avisos que en una revelación había recibido Brígida, exigió de los habitantes del reino, excepción hecha de los sacerdotes, los religiosos y los siervos, el impuesto de un dinero en favor del futuro convento. La aristocracia sueca cedió con este fin algunos vastos terrenos; hacia 1369 decidió la santa que se emprendiese de nuevo la obra casi abandonada desde su salida de la tierra natal. Hallábase en Roma por aquellos días Juan de Ullabolstad, hermano de Magno de Eka llámole aparte Brígida, para decirle: «Id á Vadstena; edificad allí una casa, y permaneced en ella hasta que yo vaya: tal es la voluntad de Dios».—«Señora, respondió el señor de Ullabolstad, no puedo ser religioso; tengo mujer é hijos».—Id, repuso la santa con aquel tono que no admitía réplica, vuestra mujer tomará el velo, y yo cuidaré de vuestros hijos».

Un sentimiento inusitado se despertó entonces en el alma del caballero; y sin saber porqué, presentía que había de ser uno de los primeros en abrazar la regla de la orden del Salvador. Poco tiempo después la esposa de este caballero le confió el deseo que tenía de encerrarse en un claustro, y realizado éste, unióse el marido con los obispos de Vexioe y de Linkoepping, con el fin de provocar los donativos necesarios para la construcción del monasterio en el dominio real, que no presentaba más que tres chozas. No quería la santa emplear en dicha construcción, sino riquezas bien adquiridas, porque decía: «Personas hay, que en vez de devolver á su dueño los bienes de que le han despojado injustamente, los dan á la Iglesia, pensando tranquilizar así sus conciencias; pero tales dones no pueden ser agradables á Dios».

La fundadora manifestó, cómo se construiría el edificio á orillas del lago Vetter; y en sus conversaciones sobrenaturales, explicábase el Señor lo que quería se hiciese, aún en sus menores detalles: la iglesia debía tener muchos altares dedicados á los doce apóstoles, á san Pablo, á san Miguel y á otros santos, estaba descrita con todas sus proporciones, como también la de los coros superpuestos, que permitirían á las religiosas oír los sermones y los oficios, sin que las vieran los monjes (1). Aún en el santuario debía brillar el espíritu de pobreza, y por lo tanto los muros se levantarían con

(1) El coro superior era para las monjas, el inferior para los monjes.

las piedras de las vecinas canteras, y se procuraría que las columnas y bóvedas fuesen sencillas, el pavimento uniforme á pesar de las piedras de las tumbas y sin adorno; á fin de que la belleza del lugar no distrajera la atención de los fieles. Las tres puertas debían tener cada una su significado místico, pero sin adornos esculturales ni de otra especie; las ventanas, sin cristalería decorada, sino vidrios blancos ó verdosos. El futuro monasterio en fin delineado por el Maestro divino, presentábase á los ojos de la extática, rodeado de jardines. Además del edificio principal habría tres anejos, uno destinado para hospedar á las personas reales y á los obispos, el segundo á los amigos, y el tercero á los enfermos (1).

Los manuscritos de Brígida que se hallaban en poder del papa, fueron objeto de complicadas negociaciones. El conde de Nola encargado de presentarlos al soberano pontífice y á los hombres doctos y piadosos, designados por Urbano V, se apercibió de que la forma perjudicaba al fondo de los escritos. El estilo de los confesores de Brígida era por demás incorrecto, y por lo tanto no podía ser del agrado de los admiradores de Cicerón. El gran señor napolitano educado en una corte en que florecían las letras y el saber, juzgó necesario trocar su pluma por la de aquéllos. El escrito fué por consejo de la santa dos veces corregido (2) y entregado á los cardenales y á los Maestros en Teología.

Al fin de Julio fué avisada Brígida de que el papa le concedía audiencia, y partió en el acto para Montefiascone acompañada de uno de sus amigos cuya ciencia, santidad y prudencia, eran universalmente estimadas.

Alfonso de Vadaterra, tal era el nombre del compañero de viaje. En él veía la santa todas las cualidades propias de la raza de que procedía: por su padre, era de Sena, ciudad que justamente lleva el nombre de «patria de los santos». Por su madre y por el lugar de su nacimiento, era hijo de la católica España, en la que el amor de Dios da origen á numerosos místicos. Nombrado obispo de Jaén había dado muestra de las virtudes propias de su santo estado, y es más aún, jóven siguió la vocación que le llamaba á la vida monástica y se dirigió á Roma con objeto de practicar en el retiro las estrictas observancias de los ermitaños de san Agustín.

(1) *Rev.* I, 18.—IV, 32.—*Extrav.* III-X, XVIII, XXV, XXVI, XXVIII, XXIX, XXXI, XXXII, XXXIV, XXXVIII, CXIII-CXV.—*Sver. hist.* II, 90.—*Kl. i Vadst.* 6.—*Diar. an.* 1405.—*Nachr.* 38.

(2) Un detalle concerniente á la elección del confesor general, prueba que hubo modificaciones. HÖJER, *Op. cit.* 64.

Siguiendo las órdenes del Señor, dióle Brígida poder absoluto para examinar y dar á conocer las revelaciones, respecto de las cuales parecía llamado á desempeñar el papel de evangelista (1); y por otra parte como religioso y como obispo, era su concurso de suma importancia y utilidad, pues al paso que conocía á fondo los intereses de la Orden del Salvador, sus relaciones con la curia romana eran un poderoso auxilio para la futura fundación.

Nicolás Orsini recibió á la santa en el castillo. Temiendo aquél que el acento extranjero de Brígida, y el poco cuidado que ponía en expresar su pensamiento bajo una forma gramatical, desagradase al papa, y que el latín pronunciado á la francesa, por Urbano V, fuese poco inteligible para la santa, el conde de Nola sirvió de intérprete. La santa repitió al papa las palabras de Cristo, y en testimonio de la verdad de su revelación prometió al melancólico Urbano, para cuya tristeza no se hallaba lenitivo, algunos momentos de celestial alegría (2).

El papa sin embargo manifestó tal reserva respecto de la demanda que el corazón de Brígida se llenó de pena (3). La bula dirigida al arzobispo de Upsal y á los obispos de Stregnaes y de Vexioe, tan sólo aprobaba las constituciones de una manera general, como complemento de la regla de san Agustín, con la modificación de algunos puntos. Permitía el papa la conclusión del monasterio comenzado para mujeres, y la erección del de los monjes, en el mismo sitio; pero á pesar de la preponderancia concedida á la abadesa para lo temporal, tratábase en la concesión de dos casas diferentes ligadas entre sí, en vez de un sólo convento dividido en dos partes, como las célebres abadías de Fontvrault (4).

Inmediatamente después de su llegada á Roma, recibió Brígida la visita del confesor de Urbano V. Los goces celestiales prometidos

(1) *Rev. extrav. XLIX.*—*Vita S. Birg.* 204, La revelación de los confesores de la santa contradicen á la versión ordinaria que dice que el trabajo hecho por el obispo Alfonso tuvo lugar durante el viaje á Chipre.

(2) *Rev. IV,* 137 —*Proc. Can. Test. Conde de Nola y Dep. Cat.,* 21° art. f. 94 r. y v. y f. 130 r. *Dep. Alf. de Vad. sup.* 33° art. f. 154 r.—*Vita s. Birg.* 204.

(3) «Dum ex darum (scil. literarum apostolicarum) tenore ab intencione sua propter deformacionem ipsorum examinatorum, procuratorum ac notariorum, secus et ultra quam acceperat quosdam articulos sicut eis placuit ponencium, quosdam vero obmittencium, multum exorbitatum fuisse cognosceret, valde ei displicuit», dice el ms. A, 26, f. 178. citado HÖJER, *Stud.*, 61, n. 3.

(4) Bulla dat. ap. mont. Flasc. non. aug. an, VIII.—*CELSER, Bull.* (5 Agosto 1370), 132 n° 17.—*Acta SS.* 446.—En la segunda vida de Urbano V (412), Baluze habla

antes al pontífice habíanse realizado, llenando el corazón de Urbano del dulce consuelo, pero deseaba alcanzar de lo alto luces más claras sobre la voluntad divina. Dejóse ver la Virgen inmaculada y dijo á la extática las siguientes palabras: «El papa ha alcanzado por mis ruegos la luz del Espíritu Santo. La voluntad de Dios es que viva en Roma, en el seno de Italia, para ejercer allí la justicia y la misericordia, establecer la paz; afirmar la fe y reformar la Iglesia. Para eso le he sacado de Aviñón guardándole de todo peligro; mas él me vuelve las espaldas; da oídos á las sugerencias del espíritu del mal y á los consejos de los lisonjeros, sin cuidarse de la salud de su alma, y al paso que huye del trabajo y de la fatiga corporal, sigue la natural inclinación, que lo lleva hacia su patria. Si á ella vuelve, será castigado. Padecerá males en el cuerpo y de su alma se alejará el Espíritu Santo y todos aquellos que con sus oraciones le sostenían. En el último juicio dará cuenta no sólo de los actos, sino también de las omisiones en que hubiere incurrido mientras podía disponer de tantos medios, para servir más perfectamente á Dios» (1). La santa hizo escribir la relación á el maestro

de esta bula, que hace remontar á Junio de 1370. Según Gonzálve Durante, la aprobación definitiva de la regla es de tiempo de Urbano VI. Este parecer ha prevalecido sobre el de P. de Bue (Bueaeus). Acta SS. 422.—¿Qué quería Brígida? La orden de los hermanos predicadores, en la que tenía tantos amigos, estaba aprobada con la regla de san Agustín; pero las constituciones, flexibles como la vida, estaban confiadas á la prudencia de los capítulos generales. ¿Deseaba, esta libertad para la naciente familia? Dotada de espíritu profético, ¿esperaba que su legislación aprobada *per modum constitutionum* podría serlo *per modum regulae*, es decir, tomar sino en derecho, por lo menos en hecho el mismo rango que las cuatro reglas ya existentes? Este modo de aprobación tuvo lugar por primera vez en la bula de 12 de Febrero de 1502 en favor de las anunciadas que fundó Juana de Francia y fué aplazada después á los jesuitas y á otras varias congregaciones. (Cfr. **Vermeersch**, S. J. **De religiosis institutis et personis**. *Tractatus canonico-moralis*, Brugis, 1902, T. II, 11, § 3, 157. Bouix). ¿El disgusto de la santa dependía de que la aprobación versaba sobre dos monasterios y no sobre una orden? La actitud de los brigitinos después de la bula de 1378 no lo deja suponer. La terciaria franciscana sabía que una intervención directa de la providencia, había cambiado las intenciones de Inocencio III respecto á aquella orden. ¿No sucedería lo mismo con Urbano V? ¿No suponía que á pesar de los obstáculos juzgados como insuperables, la *Regula Sancti Salvatoris*, de la cual Jesucristo mismo era autor, vendría á ocupar su lugar al lado de las reglas de san Basilio, san Bencio, san Agustín y san Francisco? Esta hipótesis es la nuestra.

(1) *Rev. IV*, 138. No es incompatible esta revelación con la santidad de Urbano V, á quien la Iglesia ha colocado en los altares. Quizá el señor se sirvió de ella para el perfeccionamiento de dicho papa antes de la muerte.

Pedro y entregó el pergamino al obispo de Jaén, encargado de presentarlo al papa.

Temiendo aquél que la severa exhortación de que era portador, no fuese del agrado de Urbano V, pretendió descargarse de su cometido en el sobrino del papa, Pedro de Beaufort; pero éste más ocupado en sus estudios de derecho, que en cuestiones de misticismo, se negó á aceptar la misión, y Brígida, que no eludía nunca la responsabilidad, tratándose del cumplimiento de un deber, partió en el acto para Montefiascone; pidió audiencia y en presencia del conde Latino Orsini, del cardenal de Beaufort y del obispo de Jaén, entregó la víspera de la Asunción al papa el mensaje de la Virgen María (1).

Fuese ceguedad ó falta de energía, el pontífice alejó de sí el cáliz que de nuevo se le presentaba y no halló fuerza para dominar la inclinación que tan tenazmente le llevaba á la patria (2).

El 16 de Septiembre de 1370 Urbano V pisaba de nuevo el suelo francés. Brígida sin embargo continuaba rogando á aquel Señor, que por amor nuestro permaneció clavado en la cruz hasta morir, la salvación del papa que no había querido abrazarse con la suya. La fiebre de que el pontífice iba huyendo, atravesó con él los mares y minaba su vida lentamente. Por una aberración del espíritu humano, llegado á Aviñón, el papa volvía sus miradas hacia los campos de la Iglesia, en los cuales no había depositado la simiente; y pensaba en la cosecha rica en frutos eternos, que sería la parte de otro obrero más laborioso y fiel. ¿Moriría pues? ¿Llegaría el ocaso de ese día llamado «la vida», sin concluir su tarea? El agonizante volvía las miradas y el pensamiento hacia Italia como tierra de promisión. Miraba con envidia á los que sembrando allí en las lágrimas, cosechan en alegría; á los que aparecerán gozosos ante el Señor de la mies, llevando sus gavillas (3). Si el Dios de las misericordias le concedía la vida, juraba trasladarse á Roma. El 19 de Diciembre, salió moribundo de su palacio favorito y en medio de los padecimientos que Brígida le había anunciado, murió el pontífice. Aunque no rindiese el último suspiro según los

(1) Proc. Can. *Dep. Cat.*—*Alf. de Vad.*—*P. de Alv. art.* 19º, 129, 152, 226.

(2) BALUZE, en la vida que escribió de Urbano V, cita la deposición del canónigo Tomás de Petra, en la cual afirma, que el papa murió rodeado de las mismas circunstancias que la santa le había anunciado.

(3) Salmo cxxv.—Heb. cxxvi, v, 6. : מִשְׁקֵה הַדֶּרֶךְ בְּאֵיבָא בְּרַנָּה נִשְׂא אֶלְמֵתֵינוּ הַלֹּךְ יִלְךְ וּבִכְה נִשְׂא

deseos de Petrarca ante el altar de san Pedro, acababa sus días como un penitente, en un miserable jergón; su cuerpo no descansó junto á las reliquias de los mártires, sino que fué enterrado, dice con amargura el poeta, *entre los pecadores de Aviñón*. Brígida contemplaba en éxtasis el alma del papa. Urbano estaba aterrizado por el aspecto de los demonios y consumido por el deseo de poseer á Dios. Su caridad, su fidelidad á las prácticas benedictinas le libraban de las penas más crueles del purgatorio; era sin embargo necesario que expiase sus desobediencias á Dios, sus prodigalidades para su familia y su debilidad para corregir y castigar á sus amigos. Luciría un día presentado por el alma profética de la santa en que el pontífice gozaría de la gloria de los elegidos. En efecto, la Iglesia le consideró digno de ser beatificado.

La vacante de la santa sede no duró sino diez días, que fueron consagrados en la cristiandad al duelo por su soberano. El 30 de Diciembre el cónclave nombró papa por unanimidad al cardenal de Beaufort, quien ordenado sacerdote el 4 de Enero, fué el día siguiente consagrado y coronado con el nombre de Gregorio XI.

Aunque el nuevo papa hubiese anunciado su elección al rey Carlos V, aunque la elección del séptimo papa francés hubiese disgustado á los romanos, las esperanzas de Brígida por la vuelta de la santa sede á Roma y la reforma de la Iglesia se reanimaron. El nuevo papa tenía conocimiento de la última revelación de la santa á Urbano V; y no siendo partidario por entonces de la permanencia en Aviñón, no era de esperarse que cambiase de opinión al empezar á ejercer sus funciones sagradas.

La Iglesia pues, pasaba en aquellos días por una prueba; y Brígida alcanzó con sus oraciones en favor del nuevo papa, que la reina del cielo le manifestase los designios de Dios sobre él. Confió la santa á sus confesores la revelacion de María, y escrita por Alfonso de Vadaterra, fué presentada á Gregorio XI, por el conde Latino Orsini.

«Una persona que velaba y no dormía, decía el documento, fué arrebatada en espíritu. Su corazón rebotaba en goces celestiales; hallábase su alma inundada de consuelo, su conciencia ilustrada con luces de lo alto; su inteligencia dotada de una fuerza divina. La Madre de Dios hablóle del papa, comparando el amor con que le miraba, al que experimenta una madre tierna por su hijo recién nacido. Le guardaría de todo mal de toda adversidad; le protegería si vivía en Roma; le ayudaría si reformaba la Iglesia, libraría su corazón de todo apego terrestre, y haciéndole templo del Espíritu Santo, para que ninguna cosa de este mundo deseara ya, ni

aún la misma vida sino para gloria de Dios. Pero añadía María, si el papa no es dócil á mi voz, experimentará los efectos de la cólera divina; sus días serán contados, y ni los grandes de la tierra, ni la ciencia de los facultativos, ni el aire del país natal serán poderosos para prolongar su existencia».

Gregorio XI recibió el manuscrito, y de hinojos ante el tabernáculo meditó las palabras de la vidente; palabras, que resonando en lo íntimo de la conciencia, le recordaban su deber; pero que no lograron arrancarle de su corte de Aviñón. Temiendo ser víctima de alguna superchería, encargó al Nuncio apostólico y al conde de Nola, pidiesen á la santa explicaciones sobre el particular (1).

Los avisos y exhortaciones de Brígida no eran humanos. Esperó por tanto, la inspiración divina, y poco tiempo después entregó al obispo Alfonso la relación siguiente de una nueva visión con el encargo de hacer que llegase á manos del pontífice. «Padre Santo: He aquí lo que nuevamente ha sido revelado á la persona que conocéis. Mientras velaba y oraba lleno el corazón del Espíritu Santo y ardiendo en llamas de caridad, oyó estas palabras: Tú, á quien ha sido dada la inteligencia de las cosas espirituales escucha mis avisos, y comunícalos al papa Gregorio. Soy yo quien te habla, la Madre de Dios». «Jesucristo añadía la Virgen, ha concedido al nuevo papa una gracia insigne, cuando por medio de una mujer le ha intimado sus órdenes divinas. No es debida tal gracia á los méritos del pontífice, sino á las oraciones de los amigos de Dios. El papa sin embargo no se aprovecha de este don del cielo, siguiendo el camino que se le muestra; por el contrario sus propios deseos, los de sus parientes, y la astucia del demonio, retardan su vuelta á Roma. Cada hora de abandono á los consejos pérfidos, lo afirma en el mal y le enerva para el bien. Ya que el pontífice desea conocer con certeza la voluntad divina, ha de saber que su deber más imperioso y sagrado, es el de encaminarse en seguida á Roma. Si lo hace, á fines de Marzo ó principios de Abril le mostraré allí que soy su Madre, y le cumpliré cuanto le he prometido, pero si por el contrario es rebelde á mi voz, no le hablaré más, y en el juicio supremo responderá de su resistencia á las órdenes divinas. Sepa también que el reino de Francia no gozará de seguridad ni de paz, en tanto que los frãceses no procuren aplacar la cólera de mi Hijo por medio de grandes obras de humildad, y de caridad. En fin este pontífice no ignora que las gentes inicuas que se envían

(1) *Rev. IV*, 134.—*Proc. Can. Dep. Alf. Ob. de Jaén, sup. 19º art. f. 152 v.*

al Santo Sepulcro gustan tan poco al Señor como el becerro de oro de Israel.

Aquí terminaban las exhortaciones dirigidas á Gregorio XI; en cuanto á Brígida, recibió otras más claras y precisas instrucciones: el obispo de Jaén debía enviar al papa cerrado y sellado el manuscrito con las palabras de Brígida, guardando una copia que leería en presencia del conde de Nola, haciéndola luego pedazos, y arrojando éstos al viento: «Porque, añadía la Reina del cielo, será ésta una figura sensible de la suerte reservada al patrimonio de Pedro, si Gregorio XI no vuelve inmediatamente á Italia. Los Estados de la Iglesia unidos bajo su Ley serán repartidos entre sus enemigos, y cuando más tarde envíe sus ejércitos á combatir á los rebeldes, no logrará que éstos vuelvan á su obediencia». Según la orden divina no debía Brígida revelar al Soberano pontífice esta última y terrible profecía. «La semilla, añadía la Virgen, debe permanecer oculta en el seno de la tierra, hasta que germine y de fruto» (1).

Cuando el obispo Alfonso hubo terminado la versión latina del manuscrito, se dirigió á Tuderto, en donde se hallaba el conde de Nola, entonces vicario de la Iglesia, á quien confió la misión de entregar en propia mano, dicha revelación al soberano pontífice. Nicolás Orsini tomó consejo del Nuncio y de dos cardenales que allí se encontraban; habló confidencialmente del negocio con el gobernador de Spoleto Gómez Albornoz (2), sobrino del gran cardenal, y partió para Aviñón (3).

Preparábase Alfonso á regresar á Roma, cuando el duque de Spoleto (4) se presentó. Las palabras dirigidas al soberano pontífice de parte de Dios, hicieron que Gómez entrase en sí mismo para examinar seriamente su conciencia. Echábase en cara el haber descuidado el cumplimiento de los deberes inherentes al cargo que Gregorio XI le había confiado. Y ya que carecía de las virtudes propias de su vocación, ¿sería ésta verdadera? Suplicó por tanto al obispo, interrogase á la santa, sobre el estado en el cual

(1) *Rev. IV*, 140.

(2) En 1360, Gómez Albornoz había tomado posesión de Bolonia, en nombre del papa. Fué gobernador del ducado de Spoleto, de 1371 á 1376, y luego senador de Roma. **Cronaca ms. di Spoleto di M Don Luigi Fila Carocci.**

(3) *Proc. Can. Test. C. de Nolo, sup. 19º art. f. 93 v. 94 r.*

(4) Como la familia de los antiguos duques de Spoleto dejó de existir desde el siglo XIII, se da á Gómez Albornoz el título del cargo de gobernador que ejercía entonces.

quería el Señor que le sirviese. Oró Brígida, y la Madre de Dios le dictó los consejos adecuados á la situación actual de Alborno. Debía aquél en consecuencia restituir los bienes mal adquiridos; no gravar á sus vasallos con nuevos impuestos, sino contentarse con lo que poseía, arreglando á ello sus gastos; no emprender guerras injustas; frecuentar los sacramentos, ser fiel á la fe jurada en el matrimonio y meditar frecuentemente la pasión del Redentor. Comprendió al punto Alborno que se le exhortaba á santificarse en su estado; y sometiéndose sin reserva á las órdenes de la Providencia, se le vió desde aquel momento trocar los placeres en rigurosas penitencias; sus antiguas prodigalidades en espléndidas s limosnas; y en su corazón no tuvieron cabidas otros anhelos que su Dios, su familia y sus vasallos (1).

Entre tanto la sentencia divina escrita de mano de Alfonso y firmada por Brígida, fué enviada á Gregorio XI. La conciencia del papa sin embargo, no tenía necesidad de ser esclarecida en este punto, porque un voto anterior á su elección, le obligaba á trasladar la santa sede á la ciudad de Roma; pero deteniale su carácter indeciso; veía por una parte, que la estancia de Urbano V en Provenza no había tenido los efectos deseados, estaba convencido además, de que las armas de su Gueselín, y no las palabras del papa, arrojaban á los ingleses de la Guyena, del Poitou y de la Normandía; miraba por último á la Iglesia, inficionarse de los miasmas corrompidos que exhalaba la atmósfera pagana de Aviñón, pero nada contestó al segundo mensaje de Brígida.

La santa oraba y esperaba, su confianza en Dios era invencible, y el Verbo, para recompensarla, favoreció á su sierva con otra visión consoladora (2). En ella contempló un vasto campo limitado por la basílica de san Pedro, el hospital del Espíritu Santo, el castillo de san Angelo y el Vaticano. Fuertes murallas y algunos edificios, divisábanse también en el espacio. «El papa que ame á la Iglesia, como Yo amo á los míos, decía Cristo, poseerá este sitio en unión de sus consejeros; y en él, pacífica y libremente gobernará la Iglesia».

(1) *Rev. VII*, 11.—*Proc. Can., Dep. ob. Jaén, sup. 30º art. f. 156.*

(2) Se ha pretendido aplicar esta revelación, aunque sin fundamento, á los tiempos presentes. Es indudable que sólo se refiere á la vuelta á Roma de Gregorio XI. La aplicación á nuestra época de varias profecías de la santa, ha sido refutada en el interesante estudio de HÖFLER citado.

CAPITULO XII

1371-1372

LA TIERRA SANTA

Ordena el Señor á Brígida que vaya en peregrinación á Tierra Santa.—Llegan á Roma Carlos y Birger.—Embárcanse los peregrinos con dirección á Nápoles.—La reina Juana I.—Muerte de Carlos.—Mesina.—Cos.—Detención en Chipre.—Los príncipes de Lusitán.—Jaffa.—Rama.—Jerusalén.—Revelaciones sobre la pasión de Cristo y la vida de la santísima Virgen.—Belén.—El Jordán.

«Feruens amore fortiter etati non pepercit,
Hierusalem hilariter et Bethleem perrexit».

Nicolaus Hermani.

«Preparáos todos para emprender el viaje á Jerusalén. En el momento en que Yo os lo ordene, dejaréis Roma y visitaréis los santos lugares». Tal fué la orden del Señor á su sierva el 25 de Mayo de 1371. Veinte años antes había escuchado Brígida las siguientes palabras de los labios de María: «Irás á Belén y allí te revelaré el misterio del nacimiento de mi Hijo: tal es la voluntad de Dios».

En aquella época y al oír tales palabras se habría lanzado Brígida hacia el Oriente muy gustosa: ahora no deseaba ya la peregrinación de la Tierra Santa, por más que hubiese sido ésta el ideal más bello de su juventud y el anhelo de su edad madura. El viaje á Jerusalén con sus indispensables fatigas, y todo cuanto respecto de él había excitado en otro tiempo su imaginación ardiente y su naturaleza ávida de acción la llenaban de temerosa inquietud. Sentíase lánguida, agotada; en vez de buscar y seguir las huellas de Jesús en la tierra, deseaba unirse á Él, y en el vuelo de su Ascensión subir á lo más alto de los cielos. Sin embargo en todas sus visiones veía siempre el Calvario, y sus oídos percibían á menudo el nombre de Jerusalén.

«Id á mi sepulcro, decía el Maestro, dirigiendo á su sierva dulce mirada. No te lamentes, Yo abato ó fortifico la naturaleza humana según mi beneplácito. Yo mismo os conduciré, y os haré volver, y nada os faltará (1).

Brígida hizo saber á sus hijos su próxima partida, esperando, que como sus ilustres y piadosos antecesores acudirían gustosos, para emprender el viaje á la Tierra Santa; y como ellos también irían á prosternarse ante el sepulcro del Redentor, porque los intereses de la patria no les reclamaban. El año precedente, al volver de Amalfi á Stokolmo, habían debido quedarse al lado del rey Alberto de Mecklemburgo, odioso á causa de su parcialidad por sus súbditos alemanes. Poco después, hacia Abril de 1371, multitud de paisanos y mercaderes habían venido á sitiar á Stokolmo para libertar á Magno II. Con su primo el senescal de Upland, con su sobrino Pedro Ribbing, en gran parte de la nobleza sueca, y con tropas alemanas, los dos hermanos habían resistido al ejército noruego del rey Haquín, que se unía al movimiento popular.

Birger era uno de los signatarios de uno de los armisticios que precedieron á la libertad de Magno, mediante un fuerte rescate que pagó su hijo. Todo se apaciguaba en aquella ocasión. El viejo rey se había retirado á la corte de Haquín, y aunque los Folkungs, contra las convenciones estipuladas con Alberto I, detentasen aún algunos territorios suecos ya no se batía. Carlos y Birger estaban libres de todo compromiso y llegarían á Roma en el otoño de 1371. Con sus hijos reunió Brígida otros amigos que querían ir á Tierra Santa, el obispo de Jaén, el prior de Alvastra, el maestro Pedro Skeninge, el capellán Federico Gudmarsson, cuya palabra elocuente era tan del gusto de la colonia escandinava (2), el caballero Magno de Eka, una religiosa española, sor Práxedes, y en fin tres doncellas de servicio, una sueca, otra noruega y la tercera italiana, que por devoción emprendían el viaje.

Pensaba Brígida detenerse en Nápoles y en Chipre, y ni ella ni sus compañeros se pusieron el vestido de peregrinos, más no por esto permitió que los peregrinos llevasen consigo, sino lo muy necesario. Al obispo Alfonso, que iba cargado con multitud de objetos, no pensando volver á Europa díjole la santa: «No os embaracéis con tan pesado equipaje, porque no estaremos mucho tiempo en Jerusalén y volveremos aquí.

(1) *Rev.* VI, 108.—VII, 1, 6, 9.—*Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup.* 29° art. f. 226

(2) STYFFE, *op. cit.*, 44.—*Sver. hist.* II, 72.—*Diar.* an. 1399.

Varios caballeros romanos entre ellos el conde Orsini (1) escoltaron á los viajeros hasta el puerto de Ostia; embarcáronse éstos en la galera genovesa que les esperaba en la embocadura del Tiber (2). Al levantarse el ancla, Brígida, dirigiendo la mirada hacia sus compañeros, dijo, con tristeza al prior de Alvastrá: «Volveremos, salvo uno de entre nosotros, á quien yo amo más tiernamente» (3).

En épocas remotas los antepasados de Brígida emprendían la peregrinación á los santos lugares en las naves de sus respectivos soberanos. Eran esas embarcaciones ligeras, de color vivo, y sobre la alta proa y la popa más elevada aún se ostentaban figuras curiosamente esculpidas, extendiase asimismo una gran vela de seda purpurina, y en la extremidad del mástil ondeaba la bandera con sus grandes delfines dorados. Constituían la tripulación los hombres de armas, cuyos escudos y blasones se suspendían de las cuerdas, siempre que la embarcación entraba en un puerto.

Allá en su juventud y en sus sueños dorados había contemplado Brígida aquellas naves, figurándose hender las olas en compañía de sus nobles antepasados. Medio siglo la separaba de aquellas juveniles ilusiones, y tan cambiada estaba en cuanto á la parte física, como diferentes eran aquellas naves antiguas y sus guerreros, de la galera en que navegaba y de los marineros que la conducían.

Estas embarcaciones con sus dos hileras de remeros carecían de la originalidad de las naves de los vikings. A semejanza de las golondrinas, que abandonan las costas europeas, alejábanse, partiendo de Venecia y de Génova, llevando todas en el palo mayor la bandera blanca adornada con la cruz roja de los cruzados; y eran tan semejantes entre sí, que estando en el mar, no era fácil distinguir unas de otras. Sus dueños no eran grandes señores, sino codiciosos patronos; cuyo primer cuidado era cobrar la paga, y luego dar á los viajeros el alimento, tan escaso cuanto les era posible. Por medio de un silbido se hacía obedecer, y no escatimaba los malos tratamientos á su tripulación,

(1) Proc. Can. art. 14, f. 6.—*Dep. Iv. J. de Pornoccio* f. 78 r. *Dep. Lat. de Urs. sup.* 13° art. f. 146. *Dep. Alf. ep. Gien. sup.* 28° art. f. 155 r. *Dep. P. de Alv. sup.* 19° apt. f. 208 v.—Proc. Can. b. Katerine. *Dep. Sris Ann. Pauli et Sris Ragnilde Niglissadotter in art.* 4.° f. 64 r.

(2) Este itinerario, el solo probable, era el usual entonces; faltan documentos para la primera parte de este viaje.

(3) Proc. Can. *Dep. Kater. sup.* 29° art. f. 131 v.

compuesta de orientales y de esclavos fugitivos. En la popa estaba la parte reservada á los viajeros que pagaban más. Debajo de las habitaciones del piloto y del patrón, en el fondo de la bodega las dos ilustres suecas y sus compañeras ocupaban el departamento reservado para las mujeres. Privadas casi por completo de aire y de luz pasaban, no sólo la noche, sino gran parte del día en esa especie de prisión, pues según el uso establecido les estaba prohibido acudir al toque de trompeta, á comer en derredor del mástil, como lo hacían los hombres. La monótona voz del centinela que velaba, y siguiendo con la vista el curso de las estrellas, indicaba las horas, era lo único que venía á distraerlas. Los domingos y días festivos pasaban, sin que los pasajeros de la galera se acercasen á la santa Mesa, porque temiendo exponer las sagradas Especies á un accidente imprevisto la Misa terminaba en el Evangelio. Iban los enfermos amontonados en la bodega sin más colchones y almohadas que las tablas de la nave, y tan cerca unos de otros, que podían muy bien darse la mano. Si era preciso morir, los agonizantes emprendían el viaje supremo sin el consuelo y la fortaleza del santo viático.

La llegada de la santa á Nápoles fué un verdadero triunfo, por ser allí muy popular, desde que se supo había anunciado la muerte del gobernador y la del papa Urbano V. Consideraban á Brígida los napolitanos como á otra sibila de Cumas, y en consecuencia abriéronse ante ella las puertas de los espléndidos palacios de la vía Capuana. No aceptaron los peregrinos tan suntuosa hospitalidad, y se dirigieron al hospicio de santa María de la Avocata, aceptando el humilde ofrecimiento de los Hospitalarios de san Juan. Una de las calles que había abierto Juana, la vía Francese, conducía allí y la mar batía los muros del edificio. Allí, sin encadenar su libertad, tenían ocasión de practicar las mortificaciones y penitencias que su carácter de peregrinos les imponía. Por medio del conde de Nola pidió Brígida audiencia á la reina Juana I, que acababa de llegar de Aviñón en donde el papa Gregorio XI habíala recibido honoríficamente. Decíase que el pontífice trataba de volver á Roma, y la reina podía en estas circunstancias comunicar á la santa sobre el particular algo más que simples esperanzas.

En el célebre castillo de el ovo recibió Juana á los peregrinos suecos. Alrededor de las altas murallas y los ecos de la isla parecían guardar la memoria de los sonidos que sucesivamente había escuchado; canciones báquicas de Luculo y de sus compañeros: austeras salmodias de los monjes en san Basilio y en san

Benito: enervantes melodias que cantaba Federico II con sus poetas italianos ó árabes. El murmullo de la brisa, el ruido del mar despertaban en la imaginación este pasado desaparecido. Uno después de otro, según las horas, cada uno de los ecos podía encantar á Juana y convenir á su naturaleza. Los sabios juriconsultos, los poetas y trovadores de aquella corte tan alabada en la Europa entera, por la ciencia, el talento, el fausto que allí tenían su asiento, agrupábanse en torno de la soberana, en unión de sus damas de honor, notables por su lujo y su hermosura. Brígida y sus compañeros se adelantaron para saludar á la reina; inclinóse Birger, según las leyes de la etiqueta, á los pies de la soberana; y Carlos, como si se hallase poseído de alguna enajenación mental, ó detenido por invisible fuerza, detúvose como petrificado ante las gradas del trono.

Aunque Juana contaba entonces cuarenta y cinco años de edad ésta respetaba aún su belleza incomparable, y el arte velaba lo que el tiempo había tocado. Veíala Carlos ante sí, dominándolo todo con su imponente estatura. Sus cabellos dorados recogidos con un tocado de terciopelo y perlas, dejaban al descubierto la espaciosa frente; la mirada profunda de sus grandes y centelleantes ojos negros, iluminaba su rostro, al que la sonrisa de sus labios siempre entreabiertos y la fineza de su nariz ligeramente levantada. Algo de mordaz en su juvenil actitud brillaban á la vez los encantos de la mujer y la majestad de la soberana. Todo lo que Carlos había oído decir de la soberana se le vino á la mente. Perdió el recuerdo de las maldades que la atribuían los extranjeros y vió á la *dulce reina* como la veían los súbditos. Participaba en sus sentimientos, admirado de los conocimientos que encerraba la bonita cabeza de esta princesa que habia promulgado tantas leyes sálicas y tantas medidas útiles á la hacienda del reino, pero pensaba más en los versos que había escrito en distintas lenguas y en la arrebatadora voz con que los cantaba.

Contemplaba Carlos embelesado aquella hermosa figura, que tantas veces había cubierto la armadura, y aquellas manos blancas y delicadas, que tan pronto manejaban la espada contra los vasallos rebeldes, como derramaban sobre los mismos con magnánima liberalidad el perdón y los beneficios (1). Arrastrado por un movi-

(1) Proc. Can. Test. Nic. com. de Nola sup, 3º art.—**Historia della citta e regno di Napoli di G. A. Summonte. In Napoli MDCII, II, 468.—Le vite dei re di Napoli raccolte da Bastiano Biancardi, Venet. 1737**

miento irresistible acercóse el osado joven, y la besó los labios. No era sin embargo, un jovencillo. Levantáronse en el acto todos los gentiles hombres y á su cabeza, Landoifo Crispano, lugar-teniente de la cámara real, y echaron mano á la espada, mas contuvolos la reina, complacida con el homenaje de aquel hombre del Norte que para expresarse, no sabía otra lengua.

Regresó Brígida al hospicio, llevando la tristeza y el temor en el alma, y se dirigió en seguida á la iglesia de los Hermanos, vecina á su morada. Prosternóse allí en tierra, perdiéndose en la contemplación de un cuadro de la crucifixión del Señor, pintado en el muro (1). Cerraróse luego sus ojos terrestres ante la imagen visible de la Pasión, dejando libres los del alma para contemplar á Cristo vivo y glorioso. Desde entonces ya no abandonó la santa aquel lugar de refugio para su ánimo abatido. Allí le presentaban enfermos y endemoniados, y muchas veces curaba juntamente con el cuerpo el alma de aquellos infelices. Los pecadores más obstinados se rendían bajo el influjo de la santa, excepto aquél que tantas lágrimas y tan amargas hacía derramar á su infortunada y afligida madre.

Pensaba Carlos al parecer renunciar á la peregrinación de la Tierra Santa, y elegir por segunda patria la ciudad de Nápoles. Entre tanto seguía por todas partes los pasos de la reina, á la que agradaba esta solicitud. Pretargo su antiguo limosnero no la había predicado rigores contra los amores castos, y ella venía de Provenza, en donde con los maestros del *gay saber*, con Arnand Daniel se contaba en el otoño de la vida.

L'amors novela
Mi fa l'cor reverdir.

Los amorosos se entregaban á este sentimiento en que fundaban todas las esperanzas de alegría en su edad madura. Repentinamente tomaron un partido que no les hubiesen sugerido los cortesanos, á pesar de estar acostumbrados á llevar consigo el *Decamerón* en Boccacio como libro en versos. Juana manifestó la intención de casarse con el señor de Ulfasa. ¿La desaparición de Jacobo de Mallorca en los españoles campos de batalla autorizaba á la reina para creerse viuda? Nadie puede afirmarlo. Pero las querellas de los grandes vasallos, la reciente incursión de Ambrosio Visconti

(1) *Napoli sacra di D. Cesare d'Eugenio Caracciolo. Napoli, 1623, 443-445. - Monographia di S. Giovanni a mare per Michele Radogna. Napoli, 1873, 38.* Ya no existe el fresco ante el cual oró Brígida.

la obligaban á vestir la armadura más que lo que hubiera querido. Deseaban sus súbditos tener á su cabeza un jefe militar capaz de guiarlos, y aún de protegerlos, segura estaba la reina de la favorable acogida que en su consejo encontraría el caballero sueco (1). Supo Brígida la increíble noticia, y corrió al palacio para recordar á la incauta soberana, que Carlos no era libre. Esta sin turbarse respondió que esperaba triunfar de todos los obstáculos. Ya la encantadora reina había adormecido los escrúpulos del hombre que amaba, ya le había persuadido que una pobre castellana olvidada á su Castillo de Ulfasa, no sería un obstáculo á su unión. ¿Qué sacerdote de Nápoles sabía la existencia de aquella mujer? Verificado el matrimonio se procuraría alcanzar del papa la validez del mismo.

Preparábanse en el palacio magníficas diversiones. La corte y el pueblo ávidos de espectáculos se apresuraban á realzar el esplendor de las fiestas. En lance tan apurado volvióse Brígida al Maestro divino, al único poder capaz de anular el de la inexpugnable é irresistible napolitana. ¿Dejaría el cielo perecer al hijo de tantas lágrimas? ¿Permitiría que se llevase á cabo un crimen que había de separar para siempre á la madre y al hijo?

El 24 de Febrero esperaba la reina á su prometido en medio de las danzas y juegos, pero éste no llegaba, y el chambelan enviado en su busca le encontró exánime y sin voz. Durante quince días la fiebre consumía poco á poco la vida del enfermo; y á medida que su cuerpo se debilitaba, el alma, enervada hasta entonces, parecía renacer. Prodigábanle sus cuidados día y noche su madre y hermana, en tanto que el doliente aceptaba la muerte con resignación, y se volvía sinceramente á Dios antes de expirar. Cuando Alfonso de Vadaterra hubo rezado las preces de la agonía, la heroica madre, antes de cerrar para siempre los ojos del moribundo, levantó al cielo las manos enflaquecidas y los ojos ya enjutos, dirigiéndose á la Madre de dolor, de quien únicamente deseaba ser compadecida. Brígida casi septuagenaria sabía que la vida no puede prolongarse más allá de cierto limite cercano para ella. Pero respecto de su hijo, ¿cuánto tiempo se prolongaría la expiación en la

(1) ¿Cuándo murió Jacobo de Mallorca? Se ignora. Los historiadores no andan acordes sobre el particular. Unos dicen que en 1368, otros que dos años después de su matrimonio con Juana, otros que cuando Carlos murió, la reina era viuda, otros en fin, dan las siguientes fechas: Matrimonio de Jacobo con Juana, celebrado en 1364.—Guerras con España, 1365 á 1367.—Cautividad de Jacobo, 1367 á 1369.—Su vuelta á Nápoles, 1370.—Su muerte en Aragón 1375.

otra vida? ¿Cuándo la Eternidad le devolvería á su hijo? En una visión hablóle la Virgen, en estos términos: «Antes de que tu hijo rindiese el último suspiro, me acerqué á él; borré de su memoria todo recuerdo de los amores terrestres, y su voluntad se unió en el acto con la de Dios. Cuando su alma hubo traspasado los umbrales de la eternidad, alejé de ella á los demonios, protegiéndole con el amor y tierna solicitud, con que se guarda un recién nacido. Más tarde sabrás el juicio de Dios sobre tu hijo (1).

Juana entre tanto ordenaba magníficos funerales por el alma de aquél, á quien se obstinaba en llamar su prometido. El arzobispo Bernardo de Montaure cantó la Misa en la catedral, seguida del oficio de difuntos en presencia de Brígida y sus hijos, de la familia real, y de toda la corte. Luego fueron conducidos procesionalmente los restos del caballero al monasterio de los Franciscanos de santa Cruz, su última morada (2). Algunos curiosos creyeron ver bajo el hábito de los penitentes al rey Jacobo de Mallorca (3), y á través del ancho velo negro á la viuda del difunto (4), pero dichas afirmaciones no procedían sino de sueños de imaginaciones exaltadas.

Las madres se persignaban al pasar Brígida. En su rostro transformado por el éxtasis pintábase el gozo celestial, sin borrar no obstante las huellas que en él había dejado el dolor. Los labios de la santa articulaban claramente: «Va hijo mío, va viajero, hacia Aquel, que te ha rescatado con su sangre, va bendito de Dios y de tu madre. En el momento en que la tierra recibía en su seno el cuerpo de Carlos, Francisca de Sabian, condesa de Ariano, sorprendida de la aparente impasibilidad de Brígida, se atrevió á preguntarle cómo no le impresionaba, como á las otras madres, la pérdida de un hijo tan querido». No quisiera yo, respondió Brígida, que mi

(1) Proc. Can. Dep. Cat. y Alf. op. Gien. sup. 19º art. 128 y 152 r. Dep. Alf. sup. 31º art. f. 222 v.—Rev VII, 13. El sumario de este capítulo dice que la revelación empezó en seguida de la muerte de Carlos en Nápoles; continuó durante el viaje á Tierra Santa y terminó en la iglesia del Santo Sepulcro. La división lógica del texto latino es únicamente en tres partes. Colocamos aquí la primera, la segunda en Roma y la tercera en Jerusalén.

(2) **Italia Sacra auct. F. Ughello, Ven., 1720. VI. 132.**—CHIOCCARELLO, op. cit., 235.

(3) Alfonso de Vadaterra afirma en su deposición, que Jacobo asistió á los funerales de Carlos. Sin duda había recogido de los labios de los napolitanos, alguna relación novelesca, sobre el particular. (Art. 19º, 152).

(4) **P. E. Ling, Den Heligb Birgitta, Sorgespel. Stokolm, 1863.**

hijo se viese de nuevo expuesto á las calamidades de la vida, aunque me asegurasen que venía á ser rey del Universo (1).

Oraron los franciscanos ante la tumba nuevamente abierta, y la santa se unió á sus vecinas y amigas, las pobres clarisas, para rezar el oficio de difuntos. Una de éstas, la hermana Clara, guardaba preciosas reliquias, entre ellas, algunos cabellos de la Virgen. Mandó llamar á Brígida para decirla: «Conserva cuidadosamente ese tesoro que se me ha ordenado entregarte; y para que no dudes de mis palabras, te anuncio que mi fin está próximo». La profecía se realizó casi al mismo tiempo: la religiosa murió, mientras Brígida besaba con amor la sagrada reliquia, y la reina del cielo se dejaba ver de la extática, asegurando la autenticidad de aquel tesoro precioso (2).

Embarcáronse de nuevo los peregrinos con dirección á Mesina el 10 de Marzo de 1372 (3), y Brígida, al emprender de nuevo la marcha, viéndose rodeada de todos sus compañeros, recordaba con dolor á aquel que tan «tiernamente amaba», y á quien no volvería á ver aquí abajo. Antes de partir admitió en su compañía á una señora joven española; y habiendo esperado por tres días consecutivos viento favorable, levantóse por fin el ancla, y la embarcación, navegando á velas desplegadas, llegó á Mesina el 19 de Marzo.

A la orilla del mar y al abrigo de las montañas elevábase la antigua ciudad de Mesina, en forma de anfiteatro. Una primavera eterna reinaba allí, alegrando la población y sus contornos; pero los peregrinos no buscaban descanso y solaz, sino á la sombra del santuario. Privados desde su salida de Nápoles de la presencia del Dios vivo, no acertaban á separarse del sagrado recinto. El viernes santo no obstante se hicieron á la vela con dirección á Chipre. Pocas millas habían andado cuando se levantó una deshecha borrasca. Hallábanse en las costas de Cefalonia; pero no pudieron permanecer allí por ser sitio peligroso, estando la mar alborotada. A pesar de los esfuerzos que se hicieron por conservar

(1) Proc. Can. Dep. Alf. ob. de Jaén, sup. 33° art. f. 158.—Proc. Can. Dep. Elzearis card. Theat. sup. 18 art. f. 102 v. 103 r.

(2) Rev. extrav. XCIV.—Proc. Can. Dep. P. de Alva. sup. 32° art. f. 220 r. y v.

(3) **Momenta quaedam itineris S. Birgittae. Scrip. II, II, 217.** Por los días de las fiestas movibles mencionadas con sus fechas en este itinerario, atribuido al antiguo obispo de Jaén, es fácil rectificar el error del *Diario*. Proviene de dos testigos del proceso de canonización (f. 185 r. y v. y 186 r.) que dicen que habían encontrado á la santa en Chipre el año 1371.

el rumbo, la nave al fin anduvo errante un día y una noche. «Nada hay que temer, dijo Cristo á Brigida, cuando se navega en compañía de Aquél que calma los vientos, domina las tempestades, y puede llevar la nave al puerto». Luego hablando simbólicamente añadió: «Los hombres son como las naves que surcan los mares del mundo; muchos de ellos pierden los mástiles, los aparejos y el timón que es Dios, y navegan trabajosamente en medio de las tormentas de la vida, hasta que engolfados en el placer llegan desesperados á la isla de la muerte. Otros llevan rota el áncora, es decir sus observancias religiosas. En tal caso si las olas azotan la nave le arrebatan el timón. Hay, en fin otras embarcaciones sólidas y hermosas, que navegan á velas desplegadas en todo tiempo, así en la calma como en la tempestad; desafían las tormentas, y salvan los escollos, porque Dios está en ellas y las conduce (1).

Estas palabras del Salvador dieron ánimo á la santa, que permaneció tranquila y serena en medio de la general conmoción, amonestando á todos, para que en tan peligroso trance se volviesen á Dios. Hiciéronlo así y al momento el huracán se trocó en benéfica brisa, que los condujo mansamente á la pequeña isla de Cos, que con sus plantaciones de limoneros y arces parecía un oasis flotando en la inmensa superficie del mar. Los caballeros de Rodas poseedores de la isla acudieron en socorro de los navegantes; y reparadas las averías, salieron éstos el 8 de Abril; el lunes 12 llegaron á Chipre, y navegando á toda vela, entraron en las aguas de Baffa, la antigua Paphos. Allí hicieron alto en espera del viento que se levantó durante la noche; y poco después la galera echaba el ancla en la célebre rada de Famagusta.

Muchos países y muchas ciudades había visitado Brigida, y sin embargo quedó sorprendida al contemplar el puerto de Chipre. En medio de una población indígena, para quien la belleza física era como herencia común iban y venían los comerciantes genoveses y venecianos y los traficantes de Europa entera, ávidos todos de la riqueza material. En el monte Olimpo la estatua de san Miguel arcángel reemplazaba la de Venus. No obstante la ambición y la codicia eran por desgracia los verdaderos dioses de aquella isla (2).

No ignoraba la santa el estado en que se hallaba aquel reino

(1) *Rev. IV*, 44, 88. — Proc. Can. *Dep. Alf. ob. de Jaén*, sup. 19º art. f. 152 r

(2) **L'île de Chypre, sa situation présente et ses souvenirs au moyen âge**, par **L. de Mas Latrie**. Paris, 1879, 237, 238.

independiente en realidad; pero nominalmente sujeto á la corona de Inglaterra.

La casa de Lusignan, que poseía entonces las coronas de Chipre y de Jerusalén, estaba representada por un niño, Pedro II, hijo de Pedro el Grande y de Leonor de Aragón, princesa, que según se decía, era una madre privada de autoridad y una esposa que carecía de virtud. El difunto rey, soldado intrépido, cuyo valor militar no había logrado borrar de la memoria de sus súbditos, ni la inmoralidad de su conducta, ni la crueldad de su carácter, había conocido á Brígida en Roma el año de 1368, época en la cual recibió el monarca las felicitaciones del papa por la lucha heroica que llevaba á cabo contra los sarracenos y los turcos. En ese año de 1372, la cristiandad entera se conmovió al recibir la nueva de su asesinato (1).

Los cipriotas acogieron á la santa con deferencia, y á su llegada recibió invitación para ir á hospedarse en el real palacio. Aceptóla Brígida en consideración de la familia reinante, y allí en la regia morada tuvo ocasión de tratar al rey niño, á la reina madre, y á Jacobo y Juan de Antioquía hermanos de Pedro el Grande, y sus asesinos (2), según la opinión pública.

La reina y los príncipes hablaron largamente con la noble extranjera. Leonor la confió sus ardientes celos, de las preferencias

(1) **Description de toute l'isle de Cypre, par le R. P. Estienne de Lusignan, de la royale maison de Cypre, lecteur en théologie aux Fr. Prescheurs, traduite en français.** Paris, 1580.—**Histoire contenant une sommaire description des généalogies, alliances, etc., par le R. P. Estienne de Lusignan.** Paris, 1579. Tomamos algunos detalles de este antiguo autor «tan mordaz y tan instructivo en medio de su credulidad», dice **Mas Latrie, Histoire de l'île de Chypre sous le règne des princes de la maison de Lusignan.** Paris, 1852, II (*Documents*). Préface, II, III.

(2) El crimen se imputa á los príncipes por los cronistas contemporáneos, Ph. de Maizières, Froissart, Christina de Pisan, etc. G. de Machaut los considera como los promotores secretos del asesinato y adoptaron su opinión E. de Lusignan Loredano. Strambaldi que escribía en Nicosia en el siglo XV, asegura que por su complicidad en los primeros proyectos de revuelta causaron indirectamente la muerte del rey.—**MAS LATRIE**, que cita todos estos documentos acerca de Jacobo y de Juan de Antioquía espera «haber lavado su memoria de la acción atroz que injustamente les ha atribuído la opinión pública» [*Hist. de Chypre*, II (*Documents*.) 342-344, nota]. Como el sabio no publicó su escrito de defensa, ó que, por lo menos, el tomo II (*Texte*) de su historia, en que debía estar, no hay medio de hallarle ni en la biblioteca nacional, ni en la biblioteca de la Escuela de Chartres, continuamos siendo de la opinión de Brígida y de los cronistas del siglo XIV

del rey para la dama de Montolif, de su venganza contra este rival y de su propia traición á la fe jurada. No sentía la muerte de Pedro I y confesaba que ella había dado ocasión á la misma. Esta relación podía hacerse de diversos modos. Leonor daba como excusa de su adulterio los malos tratamientos y el ejemplo del rey, y encontraba natural que los cipriotas se hubieran unido contra él en favor suyo. Si la intervención de los grandes señores había exasperado á Pedro hasta convertirle en un tirano odioso para los suyos y para la nobleza. ¿De quién era la culpa? Ella no había tomado parte alguna en el asesinato de su marido y deseaba por el contrario, descubrir los asesinos antes de contraer segundas nupcias y volver á España, su patria. Brígida les prometió orar por ellos, y aconsejarles sobre los asuntos que acababan de confiarle, cuando para ello hubiese recibido las luces del cielo. Prometió también á los príncipes acceder á su deseo, de visitar con ellos la antigua capital de Chipre; y en efecto poco después caminando á la sombra de los naranjos seculares, llegaron á la ciudad fuerte, cuyos palacios de arquitectura gótica ostentaban escudos, en su mayoría franceses.

Una inspiración repentina del Espíritu Santo impulsó á Brígida á declarar que deseaba hablar al pueblo de parte de Dios. La curiosidad dominó á los Lusignon, que reunieron gentes de todas condiciones delante de la catedral, y no en el interior, porque resultaba pequeña para contener tal multitud; y allí en presencia del arzobispo manifestó la santa en nombre del cielo, la necesidad que todos tenían de rescatar sus pecados por la penitencia. Sin enumerarlos daba á entender que los conocía, y amonestándoles á interrogar sus conciencias, ofrecía á los culpables su intercesión para con la divina Justicia. «La venganza divina, decía, está para descargar el golpe; si no hacéis penitencia, caerá sobre vosotros».

Muchos de los presentes contestaron con risas malignas, y más aun los codiciosos mercaderes. Un rico genovés, Carlos de Malansel, quiso imponerles silencio, pero no consiguió sino atraerse sus burlescos insultos. Sólo algunos, muy pocos, golpeándose el pecho se llegaron á la vidente, implorando el auxilio de sus oraciones (1). Entre los más contritos y emocionados se hallaban un joven escudero y un monje viejo.

Llamábase el primero Willián Willianson. Había llegado recientemente de Inglaterra, y dejado que su fe se debilitara bajo el

(1) Proc. Can. Dep. Kar. Malansel *sup.* 28º art. f. 185º r., Guill. Guillesson *scutiferi de Angliá et Magni Petri sup.* 29º art. f. 185 v. r. y 110 r.

cielo excesivamente suave y benigno del Mediterráneo. Prometióle la santa otros goces infinitamente superiores á aquellos que le tenían engañado y le permitió contarle en el número de sus compañeros. El monje era el franciscano Martín de Aragón, secretario de la reina. A pesar de sus votos religiosos y á despecho de sus deseos, no encontraba en sí la energía y el valor necesario para romper con el mundo. Animóle Brígida, y también le concedió la gracia de que la siguiera á la Tierra Santa.

Por su carácter episcopal, del cual no le era posible despojarse, ni aún después de renunciar á los honores de la Iglesia, Alfonso de Vada terra ejercía autoridad absoluta sobre los peregrinos; y Brígida sin apartarse un punto de la obediencia debida al maestro Pedro, sometía á la vez su conciencia, al obispo español.

Al salir de Chipre, verdadero punto de partida de la peregrinación y última etapa viniendo de Europa, la Madre de Dios habló á la santa, y refiriéndose al nuevo director espiritual y á las relaciones que con él debía guardar le dijo estas palabras: «El obispo, á quien amas como á siervo mío muy fiel, debe amarte á su vez, como á madre, señora, hija y hermana. Como á madre, en razón de tu edad avanzada y de los consejos que de tí recibe; como á su señora, por las gracias excepcionales con que mi Hijo te favorece, como á hija, porque hace contigo oficios de padre consolándote é instruyéndote; como á hermana, porque dándote á conocer tus altas, te estimula en la senda del bien con sus palabras y ejemplos, para llevarte á la más alta perfección».

Cerca de setenta años tenía Brígida, y durante el curso de su larga carrera, habia tenido varios directores espirituales. Allá en la juventud y en medio de los cuidados de la familia y de los negocios del siglo encontró guía segura en el sabio canónigo Matías, que por su estado permanecía en medio del mundo, ejercitando los deberes múltiples de la caridad. Más tarde cuando el Señor confió á su sierva la fundación de una orden religiosa, púsola bajo la conducta del prior de Alvastra, quien por su profesión se hallaba libre de los cuidados y solicitudes terrestres y separado por su regla y sus votos de los intereses temporales. En cuanto al maestro Pedro de Skeninge, sin ser su director espiritual, era sí el confesor ordinario á quien la santa acudía casi continuamente, logrando así el mérito de la obediencia y constante sumisión. Actualmente hallábase confiada á la dirección de un hombre que unía al conocimiento del mundo y de la vida religiosa, aquella perfección propia de los obispos, y recibida por dispensación del Espíritu Santo. Como todos los que han vivido algún

tiempo en el mundo, Alfonso de Valdaterra encumbraba sin cesar el humillante espectáculo de la decadencia humana. Había visto obscurecerse grandes inteligencias antes de agotarse en la impotencia. Le era familiar el desgaste de una voluntad gobernada pronto por los vicios. Había asistido á la lucha de los viejos entre los sinsabores del tiempo y el temor de la eternidad. Cuando la sombra de la muerte se cierne sobre la vida, cuando su término próximo, parece un abismo, en el cual á pesar de toda resistencia se ve uno arrastrado por fatalidad implacable. Su experiencia no ignoraba cómo perece el ser humano. ¡Qué contraste con Brígida! Cierto que ésta no ocultaba su tedio por la vida, al inexorable *taedium vitae*, que más pronto ó más tarde sienten los hijos de Adán; nadie se escapa de él, excepto aquellos seres frívolos, que viven con perpetua infancia, indiferentes á todo menos á sus juguetes. Si la septuagenaria no amaba nada de lo que el mundo puede dar, amaba á las almas que Jesucristo quiere redimir y á El sobre todo. Mientras que aquí abajo sería objeto de aborrecimiento para los impíos, de escándalo para los ciegos, de contradicción para los espíritus inciertos, mientras que hubiera pobres en espíritu y en cuerpo á que socorrer, pecadores que rescatar, mientras que por amar las criaturas generosas pudiera participar de la Pasión y salvar á los hombres, la vieja servidora de Dios aspiraría á servirlos. Su cuerpo se cansaba y se convertía en una carga, la gracia de su imaginación, apenas comprendía las cosas humanas, pero su belleza intelectual y su belleza moral resplandecían aún. No era una ruina minada por el tiempo, ella se transfiguraba. La luz profética y la visión de las cosas celestes caían sobre esta criatura privilegiada y la formaban de nuevo. La tierra no se la escapaba, sabía dominarla. Poco la importaba abandonarla ó permanecer en ella. Su carrera hacia Dios, no se interrumpiría por la línea que separa el tiempo en el umbral de la eternidad. El obispo de Jaén no observaba destrucción, admiraba, por el contrario, una especie de resurrección, y debía ayudar á Brígida á progresar en la caridad, hasta que llegase al grado de perfección que Jesucristo quería que tuviese.

Pasados quince días en Famagusta volvieron á embarcarse los peregrinos, llevando túnicas de sayal ajustadas por medio de una cuerda, anchas esclavinas y cruces rojas en el sombrero. Los habitantes de Chipre habían aconsejado á las mujeres, se pintasen el rostro de negro para no llamar la atención de los orientales; mas el Señor declaró á Brígida, que era inútil semejante artificio.

La reina Leonor y los príncipes que habían acompañado á

Brígida, manifestáronle el deseo de volver á verla. Prometió la santa detenerse en Chipre á su regreso de Palestina, pues sentíase atraída á aquella tierra por un motivo que á otro corazón menos animoso y noble hubiera alejado, es decir, las ofensas de Dios, que allí se cometían, y el peligro de condenación eterna en que se hallaban aquellas almas. Al despedirse de la soberana de aquel estado tan rico y floreciente, hubiera deseado hacerlo con aquellas palabras de los santos. «Dadme las almas, y quedáos con todo lo demás» (1).

Un viento favorable hinchó las velas de la galera á su salida de Chipre, llevándole á las costas de Palestina. Entraba ya en la peligrosa rada de Jaffa, cuando choques terribles sacudieron la embarcación, la quilla había tropezado con un escollo, abriendo el casco; la nave estaba á punto de zozobrar; el obispo Alfonso se presentó en la cámara de las mujeres y las hizo subir sobre cubierta; gritos de terror y temerosos ayes se oían por todas partes; y para salvar las personas echóse la carga al mar, y con ella los pequeños equipajes de los pasajeros.

Catalina sin embargo reclinada sobre el pecho de su madre gozaba de perfecta tranquilidad y Brígida enteramente dueña de sí misma no pensaba en prepararse para morir: «Nadie perecerá dijo». Ninguno pereció en efecto, porque una lancha los recogió y los llevó á tierra. Cuando desembarcaron no tenían más que lo que llevaban encima. Acordóse entonces Alfonso de los objetos que por consejo de la santa había dejado en Italia, y deseando manifestar á aquélla su reconocimiento, hallóla radiante de alegría, y con semblante tan risueño, que contrastaba singularmente con la tristeza y consternación pintados en los rostros de los demás. Preguntóle el obispo la causa de tan inusitado gozo. «¡Bendito sea el Señor respondió Brígida, que me ha juzgado digna de padecer algo por El!» (2). Y ciertamente llegar pobre á aquella tierra de Palestina, en donde el divino Maestro enseñó con su ejemplo la pobreza, era el colmo de la felicidad para la humilde terciaria.

Comúnmente esperaban los peregrinos á la embarcación á que el gobernador de Jerusalén, el guardián de los franciscanos y el Emir de Rama se pusieran de acuerdo para enviarles escolta y cabalgaduras. El estado de la embarcación les obligó á pasar

(1) *Gen.* XIV, 21. El versículo del Génesis no está citado en su sentido literal sino en el que le atribuyan frecuentemente los predicadores.

(2) *Proc. Can. Dep. Práxedes de España*, 83 *Magno*, *Pet. Cat. sup.* 19º *art. f.* 108, 129, *r. Alf. de Vad, sup.* 28º v 29º *art. f.* 152 *r. yv.* 155 *r.*

algunos días en Jaffa. Bien hubiera querido Brígida efectuar la peregrinación en esa tierra sagrada á pie, mas no lo permitió el temor que inspiraban los árabes. Todos pues iban á caballo, excepto la santa, que montaba en un asno. Atravesaron el hermoso y florido bosque, que comienza en las puertas de Jaffa, aspirando deliciosos perfumes, y admirando, como en otro tiempo, el profeta Isaías, los lirios y narcisos de los valles.

Si en tiempos anteriores hubiesen pasado por allí Brígida y sus compañeros, habrían sido custodiados y defendidos por los templarios, cuyos mantos blancos, adornados con la cruz roja, se presentaban á la imaginación de los peregrinos, á la sombra de las altas palmeras. Aquellos caballeros no existían ya. Abolidos por el rey de Francia, no quedaba de ellos más que el recuerdo.

En un oasis sombreado por nopales y olivos, los franciscanos establecidos en Rama hacía más de sesenta años (1) ofrecieron hospitalidad á Brígida y lo más precioso para ella, la santa Eucaristía. Rama dió su nombre á José de Arimatea (2), el piadoso israelita que dió sepultura al cuerpo sagrado de Jesús. Esta circunstancia trajo naturalmente á la mente de Brígida, aquel hijo querido recientemente sepultado, y al mismo tiempo le asaltaron temores sobre la suerte eterna de Carlos. «Vas á presenciar su juicio, le dijo la Virgen, y para que comprendas mejor ese espectáculo sobrenatural del mundo de los espíritus, se te representará según el curso del tiempo, y bajo ciertas formas perceptibles á los sentidos».

Ante el divino Juez acompañado de su Madre, los santos, y las angélicas Milicias, apareció el alma de Carlos aterrada, como ciega, y bajo la forma de un niño pequeño. Un ángel y un demonio la custodiaban. Querellábase éste de que contra toda justicia, la Madre de misericordia había concedido su protección al pecador. La Virgen respondió: «Tú, que conservas la luz de la inteligencia para conocer la eterna Justicia, y que usando de tu libre albedrío, has preferido el odio hacia Dios, á su infinito amor, mira si no debía Yo patrocinar ante el tribunal supremo, á un alma que tanto me amó, y que en defensa de mi honor y de mi gloria, habría estado pronta á padecer todos los suplicios imaginables, aun los del infierno».

(1) **Guide Indicateur des Sanctuaires et Lieux historiques de la Terre Sainte**, para el Fr. Lievin de Hamme franciscano residente en Jerusalén, 3.^a ed. *Jerusalén*, 1887, I, 114, 115.

(2) יְהוֹשֻׁעַ significa lugar elevado. El lugar del nacimiento de José no está bien determinado. La escuela bíblica cre que sea Rentis

Carlos en efecto había amado tiernamente á la Madre de Cristo; así hubo de confesarlo el demonio. Pero si ese amor filial le mereció en el instante de morir, la protección de María, en el juicio no debía valerle, y en consecuencia merecía ser sepultado en el abismo.

Acusaba satanás á esta alma de haberse dejado llevar de la inclinación desordenada á los falsos placeres y á los mentidos honores de la tierra. Al oír tales palabras, adelantóse el ángel custodio, diciendo: «Siempre que su piadosa madre veía la voluntad de este hijo inclinada á lo malo é ilícito, imploraba fervorosamente la misericordia divina con santas obras é incesantes oraciones, hasta alcanzar que el culpable con verdadero arrepentimiento confesase sus faltas».

«Proclamaré uno á uno, los pecados de este hombre», exclamó el demonio. Mas en el libro acusador estaba todo borrado, así la materia de las culpas como el tiempo y lugar en que fueron cometidas.

«Las lágrimas de su madre, repuso el ángel, le han alcanzado la contrición y purificado su alma». ¿Y su pereza y su cobardía para reparar el mal y para hacer el bien? Continuó el espíritu de las tinieblas. Y mientras el demonio buscaba en vano las pruebas de su acusación, el ángel repetía: «Las lágrimas de su madre lo han borrado todo».

«Pero las indulgencias que ha omitido no han borrado las manchas causadas en esa alma por los pecados veniales, contestó satanás y los tengo apuntados á millares».

«También se le ha aplicado el mérito de las peregrinaciones», dijo el ángel mostrando que todo rastro de los pecados veniales estaba borrado; «por el amor de su madre, la Bondad soberana ha perdonado».

«Otra acusación tengo que presentar contra este hombre, y es que á sabiendas ha conservado riquezas injustamente adquiridas».

«Las limosnas, que su madre ha prodigado, tienen satisfecha ya esa deuda; y además este hombre, inspirado por Dios prometió al morir devolver á cada uno lo que le perteneciese. Sus herederos cumplirán esta obligación».

«Si no me es dado castigarle por sus pecados lo haré por sus omisiones», exclamó el demonio.

«Pedid y se os dará; llamad y os abrirán», dijo el ángel, para concluir. «Treinta años ha que su madre está llamando sin cesar, á las puertas de la misericordia divina. Gracias pues á su Madre celestial, á su madre terrestre y á la intercesión de los santos, el caballero se halló preparado para morir. Ardiendo en amor

divino durante sus últimos momentos, no tenía, sino un solo deseo: el de exponer su vida combatiendo contra los infieles para rescatar el santo Sepulcro». Por lo menos disminuiré su corona, vociferó satanás. No replicó el ángel: los que han triunfado de sí mismos participan de la corona celestial, que ha ganado la naturaleza humana en Jesucristo.

«Desgraciado de mí, dijo por último el demonio; veo que todo lo he olvidado ya hasta el nombre del acusado».

«Yo te lo recordaré, contestó el ángel: en el cielo se le llama, *el hijo de las lágrimas*».

Tal era el nombre que Carlos debía llevar por toda una eternidad de amor y de infinito goce. La ternura maternal de Brígida unida con los méritos del Redentor había rescatado el alma de aquel hijo, á quien sin descanso había seguido durante su vida entera, así en los arrebatos de su carácter fogoso, como en los peligros á que exponía su salvación eterna, dejándose llevar del orgullo, la sensualidad y la ambición. Bajo la mirada misericordiosa del Señor, estas dos existencias, se habían, por decirlo así confundido. Como las olas caprichosas y estériles de los torrentes invaden las aguas obedientes y fecundas de los ríos, la vida del hijo corría al par de los días de la madre y se habían confundido en su curso. Dios no quería separarles.

Un himno de gratitud se elevó desde el corazón de Brígida hasta el trono de Dios. Aquel corazón de madre sentíase inundado de gozo, el más puro é intenso. No obstante ignoraba aún si este ser tan querido participaba ya de la gloria eterna, pues la visión había desaparecido antes de que el supremo Juez hubiese pronunciado la final sentencia.

Poco después de haber salido de Rama, los peregrinos se hallaban en las montañas de Judea. A medida que avanzaban, ibanse despertando en su memoria los recuerdos de la epopeya sagrada: aquí la morada del buen ladrón, cuyo arrepentimiento y testimonio consoló las amarguras del Crucificado; más lejos el valle sombrío del Terebinto en donde David venció á Goliath (1); en fin después de una penosa ascension por entre las rocas aglomeradas, llegó la caravana á las alturas, desde donde se descubre la ciudad santa.

Al verla los peregrinos por extremo emocionados postrarónse en tierra sin decir una sola palabra. Tenían ante sus ojos á la hija de Sión sita á la sombra de sus negros cipreses, dominando aquellos campos de desolación, en donde las piedras del suelo confundíanse

(1) *Rev. IV, 10, 126. VII, 13.*

con las de las ruinas. Como en tiempo de Jeremías la ciudad permanecía cautiva, sin hallar quien la consolase; sola, triste, oprimida por los infieles, y en tal estado de postración que muy bien podía ser comparada á un cuerpo sin alma. A ejemplo del divino Maestro todos lloraron allí la ruina de Jerusalén; todos se daban golpes de pecho, considerando la multitud de las iniquidades humanas y sus propios pecados, causa de tamaña desventura.

El 13 de Mayo de 1372 hallábanse los viajeros ante las puertas del Castillo de David (1). Con santa y noble indignación vióse Brígida obligada á pagar el tributo de nueve ducados tributo acostumbrado y á pedir á un musulmán, el derecho de orar ante el sepulcro de Cristo. Muy gustosa hubiera llamado á las puertas del hospicio que los franciscanos, custodios de los santos lugares acababan de edificar para los peregrinos, si la madre de Dios no hubiese declarado ser otra su voluntad. Estos religiosos no vivían en perfecta unión, sus huéspedes hubiesen sin duda, tomado partido por unos ú otros: era, pues mejor llamar á la puerta del hospicio de san Juan, en donde los hermanos y las hermanas acogían á los peregrinos de ambos sexos en edificios separados. Ya éstos habían recibido de los franciscanos de Rama los *Veinte y siete consejos*, que según costumbre se daban á los peregrinos de los santos Lugares, y constituían un verdadero código destinado á reglamentar las relaciones de éstos con los habitantes de la Tierra Santa. Antes de permitir á los suecos la entrada en aquellos lugares santificados, en donde les estaba permitido pasar en ayunas y en oración la noche de la vigilia de la Ascensión, el padre prior les dió nuevas noticias concernientes á las ocho naciones representadas en el Calvario.

Arrodillóse Brígida ante la tumba sagrada, en donde por tres días estuvieron sepultadas todas nuestras inmortales esperanzas. Allí fué arrebatada en éxtasis, y el primer nombre que pronunciaron sus labios, fué el de Carlos, su inolvidable hijo. En aquel instante apareció el divino Libertador de las almas, dirigiendo á la de Carlos, las palabras que abren las puertas del cielo: «Ven, bendito de mi Padre». El amor maternal triunfaba en fin del último obstáculo; y regocijada Brígida con el gozo mismo de los bienaventurados exclamó: «Oh virtud eterna, vos sois quien depositáis en el corazón de vuestras criaturas, primero las oraciones y lágrimas que han de inclinar á nosotros vuestra clemencia, para esconder en ellos después vuestros dones y favores y recompensar

(1) *Vita S. Birg.* 203.

después éstos con inmenso peso de gloria. Os amo más que á mi alma». Entregada al más puro y santo júbilo no había pensado Brígida en comunicar esas luces tan propias para animar y consolar á las madres, dándoles á entender todo lo que pueden para con Dios, sus lágrimas y ruegos para con Dios en favor de sus hijos, si un ángel no se lo hubiese advertido con estas palabras: «Sabe que esta visión no se te ha concedido para tu propio consuelo solamente, sino para hacer ver á las almas amigas de Dios, cuánto pueden alcanzar de su misericordia (1).

El día siguiente viernes á la hora misma en que el Hijo de Dios murió en la cruz, subían los peregrinos al Calvario, regando con sus lágrimas la vía dolorosa. Catalina abismada en profundo silencio se entregaba á la más dulce contemplación, Brígida lloraba amargamente, repasando en su corazón las lecciones, que referentes á la Pasión había recibido en otros tiempos de los labios mismos del Redentor. De repente vió desarrollarse ante sus ojos la misma escena desgarradora: el Maestro divino, desconocido, cubierto de ultrajes, y muerto por los mismos que había venido á salvar. Contempló á Jesús con los ojos llenos de lágrimas y el cuerpo bañado con el sudor de la agonía; vió á Pilatos pronunciar cobardemente la sentencia inicua; á los judíos comunicándose mutuamente sus temores: este hombre, decían por lo bajo, cura á los enfermos y resucita á los muertos, castiga á los transgresores de la ley, y penetra los pensamientos ocultos. Si se le perdona la vida ejercerá irremisiblemente, omnimodo poder sobre nosotros en rebelión contra el imperio del Mesías, traman su muerte. Abandonado de sus amigos, sale el Salvador del pretorio, sus enemigos le escarnecen, le derriban en tierra, le arrastran hacia una columna, y es despojado de sus vestidos; los azotes caen sobre este cuerpo sin mancha, borrando con la sangre divina las innumerables manchas de la raza de Adán. Jesús, que las ama sobre todas las cosas creadas, deja voluntariamente que por ellas, sean sus sagradas carnes despedazadas, hasta descubrirse los huesos. María (2), entre tanto desafiando el furor de los soldados y las burlas de la multitud, se acerca y llega al lugar del suplicio; oye el crujir de las carnes divinas, al rasgarse con los azotes, y siente

(1) *Rev. VII*, 13, 17.

(2) Tal como está pintada en esta narración, la Santísima Virgen no fué solamente afligida ó consolada por los actores y por los testigos de la Pasión, sino también por los enemigos y por los amigos futuros de Jesucristo y de la Iglesia

que su corazón de madre se desgarró al mismo tiempo. Su dolor es tan intenso, que por un instante le priva del uso de los sentidos; cae como muerta mas en el acto le recobra, uniéndose al beneplácito divino por medio de una gracia especial siempre activa en su alma santísima. De pronto uno de los circunstantes exclama: «¿Qué hacéis? ¿pensáis matar á este hombre antes de que sea juzgado y sentenciado, exponiéndoos á que su muerte sea causa de la vuestra?» El que así hablaba, acercándose á la columna, cortó las cuerdas con que el cuerpo exánime del Redentor estaba atado.

Los despiadados verdugos arrastran á Jesús hacia el pretorio, mientras que se esfuerza en reponer sus vestidos; cada uno de sus pasos deja en el suelo un rastro de sangre. «*Ecce homo*», grita Pilatos. María apenas reconoce ya el rostro sagrado de su hijo oscurecido y como cubierto con un velo de sangre. Se enjuga los ojos con su túnica, toma la cruz y el camino del suplicio. El populacho y los soldados alejan á la Virgen Santísima. No ve ya á su hijo si bien las palabras, «traidor, embustero, espía», llegan á sus oídos con el ruido de los golpes al cuerpo que ella crió.

Sale en fin Jesús, y con la cruz á cuestas, toma el camino del Calvario; cae desfallecido bajo el peso de la cruz, y preciso es que un desconocido le ayude á llevarla. En tanto la Virgen ha subido antes que su Hijo á la cumbre del Gólgota. Al llegar Jesús es despojado de sus vestidos de los cuales se apoderan los soldados con avaricia; todo esto es para nosotros, dicen mientras uno de los espectadores presenta al Señor del mundo un lienzo con que cubrir su desnudez. Se afianza la cruz por medio de cuñas; los verdugos suben los escalones que hay cerca de ella, y el Redentor les sigue como un cordero; por orden de los soldados vuelve la espalda á la cruz; sin que se le obligara abrir los brazos. Los verdugos elevan muy alto su mano derecha y la sujetan con un clavo; resonó un terrible martillazo: La Madre de Dios cae al suelo, sus ojos ya no ven, sus pies vacilan, sus manos tiemblan, está en una especie de éxtasis doloroso: El Salvador alarga la otra mano, se la izan con cuerdas, fijándola más arriba que la cabeza, que no encuentra donde descansar porque un nudo de la madera de la cruz avanza entre las espaldas. Tan violentamente se tiende el cuerpo que se rompen los músculos. Dos clavos atraviesan por último, los pies cruzados, el izquierdo sobre el derecho, juntos sostienen el peso de Jesucristo. La corona, quitada antes, rodea ahora la cabeza del Rey de los reyes. Las espinas atraviesan su carne. Por su rostro y por sus ojos corre la sangre; los verdugos ponen una inscripción en varias lenguas, burlándose del Rey de

los judíos. Se retiran las escalas; la cruz recta y alta permanece cargada con el Señor del universo que espera la muerte. María se aproxima sostenida por las santas mujeres y ayudada por san Juan. Se encuentran las miradas del Hijo y de la Madre; la de Jesús no ha mostrado jamás tal ternura; ambos no tienen al parecer, sino un solo corazón para salvar al mundo perdido por Adán y Eva; y ese corazón está henchido de amor. Nadie en la tierra ha padecido ni padecerá como Jesús y María; el exceso de sus dolores es un misterio impenetrable para la criatura humana. La reina de los mártires fué coronada como tal á los pies del Crucificado.

Ante las lágrimas y angustias de la Virgen inmaculada más sensibles para Jesús que sus propios dolores; ante el pensamiento de las amarguras de sus escogidos, y de la defecación de muchos de ellos, y de las injurias con que el hombre paga tanto amor, y de las blasfemias de la humanidad, contra el libre albedrío, contra la ley nueva, contra la virginidad de María, y contra su propia pasión aceptada voluntariamente por amor al hombre, el Redentor experimenta dolores en el alma tan intensos, que sobrepujan á los del cuerpo, permite que su inteligencia humana se turbe: ¡Tengo sed, dice con lágrimas, y su corazón dirigiéndose á las almas añade! ¡Tengo sed de vosotras! Después de haber recomendado su madre á san Juan, se dirige á Aquel que únicamente puede socorrerle. «Señor, dice, ¿por qué me habéis abandonado? La carne maltratada y pálida del Redentor está retorcida, desecada por el dolor; sus cabellos están rígidos por la sangre que los inunda, sus nervios extendidos, sus miembros arrancados de sus coyunturas, sale la sangre de su boca empapada de amargura y de hiel. Todo su cuerpo debe sufrir para purificar todo el nuestro. En este cuerpo inmaculado la vida y la muerte riñen fiero combate. El Crucificado exclama: «Padre mío en vuestras manos entrego mi espíritu». Había levantado la cabeza, la baja y en esta actitud se dejó morir. La divinidad queda velada al mundo, porque el hombre no puede, según la Sagrada Escritura, ver á Dios y vivir.

En este momento, la creación se turba; parece que á despecho de su impasibilidad, los ángeles, la divinidad y el alma inmortal del Verbo hecho carne, habían compartido los sufrimientos del cuerpo crucificado. Los demonios se juntan con común espanto. Abrahán y los justos se hubieran precipitado gustosos en el abismo infernal si este sacrificio suyo hubiese arrancado al Mesías de la muerte (1).

(1) Se hubiesen resignado á todos los tormentos, salvo, bien entendido á la separación de Dios.

Los gentiles sienten gran pena, los verdugos una agitación, que no se explican.

Tu hijo ya no existe, gritan los judíos á la Madre de Dios, y los orgullosos y los burlones, la colman de crueles paiabras. «Resucitará», dicen los fieles. Los hombres están tan ávidos de su sangre que le hieren aún después de muerto. Un soldado atraviesa con su lanza aquel Corazón invencible, que glorificado en el cielo será con el tiempo honrado, alabado y amado más aún por los soldados que por los otros cristianos.

María, siente en su propio corazón la herida causada en el de su Hijo; en sus oídos resuenan aún las últimas palabras de Jesús; y uniendo su voluntad á la de Dios, le alaba y le da gracias en nombre de todas las criaturas; mezclando así el gozo sobrenatural con la más incomprensible tristeza. Silenciosa, no responde á los fieles que hablan de resurrección, á los fieles que por librar á Cristo hubieran afrontado hasta los suplicios del infierno.

Permanecía Brígida inmóvil, sobrecogida de estupor, en la cima del Gólgota, cuando la Madre del Redentor le dijo: «Mira lo que mi Hijo ha padecido por tí», y una vez más resonaron en los oídos de la extática aquellas dulcísimas palabras, que ya otra vez había escuchado: «Te amo con amor infinito; y á trueque de no perder tu alma, estaría pronto, si necesario fuese á padecer de nuevo por tí sola todos los dolores de la pasión y aun la muerte misma».

Continuando la visión, vió Brígida alejarse á los soldados romanos, mientras dos amigos de Jesús quitaban de la cruz aquel cuerpo sacratísimo, y lo depositaban en los brazos de la Virgen Madre. Nuevos dolores para el corazón de María, al cerrar aquellos ojos divinos y aquellos labios, que parecía repetían aún las palabras supremas del supremo perdón. Los miembros guardan la actitud del suplicio, exténdidos los brazos para abrazar al género humano. Brígida se figuraba que seguía á los portadores del Cuerpo sagrado en compañía de Magdalena, de las santas mujeres y multitud de ángeles. Las manos de María envuelven á su Hijo en el sudario, no dejándole atar, según era costumbre, sabiendo que su carne era incorruptible.

Quisiera la Madre de dolor ser sepultada viva con su Hijo muerto ¿No ha participado de todos sus tormentos al pie de la cruz? Sin embargo, dócil á las instrucciones del Salvador, se entrega á los cuidados y solicitudes de Juan, no ignorando que de todas las criaturas humanas será la primera que verá á Jesucristo resucitado y que pronto la consolará con su presencia. Una gracia especial vió Brígida cerca del divino Libertador de las

almas, las de los parientes y amigos de los peregrinos, que libres de sus cadenas volaban al cielo, mientras aquellos subían la montaña del Calvario, purificados de sus culpas, y haciendo méritos para otros (1).

En la misma iglesia del Santo Sepulcro, junto á la columna de la flagelación, refirió Brígida al obispo Alfonso la visión del Calvario con que había sido favorecida. Escribióla después en el vecino convento de los franciscanos, y fué trasladada al latín por Pedro de Alvastra (2).

Mientras más vivamente sentía Brígida aquellos padecimientos que desde su niñez, el divino Maestro la revelara, más incomprendible le parecía la indiferencia de los hombres hacia el divino Crucificado. Hubiera querido arrancar lágrimas de compasión á todas las criaturas ante el espectáculo incomprendible de la pasión y muerte del Hombre Dios. Bien sabía la extática que tales revelaciones no se le concedían, sino con el objeto de recordar á los hombres el gran misterio de amor consumado en la cruz. Escuchemos con la santa, las palabras con que el Salvador se queja de la ingratitud humana: «A ejemplo de los judíos, le dijo, los cristianos me arrojan de sus templos, es decir, de sus corazones. Les he enseñado como Maestro; he padecido por ellos y me creen un falsario. Los fieles de otros tiempos, recibían por el contrario mis dones con agradecimiento; usaban de los bienes terrenos con moderación, ó se privaban de ellos por medio de la limosna. Los sacerdotes venían á mí, atraídos por el estudio de las sagradas escrituras en donde bebían la ciencia divina que derramaban luego en las almas. Los religiosos, seducidos por los encantos de mi amor, me acompañaban en la soledad y me imitaban en la obediencia.

Hoy los seglares miran los bienes que mi bondad les prodiga, como fruto de su industria; los sacerdotes se desviven por atesorar riquezas, y los monjes no buscan en el claustro, sino el descanso, la satisfacción de sus gustos, é inclinaciones y la estimación de

(1) *Rev. I*, 6, 7, 10, 11, 20, 27, 30, 33, 35, 37, 39, 45, 51, 52, 53, 58.—*II*, 15, 16, 21, 24.—*III*, 13.—*IV*, 10, 58, 70, 119, 129, 133.—*V*, 8.—*VI*, 11, 12, 19, 20, 57, 94.—*VII*, 14, 15.—*Serm. Ang.* 17, 18.—*Extrav. LI, LXXXII, LXXXIII*.—*Quatuor Orat.*—*Uppenb. IV*, 160. Hemos agrupado las revelaciones que forman los comentarios de Brígida acerca de la Pasión, sin distinguir de los demás la visión que tuvo en el Santo Sepulcro. Los detalles añadidos al Evangelio por la santa no la contradicen.

(2) *Proc. Can. f. 9, v. Dep. Magno Pet. Cat. Alf. de Vadat. sup. art. 32º f. 111, v. 157 r. 220 r. y v.*

los hombres. Por eso apartando de todos ellos la vista me vuelvo á los infieles, invitándoles á seguirme. Que los cristianos pues olvidados hasta aquí de sus inmortales destinos pidan gracia y misericordia; de lo contrario les castigaré, llenando sus almas de inquietudes, tristezas y terrores. Son á mis ojos, como animales monteses, que ni se sacian jamás, ni hallan reposo, porque en sus corazones no tiene cabida el amor. Por eso no me dicen, como debieran: «¡Señor, nos habéis rescatado con el precio de vuestra sangre divina! ¡Seais bendito y alabado por vuestra santísima Pasión!».

Entre la generalidad de los pecadores el Verbo designaba á los príncipes de Lusignan, cuya raza había dado pruebas en aquella tierra de Palestina, ya de valor llevado hasta el heroísmo, ya de la cobardía más vergonzosa. Brígida debía comunicarles de parte del Señor, los avisos que exigían sus espirituales necesidades. Igual misión se la dió para los soberanos de Chipre, en donde más tarde se detenían para exhortarlos á la penitencia (1). La misiva dirigida á los de Lusignan, fué redactada en latín por Alfonso de Vadaterra, y remitida por medio de Martín de Aragón, monje franciscano y secretario de la reina Leonor.

De día en día santa Brígida formaba al hermano Martín á imagen del pobre de Asís. «Francisco, decíale á menudo la sierva de Dios, repitiendo las mismas palabras, que de los labios del Salvador había escuchado, se privó en la vida de todos los goces y aceptó los padecimientos, por amor de Cristo. Su regla está dictada por la voluntad divina. Los hijos del santo patriarca la observaron primero, y luego se dejaron seducir por los consejos y el ejemplo de uno de ellos, que dócil á las perversas instigaciones del demonio, mereció ser llamado, el «hermano enemigo». Pretendía éste, conservar el dominio de su propia voluntad; poseer rentas; gozar, brillar en el mundo; elevarse á las más altas dignidades de la Iglesia. Sus partidarios llegaron á ser más numerosos que los del santo fundador; y mientras éstos son acredores á la eterna bienaventuranza, aquéllos, si no se corrigen, incurrirán en los castigos sempiternos. La pobreza debe ser el único patrimonio de los hermanos Menores; y si violando sus votos se entregan al goce de los bienes terrenos, Dios maldice las ofrendas que estos falsos religiosos se atreven á presentarle» (2).

(1) *Rev. I*, 6, 30, 36, 44, 55, 57.—*VII*, 18, 19.—*Extrav. LXXXII LXXXIII*.

(2) *Rev. VII*. 20.—*Proc. Can Dep. Alf. de Venat, sup. 31º art. f. 157 r.*—Es probable que la santa se refiera á Elías de Cortona, el «enemigo» es evidentemente un Conventual, no un Espiritual.

Muy bien comprendió Martín de Aragón que se había dejado arrastrar del ejemplo funesto de los conventuales, y resolvió animosamente volver sobre sus pasos, siguiendo con fervor y celo la estricta observancia de su regla. Esta gracia la había alcanzado, según aseguraba Brígida, por intercesión de un gran siervo de Dios. ¿Pertenece este abogado desconocido á la orden de los menores? ¿Vivía en el convento de Jerusalén? Posible es, tanto más, cuanto que la Reina del cielo había revelado antes á la extática el alto grado de virtud que muchos de aquellos religiosos habían alcanzado. Lo cierto es que esas palabras de Cristo llegaron á noticia de los padres Custodios del santo Sepulcro, aunque no se sabe que hayan pertenecido á la escuela de la vidente, á la cual servían de guía en la visita de los santos Lugares.

Ignoraban los peregrinos suecos el tiempo que debía prolongarse su estancia en Jerusalén, mas como el Maestro divino había señalado el momento de la partida, del mismo modo señalaría el regreso. Entre tanto abandonábase Brígida á los consuelos que le ofrecían sus éxtasis, en los cuales recorría aquella tierra bendita, cuyo pasado iba como resucitando á sus ojos. No considerándose obligada á seguir el itinerario habitual de los peregrinos, adoptó el que se avenía mejor á sus recuerdos y á las enseñanzas que del cielo recibía.

Llegando por el camino de Damasco al lugar en que Esteban padeció el martirio, recordó Brígida que este santo glorioso habíala visitado en Roma, y referídola los hechos de su piadosa juventud; el fervor con que escuchaba la palabra divina, su anhelo por seguir á Jesús, su unión con los Apóstoles después de la Ascensión del Maestro, y por último que antes de dejarla la había profetizado su viaje á Jerusalén y la visita á su sepulcro. Representábase Brígida en aquel mismo sitio la terrible y conmovedora escena que en otro tiempo la revelara el apóstol san Pablo. Parecíale escuchar las palabras de Esteban en medio del suplicio; veía las piedras, que derribando el cuerpo del Mártir, eran su única respuesta á los insultos de los obstinados fariseos. Penetraba asimismo en el corazón de Saulo, que respirando amenazas y muerte, impulsado por su fe israelita, oraba por su víctima, mientras Esteban alcanzaba de Cristo la luz divina para su perseguidor (1).

Visitaba Brígida á menudo la casa de Joaquín y de Ana (2).

(1) *Rev.* IV, 6, 129. — VI, 108.

(2) La tradición occidental hace nacer á María en Nazaret, pero según la tradición oriental, el sentir unánime de los franciscanos Tierra Santa, y las noticias de la Escuela Biblioteca, nació en Jerusalén.

Hablóla largamente santa Ana en la gruta en que había nacido la Virgen, recordando la alegría dulcísima de ambos consortes, cuando un ángel les anunció el nacimiento de María, asegurando que esta niña nacería según las condiciones ordinarias de la humanidad y aunque de la estirpe de Eva, aparecía en el mundo pura, limpia é inmaculada como una flor bella y lozana brota de una simiente dañada.

La misma Virgen visible á las miradas de Brígida, le dijo: «Fué concebida sin pecado»; y continuó explicándole de qué manera su alma purísima santificaba el cuerpo, y derramaba en el ser de su bendita Madre, inexplicable y misterioso júbilo, mientras permaneció en el seno materno. Dijo también cuán grande fué la alegría de los ángeles y el terror de los demonios en el momento de su natividad, y desenvolvió luego á los ojos de la extática el cuadro entero de su vida santísima: Desde su infancia había pretendido satanás tentarla; mas ni un solo instante logró alejarla de Dios. Su corazón, su alma y todo su ser estaban tan llenos de gracia, que el pecado no hallaba allí cabida. Tenía sin cesar ocupado el pensamiento en meditar las profecías sobre la venida del Redentor de las almas; para ello se alejaba, cuanto la era dado, de las criaturas; y pedía al Señor no morir hasta después de nacido el Mesías, esperando, por más que se considerase indigna de tal gracia, servir como esclava á la Madre del Salvador. Hizo voto de permanecer virgen, y distribuyó á los pobres cuanto poseía, para ser pobre. Durante su permanencia en el templo buscaba siempre la soledad y el silencio, temiendo decir ó escuchar algo que al Señor desagradase. Reflejábase en ella la voluntad divina como en un espejo, y como el lirio se mueve á merced del viento, así era movida su alma al soplo del Espíritu Santo. José, no sólo aprobó el voto de la Virgen, sino comprometióse á respetarlo; y encantado de la pureza de María en sus palabras y proceder, quiso desposarse con ella para protegerla.

Alejóse Brígida de Jerusalén, y se dirigió á Nazaret. Allí en la casa de José y María tallada en la roca, en donde según el Evangelista: «el Verbo se hizo carne», los recuerdos de las visiones pasadas se agolpaban en la memoria de la vidente. Contemplaba á María en oración, y al ángel anunciándole el inefable misterio. La Virgen contesta al amor omnipotente solamente: «Hágase tu voluntad», expresión de altísima obediencia. En aquel instante el Verbo eterno se encarnó en el seno purísimo de María, llena de belleza, de suavidad de fuerza de alegría, María se hundía en el anonadamiento total y sincero.

Luego obedeciendo á secreto impulso, dirigióse Brigida á la casa del Precursor del Mesías. En medio de las montañas en una ciudad de Judea (1), en Hebrón, la vidente contempló en espíritu la misma escena que por la Virgen santísima le había sido revelada anteriormente. Vió, cómo después de algunos días pasados con su prima ocupadas ambas en las alabanzas divinas, preguntábase la Virgen de qué manera daría gracias al Altísimo por el incomprensible beneficio que de su omnipotencia acababa de recibir, y cómo satisfaría á las preguntas de José, cuando un ángel semejante á Gabriel se dejó ver diciendo: «Nuestro Dios que es eterno está en tí, no temas; Él hablará por tí; su poder y su sabiduría darán cima á la obra comenzada». En cuanto el protector del Hijo y de la Madre, tal vez penosas dudas invadirán su alma; pero gracias á las revelaciones de un mensajero celestial estas dudas no la penetrarán y rodearán á la Virgen de respeto y de amor.

Durante la octava de la Asunción, encaminóse la santa hacia Belén, se dejaba llevar por el asno que le servía de cabalgadura, sin ver nada de cuanto á su alrededor tenía; no pensaba en Abraham, ni en Jacob, ni en David, ni en Elías, que como ella habían pisado aquella tierra; ni siquiera recordaba á san Jerónimo, cuyas obras la eran tan familiares. Arrebatada en éxtasis escuchaba tan sólo las palabras de la Virgen.

Por un estrecho sendero llegó Brigida á lo más elevado de la colina, en donde la pequeña ciudad de Belén se eleva, dominando el valle circunvecino. Sin detenerse en el santuario, descendió á la cripta, y fué á arrodillarse en el lugar mismo en que el Verbo eterno nació de María Virgen. Cuando por primera vez hubo besado aquella tierra santificada por el contacto del Dios recién nacido, una visión inefable (2), la misma que la Virgen María le había prometido veinte años antes, vino á encantar sus miradas. Vió pues, á María penetrar en el establo seguida de José, que conduce un buey y un asno. El santo anciano enciende una lámpara, la suspende en el muro, y se entrega á la oración cerca de la entrada. María, en tanto, despojándose del manto y del velo, deja caer sus largos cabellos de oro, se arrodilla junto al pesebre, elevados al cielo los ojos y las manos, inmóviles y

(1) *Luc.* 1, 39.

(2) Citando algunas líneas de una de las revelaciones acerca de la Natividad (*Sv. lit.* I, 169), dice Schöck: *Es necesario ser católico para escribir esto, pero es necesario también haber conocido toda la alegría y la fortaleza del amor maternal.*

arrebatada en éxtasis dulcísimo, espera. El niño nace entonces como todos los hombres, respetando sin embargo la integridad de su madre; sin que se derrame una gota de sangre. Del mismo modo que de la Concepción, todos los miembros de María respiran alegría, sus pies no tocan la tierra, su alma se exalta, la mitad de su corazón parece escapársela cuando Jesús sale de su seno para entrar en este mundo. Del divino Infante despréndese resplandor tal, que la gruta queda iluminada y llena de conciertos angélicos. Bien venido seáis, mi Dios, mi Señor y mi hijo, dice humildemente la Virgen á Jesús, que llora y le tiende los brazos. Al contemplar al Recién nacido tan hermoso, el corazón de la Virgen Madre palpita de júbilo; le toma en sus brazos, y estrechándole contra su pecho para calentarle, le envuelve luego en pañales nuevos. Acércase José; contempla á Jesús, derramando copiosas lágrimas, y entre ambos le colocan en el pesebre, y postrados en tierra le adoran en silencio.

No ha llegado la hora de revelar al mundo el inefable misterio del temporal nacimiento del Dios inmortal, y no obstante, los sencillos pastores saludan con delicia y amor al Infante divino. Poco más tarde llegan los Magos, cuya visita no sorprende á María: las profecías se la habían anunciado. Jesús acoge con sonrisa á los primeros entre los hombres, que le reconocen como á su salvador; y esta expresión de gozo que aparece en el rostro del Dios Niño, se refleja en el de su Madre.

La consoladora visión de la Natividad desapareció; mas la extática se deleitaba aún, repasando en su mente otras revelaciones que referentes á la infancia de Jesús, había recibido en otro tiempo. Un día de la Candelaria, había penetrado su espíritu en el templo de Jerusalén lleno de ángeles y de elegidos, en medio de los cuales se hallaba el Niño, la Virgen y el gran Sacerdote; una espada sangrienta era el símbolo de los futuros dolores de María. En Belén escuchó nuevas lecciones. María estaba destinada á sufrir más que ninguna criatura humana, sin embargo las palabras del anciano Simeón la destrozaron el corazón; mientras vivió en este mundo la madre de Jesús, conservó abierta la dolorosa llaga; y cuantas veces contemplaba el cuerpo de su Hijo, nacido para combatir, veíale sufriendo los tormentos de la pasión.

Poco después del nacimiento de Jesús contempló la vidente á la santa familia huyendo de los emisarios de Herodes, expiando con ese acto de obediencia á los divinos decretos la rebelión de Adán, y dando origen por este medio á su primer milagro Cuenta

la leyenda que al entrar el Señor en Egipto cesaron de hablar, los ídolos, y se derribaron los templos de los falsos dioses (1).

En los últimos días de Agosto encamináronse los peregrinos al Jordán. En extremo penosa era esa jornada, tanto que á algunos viajeros había costado ya la vida; pero, ¿no debían arrostrarlo todo, con tal de llegar á purificarse en el agua misma en que había sido bautizado el Salvador del mundo? Pasado el valle de Belén, atravesaron, con no poca dificultad, las montañas cubiertas de rocas situadas al Oriente. Con los peligros que procedían del terreno, presentábase el de la crueldad de los árabes de la cual, con frecuencia eran víctima las caravanas enteras. No pensaba Brígida en ello; caminaba tranquila, meditando las santas Escrituras y los comentarios que de ellas había recibido de parte del Verbo y de su santa Madre. Representábase, á Jesús sumiso y obediente á los menores deseos de María y de Jose; trabajando, sufriendo, aceptando á cada instante las privaciones y humillaciones consiguientes á su pobreza, recibiendo con modesta gratitud la limosna que le daban; curando á los enfermos, librando del demonio á los energúmenos, instruyendo á las turbas en las cosas tocantes á la vida futura, ayudando á la Virgen á acomodarse á la voluntad del Señor, si las angustias del porvenir predicho por los profetas viniesen á tocarla. Sin embargo complaciase más Brígida en contemplar al Dios-Hombre, rodeado de celestiales resplandores y de las milicias angélicas; en íntima unión con su Padre por medio de la oración.

Los peregrinos dieron vista al valle del Jordán al anochecer de la jornada. «Este río, dijo el señor á Brígida, es la imagen del mundo. Sus aguas, tan pronto altas como bajas, figuran las prosperidades y adversidades del siglo, que es sufrir, como en otro tiempo cruzó Elías el Jordán, antes de penetrar en el desierto para comprender los secretos de Dios». Brígida fué la primera que vió las aguas en que Jesucristo recibió el bautismo. Gracias á antiguas visiones, veían con la imaginación reproducirse la escena que abrió la carrera pública del Mesías. «He aquí á mi amigo Jesús», decía el Maestro. En el momento de ser bautizado Jesús contemplaba la vidente aquel rostro divino, cuyas facciones habíale pintado la Virgen, tan semejantes á las de su Madre inmaculada. Vigoroso, de elevada estatura, no se hallaba en la persona del Dios Hombre imperfección alguna; la barba, los cabellos y las cejas

(1) Las palabras de Brígida concuerdan con las relaciones de algunos Evangelios apócrifos, por ejemplo con los del *L'Evengile arabe de l'enfance*.

de un color rubio brillante», la frente y la nariz recta, los ojos tan hermosos y tan puros que su mirada cautivaba á sus mismos enemigos, los labios delgados y rojos, el mate de su rostro ligeramente coloreado, despertaba en las almas, con su presencia el más puro regocijo; y Aquel que debía apurar el cáliz de los dolores humanos, despertaba en su presencia el más puro regocijo y aún aquellos que ni aún sospechaban su divinidad, decían: «Vamos al Hijo de María, él cura los padecimientos de nuestros corazones (1).

No visitó Brígida el lago de Genesareth; mas el Salvador, refiriéndose á las turbas que en otro tiempo le seguían en aquella tierra, dijo á la sierva de Dios: «Unos venían á Mí, impulsados por el amor; otros, aprovechando tan sólo la ocasión que se les presentaba; para satisfacer su curiosidad. Un gran número, tenían el alma llena de cólera, de envidia, de traición. Con los sencillos hablaba Yo sencillamente; con los sabios usaba un lenguaje más elevado. Las parábolas y enigmas de que me servía, provocando las preguntas de los oyentes, llevaban la luz á las almas de buena voluntad en cuanto á los hombres poco sinceros, testigos verdaderos, dando crédito sólo al oído, eran testigos falsos, en cuanto á la inteligencia y no me comprendían».

«Los relatos evangélicos continuaba diciendo el Maestro, ofrecen variedad en la verdad común: unos refieren mis palabras, y otros explican su sentido». En fin para precaver á su sierva de todo engaño ó confusión en aquella tierra oriental, tan fecunda en poéticas leyendas, añadió el Señor: «Preciso es establecer la debida distinción entre la Escritura inspirada por el Espíritu Santo, y los demás escritos piadosos de los cristianos. Tan sólo aquellos Evangelios admitidos por la Iglesia, han sido dictados por la divina ciencia».

En el mismo camino que los conducía á Jerusalén detuviéronse los viajeros ante la primera tumba, de que salió un cuerpo resucitado, el sepulcro de Lázaro. Allí el Señor, refiriéndose á la resurrección de su amigo manifestó á Brígida, que la causa porque le había llamado de nuevo á la vida temporal, no había sido otra, sino el deseo de que adquiriese mayores méritos, logrando así, que fuese más crecido su galardón en la gloriosa eternidad.

Este milagro fué una figura ó simbolo de la resurrección de las almas á la vida de la gracia, por medio de la cual salen

(1) La descripción que hace Brígida de Jesús, se considera en su patria como la mejor expresión del sentimiento de la belleza en la edad media.

redimidas del pecado. Poco después hallábase Brígida ante el sepulcro de Jesús. Allí, en éxtasis dulcísimo, contemplaba al Libertador de las almas, sin acertar á alejarse de aquel recinto sagrado. En el monte de las Olivas hablóle el Maestro del misterio de su Ascensión á los cielos, diciendo. Bajé á la tierra como peregrino, y subí á mi Padre como conquistador. Los cruzados volvían á su patria después de la victoria con los cautivos que habían libertado. Yo también he vuelto á mi patria con los cautivos que en los limbos y en la tierra he arrebatado á sataná. María, depositaria de las enseñanzas todas, tocantes á la fe católica hubo de permanecer aún entre los hombres, para instruirlos, convertirlos y fortificarlos; para defender la doctrina cristiana, atacada desde entonces por todas partes; para sostener la constancia de los Apóstoles, que pudieran haber hecho vacilar á sus perseguidores.

El Cenáculo se hizo visible á Brígida. En derredor de María vió á Pedro el primero de todos, por elección del divino Maestro; á Santiago, el hijo del Zebedeo, quien por el mérito de su paciencia y fervoroso celo mereció entrar en la Gloria antes que ningún otro de los discípulos; á Juan, el más sublime de los Evangelistas y el predilecto de Jesús; á Bartolomé, que con tal prontitud abandonara las riquezas y goces que de ellas dimanaban, para correr en pos del trabajo y de los tormentos; á Felipe, más deseoso de engendrar almas para la vida eterna, que de perpetuar aquí abajo una raza ilustre; á Tomás, cuya fe fortalecida en el corazón herido de su Maestro había de crecer al par del divino amor; á Andrés el amante de la cruz; á Mateo el doctor de las almas; á Santiago el Menor, que tanto se asemejaba en el físico al Hijo de María; á Simón, el amante de la sabiduría eterna; á Tadeo el de corazón puro; á Matías, cuyo desprendimiento de los bienes de la tierra hacía olvidar la sordida avaricia de Judas el traidor.

María describió á Brígida el dolor que la había causado la separación de Jesús, los éxtasis en que la encontraba (1), Juan, virgen como ella, trabajaba para la subsistencia de ambos. Más de quince años después de la Ascensión, fuéle enviado de nuevo el arcángel san Gabriel y la había dicho. «Tu Hijo me envía

(1) **Fr. Cajetan Benitez de Lugo** (*Anal. Jur. pontif.* 19ª ser. 1880-911) pone las Revelaciones (I. 8) en contradicción con las obras de santa Teresa. Esta discusión se refiere á un punto de teología, á saber si las apariciones de Nuestro Señor son personales ó si se reciben por ministerio de los ángeles.

para anunciarte que ha llegado el tiempo de ir hacia Él á fin de recibir tu corona y sus amigos te darán sepultura.

Preguntó María al ángel: «¿Conoces el momento en que debo partir?» preguntó María al mensajero. Pero éste había desaparecido.

La Virgen Madre visitó por última vez aquellos lugares consagrados con la pasión y muerte de Jesús; el recuerdo de su Hijo divino inundó su alma purísima de tan inmenso gozo, que no siendo posible resistirle sucumbió bajo su corazón, el peso de sensación tan intensa. A los ojos de los hombres pareció que se dormía y su alma se perdió en el amor.

María no reveló á su sierva lo que en tales momentos experimentarä; contentóse con decirle: «Jamás podrías tú llegar á comprenderme». La santa, sin embargo contemplaba á la reina del cielo, bella con una triple belleza reflejo de la belleza divina, cubierta con una túnica resplandeciente como el Sol, revestida con un manto tan azul como el azul celeste; coronada con guirnaldas de siete lirios realzados con piedras preciosas, emblemas de sus virtudes. El Redentor proclamó que María es la flor de perfume más suave y delicioso que el de todas las flores, el arco iris y el arca de la antigua y de la nueva alianza, la aurora de la mañana y el imán que atrae á sí á los pecadores. Que así como san Juan Bautista precedió al Mesías en su primera venida, así también la Reina de la misericordia vendrá delante del Juez de vivos y muertos en su segundo advenimiento.

Arrodillóse luego Brígida en el subterráneo mismo en que los apóstoles depositaron (1) el cuerpo benditísimo de la Virgen cerca de los cuerpos de Joaquín Ana y José. Besó esta tierra venerada y subieron á la Virgen las palabras que el Verbo la

(1) El texto de las revelaciones dice que la Virgen permaneció quince días en la tumba; el comentario afirma que es esta una falta del copista. La opinión de los padres de la Iglesia sobre este punto es, que los ángeles llevaron al cielo el cuerpo de María el tercer día después de muerta. Si la Asunción es un hecho incontestable, sus circunstancias son desconocidas en absoluto. ¿Dónde murió María? Se admite generalmente que en Jerusalén. (**H. Lesétre. L'Assomption, Rev. prat. d'Apol.** 1.º Agosto de 1909, pp. 679-680.) «Assumptio mea, dijo la Virgen á Brígida, non multis cognita fuit, nec praedicata a pluribus, hoc voluit Deus qui est Filius meus ut prius infingeretur cordibus hominum credulitas ascensionis suae, quia corda hominum difficilia et dura erant ad credendum ascensionem ejus, quanto magis, si praedicata fuisset statim in initio fidei assumptio mea».

había dictado. «Tal salutación te ha sido revelada por El que no tiene principio ni fin respondió la Virgen. Se humilde y yo seré benigna para tí».

La Madre de Cristo eligió el Valle de Josafat, para anunciar á Brígida que era llegado el momento de reunirse con sus compañeros y de abandonar á Jerusalén. «Volved á tierras cristianas, dijo la Reina del cielo; purificar vuestras almas, y que el recuerdo de los santos Lugares os preserve del pecado hasta el último suspiro (1).

Oye estas palabras Brígida el 8 de Septiembre, cuatro meses después del desembarco en Jaffa y para comunicárselas á los peregrinos, dirigióse al sitio en donde estaba cierta de encontrar á muchos de ellos; á la gruta de Getsemani en la que Jesús había esperado la hora temida y deseada de la Pasión, pensaba en el sueño de los discípulos, mientras el Maestro velaba sumergido en un mar de dolores; pensaba en la perversidad de Judas, de alma baja, de corazón insensible, más corrompido y fétido que el cuerpo de Lázaro antes de su resurrección. Se aproximaba á Dios que ya sufría por sus verdugos, Jesús inclinándose la abrazaba. «¿Amigo mío, decía por última vez Jesucristo al traidor, para qué has venido?»

Meditando estas palabras, sentíase desfallecer la santa: recordaba á los innumerables ingratos de su siglo, cuya alevosía y traiciones conocía demasiado. A ellos quizá, ¿habría hablado al Maestro por última vez también? ¿Se entregarían como Judas á la desesperación, cayendo en fin en manos de satanás? ¿El rey Magno sería tristemente abandonado del amigo inmortal de las almas? Trece siglos antes la humanidad daba prueba de su degradación original, vendiendo á su Redentor. Cristo había muerto por amor del hombre, y éste permanecía obstinado en el mal. El mundo continuaba girando en el mismo círculo de inútiles ó vituperables

(1) *Rev. I*, 8, 9, 10, 20, 26, 31, 32, 45, 51, 52, 53.—*II*, 15, 29.—*III*, 10, 11, 20, 21, 23, 25, 32.—*IV*, 18, 19, 21, 22, 23, 57, 58, 61, 63, 70, 72, 74, 78, 79, 86.—*V*, *Rev. 4* y *passim*.—*VI*, 1, 28, 48, 49, 54, 55, 56, 58, 59, 61, 62, 88, 104, 106, 122.—*VII*, 2, 21, 22, 23, 24, 25, 26.—*Serm. Angel. Fer. II. Lec. III*.—*Quat. Orat.—Extrav. XXXIV*.—Dos de estas revelaciones, VII (22, 26), están fechadas en Tierra Santa, pero además reunimos en este capítulo los pasajes de los escritos de santa Brígida que tienen á Palestina como asiento natural. Respecto á la Asunción, María dijo á la santa: «*Corpus meum iacuit in terra sepulture, deinde cum multitudine Angelorum fuit assumptum in coelum.*» — *Proc. Can. f. 90 Dep. sup. 32 art Magni Petri, Kater. y Alf. ep. Gien. f. 111 v. 135 y 158 r.*

cuidados y de goces tan falsos que le parecían como goces pasajeros. Lo que en otro tiempo el Señor echaba en cara á los judíos, eso mismo reprendía entonces á los cristianos. Sumida en tan tristes reflexiones recorrió Brigida el estrecho valle limitado al norte por las alturas sombrías que ocultan las tumbas de los reyes de Israel, al oeste por las murallas de Jerusalén, y regado por el torrente Cedrón (1). Serena y tranquila llegó á la gruta de Getsemaní, en donde se reunió con sus compañeros suecos y españoles. Oraban todos, y sus lágrimas corrían abundantes en medio del silencio, que más aun que la palabra, glorifica á Dios. Ninguno de ellos había recibido comunicación alguna sobrenatural, ni se le había concedido contemplar los cielos abiertos, pero sí orar en aquel jardín sagrado y besar las huellas que su recinto encerraba. Señales benditísimas del paso de Jesús por esta mansión de dolor. Conocían esas horas en que falta el valor y las fuerzas, en las que la pena presente se multiplican hasta el infinito por los terrores de un doloroso mañana. Cuantas veces había repetido: «Las aguas suben hasta mi alma, estoy metido en un abismo de fango y el torrente me sumerge. Señor sacadme de este cieno, el oprobio ha destrozado mi corazón. Sufro, espero que se tenga lástima de mí..., nadie me consuela, no encuentro nada».

Algunos sostenían la lucha interior, que todos los hijos de Adán sostienen más de una vez. Irresolutos, temblorosos, aterrorizados dirigían desde luego al Señor el grito de espanto recogido por los débiles de los labios del Señor: «Apartad de mí este cáliz». Comenzaba después la agonía destinada á disciplinar su voluntad y cuando se resignaban á todo lo que la naturaleza detesta, diciendo «Hágase no mi voluntad, mi Dios y mi Padre sino la vuestra» encontraban al ángel consolador y encontraban en sus sufrimientos un sello de predestinación. Al pie de la montaña en que el Señor había caído ante el peso de sus dolores, antes de subirla para elevarse hasta el cielo, notaban que en vez de anonadarles, el dolor les elevaba hacia regiones más puras. Ya no temían, se veían amados. Jesús estaba con ellos ¿por qué temer el Calvario? si el Maestro les enviaba allí, sería para atenderlos y sostenerlos.

Pero mejor que nadie, Catalina desahogaba su corazón en el de Jesús agonizante; porque su vocación particular la llamaba á velar y orar á los pies del Maestro. No dejaba pasar como los tres

(1) *Rev.* I, 6, 27, 39.—*III*, 1, 19.—*IV*, 58, 98, 99, 106, 126.—*V*, 8.—*VI*, 53.—*Orat.* III.

apóstoles, esta hora que no vuelve y en tanto que se podía penetrar su alma velada no dejaba de vérsela allí.

Llegó en tanto el momento decisivo, y el anuncio de la partida expresado con las palabras: «Dios lo quiere» fué acogido con sumisión.

Restaba por recibir una gracia: los franciscanos armaron á Birger caballero del Santo Sepulcro. Este señor sabe, decían, que el reino de los cielos se conquista siguiendo las huellas del mayor de los caballeros, Jesucristo, y desde su juventud las ha seguido á Tierra Santa con los sentimientos de un cruzado que daría su vida con tal de reconquistar á Jerusalén tomándola á los infieles: ¡que obtenga esta recompensa ahora cerca del Calvario! (1).

Había visitado Brígida la casa en donde nació la Virgen, la gruta de Belén, el Jordán, el Calvario, el Sepulcro de Jesús y el monte de las Olivas. Milagrosamente instruída sobre cada una de las etapas de su piadosa peregrinación, se alejaba de Palestina, habiendo gozado el privilegio de tratar tan íntimamente al Salvador y su Madre, como si en su tiempo y en aquella patria hubiese siempre vivido. Gracia, que no le fué concedida, sino para elevarla más y más en amor y fidelidad á su Dios, durante el curso de su existencia terrestre.

(1) Hemos consultado las descripciones siguientes de Tierra Santa en la edad media: **Bernardí de Breydenbach Opusculum sanctorum peregrinationum, Maguntiae, ed. princeps, 1486.**—**Early travels in Palestine by Thomas Wright, Londón, 1848.**—**Peregrinatores Medii Ævi quatuor... recensuit J. C. Lipsiae, 1864.**—**Expéditions et pèlerinages des Scandinaves en Terre Sainte au temps des Croisades, par le Comte Paul Riant, Paris, 1865.**—**Itinéraires á Jérusalem, publicados por H. Michelant y G. Raynaud. Geneve, 1882.**—**Epistola F. Felicis Fabri O. P. ad Fratres conventus Ulmensis ejusd. Ord. De peregrinatione Terrae Sanctae et Jherusalem, Bibliothek des Literarischen Vereins in Stuttgart.**—**F. Felicis Fabri evagatorium in Terra Sancta, edidit Cunradus Dietericus Hafslar.**

CAPITULO XIII

1372-1373

MUERTE DE BRÍGIDA

Embárcanse los peregrinos en Jaffa.—Profecías relativas á los soberanos y al pueblo de Chipre.—Permanencia en Nápoles durante la peste.—Exhortaciones á Juana I y á los Napolitanos.—Llegada á Roma.—Ultima revelación al papa Gregorio XI.—Despedida, muerte y funerales de la santa.

Sancta Birgitta do tha i Rom.

Chron. epis. Lincop.

M. C. ter. et decies septem tres Apollinaris

Hanc incepta dies celestibus advegít aris.

Insc domús S. Birgittae.

Las fuerzas de Brígida habian declinado visiblemente durante su estancia en Palestina, y los achaques se trocaron en padecimientos agudos, cuando en el mes de Septiembre, se embarcó de nuevo en el puerto de Jaffa. Casi no podía comer, y una fiebre ardiente la consumía. Entristecianse de ello sus hijos y compañeros; y más aún al verla carecer de lo más necesario en tan penosa situación; pero ella los consolaba sin desanimarse nunca, diciéndoles: «No os aflijáis, porque he recibido de Dios tantos bienes que no deberíais compadecerme, aunque vierais mis miembros todos hechos pedazos. Las penas de esta vida, nada son en comparación con la gloria futura que se nos ha revelado». La sierva de Cristo no sólo aceptaba el padecer, sino que rendía gracias al Señor que le proporcionaba la ocasión de adquirir nuevos méritos para la eternidad. En efecto, recibir con gozo los males, era para la santa una protestación de fe, era socorrer á los vivos y á los muertos y llevar fin en unión con Jesucristo la pesada carga de los pecadores.

En una edad en que por lo regular el horizonte no se ensancha, el Maestro mostraba á su sierva una senda por la cual no había

caminado aún. Como recuerdo de la peregrinación á la Tierra Santa, entrególa una cruz que abrazó con efusión, prometiendo vivir clavada en ella hasta su último suspiro.

La navegación fué feliz, y los peregrinos desembarcaron en Tamagusta el 8 de Octubre. «Esta ciudad, dijo Cristo á la extática, es una verdadera Gomorra; lujuriosa, soberbia y derrochadora. Sus edificios serán destruidos, y se asentarán en ella la ruina y la desolación; sus habitantes, al tratar de alejarse, huyendo de tantos males, caerán en tierra desfallecidos, y la noticia de su ignominia será la burla de todo el país» (1).

Las revelaciones que desde Jerusalén había dirigido la santa á la casa de Lusñan, permanecían reservadas; contra la voluntad expresa del Señor. Juan de Antioquía fingiendo poner en duda la inspiración divina respecto de la santa, envióle á su confesor el hermano Simón á fin de interrogarla sobre el particular. Recibió Brígida al dominico con su habitual sencillez. No podía éste ignorar los consejos dados por santo Tomás de Aquino á uno de los antepasados de su señor, en el célebre opúsculo «De regimine principum», en el cual, el doctor angélico parece condenar anticipadamente el asesinato del rey de Chipre, sin embargo, el hermano Simón no sólo no admitía la culpabilidad de su ilustre penitente, sino que hizo de él un magnífico elogio. Entre tanto que el dominico hablaba, el olfato de Brígida estaba en tortura á consecuencia del mal olor perceptible para ella, de los pecados de aquel infeliz. Escuchóle con disgusto, y volviendo la cabeza, le manifestó cuáles eran las sentencias del cielo contra Juan de Antioquía y contra él mismo: «Vuestro príncipe, le dijo, fué cómplice del asesinato de su hermano, y haciendo gala de sus vicios, no se cuida de reparar el escándalo. Si ahora no se arrepiente de sus pecados, los llorará después de su muerte, la cual será más terrible aún que la del rey. En cuanto á vos, no sois un guía sino uno de esos engañadores, que aconsejan adquirir bienes temporales á costa del honor. ¿Por qué no permanecéis en vuestro convento? No tendrías que expiar tantas faltas y vuestra eternidad sería más gloriosa». El dominico salió de la presencia de Brígida burlándose de sus palabras y de los que «neciamente creyesen que Cristo se dejase ver de semejante ilusa».

A pesar de la funesta influencia que este hombre ejercía sobre los soberanos, no pudieron éstos rehusar una audiencia á la profetisa. De parte de Cristo exhortó Brígida á Leonor á permanecer

(1) MAS LATRIE, *L'Ile de Chypre*, 238.

en Chipre, sirviendo á Dios en la viudez y en la penitencia. «Habéis sembrado la división, la dijo, ahora procurad establecer la paz, proteged á los oprimidos; no exijáis del pueblo nuevas contribuciones; perdonad á vuestros enemigos, sobre todo á los asesinos de vuestro marido; dejad la justicia en manos de Dios, cuidad con maternal solicitud á vuestro hijo, inspirarle el amor divino; rodeadle de consejeros sabios y prudentes, de amigos sinceros y de intachable conducta, á fin de que temiendo al Señor gobierne con equidad, se compadezca de los males del prójimo, aleje de sí á los lisonjeros y acoja á los hombres virtuosos y rectos, aunque sean pobres y despreciados. Huid del lujo; pagad las deudas; elegid en fin, por confesor á aquel que muerto al mundo se muestre más deseoso de ganar almas, que de recibir dones, obedecedle como al mismo Dios».

Multitud de grandes señores y de altos dignatarios del reino se hallaban entonces en palacio, para asistir á la coronación de Pedro II, quien consagrado rey de Chipre en Nicosia debía recibir el 12 de Octubre la corona de Jerusalén, que los Lusignan no habían logrado defender contra los ataques de los infieles.

En presencia de todos acusó Brígida á la familia real de su poco respeto hacia Dios. «Cuando oraba por vosotros ante el santo sepulcro, decía la vidente, Cristo me respondía: ¿Por qué imploras mi clemencia en favor de esos príncipes? Pierdes el tiempo. Prometen enmendarse, pero nunca lo cumplirán. Adviérteles de mi parte, que si no expían el asesinato de Pedro el Grande, que si no se apartan de la senda de iniquidad por donde caminan, los castigaré rigurosamente».

Estas palabras fueron acogidas con desprecio; los cortesanos trataron á la santa de loca, insultando á los que de buena fe la escuchaban; mas la sierva de Dios no se desanimó y continuó repitiendo las palabras que de los labios divinos había escuchado. Según ellas, el Señor echaba en cara á ese pueblo ingrato, el poco cuidado que mostraba por los santos Lugares prefiriendo al espectáculo de la tierra regada con la sangre divina, el de las arenas en que las fieras combatían con los perros lanzados contra ellas (1). Si no se enmendaban los Lusignan y sus consejeros eclesiásticos serían condenados.

Después de pronunciar tales palabras quiso Brígida dar á conocer á todo el pueblo las revelaciones, que con respecto á la

(1) Un viajero del siglo XIV citado por MAS LATRIE (*L'Île de Chypre*, 230) dice que el conde de Jaffa, señor cipriota tenía más de quinientos perros.

isla de Chipre había recibido en Jerusalén. Salió pues de palacio, y á ejemplo del divino Maestro, repitió sin temor en las plazas y en las calles las mismas palabras del Omnipotente.

Pueblo de Chipre, escúchame, había dicho el Verbo, mi amor hacia los hombres es tan incomprensible hoy, como lo era en el tiempo de mi Pasión y si me fuese posible padecer aún, sufriría de nuevo por cada uno de los condenados todos los tormentos que he padecido por la humanidad entera. En cuanto á tí, pueblo de Chipre, te he amado, como ama á su hijo único el más tierno de los padres. Te he elevado y colmado de honores; te he concedido los bienes de fortuna, y he enviado sobre tí la luz y el fuego de Espíritu Santo. En tus adversidades te he protegido; te he guardado en mi Corazón siempre que lo has querido, y multitud de almas se han elevado desde esta Isla hacia las regiones celestiales. Pero ¡ay!; ya no amas á tu Criador y Señor; ya no temes á tu Juez, ni tienes horror al pecado y obras como los brutos que carecen de razón. Si no te enmiendas, aniquilaré tu generación y tu posteridad, y te arruinaré hasta el punto de borrar el recuerdo de tu existencia. Vuelve pues á tu Pastor; El tomará en sus brazos á la oveja descarriada y la conducirá al celestial redil. Pero tú me aborreces, y aunque eres indigno de mis exhortaciones, hoy llegan á tí, por los ruegos y méritos de algunas almas justas, que en tu recinto encierras. He aquí lo que ordeno á tí y á tus soberanos; que el rey perdone por mi amor á los que se hallen complicados en el asesinato de su padre; que él y el regente confiesen sus pecados, reciban la Sagrada Comunión, y procuren tener un solo corazón para regir en el temor de Dios á este pueblo; que los prelados se ocupen en reformar las costumbres de los grandes y de los pequeños, de los funcionarios públicos y militares. Como de los particulares; de los regulares y los seculares; y que exhorten á los pecadores públicos á hacer penitencia. Por lo que toca á los cismáticos griegos unos reconociendo la verdad, desprecianla, y se separan del papa, á fin de entregarse con toda libertad á su codicia y voluptuosidad, otros por el contrario, buscan la verdad, y á pesar de su deseo no la encuentran; los primeros no son dignos de perdón; los otros serán acogidos con clemencia por la Misericordia divina en el día del juicio. Pero en cuanto á los reinos griegos, no gozarán de paz y de honor si no se conforman con las doctrinas de la Iglesia romana».

Como las profecías que anuncian desgracias, no son nunca bien acogidas por los pueblos, Brígida fué tratada como antes

lo había sido el profeta Jeremías. Todos proclamaban que sin detrimento de la prosperidad de Chipre, podían continuar entregados á su vida pecaminosa. No demos oído á las necedades de esta mujer estúpida, gritaba la multitud, y apresurémonos á preparar las fiestas de la coronación».

Brígida había hablado al pueblo y á la corte la víspera de los regocijos y fiestas que debían ser para Chipre el principio de duelo eterno. En el cortejo que seguía al rey desde el palacio hasta la catedral, en donde fué consagrado, se levantaron ciertas querellas sobre la pretensión á los primeros puestos que se disputaban entre sí, los genoveses y los venecianos. Renovóse la querella poco después en un banquete, y á tal punto, que los contrincantes llegaron á las manos, siendo el primero que cayó herido, un pariente de aquel comerciante que había prestado atento oído á los consejos de la profetisa.

Esta, que arrodillada ante el tabernáculo, asistía en espíritu á la sangrienta escena, vió al genovés Malansel caer herido de muerte al recibir la estocada, llamó inmediatamente á Alfonso de Vadaterra, y le suplicó partiese en el acto á socorrer al moribundo, y á decirle: «No moriréis por ahora; la gracia de Dios os sostendrá». Poco después el religioso recibía de Brígida otro mensaje para Leonor y en el sangriento encuentro de genoveses y venecianos ponía en evidencia el principio de la cólera celeste. Y así sucedió.

Por última vez, la santa exhortó á los de Lusignan á expiar sus faltas por medio de la penitencia (1); pero nada fué capaz de alejar á esta raza envilecida del torbellino de placeres en que vivía; y Brígida, juzgando inútil su presencia en Chipre partió para Nápoles el 17 de Octubre de 1372 (2).

Al dejar el puerto de Famagusta, dirigió con tristeza una última mirada á aquella ciudad destinada á perecer, y sobre la

(1) *Rev. VII*, 16, 18, 19.—*Extrav. LXVII*.—*Proc. Can. f. 9. Dep. Magni Petri sup. 31º art. f. 111 r. Dep. ejusd. Kater. et Alf. ep. Gien. sup. 36º art. f. 113 v. 137 v. 159 v. Dep. Alf. ep. Gien. et nob. viri K. Malansel de Jan. sup. 19º art. f. 15 v. y sup. 31º art. f. 157 r. Dep. P. de Alv. sup. 25º art. f. 212 r.*

(2) Esta fecha, la misma del combate está dada por Carlos Malansel en su deposición, pero resulta el viaje de Brígida á Chipre en 1371, error justificado por las diversas épocas en que empezaba el año. Son tales las dificultades cronológicas para la historia de Chipre en la edad media que MAS LATRIE consagra doce páginas (*Hist. de Chypre*, II (Documents, XIX, XXX) para explicarlas. Tomamos nuestra revelación de Diomedes Strambaldi, en la cual se apoya igualmente Mas Latrie.

Isla toda, que salía de las azuladas ondas, hermosa y ataviada como para una fiesta. Chipre debía ser en breve el teatro de los más crueles combates, en los cuales, á pesar del heroísmo de algunos de sus grandes hombres, todos ellos cristianos, los habitantes iban á dar muestra de su cobardía, frente al enemigo. En vano sacrificarían la vida en aras del honor; decretado estaba que habían de ser exterminados; y los que entonces se contaban á millones, quedarían pronto reducidos á algunos millares privados de libertad en el ejercicio de su religión. Respecto á los Lusignán, después del incomprensible asesinato de Juan de Antioquia; después de una política tan insensata como culpable, se extinguirían al fin, quedando sepultados en la obscuridad (1).

Desapareció Chipre en el horizonte, y Brígida dirigió su pensamiento hacia otra ciudad condenada también por el Señor: la grandiosa Constantinopla. ¿Veía ya la extática delinearse los acontecimientos que tendrán efecto antes de algunos meses? ¿Presentía quizá que los Pateólogos habían de preferir servir al sultán, á morir como cristianos? ¿Escuchaba por ventura, los gritos de triunfo de los turcos, que antes de medio siglo iban á reinar en la capital de Oriente? (2). Nada dijo sobre el particular; sufría en silencio y continuamente, y nadie pudo adivinar en favor de quién ofrecía las torturas y dolores de su alma.

Al llegar á Nápoles, los peregrinos encontraron la ciudad entregada á los horrores de la peste. Recordando el poder sobrenatural de que Brígida estaba dotada, acudieron al encuentro de la Taumaturga, el arzobispo, la reina y la ciudad entera, rogándole los librase del azote. «Sólo la penitencia, les respondió, aleja de los reyes y de los pueblos, la cólera divina. Imploraré las luces de lo alto, y os diré lo que el Señor me revelare» (3).

(1) Una rápida mirada sobre la historia de Chipre, basta para convencerse de la realización de estas profecías. En 1373 los genoveses trataron de vengar la afrenta recibida allí, en la persona de sus embajadores, por el incendio de la flota de Chipre, y la toma y saqueo de Famagusta. Más tarde, la dominación veneciana se extendió sobre la isla. En el siglo XVI Chipre fué subyugada por los turcos y no se libertó de éstos sino para caer en poder de los herejes.

(2) Esta revelación está de acuerdo con la historia que hace ver la influencia del cisma de Oriente sobre la ruina del Bajo-Imperio. Cfr. **Los orígenes de la civilisation moderne, par G. Kurth. Paris, 1886, I. VI.**

(3) Proc. Can. *Dep. Magni Petri et Kater sup.* 25° art. f. 109, 133.—*Vita auct. Bertoldo. Acta. SS.* 492-502.

Récolgióse la profetisa ante la Majestad divina, teniendo presente ante todo en su oración á la reina Juana. En extremo consolador había sido para su alma noble y generosa alcanzar la conversión y santificación de la mujer que la había privado de su hijo; y el Maestro divino, secundando este deseo, le dictó las siguientes palabras, en carta dirigida á la soberana de Nápoles. «Confesad vuestras faltas con sinceridad y firme propósito de enmendaros; considerad de qué manera habéis llenado vuestros deberes de esposa y de reina; restituíd los bienes mal adquiridos; sed justa, antes de aparecer generosa, procurad, en cuanto os sea posible, no cargar con impuestos á vuestros súbditos, llamad á vuestro lado como consejeros, á hombres francos, prudentes y desinteresados, no acicaléis vuestro rostro para perder las almas, sed humilde; amad y aliviar al pobre; medita la Pasión de Cristo, y temed á Dios, pues vuestra vida hasta aquí ha sido la de una mujer liviana, más bien que la de una reina. No tendréis hijos, arreglad pues de tal manera los negocios de vuestro reino, que en él florezca la paz después de vuestra muerte. Pocos años os quedan de vida; tratad de emplearlos bien; servid á Dios y haced penitencia; de lo contrario, el día del Juicio, seréis juzgada y tratada como una criatura ingrata y odiosa al Señor, á los ángeles y á los hombres».

Según lo había ordenado el Maestro, Magno de Eka remitió á Juana I el escrito de la santa. Estaba ésta iniciada en los secretos de conciencia de la reina, y se reservaba hablarla de ellos sin testigos (1).

Juana concedió algunas audiencias privadas á su leal aunque dura consejera, pero... se declaró culpable? No se sabe; lo cierto es, que desde entonces, la imagen de tan hermosa princesa, no se apartó ya un punto de los ojos de la Vidente. Tan pronto la veía cubierta de asquerosos andrajos, corriendo en pos de las inclinaciones perversas, y olvidada de que tenía una alma salida del soplo divino. Veíala otras veces, ceñidas sus sienes con la corona real transformada en diadema de pajas y el trono en viga oscilante. «Esta mujer descarada y audaz aparenta ser la señora del mundo, decían los ángeles, ante el trono de Dios, pero en realidad es vil y despreciable». Veíala también Brígida sentada en un rico trono y custodiada por dos negros; el de la derecha le presentaba una

(1) *Rev. VII*, 11.—*Proc. Can. Dep. Magni, Petri art. sup. 25º art. f. 109 v. y Alf. ep. Gen. sup. 19º art. f. 155 r.*

copa llena de sangre, diciéndole: «Bebe, bebe hasta satisfacer tu natural instinto». El otro le ofrecía carbones encendidos, exclamando: «He aquí la imagen de tu naturaleza; toma este fuego y arrójalos en el agua». En aquel momento, á la aparición de una mujer maravillosamente bella, huyeron los dos negros. «Si la reina se deja arrastrar por su voluntad, decía la Virgen, será causa de que muchos padezcan; mas si acepta para sí los padecimientos, alcanzará por este medio la vida eterna». Al lado de la Virgen apareció Jesús. «La reina, dijo, me agrada á veces con sus obras, y he mostrado ya á los que por ella me ruegan, el camino que ésta debe seguir, para librarse del oprobio aquí abajo, y de perder su alma para siempre en la otra vida. No sea sorda, pues á los avisos que de Mí recibe».

No olvidaba Brigida entre tanto, la petición que de parte del arzobispo había recibido, en el momento de desembarcar en Nápoles; y Magno de Eka fué el encargado de llevar al prelado una carta traducida al latín, en que le indicaba el Señor, los medios que debía emplear para librarse de la peste, y alejar de su pueblo, no sólo el castigo temporal, sino también las penas eternas.

La carta estaba concebida en estos términos.

«Reverendo padre y señor: La Reina del cielo se ha dejado ver de la persona que vos conocéis, cuando ésta estaba abismada en la contemplación, y la dijo: «Soy como un jardinero del vasto jardín del mundo. Cuando el viento impetuoso de la tentación comienza á soplar, acudo solícita, á proteger á las almas para que no sean arrancadas y llevadas por el huracán, como los tiernos arbustos en día de tempestad. La ciudad de Nápoles se mancha secretamente con crímenes tan espantosos, que no quiero nombrar; y, públicamente con iniquidades execrables. Los grandes señores compran esclavos paganos, y no se cuidan después de su bautismo; si lo hacen, no les enseñan después la doctrina cristiana dejándoles así sin participación en los otros Sacramentos de la Iglesia, de modo que estos desgraciados cometen innumerables pecados, de los cuales, no pueden verse nunca limpios, por la Penitencia, ni por la Eucaristía. Frecuentemente se hace sufrir á los jóvenes infieles los últimos insultos, exponiéndolos se gana dinero vergonzosamente. No pocos de estos esclavos miserables, para huir de los malos tratamientos y de las injurias de sus señores, han acudido al suicidio, como á su único remedio. ¡Desgraciados los que olvidan que Dios se ha encarnado y muerto en la cruz por todos los hombres! Y como

si estas injusticias y crueldades no fuesen bastante para atraerse la cólera divina, la nobleza y el pueblo de Nápoles se entregan á las supersticiones paganas. Hombres y mujeres acuden presurosos á los adivinos, hechiceros y otros encantadores. Uno desea ser amado apasionadamente; otro desea hijos, aquéllos reclaman salud, éstos los favores de sus dueños, y á veces averiguar el porvenir. El Espíritu Santo y la gracia divina se retiran infaliblemente de estas almas, las cuales sin embargo si hacen penitencia alcanzarán misericordia, si no serán para siempre aborrecidas de Dios».

El arzobispo recibió esta carta con respeto; meditó cada una de sus palabras, y cuando se preparaba á darlas á conocer al pueblo, recibió nuevas luces que de parte de Dios le comunicó la extática:

Señor, veis salir muchas veces de una negra chimenea un fuego útil y bello; del mismo modo salen de mí las palabras divinas, es pues necesario dar gracias solamente á Dios.

Os hablaré ahora de cosas que se refieren á las almas y á declararos que no debéis admitir á las órdenes sagradas dejar que admitan vuestros sufragáneos á hombres cuyas aptitudes para tal dignidad no han sido bien conocidas, por medio de un maduro examen. Cuando por condescendencia ó respeto humano se admiten para el sacerdocio á sujetos que carecen de las condiciones para él requeridas, se olvida que Dios pedirá de ello una cuenta muy severa. Convocad al menos una vez al año á todos los que en vuestra diócesis tienen cargo de almas; predicadles; habladles de su salvación eterna y de la de aquellos de quienes tienen que responder ante Dios. Reformad las costumbres de los prelados, de los canónigos y de los simples sacerdotes, los cuales no han de creerse libres de reprensión y castigo en el día del juicio, tan sólo por no haber cometido pecados gravísimos que no se pueden nombrar. Todo sacerdote cuya vida no es inmaculada á los ojos de Dios, debe arrepentirse ó sufrir las penas eternas. Aseguradles pues, que si prefieren la criatura al Creador, el beso de paz, que dan á Jesucristo en el santo sacrificio de la misa, es el beso de Judas. En cuanto á vos mismo, Señor, huid del lujo; arreglad según las necesidades inherentes á vuestro rango, el número de eclesiásticos que han de vivir en vuestra casa, cuidando de que la vanidad no os llevé á tener más de los necesarios: corregid y guiad á vuestros familiares, y como buen padre de familia, inculcadles la práctica de la virtud.

Si vuestra casa alberga malvados, valdría más que estuviera vacía. En cuanto á vuestros vestidos, muebles y objetos de lujo, conservad los estrictamente necesarios, y distribuid los demás. La abundancia de oro y plata que se halla á veces en los palacios episcopales, es abominación á los ojos de Dios. ¿No se sujetó El mismo á la pobreza para enseñarnos que lo superfluo perjudica á nuestras almas? Sea vuestra mesa frugal; vuestros caballos de un precio moderado; los de batalla sólo son útiles para los defensores en la patria y de la Iglesia, cuando los prelados montan estos últimos por vanagloria, los demonios montan á horcajadas en los caballeros y los espolean. Romped, pues con estas malas costumbres y volved á las tradiciones apostólicas. Aunque tuviérais que exponer vuestra vida, no dudéis, ni retrocedáis ante ningún peligro, excepto el de perder las almas». El arzobispo Bernardo de Moontaure se aprovechó de esas lecciones y Brígida recibió en seguida otras dirigidas á la ciudad entera. «Escucha, la decía el Maestro, tú que ves y entiendes según la vía del espíritu; estáme atenta y conserva en la memoria mis enseñanzas. No hablarás movida del orgullo, ni callarás por respeto humano; tanto más cuanto que esta revelación no se te concede por solas tus oraciones, sino en atención también á las que durante largos años me han dirigido mis amigos de Nápoles. Dejando á un lado las iniquidades de los grandes pecadores; habla tan sólo á las almas que viven en pecado venial, diciéndoles que se engañan miserablemente creyendo asegurada su salvación. Los napolitanos y las napolitanas, acicalan el rostro y llevan vestidos de forma extraña para excitarse recíprocamente á la voluptuosidad ¿No comprenden que destrozan el adorno de sus almas; que se alejan de la inspiración divina y que establecen en ellas el imperio de sataná? Pensad cuando os cubris el rostro con afeites, en la sangre que inundó el mío, y en las lágrimas que por él corrían; cuando adornéis el cuerpo con ricos vestidos, contemplad mi desnudez mi flagelación, y mi suplicio. Me despreciáis y si alguna palabra revela en vosotros la construcción ó la caridad, apagáis estos movimientos de la gracia. Temed, el juicio que os espera. Volveos á Mí por la confesión de vuestros pecados, y por una perseverancia que sostendrá la santa Eucaristía. Si así lo hacéis, os acogeré con amor, y derramaré en vuestras almas mis gracias tan abundantemente como no lo podéis imaginar. Pero si os obstináis en el mal, imitaré al focicador que echa su sedal al fondo de las aguas, en que se refocican los pescados. Uno á uno os arrancaré de la vida del

siglo, y cuando más engolfados estéis en los placeres del mundo os suspenderá la muerte eterna» (1).

Las órdenes del Señor eran precisas; su sierva debía dirigirse no sólo al arzobispo Bernardo de Montauré, sino á todo el pueblo napolitano. Hizo pues que se reuniese en torno del prelado el alto clero, los doctores en derecho canónico, los maestros de Teología, entre los cuales se contaban dos religiosos franciscanos, y el dominico Nicolás de Caraccioli; inquisidor general del reino.

Alfonso de Vadaterra les leyó el texto latino de la revelación, que escucharon con respeto; y el arzobispo ordenó que el escrito fuese publicado y comentado desde el púlpito (2). Tratóse de atraer oyentes, invitándolos á acudir á la catedral, refiriéndoles las profecías ya realizadas de la extranjera y los prodigios con que ésta á ejemplo del Salvador, apoyaba sus consejos. La dama española que acompañó á la santa en la peregrinación, decía: «Brígida me profetizó la vocación y la muerte de mi hija». Otras personas referían la curación milagrosa de un monje, que por exceso de trabajo había perdido el juicio, y la curación más milagrosa aún de una joven poseida del demonio, la bellísima Preziolella, que excitaba la atención general por sus luchas contra satán. El obispo de Fermaplen (3) refería los prodigios de la gracia obrados en su alma por medio de la profetisa; milagros menos sorprendentes á los ojos del vulgo que las curaciones y las profecías, pero más fecundos en enseñanzas para los que poseen la inteligencia de las cosas divinas.

Todas las clases de la sociedad se hallaban representadas en torno del predicador, encargado por el arzobispo, de anunciar las revelaciones de Brígida. Realizáronse brillantes conversiones: cardenales, sacerdotes, religiosos, gentileshombres, artesanos, nobles, damas, y siervos, hallaban su alimento propio en la meditación de esos consejos dados en nombre de Dios. Pero ¡ay! la inmensa mayoría de los napolitanos no hizo penitencia (4).

Más de dos meses hacía que moraba Brígida en Nápoles,

(1) *Rev. VII*, 11, 12, 27, 28. El P. de Bue (*Acta SS. Com. praev. XXIII*, 457) data estas revelaciones antes de la salida de Brígida para Jerusalén. El proceso de canonización demuestra su error.

(2) *Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup. 29º art. f. 127 v. Kater. sup. 30º art. f. 133 v. epis. Gién sup. 19º art. f. 153 r. Fr. Nicolai Card. tit Circaci, sup. 29º art. f. 234 r. — Vita S. Birg. 205.*

(3) Citamos el nombre que encontramos en el proceso (f. 41). Nos ha sido imposible descubrir este lugar. Los bollandistas suponen que sea Hermopolis.

(4) *Proc. Can. Dep. Kater. sup. 30º art. f. 133 v.*

padeciendo en el cuerpo, y trabajando á la vez con toda actividad en el servicio de Dios y del prójimo. El 26 de Enero, estando arrebatada en éxtasis y rogando por el pontífice Gregorio XI, dejóse ver el Maestro y la dijo: «Semejante es el papa á un hombre paralítico; sus manos no trabajan, sus pies no se mueven, tan aprisionado está por su familia, que le impide todo impulso hacia Mí. Sin embargo las oraciones de la Madre de misericordia le han alcanzado el deseo de seguir mi voluntad y de volver á Roma. Vendrá pues y comenzará á hacer el bien, pero no terminará sus obras». «Señor y Dios mío, replicó Brígida, la reina de Nápoles y otras muchas personas aseguran que el rey de Francia y los cardenales se oponen á la partida del papa, y aun aquellos que creen estar animados del espíritu de Dios, por las revelaciones y visiones con que son favorecidos, disuaden al papa de ponerse en camino».

«Jeremías profetizaba en Jerusalén, contestó el Señor, mientras el rey consultaba á los adivinos. Si hubiese dado fe á las palabras del profeta, yo le habría perdonado. Esto mismo acontece hoy respecto del papa. Pero le llevaré á Roma á pesar de los adivinos y de los prudentes del siglo, y de los amigos según el mundo. En cuanto á tí, no te será dado saber si lo verás ó no».

Nada dijo la santa á Gregorio XI, sobre estas palabras de Cristo porque no había recibido orden de hacerlo. Poco después el conde de Nola pidió á Brígida ciertas explicaciones sobre las revelaciones del año 1370, que el pontífice deseaba estudiar á fondo para comprenderlas mejor. En consecuencia dictó Brígida una extensa carta dirigida al papa, que el obispo Alfonso tradujo al latín y la puso él mismo en manos del pontífice, temiendo que de otro modo hubiera sido quizá interceptada por la curia; pues este peligro corrían los escritos de todos aquellos que pedían el regreso á Roma de la santa sede.

«Santo Padre, decía Brígida, la persona que Vuestra santidad conoce, estando en oración, arrebatada en espíritu y privada del uso de los sentidos, vió delante de sí un trono elevado y en él á Jesucristo en medio de los resplandores de su inexplicable hermosura y de su incomprensible poder. Rodeábale una multitud innumerable de santos y de celestes espíritus. Allí estaba también un obispo revestido con los ornamentos pontificales. Mi Padre me ha dado todo poder en los cielos y en la tierra, dijo Jesús; y aunque al parecer hablo Yo sólo en este instante, no es así, el Padre y el Espíritu Santo hablan conmigo, pues las tres Personas no son sino Una en la substancia divina». Y volviéndose hacia el obispo añadió: «escucha mis palabras; tú, que eres mi vicario en la tierra,

escúchalas y medítalas. ¿Por qué me aborreces? ¿Por qué son tan crecidas tu audacia y presunción? ¿Por qué tu corte mundana causa estragos en mi corte celestial? ¡Orgullosos! Tú me arrebatas las ovejas y los bienes de la Iglesia, que son mi propiedad; distribuyes á los amigos que tienes en el siglo, el oro de mis siervos; á despecho de toda justicia, te apropias lo que pertenece á los pobres, para dárselo á los ricos. ¿Qué mal te he hecho? He permitido que fueses elevado á la santa sede. Por medio de las cartas que de Roma te han venido, te he declarado mi voluntad. ¿Cómo has correspondido á mis beneficios? La soberbia más desenfrenada reina á tu alrededor con la insaciable codicia, la execrable voluptuosidad y la horrible simonía. Tu me robas las almas y arrastras á los abismos infernales á las que llegan á tu corte. Mi justicia podría condenarte, pero te exhorta mi misericordia. Vuelve á Roma; vuelve tan pronto como puedas á ocupar tu sede episcopal. Mientras más tardes en llevarlo á cabo, más se debilitará tu alma y decaerán tus fuerzas. En Italia, por el contrario, la virtud, los dones del Espíritu Santo, el fuego de Mi divina caridad, te esperan allí. Te permito que fijes el día de la partida; pero apresúrate á llegar á Roma humilde, lleno de caridad, y sin el aparato y el lujo que acostumbras. Aleja de tí los consejos de tu familia y los de los seglares. Pon manos á la obra. ¡Adelante! nada temas; revístete por el contrario de aquella fuerza que dimana de la confianza en Mí; renueva la Iglesia rescatada con mi sangre; devuélvela su antigua fuerza. Si no obedeces, serás degradado ante mi corte celestial, como lo es en la tierra un prelado culpable, á quien públicamente se le despoja de las vestiduras sagradas y de la gloria del pontificado, quedando á la faz del mundo cubierto de maldición y de ignominia. Así lo haré contigo. Aquí abajo tolero tu desobediencia y te dejo gozar de la prosperidad. ¡Oh hijo mío Gregorio!, vuélvete á Mí humildemente! Obedece á tu Padre y á tu Criador. Sométete te recibiré con paternal ternura: Entra pues animosamente por la vía recta, y serás feliz. No desprecies á quien tanto te ama y quien premiará tu obediencia usando contigo de misericordia. Escucha mis exhortaciones y Yo te bendiciré y te revestiré con los ornamentos preciosos de un papa verdadero, llenándote de mi Espíritu de tal modo, que tu estarás en Mí y Yo en tí. Te glorificaré eternamente». Santísimo Padre, decía Brígida para concluir, al pronunciar Cristo estas últimas palabras, se desvaneció la visión» (1).

(1) *Rev. IV*, 141, 142.

Cerca de dos años habían pasado desde los primeros mensajes dirigidos por la santa en nombre de Dios á Gregorio XI. Las órdenes divinas y aún la prudencia humana mostraban al papa, que el camino de Italia era para él la senda del deber; y que si tardaba en dirigir allí sus pasos, llevaría á fatal término lo comenzado por Urbano V., la ruina de la obra colosal de Alborno. Ya los romanos, habiendo recobrado el poder civil, obligaban en cierta manera al papa á retirar su guarnición del fuerte Sant Angelo. Era pues de esperar que, llegada á tiempo tan oportuno esta importante revelación, fuese al fin escuchada la santa. Sin embargo después de leer la carta, el pontífice francés no dijo nada. Los consejos diversos que sin cesar recibía de los verdaderos y de los pretendidos santos, aumentaban su indecisión, privándole también de energía el estado de su quebrantada salud. Si el voto con que se había comprometido, y la voz imperiosa de la conciencia se unían á Brígida para llamarle á Roma, la influencia de contrarias é inflexibles voluntades le detenían en su palacio de Aviñón. Débil por carácter y temperamento, el pontífice prefería permanecer en Francia, contando con el apoyo de su familia y de su corte, á trabajar sólo y á disgusto de todos los que amaba. Trató sin embargo con gran deferencia al obispo de Jaén, y le obligó á permanecer por algún tiempo cerca de su persona. Brígida, ilustrada con las luces de lo alto, vió en este débil testimonio de buena voluntad, como el primer paso hacia Italia, y no trató de ocultar sus esperanzas

El hijo mayor del conde de Nola acababa de llegar á Nápoles para servir en el ejército real, y confesó francamente á su venerable amiga, que participando de la opinión de los romanos, no tenía fe en el regreso á Roma de Gregorio XI. «No lo dudes Roberto, respondió la santa. No sólo verás en Roma al papa, sino que formarás parte de su acompañamiento». El acento profético y la mirada de Brígida dieron á entender al joven, la importancia de aquellas palabras, que en seguida dió á conocer á los miembros de su familia paterna y materna, los Orsini y los Sabián.

Entre tanto, el Maestro ordenó á Brígida el regresar á la ciudad eterna; y ésta se halló en gran manera perpleja por no saber cómo procurarse recursos para los gastos del viaje. Las comunicaciones con Suecia eran muy difíciles; Birger y Catalina nada recibían de parte de sus vasallos, y la bolsa común no contenía ni un óbolo siquiera. La santa, según sus costumbres, consultó al Señor, lo que había de hacerse en este caso. La

respuesta fué la de un padre bondadoso y tierno: Puesto que los peregrinos habían empleado gustosamente sus bienes para honra de Dios, justo era que participasen de los del clero, que son la propiedad de Cristo. El arzobispo de Nápoles los ayudaría seguramente.

Mas no tuvieron que acudir á la generosidad de aquel prelado, porque Juana I, comprendiendo la penuria de los extranjeros, les ofreció un regio presente. Dudaba Brígida si debía ó no aceptarlo. Había ciertamente perdonado á la reina el haber sido causa de la muerte de su hijo; pero le era duro recibir esta limosna de la misma mano que había herido su corazón de madre, y hubiera sentido por servir á Juana la alegría inmensa de los fieles de Cristo, al inmolarse por los que los maltratan; hubiera aun recibido la limosna de la mano que la había herido en el corazón llevándola su hijo, pues en este sacrificio tendría la prueba de que la gracia dominaba á su naturaleza, pero comprendía que la reina no se entregaba á Dios, y que el don de la soberana era más bien una prodigalidad regia que una ofrenda piadosa hecha por amor de Dios. ¿Qué debía hacer pues? De nuevo interrogó al Maestro divino: «¿Se debe devolver mal por bien y enemistad por amistad? Contestó el Señor: ¿Se deberá cubrir de nieve un corazón frío hasta que llegue á helarse? Aunque la reina te haya dado ese dinero sin afecto, debes aceptarlo con respeto y con amor. Rogarás por ella y el fuego de la caridad enardecerá su corazón».

En efecto, las expresiones de gratitud que la dirigió Brígida, conmovieron á la soberana, la cual manifestó el deseo de que la santa se detuviera en el castillo de Aversa para pasar con ella algunos momentos. Desde este lugar tristemente célebre por el asesinato del rey Andrés, partieron los suecos hacia Roma.

Durante la estancia de la santa se conoció su ascendente con evidencia tal que sorprendió la corte.

Un familiar de palacio, Antonio de Carleto, pretendía el puesto de director de aduanas, Juana que protegía á los comerciantes de cada país, hasta el extremo de haber abolido los derechos de exportación de 1352, para que renaciera el comercio quebrantado por la guerra y por la peste, no quería confiar el cargo sino á súbditos muy íntegros. Pero Brígida, engañada por las apariencias, reconoció á Carleto. De repente, hallándose cerca de este cortesano, se vió entre nubes de azufre, que era para ella la atmósfera sensible del pecado. Deber suyo era advertir á la reina y decir al mismo Carleto, que si conseguía el objeto de sus deseos, perdería á la vez

los bienes espirituales y corporales. La santa así lo hizo, y Juana se doblgó á aceptar opinión tan distinta de la precedente (1).

Poco importaba alguna buena acción fugitiva. No se trataba de tener influencia pasajera sobre Juana, era necesario que tuviera perseverancia. Nada se ganaba si este ser ardiente y móvil no se sometía á la ley de Dios. Una reforma seria no podía proceder, sino del libre albedrío de la reina, y su voluntad era rebelde para este esfuerzo.

Los sentimientos de Brígida y de Catalina fueron bien opuestos el día en que se despidieron de la princesa. La esposa mística del Verbo no abandonaba sin pesar á su singular hija espiritual, y se preguntaba si en la vida agitada de Juana, los impulsos al bien, las caídas, sus movimientos hacia Dios, hacia sí, continuarían en que la muerte viniera á imprimir su sello mortal, ya para el bien, ya para el mal. En cuanto á la casta criatura, á la que la Iglesia debía honrar con el debido título de virgen y de viuda, se separaba con espanto del alma turbada en la que, á pesar de la edad, vibraban todas las pasiones. Brígida retrasaba la partida.

Catalina tenía prisa para marcharse.

Por los caminos directos alumbrados por un dulce sueño de primavera, los suecos se dirigieron á Roma. La santa parecía no vivir ya en la tierra, debilitábanse sus fuerzas; sus revelaciones tomaban carácter de profecías, y sus compañeros se preguntaban cada noche con inquietud, si el día siguiente sería el último de su venerable amiga.

Cuando después de dos años de ausencia, entraron los viajeros en el palacio Papuzeri, la cuaresma de 1373, comenzaba. A pesar de sus padecimientos no quiso Brígida privarse de la visita á los santuarios de Roma, ni se excusó tampoco de recibir á las numerosas personas que acudían á ella en busca de dirección; y aún quiso ir en busca de aquellos amigos, que por haberse alejado de Dios, no se cuidaban de visitarla.

La antigua dama de la corte de Suecia sabía valerse de formas corteses en obsequio de su celo por el bien de las almas, y así su primera visita fué para Latino Orsini. «A mi partida, le dijo, os habéis dignado acompañarme hasta más allá de los muros de la ciudad, hoy la primera visita que hago es para vos, pues me complazco en daros las gracias, por aquella muestra que de vuestro

(1) *Rev. VII*, 11.—*Extrav. CX, CXI*.—*Proc. Can. Dep. Kater., Alf. ep. Gen. y P. de Alv. sup.* 36º art. f. 137 v. 160 r. y 227 r.—*SUMMONTE, op. cit.*, 428.—*GIANNONE, op. cit.*, 251.—*LITTA, op. cit.*, VII, XI.

afecto quisisteis ofrecerme. Latino se turbó al escuchar estas palabras; pues aunque su venerable amiga no le dirigiese reproche alguno directo, le dió, sin embargo á entender, que sentía al hablarle el hedor de putrefacción, que solía ella percibir cuando se le acercaban las almas manchadas con el pecado mortal. Orsini entró en cuentas consigo mismo, y halló ser culpable de injusticias para con sus vasallos. Poco después renovóse la misma escena en el palacio Marino; y para otras muchas almas el regreso de Brígida, fué la señal de su vuelta á la virtud.

La inquietud general que causaba el estado de salud de la santa, hacía que todos procurasen gozar de los pocos días que al parecer le restaban de vida. De todas partes acudían á visitarla, el duque de Spoleto con su familia, se hallaban entre los visitantes y suplicó á los escandinavos que se sentasen una vez á su mesa. Aceptó la santa este banquete de despedida, y cuando todos los convidados conversaban, llamó á parte á Gómez, para hablarle de la vida futura. El noble caballero español quedó en gran manera sorprendido, al escuchar á Brígida enumerar las faltas, que él no había tenido el valor de confesar, sino á medias. Antes de separarse aconsejóle la santa que continuase prodigando sus cuantiosas limosnas, y le fijó un reglamento de vida cuya observancia debía sostenerle en el ejercicio de la virtud, cuando cuatro años más tarde y en tiempos calamitosos hubiese de ostentar el hñnroso título de senador romano.

La serenidad de la anciana profetisa en medio de sus continuos padecimientos prestaba mayor eficacia á sus palabras; pero se apercibía que más se dirigían al remedio que al mal, en los umbrales mismos de la eternidad, su cuerpo moribundo entrada por primera vez en lucha con el alma, viviente de quien iba á separarse y se aprestaba á la rebelión. Por medio de no interrumpido combate, había logrado la santa destruir la única barrera que hubiese sido capaz de separarla de Dios; el orgullo. En estos momentos supremos la parte sensible de su ser, que siempre había tenido á raya, prestaba nuevas fuerzas al enemigo vencido. Bajo el peso de la edad, cuando el hombre formado de barro, se doblega al fin, y se deja llevar por el soplo divino que le anima, la austera discípula de Cristo sentía aun en sí ciertos gérmenes del pecado original. Las tentaciones se presentaban por do quiera sin tregua ni descanso. Comenzó pues á dudar de aquellos misterios de la Fe que al hombre no le es dado entender; á gloriarse vanamente en sí misma, pretendiendo comprenderlo todo, á regocijarse de las alabanzas y de los homenajes,

deseando para su cuerpo, enflaquecido y extenuado con las penitencias, descanso y alegrías. La sangre que corría por sus venas, helada por la vejez, y ardiente por la fiebre, era sangre de reyes; la naturaleza recordaba y pretendía tener derecho á la molición, á la sensualidad.

La esposa del Verbo estaba sin embargo prevenida desde mucho tiempo antes para sufrir estos supremos combates; y con esforzado espíritu luchó contra satán, contra el mundo, y contra la carne. Cuando en el momento de la elevación de la hostia santa los demonios, le decían, burlándose, que ese pan, tocado por manos impuras, expuesto á todas las profanaciones, no podía ser el cuerpo de Cristo, poníase Brígida bajo la protección de su ángel custodio, y lograba, no sólo que éste ahuyentase á los infernales espíritus, sino que el divino Maestro viniese en auxilio de su fe, trayendo á la memoria de su sierva, comentando la admirable prosa. «Lauda Sión, Salvatorem». En lo más fuerte de las tentaciones de orgullo, replicaba Brígida al demonio: ¿Por qué he de tener vanidad de la nobleza de mi sangre cuando una misma es la carne de la reina que la de la esclava, y ambas han sido formadas del mismo barro? Me humillaré; considerando que por mí misma no puedo tener sin el auxilio del Señor, ni un solo pensamiento bueno».—«La humildad, le decía entonces el Señor, es una escala que sube desde la tierra hasta el corazón de Dios». En medio de los asaltos del tentador acudía Brígida también á la Virgen sin mancilla». Poned freno á mis labios, la decía; compadecéos de este cuerpo que es un animal indomable atad mi voluntad, que semejante á un ave, vuela con ligereza al soplo de mil pensamientos vanos é inútiles, y apisionada en vuestras manos purísimas, y llevadme adonde El quiere que yo esté».

En estos rudos combates se pasó la cuaresma. El domingo de Pascua, María, la Esperanza de los desesperados, dijo á Brígida: «Tus oraciones han merecido ser favorablemente escuchadas. En este glorioso día, en el cual mi Hijo resucitado se dignó consolarme, quiero ayudarte en tus tentaciones, y enseñarte á vencerlas. Eres tentada en la vejez, como no lo has sido nunca en el curso de tu vida, para que sepas que nada puedes sin Dios, y que, privada del auxilio de su gracia, no hay pecado, por grave que sea, que no puedas cometer. Si no logras rechazar los pensamientos malos de tu espíritu, dí al Señor. «No permitáis ¡oh! Dios mío, que me complazca en tales ideas; si las palabras inconvenientes brotan de tus labios, dirás: Por el silencio

que habéis guardado ante vuestros jueces, poned freno á mi lengua, hasta que yo comprenda lo que debo decir y de qué manera he de hablar. En fin, cuando seas impulsada por tu propia voluntad á la acción ó al descanso, añade aun Señor mío Jesucristo, que habéis querido ser atado y conducido así á los jueces, conducidme vos en todos los instantes de mi vida, y haced que mis actos tengan siempre un fin laudable. Por lo demás, en adelante, tu cuerpo no prevalecerá contra el alma de tu Señora».

Brígida recobró en efecto, el equilibrio de sus facultades, el dominio sobre sí misma y toda su energía. Gregorio XI le envió por entonces al nuncio Geraad, y al conde de Nola, pidiéndole solicitase de nuevo las luces de lo alto en favor de las necesidades de la Iglesia. La santa contestó sin titubear, que bastaría una mirada imparcial sobre el mundo cristiano, para convencerse plenamente, de que tan sólo la vuelta del papa á Italia, devolvería la paz á esta tierra ensangrentada por los Visconti, señores de Milán, enemigos del poder temporal.

En efecto, la corte pontificia de Aviñón combatía por medio del anatema y con las armas en la mano, contra Bernabé y su hermano Galeas. El capitán de Gregorio XI, Amadeo, duque de Saboya; había salido vencedor en la lucha, pero juzgando engañosas las proposiciones pacíficas de sus adversarios, continuaba peleando, y fácilmente podían preverse nuevos desastres.

La santa, no obstante, ofreció rogar por el vicario de Cristo, y poco después, á principios de Julio, transmitió á su confesor, nuevas revelaciones.

«Señor obispo, decía al nuncio de su santidad, nuestro Dios y Señor Jesucristo me manda os dirija las siguientes palabras, que deben ser transmitidas al soberano pontífice. A ejemplo de los fariseos que pedían al Mesías señales de su misión, Gregorio XI pide á Dios señales de su voluntad. Por lo tanto los consejos que vos le déis referentes á la salvación de las almas y á la reforma de la Iglesia será la primera señal. Si el papa no hace aprecio de ellas, si no regresa á Italia, no sólo perderá sus bienes temporales, sino también los espirituales. La segunda señal será el peso de la tribulación que afligirá su alma incesantemente. La tercera consistirá, en fin, en las maravillosas palabras que, por medio de esta mujer sencilla, dirige al papa el mismo Jesucristo, asegurándole que su querella contra Bernabé es odiosa ante sus divinos ojos, por el peligro en que pone á las almas de perderse eternamente. Aunque el papa hubiese de ser arrojado de sus estados, debía preferir firmar la paz, á poblar de almas el infierno».

En esta misma carta hablaba Brígida al prelado de las turbulencias que algunas sectas heréticas causaban en el reino de Francia y le decía: Aún «por lo que concierne al cambio de conducta del pueblo francés, conviene que el papa vuelva á Roma, de otro modo carecerá de influencia personal, sino cuando vaya á dicha ciudad es como un árbol que se quiere abatir por medio de cuerdas: la multitud tira de ellas y sólo la voluntad del papa forma contrapeso: si cede será para la perdición de las almas, si se vuelve á Dios con confianza, el Señor yendo á su encuentro le socorrerá y nadie prevalecerá contra él, que no vacile más, y que dirija sus pasos hacia la ciudad eterna para concluir la paz y reformar la Iglesia. Jesucristo quiere que Gregorio XI esté en Italia el próximo otoño; y nada puede ser más grato á los ojos del Señor como restablecer en Roma la santa sede».

Gregorio XI se encerró de nuevo en el silencio más profundo. El llamamiento supremo de la profetisa quedó sin respuesta, como las cartas que le habían precedido.

Los calores del estío entre tanto acrecentaban las dolencias de Brígida, cuando una nueva visión, en la cual se dejó ver la gloriosa mártir Inés, vino á consolarla y á anunciarla también futuras pruebas. «Hermana mía, decía la virgen Inés, ciñe tus sienes con una corona adornada de siete piedras preciosas. Hay que advertir que esas piedras debían ser el jaspe, el zafiro, la esmeralda, la perla, el topacio, el diamante y el carbunclo, que según los antiguos estaban dotadas de las virtudes que cada una simbolizaba. Cada una representaba pues, el valor de un acto de paciencia ejercitado por Brígida; así lo declaró Inés, añadiendo que faltaban aún algunas piedras para que esa corona quedase terminada. La prueba que iba á dar á la santa un nuevo rasgo de semejanza con el Esposo divino, no tardó en llegar: creyóse abandonada de Dios como Jesucristo en el calvario». La oración llegó á ser tan pesada y difícil, que hubo de reemplazarla por el trabajo manual. Ya no pasaba largas vigiliias en deliciosa unión con el Verbo, sino en lucha contra su debilidad é impotencia. La fiebre que la daba una especie de vida nerviosa, desapareció bruscamente. Preciso la fué renunciar á los oficios, á la visita de los santuarios de la ciudad, para encerrarse en su casa (1) en donde

(1) *Rev. II*, 51, 63, 68, 94, 125, 143.—*V*, 6.—*VI*, 29.—*Extrav. XLIII*.—*Proc. Can. Dep. Magni Petri y Lat. Orsini sup.* 30º y 36º *art. f.* 111 y 113 *r.* 147 y 148 *r.*, *Kater. sup.* 29º *art. f.* 132 *r.*, *Alf. ep. Gen. y P. de Alv. sup.* 30º *art. f.* 156 *r.* v 228 *v.*, *P. de Alv. sup.* 31º *art. f.* 229 *r.*—*Vita S. Birg.* 196.

celebraban diariamente el santo sacrificio de la misa su capellán ó uno de sus confesores, administrando á la enferma el pan eucarístico que le comunicaba el amor del padecer.

La pobreza era tan grande que un sastre sueco, de paso á Roma, prestó su bolsa á los hijos de la enferma por un pagaré firmado por la santa contra sus deudores.

El 17 de Julio, la madre de las misericordias la visitó y consoló en medio de tan prolongado martirio. «Los médicos te dicen que no morirás aún, pero, ¿saben ellos lo que es morir? Muere aquí que separándose de Dios por el apego al pecado, pierde la fe y el amor: el que teme á Dios y procura purificar constantemente su alma, por medio de la confesión, ese vive para siempre. San Francisco hizo grandes obras aquí abajo: arriba realiza maravillas. Si me preguntas porqué permite el Señor que tu enfermedad se prolongue y porqué tus fuerzas se han debilitado así, te responderé, que porqué mi Hijo y Yo te amamos. En Jerusalén recobraste la inocencia bautismal, y aunque Jesús te aseguró haber perdonado todos tus pecados no te dijo sin embargo, que cesarían tus sufrimientos aquí abajo; porque debes saber que la criatura debe borrar las negligencias de su vida por la paciencia en las enfermedades. En cuanto á las profecias que del cielo has recibido, no todas las verás realizadas antes de dejar el mundo. Con todo la promesa de mi Hijo va á cumplirse y se te considerará como una religiosa del monasterio que fundas en Vadstena».

Esta visita de la Madre de Dios, dejó á Brígida inundada de celestial consuelo. La cruz pesada y espinosa que hasta ese momento la había como agobiado, se trocó en otra más ligera y luminosa; complaciase al sentir la opresión de su corazón antes demasiado inconstante, la pesadez de sus miembros, tan agitados en los días de su juventud; en la lentitud de su palabra, antes demasiado viva, complaciase en fin, en esta toma de posesión que la enfermedad ejercía en todo su ser, porque su vida pasada tan admirable para cuantos la conocían y trataban era á sus ojos una vida inútil y pecaminosa. Recibía esos sufrimientos como merecida expiación, y su debilidad extrema había llegado á ser para ella, porque tal era la voluntad de Dios, una fuerza invencible.

Después de la presencia de Cristo y la dulzura de escuchar á María, tuvo la de contemplar al Esposo, en los momentos en que el Verbo, como víctima voluntaria, descendía, al altar, á la voz del sacerdote. «Has pasado, le dijo el Verbo, un tiempo de prueba. Si el hombre no estuviese sujeto á los malos pensamientos, sería un ángel y no criatura humana, y la tentación le es necesaria

para que conozca su debilidad y la necesidad que tiene de Mí. ¿Por qué pues, te entristeces y te turbas?» «Porque no me era posible desechar esos pensamientos, replicó la santa: y temía vuestros terribles juicios». «De este modo manifiesto mi justicia, dijo el Señor; en otro tiempo amabas á las criaturas contra mi voluntad y hoy contra la tuya, permito que esas tentaciones te acometan. Si te esfuerzas por combatir los deseos culpables, á no deleitarte en ellos, tu alma purificada por la prueba adquirirá grandes méritos. He querido hacer contigo lo que el esposo que no se oculta á las miradas de la esposa, sino para que ésta le desee con más ardor. Ha llegado, pues, la hora del consuelo, prepárate, porque voy á cumplir lo que te he prometido. Aquí, ante el altar, vas á ser admitida á la toma de hábito y á la profesión, y en adelante se te considerará, no sólo como esposa Mía, sino como religiosa y abadesa del monasterio de Vadstena».

Inclinóse Brígida bajo la mano del Maestro, y recibió aquellas gracias acordadas á estos piadosos hábitos, que se estiman y se llevan con gozoso respeto, no por lo que son en sí, sino por su significación mística. Desde ese momento, comenzó á gozar del mérito de los votos religiosos, y á ser madre de toda una familia que aun después de la consumación de los siglos, había de conservar su carácter, su unión y su personalidad, en la mansión de los elegidos. Sin embargo, el Señor no abrió las puertas del claustro á la nueva religiosa, aunque por otra parte le concediera en toda su extensión, el mérito de los votos monacales. «Acepto la buena voluntad, por el acto mismo, dijo el Señor; no quiero más trabajo ni fatiga. Morirás en Roma, mi amada Roma, exclamó con dolor el Señor del universo. El papa me desprecia, y no escucha mis palabras; prefiere lo incierto á lo real y pretende elegir á su voluntad la hora de mis misericordias; por eso no oirá más la voz de mi sierva».

El Verbo habló á Brígida por última vez de las revelaciones con que la había favorecido, dándole á entender que en el momento elegido por Dios serían provechosas esas revelaciones, ya para las mismas personas en favor de quien se habían efectuado, ya para otras; que las profecías llegarían á cumplirse á su tiempo; que la santa debía enviar sus escritos al prior de Alvastra, y éste al obispo Alfonso al que la Providencia llenaría de gracias. Recomendábale el Señor muy particularmente la revelación que, refiriéndose á una manera especial á la ciudad de Nápoles, se dirigía sin embargo á todos los pueblos cristianos, llamándoles la atención sobre los juicios de Dios.

A favor de las luces sobrenaturales de que gozaba, vió Brígida á todas aquellas almas á quienes amaba con particular afecto. «Dentro de cinco días, la dijo el Maestro, después de haber recibido la sagrada Comunión, convocarás á todas aquellas personas que Yo te designe y les indicarás lo que conviene que hagan; luego confortada con el auxilio de sus oraciones, tu alma penetrará en su verdadero y deseado monasterio, es decir, en la morada de las eternas alegrías. Estas mismas personas transportarán tu cuerpo á Vadstena».

Los pensamientos de la moribunda se dirigieron entonces hacia todo lo que amaba en la tierra; hacia todo lo que el Señor le ordenaba que hiciere. En cuanto al primer monasterio de la orden del Salvador, su vigilancia no descuidó el más mínimo detalle. Fijó hasta la hora de las misas en invierno. Resuelta á no dejar la obra incompleta; sometió sus últimos reglamentos á la aprobación pontificia (1).

No era, ¡ay! el manuscrito de las revelaciones el que confió Brígida al obispo de Jaén; éste no hubiera comprendido el original sueco, si escrito, ya de un golpe, por decirlo así, bajo la inspiración irresistible y repentina del Espíritu Santo, ya por medio de un trabajo lento de la inteligencia. Que después de meditar Brígida las palabras de Dios, para mejor comprenderlas, las dictaba y corregía hasta convencerse de que su sentido estaba bien expresado (2).

La santa entregó pues á Alfonso de Vadaterra la traducción latina de dichas revelaciones, redactadas con el concurso del maestro Pedro y del mismo Alfonso. En ellas se referían, tal como la santa las había comprendido en medio de sus éxtasis, las enseñanzas de Dios, del Verbo encarnado, del Espíritu Santo, de la Virgen, de los ángeles, y de los bienaventurados, respecto á la adorable Trinidad, á la creación, á la caída del ángel y del hombre, á la redención y los sacramentos, como también á las exhortaciones y consejos á los papas, al clero, los reyes, los pueblos, y á las constituciones de la orden del Salvador.

Los cuadros trazados por Brígida daban forma á las nociones abstractas de la Teología. Las imágenes y símbolos contemplados por ella en las visiones daban á comprender mejor las verdades que enseñaba, y aunque esas figuras fuesen á menudo extrañas y aún

(1) La bula, fechada el 7 de Agosto de 1373, llegó después de la muerte de Brígida.

(2) *Rev. II, 27.—III, 19.—VII, 31.—Extrav. LXVII, LXVIII.*

vulgares, según el sentido que la crítica literaria atribuye á esta palabra, no eran sin embargo, inusitadas.

El tipo de esas mismas figuras se hallan en el antiguo y nuevo Testamento, tan familiares á la santa, que sin cesar se refería á las promesas de la antigua ley cuya realización probaba por medio de la ley nueva. Si el objeto de las comparaciones pertenecía al mundo material, el lector ó el oyente creía hallarse, ó en las verdes praderas de Suecia bajo un cielo brumoso, así como el lector de las Escrituras en Palestina, iluminados con un sol abrasador. Cuando se refería Brígida al mundo ideal, sus expresiones recuerdan á Ezequiel y á San Juan; y al pintar las manifestaciones de la gloria de Dios en la tierra, su estilo asemejábase al del profeta; y si por medio de la visión penetraba en el cielo, sus palabras recordaban las del Apocalipsis. Llevada por el espíritu profético más allá del tiempo y del espacio veía las cosas en los decretos eternos, y las anunciaba después, según las órdenes de Dios, pero nunca fijó la época en que habían de cumplirse sus profecías y era la primera en declarar, que las acciones buenas ó malas de los hombres, podían desarmando la cólera divina, modificar los acontecimientos anunciados.

Animada de los sentimientos de aquella caridad verdadera y perfecta, que desea conocer más, para más amar, meditaba Brígida la vida de la Virgen Madre, y penetraba en los abismos de ternura de ese Corazón maternal, antes quizá que otros santos, en sus escritos del misterio de la Concepción de María, aún antes que la Iglesia la hubiese proclamado dogma de fe (1), expresando al mismo tiempo su piadosa creencia en la Asunción, gloriosa de la Virgen (2). El Verbo encarnado era asunto habitual de su oración y la idea de la humanidad de Cristo, ese

(1) *Rev. I*, 8.—*II*, 28.—*V*, 10, 11, 12, 13.—*VI*, 49, 55, 60, 61.—*VIII*, 48.—*Extrav. XX, XLIX*.—En las notas explicativas que siguen al texto latino de las revelaciones, Gonsalvo Durante demuestra que la ciencia infusa de la santa, estaba de acuerdo con la ciencia adquirida de los teólogos. Responde también á las objeciones de los que creen que Brígida y santa Catalina de Sena piensan de diversa manera sobre el dogma de la Inmaculada Concepción de María. (Cf. *H. Mavracio: Vindicatio S. Catharinae Senensis a commentita revelatione eidem S. Cathar. adscripta contra am. Conceptionem B. V. Mariae. Puteoli, 1663*). A este teólogo debe consultar M. Hammerich, el que (*op. cit.* 191) para hacer resaltar el desacuerdo de las dos santas acerca de su dogma, se fija en una cuestión de que no se le creería preocupado.

(2) La Iglesia no ha definido aún como dogma de fe, la Asunción de la Santísima Virgen, pero los católicos esperan que lo sea en breve.

pensamiento tan diferente para cada cristiano tomaba tales proporciones en el espíritu de Brígida, que no consideraba á Jesús sino bajo la imagen de un capitán esforzado, de magnánimo y noble corazón; deseoso en extremo de luchar y sacrificarse hasta el heroísmo, es decir, no hasta los límites de lo posible, sino en la medida infinita del amor. Caballero victorioso, conquistador, cuya divisa fué desde el primer instante de su vida en la tierra: Veni pugnaturno. «He venido á combatir».

Pero ¿qué confianza iban á inspirar esas revelaciones? ¿Iba á creerse quizá que la santa las hubiese escrito bajo la influencia de sus directores? Pero estos mismos, el canónigo Matías, Pedro de Skeminge, el prior de Alvastra y Alfonso obispo de Jaén, se consideraban como discípulos de Brígida y no como maestros; y salvo lo que tocaba á su conciencia, no sólo proclamaban todos ellos que nada habían enseñado á la vidente en materia de espíritu, sino por el contrario habíanse puesto bajo la dirección de esta mujer inspirada de lo alto. Verdad era también que Brígida tuvo relaciones frecuentes con los monjes del Cister y con los dominicos; habría de suponerse que su doctrina era la misma que enseñaban aquellos sabios y santos religiosos? De ninguna manera. Cuando la santa se presentaba á la puerta de algún monasterio, era para llevar la luz, y nunca para pedirla. ¿Se pensaría acaso, que su libro no era más que una reproducción de las impresiones recibidas en las obras que leía, y de ellas recogidas? Tampoco, porque aunque en varios puntos su teología era la de santo Tomás, y su moral la de san Bernardo, era notorio también, que la doctrina de esos gloriosos santos no era respecto de Brígida, sino un concurso á la acción directa del Espíritu Santo. Las revelaciones ¿tenían necesidad de notas explicativas? Sabido es que la profetisa no dió ninguna al revisor de la obra que estaba retenido al lado del papa y por otra parte todo lo que hubiera podido decir, estaba contenido en la obra misma. Urgía, según la orden divina, que Alfonso dividiese en libros y en capítulos aquel texto que, careciendo de cronología y de orden, trataba los asuntos más diversos, pasando de uno á otro, y reuniendo á menudo, en una misma frase el porvenir con lo pasado y lo presente, lo ideal con lo real; lo general con lo particular. Modificadas así las revelaciones fueron entregadas á un nuevo intérprete.

Brígida no hablaba ya ni de Gregorio XI, ni de Magno, ni de su patria; sin embargo no olvidaba á su hijo. Suponiendo que Birger sería elegido senescal de Nericia se apresuró á dejarle

escritos algunos consejos, en ellos se mezclaban su previsión de madre, su experiencia del mundo, y su ciencia sobrenatural (1).

Los últimos días de la santa fueron un éxtasis no interrumpido. En sus revelaciones había enseñado, que la Virgen María y san Juan merecieron por su martirio al pie de la cruz una muerte dulcísima iluminada con los resplandores celestiales. Dios concedía á Brígida la participación de igual privilegio: una muerte plácida y tranquila en recompensa del amoroso fervor con que por espacio de 70 años se había ocupado en meditar y condolerse de la Pasión de Cristo, acompañándole en los dolores del Calvario. Su cuerpo, dominado por el alma, sucumbió sin lucha.

El 22 de Julio llamó la santa á su hija, y la predijo que el día siguiente sería el de la suprema despedida. Hacia la aurora del 23, el Verbo encarnado, vencedor de la muerte, se presentó á los ojos casi apagados de la moribunda. En el altar portátil colocado en la misma celda, Pedro de Alvastra comenzó el sacrificio de la misa ofreciendo en holocausto por aquella alma que iba á abandonar para siempre el mundo, la sangre del Redentor la hostia sagrada descendió á los labios de la moribunda; no vivía ya su propia vida; era Jesucristo el que vivía en ella.

Por un sentimiento de humildad, quiso que la tendiesen, cubierto el cuerpo con el cilicio en unas tablas; y cuando el prior de Alvastra terminó el santo sacrificio, avanzó el Maestro Pedro el aceite bendito de la Extrema-Unción, ungiendo aquel cuerpo extenuado por la enfermedad, y consumido en el servicio del divino Maestro, le preparó para los esplendores de la resurrección.

Una de las muchas gracias que contiene en sí el sacramento de la Extrema-Unción; se manifestó al punto en la santa: reanimóse en el acto de recibirle, y según la orden que del Señor recibiera cinco días antes, habló por última vez á sus hijos, criados y amigos y á la multitud de personas que de todas partes acudían y llenaban la celda. Sobre aquellas almas tan diferentes entre sí por su naturaleza, condición y estado, comentaba la santa con relación á cada una el mandamiento que contiene toda la ley en

(1) Esta carta no tiene fecha; en ella ni los sentimientos, ni el giro de las frases presentan la elevación y originalidad de los otros escritos de la santa. Si ese documento no hubiese sido dado al público por M. Klemming abrigaríamos algunas dudas sobre su autenticidad. En 1728 Burman la publicó en su almanaque, tomada de un manuscrito que no se encuentra ya.

estas palabras: *Amad á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á tí mismo*. Esto decía arrebatada en éxtasis, en el cual permaneció hasta que el nuevo sacerdote, Magno de Eka (1) comenzó la misa de acción de gracias, que acostumbraba á oír Brígida, después de la comunión.

El deber de vivir, llevado hasta el heroísmo, agotó las fuerzas de la agonizante, pero no dió muestras de desear verse libre de esta prueba. Anhelaba ciertamente la unión con Cristo, y verse en los brazos de la muerte, la cual después de la redención no es ya la sombra que sigue al pecado, y que ha venido al mundo para desfigurar la obra del Criador, sino la compañera de Jesús resucitado, la amiga que, en íntimo abrazo nos conduce al cielo, no obstante, se veía á Brígida detenida aún en las riberas terrestres por un sentimiento humano: algunos instantes más y ya no estaría en estado de sufrir. El minuto presente era el último en que le sería dado inmolarse; y su alma no concebía el amor sin sacrificio. Todo lo que había ofrecido á Dios en el curso de su larga vida: honores, riquezas, salud, patria, familia todo eso lo reputaba despreciable á cambio del amor que recibía de su Bien Amado. Perfectamente se podía aplicar á la vida de la terciaria franciscana lo que decía el santo poeta de Asís:

Per comperar l'amore tutto ho dato
lo mondo; e mi ho tutto barattato;
se tutto fosse mio quel ch'è creato,
darialo per amor senza ogui patto. (2)

Bastaba en efecto, haber tenido alguna relación con esta admirable mujer, y haber leído atentamente sus escritos, para comprender cuál era el único sentimiento que llevaba consigo á la tumba. En el momento supremo en que el tiempo terminaba para ella, la era en extremo sensible y doloroso, no gozar ya del privilegio concedido á nuestra vida en la tierra, el de poder crecer en el amor de Dios, y ser más y más amados de Él. Los discípulos de la santa sentían en sí mismos, al acercarse en aquellos momentos á la sierva de Dios, como una caridad más viva y recordaban uno de los coloquios con que Brígida fué favorecida del Verbo en tiempos pasados. «Dulcísimo Jesús, decía entonces, cuando os dignáis visitar mi corazón, no me es posible dejar de sentir los rayos de

(1) *Diar.* 1400.

(2) *Opusc. B. Francisci*. Atribuimos estos versos á san Francisco, según la tradición, sin entablar debate extraño á nuestro objeto. — Cf. *Cant. VIII*, 7.

la caridad divina que en él arde. Os amo más que á mi alma». «Hija mía, respondió el Maestro, como la cera recibe la figura del sello que se le imprime, del mismo modo recibirá tu alma el sello del Espíritu Santo, su calor se sumará con el tuyo, todo el que á tí se acerque participará de esa luz y calor divinos, y después de tu muerte, se dirá hablando de tí; vemos que esta mujer estaba llena del Espíritu Santo».

Magno de Eka terminaba las oraciones de la consagración. Presente en el altar estaba Cristo, ofreciéndose como víctima á su Padre, mientras arrodillados en la celda los hijos, los confesores, los amigos y criados de la santa, rogábanle se dignase fortalecerles en la prueba con que iba á afligirlos. Todos sentían la presencia del inmortal Esposo de Brígida y la de la Madre de las misericordias. María repetía á la agonizante, las mismas palabras que le dijera en otro tiempo: «Mi Hijo te defenderá durante tu vida y después de la muerte nada tendrás que temer». Todas las personas que rodeaban á la santa moribunda, iluminadas por la fe, veían allí multitud de ángeles, cuyas enseñanzas había ésta seguido; los innumerables santos con los cuales había conversado, y los elegidos sin número á quienes la santa había dado la vida de la gracia por medio de sus oraciones y sacrificios. Entre los circunstantes, los italianos manifestaban su dolor con abundancia de lágrimas, los suecos silenciosos fijaban sobre Brígida, miradas que siempre la buscarían. Por fin, así como en la hermosa Suecia, la creación se duerme durante el estío al contacto de los rayos solares, del mismo modo durmióse Brígida á las miradas terrestres, para ir á perderse en el Sol de justicia sin atravesar sombra ninguna. Iluminado su fin con aquella luz divina, como lo había sido su vida toda, recordaba el crepúsculo de los largos días del norte, en que la claridad del sol poniente no se ha extinguido del todo, cuando aparece en el Oriente la radiante luz de la aurora. Del éxtasis pasaba aquella alma dichosa á la visión beatífica.

Al sonar la campana y elevar la hostia santa hacia el cielo en las manos del sacerdote, la moribunda levantó la cabeza, y contemplando fijamente al Esposo divino bajo las especies eucarísticas: «Domine, exclamó con voz firme, ofreciendo á su Criador los méritos de Jesucristo con el sacrificio voluntario de su vida, á ejemplo del mismo Salvador, Domine in manus tuas Commendo spiritum meum». Palabras, que aquí abajo tuvieron por respuesta lágrimas y gemidos, que la santa no escuchó.

«A los setenta y un años de edad, el sábado 23 de Julio de 1373, hacia la décima hora del día, la noble y poderosa señora, Brígida

Birgersdotter, viuda del senescal Ulf Gudmarsson, señor de Ufasa, se durmió en la tierra, sin otro temor que el de Dios, despertándose en el seno de la inmortalidad en donde no hay ni lágrimas ni trabajos; porque lo pasado ha desaparecido, y el presente es el amor eterno» (1).

Habiendo sido mística solamente la profesión de Brígida, como religiosa de la orden del Salvador, no poseía el hábito de dicha religión. Las hermanas de su juventud, las terciarias franciscanas, reclamaron para sí el privilegio de amortajarla. No la cubrieron con su túnica gris y el velo negro, sino con su hábito propio (2). Para ello, con la túnica color castaño, el escapulario y la cuerda nudosa de san Francisco; no eran como sudario destinado á desaparecer entre el polvo de la tumba, sino como las vestiduras benditas y simbólicas, con las cuales deseaban todas que sus cuerpos pasasen por el misterioso período de transformación que precede á la nueva vida.

Luego acudieron los fieles amigos de la santa á arrodillarse ante sus restos venerandos. No había derecho á esta transfiguración poética que el último sueño presta á las vidas quebradas en la juventud. Su destino se había desarrollado completamente. El cuerpo de la sierva de Dios, gastado en el servicio del Redentor, en bien de la Iglesia y de las almas, llevaba en sí las gloriosas heridas del combate. La memoria que de ella se conservaba no era de vago y dulce recuerdo, que á las acciones de la persona querida se une lo ideal y fantástico, para crear otro ser imaginario, ó más bien, un ídolo. Desde la infancia hasta la vejez había caminado Brígida por una senda especial, abierta en las alturas, merced á la impulsión del Espíritu Santo. Por doquiera que pasara, habían quedado estampadas sus huellas profanas y luminosas, de modo que no dejaban duda del punto á donde Cristo se había dirigido

(1) *Rev. II, 29.—Extrav. CXVI.—Proc. Can. f. 9 r. Dep. Mogii Petri: Kater., Franc. Papuzeri sup. 25º art. f. 109, 131 y 190 r.* Algunas inscripciones colocadas en la habitación de Brígida confirman estas deposiciones de los testigos. La forma de la letra, el sistema de abreviaturas en ellas usado, y no dar á Brígida el título de santa, dan á entender que dichas inscripciones son anteriores al proceso de canonización. Cf. *Sv. Min. 7, 8.*

(2) *HELIOT (op. cit. IV, 39)* y *Baillet (Vies des Saints, MDCCIV, X, 217)* pretenden, sin razón, que la santa fué amortajada con el hábito brigantino. Su consagración á Dios fué mística, y Wading tiene para sí todas las probabilidades de acierto, cuando declara que el último vestido de la santa fué el de la familia religiosa, en la que había profesado como terciaria

siempre. En efecto nadie ignoraba que la gloria de Dios había sido el norte y el fin de cada uno de sus pasos, durante su peregrinación en este mundo, ni tampoco dejaba sin acabar sus cuatro grandiosas obras que constituían su misión en la tierra, es decir exhortar á los suecos á la penitencia, predicar á los cristianos todos la reforma de las costumbres, procurar la vuelta del papa á la ciudad de Roma, y fundar una nueva orden religiosa. Comprendíase que una vida tan extraordinaria encontraría apologistas sinceros, pero que hallaría asimismo como toda virtud que se eleva sobre lo vulgar, detractores.

Mientras tanto siguiendo la voluntad divina revelada á la santa, los amigos de ésta determinaron conducir sus restos al convento de las Clarisas de San Lorenzo, mientras se tomaban las oportunas, medidas para transportarlos á Vadstena. Caía la noche del 23 de Julio cuando la senescala abandonó su casa de Roma. Había pedido que se la enterrase al finalizar el día, según se acostumbraba en Italia. Había prohibido la sierva de Dios toda pompa y acompañamiento en su entierro, y sin embargo su cuerpo fué seguido por una larga procesión de la cual formaban parte los cardenales, los grandes señores, los sacerdotes y el pueblo, impulsados todos por un mismo sentimiento de religioso entusiasmo. Ninguno de sus nobles antepasados había reunido tal multitud para su entierro para rendirles homenajes, ni había hecho experimentar tal duelo á corazones desconocidos. Nadie pensó en rezar el oficio de difuntos pero mezclábanse con las lágrimas y sollozos, los salmos de triunfo y los cánticos de alabanza.

En el umbral del monasterio la multitud, que se había aumentado considerablemente durante el trayecto, no permitió á las religiosas guardar tan sólo para sí el cuerpo de Brígida. Preciso fué, violando la voluntad última de la santa, exponerla á la veneración de los fieles en la iglesia de las clarisas, á la que acudió la ciudad entera (1). La fe ilustrada imploraba de la sierva de Dios, gracias y la fe sencilla esperaba milagros, y mientras unas almas se sentían en comunicación directa con la santa, otras le eran deudoras de la repentina y perfecta curación de sus males; entre estas últimas se hallaba un enfermo incurable, que acudió á darle gracias por haberle alcanzado completa salud.

Los prodigios se multiplicaron de tal suerte, que no fué posible ya contarlos. Entre ellos señaláronse dos, que se efectuaron

(1) Proc. Can. f. 9.—Proc. Can. Kater. Dep. Fr. Johan in 4º art. f. 23 r.

á vista de numerosos testigos. El primero era como la expresión de reconocimiento de parte de la santa hacia las clarisas por la paternal acogida que entre ellas había hallado. Una de las hermanas, Francisca Savelli, víctima hacia dos años de una grave enfermedad, se veía privada de observar las reglas. Cuando los restos de la venerable hubieron penetrado en la iglesia, quiso que la condujesen cerca de las reliquias donde permaneció hasta por la mañana, pidiendo por intercesión de la bienaventurada la salud necesaria para poder seguir las reglas franciscanas. Al entrar en el claustro, al día siguiente se sintió enteramente curada, y se santificaba con sus compañeras.

Al mismo tiempo una dama romana, á quien hacía padecer en extremo, un tumor esponjoso enorme que en el cuello tenía, tocaba los pies en Brígida é instantáneamente curó.

Resonaban por todas partes en la iglesia las expresiones de gratitud y los cánticos de alabanza en honor de la sierva de Dios, hasta que el 26 de Julio hubo de recurrirse á la autoridad, para lograr sustraer del poder del pueblo el cuerpo de su poderosa amiga y protectora. Catalina y Birger estrecharon por última vez entre sus brazos á la que les había engendrado, más para vida del espíritu que para la del cuerpo. Ofreciendo su dolor á Aquél, que cuenta nuestras lágrimas para enjugarlas en el momento oportuno, colocaron á la bienaventurada en un ataúd forrado de ricas telas, y después de cerrado pusieron sus respectivos sellos, Birger, el conde Latino y otros varios nobles romanos. Antes de partir de Roma, así los hijos como los confesores de Brígida, quisieron tomar consejo de Alfonso de Vadaterra, mas como el plazo de la permanencia de éste en Provenza no hubiese terminado, hubieron de esperar.

Entre tanto, celebráronse exequias, en la noche del 26 al 27 de Julio. La iglesia de San Lorenzo apenas podía contener la multitud inmensa que acudió así de la nobleza como del pueblo para rendir el último homenaje á los restos mortales de la santa, que fueron en seguida depositados en un antiguo sarcófago de mármol el cual desapareció en breve con ex-votos, valiéndose la gratitud de todas las lenguas y de todas las formas, para expresar sus sentimientos más íntimos (1).

(1) Proc. Can. f. 9 y 11 v. *Dep. P. de Alvastra, sup. 26º art. f. 212 v.* Entre los numerosos milagros que contiene el proceso de canonización referimos aquí los que enumera en su bula Bonifacio IX.

En uno de los días siguientes apareció junto al sepulcro de Brígida, con gran sorpresa de los romanos una joven extranjera de tipo oriental: era el testimonio vivo de amor ofrecido á la santa, por la reina Juana I, la cual dócil á las exhortaciones y consejos de su venerable amiga, se ocupaba en proteger á los infelices cautivos vendidos en Nápoles. Acababan de enviarla esta joven turca de familia noble, y se apresuró á confiarla al celo y solicitud de la santa, mas cuando el presente de la «buena reina» llegó, su amiga acababa de espirar. Catalina y Magno de Eka instruyeron á la joven en los principios de nuestra religión, y en el bautismo le impusieron los nombres Catalina Magnussado Heri (1).

Toda la ciudad de Roma se halló presente bajo las naves de san Lorenzo. Lamentábanse todos, creyendo que al desaparecer su abogada para con la santa sede, habían perdido los romanos al mismo tiempo á su ilustre y santa protectora. Consolábanse no obstante recordando que la Iglesia considera como patria de los santos el lugar desde donde han tomado el vuelo para las regiones eternas, y no aquél en que han nacido á la vida del tiempo. Sin embargo Brígida no estaba sino momentáneamente en la ciudad de los apóstoles; porque, según las órdenes divinas, debía volver á Suecia, su lejana patria, para esperar allí el momento en que todos los pueblos cristianos verán resucitar en su suelo á los santos que han permanecido bajo su custodia.

(1) *Diario an.* 1414.—Las abadesas Margarita Clausdotter y Ana Paulsdotter en sus deposiciones en el proceso de Catalina (*in. art.* 5º f. 59 r. y 63 v.) y **J. Vastovius (Vitis Aquilonia, sen Vital Sanctorum.)** hacen de esta joven á quien suponen princesa tártara, una heroína de novela y agregan que no fué dada á Brígida sino á Catalina por la reina de Nápoles.

CAPITULO XIV

1373-1381

CATALINA DE SUECIA, FUNDADORA DEL MONASTERIO DE VADSTENA

Panegírico de Brígida por su hija.—Birger y Catalina llevan á Suecia las reliquias de su madre.—Milagros de Brígida.—Catalina, abadesa de Vadstena.—Vuelve á Roma.—Se dirige á Nápoles.—Sus relaciones con el papa Gregorio XI, con Urbano VI y con santa Catalina de Sena.—El gran cisma de Occidente realiza las profecías hechas por Brígida en 1346 y 1350.—Vuelve Catalina á Vadstena.—Su muerte.

Questa e certo la tua religione,
La regola e norma del Salvatore.

Laude della B. Caterina.

Brígida dejaba al morir, un sacro legado, el apostolado que había recibido del Señor. El vulgo, ignorando que nadie puede ser apóstol de Jesucristo, sino por voluntad de Dios, consideraba á Catalina como la heredera de esta grandiosa misión. Pero la contemplativa Catalina dotada de distinta naturaleza, de diferentes dones espirituales, predestinada para otras pruebas, y favorecida con otros goces, ¿abandonaría la senda silenciosa y oculta, por donde caminaba desde su juventud, para tomar la senda ruidosa y extraordinaria recorrida por su madre? Catalina por otra parte no tenía más que un solo deseo: la canonización de Brígida; una sola aspiración, la de encerrarse para siempre, junto á las reliquias de su madre, en el Monasterio de Vadstena.

No hay que admirarse por ello. Y, sin embargo no se concebía cómo los humildes deberes de la piedad filial, podrían bastar á la hija de tal madre.

Catalina no explicó su conducta como no lo habría hecho en su matrimonio.

Recogida en el palacio Papuzeri esperó el regreso del obispo Alfonso de Vadaterra durante cinco semanas, y llegado éste, dirigiéronse ambos, acompañados de Birger, del prior de Alvastra, del

maestro Pedro y de gran número de caballeros, Latino Orsini, entre ellos. Multitud de curiosos la seguían. Delante de estos testigos de todas condiciones se abrió el sepulcro de Brígida.

La mayor parte de los italianos tenían la vista y el olor del cadáver, enterrado hacía casi dos meses, pero no presentaba señal alguna de esta corrupción, obra del pecado, de que Dios ha preservado á su Mesías y á algunos santos. Los hábitos franciscanos de la terciaria no recubrían más que su esqueleto (1) blanco como el marfil. Era la semilla echada en la tierra para germinar el último día cuando la energía todopoderosa de Cristo dará forma nueva á nuestros pobres cuerpos (2).

Exhalaban las reliquias efluvios de resurrección, Catalina embriagada con tan celestial perfume, levantó el velo que cubría el rostro de la sierva de Dios; y fijando sus miradas en la multitud de fieles que se agolpaba á su alrededor, refirió en breves y sentidas frases, la historia de Brígida. «Mortua ad huc loquitus» exclamaban todos al oirla. En efecto parecía que estaba presente la muerta.

Esta grande figura, de la que no conocían, por decirlo así, sino algún rasgo fugitivo se presentaba en su armonioso y perfecto conjunto. Se animaba, llamaba las almas para Dios. Catalina veía convertirse á todo el auditorio escuchándola, y comprendió que era obra de su madre.

En un cofre cuidadosamente cerrado, guardóse el cuerpo de la bienaventurada. El brazo izquierdo y algunos huesos (3) quedaron en el convento de las Clarisas, y la comitiva se preparó á partir. Ante todo debía trazarse el itinerario del viaje; reunió el dinero necesario para efectuarlo, y en fin asegurarse de que contarían los viajeros, con la protección y el apoyo de los soberanos ó autoridades de aquellos países que debían atravesar. Al principio de Diciembre, la ruta que debían seguir se había fijado, y la bolsa de los peregrinos estaba bien provista; contaban además con un salvoconducto, por medio del cual los magistrados romanos empeñaban á las potencias amigas á proteger á los hijos de Brígida y demás custodios de las reliquias. Rindiendo brillante homenaje á su memoria, hablaban de sus profecías, de sus milagros y de su influencia

(1) Solamente una parte pequeña del cerebro quedaba en el cráneo, dice Catalina en el proceso de canonización. Cf. *Sv. Min.*, 68.

(2) Proc. Can. *Dep. P. de Ato. sup.* 26° art. f. 212.—Cf. I *Cor.* xv, 35-38, 42-44. *Ephes.* II, 6.—*Philipp.* III, 21.

(3) La historia de las reliquias de la santa escrita por el barón de Bildt, se conserva en Roma. *S. Birgittas relikier.*—*Sv. Min.* 65-90.

sobre las costumbres de los reyes y del clero. Emprendieron pues la marcha, seguidos de una multitud inmensa, deseosa de acompañar los restos de la bienaventurada, mientras no saliese de los Estados de la Iglesia. La primera parada en Montefiascone, fué como el preludio del proceso de canonización; allí se hallaba el nuncio apostólico acompañado del gobernador del ducado de Espoleto, y de monseñor Galhard, obispo de aquella diócesis, quien procedió desde ese mismo día, al examen de la vida y virtudes de la bienaventurada. El antiguo obispo de Fermaplen, entonces, simple eremita de san Agustín, refirió las conversaciones que con la sierva de Dios había tenido, y los dos prodigios que por intercesión de la misma, acababa de alcanzar; la curación instantánea de una persona que se hallaba en la agonía, y la de un leproso incurable. Tres días después el prior de Alvastra y el maestro Pedro de Skeninge entregaron al obispo Galhard un manuscrito que contenía la historia de su ilustre penitente, *referida con toda verdad*, según lo aseguraron con juramento.

El 18 de Diciembre partieron de nuevo los viajeros. Cerca de Ancona, en donde debían de embarcarse, una de las doncellas de servicio fué atacada de parálisis. Los esfuerzos del prior de Alvastra y del capellán Magno fueron impotentes para reanimar los miembros de la paciente, á pesar de ser ambos muy expertos en las ciencias naturales; pero bastó el solo contacto de las reliquias, para que la enferma recobrase al punto la salud. Llegaron poco después al puerto, y en una galera que los esperaba colocaron su preciosa carga. Dos prelados romanos los acompañaron hasta Polonia, habiendo atravesado los países de Carintia, Stiria, Austria y Moravia. En todas partes las iglesias abrían sus puertas para dar paso á las reliquias de Brígida, quien visiblemente protegía contra todo peligro á los que la conducían, y pagaba con favores insignes la hospitalidad que se le ofrecía, en los países extranjeros. Cerca de Brún, unós salteadores acometieron á los suecos, y en el momento apareció la sierva de Dios, castigando con la ceguera á los malhechores. En las cercanías de Cracovia, mientras los viajeros oían misa en la iglesia de un convento, quedó instantáneamente curada una de las monjas del mismo, que se hallaba en la agonía, habiendo invocado á Brígida (1).

(1) Proc. Can. *Relatio Galhardi episc.* f. 28 r. 42 r. 56 v. y 57 r. *Dep. Magni Petri sup.* 49° art. f. 117 v. 118 r. *Kater. sup.* 50° art. f. 141 v 142 r. *P. de Alv. sup.* 26° art. f. 212 y 229 v.

En los confines de Prusia Winzick de Kniprode, abandonó la residencia de Mariemburgo que reemplazaba á la de san Juan de Acae para el Gran Maestre de la Orden Teutónica, y salió al encuentro del fúnebre cortejo. Aliado de Suecia contra Dinamarca no ignoraba las revelaciones de la gran santa del Norte á los soberanos de estos países y á los caballeros hospitalarios de san Juan, antepasados de los teutónicos. La recepción fué regia. Revestidos del manto blanco, en que ostentaban la cruz negra de su religión, y la cruz de oro de Jerusalén, aquellos animosos guerreros, cuya elevada vocación tanto había estimado la bienaventurada, se agruparon en torno de sus venerados restos, para acompañarles hasta su entrada en la catedral. Y luego, mientras unos permanecían orando junto á las reliquias, los demás obsequiaban á los viajeros, dejándoles mudos de estupor la magnificencia y el esplendor de su hospitalidad. No eran ya en efecto los caballeros, aquellos pobres religiosos que, establecidos en Palestina, defendían la Tierra Santa de los ataques de sus enemigos. Desde el siglo XIII se habían hecho dueños en Europa de vastos territorios, y sin abandonar los santos Lugares, se dedicaban á evangelizar las poblaciones eslavas en los confines del Báltico y de Prusia idólatra. Su provincia tenía la apariencia de un Estado religioso, estando todas las ciudades consagradas á la Madre de Dios; pero las costumbres de los caballeros, nada tenían de monástico. Los dos prelados romanos hicieron algunas tentativas para inducir á sus huéspedes á la observancia de la doble regla, á que estaban obligados, como templarios y hospitalarios á la vez. Presintiendo tal vez Catalina que las disensiones y la decadencia moral convirtieran á Prusia en un foco de herejes (1), se atrevió á recordar el magnífico ideal de su madre respecto al monje-soldado.

Luego los caballeros regresaron á Mariemburgo; los prelados romanos tomaron de nuevo el camino de Italia, y los suecos, con su precioso tesoro, continuaron su marcha á orillas del Vístula. Al llegar al Báltico se hicieron á la vela con dirección á la costa oriental de Suecia, dudando si les convenía desembarcar allí á causa de las continuas reyertas entre los alemanes que rodeaban al rey Alberto I, y los suecos empeñados en sacudir el yugo extranjero. Trataban entre sí los viajeros, de cómo se

(1) En 1525, Alberto de Brondebourg, trigésimo quinto gran maestro, se hizo luterano, y atribuyéndose dominios, de que solamente era usufructuario, constituyó con ellos parte de los cimientos de la monarquía prusiana.

defenderían en caso de ataque, cuando de pronto, en pleno día, apareció en el horizonte una estrella.

«Este es el astro, emblema de mi sierva Brígida, que viene á esparcir sus rayos sobre la cristiandad», dijo á los navegantes una voz celestial. A ejemplo de los magos siguieron la estrella hasta llegar sanos y salvos á la costa sueca. Pero antes de desembarcar, dieron las reliquias otra muestra de su poder. El día 23 de Mayo un gentil hombre, á quien unos corsarios llevaban cautivo, distinguió el barco en el cual supo que iban los restos de la bienaventurada, y lleno de confianza, suplicó le alcanzase de Dios la libertad. Casi en el mismo instante acercáronse á la nave en que éste iba, unos hombres armados y salvaron al prisionero, el cual rogó á sus bienhechores le condujesen á la embarcación depositaria de las santas reliquias, y alcanzó la gracia de acompañarlas hasta el fin de su viaje (1).

El 14 de Junio de 1374 la estrella desapareció, hudiéndose en el mar, y los escandinavos echaron el ancla en la bahía de Soederkoe-ping. Después de un cuarto de siglo Catalina volvía á ver la tierra natal, pero sus miradas no se apartaban del féretro de su madre, El convoy recorrió una distancia de cuarenta millas á través de la Gothia oriental hasta llegar á la ciudad episcopal de Linkoe-ping, donde el obispo Nicolás Hermansson, á la cabeza de su clero y de sus fieles la esperaba, cantando el himno que en honor de la santa, había compuesto:

«Rosa rorans bonitatem,
Stella stillans claritatem,
Brigitta vas gracie!
Rora celi pietatem,
Stilla vite puritatem
In vallem miserie (2)».

Las reliquias fueron expuestas á la veneración de los fieles en el coro de la catedral, y Pedro de Alvastra pronunció el panegírico de la sierva de Dios. Nicolás Hermansson ofreció hospitalidad en su palacio al prior de Alvastra, su antiguo alumno, y á Catalina, á quien cuarenta años antes había bautizado en Ulfasa. Al principio no se habló sino de Brígida, mas después de haber referido Catalina

(1) Proc. Can. 43 r. y 57.

(2) *Cantus sororum*, ed GEETE 240. — *Hymni et sequentiae* 35, por Schüick: **Rosa rorans, et Brigitta officium Lund**, 1893, 36 y en la mayor parte de las biografías de la santa.

la historia de su madre durante los largos años pasados en lejanas tierras, y de recordarles sus profecías de otros tiempos, inspirada por el Espíritu Santo, predijo que Magno II, refugiado entonces en Noruega, perecería en un naufragio (1). El obispo de Linköeping escuchó á Catalina con sorpresa, y más aún cuando á solas con él, le echó en cara haber relegado al olvido las revelaciones de Brígida. Luego añadió: Perdeís el tiempo y las fuerzas en el retiro y las austeridades en vez de consagrarlos al bien de las almas. Pretendéis renunciar vuestro cargo, no en consideración de los trabajos y fatigas que trae consigo, sino pensando que esta iglesia y su clero hallarán mejor prelado. Nicolás Hermansson no creía escuchar á Catalina, porque la voz misma de Brígida era la que, en aquellos momentos resonaba en sus oídos.

Ciertamente por el espacio de diez años, la vida de este santo hombre había sido una cadena no interrumpida de pruebas. Llevado tan pronto al partido de Alberto I, como al de los Folkungs, según lo exigían las necesidades y los intereses de sus diocesanos; arrojado de su silla, instalado en ella después del asesinato de su competidor, parecía que en el exceso del desaliento, iba como apagándose su fe y debilitándose su confianza en Dios. Al escuchar las exhortaciones de Catalina, despertó como de un penoso letargo, y contestó jurando tomar de nuevo con mano firme el cayado pastoral, llevándolo á Vadstena con las reliquias de su santa amiga (2).

Durante el trayecto el acompañamiento iba siendo más numeroso. Todos aquellos que podían libremente abandonar sus castillos ó sus chozas, se apresuraban á rendir este piadoso homenaje á los restos y á las virtudes de la bienaventurada, una paralítica invocó á Brígida con tal fe, que se vió curada por completo. Recordaban sus profecías, confesando todos, que por medio de la penitencia, se había libertado el pueblo de los castigados con que la divina Justicia había comenzado á afligirle. «Desgraciados de nosotros, decían, nos hemos resistido á creer las predicciones de esta santa mujer, haciéndonos sordos á las amenazas divinas. Por eso cayeron sobre el pueblo las tribulaciones y desgracias, que justamente hemos merecido. Ahora sus restos sagrados son para nosotros una prenda de paz y de futura dicha».

El 4 de Julio (3) llegaban las religiosas á Vadstena; al lugar mismo en donde Brígida había deseado vivir y morir. El día siguiente

(1) Proc. Can. b. Cat.—*Dep. Fr. Matth. art. 3º f. 38 v.*

(2) *Chrou. Rhvtn. episc. Lincop.* 106, 108.—*Sv. hist.* II, 84, 207.

(3) Proc. Can. f. 10 v. 11 r. y 58 r. *Deb. Kater sup.* 19º art. f. 128 r.

fueron expuestas á la piedad de los fieles en una capilla provisional porque el convento parecía esperar para levantarse, como la comunidad para constituirse, la presencia de estos restos venerables. Durante una semana se agruparon las multitudes en trono de la heroica mujer, que tanto había amado á su patria. Con Birger y Catalina oraban también Cecilia, casada en terceras nupcias con uno de sus parientes paternos, de la casa de los Oxenstiern, y Catalina la viuda de Carlos, y mujer del caballero alemán Juan Moltke. Hallábanse asimismo presentes los dos hijos de Marta, hija mayor de la santa, que había muerto ya.

No sólo en Vadstena, sino en todo el país, se sucedían los milagros sin interrupción. Como lo había hecho en vida, la bienaventurada parecía querer aliviar ante todo los pesares de las madres; y al propio tiempo los mudos hablaban, los ciegos recobraban la vista y el juicio los dementes; los paralíticos andaban y los muertos volvían á la vida; los náufragos se veían libres de los peligros de la tempestad, como en otro tiempo había salvado á Ulf, y al contacto de las reliquias huían de los corazones los odios y enemistades, y renacían en ellos la caridad y la paz. Con igual poder curaba Brígida las llagas visibles del cuerpo y las invisibles y profundas del alma (1).

Ocho días estuvieron expuestas las reliquias, al cabo de los cuales, fué preciso devolver á la tierra aquellos huesos, cuyo culto en los altares no había autorizado la Iglesia. Birger conducía el ataúd acompañado de algunos nobles caballeros. «Ahora, decía, puedo levantar alta, muy alta la frente, sin temor de verme humillado, al escuchar como en otro tiempo, aquellas palabras de los labios del rey Magno: «¿Qué habrá soñado esta noche nuestra buena prima?» Si el príncipe (2), que así hablaba treinta años antes, hubiese enviado á Vadstena en aquella ocasión propicia el testimonio de su arrepentimiento, no se habría expresado Birger en esos términos: pero mientras que Alberto I protegía al nuevo monasterio, Magno sin atender más que á satisfacer sus anhelos de gozar, navegaba por las costas de Noruega, en donde halló la muerte profetizada por Catalina. Su dinastía debía extinguirse

(1) Proc. Can. f. 11, 43 y 56 v. 57 v. 64 r. *Dep. Magni Petri. sup.* 40°, 43°, 44°, 45°, *art. f.* 114 r. y 116. Algunos de esos milagros constan en la bula de canonización. La mayor parte de estos hechos están consignados en orden distinto y con ligeras variaciones en el T. IV de Octubre de las Acta SS. (547-559). M. Annerstedt ha publicado algunos fragmentos de las deposiciones (*Script III*, n. 232-237).

(2) *Chron.*, 215.

con su nieto Olaf V, y de la casa, que por espacio de un siglo había gobernado el reino de Suecia, no iba á quedar vestigio alguno.

Las jóvenes que habitaban los claustros de Vadstena, se adiestraban allí en las prácticas y virtudes propias de la vida religiosa, bajo la dirección de una religiosa perteneciente á la orden de san Agustín (1). Catalina pidió el favor de ingresar como novicia en el instituto del Salvador, y las hermanas se apresuraron á abrirle las puertas, y dar el dulce nombre de madre á la hija de su santa fundadora, pero Catalina no llevó la corona blanca y roja, distintivo de las religiosas Brígidas, ni admitió otro título que el de protectora principal del monasterio (2).

(1) El ejercer el cargo de abadesa una religiosa de otra orden, es un caso que está previsto en la regla del instituto del Salvador, (capítulo 30) Cf. *Nachr.* 9.

(2) La segunda edición francesa de este libro terminaba el primer párrafo de la página 516, de esta manera: «La dignidad de abadesa, reconocida por la corte de Roma, y conferida á Catalina por Nicolás Hermansson, precedió á la entrada en religión de ésta». Dicha aserción se fundaba en la siguiente nota: «1.^a En el proceso de la canonización de Catalina (*art.* 4.^o f. 53), Fr. Clemente Persson asegura, de conformidad con un documento firmado por el obispo de Linköeping, la «institutionis dominae Katerinae in Abbatissom Mon Vadstena». 2.^a Fr. Matias, en el art. 3.^o, 39, se expresa así: Katerina nominatus abbatissa monasterii Vadstenensis in quadam bulla pie memorie domini Urbani Pape sexti data et concessa Rome apud Sanctam Mariam in Transtyberim secundo Nonas Januarii pontificatus sui anno primo».

El Sr. HÖJER combate sin embargo nuestra opinión con las siguientes razones: «Primeramente, en su testimonio cita estas palabras: *Katarine..... et abatisse ac conventus*, luego el título de abadesa no puede darse á Catalina». A esto se responde que no habiendo tenido el convento otra abadesa en aquella época, seguimos en este ej ejemplo dado por el mismo Sr. HÖJER (*op. cit.* 87, nota 2.^a) diciendo que la cancelería romana es inexacta en sus fórmulas.

En segundo lugar, refiriéndose al testimonio de Clemente Persson, el mismo Sr. Höjer presenta, como fundamento de su objeción: 1.^o, la palabra *prefecimus* de que se sirve el prelado; 2.^o, la fecha incompleta del documento, que no expresa más que el año; 3.^o, que Nicolás Hermansson no era entonces sino obispo electo no consagrado; 4.^o, la existencia de un documento idéntico al testimonio de Clemente Persson; fechado el 18 de Mayo de 1388, y en el cual aparece un acontecimiento verificado el 1.^o de Agosto de 1381 (1380).

Aceptamos el fundamento de dicha crítica, la agradecemos debidamente, y rectificamos el error, del cual toca alguna parte al que alteró la fecha en el manuscrito del proceso; y admitiendo que Catalina no fué nombrada abadesa, le damos, sin embargo, el título de un cargo que de hecho ejerció; y seguimos llamando á Catalina *Abadesa de Vadstena* con numerosos documentos antiguos y modernos y con cuatro bulas pontificias (Celse 140 n^os 6 y 8; 141 n^os 12 y 13). El propio Höjer hace lo mismo (*op. cit.* 85).

Poco importaba á Catalina que su autoridad fuese ó no real á los ojos de los hombres: bastábale que viniese de Dios, y supo ejercerla. Por otra parte estaba rodeada de amigos. Los confesores del convento, eran Pedro de Skeninge y Magno de Eka, elegidos para tal cargo por la autoridad episcopal: entre los postulantes se hallaban Federico Gudmarsson y Nicolás Haeradsman, que en otro tiempo habían acompañado en su viaje á Italia á Catalina y á su madre, entre los seglares que esperaban vestir el hábito de la nueva orden se hacían notar Juan de Ullabolstad y Pedro, aquel humilde sastre cuya bolsa socorrió en Roma á la colonia escandinava. Las doncellas de la antigua castellana de Eggertsnaes la habían seguido en calidad de hermanas conversas. En cuanto á las religiosas de coro, pertenecían, en gran parte, á la familia ó amistades de la santa fundadora; entre ellas estaba la sobrina de la abadesa, Ingegerda, hija de Marta y de su segundo marido Kautalgotsson. Contaba ésta cerca de 20 años, cuando llamó el 26 de Marzo de 1375 á las puertas del claustro, llevando más dote que virtudes. Compañera de infancia de Margarita, reina de Noruega, había respirado lo bastante el aire de la corte, para aprender el disimulo y la doblez, las religiosas no comprendieron por entonces, que en aquella joven se unían el orgullo de su madre, y la ambición insaciable de su familia paterna. Un día en que, reunidas las hermanas se ocupaban en aquellas delicadas labores de aguja, que han hecho célebre el instituto del Salvador, preguntó Catalina á Ingegerda, cuál era el dibujo del bordado que tenía en el bastidor. «Dós animales feroces mordiéndose», respondió la sobrina. «¡Ah!, dulce Jesús mio! repuso al punto Catalina, por intercesión de nuestra madre, librad á Vadstena de las emponzoñadas mordeduras de la crítica» (1).

Aunque todavía no eran regidos por una ley común todos los hermanos y hermanas sin excepción rivalizaban en deseos de comprender y poner en práctica las constituciones redactadas por Brígida. Catalina por su parte, autorizada por los superiores eclesiásticos, explicaba á los futuros religiosos de ambos sexos las adiciones á la regla de san Agustín, trazadas por la fundadora. Con mano firme gobernaba á sus hijos espirituales, y daba á conocer los diversos empleos de la orden, es decir, á cantar

(1) Proc. Can. Dep. Kater. sup. 50º art. f. 141 r.—Proc. Can. b. Kater. Dep. Sris. Marg. Clausd. ar. 1º f. 55. Dep. Sris. Annae et Sris. Ragn. art. 4º f. 64 v. 67 r. y 68 v.—Diar. 1409.—REUTERDAHL, op. cit. III. 238.—Vita Kat. 257, 258.—Kl. i Vadst. 13.

las alabanzas del Señor, y á trabajar sin descanso, así corporal, como intelectualmente. Declaraba ante todo que el instituto del Salvador formaba parte del cuerpo docente de la Iglesia; y en consecuencia que sus miembros debían consagrarse á los trabajos del apostolado. Los sacerdotes, predicarían la palabra de Dios de una manera sencilla, breve, y exenta de sutilezas. «Aquello que el pueblo no comprende, había dicho Brigida, despierta en las almas el estupor, pero no la piedad. San Pedro y san Francisco hicieron mayor número de conversiones que los más elocuentes Maestros de teología, porque eran sencillos, y amaban á las almas» (1). Las religiosas debían ayudar á los monjes en todo aquello que fuese compatible con su retiro y alejamiento de las cosas exteriores, imitando en ello á las santas mujeres del Evangelio en sus piadosos oficios para con Cristo y sus discípulos. A unos y otras, recordaba en fin la abadesa, que entre todas sus observancias monásticas la pobreza individual el silencio, y la clausura, tratándose de las religiosas, eran sus obligaciones más estrictas.

Pronto apareció Catalina coronada con aquella aureola propia de los fundadores de las religiones. Complaciase el Altísimo en escuchar las oraciones de su sierva, haciendo que sus actos más sencillos fuesen acompañados, á menudo, de verdaderos milagros de los cuales había en el monasterio mismo una prueba manifiesta, era una jovencita estropeada á la que Catalina había curado con un «Ave Maria». La existencia de la abadesa era un prodigio. Empleaba todo el día en el trabajo corporal y en la práctica de las virtudes y austeridades, deseosa de observar las más mínimas prescripciones de la regla que enseñaba á guardar á los demás, y pasaba las noches enteras en oración, ante el Dios de la eucaristía. Aseguraban las hermanas que Catalina, lo mismo que su madre, escuchaba la voz del Verbo, y que sin negar su unión mística con Cristo, cuando se le interrogaba sobre ello, sabía á ejemplo de la Virgen sin mancha, guardar en su corazón esos secretos del amor divino, los cuales, decía que no le era lícito revelar.

La unión y el trato íntimo con Dios eran el alimento de la vida de comunidad en Vadstena, en este mundo del claustro, bien distinto del en que se movía Brigida, valía más que oír predicar la moral, ver practicar constantemente los preceptos y los consejos del Maestro, y el ejemplo silencioso de Catalina daba

(1) *Rev. extrav. XXIII.*

más frutos que hubiesen dado las palabras (1). Sin embargo, cuando hablaba, cada palabra se oía con cuidado. Una sola hermana la preguntó un día cómo debía rezarse el rosario. Sin duda la comunidad se hallaba en una de las horas de recreo en el jardín al lado de rosales silvestres en flor, por lo que la abadesa la contestó. Cada rosa tiene cinco pétalos; deshojad una, al arrancar el primer pétalo rezar siete *Pater* y siete *Ave* con la oración *Recordare Virgo Mater*, en honor de las angustias de Nuestra Señora; al arrancar el segundo decidle cinco *Pater* y cinco *Ave* con la colecta *Domine Jesu Christe, fili Dei vivi*, en honor de las cinco llagas de Cristo; cuando arranquéis el tercero rezad siete *Pater* y siete *Ave* y siete *Salve Regina*, en honor de la alegría de la Virgen María al ver por primera vez á su Hijo resucitado; al arrancar la cuarta, nueve *Pater* y nueve *Ave* con la antifona *Alma Redemptoris* para honrar la alegría que inspiraba Cristo por el resplandor de su rostro; á la última diez *Pater* y diez *Ave* con la memora *Sponsa legis*, para recuerdo y honor de mi santa madre (2); la prosperidad espiritual del monasterio parecía llevar consigo la abundancia de bienes materiales. Birger fué nombrado procurador de dichos bienes, y era un vigilante administrador. Catalina, por su parte, le procuraba cuantiosos donativos; procedentes de su propia fortuna, sin disminuir por eso las legítimas á que tenían derecho sus herederos (3). Tal prosperidad acrecentó la gloria terrestre de Brígida; las peregrinaciones á su sepulcro se multiplicaron con los milagros debidos á su intercesión, y se creyó que debía proseguirse el examen comenzado en 1373, sobre la heroicidad de las virtudes de la sierva de Dios y la autenticidad de sus milagros. Gracias á la iniciativa del arzobispo de Upsal y á algunos de sus sufragáneos; gracias también al apoyo de los

(1) Proc. Can. b. Kater. *Dep. Fr. Mathias art. 3º f. 38. Ejusd. Er. Olavi y Sris. Annae art. 4º f. 34 r. y v. 38 y 68 v. Fr. Johan. art. 5º f. 26 r. Fr. Johan., Fr. Martini, Sris. Annae, y Sris. Ragn. art. 7º f. 65 y 68 v. y 70 r.*

(2) *Sv. böner*, 225. **H. Katerinas Rosenkrans**. El hecho parece auténtico. El relato fué evidentemente modificado en el ms. del siglo XVI (Cod. Giess. 881) en que le encontró M. Geete. El copista tuvo el candor de añadir á las palabras «mi querida madre, y de mí». Además la Memoria *Sponsa legis* está citado bajo la forma que se la dió para que pudiera aplicarse no solamente á Brígida sino á Catalina.

(3) El 25 de Marzo de 1375 dió cinco posesiones á la abadía, pero por la voluntad. Algunos de estos bienes pasaron á miembros de su familia. *Dep. Fr. Clem. art. 1º f. 51 r. Proc. Can. b. Kater.*

parientes y devotos de Brígida, fueron nombrados tres sacerdotes (1) para interrogar á los testigos y probar la veracidad de sus atestaciones. Poco después dieron fe por escrito de la prueba irrecusable que de la santidad de Brígida habían recibido de lo alto: la curación de diversas enfermedades, y la resurrección de algunos difuntos (2).

Terminado este trabajo, se pensó que nadie mejor que Catalina debía presentar dichas pruebas á la curia romana.

El monasterio de Vadstena no estaba aún regularmente constituido, ninguna reja cerraba los claustros. Cuando el obispo de Linköping ordenó á Catalina se preparase para el viaje, ésta, dijo á sus hermanas al separarse de ellas: «Dios me es testigo, de que nada deseo tanto, como la canonización de mi madre: por conseguirla, sacrificaría gustosa, las fuerzas y la vida. Sin embargo si mi confesor me impusiese la orden de permanecer aquí, obedecería al instante». Animada pues de esos sentimientos de abandono á la voluntad de Dios y á su Providencia, partió en la primavera de 1375 en compañía de un capellán, y de los dos amigos fieles de Brígida; el maestro Pedro de Skeninge, y el prior de Alvastra. Iba además para servirla una hermana cónversa.

Con general sorpresa se vió que la abadesa encargada de llevar el mensaje á Gregorio XI no se dirigía á Aviñón sino á Roma. La razón de esto era que Catalina, ilustrada con luz sobrenatural sabia que el pontífice, cediendo al fin, á las instancias de la cristiandad, á las revelaciones de Brígida y á la voz de otra alma santa, se preparaba á desempeñar de nuevo en la ciudad eterna, el supremo cargo, que de Dios había recibido.

Menos de dos años después de abandonar el palacio Papuzeri, volvía Catalina á llamar á esta puerta hospitalaria (3), donde fué acogida con general regocijo. Todos, amigos y conocidos, se apre-

(1) Gudmaro Fredericsson, Juan Gunderius y Kettilmund. Residían en el monasterio y se preparaban á tomar el hábito. Proc. Can. f. 42 r. v f. 56.—*Diar. an.* 1383, 1389, 1391.

(2) Proc. Can. f. 5-764 r. A excepción de los f. 58 r. 61 r. y v. 62 v. y 63 v. está reproducido el manuscrito, con ligeras variedades de las Acta SS. (pp. 542-546) termina con un elogio de la bienaventurada en el exordio de la VI parte de su Apéndice.

(3) Proc. Can. b. Catar.—*Vita Catar.* 258.—Proc. Can. Dep. F. Papuzeri 24^o art. 189. El *Diarium* (an 1375) asigna la fecha de 22 de Abril á la partida de Catalina y la vida de ésta indica la semana de Pascuas. Tal vez abandonara el monasterio en esta época y que se embarcara más tarde llevando terminado el importante documento el 2 de Mayo.

suraron á secundar según sus esfuerzos las diligencias necesarias para la canonización de la sierva de Dios. Y para que la santidad de la hija fuese un testimonio en favor de la madre, quiso Dios probar inmediatamente cuánto podían las oraciones de Catalina.

Venozza Orsini, una de las hermanas del conde Latino vivía sumergida en los peligrosos goces del mundo. Ni las exhortaciones de sus parientes, ni los castigos espirituales de la Iglesia fueron bastantes á poner límites á tamaños escándalos. Cayó peligrosamente enferma, y deshauciada de los médicos, rehusó los sacramentos de la Iglesia. Catalina logró primero, que la enferma recibiese su amistosa visita; luego, que le permitiese permanecer á su lado para asistirle. Admitida la demanda; pasaba el día á la cabecera de la enferma, y la noche orando fervientemente por la salvación de su alma. Precisamente en esos días una especie de vapor negro, elevándose del Tíber, envolvió la casa de los Orsini, quedando sumergida en tinieblas, mientras un sol brillante iluminaba la ciudad. Fuese ó no efecto sobrenatural esa oscuridad repentina llenó de consternación el alma de Venozza. Presa de las angustias de la muerte veía el infierno abrirse bajo de sus pies para recibirla. «Muy amada señora, exclamaba, tomando entre las tuyas las manos de Catalina santa hija de una madre santa, ayúdame, no me abandonéis, ni dejéis que satanáas se apodere de mi alma; os prometo hacer cuanto queráis». En seguida la enferma confesó sus pecados con aquel arrepentimiento sincero que borra las manchas del alma, y ésta penetró en la eternidad acompañada de las oraciones fervientes de Catalina.

El manuscrito que encerraba la vida y virtudes y los milagros de Brígida, fué inmediatamente después llevado á la curia; los notarios apostólicos manifestaron en el acto, que el documento no estaba convenientemente autorizado. Al oír éstas palabras la noble dama escandinavá, mirando con asombro á los clérigos que la escuchaban. «En mi patria, dijo, cuando los obispos y los nobles han hablado, no hay nada que añadir». Ciertamente, el testimonio de la nobleza y del clero equivalía al de los notarios en un país como el de Suecia, regido por el derecho germánico; no así en Italia gobernada por los legistas. Catalina tuvo pues que someterse á tal exigencia, y enviar á Suecia las escrituras, que llevadas allá por el capellán que acompañaba á los viajeros, fueron legalizadas (1).

(1) LITTA, *op. cit.* VII, XX.—Proc. Can. b. Kater. *Dep. Fr. Johan. y Sris. Marg. Clausd.* en 10º art. f. 30 y 61 r.—*Om. S. Kat.* 554-557.—Proc. Can. *Dep. Kater. sup.* 50º art. f. 114 v. y *Alf. ep. Gien. sup.* 40º art. f. 176.

El regreso de Gregorio XI á Roma no había sido aún anunciado, y Catalina, hubo de sufrir las consecuencias de este retardo sin conocer su causa. Por otra parte, la rebelión de Florencia y de algunas otras repúblicas italianas, llevada á cabo en el mismo año de 1375, y profetizadas por Brígida era por esta razón una prueba más de la santidad de ésta, y un hecho que debía invocarse en favor de la canonización de la sierva de Dios (1).

El papa no llegaba, y lejos de perder los días en la inacción, resolvieron los suecos recorrer entre tanto los estados de Juana I, á fin de continuar la obra comenzada en Suecia y en Roma, tocante á la canonización de Brígida. Por el momento habíanse divulgado ya en Nápoles numerosos milagros que atestiguaban el poder de la bienaventurada, y su imagen pintada en el muro de una antigua abadía se hallaba, en todo tiempo circundada de luces y de flores. A la llegada de Catalina, el arzobispo Bernardo de Montaure, antiguo amigo de Brígida, convocó una asamblea compuesta de las personas más preeminentes entre el clero y las autoridades civiles. Aquellos jueces tan competentes examinaron á los testigos, que acudían de todas partes del reino; y poseedores de irrecusables pruebas pusieron por escrito las principales maravillas debidas á la intercesión de la sierva de Dios (2).

La abadesa de Vadstena y la reina de Nápoles no se vieron ni una sola vez durante la permanencia de la primera en Nápoles. Tenía Juana, es verdad, grande empeño porque se llevase á cabo la canonización de Brígida; pero en nada había seguido los consejos de su santa amiga. Viuda la reina de tres maridos iba á contraer nuevo matrimonio con Othon de Este Brunvick, y la corte entregada por completo á los goces de la fiesta no podía ver con buenos ojos á

(1) *Rev. IV*, 140, 143. La crítica moderna considera también estas revelaciones como una profecía. Cf. PASTOR, *op. cit.* 89.

(2) Proc. Can. f. 65 v., 71 r.—Ha sido publicada por los bolandistas una extensa memoria de dichos prodigios. Magno de Eka cita (*Dep. sup.* 40º art. 119 r.—120 v.) asimismo multitud de milagros obrados por la santa en el reino de Nápoles, que no se mencionan en el «Acta SS.» Uno de los testigos, Antonio de Carletto, que había debido su favor y luego su desgracia por el crédito de Brígida, ejercía en favor de la bienaventurada una suerte de apostolado, que consistía en poner en las manos de los pecadores desesperados una cruz, que de Brígida había recibido; á su contacto quedó enteramente curado un caballero muy conocido, Andrés de Mormili, librándole á la vez, de la costumbre de blasfemar, que tenía muy inveterada. Proc. Can. *Dep. Alf. de Vad. sup.* 45º art. f. 178 r.—Proc. Can. b. Kater. *Dep. Fr. Johan in* 5º art. f. 24 v.

la austera religiosa. Sin embargo, Catalina dejó entre los napolitanos huellas benditas de su paso: una mujer posesa fué libertada del mal espíritu; muchos enfermos recobraron la salud, y el siguiente prodigio vino á avivar el entusiasmo y la admiración general: La noble Alfarana, mujer del senescal de Sarlierno confió á Catalina su dolorosa historia. Siete veces consecutivas habían salido fallidas sus más risueñas esperanzas, porque siete veces también, habiendo preparado una cuna, había salido de su casa un pequeño ataúd. Su marido mostrábala por esta causa un odio creciente, diciendo que Alfaraná tenía sobre sí la maldición de Dios. ¿Qué sería de ella, si por la octava vez, le esperaba aún la triste suerte de no poblar ni este mundo ni el de los elegidos? Catalina levantó el ánimo abatido de la infortunada; dióle algunas reliquias de la bienaventurada madre y la prometió asistirle. Poco después en el mismo palacio, en donde al nacer las criaturas, pasaban á los brazos de la muerte, resonaron, al fin las tiernas voces de una niña, á quien se le puso el nombre de Brígida y fué la primera que de Italia llevó el nombre de la santa sueca.

Entre tanto el papa Gregorio XI abandonaba su corte de Aviñón, y después de un viaje largo y triunfal, llegó á la ciudad de los apóstoles el 17 de Enero de 1377. Catalina aclamó al papa en los momentos mismos de su llegada, ante la basílica de san Pedro. Roberto Orsini, llevaba de la brida el caballo blanco del pontífice. «Santisimo Padre, le decía el valeroso capitán, en estos momentos comprendo la profecía que la bienaventurada Brígida me hizo hace cinco años, anunciándome que no sólo vería á vuestra santidad en Roma, sino que le acompañaría á su entrada en la ciudad».

A esta prueba de la santidad de Brígida unía Gregorio XI otra no menos evidente de la poderosa virtud de Catalina. El Tíber había roto sus diques, é inundando la campiña romana destruyó el puente de Letrán, y precipitóse sobre la ciudad. En tan apurada situación, un devoto de Brígida animado de viva fe la invocó en alta voz, despertando por este medio entre la multitud el recuerdo de la presencia en Roma de Catalina. En el mismo instante el papa acompañado del sacro Colegio se dirigió al palacio Papuzeri, y penetrando en las habitaciones de la abadesa de Vadstena, la suplicó salvase la ciudad. «¿Qué poder tengo yo, para dominar las aguas?». ¿Cómo puedo hablarlas como Señora? respondió la humilde religiosa. La multitud que rodeaba la casa, sin escuchar tales razones, se apoderó de Catalina para conducirla á orillas del Tíber en donde se verificó una maravilla, que sorprendió á la misma santa; al presentarse ésta empezaron las aguas á retroceder y pocos momentos

después el río volvía á seguir su curso, mientras las exclamaciones de alegría, un *Alleluia* general, se elevaba hacia lo alto. El prior de Alvastra, tomando ocasión de las mil preguntas que se le hacían sobre la madre y la hija, se apresuró á abogar públicamente en favor de la canonización de Brígida (1).

La audiencia anhelada por Catalina le fué concedida en el Vaticano. Allí manifestó su gratitud al soberano pontífice, por haber ordenado desde el año de 1375, se procediese á un nuevo examen de los milagros debidos á la intercesión de Brígida, como también por las informaciones que había ordenado se pidiesen al reino de Nápoles, referentes al mismo asunto. Recordó á su santidad el contenido de las cartas que poco antes habían dirigido al mismo pontífice, varios obispos, el rey y la nobleza sueca, y le entregó, en fin los documentos necesarios para la instrucción del proceso: el manuscrito que contenía los primeros testimonios recogidos en Vadstena, al cual habíase añadido la relación de otros milagros; y el texto, en latín de las revelaciones. Para su madre, pidió la abadesa los honores del culto; para las constituciones de la orden una aprobación más amplia que la concedida antes por Urbano V (2).

Abogados para su causa, no faltaron á Brígida. Las súplicas del clero escandinavo reunido en Telje, las de la nobleza, que residía en Vadstena; las del emperador Carlos IV, y de la reina de las Dos Sicilias, llegaron á Roma en 1377, mientras en el monasterio seguía con actividad el examen de los milagros (3).

Entre tanto Gregorio XI no cesaba de dar á la nueva orden pruebas señaladas de su paternal solicitud; entre ellas, la de conceder á la capilla de Vadstena grandes privilegios, como lo atestiguan

(1) Un fresco que recuerda ese milagro, se halla en la celda que habitaba Catalina.

(2) El manuscrito ya citado (A. 26, f. 178) hace constar un trabajo de la fundadora de 1370. He aquí el párrafo publicado por HÖJER (*Stud.* 65), «Ut pro confirmatione prefate regule, prout eam tunc conscribi fecerat, in qua illa, que in priori per Urbanum quintum confirmata vel ommissa aut secus posita seu preter suam intentionem inserta fuerant, nunc correctæ, præcisæ, explanatæ et aliæ quedam, que ex spiritus sancti revelatione addenda acceperat fuerant apposita, studiosissime laboraret».

(3) El obispo de Odense, revestido por el primado de absoluta autoridad, interrogó en el monasterio á cuatro damas, antiguas amigas de Brígida; las tres primeras, sus compañeras en Ulfasa, y la última, aquella misma Ingeborga que se le unió en Roma, y no se separó más de ella. El prelado hizo luego que compareciesen los cistercienses de Alvastra, contemporáneos de la bienaventurada y á los que conservaban por tradición sus enseñanzas; y en fin, se presentó Juliana, hija de Emborg Dannaes y de la condesa de las Orcadas.

sus bulas en favor del instituto (1). Confió las dos peticiones de Catalina al examen de una comisión compuesta en su mayoría, de individuos españoles, á cuyo frente se hallaba el obispo de Jaén, Alfonso de Vadaterra. Los cardenales franceses de Poitiers y de Aigrefemille se mostraron muy favorables á la causa (2), y antes del fin del año de 1377 Juan de Torquemada maestro del sagrado palacio (3) propuso en pleno consistorio y en presencia del papa Gregorio XI, la canonización de Brígida. El celo del dominico en favor de la causa tomaba mayor incremento, á medida que estudiaba más á fondo el alma noble y elevada, sobre la cual debía por encargo de la Iglesia emitir su dictamen. Había sin duda presentado el proceso sin más dilación que la exigida para la instrucción de la causa, si el 27 de Marzo, de 1378 la muerte inopinada del pontífice no hubiese venido á presentar el primer obstáculo á dichas negociaciones (4).

El cónclave iba á reunirse y con amenazantes clamores exigían los romanos una seguridad ó garantía, de que el futuro papa no volvería á trasladar la santa sede á Francia. Todo designaba al arzobispo de Bari, Bartolomé Prignano, como el más digno en su concepto de ser elegido por el sacro colegio. Alfonso de Vadaterra aconsejó á Catalina, que hablase con el presunto Pontífice antes de

La pureza de la fe y de las costumbres, la heroicidad de las virtudes de Brígida; el número, el brillo y la autenticidad de sus milagros, se manifestaron en toda su claridad y grandeza por medio de dicho examen—Proc. Can. f. 20, 21, 22, 23, 24 r. 28, r. 42, 57. *Dep. Magni Petri y Alf. ep. Gien. sup.* 48º art. f. 116, 177 v. y 178 r. *eorundem v. Kater. sup.* 49º art. f. 120 r. y v. 143 y 177 v. —Proc. Can. b. Kater. *Dep. Fr. Johan., Fr. Matth. y Sris. Marg. Claud.* in 11º art. f. 30 y 43 r. 61 v. *Dep. Sris. Annae in* 7º art. f. 64 v. —*Vita Kat.* 259-260.—*Om. S. Kat.* 559-561.

(1) CELSER, *Bull.* 136, nº 22, 137, nº 26.—*Kl. i Vadst.* 10.

(2) Carta de Catalina al obispo de Upsal, Birger. Anagni, 29 Julio 1377.—GEETE, *bibliogr.* nº 681.—HÖJER (*Stud.* 108) completa la fecha.

(3) Este cargo se confía siempre á un dominico.

(4) Baluze cree que Gregorio XI previó las desgracias de la Iglesia, y Gerson pretende que el papa, á la hora de su muerte, vituperó las visiones de ciertas personas, como Pedro de Aragón, Brígida de Suecia y Catalina de Sena. Noël Alexandre refuta victoriosamente tales escritos; la bula de canonización de la santa sienesa prueba que en Marzo de 1378 no se presentaba cisma alguno y nada confirma en aquélla el dicho del canciller. Otros cuentan que el capellán de Gregorio XI, reclamó las luces y las oraciones de Catalina para el papa agonizante y una tradición de los franciscanos asegura que la piadosa abadesa había dicho de Bartolomé Prignano: Este hombre turbará al mundo y á la Iglesia de Dios. Tales leyendas son poco verosímiles. BALUZE, *Annot. ad. Vit. papar. Aven. col.* 1223.

la elección, á fin de interesarle en la causa que perseguía. Dócil Catalina á tan prudente insinuación colócase en el sitio por donde el prelado debía pasar, y con su natural gracia le dirigió su petición con visos de profecía. Electo dicho prelado, con el nombre de Urbano VI, recibió poco después en audiencia á la abadesa de Vadstena en presencia del sacro colegio, y en el curso de la conversación, dirigióle el pontífice estas palabras. «Verdaderamente, hija mía, veo que habéis sido alimentada con la leche de vuestra madre».

Pero la prueba más terrible que ha afligido á la Iglesia, el gran cisma de Occidente, amenazaba á la cristiandad. La severidad con que el papa intentó ciertas reformas, que sólo por medio de la caridad y la dulzura, hubieran sido aceptadas, despertó contra él la animadversión de la jerarquía eclesiástica. El 20 de Septiembre de 1378, supo con dolor Catalina, que una parte de los cardenales habían depuesto al papa elegido por ellos mismos, para proclamar un antipapa con el nombre de Clemente VII. «Este es, dijo Catalina en el acto, el lamentable cisma predicho por mi madre (1). Alfonso de Vadaterra defendió la validez de la elección de Urbano VI. Al redactar su memoria, pensaba en aquellos cristianos tristes y poseídos de inquietud, que en espíritu contemplara Brígida en tiempos anteriores. «Los hombrès, decía entonces la extática, desearán la muerte; pero ésta huirá lejos de ellos (2).

Urbano VI, á pesar de las turbulencias y peligros que le rodeaban, no olvidó á la orden del Salvador, ni la canonización de su fundadora. Favorecía por todas partes la devoción hacia Brígida, exhortando á los copistas á multiplicar los ejemplares de las revelaciones, los cuales eran buscados á porfía por los soberanos, los obispos, las universidades y las bibliotecas (3).

Permitía además el pontífice que se propagasen las imágenes de la bienaventurada, pintadas en vitela (4), y que se recurriese á ella con toda confianza; ratificando al mismo tiempo la promesa hecha por Urbano V, de conceder á la capilla de Vadstena las

(1) En 1346 y 1350.

(2) *Rev. III*, 10.—*VI*, 110.—*Od. Raynald. Annal. ad. an. 1379, n.º 10.*

(3) El cardenal Torquemada cita en su prólogo que figure á la cabeza de las diversas ediciones del texto latino, al emperador, al rey de Francia, á las reinas de Castilla, de Chipre y de las dos Sicilias, á la universidad de Praga, á los hermanos menores, á los caballeros teutónicos, á las ciudades de Roma, Génova, etc.

(4) Esos favores se hallan enumerados en la bula del 4 de Enero de 1379.—*Kl. i Vadst. 13.—Stud. 94-97.*

mismas indulgencias que á la iglesia de la Porciúncula (1). Eximió al monasterio del pago de los derechos procedentes de los legados, protegió en fin sus intereses hasta el punto de garantizar la inmunidad de la orden con respecto á los entredichos que pudieran recaer sobre el reino; y confirmó por la bula: *Ad perpetuam rei memoriam* la aprobación verbal dada por Gregorio XI á la regla (2), tal como Cristo *ut pie creditur* la había dictado á la bienaventurada. Dejaba el papa, como su predecesor Urbano V, á la orden del Salvador, bajo la regla de san Agustín, adicionada con las constituciones redactadas por Brígida, pero más amplio que su antecesor; permitía la construcción de un monasterio único para religiosos y religiosas; preveía la extensión de la familia religiosa y fijaba los detalles de los diferentes títulos con que los religiosos y religiosas se habían de distinguir según su categoría ó los cargos que desempeñasen; y la manera de proceder en las elecciones, siguiendo para ello los deseos que sobre el particular había manifestado la fundadora (3).

Sin embargo una comision de cardenales se encargó del proceso de Brígida. El papa confió todos los documentos que tenía, añadiendo á ellos poco después el atestado de el obispo de Linkoepping de los milagros verificados en 1377 1378, ó cartas del rey, de la nobleza, del clero regular y secular sueco que acababa de traer á Roma Magno de Eka y otro sacerdote (4).

(1) El autor de una interesante «Colección de notas» **Ur en Antecknares. Samlingar** (*Nya Upppl.* 97 dice que Catalina alcanzó del arzobispo de Upsal, que mandase sacar algunas copias del retrato de Brígida existente, tanto más cuanto que algunas se hallaban en Italia y hasta una en la habitación del soberano pontífice,

(2) Un examen de la *Regula S^{ti} Salvatoris* había sido hecho por una comisión de cardenales, teólogos y cronistas entre los que se hallaba el obispo de Jaén. Finalmente una última revisión del trabajo de Brígida fué encomendada á su amigo el cardenal Elzeario de Sabran.

(3) La cuestión de la regla está extensamente tratado en el (*Acta SS.* § XV, 419, 426) por el P. de Buc. El sabio escritor demuestra que no han existido dos constituciones diferentes, aprobada por Urbano V, y otra por Urbano VI, sino que la segunda es simplemente corrección de la primera, sancionada por el último pontífice, el 3 de Diciembre de 1378 ó 1379 (Celse, 139, n^o 4) ó 1379 (*Diar. an.* 1379).—**Ciacconius Vita et res gestae Pont. Rom. II.** 636, 638, 640, 641, 644, 647.—*Stud. Exkurs B.* para la bula: *His quae pro divini cultus augmento*. Se desprende de antiguos documentos una especie de impresión de que á Catalina tampoco se la satisfizo. Como la situación, que se había mejorado más por Urbano VI que por Urbano V, era muy regular, según la legislación canónica de aquel tiempo, suponemos que la hija había heredado las esperanzas de la madre.

(4) Proc. Can. f. 73-75 r. f. 237, 240, an. 1379 d. 18 Enero.

En el mes de Julio de 1379 presentaron los comisarios una lista con cincuenta y un artículos, sobre los cuales debían versar las disposiciones de los testigos (1). El primero que habló ante la venerable asamblea, fué el cardenal Elzeario de Sabrán, y en pos de éste lo hicieron Magno de Eka, Catalina, hija de Brígida, Latino Orsini, el obispo de Jaén, Francisca de Papuzeri, el prior de Alvastra y otros varios (2). Referían dichos testigos los acontecimientos de la vida de la santa, y afirmaban que por intercesión de la misma se había obtenido la curación de enfermos, de locos, la resurrección de varios muertos, y había salido bien de varios peligros. Por esos mismos días llegaron cinco cartas referentes á la causa (3) de la santa, el treinta y nueve atestiguaba la notoriedad de los hechos referidos, los once siguientes enumeraban los milagros y el cincuenta y uno afirmaba la notoriedad de estos milagros y al recopilar las numerosas deposiciones, lamentábanse todos de no poder contar con una, que hubiera sido de las más decisivas: la de Pedro de Skeninge, quien en el año de 1378 se había dormido en la paz del Señor. Se notó, luego, que la santa, en sus frecuentes apariciones á sus devotos, no se refería ni á los asuntos de la cristiandad, ni aún á las desgracias del reino de Suecia. Una sola vez anunció que el Señor amenazaba á su infortunada patria, con nuevos castigos. «Sólo la humildad y la penitencia, añadió la santa, pueden trocar la justicia divina, en misericordia».

(1) Proc. Can. f. 4 18. Los treinta y ocho primeros trataban de las virtudes de la santa, el treinta y nueve atestiguaba la notoriedad de los hechos referidos, los once siguientes enumeraban los milagros y el cincuenta y uno afirmaba la notoriedad de estos milagros.

(2) Hartlev, obispo de Vesterås, el prior de San Juan de Letrán, Ottileria Colonna, Lucía Tartari, Tomás de Montenegro, Angla, Jaquelina de Salva, Jacobelli Celgata, Francisca Sarracini Francisco Nicolay, el cura de Norkoepping y Margarita Brache.

(3) La primera contenía el testimonio de un monje del Transtevere, amigo de la santa; la segunda la de los religiosos que habían viajado con Brígida; la tercera era la deposición de Nicolás, conde de Nola (publicada en parte por los bolandistas (541-542) y por M. Annerstedt (*Script.* III, II, 223); la cuarta recordaba los procedimientos anteriores, y contenía interesantes relaciones, entre ellas la de Juan Pornacio; la quinta dirigida por la reina Juana á la abadesa de Vadstena, celebraba la curación de un niño pariente de la primera, verificada á la vista de más de treinta testigos y de los médicos, cuya ciencia presagiaba su muerte. — Proc. Can. f. 100-235. *Dep. Kater. sup. 5º art. f. 43 v. Alf. ep. Gien. sup. 45º art. f. 178 v.* — *Johannae I reginae Siciliae epist. ad. S. Catharinam, ex cod. ms. bib. Upsaliae nº 15. Rietz. Scriptores Suecici medii aevi, III. Lund. 1844, 221-222.*

Sin duda, viendo á los caballeros, al alto clero y á todos los ciudadanos activos de la nación deseosos de luchar por lo que creían el bien de su país, Brígida no les encontró bastante sinceros, porque dirigió su único consejo á una pordiosera de Alvastra á la que había curado sus miembros fracturados. Las virtudes de esta pobre daban tal fuerza á su testimonio que nadie dudó de él (1).

Por fin la canonización de Brígida fué propuesta en consistorio público en presencia del papa. Este hubiera querido inscribir desde luego á la venerable sueca en el libro de oro de los santos, si el lamentable cisma que dividía á la cristiandad, no le hubiere tenido en una especie de inacción. En tanto Catalina alejada de los negocios del mundo y recogida en oración, preguntaba con ansiedad al Señor qué iba á ser de la obra y de la memoria de su madre. La Providencia divina respondió, estableciendo íntimas relaciones entre Catalina, y la heredera, por excelencia de la misión de Brígida, es decir, de sus trabajos en pro de la reforma de la Iglesia y de la cristiandad, por medio de la vuelta del papa á la ciudad eterna. ¿Cómo se conocieron Catalina de Suecia y Catalina de Sena? Una embajada que Urbano VI trataba de confiar á ambas, las puso en contacto por primera vez.

La abadesa de Vadstena quedó sorprendida ante el contraste que se notaba entre Brígida, y la continuadora de su obra. Una y otra, es cierto, habían sido favorecidas con todos los dones divinos inherentes á su vocación respectiva: ciencia infusa, luces proféticas, discernimiento de espíritus, y por último, aquella plenitud de gracias, con que Dios acostumbra á enriquecer á las almas apóstolicas. Más por otra parte, ¡cuán diferentes eran aquellas almas por su estado, naturaleza y condición, y aún por los dones que el Espíritu Santo depositara en ellas; y de cuán diversa manera se manifestaron éstos en cada una!

La ilustre dama sueca, educada según los principios del feudalismo, y en la escuela de hombres doctos, había aprendido en ésta, todo lo que sus maestros trataron de enseñarla, antes de que la ciencia infusa viniese á iluminar su espíritu. Por lo tanto ni la filosofía ni la teología de Brígida tenían el sello de escuela alguna; ni tampoco ésta había tenido ocasión de amoldarse á las leyes de ninguna orden religiosa, ni aun á las de la suya propia.

La virgen italiana por el contrario, procedente de humilde condición, ignoraba por completo las ciencias humanas. En la escuela del Espíritu Santo lo había aprendido todo, hasta á leer; y para que

(1) Proc. Can. Dep. P. de Alv. sup. 45° art. f. 230 r.—Acta SS. 544.

no hubiese aparecido como extraña, en el seno de la familia espiritual, á donde, con atractivo irresistible era impulsada á solicitar el último puesto, como hermana terciaria, instruía la el Verbo milagrosamente en la teología dominicana, colocándola en la categoría de discípula y aun émula de santo Tomás de Aquino. Brígida había inclinado la cerviz bajo el yugo de la dirección espiritual, deseosa de domar su naturaleza independiente. Catalina de Sena sentíase vivamente inclinada á la sumisión y sencilla obediencia; y mientras la noble y altiva dama escandinava prestábase con extrema repugnancia á alternar con el pueblo, la humilde dominica aparecía en público, sin esfuerzo alguno de su parte, manifestándose al exterior siempre que la necesidad lo exigía, con incomparable candor, no para descubrir su alma, sino para dar á conocer á Aquél que en ella moraba, y era á la vez su Criador y su Esposo.

Si de lo exterior y visible damos un paso hacia lo invisible é interno, el contraste no podía ser mayor. Brígida era ante todo profetisa: cuando Dios lo quería, presentábala el porvenir por medio de celestiales pinceladas, como un cuadro, en el cual entre las combinaciones humanas, aparecía el plan de la Providencia; ya el castigo que amenazaba á los pueblos ó á ciertas almas en particular, ó ya el torrente de las misericordias divinas en favor de las criaturas. Catalina era mística é intelectual, en grado sumo. Veía los acontecimientos futuros más en la mente divina, que en su misma realización; y al paso que Brígida contemplaba la causa, Catalina miraba el efecto por ella producido; estudiaba aquélla al Redentor en las profecías mesiánicas y en el Apocalipsis; conocíale Catalina, sobre todo, por el Evangelio del discípulo amado, y por las epístolas de san Pablo.

La transfiguración de ambas en Jesucristo se verificaba según el atractivo con que la gracia llevaba á cada una, á la consideración de los diferentes aspectos de la adorable persona del Verbo. Catalina se complacía en mirarle como al Mediador entre el Criador y la criatura, como la verdadera Luz, que penetrando en el entendimiento humano, derrama en él sus resplandores divinos. Brígida por su parte considerábale como el Combatiente victorioso, y el poderoso Libertador de sus criaturas. La primera se recogía en sí misma para penetrar en las esferas sobrenaturales; la segunda, para implorar ante todo el poderoso impulso con que había de vencer los obstáculos que la desviaban de la completa victoria de sí misma. El deseo de la muerte no atormentaba á la profetisa; en cambio la mística llevaba en el corazón aquella herida de amor, que no se cura aquí abajo, y tomando en sus labios las mismas palabras del

Poeta de Asís, exclamaba: «Jesús, amor mío, te pido la muerte». La fundadora de la nueva orden poseía en alto grado la fortaleza de donde procedía en su alma la virtud de la esperanza; la hija de santo Domingo y de santo Tomás de Aquino favorecida con el don de inteligencia esparcía por doquiera los esplendrosos rayos de la fe, que en su alma ardía. De esto procedía que Catalina enseñaba mientras Brígida ordenaba. El «Diálogo» escrito por la Virgen italiana ilustraba el entendimiento, las «Revelaciones» de la viuda sueca, se dirigen á la voluntad para encadenarla. Brígida hablaba con gusto el lenguaje del Antiguo Testamento á los escandinavos sobre los cuales había proyectado mucho tiempo sus sombras el paganismo: Catalina hablaba el lenguaje del Evangelio á los italianos, éstos convertidos de los tiempos apostólicos. Con el ejemplo y la persuasión exhortaba la terciaria dominica á la expiación de los pecados propios y ajenos en unión con el Redentor; la hija de reyes arrastraba á los demás á la penitencia, como un héroe que conduce á su pueblo á la victoria, pasando sobre todos los obstáculos.

Más semejante á la virgen de Sena que á su propia madre la abadesa de Valdstena penetraba con la mirada perspicaz y segura de los santos en el interior de aquellas dos almas tan ricas en dones divinos, descubriendo en ellas no solamente la gracia y las virtudes en sus más ocultas manifestaciones, sino también el carácter distintivo de cada una respecto de la otra, que en los designios de Dios, debían llevar á cabo. En servicio de la Iglesia, y durante su vida entera había desplegado Brígida todos los recursos de su temperamento en alto grado activo y enérgico; mientras Catalina en el silencio y el retiro ofrecía sin cesar al celestial Esposo, el deseo de inmolarse por esta misma Iglesia. La obra que Brígida había comenzado en pro del papado y de la cristiandad, Catalina llevaría felizmente á cabo, ofreciendo su vida por tan noble y grandiosa causa; y juntas, las dos esposas de Cristo, alcanzaban por fin el restablecimiento de la santa sede en Roma.

La abadesa de Vadstena quiso dar un paso más, y saber de los labios mismos de Catalina, lo que ésta había trabajado desde que en dicha obra gigantesca reemplazaba á Brígida. Refirióle, en consecuencia la Virgen dominica, como desde el año de 1373 inspirada por el Espíritu Santo no había cesado de hablar al legado del papa, rogándole se ocupase en organizar la cruzada, y procurase la pacificación de Italia. Trató asimismo de las querellas entre la santa sede y las repúblicas italianas; de sus propios esfuerzos para traer á dichas repúblicas á la obediencia ó alianza con la Iglesia; hizo mención de sus cartas á Gregorio XI y á varios cardenales; referentes á

la reforma del clero, y á la vuelta á Roma de los soberanos pontífices. Con la sencillez propia de los santos refirió su embajada á la corte de Aviñón, á donde enviada por los florentinos, fué á tratar de la paz. No ocultó ni sus luchas contra el débil pontífice, siempre vacilante cuando veía acercarse el momento de abandonar á Francia, su amada patria, ni el paso tan adelante que dió en su empresa, cuando ilustrada con luces sobrenaturales llegó á revelar al vicario de Cristo el voto que aquel pontífice tenía hecho antes de su elección de entrar como papa, en la ciudad de los apóstoles. Manifestó en fin su sentimiento por las dificultades, que con motivo de la muerte de Gregorio XI habían surgido respecto de la pacificación de Florencia, congratulándose á la vez del advenimiento de un italiano, á la silla de Pedro; bien que el cisma anunciado asimismo por ella frustraría en parte tan halagüeñas esperanzas. Lamentábase de la inutilidad de sus exhortaciones al sacro colegio, por medio de las cuales desde el año 1378 no había cesado de suplicar é instar á los cardenales, por que permaneciesen fieles á la sumisión que habían jurado á Urbano VI. La cristiandad sin embargo gemía bajo la dolorosa prueba de verse gobernada por un anti-papa.

La oposición que la abadesa de Vadstena había notado entre el carácter de su madre y el de la joven italiana, la hizo ver también la diferencia de sus respectivos medios de acción en sus relaciones con los soberanos pontífices. Servíase Brígida sobre y ante todo del don de profecía. Sus consejos á los papas Clemente VI, Inocencio VI, Urbano V y Gregorio XI, derramando la luz sobre lo presente, iluminaban más aún lo futuro. Como un sólo rayo de inconcebible potencia, esa luz penetraba en los corazones con tal fuerza, que al recibirla no era posible permanecer en la inacción; era pues necesario ó rebelarse contra la animosa é inspirada consejera, ú obedecerla. Catalina de Sena por el contrario en sus cartas á Gregorio XI y á Urbano VI, exponía todo aquello que es capaz de seducir el corazón y persuadir la inteligencia, con maravillosa suavidad, con fuerza casi imperceptible, pero tan poderosa, eficaz y avasalladora, que no era posible resistir al influjo, que necesariamente ejercía sobre las facultades todas del alma.

El cisma entre tanto turbaba las conciencias; las almas más rectas buscaban la verdad sin encontrarla. Catalina de Sena y Catalina de Suecia trataban separadamente de inclinar á los fieles á la obediencia de Urbano VI, quien al saberlo, procuró poner en contacto á aquellas dos santas heroínas de la cristiandad. Deseaba ante oda el sumo pontífice unir los esfuerzos de ambas para lograr atraer á su obediencia á Juana I reina de Nápoles, á quien él mism^o

con su austera severidad había alejado de sí, hasta el punto de contarse la soberana entre los partidarios del anti papa, Clemente VII.

Habiase mostrado dicha princesa en gran manera satisfecha de la elevación de Urbano VI, al trono pontificio, y enviado regios presentes con las más vivas felicitaciones al nuevo papa, antes súbdito suyo, por medio de su embajador y canciller. La acogida seca y altiva del papa humilló al mensajero é hirió el amor propio de Juana la cual correspondía á aquélla reconociendo en en 20 de Noviembre de 1378 á Roberto de Senove. Urbano VI deploraba su falta y esperaba que la virgen de Sena, á quien la reina mostraba grande afecto, lograría por fin la reconciliación deseada. A la humilde dominica quiso el papa que acompañase Catalina de Suecia, esperando que el dulce recuerdo de la bienaventurada Brígida fuese como una garantía para el buen éxito de la embajada. A la primera insinuación del pontífice, la terciaria se preparó á partir; pero la abadesa de Vadstena creyó necesario exponer al papa, que habiendo Juana echado en olvido los consejos de Brígida, era éste á su humilde parecer un paso inútil, tanto más, cuanto que ni Dios la ponía las armas en la mano, ni la hacía entrever esperanza alguna de alcanzar el resultado apetecido. Urbano VI no insistió, ni se manifestó descontento de las razones alegadas por Catalina.

Los acontecimientos, y no falta de celo de parte del pontífice, fueron entonces un obstáculo para la canonización de Brígida. Por todas partes se veía obligado el papa á defenderse de los cismáticos, á preservar su persona de sus armas y de sus emboscadas, á defender sus Estados de sus incursiones y á la cristianidad de sus mentiras. La Iglesia militante luchaba para vivir antes de dar la victoria á la Iglesia triunfante.

Catalina de Suecia, cuyos recursos pecuniarios se habían agotado, alejóse de la ciudad eterna, después de cinco años de permanencia en ella. Dejaba el proceso de canonización de Brígida terminado, no faltándole más que la aprobación pontificia. Urbano VI quiso demostrar su benevolencia á la piadosa extranjera, aún más allá del territorio de la Iglesia, dándole cartas para los señores de los países que debía recorrer; y enviándola un prelado para que la acompañase hasta el pie de los Alpes. Las cortes de Italia y de Alemania ofrecieron á la viajera hospitalidad; pero ésta prefirió hospedarse en los monasterios con el fin de adquirir nuevos y variados conocimientos que pudiesen servirle de norma en el futuro gobierno de la orden

naciente. Pocas noticias hay sobre el viaje de Catalina, y puede decirse que el sólo recuerdo de su paso á través de Europa se encuentra en los dominios de los caballeros teutónicos, en donde curó instantáneamente, imponiéndole las manos, á uno de los sirvientes peligrosamente enfermo.

El día 6 de Julio de 1380 entró de nuevo Catalina en el monasterio de Vadstena. Su familia religiosa comprendió al punto, que no tendría el gozo de poseerla por mucho tiempo: el hermoso rostro de la abadesa presentaba ya ese como reflejo de la muerte, que con angustia se nota en las facciones de los seres amados. Volvió, no obstante, á tomar su cargo, y al darle cuenta Birger de los asuntos materiales, y presentarle las cuentas, prodigóle Catalina los más vivos elogios por su acertada administración; mas no alabó su conducta porque Birger, á despecho de lo que exigían sus deberes, y de los consejos que la habían pedido y recibido, había pasado á segundas nupcias. Anuncióle la abadesa que tendría el dolor de ver morir á sus dos hijos como justo castigo por no haber seguido en este punto la voluntad divina, tan clara y terminantemente expresada. Profecía que realizada bien pronto obligó á Birger á elevar su corazón á lo alto, buscando allí los seres queridos, que, arrebatados á su amor, le dejaban sin posteridad aquí en la tierra.

Entre los numerosos bienhechores de la orden, complaciase Catalina en contar á su difunto sobrino Pedro Ribbing, primogénito de Marta. Este gentil-hombre, al dirigirse en peregrinación á los santos lugares y visitar la ciudad eterna, durante la última permanencia en ella, de Catalina, había ofrecido á ésta varias tierras para ensanchar los dominios de Vadstena. Lejos estaba de pensar el generoso mancebo, que á ese despojo voluntario sucedería muy en breve el abandono definitivo y el adios supremo de todo lo de aquí abajo. Ya por entonces el segundo hijo de Marta se había ahogado; y no quedaba por tanto descendencia alguna de aquel *ladrón*, á quien tantas veces había tratado Brígida de convertir.

Vadstena poseía en aquella época numerosas y extensas posesiones, y las obras de la nueva construcción marchaban con tal rapidez, que la abadesa creyó llegado el tiempo de pensar en la consagración canónica del monasterio. Mientras tanto animaba á los obreros con sus dulces palabras, y curábalos con sus propias manos cuando estaban enfermos. Uno de ellos cayó desde las altas bóvedas de la Iglesia, y moribundo le condujeron sus compañeros á la presencia de Catalina, quien le devolvió la vida y

las fuerzas tan completamente, que en el acto se puso de nuevo al trabajo (1).

Desde su llegada á Vadstena procuró Catalina velar sobre lo corporal y sobre lo espiritual é hizo que el obispo de Linköeping promulgase la bula de Urbano VI, y nada perdonó para implantar el espíritu de la regla entre los veinte y dos monjes, y las treinta y cinco religiosas, que vivían ya bajo su gobierno (2). «He aquedecían todos, designando á Catalina, la primera abadesa y madre del convento, después de la gloriosa Brígida (3).

En medio de esos deberes generosamente cumplidos dejóse oír el llamamiento supremo del celestial esposo, al cual respondió amorosamente Catalina: «Heme aquí, Señor». Herida mortalmente deseaba aparecer ante su Dios con aquella pureza que siendo como el fruto del dolor causado en el corazón por las más leves imperfecciones é infidelidades, es al propio tiempo el complemento, si así puede decirse, de la inocencia del alma. Edificaba á todo el monasterio con su admirable paciencia en la enfermedad, y más aún á la hermana conversa encargada de su servicio particular. Magno de Eka, ó el antiguo confesor del convento que á su nombre de Juan se le añadía el de «*Segundo Crisóstomo*», dábanle la absolución de sus faltas es decir, de aquellos actos acusados con abundancia de lágrimas, y en los cuales el ministro de Dios no hallaba ni sombra de imperfección.

Estaba pisando ya los umbrales de la eternidad y aún dejaba el Señor que su esposa caminase sin descanso por la vía del sacrificio: La enfermedad de Catalina era de tal naturaleza, que no la permitía recibir la sagrada Eucaristia, debiéndose contentar con adorar (4) la hostia santa, sin tener el consuelo de que le fuese dada en alimento.

Toda la vida de esta alma privilegiada había sido un continuo

(1) Proc. Can. Catar. *Dep. Fr. Olavi y Sris. Annae art.* 7º 35, 65.

(2) En la orden del Salvador se admitían las personas en la misma forma y con los mismos requisitos que se acostumbra en muchas familias religiosas; los hijos ilegítimos eran rechazados por las razones invocadas ordinariamente. Después de emitidos los votos no podían los religiosos dejar el convento, sino para ingresar en algún instituto más austero.

(3) Con esos títulos se nombra á Catalina en un documento del 17 de Julio de 1380. Nicolás Hermansson la confió oficialmente la dirección de las religiosas el 1.º de Agosto de 1381 (N. S. 1380).

(4) Las hermanas llevaron la custodia á la Abadesa diciendo: *Fides tua proficiat tibi ad salutem et vitam aeternam. Rev. Extrav. XXXVII.*

esperar. Como esposa había renunciado al amor humano del esposo, anhelando aquella otra unión más santa y perfecta, cuya consumación se efectúa más allá del tiempo; como viuda, no le quedaba la dulce satisfacción de haber prodigado los consuelos de la última hora al ser amado, en favor de quien rogaba sin descanso á la divina clemencia; como religiosa, ni había vestido el hábito de su orden, ni había hecho la profesión regular; como abadesa, ni fué elegida oficialmente para ese cargo, ni le era dado tampoco asistir á la próxima consagración solemne de su abadía. La obra principal de su vida, la canonización de Brígida, no estaba aún terminada; y en fin emprendía el viaje á la eternidad, sin ser reconfortada antes con el santo viático. No profirió sin embargo una sola queja; volvió los ojos al cielo, y esperó por última vez. Tampoco pronunciaron sus labios una sola palabra, porque en el fondo de su alma y en lo más íntimo del corazón guardaba el secreto de su conversación interior con el Verbo. Al brillar las luces de lo alto, ibanse disipando suavemente las sombras terrestres; y ante los rayos esplendorosos de la eternidad apareció esta alma santa en toda su hermosura y lozanía, del mismo modo que las flores abren al contacto del sol sus corolas, para ofrecer al astro del día los más deliciosos perfumes. Dejando el cuerpo, el alma de Catalina fué á perderse en aquellas profundidades íntimas del amor reservado á las vírgenes; (1). La naturaleza descansaba y oraba: era el día del Señor. El convento de Vadstena no estuvo desierto alrededor de la moribunda, los pájaros del cielo, en estos tiempos de fe, tenían la costumbre de cantar la entrada de los santos en la Iglesia, y por millares se les veía en las ventanas; y en el momento en que elevaba su vuelo más allá del espacio, apareció en el horizonte una estrella, cuyo brillo eclipsaba el de los demás astros, la cual, circunviéndose en el firmamento, vino á parar sobre el monasterio de Vadstena, y allí permaneció hasta el momento de los funerales.

Durmióse la bienaventurada en la paz del Señor, el 22 de Marzo de 1381 (2). Thord, obispo de Strengnaes estrechó por última vez la mano que le ayudó á elevarse hasta la silla episcopal; y aqueila

(1) *Apoc.* xvi, 4. Παρθέναι γάρ εἰσιν οὗτοι οἱ ἀκλινοῦσθοντες τῷ ἄρτιῳ ὅπου ἂν ὑπάγη.

(2) Esta fecha es la generalmente adoptada, pero ¿cómo considerarla como cierta? GEETE, *Sv. böner*, Inledning XI, pone la nota siguiente en su Cod. escrito en Vadstena, hoy de la propiedad de la bib. de Berlín (*Mscr. Theol. Lat.* 8: o N: o 71). — Mars 23. Anno domini MCCCLXXXI, obiit domina Katerina, filia beate birgite

mano helada estrechó á su vez con fuerza la del prelado, recordándole quizá las obligaciones de su cargo. El príncipe Erico, hijo del rey de Suecia, una multitud de grandes señores y damas nobles, entre los cuales se hallaban Birger y Cecilia, los únicos que aun vivían de los hijos de Brígida, todos á porfía rivalizaban en los honores con que manifestaban los sentimientos de la más profunda veneración hacia su ilustre parienta.

Llorando á su primera abadesa, lloraba el monasterio de Vadstena á su fundadora, la bienaventurada Brígida, á quien no conoció, sino por los destellos de su santidad y por su grandiosa obra. Junto á los restos de Catalina las personas del siglo ensalzaban más aún á Brígida, porque las obras, los milagros, la gloria de la madre eran patentes á sus ojos, mientras que el alma mística de la hija, se ocultaba á las miradas terrestres. Comprendiendo el dicho «*Beati pauperes spiritu*» mencionado muchas veces respecto á Catalina, no como la renuncia á bienes perecederos, sino como falta de sensibilidad en lo que se refiere al espíritu, veían en ella un ser sin personalidad. Y sin embargo si á los monjes, á las religiosas, y aún á los amigos íntimos de la orden, se les hubiere permitido aspirar á la recompensa eterna concedida á cada una de estas admirables mujeres, y elegir entre ambas coronas la de más peso y mayor gloria, hubieran vacilado no poco, antes de decidirse. Porque al lado de la carrera gloriosa de Brígida, se recordaba con admiración la angelical bondad de Catalina, sus crueles padecimientos, su vida pasada toda á los pies del Maestro, exhalando, como el vaso de Magdalena, el celestial aroma de sus virtudes. «Las cruces y penas de Catalina, se decía, han estado siempre en relación con el amor divino que ardía en su alma: «gota á gota» la ha pedido Jesús la sangre toda del corazón, y durante una existencia de medio siglo, excepto algunos meses en Roma nunca ha permanecido la víctima en estado pasivo, porque nunca tampoco dejó de ofrecerse en sacrificio voluntario ante las aras del divino amor. Ahora si todos los corazones de los hombres formasen un solo corazón no podrían, sin estallar de alegría contener el menor de los premios que dará el Señor en la eternidad, á la menor de las penas sufridas por su amor (1).

matris nostre que prima abbatissa vadstenis fuit; y transcribe la siguiente según un msc. del siglo XV de la bib. de Copenhague: *Anno Domini MCCCLXXXI vppa wara frw apton anuñciacionis do hálgha fru Katherina, op. et loc. cit. XXIII.*

(1) Und wären alle Herzen ein Herz, sie möchten nicht ertragen den mindesten Lohn, den ich geben will in Ewigkeit um das mindeste Leiden, das ein Mensch von Minne um mich leidet. H. Suso, *Ewige Weisheit, XIII.*

CAPITULO XV

1381-1390

CANONIZACIÓN DE BRÍGIDA Y PROSPERIDAD DE SU ORDEN

Bendición del Monasterio de Vadstena.—La abadesa Ingegerda y la reina Margarita.—Canonización de Brígida por Bonifacio IX.—Fundación de numerosos monasterios brigittinos.—Decretos de los concilios de Constanza y de Basilea referentes á la santidad y revelaciones de Brígida.—Ingeborga de Holstein abadesa de Vadstena.—Negociaciones políticas.—Proceso de canonización de Catalina.

Annis millenis transactis bis quadragenis
Et tricenenis monos juncto quasi plenís
Post ortum Christi mortem Katerina subisti.
Hid dum vixisti preluada stella fuisti,
Tutrix, adjutrix miseris in agone laboris,
Nutrix ac alitrix, multis ad culmen honoris
Dux, comes et via, lux, requies pia, nos laqueatos
Protege preuia, duc, regé deuia, respice gratos (1).

Tal fué el epitafio, que en la iglesia de Vadstena grabó la orden del Salvador sobre el sepulcro de la primera abadesa. La inscripción ni estaba redactada con elegancia, ni recordaba uno siquiera de los títulos que la santa había llevado en el siglo y en el claustro; pero era el testimonio debido á sus luces, á su caridad para con las almas. Muy en breve la losa sepulcral desapareció bajo innumerables *ex-votos*.

El 28 de Abril Urbano VI ignorando que Catalina hubiese trocado la Iglesia militante por la triunfante, la renovaba las promesas en favor de la canonización de Brígida de que sola-

(1) Proc. Can. Cat. *Dep. Fr. Olav. y Fr. Mat. art. 8º, 35 v. 47 r.* Las **Cantiones**, *Holmiæ* 1887, f. 103, dan la lección del proceso que restablece la rima de los versos.

mente el obispo Linkoeeping tuvo noticias de Brígida. Más ya la bienaventurada, mirando en Dios toda verdad, contaba á Brígida en el número de los santos.

Entre tanto Margarita viuda de Birger Oxenstiern fué llamada, aunque no por elección regular, á reemplazar á Catalina con el título de abadesa. Procedió ésta inmediatamente á activar y dar nuevo impulso á la obra del monasterio, á fin de que fuese canónicamente erigido (1). En 1384 elevábase éste en las riberas del Vetter, siguiendo el plan adoptado por la fundadora. Constituíanle dos edificios de piedra independientes entre sí, y unidos por una capilla provisional de madera. El ala del Norte estaba destinada á las religiosas; la del Sur á los monjes. Cada uno de los claustros tenía su jardín separado; el de estos últimos se hallaba á la sombra de la iglesia parroquial. Los monjes se comunicaban con las hermanas por medio de un torno, y de allí tomaban los alimentos, los vestidos y el dinero enviados por la abadesa.

El obispo de Linkoeeping bendijo el 23 de Octubre de 1384 la abadía, que estaba sometida á su jurisdicción, y de la cual era por derecho visitador. Un amigo de Brígida, el nuevo arzobispo de Upsal presidió la ceremonia. En la puerta hallábanse la abadesa Margarita con las hermanas en número de cuarenta y cinco, incluso las novicias y postulantas. Todas en aquel mismo día debían renovar unas ó pronunciar sus votos, según la regla y constituciones de la orden del Salvador; y todas vestir el hábito propio de la misma ó pedirle (2). A las primeras el obispo puso en el dedo un anillo en todo semejante al que llevaba Brígida, diciendo estas palabras: «Yo te bendigo, como á esposa y posesión eterna del Señor» (3). Entre aquellas víctimas voluntarias se hallaban la bellissima joven

(1) Para aumentar los recursos, dirigióse la nueva abadesa al rey Alberto I y al arzobispo de Upsal, quienes impusieron á los fieles la obligación de contribuir á la obra, con lo que llamaban *el dinero de la Virgen*. Procuró también la celosa abadesa, atraer á los fieles, por medio de las indulgencias que logró fuesen concedidas á la nueva capilla.—Proc. Can. b. Cat. Dep. Fr. Johan. y Fr. Matth, in 8º art. f. 28 v. 29 r. y 43 r.—CELSE Bull. nº 34 —*Kl. i Vadst.* 13.

(2) Dichas oraciones dictadas por Cristo á la santa hacen patente la significación de las diversas partes del vestido, se rezan durante el ofertorio de la Misa de la Santísima Trinidad.

(3) Diario año 1408.—El anillo ostenta la cruz del Redentor, al pie de la cual están la Virgen y San Juan Helyot, *op. cit.*, IV, 33.—REUTERDAHL, *op. cit.*, III, 237. *Diar. an.* El P. Estienne Binet, S. J. (*Vie admirable de sainte Brigitte*, París, 1634, 370), ha descrito el anillo y las religiosas de Altomünster lo llevan todavía

turca (1) que la reina de Nápoles había encomendado á la custodia de Brígida (2) y la nieta de la santa fundadora, Ingegerda. Las hermanas tomaron posesión de aquellas celdas y claustros de donde no debían salir ya, sino para acudir al supremo llamamiento del Esposo, y la clausura quedó regularmente establecida.

El mismo ceremonial se observó el siguiente día en el convento de los monjes. Nueve padres y siete hermanos pronunciaron los sagrados votos, y Magno de Eka fué elegido confesor general (3). Gran número de personas hallaron en aquella mansión de paz dulce y plácido refugio contra las asechanzas y cuidados del mundo. Las plazas todas fueron inmediatamente ocupadas; no quedando una sola de las establecidas por la regla; y los postulantes de ambos sexos se presentaban con anticipación, pidiendo se les reservasen las que, á causa de defunción quedasen libres. Estos permanecían mientras tanto en calidad de novicios hasta el momento en que hubieren de profesar.

La *Regula Sancti Salvatoris*, dictada á Brígida por el Salvador mismo cimentaba el edificio espiritual bajo las bases de la regla agustiniana. Las religiosas se negaron á observar las constituciones añadidas por el prior de Alvastra, juzgando superiores á sus fuerzas ciertos trabajos corporales ordenados en ellas. Comprendió el prior la justicia de tal protesta, y preparábase á modificar las constituciones, cuando el 9 de Abril de 1390 le sorprendió la muerte (4). Por una de aquellas manifestaciones de la ternura infinita del Señor para con los que le aman, Pedro de Olafsson dió su postrer suspiro cerca de las venerandas reliquias de su santa amiga.

La expulsión de los partidarios de Mecklemburgo, en la que tal influjo ejerció la familia de Brígida, colocó en el trono de Suecia, á la que los pueblos del Norte se complacen en llamar «Margarita la Grande». Este mismo año se llevó á efecto por vez primera la investidura regular de una abadesa de Vadstena en la persona de

(1) Proc. Can. Cat. *Dep. Sris. Marg. Clausd.* 5º art. j. 59.

(2) El 22 de Mayo de 1382 mientras la reina Juana I estaba orando ante el Santísimo Sacramento, acercáronse asesinos y la quitaron la vida. Sin duda la oblación de aquella alma, que debió á la reina el beneficio de la fe, debe haber pesado en favor de ésta ante la Justicia eterna.

(3) Dos padres que á la sazón se hallaban ausentes por asuntos particulares del convento, hicieron la profesión cuarenta y ocho horas más tarde.

Confesor omnium, según la regla, significa prior, título que se da al confesor general en ciertas abadías. Cada monasterio tenía una abadesa y un confesor general.

(4) *Apr.* 9. *Obiit dominus Petrus prior alvastrensis condan confessor sancte Birgitte.* (Prior Petrus Olavi död 1390.) *Sv. böner.* Inled. XI.

Ingegerda, que realizaba el cargo por la sangre real que en sus venas corría (1).

Nadie ignoraba que la nueva abadesa había sido compañera en sus juegos y estudios de la Gran reina, cuando desposada ésta, siendo muy joven, con Haquín, rey de Noruega, fué entregada á los cuidados de Marta, hija de Brígida. El monasterio de Vadstena halló pues en la inteligente soberana poderosa protección, y los sentimientos benévolos de la reina en favor del instituto ejercieron tal influencia en el concepto público, que el favorecer la orden del Salvador era un acto noble y digno del orgullo nacional. Poco después de recibir Ingegerda el título y cargo de abadesa, un incendio, que se pretendía previsto en los escritos de Brígida, arruinó la capilla, los dos edificios adyacentes, y casi por completo el convento de las religiosas, causando al propio tiempo algunas víctimas. Pronto quedó todo restaurado merced á la suma de 10.000 marcos de plata, que procedentes del dote de algunos religiosos, tenía la abadesa en depósito. Procedióse luego á exhumar los restos de Catalina para colocárilos en el túmulo al efecto levantado. El perfume suavísimo que éstos exhalaban, deleitando dulcemente los sentidos, comunicaba á las almas misteriosa fuerza. Muchas personas enfermas ó afligidas que acudieron á venerárilos, quedaron en el acto curadas y consoladas (2).

La nueva orden esperaba de un momento á otro la canonización de su fundadora. Proclamábase el jubileo universal para el año de 1390; durante esas solemnidades había resuelto Urbano VI colocar á Brígida en el número de los santos, y con este fin llamó á la ciudad eterna á Magno de Eka. Nada se consiguió por entonces, porque el 15 de Octubre de 1389 falleció el pontífice. Su sucesor Pedro Tomacelli, bajo el nombre de Bonifacio IX fué quien vió en Roma al confesor general de Vadstena y á otros dos monjes. Magno de Eka era portador de las cartas que con motivo de la demanda, enviaban al pontífice la reina Margarita (3), los principales

(1) El obispo ofició según el ceremonial benedictino, excepto para el báculo y el anillo que fueron benditos antes.

(2) *Rev. extrae.* XXII y XXIX.—*Proc. Can. b. Cat. Dep. Ir: Johan: Fr: Matth: y Sris: Ragn: in: 8º art: f: 28 v: 29 r: 43 r: 72 v: 73 r:—Diario años 1388, 1389, 1390.—Kl: i Vadst: 17, 18.*

(3) La intimidad de la reina con la abadesa atrajo al monasterio la simpatía general. Los obispos de Staegnaes y de Pesteras con el arzobispo de Upsal manifestáronle su benevolencia, autorizando al confesor general á dar la absolución en los casos reservados, y concediendo cuarenta días de indulgencia á los que recibiesen el sacramento de la penitencia en la iglesia de Vadstena.

personajes eclesiásticos y seglares del reino, la abadesa de Vadstena, las clarisas de san Lorenzo y los magistrados de Roma. Llevaba también Magno dos volúmenes que contenían, el primero, el texto latino de las revelaciones, y el segundo: intitulado «Liber Attestationum», la vida de Brígida en compendio; una noticia sobre su genealogía, y la relación de cerca de doscientos milagros (1).

No había necesidad de nuevo proceso después del que se terminó en 1380; pero se convocó una asamblea compuesta de diez y seis miembros, para proceder á un nuevo requerimiento, bajo la dirección de los cardenales Felipe de Alenzon, Adam Eston y Landelfo Matamori. Manifestábase el papa en extremo favorable á la causa. A veces tomaba de los mismos escritos de Brígida argumentos para defender sus derechos al trono pontificio, y permitía que sus capitanes atribuyesen á la intercesión de la sierva de Dios, sus victorias contra las armas del anti papa (2). Por fin la canonización de aquélla, á quien los suecos llamaban su patrona, iba á realizarse. Aparecieron en breve los carteles en las puertas de las basílicas, invitando á los fieles á exponer las razones que tuviesen en contra de la canonización de Brígida. Sólo dos personas se presentaron y se contestó á la primera con argumentos tan concluyentes, que la segunda se calló (3).

El día 7 de Octubre de 1391 la Bula *Ab origine mundi* (4) fué promulgada. Después de recordar las diversas manifestaciones del espíritu divino en favor de aquellos, que así en la antigua como en la nueva ley debían ser piedras vivientes de la Iglesia de Dios, Bonifacio IX contaba en este número á Brígida, la santa viuda. Haciendo una breve reseña de su vida, mencionaba el pontífice algunos de los milagros obrados por ella y para ella, alababa su austeridad, sus piadosas peregrinaciones; sus trabajos en favor de la Iglesia, su caridad con los prójimos, la regla que escribió dictada por el ángel; sus luces sobrenaturales, y en fin sus revelaciones. En la capilla del sacro palacio asistió el papa á la misa que su

(1) *Liario año 1390*. Magno de Eka distribuyó entre los cardenales dieciséis copias del *Liber Attestationum*: En ellas tal vez se omitió la biografía de la santa, escrita por sus confesores. Así se cree á lo menos, y esto explica que dicha biografía haya escapado á las pesquisas de los bolandistas.

(2) *Acta SS.* 475.

(3) Además del código que citamos en el curso de este libro, existen dos manuscritos del proceso de canonización; uno en la bib. del Vaticano, cod. Ottobon. 90, y otro sacado de Syon-Abbey para el British Museum, cod. Harl. 612.

(4) *CELSE. Bulla 149*, n.º 9.

quebrantada salud no le permitió celebrar (1). Terminado el santo sacrificio, pronunció el pontífice un discurso sobre la vida de la bienaventurada (2), al fin del cual el pueblo contestó en nombre de toda la Iglesia militante: *Ora pro nobis sancta Birgitta*.

Cuatro de los que habían trabajado en favor de la canonización de Brígida, no vieron en la tierra su canonización. El obispo Alfonso murió en Génova el año de 1388 (3); Federico Gudmarsson dormía el sueño de la paz en el cementerio de Vadstena; Birger había ido á reunirse con su madre en la eternidad el año de 1391 (4), y Nicolás Hermansson (5) hacía ya un año que cantaba las alabanzas de la bienaventurada ante el trono de Dios juntamente con Catalina y el prior de Alvastra.

El Domingo, 8 de Octubre, Bonifacio IX se dirigió á la iglesia de san Pedro precedido de los cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos, el clero y el pueblo; y fué recibido solemnemente por el capítulo. Por vez primera iba á celebrarse la misa propia (6) de santa Brígida (7), y los fieles en apretada muchedumbre no sólo llenaban

(1) Ordinariamente dichas ceremonias celebrábanse en la basilica Vaticana; ésta se efectuó en el oratorio privado de Bonifacio IX por falta de salud de este pontífice: Cf. *Acta SS.* 474.

(2) Numerosas indulgencias concedió el papa en ese día á las Estaciones de San Pedro ó San Lorenzo *in Penitentiis*, como también á la asistencia de las fiestas del día siguiente. *Acta SS.* 474.—*CELSE Bull.* 178, n^{os} 7, 8.

(3) Alfonso fué enterrado en la iglesia de San Jerónimo, que él mismo había edificado para los religiosos olivetanos cerca de Génova, en Quarto quizá.

(4) *Diario años 1389 á 1391. Sv. böner.* Inled. X.

(5) *Diar. an.* 1391. Este prelado fué el último canonizado (1520) por la Iglesia. Su epitafio en la catedral de Linköeping recuerda sus escritos acerca de Brígida. REUTERDAHL, *op. cit.* III, 380, 381.—RHYZELIUS, *op. cit.*, 112.

(6) En el momento del ofertorio los tres prelados encargados del proceso ofrecieron al soberano pontífice los presentes, según costumbre: el cardenal francés dos cirios; el obispo inglés dos panes; y el arzobispo italiano dos botellas de malvasía. Cada uno de dichos objetos ostentaba el escudo de la noble sueca. Los cinco procuradores, entre los cuales se hallaba Magno de Eka, se acercaron en seguida, llevando dos pichones blancos y dos tórtolas.

(7) Las cuestiones litúrgicas no tienen aquí su lugar; diremos tan sólo que el misal y el breviario romanos indican así la fiesta de Brígida. *Comm. nec virg, nec martyr*, con la oración: *Dom. Deus noster qui b. Birgittae*, etc. La misa propia se halla en los misales antiguos, bajo este título: *Missae propr. sanct. regni Suectae*, Antw. 1680. 18 y 19. El oficio fué compuesto por Nicolás Hermansson, y por el arzobispo de Upsal, Birger Gregorsson. El *officium* de NICOLAUS HERMANNI, del que ofrece fragmentos el breviario de Linköeping y otros libros está editado por completo por SCHÜCK (*Rosa rorans*). El *officium* de BIRGERUS GREGORII no está completo en el

la basílica, sino que se agolpaban en la vasta plaza de san Pedro, cuando la bendición del pontífice descendió sobre la multitud. El papa inscribió en seguida el nombre de Brígida en el *libro de oro*, provocando así la sorpresa y admiración de los herejes de todos los tiempos. Porque decían éstos que sancionaba las palabras de la austera profetisa. Poder supremo que esta mujer había censurado, echando en cara, á Clemente VI, su prodigalidad y servicios; á Inocencio VI, su falta de energía; á Gregorio XI, su debilidad de carácter, tanto para tomar una resolución, como para ponerla por obra; á toda la corte romana en fin sus costumbres corrompidas y su escandalosa simonía. A lo que replicaban los católicos. Los pecados de su Jefe y de sus miembros no impiden á la Iglesia acoger como procedente de Dios la exhortación al arrepentimiento y á la reforma; pero la verdad exigida á los intérpretes del Señor es el *serviam* de las milicias angélicas opuesto al *non serviam* de los orgullosos demonios. Pero al mismo tiempo que Brígida se expresaba con tan noble y santa libertad, dirigiéndose al vicario de Cristo, sometíale sin vacilar su razón en materia de dogma, mientras que muchos doctores, doblando la rodilla ante el trono pontificio, no seguían sino según su pervertida voluntad.

El primer milagro obrado por Brígida inmediatamente después de ser canonizada fué dar vista á una ciega (1), y á éste siguieron innumerables prodigios alcanzados por intercesión de la nueva santa en la cristiandad entera; por lo cual empeñábanse los fieles en honrar á la taumaturga los días autorizados para ganar indulgencias. Festejaron con especial regocijo y devoción el día del nacimiento de Brígida á la vida de la gloria 23 de Julio; el de su glorificación 7 de Octubre; el de la traslación de sus restos 28 de Mayo (2). El día de la Stma. Trinidad del año 1393 se verificó la

breviario de Strengnaes (*Holmiae*, 1495), pero se obtiene la totalidad reuniendo las lecciones impresas en el T. IV de Octubre (485-493) por los bolandistas por la parte métrica que se encuentra en *Hym. et Seq.* de KLEMMING, 10-21, 30-32. Las antifonas que las religiosas cantan, en *Laudes*, en vísperas y en las procesiones (*Cantus sororum*, ed. GEETE, 229, 240, 243, 244), están tomadas, ya de uno ya de otro, de los dos escritores mencionados. KLEMMING (*Piae Cantiones*, 32-34, 38 *a*, 38 *b*, 39, 46 y *additamenta* 11, 48, *c*, 48 *d*) ha reunido diversas oraciones á Brígida y un himno en su honor por Fr: Hilarione de Sant'Antonio, agustino de Nápoles.

(1) *Diario*, año 1391.

(2) Bajo Urbano VIII, la solemnidad se trasladó del 7 de Octubre al 8. Sin embargo en Suecia y en Polonia obtuvieron continuar celebrándola el día del aniversario de la canonización (*Analecta Juris Pontificii*, 7^a Ser. 1854, *c*, 202, n^o 832) semidoble

exaltación de las reliquias. El arzobispo de Upsal y cuatro de sus sufragáneos condujeron el ataúd al altar mayor del santuario mismo que cinco años antes había sido presa de las llamas y estaba ya reedificado (1).

La afluencia de peregrinos, la protección sensible que Brígida dispensaba á sus devotos durante su viaje al monasterio, los prodigios que hacía en su favor, sobrepujaron á lo que se esperaba. No eran solamente los suecos los que oraban ante sus reliquias, acudían también los extranjeros de todos los puntos del Norte (2). La reina Margarita retenida en sus Estados por los negocios de los tres reinos en el momento de la canonización, obtuvo de la santa sede un favor fácilmente acordado por Bonifacio IX (3).

Durante un período del año 1394 todos los peregrinos podían ganar, visitando la iglesia de Vadstena las indulgencias de las basílicas de Roma, favor alcanzado de la santa sede por la reina Margarita, en los momentos en que su amada y noble compatriota era canonizada. El número de los fieles que acudieron á arrodillarse ante el sepulcro de la santa nacional, no se supo, hasta que se contaron los diez mil marcos de plata, procedentes de las limosnas que los peregrinos dejaron en favor del convento (4).

La abundancia de bienes temporales despertó en el corazón de la abadesa Ingegerda la pasión de la ambición y codicia, que eran como hereditarias entre su familia paterna, y olvidando el total desprendimiento que su voto de pobreza le exigía, dispuso á su gusto de los bienes pertenecientes al monasterio de Vadstena. Para ello necesitó cómplices, y así tal vez no se la calumnió cuando se aseguraba que después de haber faltado á uno de los votos había olvidado los demás. Ya Catalina había previsto durante el noviciado de la culpable, las críticas que por causa de ésta habían de recaer un día sobre la orden entera. Este enojoso asunto

hasta 1724 fué elevada al rango de fiesta doble por Benito XIII, y en 1891 para Suecia al de fiesta de primera clase. El altar de Brígida fué enriquecido con indulgencias desde su creación en Vadstena el año 1392 (*Acta SS.* 477, 478).

(1) Los trabajos estaban poco adelantados: En 1398, la iglesia era un edificio provisional de madera, dice la abadesa Margarita Clausdotter (*Chron.* 213).

(2) Los peregrinos llevaban ya como señal una curiosa medalla de plomo con la inscripción *S. Virgita de Vatzsteis*, de la que se encuentran algunas en Suecia y en Noruega JANSSE, *op. cit.* fig. 47.

(3) **Svenskt Diplomatarium utgifvet af Riksarchivet genon C. Silf-verstolpe.** *Stokolm.* 1875-1885. I, n^os 62, 63.—FLEURY, *Hist. Eccles.* XX, 411.

(4) La mitad de dicha suma fué enviada al papa; el resto se destinó á la terminación del monasterio *Kl. i Vadst.* 20.—*Sv. hist.* 160.

introdujo el cisma entre los religiosos de Vadstena; fué llevado á la corte romana, y á pesar del apoyo prestado por el nuevo obispo de Linköping á Ingegerda hija de una sobrina suya, intimóse á ésta la orden de deponer la cruz abacial, que fué confiada á Guerdika, religiosa de humilde condición. Ingegerda supo aceptar el castigo y alcanzó por medio de su sincera penitencia, el perdón de parte de su familia religiosa, la cual conservó siempre el recuerdo de las gracias alcanzadas á la orden por la depuesta abadesa (1).

Bajo el gobierno de Ingegerda era considerable la influencia de que Vadstena gozaba. En 1394, fueron llamados los monjes brigitinos á fundar en Italia, cerca de Florencia, el monasterio llamado del «Paradiso» (2).

Dirigiéronse poco después á Roma algunos religiosos, con objeto de instalarse en la casa misma en donde murió la santa, mas presentáronse en contra del proyecto, serias dificultades. La donación hecha á Brígida, y renovada después legalmente en favor de su familia espiritual por Francisca de Papuzeri en 1383, fué causa de litigio, y hubo de nombrarse un árbitro al gentil Orsini (3), quien

(1) *Protestatio contra Ingegerdem Diplom. I n.º 258.*—*Bulla Bonifacii IX, 3 nov. 1402 y 3 fev. 1403.*—*Diar. an. 1412.*—HÖJER (*Stud.* 150-156) da todos los detalles del episodio. A pesar de lo ocurrido el oobispo de Linköping continuó siendo protector celoso de la abadía que había privado á su sobrina del cargo de abadesa. El mismo prelado mitigó las constituciones redactadas por el prior de Alvastra, é impuso á los religiosos su observancia. Estas constituciones: **Constitutiones seu addiciones ad Regulam Salvatoris per Petrum Olavii priorem de monasterio de Alvaastro confirmata a Kanuto Episc. Lincopense an. 1420** (*Coñ. A. 45, bib. roy. de Stokolm, Uppenb; V. 17-53*) completadas por el **Lucidarium** (GEETE, *bibliogr.* n.º 260) continuaron mantenidas por los visitadores como lo prueba la ordenanza de 1455.

(2) Dicho monasterio tuvo desde un principio gran importancia. En 1405 los jefes del partido güelfo de Florencia pidieron á Vadstena nuevos religiosos y algunas reliquias de la santa fundadora.

Las negociaciones empeñadas en 1396 para la erección de un convento brigitino en Roma no tuvieron resultado. Más tarde fué cuando se estableció en el Transtevere un monasterio brigitino bajo el título de santa Cecilia, y luego otros en Venecia, Murano y Bolonia; pero como esas fundaciones se efectuasen en la época en que el papa Martín V prohibió los monasterios dobles, se establecieron como sencillos. En 1435 Eugenio IV les propuso se reuniesen con los religiosos de los conventos dobles que aún existían de la orden del Salvador, ó se repartiesen entre los de otras órdenes, y se decidieron por esto último.

(3) No se sabe si era hijo del conde Latino, curado por Brígida, ó uno de los hijos menores del conde de Nola.

el 4 de Abril de 1395 pronunció la sentencia en favor de los monjes brigитinos. Comprendieron éstos cuanto importaba á la orden, única nacional en aquel país, estar representada en Roma, cuya casa sería sin duda el lazo de unión entre el episcopado sueco y la curia romana. Ofrecieron en consecuencia el palacio Papuzeri á los obispos suecos con objeto de que estableciesen allí un *Hospitium* destinado á hospedar á los viajeros eclesiásticos del norte. En extremo ventajoso era esto para los monjes, pues les permitía conservar no sólo relaciones amistosas, sino cierta preponderancia sobre el clero escandinavo, que á menudo se dirigía á la ciudad eterna para visitar el sepulcro de los santos apóstoles. Dicha proposición fué aceptada en 1396 por el concilio provincial de Arboga (1).

Ingegerda había conservado relaciones excelentes con la santa sede, numerosas bulas multiplicaron los privilegios en favor de la orden, sustrayéndola de la jurisdicción del ordinario, y procurando su extensión bajo la dependencia de Vadstena (2). La gran reina no conservaba rencor alguno contra la orden con motivo de la deposición de Ingegerda. Por el contrario, creyendo haber visto á Brigida en sueños encomendando á su regia solicitud la orden del Salvador, se despojó, en favor del convento, de los derechos feudales que sobre la ciudad tenía, y por fin se afilió á la cofradía brigítina de hermanos y hermanas «Ab extra» (3).

(1) Al propio tiempo esta venerable asamblea dió el título de patrona del reino sueco á la fundadora de Vadstena, y fijó su fiesta para el dicho reino el día 7 de Octubre.—*Acta SS.* 478.—*Den sv. Kol. i Rom*, 211-217.

(2) *Diplom. I*, año 1403, n^{os} 329, 330, 331.—*Diar. an.* 1403. No tenemos que entrar en el detalle de todos los favores concedidos, modificados y finalmente revocados por Bonifacio IX. Varios contradicen á la regla: La importancia que la bula de 29 de Marzo de 1399 daba al confesor general, de quien hacia un prelado apreciaba á la abadesa y otra bula de 24 de Abril de 1401 le reducía al rango de *nudus minister*; en fin, una tercera bula de 24 de Diciembre de 1402, privó al monasterio de sus más importantes indulgencias, en particular de la indulgencia de la Porciúncula. La cuestión si no está tratada, por lo menos está expuesta por HÖJER.—*Stud.* 133-156.

(3) Procuraban éstos imitar la vida que llevó la santa mientras permaneció en el mundo; ó bien se refugiaban á la sombra de algún monasterio, imitando también á Brigida en su retiro de Alvastra. Los autores modernos cometen un error, dando el nombre de tercera orden á esta asociación, pues ni tuvo los caracteres de aquéllas, ni recibió la aprobación pontificia. No era, según afirman los mismos religiosos brigitinos, sino una especie de cofradía. Varios Bóndas y Vasas se hicieron inscribir en ella, así M. Hemmering la cree un asilo para la aristocracia, idea más falsa aún porque en nada se parece á un capítulo noble.

Desde el seno de su propia familia á donde la había relegado su culpa Ingegerda continuaba siendo el sostén de su familia espiritual. Cuando el sobrino y heredero de Margarita, Erico de Pomesania, se unió en matrimonio con Felipa de Ingiaterra, quiso ésta tener como camarera mayor á la hermana mayor de Ingegerda. Aprovechóse de esta ocasión la antigua abadesa (1), para procurar que la futura reina se interesase por el bien de la orden. Poco después visitó Felipa el monasterio, y uno de los señores ingleses de su comitiva (2) ofreció á aquella su casa de recreo de Hintim, y sostuvo á sus expensas una colonia brigitina, hasta que Enrique V, en expiación del asesinato de Ricardo II (3), fundó para la orden del Salvador, junto á Richmond, la espléndida abadía de Syon (4).

(1) Catarina Knutsdotter, viuda de Jon Hafnorsson Roos.—*Diar. an.* 1406, 1407, 1413.—*Kl. i Vadst.* 17.

(2) Sir Hearx Fitzngh. Este noble caballero, sabedor del milagro, por medio del cual Brígida había salvado la vida á un célebre predicador italiano, el obispo Roberto, que viajaba de Roma á Escocia, y recordando quizá el testimonio rendido por la santa á Tomás de Canterburg. (*Rev. III*, 13) ó deseo de repoblar los conventos de su patria, diezados por la peste; quiso llevar á Inglaterra á los monjes brigitinos. (Cf. *Diario*, año 1406).—*Kl. i Vadst.* 25.

(3) Los versos que Shakespeare pone en boca del rey (*K. Henry V.* Act. III, sc. v):

«I have built

Two chantries, where the sad and solemn priests

Still sing for Richard's soul»

se aplican á la cartuja de Soen y á Syon-Abbey.—**The Order of St Saviour in England in the Reigns of Henry IV and Henry V.** P. S. F. XIV, 175.

(4) *Diar. an.* 1406-1415.—**The History of the ancient Abbeys**, by J. Stevens. London, II, 1723-333.—**Sir W. Dugdale (Monasticon Anglicanum**, II, 360) publica la carta de Henri V, publicada también en los *Analecta Jur. pontif.* 5ª Ser., 1861, c. 546.—NETTELBLA, *op. cit.* 9, 13.—*Kl. i Vadst.* 19.—**History of the Englisg Bridgittine Nuns**, *Plimouth. Brendon*, 1886, 5, 6.—**Syon Abbey by Dudley Baxter 1906**, I, 11. La historia más completa de Sión es la de **Aungiea: The history and ihe antiquities of Syon Monastery**, London, 1840; en la concurrencia de los benedictinos completan este libro los brigitinos ingleses, corrigiendo los errores de numerosos artículos de la revista mensual, *The Poor Souls' Friend*. Citamos varias veces los P. S. F. en estas notas. los volúmenes XV y XVI contienen una interesante noticia acerca de los brigitinos ingleses: **The Order of St Saviour in England under the Tudors**. Está fuera de duda que á pesar de la venida de religiosos de Vadstena, Henri V no dió más que una abadía á los hermanos y hermanas establecidos en Hinton. La prueba existe en nuestros días: en la abadía actual de Syon rezan los religiosos un aniversario

La indulgencia plenaria que la nueva abadesa Guerdika había alcanzado del papa en favor de los que, cada año visitasen la iglesia de Vadstena el Domingo de «Laetare» (1), atraía muchos peregrinos, cuyas limosnas permitían continuar las obras del santuario, y llevar á cabo las fundaciones pedidas. En 1407 el gran maestre de la orden teutónica estableció á los religiosos briguitinos en las cercanías de Revel (2), y de allí partieron después los fundadores de los monasterios de Lübeck (3) y de Stralsund (4). El enemigo de los monjes guerreros, Ladislao II, rey de Polonia, celebró su victoria contra los teutónicos, edificando, cerca del campo de batalla, testigo de la derrota de esos caballeros, un convento de la orden del Salvador (5).

Pensaba la reina Margarita abrir á la orden sueca, las puertas de Dinamarca cuando acaeció su muerte. En el año de 1412 la grande y piadosa soberana y su amiga Ingegerda dejaron este mundo, en donde ambas habían desplegado tan rara actividad, y fueron á recibir el galardón de los únicos actos que de él eran acreedores, es decir, aquellos que habían tenido á Dios por principio y único fin. El sucesor de Margarita, Erico XIII, dió cuantiosas limosnas al monasterio de Vadstena, intentó realizar el proyecto de su augusta tía y acabar el que ésta había empezado á construir en Skeninge (6).

por el alma de Sir Henry Fitzhugh, inscrito en su obtuario. (Carta de S^r MARY CECILIA OF JESÚS, *Sion Abbev* 1888).

Desde 1420 las profesiones sucesivas de 27 religiosas, 5 sacerdotes, 2 diáconos y 4 hermanos conversos, todos súbditos del rey de Inglaterra, borró todo sello extranjero en aquel convento gobernado por una abadesa anglo-sajona. En 1425, la bula *Mare Anglicanum*, concedió á los briguitinos ingleses, privilegios especialísimos. La biblioteca de Stokolmo posee una copia de esta bula: *Capitula generalia ord. S. Salvat. Stud.* 256, n. 6.

(1) Esa indulgencia era en todo semejante á la de la Porciúncula. En la capilla hay una losa de mármol rojo, con una inscripción sacada de las revelaciones, (IV, 137), la cual indica que dichas indulgencias fueron concedidas á la santa por Jesucristo mismo.

(2) En Ravel se fundó el monasterio de Mariendal. —(*Diario*, año 1407). —NETTELBLA, *op. cit.* 23, 30. —*Nachr.* 127.

(3) Marienwald.

(4) Marienkrona, que pobló á Marienwald. —*Diar. an.* 1416. —NETTELBLA, *op. cit.* 37, 51. —*Nachr.* 131, 133.

(5) Triumphus Mariæ, traspostado después á Lublin.

(6) El de Skeninge, levantado en la isla de Laaland se llamó «Maribo». —*Diario*, años 1413 y 1416. —NETTELBLA, *op. cit.* 14, 20. —*Nachr.* 124, 125, el de Jutland.

Algunos años más tarde dicha colonia se hallaba tan floreciente, que en su necesidad de extenderse, fundó otro monasterio en Jutlandi (1) al mismo tiempo que el del «Paradiso» de Florencia abría el de Génova (2).

La hermana de Erico XIII, á quien las razones de estado obligaron á abandonar el noviciado de Vadstena, para casarse con el hijo del emperador, instalaba en Baviera á los religiosos briguitinos, y los ofrecía Guademberg, del cual el obispo de Angsburgo sacó religiosos para Mayingen (3). Noruega á su vez llamó á los briguitinos daneses, que se establecieron cerca de Bergen en la célebre abadía de Munkalio (4). Al mismo tiempo el monasterio de Stialsund fundaba el de Maria Forst en Colonia, y la abadía holandesa de María Loudewater (5), con otros conventos en Holanda, en Prusia (6), y tal vez en el Franco Condado.

Suecia había permanecido fiel al papa de Roma, excepto en la época en que se celebró el concilio de Pisa, 1409, durante el cual dividida la cristiandad por la existencia simultánea de dos papas: Gregorio XII, y Alejandro V, el monasterio briguitino se adhirió á este último. Con motivo de aquel concilio, y más aún por haber recibido la mayor parte de las bulas dirigidas á la orden, después de consumado el cisma, los monjes briguitinos apoyados por Inglaterra y los tres reinos unidos cuando el tratado de Calmar, se

(1) Mariagers. **Enumeratio Monasteriorum, Ordinis Birgittae**, publicado según el cód. A. 23 de la bibl. de Stokolmo. *Scrip.* III, II, 297, 298.—*Sv. hist.* II, 159, 160, 163, las fig. 130, 131, 153, son vistas de los conventos de Meriendal y de Mariagers.

(2) «Scala Coeli». A las religiosas de este monasterio dedicó el P. Burlamacchi, en 1692, la vida que escribió de santa Brígida.

(3) El conde de Oetingen dotó al convento en cumplimiento de un voto.

(4) *Diar. an.* 1434.—NETTELBLA, *op. cit.* 20, 22.—**De norske klostres Historie af A. Lange.** *Kristiania*, 1856, 59, 69, 289, 315.—**De norske Kirkes Historie under Katholicismen af R. Keyser.** *II. Kristiania*, 1858, 478, 484.

(5) NETTELBLA, *op. cit.* 52-60.—*Nachr.* 138, 139, 173, 174.—**Het Klooster Maria Koudewater.** *Noticia holandesa ms.*, comunicada por la R. Madre MARIA BIRGITTA VAN DYCK, ABADESA DE MARIA-HART.

(6) María Star, fundada en Gónda (1457) recibió sin duda la colonia enviada primeramente á Essig en la Prusia Romana. Los otros establecimientos fueron, en Utrecht: Onser Lieve Vrouwe in den Vijngard; (164) Cf. **S. Birgitte, J. J. D. Doth van Flensburg.** 1843, II, 60-65, en Dendermonde: María Troon (1464), en el ducado de Cleves: Marien Vaun, 1540. Cf. *Nachr.* 146, 167, 193 en Kempis: Mariem-Kamp en Soest: Marien-Burg Cf. *Stud.* 243, 244. 246. El monasterio de Vadstena prosperaba mucho; según HILDERRAND (*Sv. hist.* 165), antes del año 1434; contaba ya 198 religiosos.

dirigieron al concilio de Constanza, y suplicaron á aquella venerable asamblea y al papa Juan XXIII, se dignasen confirmar la bula de canonización de su fundadora. Pedían también la conservación de los privilegios é indulgencias de que gozaban, y en fin esperaban nueva aprobación de la regla, más conforme aún que la ya obtenida, y con los deseos y aspiraciones de Brígida (1).

El soberano pontífice se mostraba favorable á la orden del Salvador; y con su bula del 1.º de Mayo de 1413: «*Mare Magnum*» (2), organizaba y daba forma á la manera de ser del Instituto, al propio tiempo que mantenía y acrecentaba los privilegios ya obtenidos. Mas la actitud de los padres reunidos en dicho concilio era dudosa respecto á los asuntos de la familia brigítina. El más célebre de ellos, Gerson, acababa de publicar su tratado: «*De Probatione spiritum*», en el cual declaraba ser igualmente permitido creer ó rechazar las revelaciones de la sierva de Dios. Juzgaba sin embargo válida la bula de canonización, y no veía motivo alguno que hiciese necesario confirmar la decisión de un papa canónicamente elegido. La opinión del pontífice Juan XXIII fué diversa, y antes que otras

(1) ¿Por qué esta insistencia, cuando el cisma nada tenía que ver en una aprobación tan regular que la relevaba de las leyes canónicas? Desde su origen los brigítinos parecen atacados de una especie de malestar. Descontentos de su nombre: *Ordo Sancti Augustini, Sancti Salvatoris nuncupatus*, preguntaban al obispo de Jaén.— *Quid respondendum est cum quis quaerat a nobis: Cujus est ordo vester?* Respondedle, les dijo: *Nos sumus Sti Salvatoris, et regula (sic) Sti Augustini?* (*Stud.*, 60 según el cod. I, c. fol. 149 v. de la bib. de Upsal), pero esto no les tranquilizó. Aunque próximamente un centenar de familias religiosas había vivido en paz bajo la regla de San Agustín, diversificadas y reputadas por sus constituciones propias, los brigítinos quedaron ansiosos. Vadstena era la casa madre de la orden, ésta tenía el carácter nacional deseado y su legislación no interesaba al patriotismo sueco. ¿Es necesario, pues, admitir que los brigítinos esperaban contra toda previsión razonable, á pesar de la prohibición de los concilios de Letrán y de Lyon, hacer aprobar la regla *Regula Sti Salvatoris* con el mismo alcance que las cuatro reglas en vigor? ¿Esperaban á su vez un milagro por la intercesión de sus dos santas? ¿O bien debe reconocerse que las constituciones de Brígida, tantas veces retocadas para adaptarlas á la *Regula Sti Augustini*, creaban y multiplicaban las dificultades por falta de claridad, por defectos de precisión? La cuestión sale de nuestro objeto y sobrepuja á nuestra competencia.

(2) Martín V, insertó más tarde dicha bula en el acta de confirmación de la canonización de Brígida. Uno de los puntos más importantes de dicha bula, es el que trata de la modificación de la anterior bula de 24 de Abril de 1401, declarando definitivamente, en conformidad con los deseos de la fundadora: que, *in temporalibus*, el confesor general debía estar sujeto á la abadesa; pero *in spiritualibus*, la abadesa y la comunidad prestarían obediencia al confesor general.

cuestiones más generales viniesen á entorpecer el negocio, dicho papa, asesorado por nueve teólogos, asistido por cuatro patriarcas, veintinueve cardenales (1), cuarenta y siete arzobispos y ciento setenta obispos confirmó en fin el 2 de Febrero de 1415 la canonización de Brígida (2).

Dicho concilio puso término al cisma, gracias á la elevación del cardenal Othón Colonna al pontificado, vacante por la muerte ó deposición de los tres papas rivales. Luego que la legitimidad de este nuevo papa, Martín V fué renocida, los reinos escandinavos y el de Inglaterra deseosos de procurar á los decretos de los dos papas anteriores, incontestable validez se dirigieron al nuevo pontífice, y en 1419 obtuvieron las bulas que reconocían una vez más la santidad de Brígida, y los privilegios de su orden.

Esto no impidió que tres años más tarde el soberano pontífice hiriese en lo más vivo los intereses del instituto, atacando la esencia de éste, al declarar prohibidos en adelante los monasterios dobles. Prodújose entonces gran divergencia de opiniones entre los mismos religiosos del Salvador, hasta que en 1435 Eugenio IV permitió á los monasterios seguir existiendo en la misma forma que la fundadora quería darles (3).

Aunque la preponderancia de Vadstena hubiese sido muchas veces disputada, todos los conventos se hallaban bajo su dirección y allí tenían efecto los capítulos generales (4). Por otra parte si todas

(1) *Acta SS.* 474. El P. de Bue, citado por Naucler, observa que parece que nunca se han reunido más de 20 cardenales.

(2) FLEURY, *op. cit.* Año 1415, 227, 228.

(3) *Diplom. III, an. 1415 n. 2073, 2086, 2787, 2088.*—CELSE, *Bull.* pp. 41, 43, n. 15 al 23.—*Kl. i Vadst.* 24-25. Un monje brigantino impaciente por la superioridad de una mujer, había exagerado mucho el inconveniente de la autoridad de las abadesas en lo temporal, y el peligro de reunir dos comunidades en un solo edificio. HÖJER (*Stud.* 161-201) indican los documentos que se refieren á la orden en el concilio. La autorización de la existencia de monasterios dobles habiéndose obtenido por una especie de compromiso, considerando el convento de los monjes como una dependencia del convento de las religiosas: *realiter* sino *formaliter*, la orden veía reconocidos sus privilegios. Eugenio IV mandaba la erección doble de todos los monasterios y suprimía todos los sencillos. La bula de 18 de Marzo, impresa por Celse, 182-184, n. 8, se considera ordinariamente como del año 1434, pero M. Höjer dice que está fechada en Florencia, en donde el año empezaba en la Anunciación.

(4) La extensión de la orden y otras circunstancias particulares exigieron que más tarde se eligiesen otros sitios de reunión. *Diario, año 1422.*—*Kl. i Vadst.* 30.—CELSE, *Bull.* 179 n. 48. Los capítulos generales no fueron muy numerosos. El último se celebró en Colonia, en 1675.

las asambleas de la orden se han de juzgar por la celebrada en 1429, puede afirmarse que no fueron pacíficas. No obstante los monasterios regidos por aquella autoridad única, aunque no ciegamente obedecida, marchaban regularmente.

Hacia el año 1422 eligió Vadstena nueva abadesa; llamábase ésta Benita, y trabajó con actividad en la terminación de la capilla comenzada en el siglo anterior. Habiendo prohibido Brígida el empleo de ladrillo, por considerarlo lujoso, se construyó el inmenso edificio de piedra caliza con reflejos azulados, extraídos de las laderas del Omberg, la luz suave del Norte penetraba en el sombrío recinto á través de las ojivas adornadas de cristales blancos y amarillos, antes de las lápidas sepulcrales (1), daba claridad al arco orientado al Oeste (2) y á las tres naves de igual altura, sostenidas por pilares octógonos sin esculturas de ninguna clase. Reinaba allí la tranquilidad y la paz; el silencio sólo era interrumpido por el murmullo casi continuo, de las ondas del Vetter agitación tan conforme con los movimientos del alma humana, en el pensamiento de las razas del Norte, que designan el alma, el mar y el lago con palabras casi iguales (3). Una espléndida urna de plata sobredorada guardaba las reliquias de la fundadora (4), ante las cuales multitud de peregrinos oraban sin cesar. Bonifacio IX en 1401, Inocencio VII en 1405, Alejandro V en 1409, Juan XXIII en 1412 y Martín V en 1420, habían enriquecido el santuario con numerosas indulgencias; y cuando, en 1430 la nueva capilla fué terminada, el arzobispo de Upsal, monje brigantino, la bendijo, y consagró la abadía á la Madre de Dios, uniendo según el deseo de toda la orden, al nombre de María el de la santa fundadora (5).

(1) En torno de Catalina y del maestro Pedro, el cual según se aseguraba había hecho ya algunos milagros, dormían allí el sueño de la paz dos reinas y varios grandes señores y damas, la mayor parte de ellos parientes de la fundadora. (*Diario*, años 1390-1408).

(2) *Rev. extrav. XXVIII.*—**Den kirkliga Konsten af Hans Hildebrand.** *Stokolm*, 1875, 54.

(3) «Soul is the Gothic, *Saivala*, dice **Max Muller** (**Lectures on the science of language**, I, IX), and this is clearly related to another gothic word *saivs* which means the sea»: El sueco llama al alma *själ sjö* á la mar y al lago.

(4) Dos hermanos, Sten y Ture Bengtssön Bjelke, habían hecho fabricar esta urna en Stokolmo en 1412, según dibujos suyos. Pesaba 129 marcos de plata. *Diar. an.* 1412.—*Sv. hist.* II, 168.

(5) *Diar. an.* 1430:—*Kl. i Vadst.* Las bóvedas del coro son del año 1398; el muro exterior del 1414; los pilares del 1416, las bóvedas de las naves de 1420; en

Poco tiempo después se abría otra tumba en Vadstena: la de Felipa de Inglaterra. Recibida en la Cofradía *Ab. extra*, en 1415, la infortunada princesa había procurado recomfortar su alma en los días de prueba con el trato de los monjes y las religiosas del Salvador, quienes, según la misma princesa escribía al pontífice, la guiaban por «el camino de la verdad», y le ofrecían el «mejor de los cordiales», su santa amistad (1). Felipa se durmió en el Señor á la sombra del claustro, y Erico XIII mandó celebrar misas de «Requiem» en Vadstena, enviando, á la vez cuantiosas limosnas. Aunque más tarde en momentos de apremiante penuria dicho príncipe haya echado mano de los bienes de la orden (2), también es cierto que se mostró protector de ella hasta el fin de su reinado. Durante el concilio general del Norte efectuado en Roskilde, queriendo defender la *Regula Sancti Salvatoris* atacada por el concilio de Basilea, estampó gustoso su real firma en las cartas, que doce prelados de sus reinos (3) dirigieron á dicha venerable asamblea. Llegaron para la orden momentos de alarma dolorosa y terrible: el concilio no se contentó con atacar á la regla sino también á las revelaciones de la santa. Sin tener en cuenta la aprobación anterior de los ocho primeros libros por parte de Gregorio XI y Urbano VI, ni de los breves laudatorios concedidos por Bonifacio IX, rechazaba como erróneos 123 artículos (4). Bien es

1453 los piñones; un campanario, demolido á fines del siglo XVIII, fué colocado sobre la techumbre del edificio.

(1) *Diar. an.* 1415.—**Nya Krönikan I.** *Utgifven af G. F. Klemming*, Stokolmo, 1866, 17.—REUTERDAHL, *op. cit.*, III, 254.

(2) La *Nya Krönika* (an. 1498-1521) es muy curiosa respecto á

I Calmarna Sundg munde Kongen koma
Thz war sancte Birgitte lithen froma, etc.

(3) Estas cartas que se hallan en los archivos de Stokolmo han sido publicadas varias veces.

(4) Escritos de falsos sabios llevaron en seguida la cifra de 123 á la de 201 reparados de la manera siguiente 41 al L. I de las revelaciones; 15 al L. II; 9 al L. III; 22 al L. IV; 14 al V; 35 al L. VI; 6 al L. VII; 8 al L. VIII; 12 en la regla; 5 en las oraciones; 30 en el *Sermo Angelicus*; y 4 en el prólogo. Olaf Persson, monje de Vadstena, conocido por sus trabajos acerca de la Escritura, reunió estas objeciones, las cartas de los adversarios de las revelaciones, las respuestas de sus defensores y explicaciones sobre el concilio. Cf. *Acta SS.* 411.—*Kl. i Vadstena* 24. Un manuscrito del *Defensorium relationum sanctae Birgitae*, forma parte de los archivos de Altomünster.

verdad, que los padres del concilio llamaron á Basilea á la abadesa y al confesor general de Vadstena, ordenándoles presentasen los documentos relativos á las revelaciones, y los breves referentes á la concesión de varias indulgencias.

La abadesa Benita se negó á abandonar el monasterio, y en consecuencia el confesor general Guervin y sus socios (1) partieron para el concilio, en 1433, llevando el manuscrito de las revelaciones, dividido en ocho libros (2) por Alfonso de Vadstena. En este documento el orden de las materias dejaba mucho que desear, y la falta de cronología entorpecían seguir la marcha de los acontecimientos, y el desarrollo gradual que debía seguirse al estudiar la vida interior y mística de la vidente (3). Los compatriotas de la santa deploraban además, que la lengua latina hubiese arrebatado sus encantos á la narración en cuanto á la forma, y de que la traducción hubiese tornado oscuras ciertas expresiones.

Si los confesores de la santa no habían podido librarse de los defectos ordinarios con editores y traductores el último de ellos Alfonso de Vadaterra completaba la obra del primero, que fué el maestro Matías, acompañando la obra con un examen crítico, al cual no prestaron poca autoridad las cualidades del autor. Este era á la vez, testigo, teólogo, y obispo. Al frente del libro octavo, intitulado: «*Liber coelestis Imperatoris ad reger revelatus*», escribió la «*Epistola solitarii ad reges*». Aunque dedicada más especialmente á los reyes, se dedicaba también á todos los lectores de las obras de Brígida. El comentario trataba ante todo de las visiones. «*Materia es ésta, decía, casi desconocida para aquellos que no están versados, ni en la ciencia sagrada de las Escrituras, ni en la experimental de la oración y contemplación, ó en la vida espiritual. Como insensatos, añadía, condenan algunos á las almas sencillas y unidas á Dios, sin previo y maduro examen; y en sus inconsiderados juicios alegan una sola causa razonable en pro de su opinión,*

(1) Se llamaba *socius* á Ako Johansson; más tarde fué obispo de Vesterås. *Diar. an.* 1433.

(2) STEFFEN, *op. cit.* XXXIII, señala en el cap. 31 del L. VII de las revelaciones la parte que tuvo Brígida en una primera clasificación.

(3) El orden lógico de las materias tampoco se observa, salvo en el libro 5.º, consagrado por entero á la visión con que fué favorecida la santa en el camino de Vadstena; y en el 8.º que contiene las exhortaciones del Rey del cielo á los reyes de la tierra. Los demás libros y aun los capítulos pasan sin cesar, de una materia á otra; eso es lo general con pocas excepciones. Además 26 capítulos del libro 8.º están disseminados en otros libros y repetidos dos veces

á saber: que Satán se transforma en ángel de luz. Los incrédulos apelan por su parte á los tiempos pasados para poner en relieve el ejemplo de personas espirituales engañadas por el diablo, y no recuerdan, ó no quieren hacer mención de otras, y no pocas, que iluminadas por medio de esas visiones y revelaciones, han esparcido la luz divina en toda la Iglesia. Condenan ante todo á las mujeres, á los sencillos, y á los ignorantes porque los creen indignos de semejantes visiones celestiales ó proféticas, y no consideran que así en el antiguo como en el nuevo Testamento, el Señor ha mostrado su poder, escogiendo personas débiles de uno y otro sexo para confundir á los fuertes*.

Alfonso de Vadaterra citaba luego á Moisés, á María su hermana, á David, Esther, Judith, Débora, Ana hija de Phatuel, Isabel, santa Lucía y otras apoyando en los textos de la Escritura y de los padres y doctores de la Iglesia pasaba al examen de las visiones en general, y de las de Brígida en particular. «La santidad de esta mujer venerable, decía, inspira confianza; las visiones con que era favorecida, se efectuaban durante la vigilia, y no mientras dormía; rara vez eran éstas corporales ó imaginarias, sino intelectuales, y en consecuencia de aquéllas en que la acción del demonio, es menos temible; la prueba más patente de que procedían del Espíritu Santo, es fácil de dar; es la transformación que produjeron, así en la santa, como en todas las personas que se hallaban bajo su dirección. La voz que Brígida escuchaba, se expresaba ya literalmente, ya por medio de figuras. Si Dios se dirigía á ella por el intermedio de los ángeles y de la Santísima Virgen, la claridad de las predicciones de la extática, testificaba el grado tan extraordinario á que llegaba el don de profecía con que el cielo la había honrado» (1).

En Basilea, los monjes brigítinos fueron secundados en su empresa por el animoso promotor de la canonización de Brígida, el *Judex fidei* del concilio, Torquemada; por los miembros de diversas comisiones, y en fin por los numerosos admiradores de los escritos de Brígida. En 1436 los cinco doctores en teología encargados de examinar las revelaciones terminaron su tarea. Torquemada cuya defensa habíase extendido á los ciento veintitres artículos atacados por los contrarios, refutó sus objeciones todas probando hasta la evidencia, que el libro en cuestión no podía considerarse como sospechoso *in qualitate*, por ser pura su doctrina; ni *in figura*, porque en la forma concuerda con la Sagrada Escritura, y los

(1) La carta de Alfonso Vadaterra se encuentra en todas las ediciones en las revelaciones.

padres de la Iglesia; ni *in pondere*, puesto que en él, según la expresión de san Agustín, para gloria de Dios y bien de las almas todo se halla equilibrado por el amor (1).

En la misma época profundas disensiones turbaban el reino de Suecia: el pueblo, ofendido por la preponderancia que la Unión de Calmar concedió á los daneses, pretendía alejarlos, como lo había hecho ya con los alemanes; todas las clases de la sociedad aun el clero se unieron apasionadamente á ese partido, y Vadstena era teatro, con frecuencia de ruidosas asambleas; desde 1412 el monasterio se resistía á abrir para ello las puertas de su gran sala de capítulo, considerando semejantes debates incompatibles con la

(1) *Prol. Joan. Card. de Turcremata y Defens. ej. sup. revel. c. VI.* Los cinco primeros capítulos del *Defensorium*, el principio y el final del texto están impresos á la cabeza de las revelaciones. La parte media de este capítulo sexto, es decir, la discusión de los artículos denunciados, está recogida por MANSI, *Amplissima* XXX, 698-814.—HÖJER (*Stud.* 201-114) reúne una rica colección de documentos referentes á los negocios de los brigитinos en el concilio de Basilea. Dejando á un lado la cuestión de las indulgencias y otros privilegios que no tienen relación directa con nuestro objeto, nada tenemos que reservar que pueda invalidar la opinión de los bolandistas cuando exponen las revelaciones *oppugnatae in concilio Constantiensi et Basiliensi ab omni censura evasere*. El *Avisamentum* de una reunión preparatoria con el decreto de Luis de Alemán, que escribió Siffverstolpe en Upsal y que publicó en *Vitterhets hist. och. antig. handl.* XXXII, 48, 50; son un sencillo desarrollo de la era (CELSE, *Bull.* 188, n. 5) que hemos citado en nuestra primera edición. Este *Avisamentum* y este decreto prueban solamente respecto á las revelaciones, que ciertos puntos no pueden ser comprendidos por los fieles, sin el debido comentario. Lo que está condenado es la incalificable pretensión de los brigitinos, contraria á la enseñanza católica, de asimilar las revelaciones á las escrituras canónicas. El *Avisamentum* ordenaba que se añadiese á las copias de las revelaciones el comentario que hacía de los parajes oscuros: Los brigitinos que aceptaron las restricciones de sus privilegios, parecía que no tenían en cuenta esta orden. En Marzo de 1436, fecha que Siffverstolpe y Höjen asignan con visos de verosimilitud á la pieza s. a. de Upsal, reinaban aun las disensiones en el concilio. Ya al decir en muchos, no había sido enumerico, y tal vez, como ya supone en nuestros días, no lo había sido nunca (Cf. **Dit. de théol. caht. de Vacant.** *Concile de Bale.—A. Baudrillart*) El *Avisamentum* y el decreto son un argumento en favor del R. P. Quentin (*J. Dominique Mansi et les grandes coll. conciliaires*, Paris, 1900 74 y nota), cuando dice: «El conjunto (del *Defensorium*) no fué presentado al concilio. La exposición de Hefelé sobre este punto debe reformarse, á consecuencia de los testimonios del P. Juan de Bue en las AA. SS. Sin atrevernos á afirmarlo nos inclinamos á creerlo. Si el conjunto de la defensa se presentó en 1433 en la xv sesión del sinodo, á los padres reunidos, como pretende Hefelé: (*Conciliengeschichte*, XII, 557-559), para que hubiera servido en 1436 este trabajo de una sencilla reunión preparatoria relativa á 38 artículos?

tranquilidad del claustro. Hubieron sin embargo de ceder los monjes á las exigencias de la costumbre y la ciudad recogía los que el claustro expulsaba. Así, junto á las mismas reliquias de la santa, y por motivos que ésta no hubiese ciertamente vituperado, Engelbrecht propuso el destronamiento de Erico XIII; los estragos de la guerra se experimentaban aun en el monasterio, cuyo derecho de asilo era violado por los mismos aldeanos (1). A pesar de los sentimientos patrióticos expresados en el *Diarium* de Vadstena, la orden nacional era extraña á las agitaciones de la política, y aceptaba sin baja la protección del soberano legal.

En 1439 cuando la deposición de Erico dió esperanzas al sueco Carlos Knutsson Bonde, nombrado gobernador del reino y al rey de Dinamarca Cristóbal de Baviera que mantenía la Unión de Calmar, los monjes brigitinos no conspiraron. Abandonaron la política, para consagrar todas sus energías á la extensión del reino de Dios, fundando por entonces en Finlandia el monasterio de Nadëndal (2). Dos años más tarde, fieles á sus principios de sumisión al poder establecido, recibieron honrosamente al nuevo rey, Cristóbal de Baviera, logrando de él la confirmación de los privilegios concedidos antes al convento. Quiso el rey visitarle, llevando consigo á la reina, y en efecto llegaron á Vadstena en los momentos en que allí se preparaban á elegir á Ingeborga (3) como abadesa. Era ésta hija de Gerardo, duque de Schelewig, y había entrado en el monasterio con dispensa de edad, en 1408.

El confesor general de Vadstena era en aquella época un gran señor danés, Magno Unnasson, cuya hermana, dama de honor de Ingeborga, había tomado el hábito juntamente con dicha princesa. El aprecio del soberano hacia estas dos religiosas se hizo luego extensivo á toda la abadía, en donde la muerte de aquel príncipe

(1) *Diar. an.* 1436. — *Nya Krön.* El asilo y la sepultura dados á uno de los sostenedores más odiados del partido danés, Jösse Eriksson, no deben inducir á error acerca de los sentimientos del convento. Los monjes admiraban al patriota sueco Engelbrecht hasta el punto de insertar en su diario la creencia popular de su santidad y de milagros obtenidos en la tumba.

(2) *Diar. an.* 1440. — *Nachr.* 126. — REUTERDAHL, *op. cit.* III, 271. La fundación tuvo lugar primero en Kariplikila, y se trasladó en 1445 á Aylos, (*Stud.* 279-283).

(3) Transcurrió un año entre la visita real y la elección, habiendo sido esta movida, pero regular como lo prueba **Biskop Nils' Visitations-stadga för Vadstena Kloster af Jan. 1448**, utgifven of Robert Geete: *Bilaga till Sv. Fornsk. Sällsk. s ärsmöte*, 1908. La consagración casi coincidió con la muerte del rey.

sucedida en 1448 fué más llorada que en ninguna otra parte (1). El sucesor de Cristóbal contaba con motivos más poderosos aún para tratar á Vadstena con mayor benevolencia.

Era éste, Carlos Bonde, sobrino segundo de santa Brígida por parte de su madre. Su hija Rikissa (2) era postulanta en Vadstena, y su mujer Catalina (3) á quien tiernamente amaba, habíase refugiado allí también, para prepararse á recibir santa y animosamente la muerte. Una lenta enfermedad iba minando la existencia de la joven soberana, que vivamente deseaba descansar hasta el día de la resurrección de los muertos en la iglesia de Vadstena; y fué en efecto sepultada allí en 1450.

El nuevo rey se manifestó para con los brigitinos, como para con todos en general animado de generosos impulsos, pero inconstante y personal. Sostuvo la soberanía del convento sobre la ciudad de Vadstena (4), se ingirió en las modificaciones hechas el año 1451 en la disciplina monacal y pretendió el año siguiente ejercer su autoridad sin límite alguno (5). El sobrino de la abadesa, Cristián rey de Dinamarca (6), aspiraba al trono de Suecia, y Carlos VIII, sospechando que el confesor general de Vadstena pertenecía al partido que sostenía la Unión de Calmar, exigió que éste y la abadesa fuesen depuestos de sus cargos vitalicios (7). Todos los

(1) *Diarium* años 1408, 1442, 1446, 1448, 1491.—REUTERDAHL *op. cit.* III, 238.—*Sv. hist.* II, 218, 260, 268.—*Kl. i Vadst.* 39.—**Privilegie och Skyddsbref för Vadstena Kloster, utfärdade af K. Kristofer, ären 1442 och 1444, utgifna af Robert Geete. Bilaga till Sv. Fornskr. Sällsk. s ärsmöte. 1908.**

(2) Aunque en la genealogía publicada por RIETZ (*Script. Suecici*, III, 239) Rikissa esté indicada como: Monialis Vadstenae † 1452, es probable, puesto que el *Diarium* no menciona su profesión que muriese prematuramente como la mayor parte de los hijos de la reina Catalina y que no tuviese tiempo para pronunciar sus votos.

(3) La reina Catalina descendía de una tía de Brígida (Cf. MESSENIUS, *Theat. XLI*, 44). *Sv. hist.* II, 278, 287.

(4) *Diar. an.* 1450.—*Kl. i Vadst.* 30.—En nuestros días tiene aún como escudo la imagen de Brígida con nimbo, en campo de sable.

(5) ORDO REGIMINIS MON. VADSTENENSIS *a rege Carolo VIII, Vadstenis an.* 1451, *mense sept. datus*; publicado por RIETZ (*Script. Suec.* III, 241-256) por G. E. KLEMMING (*Uppenb. V. Bih.* 109, 126) y por LINDSTRÖM (*Stokholm*, 1845), según tres ms. diferentes.

(6) Ingeborga había escrito para Christian *Consilia de vita cristiana ad regem Christiernum I.*—REUTERDAHL, *op. cit.*, III, 457.

(7) Los titulares hacían las más de las veces prevalecer sus deseos de ser relevados de sus funciones cuando la edad les advertía que debían emplear sus fuerzas en la preparación de sus almas para el juicio divino.

conventos de la orden y el ordinario protestaron contra tal medida; no obstante el confesor y la abadesa en bien de la paz cuyo espíritu era el distintivo de la orden en aquellos días turbulentos presentaron su dimisión, deseando, según decían, que la abadía no se viese privada de la protección real. La abadesa y el confesor elegidos para sustituir á los doctores daneses, fueron escogidos entre las religiosas y los monjes suecos (1).

La manifestación benévola de parte de Carlos VIII hacia la orden en retorno de tal sumisión, no se hizo esperar. En 1455 él mismo condujo al monasterio á su tercera hija, llamada Brígida. El papa concedió dispensa de edad á dicha princesa que desde la infancia se sintió atraída al claustro, en donde su hermana Rikissa había muerto. Entró en la casa del Señor con el corazón inundado de gozo, deseando vivir toda consagrada al amor divino:

Cuando el arzobispo de Upsal consagró á Dios esta nueva esposa del Cordero, estaba ocupado en conspirar contra su soberano á fin de restablecer la Unión de Calmar. Ante todo sentía el prelado correr por sus venas, la sangre de los Oxenstiern, alejados del poder por el mismo Carlos. A semejanza de su sufragáneo el obispo de Linköeping, el arzobispo prefería la espada al cayado del pastor, desempeñando importante papel en las luchas que ensangrentaban el reino.

Tres veces ocupó el trono Carlos VIII, y otras tantas fué depuesto, manifestándose siempre muy poco escrupuloso respecto de los bienes del clero. Uno de los actos de su rapacidad fué el de quitar á los monjes briguitinos en cambio de una suma ilusoria, las dos ricas diademas y las demás alhajas legadas al convento por la reina Felipa. Temía Carlos, según aseguraba, que la riqueza fuese para el monasterio una tentación muy poderosa para perder las almas. Por su parte Cristián I, se apoderó sin miramiento ni explicación alguna de un legado hecho por Erico XIII al convento. Por el mismo tiempo recobró él la corona, é Ingeborga la cruz abacial (2).

La muerte de ésta dejó el cargo en manos de Catalina Bonde, sobrina de Carlos VIII, y preponderando entonces en la abadía el

(1) Para esta segunda elección se siguió, sin duda, el **Ordning vid Abbedisseval i Vadstena Kloster** y el **Ordning vid val af Confessor Generalis i Vadstena Kloster**, publicados según un ms. del siglo XV por GEETE en los *Bilagor till Sv. Fornskr. Sällsk. s ärsm. 1904-1905*.

(2) *Diarium an. 1452, 1454, 1455, 1456*.—REUTERDAHL, *op. cit.* III, 238.—*Sver. medeltid I*, 509.—*Kl. i Vadst.* 37, 38, 41.

elemento sueco, se exigió á Magno la dimisión de su cargo de confesor general, que poco antes había recobrado (1). Al morir Carlos VIII, quedó en poder Sten Sture, que no llevó el título de rey porque la susceptibilidad de sus pares no lo consintió. La guerra contra los daneses continuaba, y el hospicio de Vadstena acogió numerosos heridos.

Catalina Bonde fué reemplazada por otra parienta de Carlos VIII, Margarita Clausdotter (Natt och Dag), á quien se debe el *Chronicon de genere et nepotibus Sanctae Birgittae* (2), que tan viva luz arroja sobre la genealogía de Brígida. Con relación al pasado la abadesa poseía, más que documentos, legendarias tradiciones; y en cuanto al presente hablando de sus contemporáneos, expresa con seguridad la historia de cada uno, sus alianzas y su descendencia. Refiriéndose á Marta, dice que en vida estuvo siempre alejada de su madre; que murió en Noruega, y allí fué enterrada. De Cecilia afirma, que viuda por tercera vez, se retiró con sus hijas al monasterio de Vadstena, en donde una de ellas, Brígida, tomó el hábito. Explica luego cuán poco numerosa fué la posteridad del hijo mayor de nuestra santa. De los dos hijos de éste, uno murió muy joven, y el otro, al mismo á quien curó Brígida milagrosamente, era el único representante de la primera generación de Carlos. Sintiendo que Dios le llamaba al estado eclesiástico, habíase consagrado al estudio de la teología; pero el despecho que experimentó con motivo del matrimonio de su madre con Juan de Moltke, le arrojó de nuevo en medio del mundo; y cambiando de parecer, se unió en matrimonio con Catalina Sture, y sucedió á sus antepasados en el cargo de senescal de Nericia. Un día orando en la capilla de Vadstena ante el sepulcro de su santa abuela, apareciósele ésta, y le anunció su próxima muerte. Sucedia esto en el mes de Septiembre de 1498. Atacado Carlos de un mal repentino no volvió á su castillo de Ulfasa, sino para morir algunas semanas después. Sus bienes fueron á poder de los daneses, enemigos de Suecia, por el matrimonio de la viuda

(1) El *Diarium* se muestra severo contra las comparaciones danesas del episcopado sueco; es una admirable crónica de esta época. Dice que en el año 1465, después de la muerte de Ingeborga, se opusieron dos conventos á cualquiera elección de abadesa, que no fuera precedido de la dimisión del confesor general, Magno.

(2) Una parte de esta crónica se encuentra en un manuscrito del siglo XVI **Birgitta Andersdotters Breviarium och Bönbok**. Forma las variaciones publicadas por M. ANNERSTEDT (*Script.* III, II, 209, 212-216) en el texto que citamos en nuestra obra.

con Haquin Tott (1). Dejó una hija llamada también Brígida, que favorecida con una aparición de su santa patrona, murió poco después en el monasterio de Vrela (2). Poco después Catalina, la hija segunda de Cecilia, murió también en Vadstena, en donde sus hijos esperaban la resurrección; y su marido Sten Bjelke; senescal consejero del reino abrazó allí la vida religiosa vistiendo el hábito humilde de hermano converso. Margarita Clausdotter asegura por último en dicha crónica que la familia de Brígida quedó extinguida en la tercera generación (3). En medio de la capilla que cada día se embellecía más, y que él publicó, llamada *Templum Cathedrale* (4), se levantó el sepulcro de Catalina.

La autora de la crónica no intentó escribir la vida de Catalina de Suecia, primera abadesa de Vadstena, porque dicha obra la había emprendido ya uno de los monjes más santos de la abadía, Ulf Birgersson (5). Todo hacía al hagiógrafo digno para hablar de su heroína, su virtud, su fidelidad á la regla, la especial inteligencia que poseía respecto á las revelaciones de Brígida, y en fin, las visiones sobrenaturales con que era favorecido. Su gratitud hacia la santa fundadora, que le había salvado de un naufragio fué el medio de que el cielo se valió para atraerle al estado religioso en la nueva orden; su biografía de Catalina era el ex voto ofrecido á la bienaventurada, por cuya intercesión se había salvado de una muerte próxima Benita, la abadesa de Vadstena (6).

(1) La hija de Catalina Sture y de Haquin Tott, heredó de Ulfasa que pasó así á la rama de los Natt och Dag. En nuestros días, la familia Hermelin posee dichos dominios. No lejos del nuevo castillo, se ven las ruinas del antiguo y restos de sus fortificaciones.

(2) Brígida fué llevada á Vadstena al lado de su abuela Catalina Glysingsdotter, de su tia Catalina Knulsdotter, de su prima la condesa de Orcades y de toda su familia. *Diar. an.* 1384, 1395, 1398, 1399, 1431.

(3) *Chron.* 207-216.—*Proc. Can. b. Cat. f.* 143 r. 150 r.

(4) La consagración de esta capilla se verificó hacia 1430. *Sv. hist.* II, 166. Hasta el momento del saqueo de Vadstena por los luteranos, no se dejó de embellecer el santuario. En 1449, un altar nuevo decorada con un cuadro, que costó 600 marcos fué dedicado á Brígida. Cf. *Kl. i Vadst.* 39.

(5) Ulf era hijo de Birger de Larbo y de Ingeborga hermana, *ab extra* de Vads, tena. Profesó en 1407, fué confesor general en 1423, y dimitió en 1426 por no plegarse á las modificaciones introducidas en la regla. Fomentó algunos puntos escasos de las revelaciones y murió en 1433.—*Diar. an.* 1433.

(6) *Proc. Can. b. Kater. Dep. Fr. Johan. in 7º art. f. 28 r. y v. Fr. Clem. Petri in 2º art. f. 28 r. y v. Sris. Marg. Clausd. in art. 1º f. 55, y Sris. Ragn. in art. 9º f. 69 v.*

El libro escrito por el monje Ulf, y titulado: *Leyenda Katerinae sanctae memoriae* (1), hizo esperar á Margarita que podrían reanudarse con breve éxito las negociaciones comenzadas en 1464 y 1469 referentes á la canonización de Catalina (2). Habíanse extractado algunos artículos de dicha *Legenda*, y dádose el cargo de examinar la deposición de los testigos al arzobispo de Upsal, al obispo de Linköeping y á un canónigo. El 27 de Agosto de 1475, el monasterio de Vadstena reconoció en dicha comisión la autoridad competente, y abrió en consecuencia sus puertas á los miembros de la asamblea. Los primeros que presentaron su declaración fueron el confesor general y un religioso de muy distinguida estirpe, Olaf de Bringetofta. El texto del proceso de canonización de Catalina pone Bringatromptom; este es el nombre del lugar en que había sido curado Olaf y otros dos monjes; á éstos siguieron varias religiosas, y por fin, la abadesa Margarita (3).

Además de los cuatro milagros referidos en el libro de Ulf (4), los comisarios quisieron asegurarse de la autenticidad de otros innumerables prodigios atribuidos á la intercesión de Catalina ó al contacto de sus reliquias. Una multitud de personas de todas las clases de la sociedad y de diversas órdenes religiosas se agolpó á las puertas de Vadstena, refiriendo unas la protección que de parte de la bienaventurada habían experimentado en sus

(1) El libro fué impreso por primera vez en Stokolmo, en 1483 (GEETE *bibliogr.* n. 208). Un facsímile del principio, está dado por HILDEBRAND (*Sv. hist.* II, fig. 318) atribuyéndose la impresión á un alemán establecido en Suecia, la hace remontar á 1475 (*Sv. hist.* 398).—(Reimpresa en 1552, en 1557, en el T. III *martii* de las *Acta SS.* y en fin en el T. III de los *Scriptores rer Suecicarum*).

(2) Ya por entonces, dice Vildt, ocupaba Catalina el segundo grado en la escala de la santidad, y era *beata* (*Sv. min.* 15). Creemos nosotros sin embargo que dicha afirmación sólo se funda en el título que se da á Catalina en el proceso de beatificación, pero hay que tener presente que «en el siglo XV no existía aun distinción alguna como en nuestros días entre la beatificación y la canonización. Por tanto, no dudamos afirmar que el proceso de la primera abadesa de Vadstena se refería desde luego á la canonización formal». Así lo asegura Mr. Vondinbon en su obra titulada **Les procès de béatification y de canonisation**, París, s. d., 16. Después de asegurar que Catalina no fué canonizada, el P. Papebroek intitula el estudio que la consagra en las *Acta SS.* **De S. Catharina Sueoica**.

(3) Proc. Can. b. Kater. f. 19 r. 74 v.

(4) La conversión de Venozza Orsini, el nacimiento de Brígida, hija del senescal Jamotti de Salerno, la salvación de una niña que iba á perecer entre las otras y la curación de una brigítina paralítica.

propiedades ó en sus ganados, ya calmando las tempestades ó apagando los incendios; otras contaban la manera con que habían sido librados de los peligros de alma y cuerpo; y otras en fin, en medio de la más viva emoción referían la resurrección de algunos niños, que á la sazón eran ya hombres formados. En el cielo como en la tierra participaba de *χαρίσματα ἰαμάτων* (1) socorría á los desgraciados que próximos á la desesperación se confiaban á ella angustiados (2).

Las dificultades con que se tropezaba entonces para comunicarse entre sí los pueblos, y sobre todo la guerra civil, interrumpieron las sesiones de la comisión, hasta la primavera de 1477, en cuya época comparecieron á declarar varios grandes señores é ilustres damas, parientes colaterales todos de Brígida; entre ellos se distinguían Magdalena, hija del rey Carlos VIII y Nicolás Stures. Todos hablaban con entusiasmo de los recientes milagros que habían presenciado, y referían emocionados las curaciones milagrosas efectuadas en el campo de batalla en favor de los héroes de los últimos combates, debidos todos á la intercesión de Catalina (3). Uno de ellos, Canuto de Pose, era conocido de todo el reino por la nobleza de su raza, su ciencia y su valor.

El 1.º de Julio de 1477 fué remitido el manuscrito á Sixto IV, después de larga espera la orden del Santo Salvador se dirigió de nuevo á este pontífice, el cual permitió en 16 de Agosto de 1482 dar culto á Catalina (4).

La familia religiosa de la abadesa esperaba verla colocada en el número de las santas y este permiso fué un leve consuelo al disgusto que sufrió.

La muerte de Sixto IV acaecida por este tiempo fué un golpe fatal para la canonización de Catalina. El nuevo papa Inocencio VIII se contentó por entonces con autorizar á la orden del Salvador para celebrar solemnemente la fiesta de su primera abadesa con el oficio y la misa propia de las vírgenes (5). Los

(1) *I Cord.* XII, 9. «La gracia de curar» dice el texto francés que no puede traducir la expresión griega.

(2) Proc. Can. b. Kater. f. 95 r. 96 v. Los bolandistas (T. III *martii*, 516-528) y M. Annerstedt (*Script.* III, II, 263, 268) dan la relación de estos milagros callando 27 que no ofrecen interés particular.

(3) Proc. Can. b. Kater. 158, 196.

(4) *Den. Sv. Kolon. i Rom*, 234-236.

(5) *Missae propriae sanct. regni* 8, 18. Misa, *Delixisti iustitium*. El misal de Abo (*Lübeck*, 1488) contiene algunas adiciones manuscritas, entre ellas la secuencia.

milagros seguían multiplicándose, y en Octubre de 1488 el confesor general consiguió de Roma un breve y dos bulas, que permitían la traslación de las reliquias.

Durante un año, la Suecia se ocupó en los preparativos de la fiesta. El 31 de Julio de 1489 el arzobispo de Upsal se presentó al fin en el monasterio acompañado de varios obispos, sus sufragáneos, y seguido de multitud de abades, doctores, monjes y clérigos.

El gobernador del reino, Sten Sture, padre de una religiosa de Vadstena, con su consejo, sesenta caballeros, los señores y el pueblo, formaban el cortejo del clero. La capilla en donde se expusieron los vasos sagrados, herencia de familia legados al monasterio por su primera abadesa estaba decorada con una espléndida tapicería que representaba á Catalina, teniendo á sus lados, las dos figuras simbólicas con que los devotos de la santa se complacen en representarla: una lámpara, cuya suave y pura llama arde misteriosamente, como ardía el amor del Verbo en el corazón de Catalina y un ciervo refugiado bajo el manto de la bienaventurada, dulce emblema de su protección en favor de los débiles. Un sabio teólogo pronunció el panegírico en latín. Estaba la capilla profusamente iluminada con luces blancas y rojas simbolizando la corona que llevan las hermanas encima del velo, la cruz, y el círculo y las llamas del hábito de las religiosas. Esos emblemas brillantes, daban á la ceremonia un carácter brigantino y el lujo banal, signo de decadencia en las familias religiosas no turbaba las oraciones de los fieles.

Durante toda la noche masas compactas de fieles se sucedían, ávidos de ganar la indulgencia plenaria concedida por Inocencio VIII. El día siguiente los prelados, asistidos por el gobernador Sten Sture y su consejo, procedieron á encerrar los huesos de la bienaventurada en riquísimos relicarios, y el obispo de Linkoepping pronunció un nuevo panegírico. ¿Por qué corrían en aquellos plácidos momentos tan dulces y abundantes lágrimas? Nadie lo preguntó; porque allí no había curiosos, sino almas creyentes, sencillas y piadosas, que se complacían en alabar á Dios y á sus santos. A la

Recensemus in ac die, que han publicado el P. PAPERBROEK (*Acta SS. T. III, marti* 505) y Mr. KLEMMING (*Hymni et Sequent.*, 75-77). En cuanto al oficio en honor de Catalina fué compuesto mucho tiempo antes de formarse el proceso de canonización por el monje brigantino JUAN BENGTTSSON, † muerto en 1461. Existe también un himno, compuesto en alabanza de la misma, por Fr. Hilarión de Nápoles, que vivió en el siglo XVII: Los libros de las religiosas contienen dos oraciones en honor de su primera abadesa, y de ellas, la segunda, está enriquecida con indulgencias; están insertas entre los *Sv. böner* n. 210.

cabeza de la procesión llevaban los monjes las urnas que encerraban los restos de Catalina y de su madre.

Por todas partes resonaban himnos en honor de Catalina; unos cantaban su vida; otros sus milagros, y todos clamaban unánimes: «*O Swecorum aduocata, Katherinu sociata, Christo eternaliter... praua quaeque perpetrata, prece dele cum beata, deprecando Dominum*» (1).

Los músicos y los cantores, ocultos á la vista de todos, salmodiaban las alabanzas de Catalina con un nuevo ritmo, *in discantu, in noua mensura*, siendo de creer que Brígida cuidadosa de la pureza del canto llano, no hubiere aprobado este cambio.

Cuatro días duraron aquellas solemnidades. El gobernador del reino colocó en su sitio la estatua de la santa; siguió la misa en honor de la misma, y los oradores, desde púlpitos colocados en el cementerio, se esmeraron á porfía en publicar el elogio de aquella á quien la Iglesia invocaba con piedad y amor. La abadesa del monasterio, deseando se extendiese más y más el culto de la nueva santa, distribuía entre los circunstantes estampas con la imagen de Catalina y breues compendios de su maravillosa vida.

Los monasterios extranjeros acudían á Vadstena en busca de reliquias, y muy en breve el culto de la virgen sueca se hallaba extendido por toda Europa (2).

(1) Antifona del «Magnificat». En el cod. de Berlín ya citado, M. Geete encuentra la siguiente estrofa:

Salue mater inclita
Swecie patrona
Kátherina pre dita
Virtutum corona
seruis tuis flagita
gracianum (arum) dona
et celorum hadita (!)
fac videre bona:

Sv. böner. Inled XVI.

(2) **En Historie om Sanctae Chatarinae Sanctae Birgitae dotters canonisering som skedde i Vadstena. A. D. 1489.** Esta relación, debida á un testigo ocular **Nicolas Ragwaldsson**, confesor general de Vadstena, fué publicada, según un ms. de la biblioteca de Upsal por SCHROEDER (*Upsal*, 1832-1833) y por ANNERSTEDT (*Script.* III, 4, 269-275).—*Diar. an.* 1489 1506.—**Suecia**, 1490 (*Cantiones*, 105-108).—REUTERDAHL, *op. cit.*, III, 382.—Los monasterios italianos y polacos no pudieron entenderse con los demás acerca de los aniversarios de las

Los soberanos pontífices, los cardenales, el clero y el pueblo consideran á Catalina como santa; y sin embargo no ha sido aun canonizada. El despego de los bienes terrenos, que fué, al mismo tiempo que su vocación especial, el distintivo de su vida, provocará la admiración universal, aun más allá del tiempo. La gloria de Catalina permanece como su alma, oculta bajo un velo, á la mirada de los hombres; mas llegado el momento supremo, cuando la creación sea renovada; cuando todo renazca para nunca más morir, entonces Jesucristo, llamando á Sí á su esposa, la coronará en presencia de todo el universo, haciendo patente la esplendorosa aureola de su santidad.

fiestas. Se celebraba la entrada de Catalina en el cielo desde el 22 al 31 de Mayo, en días diferentes; la traslación de sus restos, ya en el 24 de Julio, ya en la fiesta de San Pedro Advíncula. El papa Julio II confirmó el derecho que tenía la Orden de dar culto á su primera abadesa; por un Breve del 21 de Abril de 1512, León X fijó la fiesta en 24 de Marzo y la traslación de las reliquias en 25 de Junio. En el **Breviario** O. SS. S. MCMVIII, estas fiestas están indicadas así: MARTIUS 22 *Transitus S. M. Catharinae Vastanen. Virg. dupl. 2 class.* - JUNIUS 25. *Elevatio S. Catharinae Vastanen. Virg. dupl. 2 class.*

CAPITULO XVI

1420-1910

LA ORDEN DESDE LA REFORMA HASTA NUESTROS DIAS

Espíritu é influencia de los brigittinos.—El monasterio de Vadstena.—Expulsión de los monjes y de las religiosas.—Las reliquias y el culto de Brígida.—Sus revelaciones.—Los brigittinos ingleses, franceses y alemanes.—Toma de hábito de dos sacerdotes ingleses en 1909.—La casa de la santa en Roma.—Marina de Escobar y los brigittinos españoles.—Fundaciones en Méjico.—Estado actual de Vadstena.

Nicht länger werden Eure stillen Zellen
Ein Opfer trauriger Verödung sein.
Da neue Sshwertern sich mit Gott vermählen
Und neue Kräfte Eu'rem Kloster weih'n.

J. S.

La prosperidad espiritual y material de la Orden había llegado á su apogeo al fin del siglo XV (1). Con la fundación de su nuevo monasterio en la antigua abadía benedictina de Altomünster (2) llegaban á 21 (3) los que formaban la aureola de Vadstena.

En Roma tenía la orden relaciones permanentes con la santa sede, merced al *Hospitium* fundado en la casa misma de Brígida; efectuábanse los capítulos generales bajo las bóvedas de

(1) Las numerosas donaciones hechas desde 1391 á 1414, publicadas por el *Diplomatarium* demuestran la riqueza del monasterio.

(2) Este edificio está situado en Baviera, cerca de Augsburg.

(3) Indicamos una cifra probable, no exacta, porque los documentos ofrecen cierta vaguedad. El capítulo de Gnadenberg verificado en 1487 hace ver que existían entonces 20 abadías brigittinas; 18 fueron representadas en él; la de Sión se excusó, y el representante de la de Mariendal se puso enfermo en el camino. Algunas de las casas, cuyo comienzo hemos indicado, no se mencionan en el capítulo de Gnadenberg. La orden ha fundado hasta el presente 75 conventos, sin contar con los de España y los de Méjico que tienen unos y otros por madre á Marina de Escobar.

alguno de los principales monasterios, como medio y lazo de unión entre todos ellos. Sin embargo, ciertos puntos de la regla, no bien comprendidos; la situación geográfica de Vadstena, y las rivalidades suscitadas entre los monjes, por cuestiones de nacionalidad, hacían difícil una armonía perfecta.

Después de traducido al sueco el texto latino de las revelaciones (1), después de sacar de él admirables oraciones, y reproducido innumerables copias, se resolvió darle á la imprenta. Con este fin envió la abadesa el manuscrito, por medio del prior y de un hermano converso, al convento de la misma Orden, situado en Lübeck, en donde el arte de Gutemberg había alcanzado gran perfección. Además de la versión debida á la pluma de Alfonso de Vadaterra (2), llevaban los religiosos varias notas redactadas por el confesor de Brígida, Pedro de Alvastra, y revisadas por Catalina y Nicolás Hermasson (3).

A las referidas notas, que, constituían la última parte de las «revelaciones», se dió el nombre de «revelaciones extravagantes», expresión propia del derecho canónico, con la cual se demuestra, como se ha dicho, que las notas no formaban cuerpo con la obra principal. El libro que en breve se publicó, había sido escrito según lo indica el prólogo del mismo, siguiendo los manuscritos originales conservados en Vadstena (4).

(1) No se sabe porqué razón se eligió para la impresión de las obras dicho convento, existiendo en Stokolmo una imprenta fundada en 1483. Quizá fuese, ó por la comodidad de hospedarse los religiosos en un monasterio, ó por la inferioridad de los impresores suecos.

(2) Este libro VIII, iba precedido de la «Epistola Solitarii ad reges», y seguido de la «Regla del Salvador», del «Sermón del Angel», y de las «Cuatro oraciones». La división del mismo libro, hecha por el obispo de Jaén, no fué escrupulosamente seguida en las copias, como lo prueba la nota siguiente: «hic est finis quarti libri, secundum Alphonsum», colocada después del capítulo 130 del libro IV. Ahora bien para llegar al fin de dicho libro, faltaban aún catorce capítulos.

(3) Los monjes brigитinos añadieron un prólogo *Rev.* 681; en el que dicen que varias de las notas estaban insertas en el texto de Alfonso, como aclaraciones ó apéndices de ciertas revelaciones.

(4) Además de las revelaciones, la edición de 1492 contenía varios documentos recogidos en 1446 por el cardenal Torquemada; la carta escrita por este prelado, en defensa de las revelaciones; un extenso prólogo que atestiguaba la realidad de las visiones de Brígida; la bula de Bonifacio IX confirmada por Martín V; las cuatro oraciones en honor de la santa; un resumen de su vida, y en fin, el himno: *O Birgitta mater bona*.

En el mes de Noviembre de 1492 los monjes portadores del manuscrito regresaron á la abadía con ochocientos ejemplares en papel y diez y seis en pergamino, y con todo lo necesario para montar una imprenta. Este medio de difusión excitó más la actividad del monasterio en que todos estudiaban las Santas Escrituras. Manuscritos copiados frecuentemente habían permitido á religiosos y á religiosas tener en sus manos los textos y algunos comentarios debidos á las plumas de los santos. La Teología ocupaba amplio lugar en los trabajos, santo Tomás (1), san Buenaventura, Gersón (2) y Hugo de san Víctor, eran transcritos traducidos y comentados.

Jamás por otra parte tuvieron los hijos de Brígida enseñanza teológica que constituyese una escuela particular; ni opiniones personales sobre aquellas cuestiones propuestas por la Iglesia para ser discutidas: contentóse la orden con seguir las huellas de los hermanos menores, y de los hijos de santo Domingo, y á la verdad no le faltaron ni predicadores célebres ni celosos misioneros (3) ni esclarecidos directores de almas (4).

En ambos claustros los escritos de los doctores, sobre todo los de san Bernardó, eran objeto de piadosas meditaciones (5), como también los libros rústicos contemporáneos que los religiosos traducían al sueco, por ejemplo el «Espejo de las virgenes» (6), tan del gusto de Brígida, la «Imitación de Cristo», el «Libro de la Sabiduría eterna», de Enrique Suso (7), las obras de Alain de

(1) *Diario*, año 1391, 1438, 1446, 1452, 1461, 1492, 1514, 1536. — *Bib. de Stokholm*, Cod. A. 13. — REUTERDHAL, *op. cit.* III, 455.

(2) RIETZ encontró en un ms. de Vadstena la traducción del **Arsmoriendi** y la imprimió.

(3) *Diár. an.* 1389, 1391, 1406, 1445, 1470, 1525. — Se encuentran proyectos de sermones en los Cod. A. 33 de la biblioteca de Stokolmo y 61 de la biblioteca de Upsal. Han parecido unidos á otros documentos: **Svenska medeltids-Postillor**, II, 162, 176, 299, 302.

(4) **Förmanelse bref** dirigida á los religiosos de Vadstena por **Johan Mats son**; publicado por RIETZ (*Script. Suec. III* 123-137) y después en 1874-1875 en los *SFSS.*, 20: *Skrifter till läsning för Klosterfolk*, 139-148.

(5) *Bib. univ. de Upsal*, 15. — *Diár. an.* 1470.

(6) *Diár. an.* 1486.

(7) *Bib. de Stokölm*. Cod. A. 4. Esta traducción fué copiada por dos religiosos en Vadstena, Catalina hija del alcalde de la ciudad y Cristina Hansdotter Brask, designadas erróneamente por Wieselgren como autoras de la versión. R. BERGSTROEM la ha editado bajo el título de **Gudelige snilles väckare af Henrik Suso**. *Stokolm*, 1868, 1870.

la Roche (1) y las «Instrucciones» de san Antonino, arzobispo de Florencia (2). Léanse asimismo las vidas de los padres del desierto, y de los santos; entre estas últimas las de Isabel de Hungría y Catalina de Sena que ya por entonces eran invocadas como bienaventuradas. La copia de los breviarios, la formación de los misales y antifonarios, y las colecciones de los himnos particulares de la orden ocupaban piadosa y útilmente á los monjes y religiosos, familiarizándolos con la liturgia y el canto llano (3). Las ciencias todas, que esparcieron tan clara luz en las inteligencias durante el período de la edad media, se cultivaban en Vadstena. Contábanse entre los monjes renombrados filósofos, astrónomos y doctores en derecho canónico. Bajo la influencia de la orden nacional, los estudios históricos y literarios devolvieron á la lengua sueca la supremacía que la Unión de Calmar le había arrebatado, haciendo obligatoria la lengua danesa para los tres reinos, en todos los actos oficiales. Los artistas eran en fin numerosos en la orden; y muchos entre los hermanos conversos alcanzaron en las artes mecánicas un alto grado de perfección (4). Las hermanas no quedaban en zaga: Su habilidad en el arte de curar toda clase de enfermedades era notoria, así como la perfección de sus encajes y bordados; las finísimas

(1) *Bib. de Stokolm.* Cod. A. 2.

(2) Este manuscrito arrebatado de Vadstena y que figura ahora en la biblioteca de Linköeping, contiene también la traducción sueca de un opúsculo atribuido á Enrique de Hesse: **De vita coenobitica**, y las **Meditationes vitae monasterialis secundum regulas ord. SS. Basilli et Benedicti**. RIETZ (*Script. Suec. III*, 105-127, 138-152, 183-193).

(3) *Bib. de Stokolm.* Cod. A. 3 (en el que designamos particularmente: **Catharina af Siena underverk**, traducción de SVEN THORSSON) y Cod. A. 12, 27, 29, 36.—*Diar. an.* 1378, 1384, 1391, 1399, 1443, 1446, 1447, 1452, 1461, 1513, 1519. Los mss. de Vadstena han proporcionado á M. Geete la mayor parte de las 323 oraciones de la edad media que ha editado.

(4) *Diar. an.* 1388 á 1524. Al principio del siglo XV Pedro Dasypodius dió no solamente conferencias sobre el globo terrestre, sino que también enriqueció á la Catedral de Upsal con un reloj que rivalizaba con el de la Catedral de Estrasburgo. *L'Oratio de b. Birgitta* que se encuentra en el breviario de Gnadenberg, el oficio de Catalina por J. BRNGTSSON, las oraciones de los Cod. A. 38 y 43 de la biblioteca de Stokolmo (publicadas en 1882. **Medeltids dikter och rim**, 160, 163) prueban que los monjes de Vadstena escribían el latín con bastante pureza, teniendo en cuenta la época. HAMMERICH, *op. cit.* 295-324 muestra la impresión de los brigittinos con letras danesas y noruegas; trae interesantes citas en prosa y en verso, siendo las mejores las del libro de oraciones danés de Auria de Brahe.

miniaturas con que enriquecían los manuscritos, y la elegancia, soltura y erudición con que escribían sobre diversas materias (1).

Si desde el punto de vista intelectual la orden del Salvador se distinguía entre todas las establecidas en Suecia, desde el punto de vista espiritual era superior también á las otras, por las virtudes monásticas y apostólicas que en ella brillaban. Se conserva aún el recuerdo de algunos religiosos que, arrebatados en éxtasis habían exhalado el último suspiro al pie del tabernáculo. Pero tales excepciones no atestiguan, la santidad de una casa religiosa, la orden del Salvador puede presentar otro testimonio irrecusable, y más convincente en la multitud de hijos suyos de uno y otro sexo «llamados á los goces eternos, según expresión propia del *Diarium*, por haber vivido santamente todos los días de su vida religiosa». A esa vitalidad se debió que los hijos de Brígida suplantasen en Suecia, á los dominicos y benedictinos cuyo espíritu religioso se había entibiado á tal punto, que en las cátedras y en las sedes episcopales se hallaban siempre, al frente de los estudios monjes brigitinos (2). Los monasterios extranjeros de la orden imitan al de Vadstena, empeñándose en ilustrar y dar vuelo á las inteligencias por medio de concursos literarios, á los cuales acudían sujetos de todas partes en extremo deseosos de alcanzar los premios y diplomas.

Llegó no obstante el momento en que las tinieblas sucedieron á la luz, y el abatimiento á la elevación: las abadesas de Vadstena tropezaron con dificultades de todo género, así morales como materiales. En el año de 1495 un incendio destruyó el hospital, la imprenta y numerosos ejemplares de las revelaciones; los obispos comenzaron á manifestarse hostiles á la orden, no sólo en Suecia, sino en casi todos los países del Norte, violando sus privilegios, y echándole en cara ciertas flaquezas en materia de fe y de costumbres, generalizadas en todas partes antes de que viniesen á

(1) *Bib. de Stokolm*, Cod. A. 2, 3, 4, 37, 38. *Bib. de Berlin* Cod. 3762, 726. *Inser. Germ.* Ua página de la Carta de Ingrida Persdotte, religiosa de Vadstena, á Axel Nilsson, grito de angustia de una monja, de la cual Dios no había sido el primer amor y cuyo texto original no ha podido encontrarse, llegó á ser en Suecia el tipo clásico del estilo epistolar de los brigitinos. Los autores se la disputaban para copiarlo. Silfverstolpe parece haber hecho justicia definitivamente á este documento apócrifo, escrito según él á fines del siglo XVII ó principios del XVIII. Hacían también las hermanas hermosos ornamentos sagrados, que aún se admiran hoy en Vadstena; y tejían el encaje con perfección tal, que dicha ciudad debe á las hijas de Brígida esa industria, en la actualidad muy floreciente.

(2) *Sv. hist.* II, 196.

ponerles coto las reformas decretadas en el concilio de Trento, las colonias protestaban contra la supremacía del monasterio, cabeza de la orden, cuya autoridad por otra parte, no estando cimentada por las constituciones, no contaba con otras bases, que las bulas pontificias, y éstas podían ser fácilmente modificadas; la casa de Roma, «*Domus Birgittae*», es verdad que era gobernada por dos monjes brigittinos; pero se hallaba reducida á la miseria, ya por los gastos que ocasionaba la manutención de los huéspedes, ya, y esto es lo más probable, por la rapacidad de algunos de sus rectores extraños á la orden; en fin, á causa de la diversidad de costumbres y de carácter entre los italianos y los hijos de Suecia, los religiosos del Salvador llegaron á ser desfavorablemente juzgados por la curia romana. Aun en cierto momento había incurrido en excomunió'n su familia religiosa (1).

Para colmo de desdichas el país de Suecia atravesaba entonces por un período de lúchas sangrientas, y aunque el monasterio de Vadstena se mantuvo alejado de las querellas políticas, no dejaron algunos monjes impulsados por el amor patrio, de impugnar con vehemencia en su *Diarium* (2) la opresión danesa. A la muerte de Carlos VIII, los suecos ofrecieron á Sten Sture, jefe de la nobleza, la administración del reino. Aceptó éste, oponiéndose victoriosamente á las tentativas del rey de Dinamarca, que á toda costa pretendía restablecer la Unión de Calmar. Al yugo extranjero sucedió sin embargo un mal no menor: la discordia. El clero y la nobleza conspiraron contra Sten y contra sus sucesores Svante y Sten II. Con objeto de arrancar el poder á este último, el arzobispo de Upsal apeló á la corte de Dinamarca, llamando en su auxilio al rey Cristián, hombre sanguinario y cruel, que había celebrado su victoria y elevación al trono con noventa y cuatro ejecuciones. Bañado aún en la sangre de sus víctimas, se atrevió á presentarse en la iglesia, invocando la protección de Brígida y Catalina. ¿Deseaba quizá alcanzar la purificación de su alma? Nadie lo creyó así. Presentóse, más bien como soberano, que como penitente; y cuando poco después fué arrojado del trono por Gustavo Vasa, los hijos de Brígida no disimularon su satisfacción.

El libertador de Suecia, Gustavo Vasa, era descendiente en quinto grado de Brígida, y había pasado sus primeros años en los mismos lugares habitados por la santa, en el castillo de Finsta,

(1) REUTERDAHL, *op. cit.*, III, 260.—*Den sv. kol. i Rom.* 217, 252.

(2) *Diar. an.* 1490-1523.

cuyos poseedores eran los padres de aquél, Erico Vasa y Cecilia de Eka (1).

Con relación á esta morada se contaba un anécdota, que pone de manifiesto los encontrados sentimientos de ambos consortes. El edificio fué teatro de un voraz incendio, y las llamas, respetando el nuevo y suntuoso castillo, se cebaban en la antigua capilla, lá misma en donde la santa patrona del reino sueco rezaba en otro tiempo sus primeras oraciones. Lloraba amargamente Cecilia contemplando la obra destructora de las devoradoras llamas, mientras Erico veía regocijado la dirección que éstas tomaban. Gustavo era á la verdad digno hijo de tal padre; y daba la preferencia á los bienes visibles y materiales. No tardó en comprenderlo así el monasterio de Vadstena, en donde, si se ha de dar crédito á las tradiciones de la orden, había profesado una hermana del mismo Gustavo (2).

Este consiguió al fin llevar á cabo la destrucción completa de la Unión de Calmar, sostenida en el espacio de setenta años por los continuados esfuerzos del episcopado sueco; y comprendiendo el soberano que hallaría siempre en el clero un irreconciliable enemigo, se preparó á la lucha. Cinco sedes episcopales estaban vacantes; ocupaba la de Vexioe un anciano. El ardor apostólico de Hans Rask, obispo de Linköeping se iba extinguendo, á consecuencia del agotamiento de sus fuerzas físicas empleadas siempre en provecho de las almas y en servicio de la patria. Era éste pues el único prelado, cuya influencia temía Gustavo. Procuró en consecuencia que los capítulos de Skara y de Strengnaes eligiesen para los obispados sujetos, si no viciosos, desprovistos de energía y firmeza, que cediesen fácilmente á las amenazas y desde su advenimiento al trono en 1523, quiso mezclarse en los nombramientos de algunos obispos (3); no lo consintió Roma, y el soberano recordó entonces las lecciones que había recibido en Sübeck, en donde se había refugiado, huyendo de los daneses, verdugos de su padre. La herejía de Lutero, poderosa ya en Alemania, era la que proporcionaría armas contra el clero sueco.

Sin romper abiertamente con el papa, Gustavo indujo con su acostumbrada astucia á dos eclesiásticos de indiscutible talento

(1) Al presente el castillo de Finsta no presenta más que ruinas; y las tierras, divididas en lotes, son cultivadas por los campesinos del mismo distrito.

(2) *Nach.* 86, 103. Ni las genealogías modernas ni el *Diarium* mencionan á esta Anna Vasa, cuyo nombre figura en el *Theatrum* de MESSENIUS. *Gen.* XXXII, 35.

(3) *Sv. hist.* III, 74-79.

y hasta entonces de intachable conducta, Claou Petri y su hermano Lorenzo á propagar en el reino las nuevas doctrinas. Después de la deposición, los ardidés y el suplicio del obispo de Vasteras (1) recientemente elegido el arcediano de Strengnaes, Lorenzo Anderitton, que conocía el *Hospicio* de Roma, propuso para cubrir la plaza vacante, al procurador de dicho Hospicio (2), Pedro Mansson, sujeto muy propio para llevar á cabo ciertas pretensiones del monarca. Pertenecía el candidato á la orden del Salvador; era de familia noble, de aptitudes científicas y literarias excepcionales; y desde el año 1518 habia dado á conocer en Vadstena á Lutero y su obra. Por su parte Gustavo manifestó el deseo de ver ocupada la sede vacante por Pedro Mansson, y el Capitulo eligió sin vacilar á un brigantino. Dicha elección fué aprobada por la autoridad eclesiástica, que no sospechó ni remotamente los designios de Gustavo, aprobó la elección y éste deseoso de organizar una nueva iglesia sin alarmar las conciencias, se regocijó con la idea de poder presentar en el instrumento de sus disposiciones futuras á un miembro de la orden nacional, sucesor incontestable de los apóstoles, siempre que fuese consagrado en Roma á la vista del Jefe de la Iglesia universal.

El nuevo obispo volvió á Suecia y su antiguo monasterio recibió una carta muy singular de Andersson. Un mes antes, el canciller de Gustavo moraba entre los monjes y les exhortaba á instruirse en la doctrina de Lutero, la cual decia, está inspirada en la Sagrada Escritura, no en los escritos de santa Brígida, ni de cualquiera otra persona, si no en los divinos (3).

Arrastrado por la controversia, el archidiácono no pensaba que habia leído en santo Tomás (4), con los teólogos del monasterio, que en cuanto á las cuestiones de dogma, la doctrina católica no reconoce autoridad á las revelaciones privadas. No recordaba para nada, las copias, las traducciones, los comentarios de la Sagrada

(1) *Sv. hist.* III, 78 et seq.

(2) La carta de propuesta fué publicada por BENZELIUS como apéndice al *Diarium*. Los originales de la correspondencia de Pedro Mansson con el convento de Vadstena, desde 1511 á 1518, se conservan, unos en los archivos de Stokolmo, y los demás en Upsal, biblioteca de la Universidad. GEETE, *Bibliogr.* n. 625, 827, 833, 835, 836.

(3) *Sv. hist.* III, 86. La carta está fechada en 21 de Febrero de 1524. No era solamente dogmática sino que contenía el programa de la expoliación próxima que amenazaba á la Iglesia, dice MARTIN en su libro tan bien documentado: **Gustavo Vasa y la Reforma en Suecia.** Paris, 1906, 229.

(4) *S. Thom. I. q. 1, art. 8.*

Escritura, que llenaba la biblioteca de Vadstena, las homilias predicadas en lengua vulgar, según las instrucciones de los concilios y la voluntad expresa de santa Brígida.

Los ilustrados hijos de Brígida no habían esperado los consejos de Andersson para examinar las doctrinas y creencias luteranas. El ruido que hacían las discusiones en materia de fe, entre Olao Petri y Pedro Galle (1), el campeón de la verdad reveleda, habían llegado hasta ellos. Mientras tanto, el hipócrita monarca pedía misioneros á la orden del Salvador para evangelizar á los lapones, y ésta veía un enemigo en el descendiente de su madre y fundadora.

Cierto que el rey había reconocido y confirmado los privilegios todos del monasterio; mas no por eso dejaron los monjes de encerrarse en el más profundo y discreto silencio, tanto más, cuanto que los asuntos políticos se confundían á menudo con las cuestiones religiosas, á tal punto, que rechazar la herejía era en cierto modo rebelarse contra el libertador de Suecia. De esta complicación resultaba á veces el tormento ó la muerte decretados contra los sacerdotes fieles á la fe verdadera, y acusados de rebeldía contra el poder civil; y no era raro ver confundidos en un mismo suplicio á los mártires de la fe y á los sediciosos ó traidores contra su rey y su patria.

El mismo Hans Brask, ganado por la debilidad de los demás obispos, cedió en puntos importantes bajo las amenazas del rey, y aun cuando había excomulgado al raptor de una brigitina, ante la cólera del monarca, había cedido, se decía (2), y el casamiento de los amantes probaba el éxito obtenido por el poder civil sobre el eclesiástico.

Las expoliaciones eran continuas de parte del Estado (3) y los monjes no podían esperar socorro alguno del poder eclesiástico,

(1) Los dos eran escritores de mérito. Discutieron públicamente en Vesterás en 1527. *Sv. hist.* III, 126.

(2) Según MARTÍN (*op. cit.*, 317, 318) no se tiene la contestación de Brask.

(3) En 1524 los cofres de plata sobredorada que guardaban las reliquias, fueron robados; y poco después se apoderó Gustavo de 249 marcos de plata. En 1527, el Riksdag de Vesteras, concedió á la nobleza el derecho de recuperar los dones que en tiempos pasados habian hecho sus antepasados á las iglesias y conventos. En consecuencia el de Vadstena fué nuevamente saqueado. La iglesia sólo tiene un cáliz y otro el hospital establecido en el monasterio, pero evidentemente el cáliz que se enseña en Askeby, y que según la inscripción del pie, Thopne Bonde († 1417) *fecit... parari ad honorem beatę birgitte*, fué tornado á los brigitinos. JANSÉ, *op. cit.*, fig. 80, 81, 85, 84.

porque casi todos los obispos faltaban de sus respectivas diócesis: el de Vexioe había muerto; el arzobispo de Upsal con pretexto de una embajada fué desterrado. El semil Hans Brask había huído á Polonia, siguiendo su ejemplo, el de Skara se fué al extranjero; la muerte había sido clemente con el viejo obispo de Vexioe, pues le arrebató, antes que cayera en dicha tentación y los demás huyeron á países extranjeros, alejando la vista ya que no el Corazón de las desgracias de la patria.

La orden veía á la Asamblea de Erebro dar el golpe de gracia á la verdadera doctrina. En esta Nericia á la que Brígida había dado el ejemplo de todas las virtudes, se proscribió su fe. Olo Petu puso en manos del clero nuevos libros; en adelante la misa se debía celebrar en lengua sueca ¡y sin embargo no se creía luterano!

Los innovadores sin embargo no se atrevían aún á darse este nombre de luteranos, porque dicha palabra, de cuyo sentido no tenía el pueblo sino un conocimiento vago, era causa no obstante de motines y sediciones, por cuyo motivo había prohibido el rey, que se llamase así á los secuaces de las nuevas doctrinas, exigiendo sí á los monjes del Salvador, que estudiasen á fondo dicha creencia, y aceptándola, renunciases á las antiguas supersticiones, para abrazar la *moral evangélica*. No arrojaba Gustavo á los habitantes de los claustros: pero abría sus puertas, ofreciendo cátedras á los teólogos, ya en la iglesia, ya en la universidad de Upsal; á los demás, medios de subsistencia; á las religiosas, independencias, dotes y maridos.

Una persecución sangrienta habrías enervado menos los ánimos que esa situación indecisa. Bien podía decirse sin embargo que la vida regular no existía ya. Entre los monjes brigítnos que abandonaron el claustro, uno volvió arrepentido á unirse con sus hermanos, otro, más desdichado, en los momentos en que declamaba en el púlpito contra la vida y los escritos de su santa Fundadora cayó en tierra víctima de un ataque de apoplejía. Algunas defecciones hubo también entre las religiosas, aunque en su mayoría fueron fieles á sus sagrados juramentos. Los hechos se consignaron sin detalles porque el *Diarium* fué siendo más breve, á medida que la libertad de pensar y de escribir era discutida para los católicos.

Las sillas episcopales estaban casi todas vacantes, y el rey se arrogó la facultad de nombrar por sí mismo á los obispos, sin contar con la sanción de Roma. Designó, como primado del reino, á Lorenzo Petri, que ostensiblemente profesaba las nuevas

doctrinas; y siendo Pedro Mansson el único obispo regularmente consagrado (1), que quedaba en Suecia, él era el que podía consagrar á los obispos intrusos (2). «Pedid á santa Brígida el salario que os corresponde», había dicho Gustavo en otro tiempo al arzobispo católico de Upsal. ¿Qué hubiera sucedido si Pedro Mansson hubiese respondido esta vez, con santa libertad al monarca: «No pediré salario alguno á santa Brígida; pero como digno hijo suyo, ceñiré la corona del martirio; porque no me está permitido transmitir á un hereje la gracia y el carácter episcopal que he recibido de los apóstoles, y de sus sucesores. Esta noble respuesta habría planteado la cuestión, tal como era en sí clara y precisa, sin la menor sombra de equívoco. Por desgracia el monasterio sueco hubo de velar su rostro ruborizado: Pedro Mansson (3) impuso sus manos culpables sobre el protegido de Gustavo Vasa, Lorenzo Petri; confiándole la doble misión reservada á la Iglesia católica, la de enseñar la doctrina de Jesucristo, y la de conservar en toda su integridad los preceptos de la moral evangélica. ¿Qué restricción mental haría el futuro primado, al pretender alcanzar de esa manera la transmisión canónica de los dones del Espíritu Santo? Nadie lo sabe. En cuanto á los obispos de Vesteras y de Stregnaes en una carta dirigida al soberano pontífice, trataron de defenderse, alegando la violencia, y declarando nulo el acto de posesión de las sillas, al cual les había llevado, decían ambos, su pusilanimidad y cobardía (4). Tres años después, en 1524, se leían en el Diario de Vadstena, estas palabras: *Frater Petrus Magni episcopus arosiensis obiit dominica infra octavam ascensionis*. «Por desgracia, el escrito no podía decir también». *Iste est sanctus, qui pro Dei amore, minao hominum contempsit*».

Aunque el nombramiento del dicho obispo de Stregnaes no fué confirmado por el papa, y á pesar de la omisión voluntaria

(1) La consagración se hizo en Roma en 1.º de Mayo de 1524; se ha tratado inútilmente negar este hecho.

(2) En la víspera de la consagración, dos de los intrusos, los elegidos para Skara y Vexioe, se comprometieron bajo juramento, en un documento que rubricó Pedro Galle, obedecer al soberano pontífice y á solicitar su confirmación; estos pusilánimes se diferenciaban, pues, de Lorenzo Petri, consagrado un poco después. Cfr. MARTÍN, *op. cit.*, 418.

(3) Ya antes se había hecho culpable Pedro Mansson de un «acto cismático», cuando en la ceremonia de consagración de otros dos obispos, efectuada por él en 1528, permitió que el rey suprimiese el juramento de obediencia que los obispos católicos deben prestar al papa.

(4) *Sv. hist.* III, 46.

del juramento de obediencia al pontífice, no puede decirse que aquél fuese rebelde á la Iglesia católica. Se asegura que habiendo sido arrojado de su sede episcopal, por el mismo soberano que en ella le había colocado, se retiró al monasterio de Krokek en donde murió. Desde entonces todas las sillas episcopales del reino fueron ocupadas por obispos heréticos.

¿Mas de qué herejía estaban contaminados? Por entonces nadie podía decirlo; porque Gustavo, procurando á todo trance no despertar sospechas, ni alarmar las conciencias, trató de disfrazar las nuevas doctrinas. Por fin manifestó abiertamente su intento. Los primeros innovadores se habían hecho odiosos en la corte, por haber declarado sin rodeos, que la moral de su vengativo y ambicioso soberano no estaba conforme con la moral evangélica. En consecuencia, y echando mano de vanos pretextos, Olao Petri y Lorenzo Andersson fueron condenados á muerte por un tribunal al que asistía el arzobispo de Upsal, Lorenzo Petri. ¿Fué la sentencia real, ó bien un tiro al aire como se cree hoy para amedrentar al pueblo? Lo cierto es que ambos pastores no se salvaron sino derramando el oro á manos llenas. Dos alemanes de la secta de Melanson opuesta en algunos puntos á la de Lutero implantaron con Suecia la religión preferida por Gustavo Vasa (1), en las arcas reales. Gustavo Vasa no puso ya límites á las depredaciones contra la propiedad eclesiástica. En 1540 el monasterio de Vadstena fué despojado de todo aquello que á los monjes no fué posible ocultar. El rey se apoderó de una estatua de Brígida, y saqueó los archivos y la biblioteca, una de las más completas de cuantas existían en el Norte (2). Poco después otra desgracia más deplorable aún vino á llenar de desolación aquel claustro. Gustavo riñó con los aldeanos que le combatían á nombre de sus creencias; le irritaba el foco católico de Vadstena. El santuario de su santa parienta derramaba en la noche aquellas claridades á que podían volverse los ojos; las apagó. El obispo protestante de Linkoepping,

(1) *Sv. hist.* III, 173, 174, 177, 237.

(2) La biblioteca de Vadstena poseía manuscritos y libros sobre todas materias. Se encuentran aun en las colecciones de Upsal, de Stokolmo y de Linkoepping, todos los que pudieron ocultarse á los comisarios de Gustavo Vasa. Obraban, dice Schuck, como el Angel de la muerte. (*Sv. lit.*, I, 225). Distingúense los manuscritos por la forma de la escritura, y los libros, por la encuadernación. Una piel cubría las tapas, y bajo una hoja córnea, transparente como vidrio, se veía la insignia del monasterio. La multitud de esos documentos demuestra hasta que punto contribuían los monjes brigitinos al desarrollo intelectual.

habiendo reunido un sínodo bajo las bóvedas del monasterio ordenó en él que se celebrase allí la misa en lengua sueca, y nombró predicadores que expusiesen el evangelio de Lutero; apoderóse en seguida de los vasos sagrados, y prohibió todo oficio en el coro, «*annihilando servitium Dei*», dice el Diario de Vadstena. Un año después en la nueva dieta reunida en Vesteras el reino de Suecia rompió abiertamente con la sede romana.

Los religiosos de la orden del Salvador se dispersaron poco á poco. En 1544 se dirigió Gustavo á Vadstena en donde estaba edificado el espléndido castillo de Vettersbourg, y expulsó del monasterio á los cuatro monjes que allí quedaban. Estos, cediendo á las promesas ó á las amenazas, anostataron. El *Diario* no volvió á aparecer después de aquella fecha, pues no siendo un martirologio, no tenía razón de existir. Protegidas por la segunda mujer de Gustavo las religiosas de Vadstena permanecieron en el claustro; pero ¡cuántas, y qué crueles persecuciones hubieron de sufrir! La abadesa, mujer de rara piedad, fué acusada por el llamado «*Buen hombre*», encargado de propágar entre las hermanas las nuevas doctrinas, de haber aconsejado á éstas se tapasen los oídos con cera para no escucharle. En consecuencia fué atada como Cristo, á una columna, y cruelmente azotada. A las demás religiosas se les aplicaba el tormento del hambre, declarando los herejes que si no se convertían á la naciente religión las matarían á azotes, sin tener en cuenta lo ilustre de su linaje. Perteneían en su mayor parte, á la nobleza.

La muerte de Gustavo Vasa, entregó á las hijas de Brígida á otras manos más impías aún, á las de Magno, duque de Astrogostria, tercer hijo de Gustavo á quien tocó en herencia el castillo de Vettersbourg. No contento este príncipe con apoderarse de las ricas maderas talladas de la biblioteca del monasterio, destruyó el altar depositario de la urna en que descansaban las reliquias de la santa fundadora y el coro de los monjes, mutilando después las reliquias de sus santos parientes para que fueran objeto de burla. Se apoderó asimismo, de tres religiosas. La lucha que entabló Gustavo con la conciencia de estas religiosas es desconocida. Tal vez subieron al cielo con la palma del martirio, porque fueron decapitadas en el patio del castillo: Sus hermanas sufrieron un suplicio lento y sin gloria; Dios solo fué testigo de él. Bajo esta raza de los Vasa, cuyo temperamento había llevado á algunos hombres á la demencia, y á las mujeres al desarreglo de sus costumbres, mientras que los fraticidas recordaban los dramas de los Folkungs, el único consuelo de los brigitinos era pedir la misericordia divina

á favor de los desgraciados. En el máximum de los crímenes de Erico XIV, la mujer del pueblo que habia elevado al trono, imploraba para él las oraciones de las valientes recusas.

Erico XIV fué envenenado por su mismo hermano, cuando más engolfado estaba en sus vicios y crueldades. Poco podía esperarse, por otra parte, de un príncipe que escalaba las gradas del trono por medio del asesinato (1). En efecto aunque Juan III abjuró la herejía, no por eso manifestó en su conducta ser un campeón de la fe ni aceptó los decretos del Concilio de Trento, ni hizo otra cosa, que oscilar entre la verdad y el error (2). La nueva reina, Catalina Jagellon, católica ferviente, se rodeó de religiosos de la compañía de Jesús, suscitados por Dios para combatir á Lutero. Gracias pues á la princesa y á los jesuitas, las hijas de Brígida pudieron vivir según su regla, hasta la época en que Suecia tuvo un rey verdaderamente católico, éste fué Segismundo, hijo de Juan III que reinaba en Polonia. Al advenimiento del joven soberano rogáronle once religiosas que confirmase la elección de abadesa hecha en la persona de Catalina Olafsdotter. En el acto contestó Segismundo, enviándoles cartas de protección; mas no le fué posible impedir más tarde, que su tío Carlos de Sudermania arrojase del convento á las religiosas, ni quiso tampoco disputar á éste la corona á costa de su fe.

Una tarde del mes de Noviembre, cuando la abadía se iba envolviendo en las sombras de la noche, presentóse el último de los hijos de Vasa, mandando abrir las puertas. El arzobispo luterano de Upsal le acompañaba, y ambos exigieron á la abadesa, la entrega de todos los objetos de valor que habian quedado en el convento. Algunos de esos recuerdos tan piadosos como gratos estaban asegurados bajo la custodia de Erico Prahe, y ocultos en

(1) Los historiadores creen todos en un crimen, sin poder, sin embargo, probarlo. El lector sabe que Erico y Juan eran hijos de Gustavo Vasa.

(2) Cuando el legado pontificio Antonio Possevin vió con dolor que el príncipe por él convertido renunciaba al catolicismo por conservar la corona, alejóse triste y pesadoso del castillo de Vetttersbourg; mas halló motivo de consuelo y esperanza para el porvenir en el claustro vecino, en donde dieciocho religiosas, «puras como ángeles», vivían inquebrantables en su fe y fieles á su regla, y ocho novicias pronunciaban los votos religiosos á la muerte de la reina. Catalina, ni el papa Gregorio XIII, ni Possevin olvidaron á las hijas de Brígida.—**Theiner, Schweden und seine Stellung zum heiligen Stuhl**, Augsburg 1838, II, *Urkunden-Buch*, LXII, CXXXIX, CLI, CXLII, copia las cartas del papa Gregorio XIII, de Possevin y de la abadesa.

el castillo de Wisingsoe: pero los relicarios, el rico paño bordado de oro que cubría las reliquias de Catalina, los vasos sagrados y algunos ornamentos cayeron en las manos del que muy en breve fué proclamado rey con el nombre de Carlos IX. A pesar de sus tendencias calvinistas dicho príncipe aceptó la confesión de Augsburgo, por considerarla útil á su política, y arrojó del reino á cuantos la rechazaban. Siete religiosas de Vadstena, fueron provisionalmente acogidas por las familias de la ciudad. Otras dos, según se dice, siguieron á sus perseguidores, una para casarse y otra para servir, como doncella de honor, á la duquesa de Sudermania (1); la más fiel de las brigitinas confiando en la protección de su esposo eterno, se ocultó tras las quebradas rejas de su claustro y esperó. Allí vino después á unirsele aquella infortunada compañera que había trocado el monasterio por la corte. Llegaba poseída de esa tristeza profunda, que es principio de vida para el alma, si ésta se acoge á la divina misericordia, ó germen de muerte, si la rechaza. No ambicionaba otra cosa sino morir en el claustro mismo, en donde, se consagrara á Dios, en tiempos más felices. Bajo las ruinas amadas del monasterio nacional y protegidas por esos muros sagrados, vivieron ambas religiosas (2) adorando al Salvador, mientras que Suecia volvía las espaldas á sus santos cuya lista terminaba con los nombres de Brigida y Catalina (3).

En el curso de un siglo y medio que llevaba de existencia, aquel

(1) *Diar. an.* 1523-1526—**Peder Mänssons Stridkonst och Stridslag utgifven af Hyllén Cavallius, Stokholm, 1845.** *SÆSS.* I, 3. *Peder Mänssons lefnad*, LVII, LXXIX.—*RHYZELIUS, op. cit.*, I, 262.—*REUTERDAHL, op. cit.*, III 260, 386, 437. IV, 167, 175, 245, 252, 242, 444.—**Olaus Magnus, de Moribus sept.** 629.—**Konung Gustaf den Förstes Historia af D^r O. Celsius**, 1792, 345-371.—*Kl. i. Vadst.*, 56-61. ¡Leyendas!, dirán algunos al ver alguno de estos manantiales, y les contestaremos que Olao Magno está apoyado por una historia, por cierto muy favorable á los Vaxa. (*Sv. hist: III*, 93, 105, 106-108, 200, 234, 235). Por otra parte tenemos ante nuestros ojos la manera con que tratan los perseguidores de la Iglesia á los conventos. Si se obra de esta manera en el siglo XX, cuando se dice oficialmente que Francia se halla en estado normal ¿qué no se haría en Suecia en el siglo XVI cuando esta nación atravesaba un período sanguinario y turbulento de su vida social?

(2) Se posee aun algunas cartas de las pobres reclusas fechadas en 1596. *Kl. i. Vadst.*, 61.

(3) Birgitta Vastenis och honne dotther Katherin, dice la *Lilla Rimkröncka*, 195, no teniendo en cuenta otras canonizaciones; de ellas se ha hablado en nota oportuna con anterioridad.

monasterio había abrigado en su recinto 168 monjes (1) y 310 religiosas, nacidas la mayor parte en Suecia y casi la totalidad en los tres reinos escandinavos (2). Varias de las hermanas tomaron con la abadesa, el camino tan 'trillado por los desterrados suecos: el de Dantzig. Dicha ciudad poseía un convento de la orden que abrió sus puertas á las fugitivas suecas (3). La fundación de este convento se vió con disgusto por la orden, y más tarde tuvo que reconocerlo por suyo. Era una casa de arrepentidas que habían abrazado á fines del siglo XV la regla del Salvador, con sacerdotes seculares encargados de la asistencia espiritual, sostenida por el rey Segismundo. Este renunció para sí, y para su heredero la corona que le presentaban en cambio de la apostasía, volvióse á Polonia, y allá fueron también las religiosas de Vadstena. Estableciéronse en el convento de Sublin, y como señal de su gratitud, ofrecieron al digno descendiente de Brígida, el anillo de la fundadora de la orden, el mismo que, como honroso distintivo, y prenda de la protección divina, habían llevado Catalina y todas las abadesas de Vadstena (4).

En vano trató Segismundo de sustraer á la rapacidad y profanaciones de los protestantes las reliquias de Brígida; tan sólo algunas logró salvar; de ellas, unas se conservan en la antigua sacristia del monasterio (5), y otras se hallan diseminadas por diversos países. El conde de Courson embajador del rey de Francia Luis XIV en la corte de Suecia, recibió más tarde, como presente de la reina Cristina, algunos huesos del cráneo de la bienaventurada; éste hizo donación de dichas reliquias á su iglesia parroquial, y salvadas por los fieles durante la revolución. Las preciosas reliquias volvieron al culto por monseñor Bernardou, arzobispo de Sens.

(1) La cifra hubiera sido mayor sin la disposición de que cada Abadía había de tener por lo menos ochenta y cinco religiosos. Las últimas profesiones tuvieron lugar en 1542 y 1543.

(2) *Kl. i. Vadst.* 63-72.

(3) El de Marien-Brunn, cuya fundación siguió inmediatamente á la de Vadstena y está ampliamente descrita por HÖJER. *Stud.* 122, 191, 234, y *Bidrag*, 7-13.

(4) *Diar. App. V. — Nachr.* 134, 137.

(5) Dichas reliquias de autenticidad dudosa, se conservan en un relicario que Gustavo III mandó sacar del museo de Stokolmo, y devolver á Vadstena. JANSE (*op. cit.*, fig 42, 53. En el el mismo museo hay otro relicario que perteneció en un tiempo á la catedral de Linkoeeping, y tiene la forma de un brazo. (*Sv. Hist.* fig. 86). JANSE *op. cit.* cree en la autenticidad del hueso que encierra.

Viendo á un pueblo entero venerar á una santa extranjera (1) hay que afligirse del olvido completo en que deja la patria sus restos (2). Estos conservados, como una simiente de resurrección, para el país de Suecia no son más que un recuerdo; porque olvidando aquel pueblo infortunado los intereses sobrenaturales por los mezquinos y caducos de la tierra, exclama con el salmista en los días de la decadencia de Israel: «*Ya no hay santos*».

Pero los siglos de fe han depositado la semilla que había de dar fruto en los tiempos de incredulidad; y los mártires de Cristo, disipando con los resplandores de sus gloriosos triunfos, las tinieblas en que yacía envuelta su tierra natal, han atraído las bendiciones de lo alto sobre los hogares por ellos iluminados. Hoy se cuentan en Suecia 4225 (3); bastará pues, una sola chispa de aquel fuego sagra-

(1) Acta SS. 483-484. *Semana religiosa de la Diócesis de Sens, mayo 1875.* Correspondencia con el ABAD CHAUVIN, cura decano de COURSON y con el ABATE BUREAU, cura de San Martín de Ouanne 1889.

(2) En 1891 el olvido se transformó en burla. Cierta anatómica descubrió que la forma de cráneo considerado como el de Brígida era la causa valetudinaria de los éxtasis acompañados de revelaciones. La defensa [H. Schöök, *Birgittas hufvdskaál. Dagbl.* 1891, n.º 283] fué como una broma sobre la multitud de cráneos de la santa, venerados en lugares diferentes. Inútil es demostrar que las reliquias conservadas en Francia son fragmentos de la cabeza, no su conjunto, y más inútil recordar que después de haber verificado en lo posible la autenticidad de una reliquia, la Iglesia considera solamente los actos de fe, de esperanza y de amor hacia el Santo provocados actos que dejan subsistir el error material.

(3) Monseñor Bitter, obispo y vicario apostólico residente en Stokolmo nos decía en 1891 que había 3000 fieles; en 1905, su colaborador, el pastor W. von Christiersen, mantenía aun esta cifra. El catolicismo pues ha progresado en estos últimos años. Catorce sacerdotes, entre seculares y jesuitas, trabajan arduosamente con el obispo en la propagación del catolicismo; dos de esos sacerdotes son suecos. Además de las dos parroquias que se cuentan en Stokolmo, hay en Suecia la de Goetteborg, Gefle, Malmoe y Norkoeeping. Las religiosas de San José de Chambéry y de santa Isabel de Breslan se consagran á la educación de la juventud y á la asistencia de los enfermos.

En Noruega Monseñor Falize tiene bajo su jurisdicción veintiocho sacerdotes, entre los cuales se cuentan tres noruegos y dosmil fieles próximamente. Las hermanas de San José, de Santa Isabel y de San Francisco Javier tienen á su cargo los hospitales y las escuelas católicas. [*Elenchus cleri vicariatus apostolici Norvegiae.* A. D. 1909].

En la península sacerdotes extranjeros, jesuitas, dominicos, dan cada acto diversas misiones. Las leyes noruegas más liberales que las suecas, han permitido mejor la difusión del catolicismo. Para el retorno de los escandinavos á la fe no se puede preveer el efecto de la separación de los dos reinos. Entre los nuevos convertidos

do, para avivar la llama de la fe apagada en apariencia, la cual brillará sin duda con más intensos fulgores en aquellas tierras infortunadas por donde la herejía ha dejado tras sí las funestas huellas de su paso; esto es, la desolación y la ruina. En el último día, se volverá Brígida, no sólo hacia los valerosos é invictos católicos suecos de todos los siglos, sino también hacia aquellos que, extraviados un día, volvieron sinceramente sobre sus pasos, para conducirlos á todos al verdadero redil y al único Pastor.

El culto de la santa desapareció muy en breve de aquellos pueblos herejes, que no contentos con no invocarla, derribaron sus altares. Mientras tanto nos complacemos en repetirlo; las naciones católicas se esmeraban en rendirle repetidos y fervientes homenajes. Entre los numerosos santuarios consagrados á la memoria de Brígida, se levantó majestuoso el de Viena, ex-voto del emperador Fernando III, y glorioso testimonio de su renombrado triunfo contra los turcos (1). A tan suntuosos edificios, prefiere, sin duda la patrona de Suecia las dos pequeñas iglesias parroquiales que han podido dedicarlas los católicos de la península escandinava, después de tres siglos de persecución (2).

Las visiones de Brígida han dado asunto á los artistas para miniaturas, cuadros y esculturas. Su imagen y la de Catalina se esparcieron por todas partes á pesar de la falta de retratos, porque

hay algunos que se han dado á conocer en Francia por sus obras literarias; citaremos á la sueca M. Nyblom y al Dr. Krogh-Tonning, antes pastor luterano en Cristiania autor de una biografía de Santa Brígida. Una asociación para la conversión de los países del Norte ha sido establecida por Breve de Su Santidad Pío X el 8 de Marzo de 1910 en el monasterio de San Mauricio de Clervaux. O. S. B. (Diócesis de Luxemburgo). Santa Brígida es una de las patronas de esta Archicofradía.

(1) En Dinamarca había varias capillas en honor de Santa Brígida, no lejos de Ribes, y cerca de la célebre catedral de Roskilde. En Nápoles se hallan tres iglesias y una capilla dedicadas á la misma. La iglesia de la santa en el Monte Polisipo perteneció por mucho tiempo á los hijos de Santo Domingo; en el altar mayor hay un cuadro de gran mérito, que representa á Brígida, de tamaño natural, arrodillada al pie de la cruz. El rostro de la santa es de gran belleza. En Roma, en Génova, en Bolonia y aun en varios sitios de Francia se hallan santuarios consagrados al culto de Brígida. Cerca de Cosne (Nièvre) se la ha dedicado la capilla de Villechaund, cuyo camino no olvidan los enfermos. Engañado por una inscripción anfibológica el piadoso pueblo de Pausilipo la cree de la orden de Santo Domingo, y como tal la invoca.

(2) Son las de Malmoe en Suecia y la de Frediksstad en Norvèga; en 1909 se ha abierto en Isleworth, cerca del antiguo solar de Syon House y no lejos de Londres un santuario bajo la advocación de *La Inmaculada Concepción y Santa Brígida*.

el dibujar y pintar copiando el modelo vivo, no era costumbre en la edad media. Por eso ha sido necesario contentarse con representar á ambas acompañadas de los signos característicos (1) que recuerdan sus viajes, sus trabajos, sus virtudes, y sus relaciones con el mundo sobrenatural (2).

La memoria de la madre y de la hija no ha cesado de celebrarse desde el siglo XIV, hasta hoy entre los pueblos católicos; y aunque en los reinos escandinavos se afirma que las santas han sido *envueltas en la nube de la superstición*, no por eso se niega á los hijos fieles de la verdadera Iglesia el honor de escribir sus biografías. La historia, la familia, las obras y la orden de Brígida (3) preocupan á su país.

Por lo demás todos los documentos que han podido reunirse, han sido sacados de los archivos y bibliotecas por los primeros

(1) R. P. CAHIER, *op. cit.*, I, 69, 198, 294, 463, 527, 680, 756;—189, 505, 503, 519.

(2) Dichas obras de arte pertenecen á distintas épocas y á diversos países. En el proceso de canonización asegura el conde de Nola haber visto en Nápoles, en la iglesia de San Antonio, extramuros, un cuadro representando la Natividad de Cristo, según la visión de Brígida sobre dicho misterio **Bergström (S. Birgitta, Årebro, 1898, 10)** describe un antiquísimo tablero del convento franciscano de Arboga, transportado al templo luterano de la misma ciudad, que representa á Brígida con ojos pardos y á Catalina con ojos azules. ¿Estaba documentado el pintor? JANSE *op. cit.*, fig. 35, 49, 50, 51, da á conocer estatuas antiguas de las santas pertenecientes á diversas iglesias de Ostrogothie. HILDEBRAND (*Sv. hist. II, 88*) habla de pinturas inspiradas en las revelaciones que se admira en una Tabla de altar de la iglesia de Lye en Gotia, y (*Sv. hist. II, 81, 84, 88, 85*) reproduce miniaturas y esculturas suecas M. Hammerich las indica danesas: BILDT (*Sv. min. 19, 20, 28, 37, 38, 49, 54-56, 59-61*) enumera las pinturas y esculturas que en Roma representan á las santas, y da (*Ord och Bild, 9, 1896, 414*) la fotografía de una miniatura tomada de la primera versión italiana conocida de las revelaciones (Bib. com. de Sienne.) Esta versión de 1399 es, sin duda, la que Cristóbal de Cano, el discípulo de santa Catalina de Sena, encargó para la cofradía de E. S. (Cfr. **Grottanelli. Oraz di S. Brígida. Sienna, 1867**). Un manuscrito italiano de las revelaciones, escrito en el siglo XV que hace parte de la colección de M. Ambrosio Firmin-Ditot tiene una soberbia miniatura grabada por J. Petot. En Devonshire las iglesias de Wolborough y de Kenn poseen pinturas en madera del siglo XV, representando á Brígida. Además del cuadro de Sogliani (Uffizzi de Florencia) cuyo fotograbado figura al principio de la tercera edición francesa conservados en el Museo del Prado de Madrid, un cuadro de Giorgione, en el cual la santa, con toda la belleza de su juventud, está con Ulf ante la Virgen y el Niño Jesús; el museo de Lilla se ve á Catalina pintada en el realismo de Jordaen; es imposible citar todas las pinturas y esculturas de las santas.

(3) Los briguitinos han tomado con el tiempo el nombre de *Orden del Santísimo Salvador*; y la regla primitiva se intitulaba sólo *Régula Sancti Salvatoris*.

sabios de aquel país. Que se dirijan á los eruditos, á los literatos, á las multitudes, á los niños los historiadores hacen el elogio de su ilustre compatriota (1); y muy pocos aun entre los mismos protestantes y racionalistas, á quienes el móvil de los actos de Brígida ó su canonización parecen incomprensibles, han podido estampar alguna nota discordante en sus comentarios (2). Los mismos autores de romances se complacen en mencionar el monasterio de Vadstena y á las santas en los referentes á la edad media (3). Los manuscritos de las revelaciones han sido objeto de inteligentes investigaciones. Si los fragmentos originales de la biblioteca real de Stokolmo, no han sido mirados con piadosa veneración, han sido, sin embargo, considerados como curiosos para la historia de la lengua. En nuestros días nadie ha trabajado mejor en su gloria literaria que sus conciudadanos, Klemming, Annersteds, Elfveersboepa, Hildabaanc, Schücz, Bild, Steffan y otros muchos que se podían nombrar. Desde 1492, las revelaciones han sido publicadas repetidas veces (4).

En el siglo XIV, los religiosos briguitinos trasladaron á la lengua sueca el texto latino, que en breve fué publicado en todas las lenguas de Europa (5); es de lamentar que el principal intérprete

(1) La medalla de la academia sueca conmemorativa del año 1904, representaba á Brígida sentada escribiendo sus revelaciones. Una banderola lleva la inscripción *adflata numine propiore Dei*, tomada de Virgilio, en el verso se lee: *Birgitta ancilla Dei, decus Sueciae*, ob. MCCCCLXXIII. El 20 de Diciembre, en el festival anual, M. Hans Hildebrand pronunció un discurso sobre la vida y las obras de Brígida *Sv. Akademiens Handlingar XIX^{te}* Delen, 56-333. Cuando la exposición de Norrköeping, se reunió en un salon «Salle de Birgitte» todo lo que ponía su personalidad de relieve. JANSE, *op. cit.* Förord. III.

(2) **Lagerbring (Sammandrag of Svearikes historia, Stokolm, 1781, 86)** dice estas palabras que no encontraron eco en la patria: «La canonización de Brígida costó 5.000 ducados; es una bonita suma para... poco menos que nada». M. Schütek nos sorprende dolorosamente con esta reflexión. «Se observa, dice en su historia de la literatura sueca (I, 161), que la imaginación enferma de una viuda amantely afidga á la que da á Suecia su mayor santa. ¿Habría olvidado Suecia lo que es una santa para llegar á confundir á Brígida con una alucinada?»

(3) Siempre parece buena la intención, aun cuando el llamado romance histórico desnaturalice algunos hechos y el psicológico llegue en casos á la caricatura.

(4) Según KLEMMING (*Birgitta litteratur*, 182, 209) se han hecho nueve ediciones del texto latino; de ellas, la última es del año 1680; la mejor, dice Schütek, es la publicada en Roma en 1628.

(5) KLEMMING *op. cit.*, 209-223) indica en francés, en italiano, en español, en alemán, en holandés y en inglés. Su lista de manuscrito (*Handskriftsbeskrifningar*,

de la santa de Francia haya hecho incomparables algunos pasajes, por inconcebibles contrasentidos á los cuales errores tipográficos hacen llegar al colmo la confusión (1).

Los escritos de Brígida fueron leídos por toda la cristiandad, y por todas partes hallaron detractores, como los habían tenido ya en los concilios de Constanza y de Basilea. Condenóse su austera moral, y se puso á tela de juicio la realidad de las visiones; pero á esas críticas los monjes briguitinos contestaron que la moral de Brígida era la del Evangelio; y en cuánto á las visiones, probaron hasta la evidencia, que bien se puede gozar aquí abajo de un reflejo de la Divinidad, aunque por otra parte no sea posible tener de esa visión sobrenatural experiencia alguna científica (2). ¿A quién, decían por último, hemos de conceder nuestra confianza, si la negamos á una obra cuya ortodoxia está confirmada por cuatro papas, dos concilios y numerosos cardenales y teólogos de casi todas las órdenes religiosas? (3). Para responder á estos ataques, la edición que el papa Paulo V, mandó publicar en 1606, fué enriquecida con los comentarios, anotados para mayor claridad, por el obispo Durante. Dichos comentarios probaban la sumisión de la santa, á las decisiones y enseñanzas de la Iglesia, respecto á

145-178) menciona traducciones en las tres lenguas escandinavas. La Abadía de Lyon hizo traducir de nuevo el texto latino al inglés. *P. S. F. XVI, XVII.*

(1) Sin detenernos en el opúsculo insignificante, **Les Revelations de sainte Brigiite, Paris, 1834 y Lyon 1836**, cuyo autor el abate LESURRE, dice que es el primer traductor de las revelaciones, indicamos esta versión del doctor en teología JACQUES FERRAIRE, impresor en 1624 y reimpresa en Aviñon en 1850.

(2) No pretende Brígida ciertamente contemplar á Dios de otra manera diferente de aquella con que le vió Moisés en la «contemplación eminente y familiar», que los teólogos colocan inmediatamente después de la visión de la esencia divina. (*S. Thom. I. 2^{da} q. 98 art. 3, ad 2^{um}.*) La santa no habla del ministerio de los Angeles, (*S. Thom. Cont. Gent. L. 3, q. 154*), pero tampoco lo niega; y en ninguna parte explica la suspensión de los sentidos internos y externos, al referir sus visiones intelectuales. Uno de los más vivos ataques contra nuestra santa, se encuentra en el **Commentarium Casimiri Oudini de Scriptoribus Ecclesiae antiquis. Lipsiae, 1722, III, col. 1908-1100.** El P. de Bue (*Acta SS. 411-416*), hace justicia á este exclaustro. Notable es el rigor de las apreciaciones de la ciencia infusa; y llega á ser este inconcebible, cuando los censores de las revelaciones son tan sabios como el dominico fray CAYETANO BENITEZ DE LUGO.

(3) Desde 1373, dice el P. de Bue (*Acta SS. 408-409*), el dominico inglés Tomás Stubbes explicaba en Londres los escritos de Brígida; en 1381 Lanvingham, profesor de teología la daba á conocer en Puford, y el P. Burlamachi, al principio de la vida de la santa, escrita por él, publica una extensa lista de los defensores y panegiristas de las revelaciones de Brígida.

las cuestiones doctrinales; su concordancia con los doctores de la misma en aquellos casos en que es permitida la libertad de examen ponen en claro sus tendencias tomistas.

Los protestantes reprochaban á los partidarios de Brígida que atribuían á los escritos de ésta una autoridad igual á la de la Biblia. Replicaban los fieles que la Iglesia se había opuesto á confusión tan poco razonable, pero declaraban con san Agustín y santo Tomás que si no se puede dar á estas revelaciones el asentimiento de fe católica, se las debè creer en fe humana (1).

Los protestantes, por lo demás, no han empeñado violenta polémica contra los defensores de Brígida. han tratado por el contrario de inscribirla en el número de los suyos, presentada como una reformadora que se ha adelantado al movimiento del siglo XVI. Mientras que nadie puede dudar de su ortodoxia, los escritores adheridos á la confesión de Angsburgo y M. Hammerich, en nuestros días han despreciado presentar las pruebas. No han tenido en cuenta su fe en la presencia real y en la inmaculada Concepción, su oposición al matrimonio de los sacerdotes, en su obediencia absoluta al jefe de la Iglesia. Empleando los términos de Brígida quería «la reforma en el amor y en la humildad». Sus adversarios han desnaturalizado su pensamiento, y apoderándose de la palabra *reforma*, la han confundido con el grito de rebelión lanzado por Lutero. Hoy cesan de invocar á tales antepasados. El profesor Ritschl, uno de sus teólogos más célebres, trata la cuestión con no menos sinceridad que talento y demuestra que la iglesia católica trabajó frecuentemente en su reforma antes y después de Lutero (2).

(1) *Revelationibus taliter approbatis licet non debeat nec possit adhiberi assensus fidei catholicae, debetur tamen assensus fidei humanae justa prudentiae regulas, justa quas nempe tales revelationes sunt probabiles et pie credibiles.* BENED. XIV. *De serv. dei beatif. et Beat. can II, 32, IX.*

(2) No citamos entre los sedientos pre-reformadores á NEANDER, ni á ULLMANN porque la crítica protestante contemporánea les tiene en poco. En cuanto á **Matias Flacius Illyricus**, ha consagrado dos artículos á la santa, uno á su **Catalogus testium veritatis**, *Franf.* 1666, 773-774-88-82, otro á continuación del libro **Tres aurei Tractatus**, *Catopoli*, 1667, I, 168-176. M. Hammerich ha tomado de estas obras y de la **Dissertatio Theologica qua revelationes Birgittae suecicoae exoutit..... Capsius**, *Dec. A. O. R. 1715*, todo lo que en su libro ofende al lector católico. No hay nada en él que merezca refutación. **Ritschl** (**Geschichte des Pietismus**, *Bonn, Prolegomena I.—Festrede über Reformation in der Lateinischen Kirche des Mittelalters.* *Bonn*, 1877) reduce á la nada los pretendidos lazos de la santa con la Reforma.

Poco importa aun si, para pobres iluminadas, los escritos de Brígida son como una especie de prefacio á los sueños de Suedeuborg (1) ó si los racionalistas han querido confundir esta alma mística en los seres débiles, en los que la enfermedad excita el sistema nervioso. Que estas conclusiones sean ó no voluntarias, no es este hecho para abrir un debate. Se trata sencillamente de establecer una distinción entre las alteraciones de la naturaleza y el estado sobrenatural: excelentes lo han hecho ya.

Y por otra parte, de ¿qué serviría la discusión sobre las revelaciones y profecía de Brígida, cuando nadie niega que ésta haya anunciado la peste y las vicisitudes de la política en Suecia; la muerte de dos papas; el cisma; el fin trágico de Juana I de Nápoles; la caída del bajo Imperio, y el concilio de Trento? No obstante cuanto más indiscutibles son dichas profecías, no existe el mismo acuerdo para las otras, tan pronto se cree descubrir en ellas la ruptura de la Unión de Calmar; las luchas de Suecia contra Dinamarca (2), la apostasia de Lutero, y la aparición de Ignacio de Loyola; ó bien se asegura, que Brígida había previsto la cautividad del papa en el Vaticano (3); el fin de las revoluciones en Francia; y el restablecimiento en esta nación de la legítima dinastía (4).

Dejando á un lado esas cuestiones, y considerando los escritos de Brígida bajo otro orden de ideas, creemos que el examen crítico-literario de las revelaciones sería una tarea interesantísima, que nadie ha intentado aún (5).

(1) WIELSEGEN, *op. cit.*, 371.

(2) Ya hemos expuesto nuestra hipótesis. Para la mayor parte de los historiadores Alberto I era el lobo que no podía saciarse; la gran Margarita, el águila de elevado vuelo; Erico de Pomeranie, el macho cabrío inquieto; Cristián, el cordero degollado y Carlos Gustavo, el rey vengador. Sin embargo el encargado danés redentor en Hamburgo, Martín Rasch, veía augurios favorables á su soberano.

(3) *Rev. II*, 6, 22.—*III*, 27,—*IV*, 5, 33, 49.—*Prol. lib. quaestionum rium.*—*VI*, 74.—P. BURLAMACCHI, *op. cit.* 514.—HÖFLER cita **Genarelli** y **Döllinger** (**Der Weissagungsglaube und das Prophetenthum in der Christlichen Zeit**, 343) diciendo que es un error aplicar al tiempo presente parte de estas revelaciones.

(4) **Fin de la Revolución, por J. H. Pèzieux.** *Paris*, 1891, 97.

(5) Con su hermoso libro, que apareció cuando esta obra estaba ya en la imprenta, M. Steffea ha venido á sentar la primera piedra del edificio. En los comentarios que acompaña á su traducción de parte notable de los escritos de la santa, señala el valor del antiguo texto sueco, valor que solamente habíamos presumido en el prefacio de nuestra primera edición. Demuestra después que este texto no es, por lo

En su *Historia de la Literatura sueca*, tan universalmente estimada, M. Schüch, después de haber dicho que desde la edad media gozaba Brígida sólo en Suecia, de representación europea, se contenta con añadir lo siguiente: «Las revelaciones no reconocen otra fuente, sino las lágrimas de una viuda desolada, cuyos sueños sensuales (sensueta gráencia), buscan un esposo celestial, cuando llega á faltarle el compañero de su vida terrestre. El mérito de esta mujer, ya se la considere desde el punto de vista filosófico ó poético, no consiste en las ideas religiosas que expone, ó en las reformas que intenta, sino en aquel sentimiento de lo bello; en los arranques de su imaginación fecunda; en su estilo eminentemente descriptivo, á veces inclinado al naturalismo, pero que uniendo la exactitud escolástica con la forma poética, expresa de una manera viva el pensamiento contenido en la imagen de ordinario feliz, y siempre original. He aquí lo que le ha merecido un puesto de honor entre los escritores de más nota (1).

Teresa de Suecia, la crítica presta menos atención aún á las obras de Brígida. Los textos latinos de la edad media no llaman la atención de los literatos. El ascetismo y la manera de decir de la profetisa no ofrecen ninguna forma nueva de expresión, y por lo tanto no sorprende á nadie. Ni tampoco el simbolismo (2) y naturalismo de nuestra santa són materia especial de estudio para los católicos; porque todos los escritores que consideran los padecimientos del Redentor al esplendor de la misma luz viva y sobrenatural, los pintan del mismo modo (3). Brígida en fin siendo como es, esencialmente mística por sus visiones, por su manera de unión con Dios, y por su lenguaje, no puede llamarse autora mística, con relación á las materias de que trata; y ni los tratados sobre el misticismo, ni

menos en todos los capítulos, una sencilla traducción del latín y que el redactor disponía de documentos, alguno de los cuales podrían emanar de la misma Brígida. Comparando los dos textos indica las lagunas de cada uno de sus variantes. La traducción de Steffen está dispuesto de modo que forma una especie de autobiografía de la santa y contiene interesantes notas. El lector católico, conocedor de las enseñanzas de la teología mística y habituado á los usos de la Iglesia, tal vez encuentre algunas divergencias entre sus puntos de vista y los de Steffen, pero á pesar de ello deseará que se divulgue trabajo tan útil para la gloria de Brígida al par que las revelaciones.

(1) *Sv. Liter.* I 159, 170 passim.

(2) Cfr. $\text{Ἡερί τῆς οὐρανίας ἱεραρχίας}$ del pseudo-Denis y los innumerables manuales que vulgarizan la cuestión.

(3) Cfr. el mismo pasaje citado por Schüch (*Sv. lit.* I, 169) con una descripción muy semejante de SEUSE (*Ev. Weisheit, II, III*). ¿Hay, por lo tanto, espíritus más diferentes del de Brígida, que los de Eckhart y de su escuela?

aquellos que tienen por objeto manifestar la influencia de las diferentes escuelas sobre la literatura, ostentan en sus páginas el nombre de la extática del Norte.

¿Nos contentaremos pues con que tan sólo la historia recoja y consigne las profecías de Brígida, sus consejos, sus descripciones bellísimas, sobre la vida del celestial Maestro? ¿Dejaremos que tan sólo las madres desoladas se revistan de fuerza y de esperanzas, leyendo las páginas en que esta admirable mujer habla de aquel «hijo de las lágrimas», causa de los dolores más íntimos, de las inquietudes más vivas, y también de los goces más puros para el corazón materno? No lo creemos así; más aún; esperamos que algún hijo de la hermosa Suecia, erudito y poeta, como lo son muchos, y sobre todo algún hijo de la verdadera iglesia iluminado con la misma fe de Brígida, y penetrando en las plácidas regiones de la filosofía y las revelaciones de la profetisa, logre colocarla al fin en el puesto que le corresponde entre sus antepasados literarios, los profetas de la antigua ley, y no solamente ponga en plena luz el sentimiento de lo bello en el grado supremo en que Brígida lo poseía, sino también, los encantos de elocuencia de que ésta hace alarde, al describir la vida y muerte del adorable Maestro, y la dulce existencia de la virgen Inmaculada. Seguros estamos de que entonces, serán al fin comprendidas en todo su valor subjetivo (1), y á la paz objetivó las descripciones, que de la naturaleza de su hermoso país hace, con tal maestría, esta hija del Norte. Entonces también gustaremos de la doctrina saludable escondida en el *Libre des Questions. Preguntas* cuyas respuestas á las turbaciones y torturas del alma son hoy de palpitante actualidad, tanto, como lo fueron cuando la santa las dictó en 1346, al prior de Alvastra.

La reforma no perdonó á la orden de Brígida ni en el extranjero; mas al paso que unos monasterios desaparecían, se edificaban otros. Antes de la expulsión de las religiosas de Vadstena, el instituto dejó de existir en Noruega y en Dinamarca. En el año de 1575, los cismáticos rusos quemaron la abadía de Rével; mientras la católica Polonia conservaba la mayor parte de sus conventos hasta mediados del siglo pasado; y aún se fundaron allí los de Lemberg, Lúch y Grodno (2).

(1) **Schüek. Birgitta.** *Ord. och. Bild*, 1892, 1, 16. «Birgittas skildringar äro... spegelbilder.»

(2) **REUTERDAHL**, *op. cit.*, IV, 167.—*Kl. i Vadst.* 62.—**LANGÉ**, *op. cit.* 311-315. *Nachr.* 125-130.—**NETTELBLA**, 18. Cuando escribimos por primera vez este libro,

En Inglaterra la orden del Salvador fué una de las primeras que cayó bajo los golpes de Enrique VIII.

En 1535, Ricardo Reynolds (1) célebre entre todos por su elocuencia admirable, su ciencia y su santidad, pagó con su sangre la resistencia con que pugnaba contra la herejía. Cuatro años más tarde, los 73 habitantes de Sión cuya regularidad y fervor tanto encomió el cardenal Polo, fueron expulsados y acogidos por sus hermanos y hermanas de Dendermonde. Llamados en tiempos de María Tudor; arrojados de nuevo por Isabel, y luego víctimas de la persecución de los luteranos en los Países Bajos, se vieron obligados á abandonar la Holanda, y dirigiéronse á Rouen, en donde la caridad les proporcionó una morada que habitaron durante 14 años. Mas temerosos de que Enrique de Navarra los entregara á Isabel de Inglaterra cuyos rigores conocían (2), se hicieron á la vela para Lisboa, y en esta ciudad establecieron su abadía, que fué doble hasta la

nuestra ignorancia de la lengua polaca nos privó de las noticias que deseábamos sobre las fundaciones de las religiosas brígidas en Polonia. En Junio de 1895, las religiosas de Grodno al pedirnos la autorización para publicar la traducción de la vida de Santa Brígida, añadían: «Desapareceremos, pero al menos deseamos que el espíritu de nuestra santa fundadora, su amor á Dios y su confianza en El, sean conocidos de nuestros compatriotas; tal es el fin que nos mueve á emprender la presente traducción». En la actualidad no quedan en Grodno sino la religiosa que firmó esta carta la reverenda madre Skrzendziewska con una compañera de otra orden y el capellán, octogenario como ellas.—Insertamos algunas noticias traducidas bondadosamente para este libro y tomadas de la historia política de los antiguos conventos de mujeres en Galitzia, por el canónigo **Ladislao Chokowski: Historia polityczno downych Klasztorow panienskich w Galicyi**, 1905, 109, 111, 112. Existieron, dice, en Galitzia tres conventos; los de Liwow (Lemberh), Lokal y Sambor, que en 1774 encerraban 60 religiosas. José II las suprimió en 1782. Los otros cuatro conventos polacos de la orden: Varsovia, Lublin, Brzese y Lipin acogieron sin duda á las fugitivas. La orden parece extinguida en Polonia.

(1) Todo lo que se sabe de la vida y martirio de R. Reynolds ha sido publicado por **Dom Adam Hamilton** O. S. B. bajo el título: **The Angel of Syon, The life and Martyrdom of Blessed Richard Reynolds**. Edinburgh, 1905.—El «*insignis concionator*» parece que quien tuvo por compañero á un humilde lego de su orden, porque **Dudley Baxter, Syon Abbey**, S. D. Chudleigh, 11, pone esta entrada en la necrología de Syon.—«Thomas Brownel, who in defiance of ye catholick falth died in prison at Newgate. Lay-brother, october 21, 1537». León XIII beatificó al P. Reynolds, y la orden celebra su fiesta el 4 de Mayo. Su cuerpo, según dice la tradición, fué colocado después del suplicio en el capitel de una columna que se venera aun en Chudleigh, abadía de Sión.

(2) **Trials of some Brigettine Nuns of Syon**, impreso en Inglaterra bajo el reinado de la reina Isabel. P.S.F. XII, XIII.

muerte de los últimos monjes. En el siglo XIX se vió de nuevo en Inglaterra, religiosas de esta comunidad que vivían aún por reclutas pertenecientes á las familias más antiguas de la madre patria (1). Es el único convento anterior al cisma (2) se halla en el nuevo monasterio de Saint-Bridget's abbey of Syon, edificado en Devonshire, en el cual se ha celebrado en 8 de Diciembre de 1908 su quinto centenario (3). Guarda curiosos manuscritos, libros y ornamentos que le han seguido en sus peregrinaciones (4). En 1897 las religiosas, que observan fielmente la Regula Sancti-Salvatoris, han vuelto al rezo brigantino. Tal vez vuelvan á la abadía confesores pertenecientes á la orden, porque en 15 de Agosto de 1909, dos sacerdotes ingleses esperando hacer vivir la rama muerta de la orden del Santo Salvador, han recibido del obispo de Soutwarth el hábito brigantino (5). Quiera la providencia que sea Sión para el renacimiento del catolicismo en Inglaterra, el corazón de la vida espiritual.

En los Países Bajos y en Flandes, en donde dejaron de existir abadías se establecieron otras que tuvieron corta existencia; algunas comunidades emigraron. Holanda posee aún dos casas; la de

(1) **History of the english Brigettine Nuns.** *Plymouth a narrative of vicissitudes of the Bridgettine community of Syon from 1559 to 1594. Edited from a Syon. ms. by. Dom Adan Hamilton O. S. B. P. S. F. XIII á XVII.*

(2) «This precious spiritual salvage is our sole corporate link with the pre-Reformation english church». BAXTE, *op. cit.*, 5.

(3) **The fifth Centenary of the Syon Nuns.** *P. S. F. XVI, 327-331.*

(4) El martirologio y la necrología de Sión se hallan en el British Museum.—Cartas de SOR MARÍA CECILIA DE JESÚS y de la abadesa de Sión 1909.—**Chudleigh Syon Abbey, par G. Billecoq, P. S. S. Bull. de l' Arch. de N.-D. de Comp.**, déc. 1904, 380, 393. Una asociación del rosario por las almas del purgatorio está establecida en la abadía de Sión, tanto más apreciada del clero, cuanto que la costumbre de ofrecer sufragios por los muertos no está arraigada en Inglaterra como en los restantes países católicos; Brígida, á la que su ángel custodio había dictado oraciones en pro de las almas que tenían que expiar sus pecados, debe bendecir esta devoción.

(5) Los RR. PP. Benito de Nuestro Salvador (Williamson) y Carlos de Santa Brígida (Murphy) viven independientes de las religiosas y no hacen vida claustral, pero parece evidente su deseo de volver á la observancia integral de la regla. Publican un interesante boletín parroquial que se titula: *Our Saviour's Messenger*. Dan en él la traducción inglesa de algunas revelaciones y la del calendario brigantino compuesto por el P. Simon Hörmann. La autoridad diocesana les ha confiado la popular parroquia de san Gregorio, en uno de los barrios más miserables de Londres, la cual contiene en más de 30.000 habitantes unos 2.000 católicos. Carta de F. BENITO DE NUESTRO SALVADOR, 1909.

Uden (1) abriga 40 religiosas, que habiendo dirigido un colegio durante algún tiempo, se dedican al presente á la vida enteramente contemplativa. En Weert, colonia fundada por Uden en 1843, 36 religiosas se ocupan en algunos trabajos artísticos y poseen una imprenta especialmente consagrada á la impresión de libros de coro (2). Se ha organizado allí también una piadosa asociación de oraciones para implorar del cielo la vuelta de Suecia á la verdadera fe (3). Todas esas religiosas holandesas observan la regla del Salvador, bajo la jurisdicción del ordinario, y rezan el oficio propio de las brígidas (4).

Los belgas favorecieron la expansión de la abadía de Dendermonde; y un enjambre de ese claustro fué á establecerse á Bruselas de donde pronto desapareció. Otra colonia de hermanas de Dendermonde llamada Lille en 1604, por Nicolás de Montmorency á Francia con los conventos de Mons, de Donar y de Azzas, este último enviaba una colonia á Valenciennes.

Eran estos monasterios sencillos, pero monjes brigittinos se instalaron en Donai, en Acmontieres, en Auxile Chateau, en algunas localidades de las diócesis, Senlis y de Amicus, como también en Alemania. Vivían todos bajo la regla mitigada por los Papas Clemente VIII y Gregorio XV. Con esta regla adoptaron los padres el nombre de Novissimi Birgittini. Cuando el capítulo general de la orden quiso llevarles á la observancia de la orden, rehusaron hacerlo; excluidos de la familia de Brígida, vivieron algún tiempo, pero perecieron faltos de personal y de recursos.

Las brigittinas francesas hacían la vida activa y la contemplativa: tuvieron colegios de enseñanza, hasta que la revolución destruyó sus monasterios. El de Arras terminó heroicamente en medio de rudas pruebas y privaciones (5); el de Valenciennes dotó á la

(1) El convento de Uden es el de María Koudewater, transportado á aquella ciudad en 1715. Esta comunidad expulsada, privada de sus hermanos espirituales, que se establecieron cerca de Anvers, fué dispersa después por la secularización y reunida de nuevo y arrojada al fin por Napoleón, se ha reconstituido siempre en el mismo monasterio. *Het Klooster Maria Koudewater*.—Carta de la R. M. MARÍA GERTRUDIS, 10 de Julio 1905 y de M. ZIJLMANS, limosnero de las brigittinas holandesas, 1909.

(2) MATUTINUM CUM LAUDIBUS EXCEDEBANT SORORES BIRGITTINAE MONASTERII MARIAE CORDIS, *Werthae*, 1857.

(3) ST. BIRGITTA BÖNEFÖRENING.

(4) Cartas de la R. M. BIRGITTA VAN DICK, 1888.

(5) El convento de Arras se defendió gloriosamente contra los ataques de los herejes. Las religiosas se negaron á abandonarle, terminando su vida en medio de

iglesia con dos mártires, María Agustina Erraux (1) y Liecina Lacaioix (2).

Una y otra formaban parte de las 40 religiosas agrupadas en torno de la abadesa, Enriqueta Moniné, cuando en 1790, una circular, según la cual, el directorio del distrito ingiriéndose en la vida íntima de la comunidad (3), abrió la era de las persecuciones. Dos años después, las brigitinas expulsadas del convento encontraban asilo en las casas de sus prójimos. Algunas fueron perseguidas y encarceladas, pero sólo las madres Erraux y Lacroix tuvieron la gloria de morir por Cristo. Guardaban tal apego al claustro, que viendo suprimir de Francia la orden del Santísimo Salvador, pidieron y obtuvieron su filiación á las ursulinas, cuyo convento próximo al brigitino, se había reconstituido durante la ocupación de la ciudad por las tropas austriacas. El regreso á Valenciennes de los revolucionarios, victoriosa en Fleurus, fué después de un año pacífico la señal de terribles matanzas. El 23 de Octubre de 1794, las dos hijas de santa Brígida, con las valientes de santa Angela. Subían al cadalso radiantes de una alegría incomprensible para la multitud

toda clase de pruebas y privaciones. Dos de ellas murieron en olor de santidad: la **R. M. Bridoul**, cuya vida se ha publicado en Lille (1667), y la **R. M. Adriana de Venant**, que pertenecía á una de las principales familias de la ciudad. CARTA DEL ABATE DEPOTTER, VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE ARRAS, 1890.

(1) A. Erraux, en religión Sor Ana-María-José, sacristana, había nacido en Pont-sur-Sambre el 20 de Octubre de 1762. Después de su sentencia dió su cuñado algún dinero y algunos objetos de piedad, diciéndole: «Sabrás que lo que es de la Iglesia debe volver á los pobres de la Iglesia» y añadía después: «Es una felicidad para mí, queridos parientes, derramar mi sangre por la fe y por mis pecados. No puedo expresaros la alegría de mi corazón. ¡Salir de la prisión y de un mundo corrompido para ir al tabernáculo eterno! Que Dios nos de á todos perseverancia hasta para morir por Jesucristo, si es necesario y á vosotros un solo corazón para ello. *Orig. en los archivos de las ursulinas de Santa Saulva. Las Ursulinas de Valenciennes, por el abate J. Loridan. Desclée, 1901, 167, 242-243, 291.*

(2) L. Lacroix, en religión Sor María Francisca, portera del torno de las pensionistas, nacida en Pont-sur-Sambre el 24 de Marzo de 1750. Está mencionada con su compañera en una carta escrita en 20 de Octubre de 1794 en la prisión que daba al cadalso. «Las dos brigitinas y yo estamos aquí», dice una urselina. Sor. Escolástica LORIDAN, *op. cit.*, 167, 244.

(3) La abadesa contestó á la impertinente circular: «Mis religiosas á quien amo sobre todo, y que no me han faltado jamás, no han podido menos de afligirse con la lectura de vuestra carta, como para mí ha sido una desolación tener que comunicársela. Creed, Señores, que mi Comunidad es ahora lo que ha sido siempre, muy regular y conocedora de sus deberes, que, Dios mediante, no olvidarán nunca. LORIDAN, *op. cit.*, 81, 82.

y desconcertante para el verdugo, al que daban gracias, besándole la mano. Monseñor Sonnaís ha remitido los procesos del tribunal diocesano ó la sagrada congregación de ritos, y por un decreto de 4 de Mayo de 1907, confirmado por Pío X, se ha empezado la causa de beatificación. Es de creer que, pronto, dos brigittinas francesas sean veneradas en los altares (1).

Algunas abadías alemanas se trasladaron á otros sitios más tranquilos, durante las guerras de religión; entre éstas la comunidad de Clèves, que se refugió en Calcar, y fundó, no lejos de allí, un pequeño hospicio bajo la dirección de los padres. En el siglo XVII, el establecimiento de Coloma se dividió y pobló con el hermoso edificio de Sión. A fines del siglo XVIII, ó principios del XIX se extinguieron varios conventos. Uno sólo queda aún en pie en Alemania, el de Altomünster, antigua abadía fundada por san Alto; cuya valerosa comunidad se ha mantenido inexpugnable ante todos los ataques, atravesando victoriosamente por toda clase de pruebas. En 1522, diez de sus religiosos la abandonaron para seguir á Lutero (2).

Durante la guerra de 30 años, la de sucesión de España, y las campañas de 1795 y de 1800, el país en donde se levantaba Altomünster fué teatro de sangrientas luchas; mas en medio del peligro, la abadía ni fué abandonada por sus habitantes, ni dejó de observar fielmente la regla. Después de la secularización que siguió al tratado de Luneville, el convento de los padres fué vendido, y éstos buscaron refugio en los alrededores. En cuanto á las religiosas, á falta de comprador, permanecieron en el claustro, bajo la dirección espiritual de los padres hasta la muerte del último acaecida en 1826. Las hijas de santa Brígida tuvieron el consuelo de ver florecer de nuevo la orden, merced á la protección del rey de Baviera Luis I, quien autorizó á las venerables religiosas, casi todas octogenarias.

(1) **Cameracum Christianum ou Histoire ecclésiastique du diocese de Cambrai, Lille, 1849.**—P. IGNACE, *Mém. mss. II, f. 109.*—**Souvenirs á l'usage des habitants de Douai, publicadas por el canceller Plouvain, Douai, 1882.**—Correspondencia con los ARCHIVISTAS DEL NORTE Y DEL PASO DE CALAIS Y CON EL MUNICIPAL DE DOUAI. CONSTITUCIÓN DE LAS REGLAS DE SANTA BRÍGIDA. *Douai, 1635, 1-128.*—HELÏOT, *op. cit.*, IV, 34. 35.—*Annal. Juris pont.*, 23ª ser., 995.—*Nachr.*, 206, 209.—LORIDAN, *op. cit.*, p. 163, 193, 223, 240, 259, 277.—**Brigittine Martyrs, II, P. S. F. XVI, 18-21.**

(2) El que guiaba á los fugitivos y Juan Hausschein se alejó diciendo al portero del convento estas desoladoras palabras: «Bien puedo llamarte dichoso, porque tu simplicidad te llevará al cielo; mientras que á nosotros los doctores, la vana ciencia nos conduce al infierno.»

á recibir nuevas postulantas. El papa Gregorio XVI permitió á la abadía de Altomünster establecerse en forma de comunidad, bajo la jurisdicción episcopal, y el 8 de Octubre de 1844, el monasterio volvió á la vida para gloria de Dios. En nuestros días se reza allí el oficio brigantino (1); y salvo la dirección que está á cargo del ordinario, se observa en todo la regla del Salvador. Estas religiosas, lo mismo que sus antepasadas de Vadstena, manejaban la pluma con elegancia y soltura: á ellas debemos lá historia, no sólo de su monasterio, sino también de la orden (2). En Italia las hijas de Brígida prosperaron, y tuvieron representantes hasta 1810. Génova habia fundado un ségundo convento llamado de *Nostra Signora della Misericordia*, tan célebre como el primero.

Las letras italianas conservan algunas muestras de la cultura intelectual que habían alcanzado los hijos de la orden: un monje escribió en verso la vida en compendio de Brígida y Catalina (3); y una de las hermanas cantó en verso también, las virtudes de la primera abadesa de Vadstena. Dichos monasterios lograron dar á conocer en Italia, á su santa fundadora, á tal punto, que en breve se fundó una asociación obrera, *la Venerabile Compagnia di Santa Brígida* (4), bajo la dirección de un padre de la orden, y tuvo más de dos siglos de existencia.

(1) A las horas indicadas, excepto Maitines y Laudes.

(2) Los archivos del monasterio son ricos, gracias sobre todo á los inteligentes trabajos de uno de los priores, el P. Simon Hörmann, á quien se dió el título á causa de su mérito, de superior general, dignidad no usada en la orden de santa Brígida. A estas religiosas de Altomünster se deben las interesantes noticias sobre los conventos citados en el curso de este libro. Correspondencia con las R.^{das} Madres Prioras de Altomünster, MAXIMILIANA HIRSCHAUER y MICAELA MÜLLER, 1888-1891, 1903, 1909. **Kur Geschichte des Klosters Maria Altomünster, München, 2^{te} Auflage, 1884.** Las religiosas ejercitaban una amable caridad con todos los devotos de su fundadora, soberanos por experiencia.

(3) **Pequeño manuscrito en cuarto de fines del siglo XV.** Comienza *In nomine Domini mei Jhu. Xpi. Amè. Comincia la legenda e vita della mia gloriosa madre sancta Brígida.* Explicit:

Amor perfetto prudentia e unitate ancor ti priega per la terra nostra (la última línea está borrada). Figura en el catálogo de los libros Carucci (*Paris, Victor Tilliard, 1855, n.º 1387*), y fué adquirido por M. Aimé Buffet. El ms. contiene: 1.º los compendios de las vidas de Brígida y de Catalina, escritas hacia 1490, dice el copista, por algún monje del monasterio, y 2.º LAUDE DELLA BEATA VERGINE CHATERINA FIGLIOLA DI S. BRIGIDA COMPOSTA DA UNA MONACA DI PARADISO.

(4) **Capitoli della Venerabile Compagnia di S^{ta} Brígida A. D. 1638.** **Manuscrit in-4.º, 67 ff.** En la cabeza figura una miniatura fechada en 1589 (140 ^m/_m alto, 105 ancho) que representa á Brígida con hábito dominico, entre dos

El *Hospitium* de Roma, sirvió primero de refugio á los católicos suecos (1), y hasta mediados del siglo XVI fué su procurador un monje de Vadstena. Los suecos permanecieron algunos años en la «*Domus Birgittae*», después de la muerte del último de los procuradores. Luego el papa Pío IV, dispuso de la casa en favor de una comunidad de mujeres. Vadstena protestó, mas en vano; porque el abogado Antonio Possevin deseaba establecer en el edificio un colegio católico, más bien que restituirlo á la orden. Preciso fué por tanto esperar la venida á Roma de la reina Cristina, para que Suecia lograra reivindicar sus derechos. Alejandro VII se limitó tan sólo á conceder el goce del *Hospitium* á la nieta de Gustavo Vasa; pero como la familia religiosa de Brígida trabajase sin cesar, por recobrar el sitio en que vivió su madre, llamó en su auxilio al capítulo general de Colonia, y á la muerte de Cristina, Simón Hormann prior de Altomünster obtuvo la posesión del *Hospitium*, por vía de préstamo; ocupáronlo entonces los brigitinos, mas un siglo después hubieron de abandonarle, arrojados por la invasión francesa, y pasó á ser con la iglesia y la casa adyacentes propiedad de la Santa Sede. Más tarde, el papa León XII donó dicho edificio al capítulo de santa María in Transtevere, quien á su vez, lo cedió á la congregación de la santa cruz con el derecho de gozar del usufructo.

naranjos. Estos dos emblemas unidos al crucifijo y al libro que se colocan ordinariamente al lado de la santa, han dado tal vez ocasión á la leyenda italiana de mirarla como una terciaria dominica. En la encuadernación hay un óvalo en el cual una pintura muy mal restaurada, representa á Brígida bajo igual hábito; con la cruz de los peregrinos y el libro de Girardin nos prestó el excelente manuscrito.

(1) A pesar de la miseria que sufrieron en el *Hospitium*, el arzobispo desposeído de Upsal, Juan Magno y su hermano Olof imprimieron en él varios libros, entre los cuales se halla la cuarta edición de las revelaciones (*Roma, In aedibus die Birgittae viduae XXI Augusti MDLVII*): **Vita abbreviata praedilectae Spon. Christi S. Birgittae, Roma, 1553**, y en el mismo año la vida de Catalina por Ulf Birgersson. En 1550, publicó la imprenta quince oraciones apócrifas que se atribuían á la santa desde 1480. Traducidas en todos los idiomas y repartidas por todas partes, son quizás más conocidas que las revelaciones. La biblioteca nacional de París posee un hermoso manuscrito francés de 1456. (Fds. fr. 246) que procede de la biblioteca de Blois, y que parece que ha pertenecido al rey Luis XII. (Editado por Carl. Wahlund Upsala, 9 Apr. 1901) A causa de cierto prefacio de estas oraciones se puso en el Índice (1671) una de estas ediciones, y los escritos con este motivo fueron tan extravagantes que fueron condenados en el siglo XIX por la autoridad episcopal GEESE (*bibliogr.* 203), que indica los manuscritos escandinavos de estas oraciones, hace observar que en Suecia nunca fueron atribuidas á Brígida.

Después de largas negociaciones, que duraron de 1889 á 1896, los religiosos franceses vendieron el usufructo á las carmelitas polacas de la adoración reparadora, afiliadas á la orden del carmelo, como terciarias regulares (1). La iglesia, obra de Bramante, fué dos veces restaurada, en 1858 y en 1894, y posee varias pinturas que no carecen de mérito (2). La piedad ha transformado en santuarios las celdas de Brígida y Catalina; en la primera se conserva la misma mesa en que la santa escribía, y en donde, antes de morir, ordenó colocasen su cadáver. Algunas inscripciones (3) recuerdan la estancia de la santa en aquel recinto; y cada año el 8 de Octubre y el 23 de Julio multitud de peregrinos acuden á implorar su poderosa intercesión. La *Domus Birgittae* se abrirá de nuevo indudablemente para la orden del Santo Salvador, porque el plan de su restauración fué concebido en la misma morada de Brígida. En 1901, una joven sueca, cuya vida parece guiada por la gracia se dirigió á América. Se convirtió al catolicismo en Washington, partió para Roma, é ignorando que existieran aún comunidades brigittinas, se refugió en las carmelitas de la Adoración Reparadora, donde también se habían refugiado aquéllas. En una enfermedad grave la acción inmediata de Dios la hizo comprender que no debía pertenecer á santa Teresa, sino á santa Brígida, y una autorización especial la permitió tomar el hábito del Santísimo Salvador en la misma habi-

(1) *Den. Sv. Kol. i Rom*, 252-258. E. HILDEBRAND publica (*App.* 259) la relación de los 25 procuradores que administraron la casa de Brígida desde 1418 á 1575. Como lo hemos dicho algunos no eran de la orden. — **S. Birgittas hospital och den Sv. kolonien i Rom. under 1600 talet af C. Bildt.** *Hist. 7, Tidskr.*, 4, 1895, 353-414. — *Gesch. d. r. Kl. M. Altomünster*, 49-53. — Correspondencia del abate BEAULIEU, capellán de la iglesia de santa Brígida, 1884. — **Appunti storici sulla chiesa e la casa di S. Brígida in Roma per Mgre A. Villard**, Roma, 1903, 15, 1909, 4.

(2) El mejor de los cuadros ha sido llevado á Chicago; es una tela de fines del siglo XIV; parece representar imágenes de Brígida, de Catalina y de otros dos santos, en el estilo de la edad media. Cfr. **E. Hildebrand, S. Birgittas porträtt samt några nya upplysningar om hennes hospital i Rom.** *Hist. Tidskrift*, 1883, 355-362. — **Un prétendu portrait de sainte Brigitte et de sainte Catherine sa fille, par le C^{te} P. Riant.** *Bull. de la Société des antiq., séance du 19 avril* 1882. Es lamentable que los recuerdos de las dos piadosas mujeres, mencionadas en el inventario de 1465 hayan desaparecido, y que no se conserve ninguno de los manuscritos de la biblioteca, entre los cuales se hallaba la relación de los milagros de santa Catalina.

(3) BILDT (*Sv. min.* 1-62) describe el *Hospitium* tal como era y tal como se ve hoy en la plaza Farnesio.

tación en que místicamente lo había tomado la fundadora. La nueva brigitina, que continuó siendo huésped de las carmelitas seguía su regla, y hacía radiar su amor por su orden y por los santos de la misma, cuando los misteriosos designios providenciales proporcionaron un encuentro, que originó el renacimiento de los padres del Santísimo Salvador. Actualmente sor Isabel de santa Brígida prepara el retorno de los briguitinos á Roma. Pide á la vez novicios y monasterios para la orden. Se instruye además en las tradiciones de ella, visitando diversas abadías: después de haber pasado cuatro años en Sión, se halla ahora en un convento español (1).

Por intervención directa de Dios, parece haberse establecido en España la orden sueca. Una piadosa hija de Valladolid, la venerable doña Marina de Escobar, á la que santa Teresa no quiso admitir en el Carmelo, anunciándola que estaba llamada á otra misión grandiosa, conoció la orden del Salvador por medio de revelaciones sobrenaturales y apariciones de la fundadora (2).

Cristo, que había dictado la regla á santa Brígida, quiso dictarla asimismo á la venerable doña Marina con otras disposiciones que la hacían adaptable al espíritu del siglo XVII, menos elevado en sus aspiraciones é ideas, menos sencillo en su fe, que en los siglos medios. Convenientes y aun necesarias eran esas innovaciones con respecto al carácter y costumbres de los españoles en nada semejantes á las costumbres y carácter de los escandinavos. Concluida la obra, ordenó el Señor á su sierva fundase un convento de religiosas brígiditas en Valladolid (3). Imposible parecía la empresa por el momento más todos los obstáculos fueron vencidos, y en nuestros días las recoletas brígiditas poseen cinco monasterios en España y dos en Méjico (4).

En ciertos puntos la vida de doña Marina recuerda la de Brígida. Ambas amaron apasionadamente á los pobres y á los afligidos;

(1) **P. Joannes Hagen S. J. Convertitenbilder** s. I. y an., Lettres de LADY ABBESS OF SYON, de S^r ELISABETH AF S. BIRGITA y del P. HAGEN, 1909.

(2) Una abadía brigitina se señala en Valencia el año 1419. (*Stud.* 232-233). No hay lazo alguno de unión entre ella y Marina de Escobar.

(3) En 1628, el papa Urbano VIII aprobó las constituciones, y en 1637, el rey de España Felipe IV, fundó el primer convento en Valladolid.

(4) Dichos monasterios fueron establecidos en Valladolid, 1637; en Vitoria, 1653; en Lasarte y Paredes de Nava, en 1671, y en Azcoitia en 1690. Todas las casas reconocen la supremacía de la de Valladolid. A pesar de algunas modificaciones en el oficio y en el hábito, las religiosas españolas están revestidas de la misma fortaleza de espíritu y del amor real de la pobreza, distintivos de la gran santa y esclarecida hija del Norte.

ambas fundaron una religión sin llevar su hábito, y ambas también, vieron aprobada su regla por el soberano pontífice; pero ni una ni otra estaban en la tierra cuando se edificó el primer monasterio de sus fundaciones respectivas. Las revelaciones, las profecías sobre los acontecimientos más importantes de la época, las relaciones sobrenaturales con el mundo de los elegidos, fueron comunes también á ambas. Si á doña Marina no le fué dado, como á Brígida, servir á la iglesia por medio de su actividad exterior, consagróla en cambio la actividad interior no menos eficaz que aquélla: la de la enfermedad corporal aceptada, amada y padecida con gozoso entusiasmo y hasta el heroísmo por el advenimiento del reino de Dios y su engrandecimiento en la tierra. Las recoletas brígidas españolas abrigan la firme y dulce esperanza, de ver á su segunda madre coronada también algún día con la aureola de la santidad (1).

En cada uno de los países, en que la orden (2) existe aún, las religiosas brígidas ruegan sin cesar por la conversión de Suecia, sin olvidar á Vadstena, cuna de su familia religiosa. Aquella ciudad, en otro tiempo tan floreciente, yace ahora silenciosa y desierto su castillo real. El convento de religiosas, cuya sala de capítulo y algunas celdas existen aún, ha servido sucesivamente de hospital de inválidos, durante la guerra de Siete Años; de prisión y de manicomio. El convento medio arruinado de los monjes se ha transformado también en hospital, al que rodean los hermosos jardines del

(1) **Breve Noticia de la vida y muerte de la venerable virgen doña Marina de Escobar, por el padre Andrés Pinto Ramirez, de la Compañía de Jesús. Impreso en Madrid, reimpresa en Valladolid, 1800. — Reglas y constituciones de la Orden de N. M. santa Brígida, dispuestas y ajustadas según inspiración de Dios, por N. V. M. y señora doña Marina de Escobar, fundadora de la Recolectión de la misma orden. Aprobadas por nuestro santo Padre Urbano VIII, año de 1628. Reimpreso en Valladolid, 1850.**—Correspondencia de la R. M. MARÍA NIEVES DE S. AGUSTÍN, abadesa del convento de Valladolid, 1888-1905 —**Historia de la muy noble y leal ciudad de Valladolid, por el Dr. D. Matias Sangrador Vitores. Valladolid, 1854, II, 269, 275, 353-392.**—**Vida de la venerable madre Josefa del Santísimo Sacramento, religiosa recoleta de santa Brígida, en el convento de Santa Cruz de Ascoitia, escrita por don Agustín Ignacio de Aguirre 2^a edición, Bilbao, 1858.**—**Cartas de la R. M. JOSEFA DE SANTA CATALINA, ABADESA DE VALLADOLID, 1909.**

(2) Según el primer capítulo de la regla, la orden se fundó especialmente para mujeres, y durante algunos años ellas formaban solamente parte de la misma. Las superiores alemanas, renunciando al título de abadesas, se intitulan prioras.

antiguo monasterio bien conservados. En suma todas las posesiones de los religiosos briguitinos pertenecen ahora á enfermos de ambos sexos, asistidos por personas asalariadas. Ya no se ven allí, dicen los historiadores protestantes, á las hijas de los reyes confundidas por espíritu de caridad con los hijos del pueblo, dando á éstos el dulce nombre de hermanos, y sosteniéndoles, con la mano y el corazón.

La capilla del monasterio, en la que desde 1550 á 1578, se celebraba el raro culto protestante, conservando el nombre y las formas exteriores de nuestros santos mártires estuvo abandonada por mucho tiempo (1). Hoy se halla restaurada merced á los subsidios procedentes de la Dieta de 1891 (2). Pero hasta el momento fijado por los decretos eternos, en que el Huésped divino vuelva á su morada, la iglesia de Brígida continuará en poder de los luteranos (3).

El pueblo protestante de Suecia no es ya testigo de aquellas devotas procesiones de «prisioneros de la esperanza» y la originalidad de la Iglesia la notoriedad europea de la santa sueca en la edad media, y el renacimiento que debe Suecia á Brígida y á

(1) En el interior conservaba el templo su hermosura y majestad. El altar mayor tenía un magnífico retablo. Una estatua de 1'20 metros de altura representaba á la santa sentada, con el libro de las Revelaciones en las manos. Varias esculturas venecianas del siglo XVI presentaban á Brígida rodeada de sus monjes y religiosas. Un gran crucifijo en bajo-relieve recordaba la devoción de la santa á la pasión de Cristo. Las piedras sepulcrales hablaban de los tiempos pasados: al lado de las reinas Felipa y Catalina descansaban allí no pocos vástagos de casi todas las familias históricas de Suecia. El último enterramiento que se hizo con algún aparato fué el de Magno Vasa, el enemigo más encarnizado de la orden, el cual murió loco el año mismo en que su hermano expulsaba á las religiosas de su convento. Sin duda las dos solitarias hijas de Brígida que quedaron ocultas detras de las rejas, elevaban la oración ferviente que los amigos de Cristo ofrecen por la felicidad temporal y eterna de sus perseguidores. Además del relicario devuelto á Vadstena por Gustavo III, la sacristía encerraba riquísimos bordados, (JANSSE, *op. cit.*, fig. 58, 59 y 60) y una pintura del siglo XIV que representaba á Brígida.

(2) Para pedir religiosas M. H. Hildebrand invocó la belleza y la originalidad de la iglesia, la notoriedad europea de la santa sueca en la edad media, y el reconocimiento que debe Suecia á Brígida y á los briguitinos.

(3) Los recuerdos de los católicos han sido respetados en lo posible. El estado de la iglesia se halla descrito por **Lundberg, Vadstena**, 78-95. JANSSE, *op. cit.*, fig. 39, una reconstitución de Vadstena; fig. 40, fotografía de una puerta antigua; fig. 41, la iglesia antes de la restauración de 1890; fig. 42, el «refectorio» que parece más bien un salón de capatales.

los brigитinos (1) que acudían á Vadstena llevando la parte que les tocara, de los infinitos pesares que agobian á la humanidad. Nadie llega hoy al claustro bienhechor, buscando á la sombra de esos muros sagrados los consuelos de la amistad espiritual, que inundando el alma de los más dulces sentimientos la llevan á lo alto, desviándola al propio tiempo, por un instante al menos, del sendero espinoso de las terrestres pasiones. Nadie acude tampoco á Brígida y á Catalina en demanda de aquella misteriosa fuerza que los combatientes adquieren al contacto de los triunfadores; y nadie en fin se aleja ya de Vadstena curado, fortalecido ó consolado.

La religión nueva medita, como los católicos, las promesas del maestro á sus fieles; cree en los milagros de los discípulos de Jesús; en las curaciones alcanzadas por los cristianos de los tiempos apostólicos al contacto de las reliquias de sus hermanos; pero al mismo tiempo afirma, que Jesucristo no concede ya á esos testigos el poder emanado del suyo, según lo afirma el Evangelio; pone límites á la acción infinita; señala plazos á los pactos eternos; y al paso que muestra el poder de los contemporáneos de Cristo sobre los enfermos, los endemoniados y los muertos, tacha de supersticioso el grito unánime de reconocimiento que se escapa de los corazones fieles, al ver colocadas por la iglesia en los altares á las santas suecas.

Los hombres llaman á la puerta del templo luterano; pero las almas agitadas, atormentadas, que anhelan, lejos del hogar y de las miserias cotidianas, encontrar un sitio en donde orar en paz, y disponer sus angustias en el corazón del Dios vivo, en vano llaman; para ellas el santuario está cerrado. Nuestra iglesia, dicen los protestantes desengañados ignora los padecimientos del corazón; no los adivinos, no posee ni la intuición siquiera de aquellos misterios de ternura, ninguna suavidad religiosa... Hemos perdido el sentido místico y que es una en torno de sí, la religión sin misticismo? Una rosa sin perfume (2).

Ese aroma celestial volvió á aspirarse en Vadstena. En el fondo de un edificio dependiente del antiguo monasterio, un sacerdote ofrecía todos los días, en sacrificio, el Cuerpo y la Sangre del Redentor; y Jesucristo consagraba con su presencia real, la tierra tan amada de nuestras santas. Mas esto fué pasajero. El sacerdote

(1) Zacharië. iv, 12. : אֲשֶׁר הִתְקוּהָ.

(2) H. F. Amiel. *Fragments d'un journal intime*. Genève. 1887, I, 147.

sueco ha ido á reunirse allá arriba con la fundadora y la primera abadesa (1), y el oratorio otra vez desierto espera aún al compatriota de Brígida y de Catalina que ha de conducir allí á los católicos.

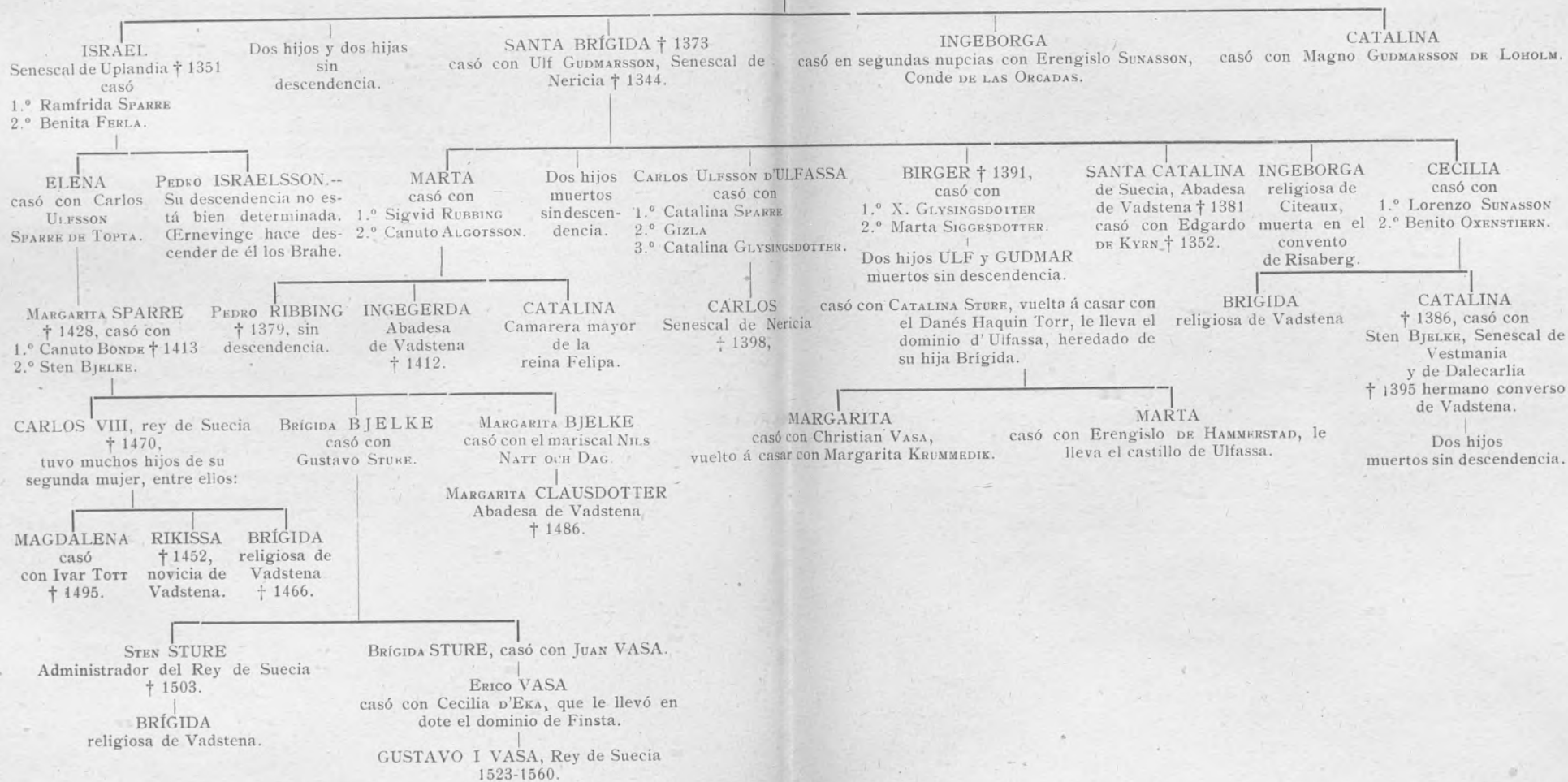
Nosotros, herederos de los sentimientos de fe, esperanza y amor, que llenaban los corazones de los peregrinos de la edad media, invoquemos á Brígida, diciéndole desde el fondo del alma (2): Reveladnos los excesos de amor de Cristo, y hacednos comprender cuánto nos ama; llevadnos á la lucha, y enseñadnos á combatir hasta la muertè bajo las banderas de nuestro Libertador siempre que la Iglesia, la fe ó la salvación de las almas estén en peligro. Volvamos luego los ojos á la silenciosa y dulce Catalina, primera discipula de aquella elocuente y admirable mujer, y digámosle: Haced que nuestros padecimientos sean fecundos; y que la experiencia de nuestros propios dolores nos lleve á consolar los de nuestros hermanos. Enseñadnos en fin á amar los sufrimientos como vos los amásteis, y á estimarlos como tesoros de inestimable valor; como la prenda más preciosa del amor divino y de los infinitos goces que el Señor Jesús nos reserva para después de la prueba de esta vida en la bienaventurada eternidad.

(1) M. Carden murió en 1893, su casa pertenece á la misión. Más de un sueco sigue la obra bosquejada para la *Domus Birgittae* por una sueca. Esta hija de nuestro país, dicen, no conseguirá volver á Vadstena el hábito que viste.

(2) *Καὶ ἡμεῖς ἐγνώχουμεν καὶ πεπιστώκαμεν τὴν ἀγάπην ἣν ἔχει ὁ Θεὸς ἐν ἡμῖν.* I Joan. iv, 16.

CUADRO GENEALÓGICO DE LA FAMILIA DE SANTA BRÍGIDA

BIRGER PERSSON, Senescal de Uplandia † 1358, casó en segundas nupcias con Ingeborga † 1314.



INDICE

Págs.

PRÓLOGO..... IX

CAPITULO PRIMERO

1302-1328

JUVENTUD DE BRÍGIDA

Sus padres, su nacimiento y primeros años.—Muerte de su madre.—Estancia de Brígida en Aspenoes.—Sus desposorios.—Su matrimonio con Ulf.—Su vida en Ulfåsa.—Ingresa en la Tercera Orden Franciscana.—Su director el Maestro Matías..... 1

CAPITULO II

1328-1344

BRÍGIDA EN LA CORTE DE SUECIA

Muerte de Birger Persson.—Ulf, armado caballero es nombrado senescal de Nericia.—Brígida le secunda en sus trabajos.—Sus hijos.—Nicolás Hermansson, preceptor de los mayores.—Magno II llama á Brígida á Stokolmo.—Se la encarga recibir á Blanca de Dampierre en Suecia.—Sus funciones en el palacio real.—Muerte de su hijo Gudmar.—Peregrinaciones del senescal y de la senescala de Nericia.—Su r egreso á Suecia.—Ulf entra en el monasterio de Alvastra y muere en  el piadosamente..... 29

CAPITULO III

1344-1345

RELACIONES SOBRENATURALES DE BRÍGIDA

El monasterio de Alvastra.—Primera estancia que hace Brígida en  el.—Gracias excepcionales que all  recibe la santa de Dios.—Revelaciones sobre la Santísima Trinidad, los  ngeles, los demonios, los elegidos y las almas del purgatorio.—Ord nala el Señor volver   la corte..... 53

CAPITULO IV

1345-1346

REVELACIONES AL REY MAGNO II Y AL CLERO DE SUECIA

Vuelve Brígida   la corte de Stokolmo.—Sus profecias.—Sus consejos   Magno II.—Sus relaciones con los obispos y sacerdotes.—Conferencias con los

hermanos predicadores.—Muerte de Benito, hijo de la santa.—Segunda estancia de la santa en el monasterio de Alvastra.—Influencia que ésta ejerce sobre los monjes cistercienses.....	75
--	----

CAPITULO V

1346

BRÍGIDA FUNDADORA DE LA ORDEN DEL SALVADOR

Revela Cristo á Brígida la regla de una nueva orden.—Donativos ofrecidos por el rey y por la reina para la erección de un monasterio en Vadstena.—Visita la santa sus dominios por última vez.—El libro de las preguntas	97
--	----

CAPITULO VI

1346-1349

PREDICA BRÍGIDA LA PENITENCIA

Carta de la santa al Papa Clemente VI.—El rey Magno la llama á la corte y es allí perseguida.—Guerras contra los rusos.—Profecías de la santa.—Su tercera estancia en el monasterio de Alvastra.....	123
--	-----

CAPITULO VII

1349-1350

EL JUBILEO DE 1350

Bula de 18 de Agosto de 1349.—Vacilaciones y luchas de Brígida, de abandonar á sus hijos.—Visión celestial.—Se pone en camino con dirección á Roma.—Stralsund.—Mayingen.—Milán y san Ambrosio.—Cuarto.—Génova.—Ostia.—Llegada á Roma.—Misión de Brígida en la Iglesia de Dios.—El palacio del cardenal de Beaufort.—Apertura del jubileo.—Aprende Brígida la lengua latina.—Sus cartas al vicario apostólico y al cardenal legado	145
---	-----

CAPITULO VIII

1350-1351

APOSTOLADO DE BRÍGIDA Y DE SU HIJA CATALINA EN ROMA

Estancia de Brígida en el monasterio de los benedictinos de Farfa.—Reúne-se allí su hija Catalina.—Muere el marido de ésta.—Vida de las santas en Roma.—Personas de todos estados y condiciones acuden á las santas en busca de consejo.—Acción diversa, que ambas ejercen sobre las almas.....	170
---	-----

CAPITULO IX

1351-1364

POLÍTICA DE LA SANTA

- Motines en Roma.—Muerte de Clemente VI.—Advenimiento de Inocencio VI.—Revelaciones de la santa sobre estos papas.—Francisca de Papuzeri hace donación á Brígida de su propio palacio.—Pobreza de la colonia escandinava.—Profecias de Brígida acerca de la guerra de los cien años.—Consejos que da á la nobleza sueca.—Deposición de Magno II.—Le sucede Alberto I. 190

CAPITULO X

1364-1367

PEREGRINACIONES DE BRÍGIDA Y CATALINA EN ITALIA

- Fervorosas oraciones de las santas en los santuarios de Roma.—Reciben noticia de la cautividad del rey Magno.—Sus peregrinaciones á Asís, Ortona, el monte Gárgano, Manfredonia, Barletta, Bari, Benevento y Nápoles donde predice Brígida la muerte de Nicolás Acciajuoli.—El regreso de las santas á Roma.—Señala por la curación milagrosa de Gentile Orsini 220

CAPITULO XI

1367-1371

VUELTA DEL PAPA Á LA CIUDAD DE ROMA

- Asiste Brígida á la entrada triunfal en Roma del papa Urbano V.—Sus revelaciones con respecto al soberano Pontífice y al emperador Carlos IV. Presenta al papa á sus hijos Carlos y Birger.—Peregrinaciones de la colonia escandinava, á Ortona monte Gárgano, Bari Amalfi y Salerno.—El Rosario de santa Brígida.—El Oficio y la Regla de la Orden del Salvador.—Bula de aprobación concedida por Urbano V.—Alfonso de Vadaterra, último confesor de la santa.—Profetiza la santa la muerte de Urbano V.—Sus cartas á Gregorio XI, sucesor de Urbano, predice el restablecimiento de la santa Sede en el Vaticano. 242

CAPITULO XII

1371-1372

LA TIERRA SANTA

- Ordena el Señor á Brígida que vaya en peregrinación á Tierra Santa.—Llegan á Roma Carlos y Birger.—Embárcanse los peregrinos con dirección á Nápoles.—La reina Juana I.—Muerte de Carlos.—Mesina.—Cos, Detención en Chipre.—Los príncipes de Lusián.—Jaffa.—Rama.—Jerusalén.—Revelaciones sobre la pasión de Cristo y la vida de la santísima Virgen.—Belén.—El Jordán 273

CAPITULO XIII

1372-1373

MUERTE DE BRÍGIDA

- Embárcanse los perégrinos en Jaffa.—Profecías relativas á los soberanos y al pueblo de Chipre.—Permanencia en Nápoles durante la peste.—Exhortaciones á Juana I y á los Napolitanos.—Llegada á Roma.—Última revelación al papa Gregorio XI.—Despedidas, muerte y funerales de la santa..... 308

CAPITULO XIV

1373-1381

CATALINA DE SUECIA, FUNDADORA DEL MONASTERIO DE VADSTENA

- Panegírico de Brígida por su hija.—Birger y Catalina llevan á Suecia las reliquias de su madre.—Milagros de la santa.—Catalina, abadesa de Vadstena.—Vuelve á Roma.—Se dirige á Nápoles.—Sus relaciones con el papa Gregorio XI, con Urbano VI y con santa Catalina de Sena.—El gran cisma de Occidente realiza las profecías hechas por Brígida en 1346 y 1350.—Vuelve Catalina á Vadstena.—Su muerte..... 340

CAPITULO XV

1381-1390

CANONIZACIÓN DE BRÍGIDA Y PROSPERIDAD DE SU ORDEN

- Bendición del Monasterio de Vadstena.—La abadesa Ingegerda y la reina Margarita.—Canonización de Brígida por Bonifacio IX.—Fundación de numerosos monasterios brigittinos.—Decretos de los concilios de Constanza y de Basilea referentes á la santidad y revelaciones de Brígida.—Ingeborga de Holstein abadesa de Vadstena.—Negociaciones políticas.—Proceso de canonización de Catalina..... 369

CAPITULO XVI

1490-1910

LA ORDEN DESDE LA REFORMA HASTA NUESTROS DÍAS

- Espíritu é influencia de los brigittinos.—El monasterio de Vadstena.—Expulsión de los monjes y de las religiosas.—Las reliquias y el culto de Brígida.—Sus revelaciones.—Los brigittinos ingleses, franceses y alemanes.—Toma de hábito de dos sacerdotes ingleses en 1909.—La casa de la santa en Roma.—Marina de Escobar y las brigittinas españolas.—Fundaciones en Méjico.—Estado actual de Vadstena..... 399
- Cuadro genealógico de la familia de santa Brígida..... 438 y 439

MA-2080

Sancti Sulpicii

Condesa
de
FEA VIGNY

EDITORIAL